

Colección
Horacio Lúñiga Anaya
La luz del conocimiento

TOMO V



*E*nsayo

EL ESTADO DE MÉXICO DESDE LA PREHISTORIA HASTA LA
CONQUISTA (ENSAYO DE FILOSOFÍA HISTÓRICA) (1933)

LA UNIVERSIDAD, LA JUVENTUD,
LA REVOLUCIÓN (1934)

JORGE OLVERA GARCÍA
(COORDINADOR)



UAEM | Universidad Autónoma
de Querétaro





COLECCIÓN HORACIO ZÚÑIGA ANAYA
LA LUZ DEL CONOCIMIENTO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO

Dr. en D. Jorge Olvera García
Rector

Dr. en Ed. Alfredo Barrera Baca
Secretario de Docencia

Dra. en Est. Lat. Ángeles
Ma. del Rosario Pérez Bernal
Secretaria de Investigación
y Estudios Avanzados

Dr. en D. Hiram Raúl Piña Libien
Secretario de Rectoría

Dra. en D. María de Lourdes Morales Reynoso
Secretaria de Difusión Cultural

M. en C. Ed. Fam. María de los Ángeles
Bernal García
Secretaria de Extensión y Vinculación

M. en E. Javier González Martínez
Secretario de Administración

Dr. en C. Pol. Manuel Hernández Luna
Secretario de Planeación y Desarrollo
Institucional

M. en A. Ed. Yolanda E.
Ballesteros Senties
Secretaria de Cooperación Internacional

Dr. en D. José Benjamín Bernal Suárez
Abogado General

Lic. en Com. Juan Portilla Estrada
Director General de Comunicación
Universitaria

Lic. Jorge Bernaldez García
Secretario Técnico de la Rectoría

M. en A. Emilio Tovar Pérez
Director General de Centros Universitarios
y Unidades Académicas Profesionales

M. en A. Ignacio Gutiérrez Padilla
Contralor Universitario

Horacio Lúñiga Anaya
La luz del conocimiento

JORGE OLVERA GARCÍA
(COORDINADOR)



TOMO V
ENSAYO



UAEM | Universidad Autónoma
del Estado de México

“2016, Año del 60 Aniversario de la Universidad Autónoma del Estado de México”

“2016, Año de Leopoldo Flores Valdés”

Primera edición, octubre 2016

El Estado de México desde la prehistoria hasta la conquista (ensayo de filosofía histórica) (1933)

La universidad, la juventud, la revolución (1934)

Jorge Olvera García (coordinador)

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote.

Toluca, Estado de México

C.P. 50000

Tel: (52) 722 277 38 35 y 36

<http://www.uaemex.mx>

direccioneditorial@uaemex.mx



Esta obra está sujeta a una licencia *Creative Commons* Atribución 2.5 México (cc by 2.5). Para ver copia de esta licencia visite <http://creativecommons.org/licenses/by/2.5/mx>. Puede ser utilizada con fines educativos, informativos o culturales, siempre que se cite la fuente. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx/>

Citación:

Olvera García, Jorge (coord.) (2016), *El Estado de México desde la prehistoria hasta la conquista (ensayo de filosofía histórica)* (1933) | *La universidad, la juventud, la revolución* (1934), México, Universidad Autónoma del Estado de México.

ISBN 978-607-422-756-7: Colección Horacio Zúñiga Anaya. La luz del conocimiento

ISBN 978-607-422-761-1: Tomo V Ensayo: *El Estado de México desde la prehistoria hasta la conquista (ensayo de filosofía histórica)* (1933) | *La universidad, la juventud, la revolución* (1934)

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

DISCURSO DE PRESENTACIÓN

PRONUNCIADO POR EL DR. EN D. JORGE OLVERA GARCÍA, RECTOR DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO, EL 13 DE SEPTIEMBRE DE 2013 EN LA VELADA LUCTUOSA SOLEMNE EN HONOR AL MTRO. HORACIO ZÚÑIGA ANAYA.

Poeta, tu Universidad te canta, te honra y te respeta, de la misma forma en que tú lo hiciste, del mismo modo en que tú cantaste los más profundos versos y la más sugestiva prosa.

Así, de esta manera, ponemos a vuelo tu maravillosa imagen de hombre libre, de varón coherente, de bardo silencioso, pero al mismo tiempo lleno de estruendosos motivos.

Poeta de Toluca, orador del Instituto, a ti te recordamos con un *Laurel y un Crespón* porque sabes y sabes bien, que la juventud a la que tanto amaste y tu vida diste, sabrá recoger las semillas sembradas en los muros perpetuos de la ahora Universidad republicana, libre y autónoma de tu solar nativo.

- Con tu venia, Maestro, orador y poeta Horacio Salvador Zúñiga Anaya.
- Honorable Consejo Universitario.
- Señoras y señores integrantes del Honorable Colegio de Directores.
- Mi sincero saludo a una universitaria de amplio valor humano y profesionista exitosa, Lic. Martha Hilda González Calderón, Presidenta Municipal de Toluca.
- Saludo a quien tuvo el enorme privilegio de compartir miles de experiencias con el Maestro Zúñiga; a su secretario y amigo Gonzalo Pérez Gómez.

Horacio Zúñiga Anaya. La luz del conocimiento

- Saludo también, a una promotora incansable de la obra de Horacio Zúñiga y de uno de sus discípulos más distinguidos José Muñoz Cota; le reiteramos que esta Máxima Casa de Estudios es casa de mentes libres como la de Alicia Pérez Salazar.
- Mi saludo a los integrantes del Honorable Cabildo de Toluca.
- Mi reconocimiento a los líderes sindicales de la FAAPAUDEM y SUTESUAEM, gracias por su presencia.
- Saludo al Gabinete Universitario.
- Destaco la presencia del cronista de nuestra noble Institución, maestro Inocente Peñaloza García.
- Poetas, escritores, investigadores y comunidad de oradores que se dan cita para honrar la memoria del ilustre Horacio Zúñiga.
- Sociedad mexiquense, sociedad de Toluca.
- Universitarios todos:

“Horacio... hermano mío, te traigo mi palabra emocionada... porque la huida de tu espíritu no es sólo para mí, como para todos, la fuga de una entidad de excelencia que tuvimos el privilegio de sentir junto a nosotros, tú y yo hicimos juntos la vela de nuestras armas literarias y juntos nos lanzamos, como Quijotes alucinados, a desfacer entuertos”... Así despidió Enrique Carniado a su amigo entrañable Horacio Zúñiga.

Del mismo modo y sin punto de comparación, hoy recordamos que hace 57 años, la existencia del poeta de Toluca transmutó los tiempos y las eras, para cifrar su estrella en el infinito universo de la idea y la imperecedera voluntad.

Horacio Zúñiga tramontó la finita existencia humana, rompió el silencio su poesía caudalosa y libre.

Él, le dio sentido y razón a la cátedra en el Instituto Científico y Literario, ovacionado desde el primer instante en que sus alumnos escucharon su voz de

Discurso de presentación

barítono, lograda a base del ejercicio que le imponían los hermanos maristas en su infancia.

Fue un hombre destinado a la cultura, nació para ser maestro, nació con espíritu de poeta, nació para dar lustre a las palabras, para defender nuestro idioma, para recrear el lenguaje que constituye y sostiene a los hombres.

Eso fue, un destinado a cumplir con el más noble de los designios, iluminar conciencias e incendiar temperamentos; cumplió a cabalidad las palabras del genial Simón Bolívar, el más grande libertador cinceló: “que el objeto más noble que puede ocupar el hombre es ilustrar a sus semejantes”.

Zúñiga cumplió y amplió el concepto de maestro, en tanto es éste, según Albert Einstein: “quien cumple el supremo arte de despertar el placer de la expresión creativa y el conocimiento”.

Maestro fuiste y serás; porque supiste ser guía del alumno, ejemplo de vida, conductor de individuos. Todos los conceptos del Maestro caben en ti y en ti se multiplican.

Si escuchamos a Platón diremos “que el Maestro es el que escoge los caminos de la belleza para llevar al discípulo a la verdad, de tal manera que su acción trascienda el apostolado y el discípulo acabe por corroborar, en el ejemplo de la vida perfecta los postulados de los labios omnisapientes y las conclusiones de la inteligencia humana”.

Enseñar sin mucho es instruir y el que tal cosa hace, puede ser profesor, catedrático, pedagogo, conferencista; pero Maestro sólo está reservado a las mentes que logran de la conducción de espíritus su apostolado.

El propio Zúñiga describe al maestro como aquel que con la sublime belleza de su palabra conjunta sabiduría, belleza y amor, las tres entidades con las que asoma al discípulo al vasto panorama del mundo, haciéndole sentir valor, responsabilidad y orgullo.

Quien impulsa elementos de pasión, de entusiasmo y de justicia, como fuerza creadora y potencia reivindicadora de los más altos timbres del espíritu humano;

Horacio Zúñiga Anaya. La luz del conocimiento

quien transforma el carácter crítico en constructivo y postra como finalidad, volver humano al hombre, que es esencia viva, motor del mundo, ejemplo de civilización, centro, motivo y razón del universo.

El primer nombramiento que recibe Horacio Zúñiga como profesor está fechado el 12 de febrero de 1926.

A partir de ese momento y para siempre conquistó con vehemente vocación su fama de hombre de letras y labró su imagen de poeta, sólo eso, formalizó su condición de poeta, porque el poeta nace, la naturaleza designa la condición de cada quien y a él lo hizo poeta, para decretar la verdad, para elogiar a la belleza, para ennoblecer al hombre.

Su fácil y persuasiva expresión y la solidez de su cultura humanista y filosófica, hicieron de él un maestro carismático, arrebatador, admirado por sus compañeros y envidiado por quienes denostaban su estilo poético, sin comprender siquiera que los Titanes, que los gladiadores del verbo, hablan y escriben para estar a la altura de olímpicos diálogos, porque se entienden con lo divino y le susurran al hombre la magia eterna de la poesía.

En el Maestro Horacio Zúñiga dimensionamos primero al hombre, ya no únicamente al ser racional de Aristóteles, sino más allá, al hombre que tiene poder sobre sí mismo, al que sabe hablar y callar, y Zúñiga lo supo, al que ejercita placentero, rigidez y dureza consigo mismo.

Y él lo fue, hombre de hierro con sonoridades de cristal, galerna devastadora con trinos de rruiseñor, bélicas fanfarrias con cadenas brizadoras, halos aromados en bronceo vaso etrusco; hombre fuiste, hombre de carne y hueso que suspira, hombre soldado de las más aromáticas batallas del verbo. Hombre que sedujo a la aurora y fortísimo luchador de la verdad y la belleza hecha esencia, motor y motivo.

Hombre fuiste Horacio, a la altura de los más grandes, hombre con estatura de titán, genial ejemplo de rruiseñor armado.

Cabe el verso que otro de tus distinguidos discípulos, Octavio Paz, dedicara al poeta español Luis Cernuda:

Discurso de presentación

Ni cisne andaluz... ni pájaro de lujo.
Pájaro por las alas... hombre por la tristeza
Una mitad de luz... otra mitad de sombra
No separadas... confundidas.
Una sola sustancia
Vibración que se despliega en transparencia
Piedra de luna... más agua que piedra
Río taciturno... más palabra que río
Árbol por solitario... hombre por la palabra.

Y volvemos a Carniado: “Por eso yo te conozco a ti, como tú me conociste a mí, por ese milagro de transparencia que hizo de nuestras almas, pantalla televidente; en la que se reflejaba la secuencia de nuestro acaecer sentimental, en la que se concretaban en imágenes nuestros pensamientos y se expresaban en nuestras palabras, nuestros ideales”.

El poeta amó profundamente a Toluca, las calles de esta ciudad escucharon su voz, deslumbraron sus cúpulas con la filigrana de su verbo peregrinante; el poeta de la soledad dejó semillas regadas por las calles silenciosas y frías de su ciudad provinciana.

Se lo dijo el poeta en su oración fúnebre: “Toluca ha sido fiel a ti como tú a ella... vigila tus pasos solitarios, se ha empapado de silencios para que pudiera volar mejor el ave de tu pensamiento y; hasta en ocasiones, ha enmudecido sus campanas para no perturbar tus reflexiones”.

Junto a Enrique Carniado, Pastor Velázquez y Vicente Mendiola conforman una generación de institutenses que transformará para siempre la vida de Toluca y serán la masa pensante y creativa del Estado.

Se educó a los pies de los más sabios de la época, de maestros como moles que piensan y transforman... de Manuel Gómez Morín, de Antonio y de Alfonso Caso, de Vicente Lombardo Toledano, de Erasmo Castellanos Quinto.

Horacio Zúñiga Anaya. La luz del conocimiento

Dirigió la Biblioteca Pública del Estado, siguiendo el mismo destino de las grandes mentes que con su pluma transformaron este país; tuvo bajo su resguardo y dirección una biblioteca de la que abrevaron todos los conocimientos que los libros guardan.

Adquirió desde su juventud, una cultura enciclopédica, su mente era un recetario de frases, de poemas genuinos, de discursos orfébricos; fue un artesano del verbo, labró la piedra del conocimiento con tenacidad y paciencia, paciencia de santo y devoción de profeta.

Orador, el más grande que ha habido, el más bello, el más orquestal; orador, porque para sí mismo practicó la gimnasia de la inteligencia sobre la tribuna más alta que pueda existir: la de la conciencia y el corazón del hombre.

Es por antonomasia el más grande verbomotor que ha tenido la tribuna mexicana.

Sí, Ramírez el incisivo;

sí, Altamirano el admirable;

sí, Jesús Urueta el perfeccionista, el príncipe de la palabra;

sí, López Mateos, la lengua de bronce;

sí, Muñoz Cota, el arquetipo del orador completo.

Sí... todos ellos dieron lustre a la tribuna de México; pero Zúñiga es el poeta-orador que hace del caudal del verbo una tempestad, el escultor que hizo hablar a la piedra; como Bolívar el poeta-soldado que de cada batalla hacía una sinfonía o como Morelos el estratega, que enaltecía a la patria en cada campiña.

Así es Zúñiga, el comandante de la idea, el general de la belleza, el almirante de la imagen, sin más ni más, el mariscal del verbo; como un manojo de relámpagos embravecidos y de fuerza y de verdad... el poeta de ritmos humanos, el orador de sinfonías.

Fernando Pessoa solía afirmar que “el nombre no significa nada y a la vez lo es todo”.

Para Horacio Zúñiga representó su destino, en su nombre llevó la misión de literato, de varón enamorado de la idea; en su nombre se reflejó al escritor

Discurso de presentación

contra la indiferencia, literato de éxito y con voz propia, poseía una conciencia insatisfecha; directo en la expresión de sus juicios, fustigador de la injusticia, del autoritarismo, defiende la bondad como el mayor argumento para una revolución. Apela a la razón, reivindica el sentido común y la prevalencia de la ética. Desafecto de la envidia, protagonista de una experiencia vital intensa.

Así era Horacio Zúñiga, disciplinado, tenaz, melancólico, reservado, coherente en sus convicciones, serio, severo, solitario por temperamento y soledoso por esencia; tímido, tierno, implacable, pesimista, leal, sincero, generoso, duro por fuera y frágil por dentro; poseedor de un acentuado sentido de la dignidad, adusto y beligerante; un hombre poseído, desde la juventud, por una insaciable curiosidad, acostumbrado a decir lo que pensaba y a meditar lo que decía, hasta labrar una apariencia de labor misional laica.

Saramago, el genial escritor portugués, afirma que “somos seres de búsqueda”; seguimos el camino para encontrar algo, nos aventuramos a afirmar nuestra condición humana a través de nuestros hechos y cuando dejamos la existencia, seguimos buscando, es una constante perpetua, la búsqueda de lo que somos, a través de lo que creemos.

Tal vez por ello, Borges afirmó: “el tiempo, es la materia de la que estoy hecho”; y nosotros decimos, el tiempo es sólo la sustancia que da albergue a las ideas de los grandes hombres; el tiempo es pretexto para medir su estatura de gigantes, el tiempo es un vehículo para recorrer épocas e inspirar generaciones.

Así, a las 7:30 horas de aquella mañana del 13 de septiembre de 1956, llegaría el final de una existencia de luces, de ritmos y de cantos; llegó puntual a su cita con el destino, llegó puntual la muerte física del poeta, pero como bien se sabe, la poesía es energía y belleza a la par; la belleza no muere, la idea se transforma, la poesía se transfigura, la verdad se magnifica.

Así llegó Horacio Zúñiga a su cita final con la vida y dejó de existir, su tierra natal lo despidió, su solar nativo lo dejó de cubrir en vida para postrarlo en los muros del viento de su ciudad provinciana y ahora, su tierra lo reclama, su gente

Horacio Zúñiga Anaya. La luz del conocimiento

lo aplaude, sus discípulos lo honran porque somos, son y seremos producto de su idea, de su verdad hecha poesía, de su oratoria clara y magnífica que nos acompaña siempre y siempre en deuda estará este Instituto, esta Universidad potente y pertinente que le reclama como suyo, que lo envuelve y lo guarda en esta enorme bandera verde y oro.

Si Juárez con su muerte pudo ponerse de pie en la conciencia nacional, si Morelos con su fe patriótica pudo darle Sentimientos a la Nación, si Zapata reivindicó a los campesinos, a los olvidados, con su cabalgar de hombre mestizo y libre; así Horacio Zúñiga se apropia de la esencia misma de una Universidad que se hace más grande con su ejemplo.

Horacio Zúñiga le da a la Universidad de ahora, pertenencia, pertinencia, permanencia, identidad, razón, inspiración, fuerza, fe y voluntad.

Entendemos a la universidad como aquella que liga, que une, que vincula, que nos hace sentir una gran unión con todo, porque la universidad somos nosotros, lo que nos rodea, esta casa que es autónomamente nuestra.

Quién más que la Universidad, su casa y casa del hombre, debe albergar su obra, por eso lo reclamamos para nosotros y para bien de la sociedad de Toluca, del estado y del país, por eso queremos que se conozca y reconozca su obra, por eso impulsamos su imagen más allá de nuestros muros, para que descubran y redescubran al poeta pródigo del Instituto, que también luchó por nuestra autonomía, principio rector de nuestra vida y como esencia viva de nuestra existencia académica.

Así habla quien lo conoció, Inocente Peñaloza, nuestro cronista, lo nombra el “Poeta de la Soledad” y también el poeta de la razón, el poeta de la vida, el que le canta al hombre y a la naturaleza, como sus poemas a las cumbres y al volcán, al Señor Desnudo Xinantécatl; que fue su más profunda inspiración.

Arquitecto de su tiempo y de su ciudad, de su Instituto, de nuestra Universidad; en él la voz de esta Casa cabe siempre, en la edificación del amor y el compromiso con la juventud.

Discurso de presentación

La obra de los ilustres institutenses y de los universitarios de amplio valor, nos genera un verdadero compromiso por corresponder con dignidad al momento que nos toca vivir.

Somos una generación que ve siempre al horizonte, pero no olvida sus raíces; quien recuerda siempre lo que es y de dónde viene, puede ver con decisión el porvenir. Origen es destino.

En torno a la figura de Horacio Zúñiga Anaya, convocamos a los universitarios a hacer más para trascender más; hacemos un llamado pertinente a darle más brillo a nuestra Máxima Casa de humanismo y de cultura.

Declaro que necesitamos al poeta, ahora en sus libros y en su obra, para edificar con verdad y empuje al nuevo torreón de nuestro tiempo; este torreón como emblema del trabajo que desarrollamos todos los universitarios representa también el regreso al humanismo, al reconocimiento del hombre por el hombre mismo, el volver los ojos a la esencia de quienes construimos a la universidad todos los días, este torreón que está destinado a volvernos más humanos, más libres, más y aún dignos.

Con humildad proclamamos que este tiempo es el tiempo de mirarnos unos a otros bajo el hilo de la solidaridad y de la inspiración que crea, es momento de sentir nuestra la herencia de miles de hombres que sin falsas afirmaciones construyeron lo que ahora somos.

Reconocernos unos a otros, querernos en el lenguaje propio de nuestro legado, sabernos coincidentes de nuestra misión única, encontrar en el hombre la razón de nuestro espacio y tiempo.

Por ello, iniciamos el reconocimiento de mujeres y hombres con el regreso a nuestro código genético: el humanismo que a la ciencia le da sentido.

En mi calidad de rector de esta casi bicentenaria institución y con el respaldo de los universitarios, acordé instaurar que cada 13 de septiembre nos reunamos, Ayuntamiento de Toluca, Universidad y sociedad, a recordar a uno

Horacio Zúñiga Anaya. La luz Del conocimiento

de los nuestros, al Maestro Horacio Zúñiga Anaya a quien debemos homenaje valedero, porque su obra nos permitirá proclamarnos pertinentes una vez más.

Creo firmemente que el hombre se debe a su tiempo, pero también a su pasado iluminado por conciencias más claras y más grandes.

Por ello, decidimos además... Rendirte Homenaje, maestro, ...con una sala en este edificio histórico, en este *Viejo Abuelo Ilustrado* que albergó tu vida; más adelante, con una plazoleta que llevará tu nombre en Ciudad Universitaria y con la promoción de tu obra entre nuestra comunidad y la sociedad; por ello, propondré al Consejo Editorial de nuestra institución la reedición de tu obra escrita, para que se conozca tu esencia a través de tus palabras.

El espíritu de excepción de Horacio Zúñiga está guardado en la abundante cosecha de sus libros, para que los jóvenes de muchas generaciones puedan marchar sobre los senderos iluminados por este bardo de luz.

Es el mayor legado que podemos dejar a quienes nos suceden, por la fe inquebrantable en que la Universidad Autónoma del Estado de México, seguirá siendo la casa de la verdad, de la expresión libre y de la comunión de las ideas que transforman.

En el *Libro de los itinerarios*, de José Saramago, Nobel de Literatura y Doctor Honoris Causa, afirma con vehemente razón: "Siempre acabamos llegando a donde nos esperan".

Así, Horacio Zúñiga regresó a su Instituto, en donde siempre se le esperó; del que nunca debió haberse separado; a su paso por este *Viejo caserón de piedra*, dejó la idea de un monumento a los maestros del Instituto y la letra bellísima y admirada en toda la república mexicana de nuestro *Himno Institutense*, cantado por vez primera el 3 de marzo de 1928, conmemorando el Centenario del Instituto.

Por ello y en tu honor, hemos recuperado las dos estrofas que permanecieron vagas en el olvido y que ahora esta administración con la voz de los universitarios, porque nada ni nadie puede trasgredir la letra que ha vestido a esta potente Casa

Discurso de presentación

de Estudios durante 85 años, los cerebros seguirán siendo jaulas de ideas en esta torre de oro del ave doncella.

Desde los 13 años de edad, la vida de Horacio Zúñiga fue marcada por un suceso sin precedentes, el ingreso al liberal Instituto Científico y Literario. A partir de ese momento, su mente comenzaría un amplio y largo camino por el sendero del conocimiento, la lectura y la meditación de temas profundos.

El Instituto, ahora Universidad, era su más grande pasión, y es mentira... es mentira quien afirme que se fue, el poeta vivió y vivirá por siempre, porque el universo de su mente creativa y el portentoso significado de sus palabras, necesitan reposar en un santuario igual de fuerte, para que dé abrigo a sus más nobles propósitos.

Así como el océano controla a sí mismo sus aguas imponentes, así como el fuego necesita la libertad del viento, así las ideas, las imágenes y las palabras de Zúñiga necesitan el reposo que brinda la Universidad Autónoma del Estado de México.

El lugar donde nacen los hombres con altura de montañas y el entorno en el que se desenvuelven, son meras referencias geográficas; porque para ellos ni la extensión del viento es suficiente para contener su manto de bondad y de prestigio.

Horacio Zúñiga, como muchos más, tiene como cuna, como vientre eterno y natural, el universo, como dijo el poeta de la plástica mexiquense Leopoldo Flores Valdés: “La Universidad es el universo, universo es el vientre infinito donde nace el hombre, universo sin término donde no existe horizonte, horizonte, todos lo sabemos, en el universo no existe horizonte.

Universo infinito, sobrio, explosivo y magnánimo, universo-universidad, que es producto de poetas y pensadores”.

Universo que todo lo embellece, porque es todo y todo lo consume para construirlo luego; universo es la universidad, vientre magnífico de *ideas, imágenes y palabras*, universidad que alberga en su vientre la savia de la lírica, la profundidad de la idea, la grandeza del ejemplo.

Horacio Zúñiga Anaya. La luz del conocimiento

Universo somos nosotros, todos, porque hacemos de la voluntad... patria ciencia y trabajo por y para la sociedad.

Cuánta falta hacen, qué necesarios son los poetas para el mundo, mientras éste se desgrana en odios malsanos, el poeta canta y vibra, canta para armonizar al hombre, para ilustrar la vida, para señalar la verdad.

Así fue el admirado poeta y orador Horacio Zúñiga; un ser genuino, hecho de palabras, heredero de palabras, que a lo largo de los tiempos realizó para gloria de nosotros, un testamento de palabras.

¿Y qué es la palabra? LA PALABRA ES LUZ

ENVÍO:

Amado Maestro Horacio Zúñiga:

Desde esta imponente Aula Magna de nuestra Universidad. Panal majestuoso de imágenes colosales.

Hace 57 años tu cuerpo fue velado en este recinto y hoy velamos armas en tu nombre.

Poeta de luz, de caudalosa lírica, de ritmos majestuosos, de selvas sonoras, de sinfonías magnánimas. Poeta de Tollocan, más grande y más humano.

De amplio caudal es tu poesía, de vitalidad y energía tu prosa, poeta de tempestades, arrobando el deseo infinito de ver a la juventud luchar por la honra y por la libertad.

No existen muros que contengan tu poesía y la portentosa carga de tu oratoria, eres ornamento de nuestra casa de cien arcos, en estos pasillos caminaste, discutiste, amaste a las letras como se ama al hermano, a la madre, a la compañera de vida.

No hay muros, no los habrá... que encierren tu ejemplo de hombre libre, de bardo enamorado, de eterno poeta.

Discurso de presentación

Tensas el arco de la verdad pero tú eres la flecha, conviertes la espuma en vuelo de palomas, eres la verdad de una sociedad que necesita a sus poetas, a sus oradores, a sus literatos y ahora a sus académicos, investigadores y a sus alumnos; una sociedad que necesita vivir en la armonía con su presente y transmutar sus principios para salvarse a sí misma.

La universidad por mi voz te nombra y te renombra, te reconoce y te ensalza, no por vanidad y casamiento con la historia, sino por justicia, por obra y gracia de la justicia verdadera que obliga a los hombres a reconocer a sus hombres, porque en el reconocimiento de unos está la dignidad de todos.

Desde la sombra infinita de esta preclara casa de cultura, venimos en esta tarde lluviosa en enorme cruzada de admiración y gratitud a traerte para ti toda la fuerza de tu Universidad, como tú la nombraste: “Pendón de esmeralda, embrujado con el simbólico temblor de las abejas de oro”.

Por ello pido que al poeta de la soledad... no se le recuerde con silencios; si su poesía fue tan caudalosa, si su poesía fue tan rítmica, si su poesía fue una rebeldía permanente, por qué recordar con silencios al hombre que provocó huracanes y domó desde su mente el verbo majestuoso de ciclones.

Tus hijos te aplauden y te canta tu Instituto
Aplaudid universitarios... aplaudid al poeta
Salve Horacio... eternamente vibra... eternamente canta.
Viva por siempre Horacio Zúñiga Anaya.
Viva México y su amada bandera, suave patria libertadora.
Viva la Universidad liberal, autónoma y perínclita cumbre del saber.
Viva la imponente Universidad Autónoma del Estado de México.

PATRIA, CIENCIA Y TRABAJO

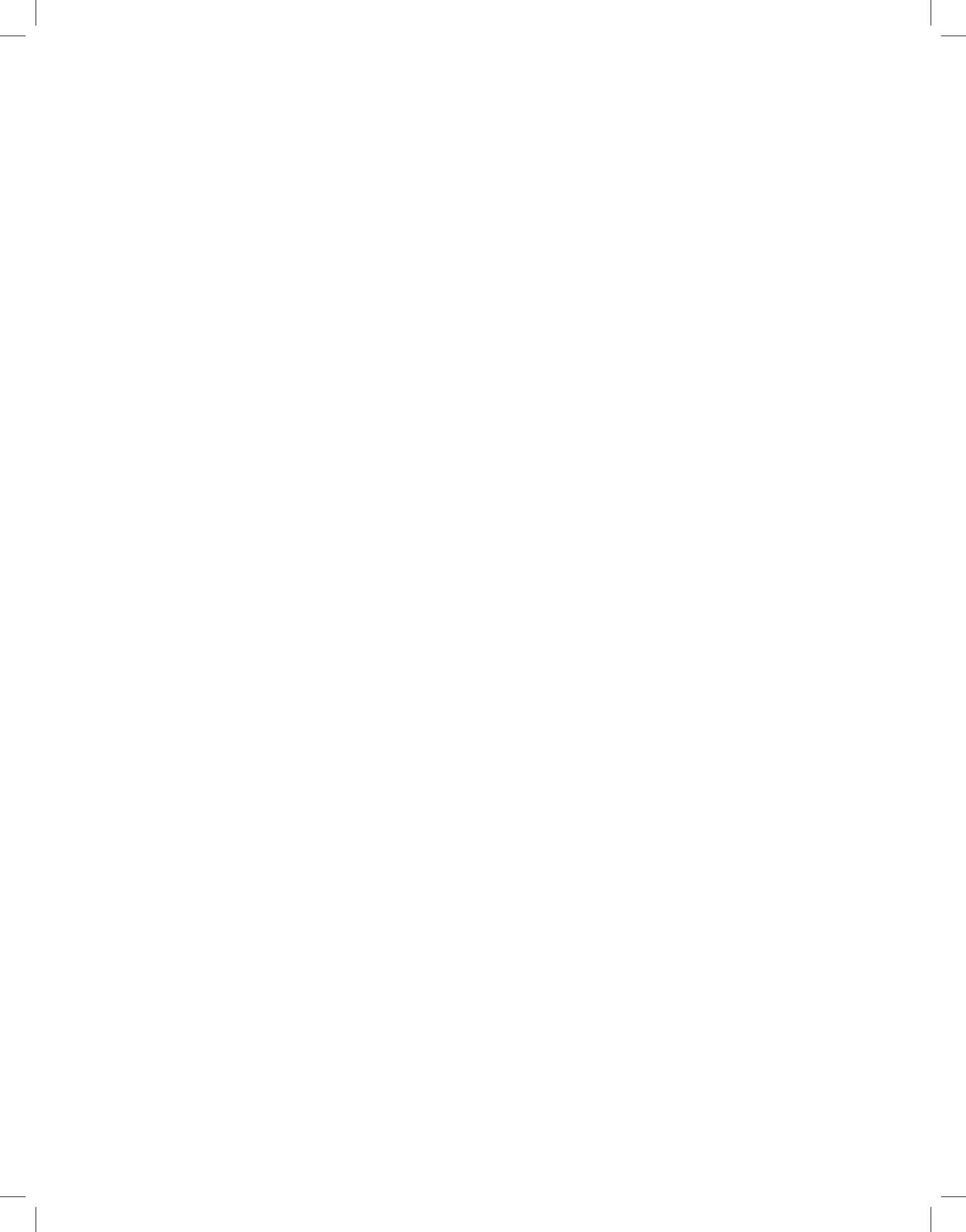


NOTA A LA EDICIÓN

El propósito de la colección *Horacio Zúñiga Anaya. La luz del conocimiento* es poner a la disposición tanto del lector común como del lector especializado la obra del escritor toluqueño Horacio Zúñiga. Aquí se ha reunido su obra poética, narrativa y ensayo en orden cronológico, considerando la primera vez que éstas fueron publicadas.

En todo momento se buscó respetar las características de dichas publicaciones; por lo tanto, algunas peculiaridades en el uso del lenguaje y aspectos de puntuación, como el caso de los signos de admiración que a veces sólo abren o cierran, fueron conservados.

Esperamos que esta primera reunión del material de este destacado escritor mexiquense, tan poco conocido, sirva para que estudiosos de la materia (lingüistas, literatos, filólogos) puedan revisarla y así ampliar los estudios y ediciones críticas de esta obra.



AGRADECIMIENTOS

Al licenciado Gonzalo Pérez Gómez,
quien prestó gran parte del material que aquí se recopila.

Al maestro Héctor Sumano Magadán,
por su colaboración en la revisión bibliográfica.

A la maestra Alicia Gutiérrez Romo,
quien coordinó el trabajo de los estudiantes que como parte de su
servicio social colaboraron en el “Proyecto Horacio Zúñiga”.

A los alumnos y alumnas que participaron en este proyecto.



CONTENIDO

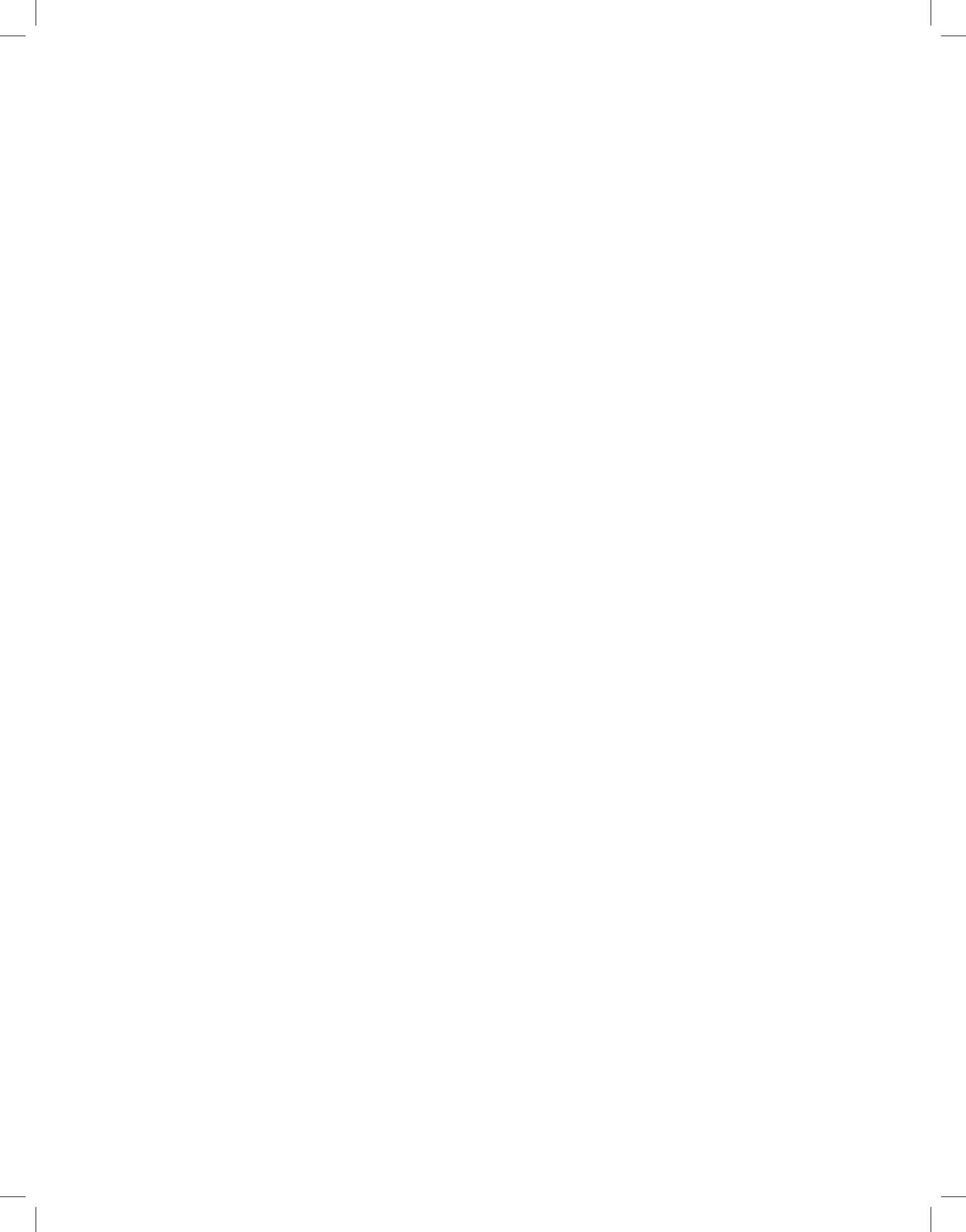
vii	Discurso de presentación
xxi	Nota a la edición
xxiii	Agradecimientos
1	EL ESTADO DE MÉXICO DESDE LA PREHISTORIA HASTA LA CONQUISTA (ENSAYO DE FILOSOFÍA HISTÓRICA) (1933)
13	Proemio
39	Capítulo I. El Estado de México-Introducción y Generalidades
45	Capítulo II. El Estado de México-Copilco-Cuicuilco-Oposición estético- religiosa entre el arte egipcio y el mexicano
59	Capítulo III. Antecedentes étnico arcaicos de los primeros pobladores del Estado
65	Capítulo IV. Las tres grandes corrientes migratorias: Arcaicos, Nahoas y Olmecas
77	Capítulo V. Orígenes y naturaleza étnica de las tres corrientes migratorias primigenias
81	Capítulo VI. Albores histórico legendarios de las grandes culturas y civilizaciones del Sur.-Comunidad de origen entre ellas y las del Centro.- Semejanzas fundamentales.-Sublime alcance de sus concepciones ético religiosas

91	Capítulo VII. Los Huehuitlapaneas. –El Tolteca: coordinación admirable del nahoa y el olmeca, sobre un fondo arcaico primitivo. –Enorme y profunda significación de esta gran cultura
97	Capítulo VIII. Quetzalcóatl– El personaje histórico legendario– El mito astral– El símbolo estético teogónico
103	Capítulo IX. Los Chichimeca.–Xólotl, sus alianzas y consolidación de la monarquía.– Primer florecimiento del reino chichimeca
107	Capítulo X. Los aztecas. –Su magna peregrinación. –Fundación de la Gran Tenochtitlán.– Los once emperadores mexicanos.– La estoica y heroica religiosidad de Moctecutzoma II
113	Capítulo XI. El grandioso Imperio Mexicano. –Anáhuac, su soberbia metrópoli.– Moctecuhzoma el magnífico
119	Capítulo XII. El reino acolhua chichimeca. –Texcoco: la ciudad de fábula.– Netzahualcóyotl, el Salomón aborigen: índice espiritual de su pueblo y exponente definitivo de su raza
129	Capítulo XIII. Parangón entre el Imperio Azteca y el Reino Chichimeca. –Oposición entre el sentido político del mexicano y el sentido religioso del chichimeca.– Cultura, en extensión, del primero y cultura, en profundidad, del segundo
137	Capítulo XIV. Los Matlatzincas.–Tollocan.–Etimología de estos nombres
143	Capítulo XV. Primeros pobladores del Valle de Toluca. –Fundación y ubicación de la capital del Señorío Matlatzinca
155	Capítulo XVI. Importante desarrollo del Señorío o Reino Matlatzinca y celos y envidias que despierta. –Axayácatl lo sojuzga a instancias del cacique de Tenancingo

159	Capítulo XVII. La Conquista. – Después de Axayácatl, Gonzalo de Sandoval somete a los Matlatzincas. – Completa destrucción de la ciudad de Toluca. – Los Matlatzincas tributarios del conquistador. Fundación oficial de Toluca
175	Capítulo XVIII. El Valle de Toluca, solar y emporio de una de las más avanzadas culturas antiguas del país. –Calixtlahuaca. –Enorme importancia de estas ruinas. – Consecuencias que de ellas se deducen
181	Capítulo XIX. La Leyenda de las ruinas de Calixtlahuaca. –Otras zonas y reliquias arqueológicas del Valle de Toluca y regiones circunvecinas. –El tolteca y su antigüedad en esa región
187	Capítulo XX. Visión sintética de la Obra. –Las antiguas culturas del Valle de Toluca dignas de figurar junto a las más avanzadas del Valle de México. – Teotihuacán y Calixtlahuaca, los dos vértices supremos de la grandeza arqueológica del Estado de México
193	Capítulo XXI. El Estado de México, cuna, asiento o crisol de las más alcanzadas culturas y civilizaciones antiguas del Continente y magno crucero espiritual de América y España
195	Nota bene
199	Apéndice
201	Informe del Ing. José G. Payón
205	Calixtlahuaca monumental
223	Cultura teotihuacana
241	Huexotla y Texcotzingo, Xochicalco, Tenayuca y Santa Cecilia
247	Tepotzotlán, Teopanzolco y Xochicalco

253	La pirámide de Xochicalco
261	Templo mayor de México
265	Conclusiones generales
267	El monolito más grande de América
271	LA UNIVERSIDAD, LA JUVENTUD, LA REVOLUCIÓN (1934)
273	Palabras del editor
277	Palabras del autor
281	La Universidad Nacional Autónoma
289	La universidad futura
297	La crisis económica de la universidad
303	Refutación
307	Los puntos sobre las íes
313	Refutación
315	Punto final
319	Refutación
321	Algo más sobre el mismo tema
329	Cultura y civilización
335	El día del estudiante
341	Mens sana
347	Afirmación, negación y coordinación
355	La socialización del arte
361	Disciplina
367	El problema de la juventud
381	La revolución

389	La escuela y la revolución
393	El arte y la revolución
397	El plan de San Luis y la revolución
417	Nota bene



*El Estado de México
desde la prehistoria hasta
la conquista
(ensayo de filosofía histórica)
(1933)*





Contribución del Gobierno del Estado de
México a la celebración del IV centenario de la
fundación oficial de la Ciudad de Toluca.



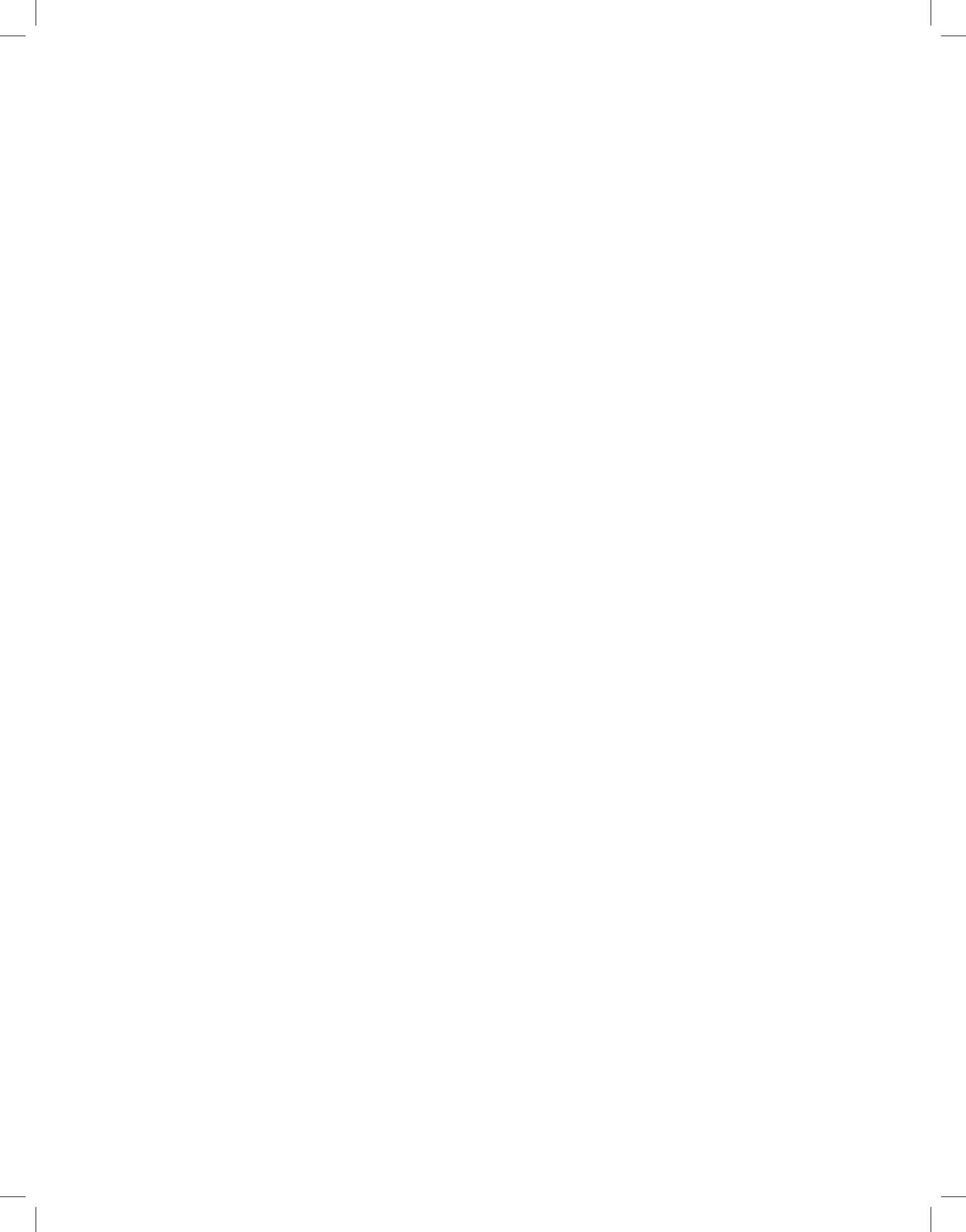
Al C. Coronel D. FILIBERTO GÓMEZ, Gobernador
Constitucional del Estado de México, a cuyo espíritu progresista y
elevado empeño, se deben la realización e impresión de esta obra.

.....

Y a sus distinguidos colaboradores, el Sr. Lic. D. Francisco
Carbajal, el Sr. Diputado D. Juan Manuel Patiño y el Sr. Lic. y
Magistrado D. Alfonso Ortega: Secretario General de Gobierno,
Tesorero General y Oficial Mayor de Gobierno, respectivamente,
de la propia entidad federativa.



Corl. FILIBERTO GÓMEZ
Gobernador Constitucional del Estado de México



Al Sr. Profesor D. Ignacio Quiroz Gutiérrez, Director de Educación Pública en el Estado de México y a su digno Secretario, el Sr. Profesor D. Adrián Ortega, que con tan generosa hidalguía, me han prestado el apoyo de su alta investidura, para la mejor elaboración de este trabajo.

.....

Y a los directores del Instituto Científico y Literario, de la Escuela Normal para Profesores, de la Normal para Profesoras de Toluca y de la Escuela de Artes, porque ellos encarnan la más alta representación cultural de mi solar nativo.



Y a la juventud estudiantil del Estado de México, en la que están
puestas nuestras más legítimas y mejores esperanzas.



PROEMIO

QUANDO el progresista Gobernador del Estado de México, C. Coronel don Filiberto Gómez, obsequiando la reiterada solicitud del Centro de Acción Social de Estudiantes Universitarios, se sirvió conferirnos la honrosa cuanto difícil comisión de sustentar, en el Centro aludido, una serie de conferencias acerca de la entidad federativa, dentro de cuyo territorio se halla enclavada la Capital de la República, inmediatamente pensamos, por una inevitable asociación de ideas, en aquel prodigio de talla y forja que constituye el admirable grupo del San Gabriel y la Virgen, de Veit Stoss, cuyas manos sabias y armoniosas, cuyos dedos orfébricos y musicales, cuyas inverosímiles devociones franciscanas y paciencias benedictinas, de tal modo han logrado ductilizar, musicalizar y casi etereizar el metal rebelde, que más que apoyado en alas de arcángeles invisibles o suspendido de un vuelo de fervores imponderables, parece flotar en una inmovilidad definitiva, entre el cielo y la tierra, como si fuese una condensación de inciensos, una cristalización de plegarias, o una simbólica materialización de espíritus, que se hubiesen quedado coronando eternamente a ese otro portento del insigne maestro bávaro: el Cristo de la cabeza, el cuerpo, los brazos y los pies florecidos; mejor aún, el Cristo del hierro transfigurado en rosas de parábolas, que parece perfumar con efluvios de misericordias, las arrodilladas penumbras de la Catedral de San Lorenzo de Nuremberg!...

En efecto, nada más semejante a la difícil materia de aquellos supremos alardes de belleza, que el duro, frío, inmóvil y mudo material histórico: fechas, lugares, nombres; hechos desposeídos ya de toda vida; hombres privados de todo espíritu, de toda conciencia, de toda pasión. Y nada tampoco más similar a la

taumaturga labor del paciente y genial artífice, a cuyo mágico conjuro el pesado y rudo metal se agiliza en melodía, que la ardua y sublime tarea reservada a quienes, disponiendo de tan preciosos, ¡es verdad!, pero en sí mismos tan pobres elementos, en su triple papel de reconstructores, animadores y creadores (las tres cualidades índices de todo verdadero historiador) tienen que reconstruir, lo mismo los hechos que los edificios; animar, lo mismo a las humanidades muertas que a los grandes productos del espíritu (arte, lengua, religión, etc.); articular, después, en vigorosos organismos bio-psico-sociales, hechos, hombres y fechas; coordinar las formidables proyecciones psico-colectivas, en los símbolos en que se exteriorizan, en las palabras en que se enuncian y en las realizaciones materiales en que se concretan; y, por fin, reconstruídas de ese modo las ruinas, galvanizados los acaecimientos, resucitados los cadáveres, revestidos con nuevas envolturas de vida y de conciencia los escuetos esqueletos de estadísticas y cronologías; estructurado de tal manera el pasado que ha sido posible salvar; una vez hecho todo eso, recrear, crear nuevamente, más aún que reanimarlo, más todavía que reconstruirlo, el pequeño o grande mundo que fue.

Es decir, una vez rescatado el pretérito del olvido y de la muerte, por medio de tan elevada labor reintegradora y vivificadora, tras de haber arquitecturado sabía, paciente, y devotamente todos esos elementos, coronar la titánica empresa con el gesto supremo y definitivo del creador que trata de ofrecer, no una visión fragmentaria del ayer; no un trozo de mundo y de humanidad perdidos; sino una visión de conjunto; todo un ancho sector de humanidad; todo un orbe grande o pequeño, pero completo, pero total, que, precisamente por surgir más de nosotros que de los otros; por hallarse complementado a cada instante con nuestro propio ser; por revivir con nuestra existencia retrotraída a los antaños; por reanimarse con nuestro espíritu transfundido en la antigüedad; por palpitar, por sentir, por odiar y amar con el corazón que hemos trasplantado hasta la entraña de los remotos surcos longevos, más que una re-edificación y una re-construcción; más que una re-creación, es una creación: otra creación: una ulterior creación,

indudable, palpable, material y positiva, como la creación del artista (tipo clásico de la imaginación creadora, según Ribot, de la que el genio es el prototipo) que con el pobre material que le proporcionan el mundo y el hombre, el instante fugaz, el espíritu ávido y el corazón mezquino, es capaz de superar el mundo, la vida, el alma y la bestia, en uno de esos átomos de poesía, en que, según decir del poeta, cabe el universo; o en uno de esos vértices de belleza donde el espacio de abajo y el espacio de arriba se conjugan en un punto y en un punto se afinan el tiempo de arriba y el tiempo de abajo; porque ese es el punto sin tiempo ni espacio del alma que ha consumado todas las formas, agotado todas las trayectorias, y consumido todas las velocidades, en su dramática locura de perderse en la eternidad sin tiempo y en el infinito sin espacio de Dios!...

Porque sí; haciendo a un lado la erudita, humanista, y aparatosa, en fin, la universitaria discusión de lo que se entiende por Historia y de lo que la Historia debe ser; procurando rehuir todos esos catálogos de autores y esas enciclopedias de citas, tan gratas a los pedantes de todas las decadencias, ya se trate de Bizancio, Pompeya, Sybaris o Alejandría, y tan admirados por los superficiales “amateurs” de todas las latitudes; desatendiéndonos, aunque sea momentáneamente, de la misma clasificación técnica de Rickert, las conceptualizaciones de Xenopol, y hasta del genial esquema cíclico de Hegel, cuyas vigorosas generalizaciones, tendremos, sin embargo, muy en cuenta; procurando, en síntesis simplificar cuanto es posible, la cuestión, creemos; más de acuerdo con los esforzados realizadores que con los egregios teorizantes, que la Historia, ¡Oh Renán, Theine y Michelet!, debe ser, no una árida cronología, ni un calendario de sucesos, ni mucho menos una especie de guía de museo, exposición o gira turístico-retrospectiva; sino toda una sólida, completa, sensible y armoniosa arquitectura científica y artística, pero sobre todo, humana, ineludible, inconfundible y profundamente humana, que a semejanza de aquella sintética definición de Spionzoza: “la poesía es una pasión del pensamiento”, puede perfilarse en la siguiente definición: “La Historia es una poesía de la verdad!”... Naturalmente, de la verdad social que se refiere al

hombre, al hecho y al fenómeno históricos; o sea a la verdad social que opera en función de un espacio y un tiempo típicos.

¿La descripción del acontecimiento y del individuo o la masa con él relacionados? – ¡Desde luego!, ¿La Geografía en el tiempo como quiere Reclus y el paisaje antro-po-geográfico de Ritter y el panorama antropopsíquico de Wundt y sobre todo de tarde? – ¡Sí, incuestionablemente! Pero, sobre todo, el arte, la devoción estética, la creación estética, la estética pasión que no nada más dice al pasado “surge et ambula”, sino que transfunde a ese Lázaro pretérito su vida para que se ponga a andar, y prescindiendo, por una maravilla de comprensión y de desplazamiento, de su, al parecer imprescindible idiosincrasia, pónese a sentir, a pensar y a obrar con los seres que fueron, para procurar comprenderlos, explicarlos y amarlos, no para absolverlos o condenarlos necia y altivamente; no para juzgarlos, en fin, ¡eso no!, pues, pese a la clásica y socorrida opinión de la burguesía intelectual, la Historia no puede ser juez mientras sean los hombres quienes juzguen a los hombres, sin que ningún grado de legítima superioridad los coloque a unos por encima de los otros; como no sea la superioridad que invariablemente se atribuyen a sí mismos los árbitros de hoy sobre sus semejantes de ayer!

Arte noblemente apasionado y creador, ¡Sí!, Y también, siempre al compás del arte y a veces más que él, la decisiva penetración filosófica (no la triste erudición de nombres de filósofos ni la colección de doctrinas filosóficas estiladas en los más altos institutos) que trata de buscar las causas medulares, aunque siempre típicas, para no pasar de la Historia a la Sociología y de ésta a la filosofía pura o especulativa, los primeros principios de la conciencia humana en su función racial y los fines trascendentes de la criatura; pero no como espíritu específico, ni mucho menos como espíritu absoluto; sino como espíritu que actúa dentro de determinadas causaciones éticas y que, llevando dentro de sí mismo su propio paisaje, ilumínalo, sin embargo, con la luz de diversas latitudes y tradúcelo en morfologías de diversas expresiones: éticas, estéticas, políticas, mitoplásticas y religiones de inconfundibles y singularísimos perfiles.

El Estado De México Desde la prehistoria...

¿Algo así como la novísima teoría del sino histórico de Spengler, como su hipótesis morfogenética; o como su atrevido concepto de algunas culturas? ¡Exactamente! Y algo también, como esa filosófica, a la vez que histórica y artística manera de Worringer, cuyos libros, igual que los de Spengler, y superiores en esto a los mismos tratados especialistas de Wolffin, Meumann y el propio Hanss Larsson, por la perfecta asociación entre la hondura del concepto y la belleza de la forma verbal en que se expresa, nos hacen pensar en toda la verdad que encierran aquellas palabras definitivas de Nietszche, varias veces reproducidas por los espíritus más selectos de aquí y de más allá de nuestras fronteras geográficas e intelectuales: “Lo que extraña profundamente es el carácter de necesidad con que se impone la metáfora; parece que la expresión más natural, más justa, más sencilla es la que se ofrece. En verdad se diría conforme a la palabra de Zarathustra que las cosas mismas llegan al espíritu deseosas de volverse símbolos. Todo acude con ternura anhelante para hallar cabida en el verbo y sonreír halagüeñamente, queriendo volar arrebatado por él. Sobre el ala de cada símbolo vuelas hacia cada verdad. Para ti se abren por sí mismos todos los tesoros del verbo. Todo movimiento quiere aprender a hablar de ti”.

¡Con razón Pitágoras, el filósofo de los números, oía, metafóricamente, la geométrica melodía de las constelaciones! ¡Con razón Jesús, el filósofo de la caridad, convertía sus labios en pinceles y sus palabras en colores, para pintar en los atentos espíritus de sus discípulos, las inefables acuarelas de sus parábolas! ¡Y con razón también, por una polaridad psico-biológica, perfectamente explicable (ya que lo que es esencialmente igual, no reconoce diferencias de tiempo ni de espacio, como no sean meras periféricas diferencias circunstanciales) con razón también, los niños y los hombres primitivos, no entienden el mundo sino como metáfora, y por eso, mientras para las conciencias infantiles (que pueden ser de niños o de poetas) la realidad está más en los cuentos y en los sueños que en el mundo mezquino, rudo y contradictorio; para las conciencias rudimentarias, la realidad está toda en el mito, en la causación extraterrestre del fenómeno y de

la criatura; en la perenne intervención de lo infrahumano, de lo infra-material, hipernatural o sobrenatural, de lo irreal, en síntesis, que de ese modo resulta, lo verdadero, lo único e indiscutiblemente real.

Verdad, Belleza y Filosofía, en típica función colectiva y en vívida, cálida y ardiente coordinación humana: o sea, partiendo del concepto de Uexkull, en la forma más alta de la coordinación biológica, he ahí lo que, sintéticamente entendemos por Historia, y he ahí lo que, apenas hubimos recibido, en nuestro carácter de Conferencista Oficial del Estado de México, la honrosa comisión del Gobernador del mismo, a que hemos hecho referencia, pensamos, o mejor dicho, deseamos ardientemente realizar (toute proportion gardée, ¡Naturalmente!), dentro de los modestos límites de nuestro trabajo y en la muy humilde medida de nuestras facultades.

Sobre todo, más nos conminó a resolernos a acometer tan ardua empresa, la circunstancia de que, si en tesis general y salvo no muy frecuentes y sí muy brillantes excepciones, nuestras pequeñas y grandes historias adolecen del defecto de ser, según ya hemos indicado, demasiado áridas, estadísticas y cronológicas, por lo que respecta al Estado de México en particular, las monografías, memorias, etc., que existen (por lo menos las que nosotros conocemos) indiscutiblemente valiosas desde otros puntos de vista, carecen, casi en absoluto de toda visión de conjunto; de todo examen penetrante; de toda profunda o siquiera medianamente importante generalización. Y por lo que toca a la forma, o bien están perfiladas a la manera “standard” (1) y anticuada, adoptada invariablemente por cuantos acometen este género de trabajos; o bien, y con toda seguridad como una consecuencia de la falta de toda vasta y honda unidad ideológica, muestran un estilo irregular, segmentado, duro, desfalleciente e incoloro la mayoría de las veces, por más que, en varias ocasiones, nos brinden

(1).— Para designar ciertas pequeñeces siempre hay un término insubstituible en las lenguas pequeñas.

verdaderos oasis de amenidad: de amenidad únicamente y por desgracia, ¡Sí!, ya que, condensando conceptos anteriores, nosotros siempre hemos pensado con France, Guyan, Sighele, Key, etc., que para que la verdad enseñe necesita forzosamente enseñarse con amor y con belleza.

Excusado es decir que si esto sucede con la monografía y el ensayo histórico, peores cosas pasan con las geografías del Estado, no obstante que, en este capítulo de la actividad científica, como en otros similares (en Física, por ejemplo, con el Lic. Carlos A. Vélez; en Ciencias Geográficas con D. Protasio Gómez; en Química con el Ingeniero Fernando González, y en Literatura con Heriberto Enríquez y Enrique Carniado, para no citar más que algunos de los principales) cuenta venturosamente nuestra Entidad Federativa, con hombres tan preparados y capaces, que perfectamente podrían escribir la Geografía, no únicamente física y política, sino la Geografía física, económica, política y social del Estado, que ya se hace verdaderamente indispensable.

A este respecto, ¿se ha llegado a pensar lo que podría haber alcanzado el esfuerzo, sabia y vigorosamente asociado de intelectuales tan fuertes como el arqueólogo D. Canuto Flores y el geógrafo Protasio Gómez y de espíritus tan laboriosos y sagaces como los ilustres historiadores del Estado, don Aurelio J. Venegas y D. Gilberto Bernal?

¡Sí! Era del todo punto indispensable abandonar los gastados esquemas; era preciso abordar el asunto con más resolución, con más profundidad, con más belleza; sobre todo, cuando se trataba de un trabajo que debía ser elaborado para ser leído ante un auditorio en quien era de suponerse una superior preparación en los dos sentidos de la plenitud intelectual: extensión e intensidad; y al que, por ello y por exigirlo así la naturaleza del tema y nuestros propósitos de servir mejor a nuestro Estado, debía hablarse con toda la amplia documentación y todo el vigor ideológico, al par que con toda la posible belleza, indispensables en este género de conferencias que, más que a aplastar la paciencia de los oyentes con una inútil y pedantesca montaña de erudición, aspiran o deben aspirar a

ganar simpatías para la patria chica con la magnética irradiación del mágico espíritu de la verdad armoniosa.

Para mayor desgracia, el autor se encontraba en el premioso caso, de tener que actuar en una Institución que, además de ser indiscutiblemente la primera del país y una de las primeras, si no la primera del Continente, le era absolutamente desconocida; pues si bien es cierto que hasta hacía cinco años y por espacio de un lustro, había profesado una cátedra en la gloriosa Escuela Nacional Preparatoria, en cuyos ilustres blasones y en la forma de un himno que venturosamente ya nadie recuerda, dejó la ofrenda, hecha ritmo de su espíritu; también es verdad que aquella vieja, caduca y apolillada Universidad de entonces, era muy distinta de esta novísima y vigorosa Universidad Autónoma, que busca la luz de los nuevos rumbos en las miradas de las nuevas auroras; que, realizando seguramente sin saberlo, cuanto escribimos nosotros desde 1925, y cuanto dijimos desde antes en sus propias aulas, ha derrumbado prejuicios, incinerado absurdos, arrojado de su seno a traficantes, políticos, leguleyos, fósiles e improvisados y ha desbordado hasta el pueblo el generoso caudal de sus conocimientos (1) y que, para substituir la pobreza, obscuridad y debilidad de nuestras voces (es justo que quien clamó por la renovación, tenga el supremo valor de inmolarsse a ella) marchitas, titubeantes y anquilosadas, en un ático gesto de reivindicación, ha llevado a sus cátedras, tribunas y paraninfos, todas esas voces elocuentes de maestros y discípulos, que

(1).— Efectivamente, desde ese año y los consecutivos de 1926, 27, etc., y con diferentes intervalos de tiempo, venimos ocupándonos de los problemas que directa o indirectamente atañen a la juventud estudiantil; a su cultura y a su función social, en diversos artículos publicados en los principales rotativos de la Capital o en los periódicos estudiantiles especialistas: **El Problema de la Juventud**—Revista preparatoriana: Bronce, 1925—; El Doble Problema de la Preparatoria—El Demócrata, 1925—; La Reorganización de la Preparatoria—El Universal, 1925—; La Escuela y la Revolución—El Demócrata, 1925, y Heracles, 1928—; El Triunfo de la Nueva Escuela—El Demócrata, 1925—; La Mutilación de la Preparatoria—Aulas, 1926; El Congreso Estudiantil de Oaxaca—El Universal, 1928; Mens Sana—Excelsior, 1928; Heracles, 1929 y Prometeo (de Toluca) 1930—; La Reforma Universitaria—El Universal, 1928—; Afirmación, Negación, y Coordinación—Excelsior, 1929—; El Conflicto Estudiantil—El Universal, 1929.

en esta hora sublime de la palabra florida, ciñen las sienas del silencio con las rosas musicales de la lengua, como acaecía con el filósofo de la frase impecable, allá en la Isla de Francia, y en la hora magnífica de la colina de Abelardo!...(2)

En circunstancias tan difíciles, y ya definido su concepto de Historia, en el sentido que ha quedado expresado, el autor no pudo menos de pensar en esos que son, entre nosotros, los supremos arquetipos del verbo como belleza y gracia y el verbo como belleza y fuerza: ¡Urueta el de las reminiscencias áticas y los trasuntos alejandrinos; y Sierra, Justo Sierra, el maestro por antonomasia, de los labios taumaturgos, las palabras sibilinas y las ternuras galiléas!...

Juárez, su Obra y su Tiempo, del educador de nombre perfecto y **El Ensayo Sobre la Tragedia Ática** del orador del nombre paganamente contradictorio: he ahí las dos obras supremas que, como modelos máximos, surgieron en la mente del improvisado conferenciante, tan luego como se dispuso a dar cima a su aplastante labor.

¡Apenas si pugnando desesperadamente, por embellecer los andrajos de sus pobres palabras, con el polvo de oro del eco de esas músicas, habría sido digno de sacudir el sabio y atento silencio del recinto universitario; y eso, no para turbar el noble reposo y la paz erudita de los egregios pensadores y excelsos filósofos que tan prestigiosa y universitariamente la iluminan; sino (lo que para nosotros es más honroso, grato y satisfactorio) siquiera para poder evidenciar a la generosa, inteligente y entusiasta juventud de México (de la Capital, de nuestro Estado, y de toda la República) que, en nuestro terco afán de servirla, y aun a riesgo de merecer sus justas censuras, no encontrando otras excelencias que ofrecerle, que la ofrenda de nuestro trabajo y nuestra devoción, seríamos capaces de dejar nuestro espíritu inmóvil, en una suprema tensión de belleza, para ver si en los patéticos frenesíes

(2).— La verdadera intención de estas palabras, así como el sentido que damos al término “universitario”, únicamente podrán apreciarse teniendo en cuenta cuanto dijimos respecto a nuestra Universidad en los artículos: La Universidad Nacional Autónoma. La Universidad Futura, Los Puntos sobre las ÍES, Punto Final etc., publicados en “El Universal”, el año de 1931.

de su empeño, venían los líricos pájaros de los elocuentes a posar la melodía de sus vuelos; lo mismo que en las manos inmóviles del extático de Selma Lagerloff, bajaban las pobrecitas aves del Señor a depositar el cielo que traían bajo el ala!...

Desgraciadamente, ni esto nos hubiera sido posible, tan lejos se hallan de nuestra paupérrima mentalidad aquellos insuperables e insuperados maestros de la palabra armoniosa; tan lejos nos encontramos nosotros, por nuestros escasos merecimientos del primer Centro Cultural de la República; y tan distantes también, por último y para mayor dolor nuestro, nos sentimos de una juventud que no podría escuchar nuestras palabras aunque quisiera, acostumbrada como está ya, a pasarse coronada de violetas a la sombra de los laureles de *Academos*, cabe el milagro azul de las mañanas atenienses y embriagada con el silencio perfumado por la sutil fragancia de los rosales de Platón!...

Empero, si esta serie de consideraciones nos reducía a la impotencia y nos obliga a sellar los labios, por otra parte, el imperativo e inaplazable deber de servir a nuestro Estado, imponíase a nosotros con una fuerza incontrastable. Así fue cómo, deseosos de ofrecer al nativo terruño, el esfuerzo que uno de sus hijos tan legítimamente requería, más que alucinados con el presuntuoso espejismo, de poder servir, siquiera fuese en algo, a una juventud que para nada necesita de nuestra paupérrima contribución intelectual, emprendimos esta humilde obra, siempre inspirados en el criterio que ya hemos delineado.

A este respecto, y concretándonos ya, exclusivamente al Estado de México, deseamos expresar lo siguiente:

Sea por lo ingrato de tarea semejante; sea porque se considere tratado ya con bastante extensión este punto, en todas las historias generales del país; sea porque, habiéndose fundado constitucionalmente el Estado hasta 1824 (3) se piensa que no corresponde a su historia sino lo acaecido después de su delimitación legal;

(3).— El Congreso que decretó la independencia de los Estados, se instaló en la ciudad de México desde 1823, pero el Acta Constitucional fue jurada en la Portería de la Iglesia Parroquial de Toluca, hasta el domingo 29 de febrero de 1824.

o sea, simplemente, porque así se hizo en la primera monografía del Estado y así se consideró que debía seguirse haciendo en las posteriores, invariablemente inspiradas en ella; sea por una de estas razones o por todas juntas, el caso es que, ninguno de cuantos han escrito hasta ahora acerca del Estado de México (naturalmente de cuantos conocemos) se ha ocupado de la prehistoria e historia precortesiana del mismo, como no sea en una forma pobre, somera, enojosamente sintética y sistemáticamente limitada. (4)

Semejante proceder es para nosotros verdaderamente lamentable: en primer lugar, porque, si bien es cierto que la prehistoria y la historia precortesiana del Estado, hállanse necesariamente implícitas en las historias generales del país; también es cierto que tienen determinadas características, típicas e inconfundibles, y sobre todo, cierto es, igualmente, que hay que insistir con tezón y apoyados en las innumerables pruebas que nos ofrece el pretérito, acerca del preeminente lugar que ocupó el territorio del Estado en la elaboración de las grandes culturas nacionales. En segundo lugar, porque si es exacto que el Estado de México, solo fue constitucionalmente elevado a la categoría de tal, desde 1824, después de haber sido sucesivamente Provincia e Intendencia del mismo nombre; y que, la extensión que hoy tiene, únicamente data del año de 1869 (16 de abril) en que se consumó la última de sus desmembraciones; también no es menos exacto que, puesto que a él pertenecía (haya tenido o no el mismo nombre: en estos casos el nombre es lo de menos) el territorio en que se desarrollaron tales o cuales sucesos pretéritos, la historia de ellos, al Estado de México y sólo a él corresponde; como corresponde a su prehistoria todo el proceso étnico social de los grandes pueblos cuyas civilizaciones y culturas, no nada más hallaron asiento en el área que después había de integrar su extensión territorial, sino que constituyeron sus innegables antecedentes

(4).— Según nos lo manifestara personalmente, el sabio arqueólogo, Presbítero D. Canuto Flores, tiene escrita una Historia Antigua del Estado de México, que comprende nada menos que 12 volúmenes. Desgraciadamente obra de tal importancia y magnitud permanece inédita.

raciales, culturales e históricos. Si tal cosa se negara, sería tanto como querer explicar el fruto sin el árbol o como pretender restringir a su pequeño volumen, todo el largo y profundo proceso evolutivo, del que el fruto es nada más una realización efímera.

Tan así se ha entendido ésto, que hasta quienes nos han asegurado no tratar esta cuestión con más extensión e intensidad, por corresponder, conforme se ha indicado y según ellos lo entienden, a la prehistoria y a la historia patrias y no del Estado; no han tenido ningún inconveniente en contradecirse, escribiendo, al principio de sus monografías, una breve noticia (casi siempre la misma) acerca de la prehistoria e historia de nuestra Entidad Federativa.

Hay más, por lo que toca al Estado de México, es tanto más urgente rectificar este proceder, cuanto que, por llevar el mismo nombre que la Capital de la República o del país, hay muchos (queremos creer que extranjeros, por más que, desgraciadamente, nos conste lo contrario) que suponen, o bien que no existe, o que es la Capital de la República, o bien que es algo así como otra municipalidad del Distrito Federal.

En cambio, casi nadie sabe o casi nadie quiere saber que el Estado de México, a cuyas expensas se formó desde la Capital de la República, y el Distrito Federal, hasta los Estados de Morelos, Hidalgo, Guerrero, y parte de los de Querétaro y Tlaxcala, ha confirmado una vez más y en esta ocasión de una manera irrefutable, la vieja sentencia de Demócrito: “No es el mundo el padre del átomo; es el átomo el padre del mundo” y los novísimos, los espantosos conceptos de Spengler: “Los aldeanos, antaño, dieron vida al mercado, a la ciudad rural y la alimentaron con lo mejor de su sangre. Pero ahora la ciudad gigantesca, chupa la sangre de la aldea, insaciablemente, pidiéndole hombres y más hombres, tragándose los hasta que al fin muera en medio de los campos despoblados. Quien cae en las redes de belleza de este último prodigio de la historia, no recobra nunca más su libertad. Los pueblos primitivos pueden desprenderse del suelo y emigrar a remotos países. El nómada intelectual no puede hacerlo ya. La Patria para él es la ciudad. En

la aldea más próxima siéntese como en el extranjero. Prefiere morir sobre el asfalto de las calles que regresar al campo. Y no lo liberta ni siquiera el asco de esa magnificencia, el hastío de tanta luz y tanto color, el *taedium vitae* que de muchos se apodera al fin. El hombre de la gran urbe lleva eternamente consigo a la ciudad; la lleva cuando sale al mar; la lleva cuando sube a la montaña. Ha perdido el campo en su interior y ya no puede encontrarlo fuera”... “Así la historia de la ciudad llega a su término. El mercado primitivo crece hasta convertirse en ciudad culta y finalmente en urbe mundial. La sangre y el alma de sus creadores cae víctima de su evolución grandiosa y de su último retoño: el espíritu de la civilización. La ciudad acaba aniquilándose a sí misma” (5).

Así pues, de acuerdo con tales razones, procuramos dedicar especial atención y empeño a la prehistoria y a la historia precortesiana del Estado de México (que constituye la materia de este trabajo) cuya riqueza e importancia son tales que, los términos en que de ellas nos hemos tenido que expresar, en vista de las conclusiones a que los hechos por sí mismos nos han conducido, posiblemente sean tomados como una exaltada y lírica expansión de provincialismo.

A este particular, aun cuando apoyados en la connotación spengleriana del término “provinciano”, mucho nos honre el ser considerados como tales, sobre todo por el citadino o capitalino (nómada sin más patria que el dinero, ni más finalidad que el placer, ni más religión que la sociedad; ni más ciencia que su pedantería, ni más amor que su propio narcisismo) hemos procurado demostrar, con abundancia de opiniones, juicios, descripciones, y pruebas, de diversas índoles y de indiscutible valer, muchas de ellas íntegramente reproducidas en notas y entre comandos, que si hay alguna desproporción en cuanto escribimos, ello no se debe exclusivamente a nosotros, sino, en primerísimo lugar, a la realidad que describimos; ya que en una forma positiva y con una significación precisamente antitética, podríamos, en este caso hacer nuestra aquella formidable exclamación

(5).— La Decadencia de Occidente.—Tomo III.—Ciudades y Pueblos.—Páginas 148 y 155.

de Saltikov: “¡Lo que yo he escrito semeja el infierno; pero yo no lo he imaginado. Con el corazón en la mano puedo decir:” ¡Idéntico al original!

No obstante, queriendo dar todavía más fuerza a nuestras deducciones, juzgamos conveniente completar este trabajo con un Apéndice, integrado por estudios descriptivos de los principales monumentos arqueológicos hallados en el antiguo territorio del Estado de México y en el actual. Dichos estudios pertenecen a arquitectos y arqueólogos de la más alta ejecutoria; a intelectuales especializados, en fin, a autoridades indiscutibles en la materia, y por ello y para mayor satisfacción y seguridad de quien leyere, reproducimos íntegros sus brillantes artículos. Es más, deseosos de que este complemento de nuestra obra, sea también todo lo más completo posible, incluimos igualmente en ella, tanto el informe oficial que por orden expresa del C. Gobernador del Estado de México, Coronel D. Filiberto Gómez, se sirviera enviarnos el Director del Museo y la Biblioteca de Toluca, acerca de las notables ruinas de Calixtlahuaca, cuyas exploraciones apenas se inician, como los reportazgos publicados a últimas fechas, respecto a la escultura colosal de Cuahltlicue (la de la enagua de esmeraldas) y otra u otras más, de menor importancia, halladas en el Distrito de Texcoco, así como una cabeza de esfinge (?) encontrada en el Estado de Guerrero (antes Estado de México).

Así es que, como podrá corroborarlo quien quisiere, para dar cima a nuestra ardua labor, no hemos omitido ningún esfuerzo; no hemos despreciado ningún recurso; no nos hemos permitido el menor desmayo y a la vez que hemos solicitado la valiosa opinión verbal y el juicio escrito de las mentalidades más autorizadas en este género de asuntos; hemos puesto en juego todas las humildes posibilidades de nuestra inteligencia, de nuestros conocimientos, y sobre todo, de nuestra voluntad, dócil de gratitud e iluminada de afecto para el bien amado solar nativo de donde, hace trece años, nuestros entonces veinte años mozos, como los veinte príncipes de un cuento, partieron rumbo a la ciudad ensoñada, en la que esperaban ver condensarse la luz en palacios de oro y concretarse

la atmósfera en torres de vidrio, desde las cuales, para que llegaran hasta los madrigales de sus labios, la aurora del triunfo les arrojaba las escalas de seda de sus lentas miradas de gacela!...

Y si por lo que toca al material de nuestro trabajo; a su elaboración ideológica; a su estructuración, etc., procuramos siempre buscar la mayor solidez, la más certera profundidad, el más perfecto equilibrio; por lo que respecta a su estilo, constantemente pugnamos, aunque, con seguridad, sin haberlo conseguido, por hacer de la palabra una tan fiel proyección de la idea: una dócil expresión de la imagen: una tan diáfana, tan diamantina cristalización verbal del espíritu como concepto o comprensión y como penetración o sensibilidad, que nuestra mayor satisfacción a este respecto habría consistido en que a través de cada una de nuestras frases, bellas hasta donde hubiese sido posible, pero constantemente enraizadas en la naturaleza humana (¿no dice Reclus que el hombre es la Naturaleza formando conciencia de sí misma?) se hubiese podido vislumbrar aunque fuese pálidamente, la razón de aquellos dos conceptos afines: “el Arte es un resumen de la naturaleza hecho por la imaginación”, de Eca de Queiros; y “El arte es la naturaleza a través de un temperamento” del para muchos ya secularmente anticuado, pero para nosotros siempre grande maestro de Meudon.

¿Que a veces somos excesivos, recargados, churriguerescos? Posiblemente; pero más que a nosotros hay que culpar al exuberante paisaje histórico; al tropical panorama artístico; a la verdadera selva lujuriosa de vitalidad, de grandeza y de belleza, de esas culturas formidables que, ¡naturalmente!, deben encontrar desproporcionadas, insólitas, fenomenales y aplastantes, los nervios hiperestesiados de nuestros ultrarrefinados decadentes, ¡Oh Henri Laugier!, para los cuales, sin embargo y en virtud de una suerte de metamaniquismo que sienta perfectamente a su espíritu de “cocotas”, son muy suaves y muy leves las dislocadas músicas de nuestros días; muy llenos de ponderada gracia los vertiginosos rascacielos; y muy ingrávidos, muy cadenciosos, muy eurítmicos, las pesadas locomotoras, los enormes transatlánticos, los inmensos dirigibles y los poderosos aeroplanos!...

Por otra parte, en la hora actual, hay, según ya lo hemos apuntado, una marcada tendencia a la metáfora, una deliciosa regresión al universo de la imagen. Díganlo si no, por ejemplo y entre otras muchas obras que resultaría enojoso y pedantesco mencionar: desde los estudios de botánica de Jagadish Bose (¿Quién no conoce los artículos entomológicos de Maeterlinck?) y los atrevidos ensayos de Stoddard y Jacksonits, hasta la “Maravillosa Historia de Jesús”, de Seché, pasando por la “La esencia del Dinero” de Bendixen y “Santa Teresa, su vida y su época”, de Cunninghame Graham.

A este respecto, pues, nada creemos necesario agregar. En cambio en lo que sí deseamos hacer especial hincapié, es acerca de lo que entendemos por cultura y civilización, pues, repetidas veces, desde el principio hasta el fin de nuestro trabajo, usamos esos términos con una connotación y una denotación, que, aunque de acuerdo con la más avanzada y ya bastante generalizada ideología contemporánea (generalizada, por lo menos, entre los intelectuales) no siempre está de acuerdo con la caduca significación sinónima que a tales palabras y seguramente a sabiendas, siguen dando no pocas mentalidades privilegiadas.

Sintetizando y coordinando en lo posible, y siempre a través de nuestro propio criterio, los ya clásicos conceptos de Goethe, Spengler, Scheler, Keyserling, Landsberg, etc., para nosotros, la cultura es el microcosmos en el que, total, universal y fundamental, se quintaesencia el macrocosmos; o mejor aún, el microcosmos, en el que, en potencia, el macrocosmos existe. Cultura es o significa, naturaleza humana; es decir, naturaleza que sabe que es naturaleza; pero que a pesar de que lo sabe o precisamente por ello, es naturaleza ante todo, no expresión más o menos certera de ella; no aprehensión consciente del mundo como la ciencia, sino hecho, acto, conducta y vida. Necesidad de ser de un modo determinado, aunque, eso sí, siempre entre los dos extremos de la polaridad cósmica: el instinto que es origen y el pensamiento que es realización (fin consciente en el que de un modo efímero pero completo, realizase el hombre como razón). No categoría del saber ni del conocer; categoría del

El Estado De México Desde la prehistoria...

ser. Más que conocimiento puro, existencia pura, en la que el conocimiento es sólo una espléndida, pero no indispensable floración. Expresión, a veces la más bella, no siempre la más lógica (¿Qué vale para el espíritu abstruso de esta formidable realidad, la lógica, esa, precisamente por exacta, ficticia matemática del razonamiento?) pero, incuestionablemente la más fuerte, la más vital, del mundo como realidad inteligente, no intelectiva, ni menos erudita, escolástica, académica, en fin, universitaria.

En cambio, civilización para nosotros, quiere decir egoísmo creciente; adaptación actual a medios transitorios y tiempos efímeros; expresión evolucionada y superior del hambre de pervivir, de persistir; manifestación progresiva del continuismo vital; simple fenómeno repetitivo de conservación periférica, antropomórfica, nunca definitiva y perdurable. Crecimiento en extensión pero no en intensidad, de la criatura; simple amplificación y perfeccionamiento de todos los medios de que dispone el hombre para la aprehensión, posesión y asimilación material del mundo; reducción del tiempo y del espacio, pero no como espacio y tiempo, sino como distancia y duración. Afán de extender la capacidad de los sentidos, de modo que el mundo sea como nuestra propia correlación: más claramente aún: como nuestro complemento polifásico; como la revestidura total, pero siempre limitada, egoísta y ruin de nosotros mismos. Tener alas en los hombros pero carecer de mensajes en los labios. Ir, corporalmente, materialmente como Lindbergh, de uno a otro Continente, a través de los mares, pero sin llevar en esa travesía, otra cosa que una máquina consciente, que completa a otra máquina. ¡Precisamente al contrario de Cristo, que casi no se mueve de la Colina Galilea, pero que va, en la música de la parábola y en la irradiación del ejemplo, a todos los ámbitos del planeta, a todas las latitudes del alma y a todos los confines del tiempo! Y desplazamiento del móvil humano, pero solo como interés, nunca como caridad; siempre como erudición, como sabiduría o sabihondez, nunca, ¡jamás!, ¡como filosofía verdadera, como verdadera creencia, como ímpetu estético o pathos religioso!...

En resumen, y ya en plena oposición de conceptos, para nosotros la cultura es el ser como consciencia; pero como consciencia profunda, esencial, universal y trascendente; civilización es el ser como consciencia, pero como consciencia superficial, efímera y utilitaria. Cultura es creación; civilización es repetición; cultura es invención; civilización es reproducción, fabricación, estandarización. Cultura es creencia; es religión; es fe; es esperanza; Civilización es crítica religiosa; estudio de religiones comparadas; convencimiento de la utilidad de creer y de las ventajas de esperar. Cultura es amor, es misericordia, es caridad; civilización es cooperación, egoaltruísmo, moral práctica y beneficencia pública. Arte es la cultura, y arte en el que están ya materialmente implícitas las reglas, las causaciones y las finalidades; belleza auténtica y espontánea: casi cósmica por su hondura; cuasi divina por su alcance. Prebuscada y preconcebida artesanía o pseudo-arte es la civilización; arte de postrimerías y de supertécnicas en el que las reglas, el estudio de las causas y la valorización de los fines, lo son todo y el espíritu estético: el ímpetu creador, el “élan”, la inspiración, no son nada; y belleza de multi-análisis y polisíntesis; belleza de crítica y de selección; de repetición y de coordinación de repeticiones imitativas. Belleza simulada, en fin, mecánica, “químicamente pura”: belleza de laboratorio; de escenas de paisajes pintados, crepúsculos de luz eléctrica, peles de trapo y máscaras de cartón.

Pasión, entusiasmo, patético delirio de altura de edificios que empuja a los astros el alma y dispara al cielo el corazón, en la cultura; inmensas superposiciones de pequeños departamentos que producen una falsa apariencia de fáustica verticalidad, en la civilización. Catedrales fabricadas durante siglos, por generaciones que no tendrán siquiera la satisfacción de verlas concluidas y destinadas, expresa y exclusivamente a una sola entidad: Dios; que constituyen, por ende, verdaderas epopeyas de sacrificio y positivas locuras de fervor; y en sus antípodas, rascacielos que, en unos cuantos años edifica el interés (cuando el hombre sabe o cree saber que nada hay después de él, dáse prisa en construir, para disfrutar, por lo menos, del resultado inmediato de su esfuerzo); que paga

el dinero del negociante, no la limosna del creyente ni el tributo del vasallo (recuérdese a Vedel, Lehnert, Worringer, y hasta Neurath y Sieveking) (6); que especialmente son hechos para albergar, ¡Ruín atomización de la idea única y de la sublime concepción divina!, a millares de criaturas efímeras y de existencias deleznable, y que son, por lo tanto y únicamente, inmensas hospederías, enormes hoteles de este pobre y triste “feláh” de las hipercivilizaciones contemporáneas, condenado a errar por todo el planeta, como el Arshaverus maldito (antes se llamaba judío errante, hoy tiene un nombre más aparatoso “globe trotter”) sin otra patria que el balneario de moda, la exposición internacional o el cabaret cosmopolita; sin otra familia que sus aburridos compañeros de viaje; sin otro hogar que la cabina del aeroplano, el camarote del transatlántico o el gabinete del pullman, y sin otra historia, ni otra leyenda, ni otra tradición, que las noticias de las guías impresas, las ilustraciones de propaganda, los catálogos de los museos y las explicaciones de los “cicerones”.

Y, en fin, en las culturas: filosofía vivida; vida como filosofía; conducta filosófica hecha con sangre y alma; filosofía como existencia, no como sapiencia; filosofía que no necesita saber muchas cosas, sino sentir y practicar unas cuantas, (7) que no ha menester conocer en todos sus matices y a través de infinitos autores los conceptos primordiales, sino que le basta con desentrañarlos por sí misma en las búsquedas del propio ser y con realizarlos en la cotidiana bío-psíquica y ética afirmación. Concretando todavía nuestro pensamiento: Más sinceridad,

(6).— Vida de los Héroes: Ideales de la Edad Media—W. Vender; La Esencia del Estilo Gótico—Worringer; Historia de las Artes Industriales, Antigüedad y Edad Media—G. Lehnert; Historia de la Economía, Antigüedad y Edad Media—O. Neurath y H. Sieveking.

(7).— Toda la doctrina de Cristo, que El encarna, puede perfectamente condensarse en una palabra, en una nada más: Amor; y esa sola palabra. ¡Oh eruditos intoxicados de citas y atibornados de palabras!, basta para producir la más grande y generosa revolución del espíritu... ¡Pero es que tras de ese vocablo único, no había libros innumerables ni innumerables bibliotecas, sino una realidad divina y humana, única también: ¡El Rabí de los ojos de arrullo, las manos de seda y los labios de miel!...

más realidad, más humanidad en la filosofía de las culturas, pródigas en filósofos y huérfanas, ¡venturosamente!, de profesores de filosofía.

En las civilizaciones, en cambio, ¡grotesco y miserable contraste!, lecciones filosóficas, conceptos filosóficos, doctrinas filosóficas, escuelas filosóficas; Historia de Filosofía; Filosofías Comparadas; Filosofías de la Educación, de la Historia, del Derecho, de las Costumbres; hasta de la Moda, del Dinero y de la Risa. (¿No es verdad? Simmel, Bendixen, Eca de Queiros y Bergson?) Ateneos para la enseñanza de la filosofía en todas sus categorías, formas y matices; escuelas de altos estudios; cátedras de Epistemología; cursos completos de Lógica, Psicología, Psicoanálisis, Ética, Estética, etc., etc., con su correspondiente legión de maestrillos y maestrotres; de eruditos de todas las tallas y sabios de todos los colores y pensadores de todos los estilos y guidores, veedores y Maestros de la Juventud de todos los tamaños, filiaciones, modalidades, etc.; pero, en síntesis, sin nada que sea positivamente filosofía real, humana filosofía; sin una sola ejemplificación vívida de lo dicho; sin una sola realización de lo predicado; sin una cristalización en hecho, en conducta, en vida, en fin, de lo expuesto con tan inútil brillantez; con tan pomposa pedantería; con tan triste, grotesca y aparatosa autoridad!.....

Algo tan trágico-cómicamente absurdo que, con razón hacía exclamar al conde Hermann de Keyserling: "... Es que las filosofías sistemáticas suponen una especialización. Introducen una problemática artificial y excluyen las vías centrales de la vida humana. Se les escapa así el sentido del hombre y de los pueblos. Prefiero la contemplación de un hecho humano a tres millones de teorías insuperables" ... "He aquí el error. Las filosofías sistemáticas son fruto de la especialización. Este es el motivo de que no sienta por ellas el menor interés. Esos filósofos han cortado las amarras y dejan en la costa los problemas esenciales".

Y ahora, para concluir, unas palabras más ¿Por qué las proyectadas conferencias terminaron en un libro? ¿Por qué la que iba a ser palabra alada acabó por convertirse en expresión inmóvil? ¿Por qué?

Porque nos ha enseñado la experiencia, que el efímero temblor de la voz apenas logra, fugitivamente, acariciar los bucles azules del viento y espolvorear de músicas nómadas los ingrátidos hélitros del instante. ¡Porque, si bien es cierto que conocemos la portentosa sugerencia del verbo, al contemplar, cuán intensa y bellamente ilumina el silencio, pero cuán rápidamente también su luz en el silencio se extingue, no hemos podido menos de pensar en que, el verbo es como el aletazo de oro del relámpago, que victoriosamente sacude las tinieblas, pero que acaba, al fin, por sepultar en ellas sus cenizas!...

Además, no se trataba de nosotros, sino de nuestro Estado, y no era justo que sacrificáramos sus intereses, por vivir la vanidosa actitud tan de moda, de esos canarios de tribuna (filosofastros de paga nutridos en Marden y Smiles) que desgranar unos cuantos trinos insubstanciales y gorgoritean tal o cual gorjeo pseudo filosófico, ante la afelpada atención de un auditorio gentil, de neófitos o diletanttis, plácida y elegantemente embobecidos...

Toda vez que el Estado de México, en la ilustre persona de su Primer Mandatario, había prohiado nuestro esfuerzo, era rudimentariamente equitativo, que él, en primerísimo lugar, recibiera los beneficios, por desgracia, únicamente problemáticos de esta obra.

A mayor abundamiento, si el Centro “Acción Social de Estudiantes Universitarios”, ante el que fuimos comisionados lo deseaba, y con él, toda la pléyade estudiantil de la República, con mayor extensión y eficacia, podía recibir en las páginas de este libro, la muy humilde, pero también muy sincera y fervorosa, tributación de nuestro esfuerzo.

¡Posiblemente de esa manera, y aun cuando fuese abandonada la lectura de estas páginas apenas iniciada, no podría evitarse que quedara coruscando en las

manos, la evocación, por sí misma fúlgida y bella, de un pretérito que finge un vitral de fábula teñido con ternuras de leyenda!...

De ahí que decidiéramos, contra nuestra costumbre, escribir lo que de otro modo no habría durado más que el tiempo indispensable para que se marchitaran los pétalos de las palabras entre los afiebrados dedos de las horas. Por lo menos, así escrito el pensamiento, vivisechado y disecado, si se quiere, quedaba como un testimonio inerte y marchito, pero como un testimonio, al fin, de nuestra labor. ¡Tal la sombra que es luz de una de esas mariposas de arco iris que crucifica el alfiler del instante sobre la página rósea del día; o que se quedan temblando en las vitrinas de los ojos suspensos, cual los orientes tráfugas del desmayado ensueño de la aurora o como las acuarelas en fuga de las pictóricas pupilas de Scherezada!...

Pero ¡No! Menos, mucho menos que eso, ¡bien lo sabemos ya!, es lo que queda en estas líneas. ¡Menos! ¡Mucho menos! ¡Infinitamente menos!... Y, sin embargo, ¡Más!; pues si en las melladas aristas de estas frases, el áureo cristal de ninguna luz ha de quebrarse en visos multicolores; y si en las sinuosas facetas de estas palabras, ninguna claridad ha de latir en jaspes; en cambio, en la íntima entraña de este libro; en el más recóndito rincón de esta obra, como en las valvas oscuras de la noche la perla de la estrella, un sentimiento sublime cuaje su sacrificio en lumbre devota e irradia su holocausto en brillos de ofrendación: nuestro amor infinito, casto y puro a la provincia, es decir a nuestro Estado, ya que todo el Estado es para nosotros como una gran provincia, como una dulce, ingenua y adorable provincia: de esas tan típicamente nuestras, tan de nosotros, tan mexicanas, que en ellas, más que en el brillo de oropel y en la elegancia escéptica y en la inútil y pomposa sabiduría universitaria, encontró la imagen de la Patria que discurre “bajo el relámpago verde de los loros” “en su carreta alegórica de paja”, aquél quintaesencial poeta nuestro que arrodilló la mirada de antílope de nuestro cielo, en los ojos beatos de nuestras muchachas pueblerinas y disolvió toda la suntuosa pedrería de nuestros crepúsculos, en los plumajes tornasoles de los palomos colipavos!...

El Estado de México Desde la prehistoria...

¡Sí! la Patria, la Suave Patria del genial trovero, no está en la urbe maldita, podrida de miserias por dentro y dorada de vanidades por fuera; la Patria, la Suave Patria, surco de la libertad, germen de la sabiduría, huerto de la bondad, el heroísmo y la belleza, y vergel y paraíso de la fe, la esperanza y el amor, está en la provincia; por eso el autor, ingenuamente, humildemente, fervorosamente, con la vida contrita y el alma doncella, entrega este libro a su Estado, en el nítido símbolo de su provincia: Toluca, que hoy cumple el iv siglo de su fundación oficial, como si arrodillado el corazón en letra, lo pusiera en el relicario de lágrimas y el reclinatorio de besos, de las celestes manos, de las divinas manos de su madre!...

Toluca, Méx., a 1° de abril de 1933

Horacio Zúñiga



El que ignora la historia de
su país, es extranjero en su
patria.
Tácito

La sucesión de las edades
es para nosotros la gran maestra.
Eliseo Reclus

La Historia debe ser verdad,
pero también debe ser
belleza y filosofía.
Oswald Spengler

La Historia sigue siendo,
para mí, arte.
Burckhardt

Cada Historiador de la antigua
escuela se gloria de su
objetividad; cada uno de los
de la nueva, profesa la intuición.
Emil Ludwig



CAPÍTULO I

EL ESTADO DE MÉXICO—INTRODUCCIÓN Y GENERALIDADES

EL ANTAÑO enorme Estado de México poseía una superficie comprobada de 118.439 kilómetros cuadrados, según los datos de García Cubas, y de 113.189 según los de la Dirección de Estudios Geológicos de la Secretaría de Fomento, siempre que aceptemos que su territorio únicamente haya comprendido, antes de la formación, a sus expensas, de la Capital de la República y el Distrito Federal (Noviembre de 1824: Abril de 1825) y de sus desmembramientos de 1837, 1849, 1854, 1858 y 16 de enero y 16 de abril de 1869, aparte de la mencionada Capital con todo el actual Distrito Federal, los hoy Estados de Morelos, Hidalgo y Guerrero. Sin embargo, dicha superficie resulta mayor aún, si además de las entidades precitadas, incluimos dentro de la antigua Intendencia de México, si bien no toda el área del Estado de Tlaxcala, como quieren los autores del Diccionario de Geografía, Historia y Biografías Mexicanas: Alberto Leduc, Luis Lara Pardo y Carlos Roumagnac, y como asíéntase en la Memoria del Gobernador D. Carlos Riva Palacio (cuatrienio de 1925 a 1929) amén de en otras publicaciones del mismo carácter, pero de menor importancia; ni tampoco, toda la del Estado de Querétaro, como se asegura en el Diccionario en cuestión, en la Geografía Física, Política y Estadística del Estado de México del Ingeniero Ignacio Guzmán (1906) y en el folleto del Censo General de Habitantes —datos correspondientes al Estado de México— del Departamento de Estadística Nacional (30 de noviembre de 1921), por lo menos, la de la municipalidad de Calpulálpam del antiguo reino tlaxcalteca (de acuerdo con lo que afirma la Memoria del Gobernador José Vicente Villada

—cuatrienio 1889 a 1893—) y los distritos de San Juan del Río y Cadereyta de Montes de aquel señorío chichimeca que fue conquistado y pacificado por el cacique don Nicolás de San Luis de Jilotepec y que formó parte de la Provincia de México hasta 1727, y desde entonces hasta la Independencia, de la antigua Intendencia de Guanajuato.

Es decir, comprendía dentro de su vasto perímetro, la superficie de más de cuatro Estados y tenía por límites: al Oriente las intendencias de Puebla y Veracruz; al Poniente, las de Michoacán y Guanajuato; al Norte, la de San Luis Potosí, y al Sur, el Océano Pacífico, hasta cuyas movibles lindes descendía, ora para reposar la desnudez de seda de las ondas en los muelles cojines de las arenas de sus playas, o ya para atar en los postes de sus cantiles los potros azules y crinados de espuma del oleaje.

Su ubicación no podía ser más favorable, pues hallábase tendido casi en toda la anchura del patrio territorio; reclinado junto al piélago más grande del globo, fiero e insondable todavía y con el dorso apenas efímeramente llagado con la estela de luz de la flota de Magallanes; separado, únicamente, por una estrecha faja del Estado de Veracruz, de mar que araron de gloria las carabelas del almirante iluso y pautaron de epopeyas los bergantines del ferrado gambusino. Contaba, además con un subsuelo que es hoy un verdadero museo arqueológico-etnográfico y que fue ayer, cuna, o por lo menos asiento de pueblos tan pretéritos, que acaso hayan vivido hundidos en las sombras de la edad cuaternaria; que quizá hayan convivido con el glyptodonte, el elefante y el caballo primitivos y demás animales cuyos restos fosilizados, se han encontrado precisamente en diversos lugares del Estado de México (lecho de la laguna de Lerma, estribaciones del Xinantécatl o Nevado de Toluca, faldas del cerro de Huitzila, región de Tenango del Valle, etc.), pero que, por lo menos y según dedúcese de los hallazgos arqueológicos de la zona del Pedregal (canteras de Copilco) deben tener una antigüedad no de varios siglos, sino de varios millares de años. Era dueño de una superficie oro-hidrográfica variadísima: de fértiles valles, de amenas vegas; de una tierra feraz

El Estado de México Desde la prehistoria...

que en colaboración con casi toda una gama de los climas, producía también casi toda la gama de la flora y albergaba casi todos los matices de la fauna: ¡desde la encina hasta la violeta; desde el nopal hasta la amapola y desde el jaguar y el águila, hasta el zenzontle y el colibrí!... Además encontrábase dotado de planicies que eran verdaderas explanadas abiertas a todos los prodigios de la perspectiva arquitectónica, a todos los éxodos del ensueño y a todas las fugas de la fe, y contando con las cumbres más altas de la República (excepción hecha del Citlaltépetl que es solamente 300 metros más alto que la mayor de ellas), el Popocatepetl, el Ixtaccíhuatl, el Xinantécatl, la Malinche y el Ajusco, hasta cuyos torreones de turquesa y plata, atentos los ojos al mensaje astral y puesto el oído en el ritmo cósmico, subía antaño el fervor y el temor de las razas y de los pueblos aborígenes, para columbrar mejor el golfo lontano, por donde había de llegar el cabrilleo de oro y esmeraldas del mito de Quetzalcóatl y la nave de espumas y azucenas de la caridad del Nazareno!...

En fin, hallábase situado en la confluencia de las grandes inmigraciones; en el lugar preciso, donde las caudalosas corrientes de los pueblos procedentes del Norte, del Oriente y del Poniente, antes de llegar al nudo que las ciclópeas cordilleras atan en el Zempoaltépetl, trepaban por las altas mesetas, vaciábanse en los altiplanos, y, primero mezclándose con los pueblos primitivos ya arraigados en el territorio, y más tarde mezclándose entre ellas mismas, formaban tramas y más tramas raciales, hasta tejer y entretejer una verdadera urdimbre de influencias, tendencias y modalidades recíprocas, y estaba colocado en el que muy bien pudiéramos, gráficamente, llamar el gran crucero de las civilizaciones y las culturas precortesianas, de ahí que el Estado de México, tal como existió hasta 1824, constituyera, podemos afirmarlo con absoluta seguridad y con plétora de pruebas y razones, el gran crisol, el, digámoslo más audaz, pero también más vigorosamente, magno corazón étnico, geográfico e histórico, no sólo del territorio actual de la República, antes bien de toda la América Nórdica, pues en él se vaciaba, si no todo, sí el mejor caudal de las grandes corrientes humanas

que se desprendían de ambas Californias y de la cuenca del Mississippi, y las que ascendían, por los flancos de las cordilleras, del Pacífico y del Golfo, o de ambos litorales, simultáneamente, hasta las altas mesetas, y tras de llegar al seno de la enorme víscera y de oxigenarse de fuerza y de belleza, con la fusión o mezcla de ellas mismas entre sí, bien sin el contingente o ya con la contribución de las razas arcaicas sojuzgadas, volvían después a verterse en todas direcciones, pero principalmente hacia el Sur, Suroeste y Sureste.

Tal acaece, por ejemplo, con aquella admirable síntesis del nahoa y el olmeca que produjo al tolteca, artífice máximo de Xochicalco, Mitla y Teotihuacán, que tras de haber logrado aunar en una misma cultura (la gran cultura tolteca cuya máxima expresión es la cultura teotihuacana, precisamente florecida en la ciudad sagrada que todavía pertenece al Estado de México) la fuerza combativa, el poder organizador, la política de gran estilo, la gran concepción estatística del nahoa, con la hondura religiosa, la inquietud psíquica y la gracia estética del olmeca, en pos del símbolo de **Kukulkán**, expresión maya de **Quetzalcoatl**, penetra hasta las márgenes del Usumacinta y sube después hasta el país del faisán y del venado, para reproducir en las maravillas del Palenque y en los prodigios de Uxmal, el milagro de aquella arquitectura incomparable —arte y religión al par, belleza y esperanza, fuerza y sabiduría y amor y caridad— que acaso intuyó, mejor dicho, que seguramente intuyó, varios siglos antes de que la voz mesiánica de los profetas hebreos lo anunciara, el único momento humano de Dios: Jesucristo, cuando esculpió en el mutilado tablero maya-quiché, la Cruz: ¡El símbolo de los símbolos de entonces y de hoy; de aquí y de allá; de todas partes y de siempre!

Porque si, cuando a través de cien siglos, llegaba hasta los cinceles del sabio alarife, el sagrado temblor de la conciencia de cien razas, no era un simple motivo decorativo el que surgía de aquel estético génesis de la piedra. ¡No! ¡Ni siquiera era el signo de las lluvias y de los movimientos del sol; la rosa náutica de los vientos; el cuadrante de los rumbos cardinales! ¡No! ¡Era más que eso! ¡Mucho más! ¡Era la estrella de las direcciones del mundo; el cruceiro de los caminos del

El Estado De México Desde la prehistoria...

hombre; la intersección divina de las rutas del ser! ¡Y era más todavía: el símbolo del **Quiahuiteotlchicahualizteotl** o **Tonacaquiahuitl**, como lo expresan textualmente las propias teogonías ancestras: El Dios de las lluvias y de la salud; el árbol del sustento y de la vida. —¿No sentís que un viento de Galilea, acaso el mismo que según el decir del abjurado suspiciano, hinchó las velas de la nave de los apóstoles, trae hasta nuestros oídos estas palabras?— ¡El Dios de las lluvias y de la salud! ¡El Arbol del sustento, y de la vida y de la muerte!...



CAPÍTULO II

EL ESTADO DE MÉXICO—COPILCO—CUICUILCO—OPOSICIÓN ESTÉTICO— RELIGIOSA ENTRE EL ARTE EGIPCIO Y EL MEXICANO

MAS, PROCUREMOS penetrar el misterio de las edades muertas, pugnemos por hallar la huella de los hombres pretéritos y recogido el corazón y el espíritu atento, vayamos hasta los limbos del silencio donde sólo se escucha el temblor de las voces definitivas.

Para ello, antes de consultar los preciosos códices de papel maguey; las primorosas crónicas de algodón policromado— tal el bello **Lienzo de Xucutacato** o los libros de venerable ejecutoria como el **Teomoxli**: reflejos gráficos, pictóricos y simbólicos de los éxodos fabulosos de los pueblos primitivos; sumas de su pensamiento o crónicas de sus vicisitudes; recurramos al testimonio de la piedra y de la arcilla, en cada una de cuyas ordenaciones, modificaciones o adaptaciones, hay una prueba fehaciente de las necesidades primigenias del hombre y de su capacidad para vencerlas; es decir, de su grado de civilización, ya que ésta no es otra cosa que cantidad de potencia de adaptación; así como de sus urgencias trascendentes y de su modo de resolverlas: es decir, de su exponente de cultura, toda vez que ésta no viene siendo en síntesis, más que calidad de potencia de adaptación, o intra-adaptación, adaptación bio-psico-cósmica, al contrario de la otra, que es extra-adaptación: adaptación externa, periférica y circunstancial.

Y no nos detengamos ahí; vayamos hasta el suelo o el subsuelo que sirvió de asiento a nuestros milenarios precursores y procurando repetir el ya tradicional milagro de Cuvier, que con unos cuantos huesos fósiles, reconstruyó toda la fauna primitiva, intentemos inferir, con los restos hallados en diversos lugares

del país y a diferentes profundidades de la tierra, y con los diversos objetos abandonados por los remotos pobladores del patrio territorio, en su tránsito definitivo (rudimentarios instrumentos de vida; utensilios de caza y pesca; armas de ataque y de defensa y numerosos ejemplares de cerámica bárbara), la aproximada antigüedad del hombre en México; sin olvidar, por supuesto, el premioso corolario, de que en el Estado de México existió el hombre desde la más remota antigüedad (1) desde una época tan milenariamente lejana, que hasta ha habido escritores y sabios como D. Ignacio Ramírez, que han llegado a concebir la posibilidad de que el valle de Toluca, cuyos cerros de constitución volcánica hacen pensar en una inmensa zona arqueológica sepultada, como la del Pedregal de San Angel, haya sido precisamente la cuna del hombre en América; hipótesis que, sin embargo, nosotros todavía no nos atrevemos a aceptar.

A este fin, traigamos a colación los hallazgos de huesos descomunales, pertenecientes, indiscutiblemente, a grandes ejemplares de las faunas fósiles de las épocas terciaria y cuaternaria (20.000 a 100.000, o más años de antigüedad) encontrados en el fondo de la laguna de Lerma (14 kilómetros al Este de Toluca), en las faldas del cerro de Huitzila y del Nevado de Toluca, en los alrededores de Tenango del Valle (23 kilómetros al Sureste de la Capital del Estado de México), en Tlacopa, Tecaxic, etc., lugares todos comprendidos dentro del Valle de Toluca o en sus inmediaciones; así como en el Peñón, Tequixquiac y el Pedregal, actualmente pertenecientes al Distrito Federal y entonces zona que habría de ocupar, desde la Colonia hasta 1824, primero la provincia, después la intendencia de México y posteriormente el Estado de ese nombre.

¿Esos restos fósiles, en vista de los cuales dedúcese la existencia en México del megalonix, el gliptodonte, el tapir, el caballo y el buey primitivos; el rinoceronte, la llama, el jabalí, el megaterio, el milodón, etcétera, hallados muchas veces

(1).— Por lo que a esto se refiere, véanse las consideraciones de diverso carácter que hacemos a continuación, con motivo de la pirámide de Cuicuilco, y las que al referirnos a Teotihuacán, consignamos en el Apéndice.

junto a restos humanos y a utensilios arcaicos, no nos demuestran la pretérita edad de los hombres que, según tales pruebas aparentes, convivieron con tan antiguos ejemplares de la fauna prehistórica? Y aun cuando rechazásemos esa prueba estratigráfica, no precisamente por las razones de Beuchat, quien tiene la peregrina ocurrencia de exigir que, para poder considerar contemporáneos a esos hombres de semejantes animales, preciso es que se encuentren juntos sus restos; como si el pavor que tales monstruos deben haberles inspirado no los hubieran obligado a alejarse de ellos y como si, por el hecho de encontrar de aquí a varios siglos, nuestros restos bastante alejados de los esqueletos de leones, panteras, etc., deberían deducir nuestros lejanos pósteros, que esos animales no existieron en nuestra época. Pero, aun rechazando, repetimos, esas pruebas, no por tales razones, sino exactamente por las contrarias, es decir, porque la presencia de esos restos junto a los humanos (¿Beuchat no sabría que se habían encontrado juntos, por lo menos aquí en México?) nos indica que fueron llevados allí posteriormente por los hombres primitivos, quienes se hallaron los esqueletos de los monstruos muertos ya hacía tiempo y que por lo tanto ya no podían inspirarles ningún pavor. Aun en esas condiciones, tenemos que admitir que los hombres que pudieron llevar junto a ellos y trabajar aquellas osamentas, no deben haber sido muy posteriores a aquellas especies animales, pues si ello hubiera sido, o bien hubiesen desaparecido las osamentas por la acción del tiempo, o bien, los rudos aborígenes que las modificaron de acuerdo con sus necesidades, no se hubiesen ocupado de practicar excavaciones, sólo para darse el gusto arqueológico de encontrarlas, o para utilizarlas en su provecho, cuando para esto último tenían otros muchos materiales a su alcance, de la misma, semejante o superior naturaleza.

Empero, concretándonos mejor a las irrefutables pruebas arqueológicas y ciñéndonos a las más estrictas inferencias históricas, refrámonos, preferentemente, a las canteras de Copilco del Pedregal de San Angel, constituídas, como se sabe, por la lava procedente de la erupción del Xitle (cerro situado en las faldas del Ajusco) y que tienen un espesor de 4 a 10 metros.

Pues bien, bajo tan duro y espeso manto, que debe tener una antigüedad de más de 4.000 años; en esa especie de cementerio indígena, halláronse numerosos ejemplares de cerámica arcaica; metates que indican cómo aquellos pueblos habían evolucionado ya de cazadores a agricultores (pues el metate o **metatl** que sirve para moler el maíz, no se explica sin la existencia de este cereal que requiere un cultivo de varios meses); figurillas de barro, desnudas, con las mejillas y los labios pintados y con tocados de un gusto rudimentario —¡pero tocados al fin, que como el tosco maquillaje del rostro, acusan también a cierta sensibilidad artística, maravillosa en aquellas épocas semi-bárbaras!— y vasijas colocadas junto a la boca de los muertos, amén de innumerables utensilios, algunos objetos de adorno y para el culto y toscos idolillos, etc. Todo lo cual, pero principalmente lo último, indica, el grado relativamente superior de civilización y de cultura a que habían llegado, puesto que además de tener ya una vida sedentaria y medios para resolver las más apremiantes necesidades biológicas, poseían también un arte en embrión, ritos funerarios, informes símbolos de divinidades o potencias divinas y un culto de un simplismo conmovedor, por cuyo medio daban expansión a las más íntimas energéticas de su alma!

Es más, en el mismo lugar y tras de haber tenido que emplear la dinamita para sacudirle el macizo sudario de piedra que lo amortajaba, fue descubierto el montículo o pirámide de enormes proporciones, de Cuicuilco, que consta de cinco troncos de cono superpuestos, cuyo diámetro va disminuyendo a fin de dejar un pasillo circular alrededor de cada uno de ellos, y en cuyo primer cuerpo, sobre la cara frontal, adósanse dos salientes: uno al Oriente y otro al Poniente, que seguramente acusan, por lo menos el del Oriente que conserva algo más de su forma original, la existencia de las escaleras que daban acceso al primer cuerpo. La altura de dicho monumento es actualmente de 24 metros, pero como la parte superior está excesivamente deteriorada por los efectos de la explosión, sus verdaderas dimensiones no pueden apreciarse aún ni aproximadamente, lo cual no impide que nos formemos idea, en vista de su enorme masa, de las impresionantes

proporciones que debe haber tenido. Por otra parte, acerca de esta milenaria pirámide arcaica el arquitecto y arqueólogo, Ignacio Marquina, en su monumental obra de arquitectura arqueológica comparada, que ya hemos citado y que tantas veces, en el curso de este trabajo habremos de citar, afirma lo siguiente que deja traslucir la inmensa importancia de esta formidable fábrica: “Si comparamos los monumentos, ya en plena evolución, de Teotihuacán, por ejemplo la Pirámide de la Luna, con el monumento de Cuicuilco, se nota que, a pesar de que la planta es diferente, pues la de la Pirámide es rectangular, el efecto del conjunto, tanto por las dimensiones, el número de cuerpos y la manera como están escalonados, como por el cuerpo adosado al frente, sobre el que se desarrolla el principio de la escalera, es muy semejante entre las dos. El monumento de Cuicuilco, es el arquetipo de las construcciones del Valle de México, y a pesar de las influencias sucesivas que lo modificarán después, conservarán sus características esenciales”. (2)

¿Una pirámide en aquellas imprecisas hontananzas prehistóricas?

¿Un templo? ¡Sí! Una pirámide, un templo, si se quiere rudimentario, pero completo ya, pero perfecto en su simplismo arquitectónico, que traduce admirablemente el simplismo y la potencia religiosa de la conciencia que lo creó. De una unidad simbólica impresionante; de una técnica conmovedora, por su fuerza de ingenuidad, por sus majestad expresiva; en resumen, de un valor emotivo, filosófico y estético incomparable, por la hondura patética de intuición y la sublime y avasalladora inquietud que revela, no por el pánico del misterio que reflejan, para muchos, los enormes, monumentos funerarios de Egipto, con los cuales e incurriendo, en nuestro humilde concepto, en el más lamentable de los errores, la mediocracia intelectual y no pocas mentalidades de positivo valer, han tratado, reiteradamente, de comparar esas fábricas estupendas de nuestras culturas precortesianas.

(2).— Estudio Arquitectónico Comparativo de los Monumentos Arqueológicos de México. —Contribución al XXIII Congreso de Americanistas. Arquitecto Ignacio Marquina. Edición de la Secretaría de Educación Pública.— 1928.

Realmente ¿Qué punto de similitud puede existir entre la maciza seguridad, la solidez estática —ánima que no se mueve porque ya está definitivamente enraizada en el enigma— entre la verticalidad en fin —signo de la absoluta penetración del “yo” en la conciencia de las cosas; eje materializado del ego en torno del cual gira o se cree que gira todo el cosmos— de las egipcias moles tombales y la seguridad “fáustica”, ¡Oh Spengler!, la solidez dinámica —estática sólo aparente del disco espectral en él que, el movimiento de los siete colores se conjuga en el reposo del blanco sintético; estática del espacio transparente; del espacio casi sin espacio engendrado por la vertiginosa rotación del radio, en la rueda enloquecida de desplazamiento— y la verticalidad también, pero extrahumana, disparada del hombre hacia afuera (al revés de la egipcia: intrahumana, o del hombre hacia adentro) de los monumentos piramidales de las próceres culturas mexicanas que no son otra cosa que la cristalización del anhelo, recto por preciso, vertiginoso por entusiasta, inmóvil por eterno (3) que va vigorosamente, de la criatura a su creador! ¡Tal la dirección materializada del camino único, invariable y definitivo, por donde asciende la savia del mundo extraída del corazón de la tierra y a través de la arcilla transitoria del hombre, hasta el océano sin límites ni limitaciones del Padre!

Porque sí, y eso constituye precisamente su enorme significación, su inmensa importancia: en ese montículo, en esa rudimentaria pirámide de Cuicuilco, está ya acusada en toda su potencia esencial, que la rica elaboración externa y la maravillosa evolución artística, netamente periférica, no harán más que expresar o traducir mejor, pero sin conseguir enriquecer ni un ápice, su profundo sentido medular; en ese vasto y tosco monumento primitivo, decimos, acusada está ya, la diferencia —antítesis, dijéramos mejor— que existe entre las pirámides egipcias: túmulos funerarios y nuestras pirámides truncadas, que más que tales o monumentos en sí, son verdaderas plataformas piramidales,

(3).— Inmóvil direccionalmente, es decir: inmutable en la convicción que lleva, sin titubeos, desde lo efímero hasta lo perdurable.

enormes zócalos de adoratorios, capillas o altares con los que lejos de integrar tumbas gigantescas como las que asientan sus pesados bloques en las llanuras desérticas, constituyen monumentos votivos, templos originales y grandiosos dedicados a los dioses.

Efectivamente, nada más en contraposición de la pirámide tombal egipcia, que estos monumentos mexicanos (nos referimos a todos los de igual índole y estilo semejante, construídos en el país). La pirámide egipcia, exponente, el más vigoroso, de aquella cultura, o mejor aún, de aquella “civilización de oasis”, como la llama Worringer, (4) muestra su vertical solidez como una doble contradicción del paisaje: el desierto sin límites que es de arenas movedizas y de una desesperante horizontalidad. Por lo contrario, el templo piramidal mexicano, en Teotihuacán, sobre todo, que es donde alcanza sus formas clásicas más puras, y en Calixtlahuaca, afirma rotundamente el paisaje, precisamente en los dos sentidos en que la gran tumba egipcia lo contradice: en su dirección y en su materia, pues la silueta cónica, suavemente geométrica de nuestras montañas; sobre todo de las dos que claramente se perfilan hacia el Sur de la ciudad sagrada (lugar donde abundan y se adora a los dioses) del Valle de México, parece proyectada y materializada en las Pirámides del Sol y de la Luna, cuyo material de construcción sabiamente trabajado, da la idea de solidez y al par de gracia y de armonía, que sugieren nuestras cumbres, matizadas por los más finos pinceles de la aurora, tornasoladas con los más sedosos, orientes del crepúsculo y leve y ricamente jaspeado por los cambiantes de una atmósfera de turquesas etéreas, desvaídos y desmayados en los palores de la lejanía.

Y tan esto es verdad, tan es inconcuso que aquí existe una perfecta relación entre el paisaje y el monumento, que la pirámide de que nos hemos venido ocupando, la de Cuicuilco, que hallábase más próxima al Ajusco, cuya masa, por ende, debe haberse destacado con más vigor a los ojos de nuestros arcaicos

(4).— El Arte Egipcio.—G. Worringer.

imagineros, produce también una impresión más vigorosa, más montañosa o natural, debiéramos decir; que las otras, erigidas más tarde por el genio del tolteca. Y si se nos quisiera objetar que la plataforma piramidal de ciertos monumentos mayas afines, no reproduce ni afirma ningún paisaje o naturaleza similar, responderíamos a nuestra vez: primero, que, como lo demuestra el arquitecto Amábilis, en sus estudios acerca de la arquitectura maya, los edificios mayas: palacios, templos, etc., sí son expresión de su propio medio; sí reflejan en su decoración exúbera, en la ornamentación de sus frisos, en la amenidad y variedad de sus relieves, en la maestría de sus tableros, en la forma de las techumbres, en la gracia y agilidad de los haces de columnillas y las cornizas historiadas; en fin, en toda su riqueza ornamental, lo mismo que en su fundamental concepción arquitectónica, sí reflejan, repetimos, la naturaleza del lugar: los juegos de la luz, el temblor de una atmósfera de oro en el rústico y apuntado techo de las chozas primitivas, que volados sobre las paredes de zacate hacen escurrir sobre ellas, de sus irregulares aristas, serpentinas luminosas que se enlazan y entrelazan, formando verdaderos caprichos ornamentales; positivos tableros, de formas y matices infinitos, mientras la penumbra azul, perfilada de brillos fugaces, va pintando en la parte superior del muro, donde la cruda claridad no llega o en las bases sombreadas por los arbustos que la lumbré solar no alcanza, frisos de una gracia, de una frescura, de una levedad encantadoras.

Además, no hay que olvidar que el gran florecimiento maya al que se deben las obras maestras de la arquitectura peninsular, efectuóse siglos después del apogeo de los pueblos del Sur y que estos pueblos: los maya quichés de la cuenca del Usumacinta, cuyas ciudades de fábula se abrieron como grandes flores exóticas en medio de selvas admirables, al emigrar al Noreste empujados por las nuevas invasiones y por sus crueles luchas intestinas, lleváronse dentro de ellos mismos su propio paisaje, y luego, ya en la tierra del mayab, lo proyectaron en la suntuosa decoración de los edificios mayas, que, por otra parte, como en breve hemos de demostrar, fueron medularmente, el fruto del mismo genio creador

olmeca, y olmeca-nahoa o tolteca, que produjo en nuestro país las más altas realizaciones de belleza. (5)

Y si de este orden de ideas, pasamos a otro más profundo, con más claridad todavía encontraremos la antitética diferencia entre la fábrica egipcia y el monumento mexicano. En efecto, la pirámide egipcia es obra de la vanidad y del terror: de la vanidad de persistir más allá de nosotros y por encima de los otros; del temor de morir sin remedio, sin continuidad ultraterrena; vanidad y terror que sólo son diversas expresiones del mismo terror humano y arcano de un instinto de conservación bio-psíquico, que quisiera la persistencia del alma, pero siempre con la persistencia del cuerpo: De ahí el “doble”; de ahí la concepción más metafísica que religiosa del “Kah”, y de ahí, en síntesis, los largos corredores, las infinitas “estelas” de mastabas e hipogeos, verdaderos canales del ser que necesita hasta de ese grosero cauce material para no perderse en su tránsito a los limbos inexplorados; y sobre todo, de ahí las pesadas pirámides que no suben a Dios, sino que tratan de aplastar el enigma y que, en sus ocultos, profundos y sombríos laberintos, guardan todo el terror y almacenan toda la

(5).— El doctor John E. Teple, ha publicado un interesante estudio, sustentando el criterio de que la civilización maya se desarrolló independientemente en América, y Negando que esté basada en la Cultura del viejo Mundo.

El distinguido sabio Teple, hace datar la civilización maya de hace cinco mil años, cuando Europa estaba en el salvajismo. Apoya su tesis en los puntos astronómicos, animales domésticos, el sistema de medir el tiempo y la numeración, que causaron la admiración de los conquistadores, pues no suponían el grado de adelanto de los mayas.

El doctor Teple se inclina a la creencia de que la raza maya es nativa del suelo americano, siendo en su concepto equivocadas las hipótesis de que se formó con razas procedentes de Asia, África u Oceanía, y está estudiando detenidamente poder precisar el origen de los mayas.

El Universal, México, D.F. (Martes 9 de septiembre de 1930).

Naturalmente, si aceptamos que el maya es autóctono y que su Cultura es independiente de las culturas del viejo mundo, con mayor razón tendremos que aceptar que los arcaicos, olmecas y nahoas lo son, así como sus culturas; ya que, como habremos de corroborarlo frecuentemente, el maya es el resultado, o bien de la coordinación del primitivo arcaico, con el olmeca, o bien de arcaicos nahoas y olmecas. Además no es precisamente al maya, sino al olmeca (como quedará demostrado en el curso de este trabajo, el Apéndice inclusive) a quien se debe el admirable sistema de medir el tiempo, que tanto admiró a los españoles-N. del Autor.

vanidad humanos, en la forma de una momia inerte, muda y fría —triple negación del hombre, como existencia, como conciencia, como sensibilidad— pero irónicamente embalsamada de perfumes, maquillada de afeites y chapada de oro.

En cambio, la trunca pirámide mexicana, es, con el complemento del adoratorio y altar que la integran, un templo, un monumento surgido de una idea o de una intuición afirmativas, de la más afirmativa de todas: la persistencia, pero no centrípeta a la manera egipcia; no terrorífica ni fundada en una corporeidad que continúa la esencia por la forma y para la que, perdida la forma, de aquí, nada vale la trascendencia de allá; sino iluminada, de esperanza, temblorosa de fe, vigorosa y vertiginosa de anhelo, centrífuga, en fin. Persistencia que no es pervivencia ni siquiera supervivencia, sino transfiguración, pues su naturaleza es religiosa, ¿se entiende?, ¡pura y honda y abrumadoramente religiosa!, razón por la cual no quiere aplastar la muerte que para ella no es ni una palabra, mucho menos una triste certeza, sino que desea conducir al infinito; que no ansía perpetuar una momia de la que irradia apenas la pálida sombra de un “doble” en tránsito; sino que anhela disparar, que dispara, del capitel de la arcilla humana, el vuelo todopoderoso del alma manumitida!

Por eso, lo que en aquellas son laberintos que conducen al corazón pétreo de la mole, en éstas son escaleras externas que corren, en armoniosas salientes, sobre los planos inclinados y en el centro, es decir, en el lugar principal de los muros frontales. Por eso, mientras en aquellas se va de fuera a dentro, por entradas disimuladas y por caminos cada vez más estrechos, cada vez por más escondidos vericuetos: verdaderos caracoles dedáleos que acaban por concluir en un sepulcro; en éstas váse de dentro, del egoísmo de la carne, de los mezquinos laberintos de la bestia, de las impuras obscuridades del cuerpo, hacia afuera; a las audaces huídas del hombre que quiere salirse de sí mismo, para crecer en la distancia y ensancharse en el tiempo; hacia afuera y hacia arriba: hasta la plataforma donde termina la humana escala y principia la escala divina; hasta el adoratorio donde se levanta, ¡qué sublime, antitética y consoladora diferencia!, en vez de un cadáver momificado (símbolo el más espantoso y grotesco de la muerte) la estatua fuerte, pulida y venerada de un

dios: símbolo, (aunque así no lo acepten muchos obsecados iconoclastas, que con su cerebro de hipercivilizados, juzgan los productos ético-filosófico-religiosos de las culturas fuertemente creadoras, precisamente por ineruditas, acríicas y acerebrales) símbolo, índice y exponente de una potencialidad religiosa tan grande, de una tan avasalladora energética arcana, profunda y trascendente que, inconforme con admitir el pobre destino del cuerpo y doblarse bajo el peso abrumador de la materia, en lugar de taladrar dentro de la tierra, sombrías encrucijadas y siniestros caminos de continuidad, prefiere convertir, sin que la pobre negación científica tenga tiempo de saberlo, una piedra ya transfigurada por la cantidad de intuición con que se la esculpe y se la adora, en el pivote sobre el cual gira toda la vida o en el primer tiempo, materializado, de una trayectoria infinita, en cuyos distintos momentos y lugares, el móvil psíquico va ascendiendo, va ascendiendo, en un sublime proceso evolutivo (no involutivo como el egipcio, no repetitivo) de desasimiento terreno y de lenta pero progresiva afirmación universal!...

Ahora bien ¿deséais una ejemplificación irrefutable? Ahí está Teotihuacán: El centro arqueológico arquitectónico por excelencia, no es un conjunto de sepulcros, es la casa, habitación o ciudad de los dioses y sus principales monumentos están consagrados a otras tantas divinidades: al sol, la pirámide o templo de este nombre **Tonatiuhzacalli** (casa del sol) en cuyo santuario, colocado sobre una explanada de 18 por 32 metros, se encuentra la imagen de este astro, representada por una escultura que se dice estaba chapada de oro en el pecho, para reflejar los primeros rayos solares; a la luna, la pirámide o templo de igual nombre: **Meztlizacualli** (casa de la luna) en cuya meseta superior, de 6 metros de lado, hallábase también la imagen escultórica de esa divinidad; a **Tláloc**, dios de las lluvias, divinidad tutelar de las labores agrícolas, el templo de su nombre, y por fin, además de otras construcciones como los edificios superpuestos, habitaciones populares, etc., el templo consagrado a **Quetzalcóatl**, divinidad máxima de las teogonías toltecas, cuyo símbolo, repítese como el tema central de la pétrea sinfonía, en las 366 cabezas de serpiente emplumada, que decoran el portentoso monumento.

Por lo que toca al hecho de que se hayan encontrado cuatro sepulcros con esqueletos exornados, uno en cada ángulo del basamento de uno de los montículos principales, no indica, ni con mucho, que la ciudad sagrada de Teotihuacán, haya tenido el carácter tombal de las pirámides egipcias; como el hecho de que se construyan criptas para los cadáveres de los soberanos, pontífices y príncipes de la Iglesia, en las catedrales y basílicas, no indica que éstas sean cementerios religiosos en vez de templos. Y respecto a la llamada calle de los Muertos, sabido es que se le dió este nombre, porque los innumerables montículos colocados a uno y otro lado de esta avenida, que constituye el eje central de la ciudad, fueron tomados por sepulcros, sin que nada hasta ahora haya demostrado la completa veracidad de tal aserto. Mas, en todo caso, tampoco esto desvirtuaría nuestra aseveración, puesto que nada de extraño y sí mucho de explicable, tendría el afán de buscar para los muertos el terreno santificado por la proximidad de los dioses; tal cual sucede con los católicos que hasta hace relativamente poco tiempo, sepultaban a sus deudos en el atrio de los templos (verdadero “camposanto”) colocado precisamente frente a ellos, a ellos unido por la misma tapia o barda que marcaba la jurisdicción del recinto divino, y atravesado por la vía bordeada de tumbas que conducía a los creyentes, de la ciudad a la casa de Dios.

Pues bien, todas esas máximas excelencias, toda esa intuitiva hondura, toda esa potencialidad religiosa; toda esa formidable concepción arquitectónica, en la que no se sabe qué admirar más, si el imperativo avasallador de la creencia o la abrumadora victoria del Arte; todo eso hallábase ya, según afirmamos desde un principio, implícito, latente, en estado embrionario por lo que respecta a sus externas manifestaciones, pero total, esencial y definitivo por lo que toca a sus por qué y a sus para qué básicos, irreductibles y medulares, en la precisamente por arcaica, más portentosa todavía, pirámide de Cuicuilco!

Se concibe, pues, ante esa obra formidable de la cultura primitiva —de la cultura, sí, no de la civilización (¡Oh Scheler, Goethe, Spengler)— ante esa pirámide de Cuicuilco, a la que el arquitecto Marquina, con tanta sobra de

autoridad como de razones, no vacila en llamar, precursora de las de Teotihuacán y Xochimilco y **Arquetipo de las construcciones del Valle de México**; concíbese, ante semejante obra maestra de la ruda pero elocuente, por lo vigorosa y por lo audaz, religiosidad y sentido artístico arcaicos, el tiempo que hubo de transcurrir, para que esos imagineros casi legendarios, llegaran a adquirir tales concepciones arquitectónico-religiosas y para que iniciaran, de tal modo, la generatriz que habría de resolverse en la epopeya de la cultura teotihuacana, que transformando la realidad en símbolo, exorna sus monumentos sagrados nada menos que con el ofidio divino de las mitologías ancestras; con el signo visible de la más hermosa y profunda de las entidades teogónicas del espíritu tolteca: con el reptil que sale de las sombras como el misterio condensado y se empluma, en una sublime transfiguración, con los cambiantes de la aurora; con el dios, en fin, que viene reptando del alma de los tiempos, donde se incubaba toda sabiduría, discurre, cabrilleando por la tierra, en una suprema dación de belleza y enredándose, cual progresiva elipse de luz, en el árbol sidéreo donde florecen las constelaciones, al fin se pierde entre las frondas azules, horadando caminos de eternidad!

¿10,000 años? ¿15,000 años? ¿Cuántos luengos milenios de antigüedad tendrían los remotos ancestros de esos primitivos edificadores, cuando hasta los más severos y modernos historiógrafos, tras de asegurar que las primeras emigraciones de Asia a América (origen de la población de éste continente y, por lo tanto, según la hipótesis aceptada, anteriores a toda otra, si no posible sí evidente población) efectuáronse antes del último periodo Neolítico Europeo efectuáronse (hace unos 10,000 ó 15,000 años cuando mucho) contradícese, a renglón seguido, al afirmar, pocas páginas más adelante que: “es imposible precisar la época en que el hombre apareció en México; pero que sí se puede asegurar que ello fue **hace muchos millares de años (¡Muchos!** ¿Se entiende? ¡No 10, ni siquiera 15 como había afirmado anteriormente, sino muchos!) antes de las fechas más antiguas que señalan los anales históricos de todos los pueblos del Nuevo Mundo y cuando aún existían plantas y animales, hoy quizá

desaparecidos de la superficie del Planeta”. Y que esto: “así parecen indicarlo los restos fósiles encontrados en Tlaxcala, Toluca, Cuajimalpa, Tequixquiac y California, y muy especialmente en las excavaciones practicadas en el Pedregal de San Angel, los que, desgraciadamente, no se han estudiado con la atención que merecen”. Aseveración ésta, rotunda y contundente, que también refuta la opinión del mismo autor expresada en el principio de su obra (nos referimos a la Historia de México, de Alfonso Toro –páginas 13,14,15 y 22–) que niega que el hombre primitivo de América haya sido contemporáneo de aquellos animales que juntos con aquellas plantas ya desaparecieron de la superficie del planeta, y a los cuales, con toda seguridad, pertenecen las osamentas fosilizadas encontradas junto a los restos humanos, en las regiones a que hemos hecho referencia.

¿10,000 años?... ¿15,000?... ¡Más! ¡Mucho más! Pero aun cuando ello no fuese, queda demostrado que en el territorio del Estado de México, apuntaron los primeros albores de las culturas aborígenes; que en él comenzó el nombre del continente americano, posiblemente al par que el habitante de otras regiones del país o de América, su tremenda lucha contra la naturaleza y contra la muerte; contra las urgencias que acometían su carne y las inquietudes que atormentaban su conciencia: que el habitante del Pedregal, de Cuajimalpa, de Lerma, de Tenango del Valle, de Toluca, etc., desde las sombras de una antigüedad que inspira pavor, enfrentóse con el grave y doble problema, de su hambre de aquí y de su apetito de más allá, y lo mismo que el hombre de Cro-Magnon, que el de Rodesia, acaso que el propio hombre de Neanderthal, y de las más obscuras edades y regiones del Globo, pugnó por transformar la necesidad en arte, el dolor en belleza, el temor en fe, pese a las groseras exteriorizaciones y a las absurdas formas y a los toscos símbolos en que se materializaba la proyección potente de su espíritu rudimentario, no por infantil, balbuciente y torpe, menos espíritu, ni menos grande, que este pobre, escéptico, inconforme, mezquino, hipócrita y ruín espíritu de nosotros!

CAPÍTULO III

ANTECEDENTES ÉTNICO ARCAICOS DE LOS PRIMEROS POBLADORES DEL ESTADO

¿DE QUÉ ROBUSTO y milenario tronco racial habíanse desgajado aquellas tribus primitivas? ¿De dónde surgieron esos pueblos rudimentarios que dejaron por distintos rumbos del país, por los lugares de ejecutoria histórica y prehistórica más antigua, los ejemplares únicos, por su inestimable valor arqueológico-etnográfico, de la cerámica, la escultura y hasta la balbuciente arquitectura arcaicas? ¿Los ceramistas, talladores y escultores: los oscuros y rudimentarios artífices de Tenango, Toluca, Lerma, Tequixquiac, el Peñón, el Pedral, etc., los rudos, intuitivos e iluminados arquitectos de la pirámide de Cuicuilco, milenariamente amortajados por la lava del Xitle, descendían de los enormes “quinamis” o “quinamétzines” cuya existencia tiene tanto de realidad como de fábula?

Nuestros más distinguidos historiógrafos (sobre todo los de la actualidad) opinan negativamente, pues afirman que fueron equivocadamente tomados por restos humanos gigantescos, los restos fósiles de los animales primitivos, que constituyeron los más antiguos ejemplares de la fauna americana; por más que a este respecto, según contradictoria afirmación de quienes rechazan esta hipótesis (1) no se haya

(1).— Según se recordará, en el capítulo anterior, el historiador D. Alfonso Toro, que es uno de los que más se oponen a aceptar la hipótesis del antepasado “quinami”, afirma, sin embargo, y de una manera terminante, al referirse a la remota antigüedad del hombre en México, que “Así parecen indicarlo los restos fósiles encontrados en Tlaxcala, Toluca, Cuajimalpa, Tequixquiac y California y muy especialmente en las excavaciones practicadas en el Pedregal de San Angel, *los que desgraciadamente no se han estudiado con toda la atención que merecen*”... Y, a los cuales, por lo tanto, añadimos nosotros, es absurdo negar a “priori” determinado origen: el origen humano, por ejemplo.

realizado aún ningún estudio completo, sino simples observaciones y deducciones fragmentarias, ya que existen en poder de particulares y en diversos lugares del Estado de México (y con toda seguridad, de la República) numerosos despojos de osamentas prehistóricas cuyas características humanas o animales, todavía no han sido perfectamente definidas (2) y por más que la explicación aceptada acerca del origen legendario de la tradición del ascendiente “**quinami**”, no esté completamente de acuerdo con la reducida imaginación de aquellos primitivos semibárbaros, a menos que prohijemos la tesis para nosotros definitiva, de que el hombre (que ya nace artista y religioso, o sea psíquicamente tangencial o desbordado, como nace biológicamente egocéntrico y es sólo social y convencionalmente periférico), nace también imaginativo, es decir creador de entidades nuevas que modifican, condicionan y acrecen la realidad objetiva, esencialmente inasequible y formalmente transitoria.

De todos modos, atengámonos a la afirmación corriente y rechacemos por excesivamente hipotética (¿Y qué explicación, afirmación o deducción misma, no resulta siempre excesivamente hipotética tratándose de hombres, pueblos y edades tan remotos?) no precisamente por absurda la existencia del ancestro “**quinamétzin**” y resignémonos a considerar al otomí u otomite, de que acaso descendan tlaxcaltecas y chichimecas, como el primer habitante de perfiles ética, aunque todavía imprecisamente definidos, del Estado de México e indudablemente, ya se le haya designado con los mismos o con otros

(2).— El autor tuvo en sus manos un enorme fragmento de rötula, de muy marcada procedencia humana, que le fue mostrada por un discípulo suyo: Amado M. Carral, en septiembre de 1926, y cuyas dimensiones eran: 12 centímetros de altura, por 19 de diámetro. Además, el año de 1939 el Profesor Ildfonso Velázquez, ex Director de la Escuela Normal de Toluca, y catedrático de Geografía en los más importantes planteles de la Capital del Estado, manifestó, verbalmente en cierta ocasión que en las inmediaciones de Huitzila se había encontrado un enorme molar, muy parecido a los del hombre, que desgraciadamente, habíasele desintegrado. El Museo de Toluca, en plena reorganización, por otra parte, posee también buena copia de restos fósiles, cuyo estudio no sería remoto que arrojase bastante luz en este asunto.

nombres de gran parte del país: Guanajuato, San Luis Potosí, Michoacán, Puebla y Querétaro, toda vez que Hidalgo, Guerrero, Morelos y Tlaxcala (de éste, dos distritos por lo menos) donde también habitaron, pertenecían según ya hemos asentado, al Estado de México. Además de tan enorme extensión, aún conservaban memoria de haber ocupado otras regiones, pero de ello todavía no tenemos pruebas fehacientes.

No obstante tan incuestionable poder de expansión y pese a su crecido número, ninguna, o casi ninguna importancia quiere concedérseles a semejantes pueblos, que en ciertas épocas y regiones acusan, casi invariablemente un primitivismo lamentable. Poseen una lengua monosilábica, de semejanzas morfológicas aunque no genealógicas con la china, onomatopéyica, abundante en homónimos apenas diferenciados por la entonación de la voz o por su colocación en la frase y en la que se confunden el verbo, el adjetivo y el sustantivo; viven de la caza, casi no tienen industria, esbozan apenas rudimentarias concepciones religiosas (fetichismos informes, supersticiones absurdas, vagos y atomizados pavores de un terror de más allá) y ofrecen un aspecto rudo, huraño, agresivo, semisalvaje, que muchos siglos después había de transformarse en pasivo, melancólico o indiferente, como el de ciertos tipos rezagados que aún vegetan al amparo de las más abruptas serranías.

Sin embargo, es indudable que en cierto instante de su remotísima antigüedad, alcanzaron índices de progreso no despreciables y en cierto modo definitivos, para quienes, en el transcurso de las edades hubieron de sucederles, y que evolucionaron notablemente, lo mismo por lo que toca a su civilización —de la caza y pesca a la agricultura; del tipo nómada al sedentario, etc.— que por lo que corresponde a su cultura; pues ellos, que más tarde habían de fundar Man-he-hí, Tula, Hidalgo, antes Estado de México y Xilotepec (distrito de la entidad citada) si no fueron, como quieren algunos, los verdaderos autores de las reliquias arqueológicas del cementerio de Copilco y de las todavía inexploradas regiones de Toluca, Temascaltepec, Amatepec, Tlatlaya, Coatepec

Harinas, Ixtapan de la Sal, Tlacopa, Lerma, Tenango, Tecaxic, Calixtlahuaca, (actualmente en exploración, debido al entusiasta empeño del C. Gobernador del Estado, Coronel D. Filiberto Gómez), etc., (3) sí deben haber sido los inmediatos ascendientes o descendientes de esos ya hasta cierto punto, avanzados ceramistas y arquitectos, en quienes afinaron tanto sus rudezas (si es que el otomí fue anterior al hombre del Pedregal) o de quienes aprendieron formas superiores de vida al ponerse en su contacto, si es que, como parece más probable, el otomí apareció en la Mesa Central cuando el hombre del Pedregal ya existía. En todo caso lo que sí podemos asegurar, por lo menos en esta hora, es que el otomí, o descendiente inmediato de los autores de las reliquias arqueológicas de Copilco, es, como habíamos afirmado líneas antes, el primer poblador de la zona central del país, de quien tenemos ya, aunque escasas, noticias claras y precisas.

De tal modo, así fijados los antecedentes étnico-arcaicos de los primeros pobladores del Estado; sobre este fondo prehistórico común, verdadero subsuelo racial en el que se van asentando, sedimentando o estratificando las razas y subrazas posteriores, procuremos seguir la trayectoria recorrida por las grandes corrientes migratorias que se desprenden: primero, del Norte y ascienden por Oriente y Poniente y refluyen más tarde del Sur, hasta reunirse y entrecruzarse

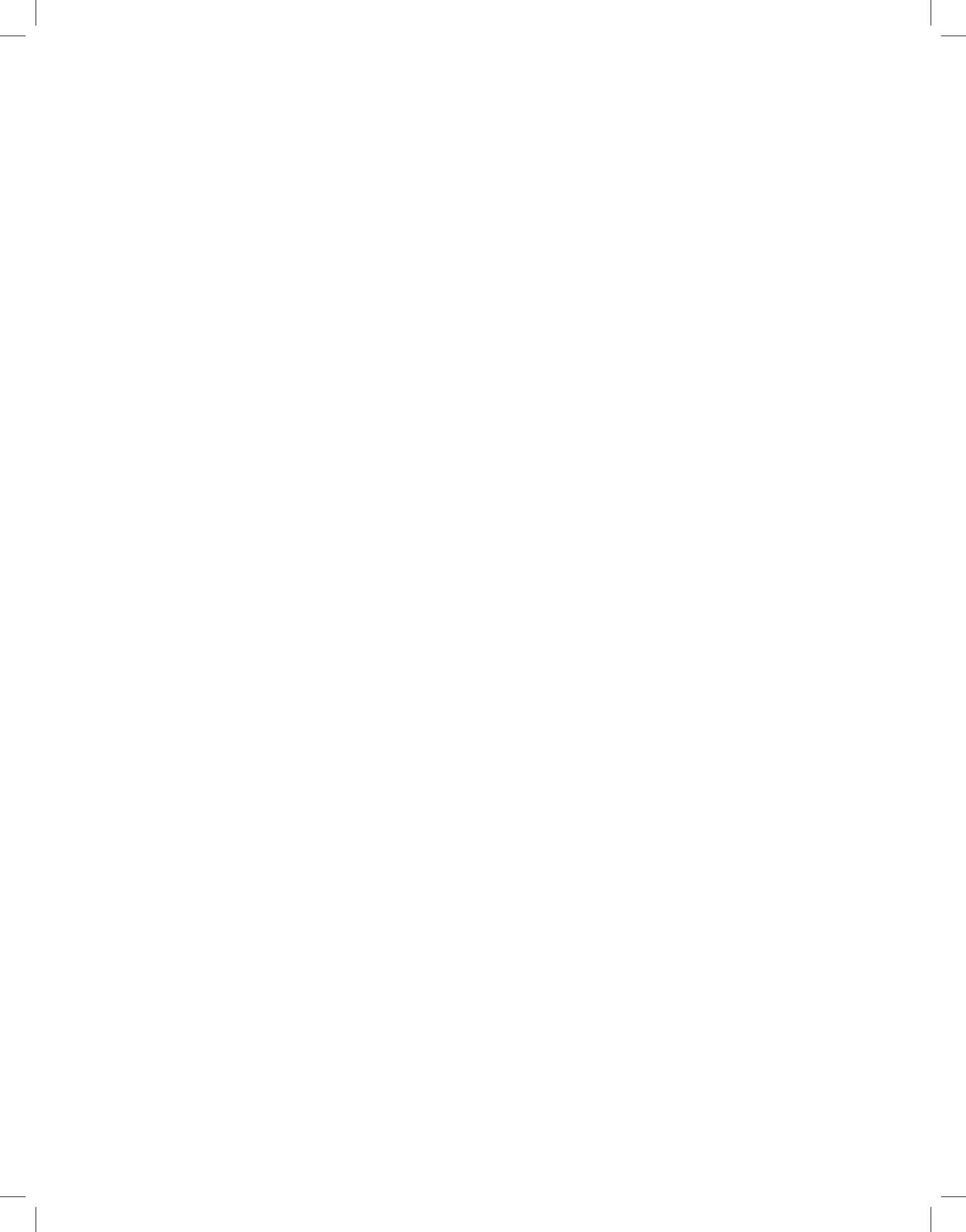
(3).— Dichas reliquias consisten en objetos de barro de tosco modelado, paredes gruesas, decoración de concepciones sencillísimas; motivos rayados o hendidos por medio de instrumentos de madera o con la uña; intentos de representaciones de animales, en asas o picos de vasijas —empiezáse a notar el uso de vasos de tres pies que se desarrolló después en toda la América— Cabecitas modeladas (sin molde) directamente en el barro. Los ojos se acusan con un simple hueco de fondo plano y una pequeña banda figurando el párpado, alrededor de la cuenca y en su parte superior. Muchas veces prodúcese la pupila con una incisión y las cejas con una barrita. Los labios de estas figuras son prominentes, la frente deprimida, los cuerpos hállanse desnudos y lucen tocados simplísimos: bandas enrolladas en la cabeza a manera de turbantes, etc. —Plancarte: Características de la Cerámica arcaica— Ejemplares de Culhuacán, Chimalhuacán, Xilotepec, Tula, Atzacapotzalco, Popotla, Otumba, etc., (poblaciones todas comprendidas en el antiguo territorio del Estado de México, y varios todavía en el actual).

El Estado de México Desde la prehistoria...

entreambas, en las grandes mesetas del altiplano geográfico, etnográfico e histórico, más importante del país. (4)

.....

(4).— Véase en el Apéndice el cuadro sinóptico de la “Relación entre las principales culturas de México”, con que termina sus Conclusiones Generales, y cierra su admirable obra, repetidas veces invocada en nuestro apoyo, el ilustre arquitecto don Ignacio Marquina, de la Dirección de Arqueología.



CAPÍTULO IV

LAS TRES GRANDES CORRIENTES MIGRATORIAS: ARCAICOS, NAHOAS Y OLMECAS

TRES SON LAS GRANDES migraciones, o mejor aún, las series de grandes migraciones que, desprendiéndose del Norte o apareciendo por el mar, avanzan por ambos litorales, siguiendo la granítica nervadura de las Sierras Madre Oriental y Madre Occidental, y ya sea salvando transversalmente esos enormes sistemas montañosos, en la dirección y a la sombra de las cordilleras en que se enclavan las llanuras de los vastos altiplanos; o bien siguiendo el curso inverso de los grandes ríos, encajonan sus poderosas corrientes raciales, dentro de la doble muralla ciclópea que ata sus dos inmensas ramas en el Zempoaltépetl, y tras de estrellar su poderoso oleaje en los mismos picachos, entre cuyas escarpaduras, van dejando, a modo de girones líquidos y tráfugas, pequeñas tribus remontadas que a veces pierden hasta el recuerdo de su procedencia, inmóviles en un quietismo vegetativo, o víctimas de la paulatina disgregación de una decrepitud sin remedio, vuelven sobre sí mismas: fluyen y refluyen constantemente; a veces luchan las unas con las otras; en ocasiones, mézclanse sin sentirlo y sin saberlo; pero siempre acaban por confundirse y coordinarse en nuevas, más poderosas, más civilizadas y más cultas organizaciones raciales, cuya lenta depuración y progresivo mejoramiento, llega, según afirmación de Seler, Le Duc, Scott, Morley, y otros muchos, inclusive el actualísimo pensador tudesco Oswald Spengler, a alturas que sólo han alcanzado los pueblos europeos más cultos de la antigüedad, en las realizaciones definitivas de sus mejores tiempos. (1)

(1).— Al final de este capítulo reproducimos parte del elogioso juicio que el eminente arquitecto francés Violet Le Duc, formula acerca de los insignes constructores del Palacio de las Mil Columnas, de Mitla.

Efectivamente, este último genial escritor, cuyos juicios no pueden ser tachados de parciales, dados su carácter de extranjero, y el sólido prestigio de su personalidad, dice textualmente en las páginas, 67, 68, 70 y 71 de la Segunda Parte (volumen III, capítulo I) de su magna obra **La Decadencia de Occidente**: “Entretanto, en México había nacido una cultura nueva, tan remota, tan alejada de todas las demás que, no pudo haber noticia de ella en éstas, ni de éstas en ella. Tanto más admirable resulta, pues, la semejanza de evolución con la evolución de la cultura antigua. Se llenarán de espanto los filólogos cuando ante estos teokallis piensen en sus templos dóricos. Y, sin embargo, precisamente un rasgo antiguo, la falta de voluntad de potencia en la técnica, es el que determinó aquí la índole del armamento y por consiguiente hizo posible la catástrofe”.

“Porque esta cultura es el único ejemplo de una muerte violenta. No falleció por decaimiento, no fue ni estorbada ni reprimida en su desarrollo. Murió asesinada en la plenitud de su evolución, destruida como flor que un transeúnte decapita con su vara. Todos aquellos Estados, entre los cuales había una gran potencia y varias ligas políticas, cuya grandeza y recursos superaban en mucho los de los Estados Grecorromanos de la época de Aníbal; aquellos pueblos con su política elevada, su hacienda en buen orden y su Legislación altamente progresiva, con ideas administrativas y hábitos económicos, que los ministros de Carlos V no hubieran comprendido jamás, con ricas literaturas en varios idiomas, con una sociedad periespiritualizada y distinguida en las grandes ciudades, tal que el Occidente de entonces no hubiera podido igualar, todo eso sucumbió, y no por resultas de una guerra desesperada, sino por obra de un puñado de bandidos que pocos años aniquilaron todo, de tal suerte que los restos de la población muy pronto habían perdido el recuerdo del pasado”, “de la gigantesca ciudad de Tenochtitlán no quedó ni una piedra. En las selvas antiquísimas de Yucatán, yacen las grandes urbes del imperio Maya,

comidas por la flora exuberante. No sabemos ni el nombre de una sola. De la literatura se han conservado tres libros que nadie puede leer”. (1)

“Lo más terrible de este espectáculo es que ni siquiera fue tal destrucción una necesidad para la cultura de Occidente. Realizáronla privadamente unos cuantos aventureros, sin que nadie en Alemania, Inglaterra o Francia, sospechase lo que en América sucedía”

“La cultura occidental se encontraba entonces aproximadamente en el mismo período que los Maya habían ya franqueado en el año 700. Hasta la época de Federico el Grande, no se hubiera podido comprender en Europa la política de la Liga de Mayapán. La organización de los Aztecas en 1500, es para nosotros todavía un futuro remoto”.

Y pensar que uno de los más grandes intelectuales de este momento, un sociólogo eminente y Maestro de la Juventud Mexicana, por añadidura, afirma en cierto texto de circulación forzosa, de una manera categórica que “España nos trajo la más alta de las culturas que hasta entonces el hombre había elaborado y la mezcló a pueblos que apenas si habían alcanzado (en sus más altas representaciones, la Maya, La Incaica y la Azteca) el grado de desenvolvimiento del Egipto o la caldea arcaicos que inician la historia”. (2)

(1).— Afortunadamente, según se verá más adelante, el celo y entusiasmo de arqueólogos e historiadores han logrado rescatar del olvido y de la destrucción definitiva, varias de estas ciudades. Por ejemplo, sólo Stephens, descubre 44; y el propio Spengler, en la página 69, del mismo capítulo, volumen y obra citados, es decir, un poco después de haber afirmado que no sabíamos ni el nombre de una sola, hace referencia a las ciudades de Copán, Tikal, Chichén Itzá, Seibal, Palenke, aunque, haciendo la salvedad de que esos son los nombres de las aldeas actuales más próximas a las ruinas, y que los verdaderos nombres de las ciudades han desaparecido; lo cual tampoco es rigurosamente cierto; pues hay regiones cuyo nombre actual es, o el mismo de las antiguas o una derivación de él. Por lo que toca a los libros citados, creemos pertinente hacer la aclaración de que, precisamente en estos días, el egregio poeta yucateco Antonio Médez Bolio, acaba de publicar un bellissimo ensayo de interpretación filosófico poética y religiosa del **Chilam Balam de Chumayel**, al que haremos referencia en páginas posteriores.

(2).— Antonio Caso. – Sociología Genética y Sistemática.– Capítulo VII.– Antroposociología.– Página 74.

Pues bien, la primera de esas tres grandes series migrativas, que habían de ser el origen de tan espléndidas realizaciones, constitúyenla, las tribus arcaicas que descienden del Norte, por los Estados de Nayarit y de Colima; llegan al territorio comprendido entre los ríos Lerma o Santiago Tololotlán y Balsas; ascienden y avanzan por las sierras de Querétaro, de donde prosiguen, hacia el Oriente, por el curso del Pánuco, hasta los Estados de Veracruz y Tamaulipas, luego, continúan aún, hacia el Sur, hasta los Estados de Puebla y Oaxaca, poblando la región de los mixtecos, cuya raza es tan antigua, que es la única de la República que no conserva ni un girón de las tradiciones de su llegada a aquellos lugares, ni de sus peregrinaciones; pues se considera descendiente de los árboles. Y todavía prosiguen sus largos éxodos hacia Guatemala y la parte occidental de la América del Sur.

La segunda gran serie migrativa, proveniente, acaso, de ambas Californias y compuesta de diferentes tribus que llegan en varias inmigraciones sucesivas, y que pertenecen, todas, a la gran familia nahua o, más propiamente, **Nahoa** (3) entra por el Norte, también y va avanzando por los flancos de la Sierra Madre Occidental. Una de sus ramas, la más importante, sin duda, penetra poco a poco en el Sur, por Durango y Zacatecas, tras de salvar la zona desértica del Bolsón de Mapimí y toca varios lugares ocupados por los pueblos arcaicos. Al llegar a la impenetrable región de los bélicos tarascos, que los rechaza bravamente, tienen que dividirse en otras dos ramas: Una que se dirige al Oeste y después al Sur, rodeando Michoacán, para llegar a Guerrero (Estado de México hasta el 15 de mayo de 1849) y pasar por Chimalacatlán (cuenca del Amacuzac, al

(3).— Don Alfredo Chavero, autoridad indiscutible en la materia, en la obra *México a Través de los Siglos* (Primera Parte) invariablemente escribe Nahoas y no Nahuas; y el eminente especialista, D. Cecilio A. Robelo en su libro *Nombres geográficos indígenas del Estado de México*, que constantemente habremos de mencionar, explica claramente, al referirse al nombre de la Capital del Estado de México, en párrafo que transcribimos íntegro en el capítulo XIV de esta obra “que la variante Toluca de Toluca, procede de que los indios confunden la “O” con la “U”, sobre todo cuando está repetida en la palabra”.

Sur del Estado de Morelos, también Estado de México hasta el 16 de abril de 1869), extendiéndose lentamente por la costa del Sur, hasta la América Central. La otra rama, entretanto, abriéndose paso por la región central, divide a los pueblos arcaicos, separándolos de Michoacán; haciéndolos, a unos, refugiarse en las anfractuosidades de las sierras de Querétaro, y a otros, permanecer entre la población nahoa con el carácter de conquistados. Los restos de estos pueblos dispersados y arrojados de su propio suelo, hállanse todavía representados por los otomíes que habitan ciertas regiones de los Estados de Querétaro, México y Guanajuato.

El paso de los nahoas entre los arcaicos, según testimonio de la arqueología comparada, está marcado, hacia el Occidente, por las fortificaciones de la Quemada y Toluquilla, y por las ruinas de las Ranas y las Canoas hacia el Oriente.

Por último, la tercera y más importante serie migratoria, la de los olmecas (4) que procede de la cuenca del Mississippi y Estados Orientales de la Federación Norteamericana, se derrama por el Norte del Golfo de México; estacionase, en parte, cerca de la desembocadura del Pánuco, donde se mezcla con los totonacos (pueblos arcaicos de la comarca) y constituye una civilización que conserva este nombre. Entretanto, otros grupos del mismo origen, toman caminos diferentes: uno de ellos prosigue hacia el centro, continuando el curso del Pánuco en

(4).— “Puesto que no es fácil decir qué denominación corresponde a estos pueblos cuyas manifestaciones de cultura en el territorio nacional alcanzan su máximo desarrollo en diferentes lugares, ya sea mezclándose con los poblados anteriores o evolucionando en forma natural con nombres muy diferentes según veremos más adelante, hemos optado por designarlos de un modo general, con el nombre de olmecas, nombre que nos parece más de acuerdo con las tradiciones recogidas por los más antiguos historiadores”.....

“Es así por lo que hemos adoptado el nombre de olmecas, pues, según las antiguas tradiciones recogidas por Sahagún, era el nombre de las tribus que, partiendo de la región del Pánuco, se dividieron en cuatro familias que tomaron diversos caminos hacia el Centro y hacia el Sur”.
-I. Marquina. -Estudio Arquitectónico Comparativo de los Monumentos Arqueológicos de México. Edición de la Secretaría de Educación. -1928 -Página, 10.

sentido inverso al que habían seguido los arcaicos, hasta llegar al corazón del país y mezclarse con los nahoas. Esta mezcla, es precisamente la que habría de producir con el tiempo, esa maravillosa síntesis étnica que, sobre un fondo común de cultura arcaico primitiva, fundió, o mejor dicho, coordinó en el tolteca (nombre con el que se conoce esta coordinación racial, arcaico-nahoa-olmeca) el sentido práctico: batallador, conquistador y organizador de la cultura nahoa (más civilización que cultura) con el sentido profundo: religioso, estético y filosófico, de la cultura olmeca (más cultura que civilización).(5)

Asiento principal, índice primigenio y uno de los timbres más gloriosos de esta gran cultura tolteca o teotihuacana, fue la ciudad sagrada que había de darle nombre: Teotihuacán (perteneciente aún al Estado de México) de donde prosiguió su marcha hacia el Sur, la región de Xochicalco (Estado de Morelos, antes Estado de México, conforme ya se ha dicho) lugar en el que desarrollóse con tanta libertad y primor que, para muchos arqueólogos e historiadores y especialmente arquitectos, es allí donde alcanzan sus monumentos, si no su mayor esplendor y grandiosidad, sí su mayor y más clásica pureza.

El otro grupo, integrado por los olmecas que no se estacionan en la zona del Pánuco, continúa hacia el Sur, extiéndose por toda la costa del Golfo hasta los Estados de Tabasco y Campeche, y al llegar a los grandes ríos Grijalba y Usumacinta, prosigue su camino principalmente a orillas de este último y se establece en las regiones de Chiapas y Centro América, alcanzando su máximo desarrollo con los prodigios de la cultura maya quiché.

Posiblemente, la misma rama subdivídese en otra que se extiende desde Oaxaca hasta Cholula, que es la que debe haber influído poderosamente en el

(5).— “La característica cultural de los olmecas, en contradicción con la de los nahoas, fue que mientras éstos eran pueblos especialmente guerreros y propiamente conquistadores, puesto que en los lugares donde se establecieron, dejaron su idioma y sus costumbres, los olmecas se impusieron simplemente por su avanzada civilización, determinando un gran progreso en los pueblos que influenciaron con sus propios conocimientos”.—Arqto. Ignacio Marquina—Obra citada.—Página 7.

desarrollo de los pueblos arcaicos y nahoas que poblaban esa región; dando, de esa manera, origen a la cultura zapoteca, que es a la que se debe la mayor parte de los monumentos de esa comarca. ¡Con razón, no en vano, por la gallardía de la concepción, por el equilibrio de las masas, por la gracia del detalle y la armonía del conjunto, ofrecen tantos puntos de semejanza las mutiladas fábricas de Teotihuacán y Xochicalco, con las ruinas de Mitla, si los magnos alarifes de la región mixteco-zapoteca, como los imagineros de la sacra ciudad del altiplano central, también procedieron de la misma fecunda coordinación del nahoa y el olmeca (sobre todo, igual que los teotihuacanos, del olmeca: cultor por excelencia) realizada sobre un fondo arcaico de cultura primitiva, que es el único elemento que tal vez haya variado en ésta, como en todas las otras misigenaciones de las dos grandes razas matrices; lo cual, sin embargo, si bien explica ciertas modificaciones formales que también pueden ser resultado de las diferencias de tiempo y de lugar, no es capaz de borrar o deformar ostensiblemente, las medulares características éticas, de esos grupos afines. (6)

Y éstas son tantas y tan claras, de tal modo definidas y constantes, que precisamente a ello se debe el que, casi siempre con sobra de razón (como en el caso de los edificadores de Mitla) se designe indistintamente con el nombre de toltecas (artífices o arquitectos) o se consideren como descendientes más o menos inmediatos de ellos, a los pueblos más avanzados, no sólo de la Mesa Central y de todas o casi todas las regiones a ella circunvecinas; sino también a los de las lejanas comarcas del Sur, como la mixteco-zapoteca ya mencionada, donde en una urdimbre arcaico-mixteca, bordó sus tramas de perfección, la cultura tolteca llegada del Estado de México (zona que hoy pertenece a Guerrero) en tanto que la cultura maya sólo influye indirectamente, al penetrar por el Sur de Chiapas hasta Tehuantepec.

(6).— “La influencia de esta cultura (la olmeca) en todo el territorio, es tan grande, que puede considerarse como la que determinó el verdadero carácter en el desarrollo de todas las civilizaciones posteriores a ella”.—Arqto. Ignacio Marquina—Obra citada—Página 10.

No obstante, estas mismas semejanzas de las grandes culturas del Centro y las del Sur, han sido también causa de que historiadores de reconocida ejecutoria, hayan aventurado la hipótesis, de una influencia reactiva y ostensiblemente benéfica de los maya-quichés sobre los pueblos de las altas mesetas; hipótesis aventurada, en verdad, pues mientras es fácil, lógica y cronológicamente explicable, que los nahoas y los olmecas, más adelantados que los entonces únicamente arcaicos pueblos del Sur, hubiesen podido imponerles su cultura y civilización, en cambio, por la misma razón de su innegable superioridad, resulta absurdo pensar que los pueblos del Sur, aun habiendo alcanzado ya el máximo de grandeza, hubiesen podido, posteriormente, influir de una manera decisiva, en culturas ya tan avanzadas y tan sólidas como las del Centro y en pueblos tan poderosos como los que las produjeron. (7)

De modo que aceptando la similitud de caracteres como una más o menos lejana, pero eso sí, incuestionable similitud de procedencias, podemos afirmar que en el territorio que habría de ser después, Provincia, Intendencia y Estado de México (hasta antes de sus desmembramientos) y en lugares como Teotihuacán y seguramente Calixtlahuaca (8) que aún forman parte de la mencionada entidad federativa, efectuóse, por primera vez en el Centro y acaso sólo simultáneamente con las grandes culturas del Sur, que en nuestro concepto

(7).—“La influencia de las tribus venidas de la costa del Golfo, es indiscutible en las grandes comarcas del centro como Teotihuacán, Cholula, Xochicalco, etc., según explicaremos a su tiempo, así como en la del hoy Estado de Oaxaca, y explica la semejanza de estos monumentos con los de los totonacos y los de los Mayas, como procedentes de un mismo tronco, sin necesidad de pensar en influencias mayas ejercidas viniendo del Sur hasta el Centro lo que hubiera sido muy difícil, tanto por las condiciones geográficas, como porque hubieran debido efectuarse, no precisamente en épocas de su formación, sino cuando ya el territorio estaba ocupado por diversas poblaciones firmemente establecidas”. I. Marquina. Obra citada páginas 7 y 8.

(8).— Como se verá en el capítulo XV de este trabajo, así como en el apéndice, no obstante que la exploración apenas se inicia, ya se poseen los datos suficientes para afirmar que en Calixtlahuaca se repite el caso de Teotihuacán.

fueron posteriores (9) la síntesis naho-olmeca que produjo la magna cultura tolteca. Que esta misma síntesis racial, sobre otro fondo arcaico primitivo, que como ya dijimos, necesariamente imprimióle ciertas formales modificaciones, es la que edifica la ciudad de Mitla. Y por último, que, a la predominante influencia de los olmecas procedentes del Pánuco o a la de los olmecas mezclados ya con los nahoas (¿No se afirma que hay un fondo marcadamente tolteca en la cultura maya-quiché, por lo menos en la que corresponde a su apogeo?) débense esas dos áureas edades de los grandes pueblos de los extremos Sur y oriental de nuestro país: La que comprende desde el siglo II al VII de J.C.; ¡Cuatro siglos que contemplan el esplendor de la cultura maya-quiché y que ven alzarse los prodigios del Palenke, Yaxchilán, Chakalá, El Chile, Yaxbité, Bakhalal... y Tikal y Quirigua y Copán! Y la que, después de las invasiones que empujaron al Noreste a los pueblos de las márgenes del longevo y buen padre Usumacinta, ¡el de las luengas barbas líquidas; el de los largos brazos azules; el de los múltiples ojos de vidrio!, y tras de la reocupación de Chichén Itzá (cuya edificación —Siglos VIII o IX de J.C.—había marcado ya un nuevo estilo arquitectónico) la destrucción de Chakamputum y la fundación de Uxmal, en el glorioso período de dos siglos (del X al XII) que comprenden la confederación de Mayapán, ve florecer el renacimiento artístico de la península; siente, mira y escucha, el religioso armonioso y luminoso temblor de aquellas piedras de portento, que por la fuerza de su símbolo, se hubiesen dicho arrancadas del alma, ¡para ser

(9).— Por lo menos desde el punto de vista rigurosamente arquitectónico (y la arquitectura, es la expresión de la capacidad psíquica y la potencia material de los pueblos) no se puede negar que la cultura tolteca las precede, pues así lo demuestra la creciente complicación decorativa que se advierte desde Teotihuacán hasta Palenke, y desde Yaxchilán y Xochicalco, hasta Copán en el extremo Sur, y hasta la exuberancia y zapoteca en el centro y en la llamada zona de transición naho-maya-olmeca, a través de la cual los maya influyen en los tlahuica; explicándose, de este modo, las peregrinaciones que venían de Chiapas y Guatemala a adorar a Ometochtli o Tepoztecatl: divinidad agrícola del pulque, de las cosechas, y de la fecundidad de la tierra en general.

esculpidas con mazos de luz y cinceles de oro, por imagineros de manos de liras y alarifes de dedos musicales!

¡Izamal, Chichén Itzá, Uxmal, Kabáh, Labná, Mayapán, Zayí!... Las admirables ciudades trucas de las que sólo Stephens cita 44; a las que visitan, exploran, estudian o simplemente describen Helmes, Selers, Spinden, Mahler, Morley y en la actualidad el mismo Stephens, Brasseur de Bourbourg, Del Río y otros muchos, cuyos espíritus en éxtasis, ante tanta perfección y grandeza, no aciertan siquiera a exclamar como Violet Le Duc, ante el Palacio de las Mil Columnas de Mitla, no superior sino gemelo a ellas, lo mismo que el templo de Quetzalcóatl de Teotihuacán, que, acaso en fuerza simbólica y en vigor y armonía de conjunto las supere: “Los monumentos de la Grecia y de la mejor época de Roma igualarían solamente la belleza y aspecto de este gran edificio. Los parámetros levantados con una regularidad perfecta, los techos irreprochables, las aristas de una pureza sin igual, indican, por parte de los constructores, gran saber y una gran experiencia” ... ¡Sí, no aciertan a traducir siquiera su admiración en la severa técnica de ese elogioso análisis ¡Mucho menos pueden colocar sobre los sacros despojos de esas ruinas gloriosas, las siete lámparas que dejó encendidas John Ruskin en la Rosa del Norte de Nuestra Señora y en el Pórtico de la Catedral de Amiens; ni pueden, ¡tanta es la grandeza del prodigio y ante él tan pequeña la resolución del alma!, a la sombra que es luz de esos siete laureles luminosos, balbucir, con la voz puesta de hinojos, aquella sublime letanía místico-pagana, conque el armonioso Renán, desde el fondo de su corazón cristiano y bajo las miradas azules de una mañana ateniense, saludaba la belleza inválida del Parthenón, todavía inmóvil de blancura sobre la clara colina del Acrópolis!...(10)

(10).— “La extensión de la cultura olmeca (médula como se verá de las grandes culturas del Centro y Sur) está plenamente expresada en las manifestaciones materiales. En efecto, si la consideramos en la región maya, en que la influencia de los pueblos existentes con anterioridad fue insignificante, encontraremos siempre el culto de Quetzalcóatl, o Kukulcán, representado

por el jeroglífico de su nombre, es decir una serpiente emplumada con plumas de quetzal. Este simbolismo que a lo largo de su evolución en Chiapas, Centro América y Yucatán, llegó a adquirir formas de estilización tan complicadas, se encuentra en su más simple y primitiva expresión en Teotihuacán, representado en el agua del mar, entre conchas y caracoles y de una manera más elaborada en Xochicalco, con los mismos atributos”.

“De estas representaciones podemos obtener algunas conclusiones, por ejemplo, que los pueblos del Centro, tan alejados del mar, no era natural que tuvieran estos motivos decorativos si no fuera por la influencia de pueblos venidos de la costa; que esta influencia, dado su carácter primitivo con que aparecen las representaciones, fue recibida de pueblos que no habían llegado a las grandes complicaciones decorativas y a las estilizaciones convencionales; y, por último, el hecho de que entre estos motivos aparezcan, en Xochicalco, jeroglíficos nahoas, es decir representaciones escritas de este idioma, parece ser la mejor prueba de cómo se impuso la influencia olmeca, conservando el idioma nahoas y constituyendo así la gran civilización tolteca”. –Arquitecto I. Marquina.– Obra citada.



CAPÍTULO V

ORÍGENES Y NATURALEZA ÉTNICA DE LAS TRES CORRIENTES MIGRATORIAS PRIMIGENIAS

AHORA BIEN, con objeto de conciliar opiniones, en nuestro concepto, más aparente que realmente contradictorias y salvo algunas que sólo con el tiempo y el estudio podrán llenarse a satisfacción, no tenemos ningún inconveniente en aceptar, a guisa de complemento de cuanto llevamos dicho y para mejor definir, desde un punto rigurosamente ético, los orígenes (su naturaleza, dijéramos mejor) de las tres grandes corrientes migratorias descritas, que: el primer subtipo de la raza amarilla-morena (fruto de las grandes corrientes asiáticas que poblaron el Continente americano) fue el indio dolicocefalo representado en la América nórdica y México por los algonquines, iroqueses, sioux, shosines, pimas, aztecas, etc., y en la América del Sur por varias ramas que se extienden, desde Venezuela y la costa del Brasil, hasta la Tierra del Fuego; correspondiendo todas estas tribus o familias a los nahoas de nuestro capítulo anterior. Que, después, exactamente lo mismo que en nuestra explicación precedente, llegó el braquicefalo (olmeca) al que equivocadamente llamó Marton, Tolteca, tal vez porque lo observó en los lugares en que ya se había mezclado con el nahoa y que se estableció en el Noroeste de la América del Norte y en las regiones montañosas del Centro y Este; en las Antillas, México, incluyendo Yucatán; en las costas del Golfo de México y parte de la América Central, hasta llegar a las costas del Perú y otros lugares. Y, por último, que aun hubo otra inmigración de esquimales y atabaskanos que llegó cuando América estaba ya bastante poblada y no pudo penetrar muy al Sur, teniendo, por lo tanto, que permanecer en Alaska

y la costa Noroeste del Canadá. Sin embargo, una porción de esos inmigrantes pudo penetrar en California, Arizona, Nuevo México, Texas y parte de México, y en consecuencia debe haber figurado, o bien en una de las últimas inmigraciones de la gran corriente nahoa, o en las que aisladamente y con posterioridad a ésta, se adentraron en el país; o mejor aún, debe haber pertenecido a la gran serie de inmigraciones que llegó a nuestro territorio; pues, aun cuando afirmase anteriormente que fue la última en visitar el continente, no podemos asegurar que fuesen desprendiéndose hacia el Sur en el mismo orden en que llegaron, sino antes bien, pudo haber sucedido que, expulsados precisamente, por las razas ya establecidas, fuesen obligadas a emigrar antes que ellas lo hicieran, urgidas por el agotamiento del medio, las luchas intestinas o entre unas y otras, etc.

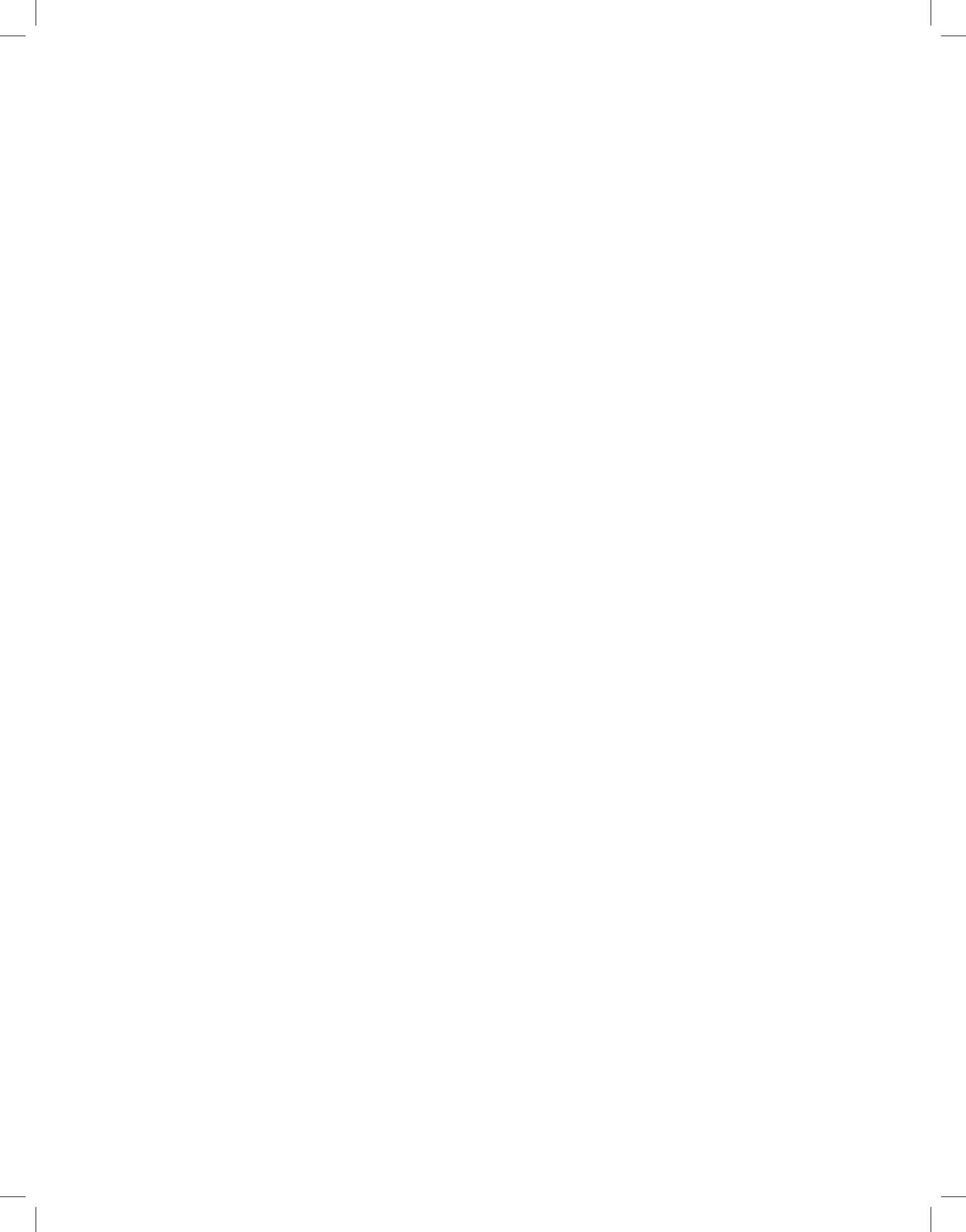
Sea como fuere, lo importante es fijar la médula étnica de las dos principales series de inmigraciones: la nahoa y la olmeca, cosa que creemos haber conseguido con la anterior exposición.

Empero, si además del dato étnico de los orígenes de estos pueblos, buscamos el arqueológico, nos encontramos con que, los constructores de los Baskett Makers, Cliff Owellers, de planta irregular; de los Otowi, Tsan Kowi, Nowogui, Tsiregs, etc., de planta cuadrada, fueron los rudimentarios precursores de los tampoco muy avanzados arquitectos de Casas Grandes; y que en los Mounds nórdicos: Montículos del Elefante (Wisconsin) Montículos de la Serpiente (Ohio) Montículo de Selsertow (Mississippi). Y sobre todo en la Plaza Davis de Ohio, y más perfecta, aunque siempre rudimentariamente, en la Plaza de la Libertad, encuéntrase los remotísimos orígenes de la concepción en planta regular de los sistemas arquitectónicos monumentales, que la cultura tolteca llevó a un grado máximo de perfección, en la vulgarmente llamada Ciudadela, de Teotihuacán.

Esto último, no puede ser más favorable a la tesis general que hemos venido sosteniendo (al corolario premioso de que hablábamos en el capítulo II de este estudio) pues demuestra, una vez más y con otro género de pruebas irrefutables,

El Estado de México Desde la prehistoria...

que, en el territorio del Estado de México, asiento de las más remotas poblaciones arcaico primitivas, por donde discurren, arropados en sombras legendarias, los míticos “quinamis” contemporáneos de las faunas terciaria y cuaternaria; donde los semisalvajes otomíes, tras de siglos y siglos de lenta evolución que eleva un tanto el exponente cuasi bárbaro, cuasi troglodita y bestial de sus deformes ascendientes, pulimentadores de hachas de sílex y cuchillos de pedernal, elaboran los primeros ejemplares de la cerámica autóctona y comienzan a concretar, en el tosco simbolismo de sus absurdos ídolos, la conmovedora simplicidad de sus profundas intuiciones religiosas, nutridas con el espanto de lo ignoto, pero seguramente iluminadas ya en los primeros fulgores de una sobrehumana y avasalladora esperanza; que, en el ancho surco, milenariamente ancestro, del gran altiplano central, orfébricamente enclavado, en un ciclópeo engaste de volcanes, cayeron de las manos inmensas de Dios, los primeros gérmenes de las más grandes culturas precortesianas, que, vigorosa y espléndidamente nutridas por tan fecundo suelo, habían de reivindicar, con la victoria de la belleza eterna y de la fe todopoderosa, el calvario de la materia largamente supliciada por los apetitos y las urgencias del bruto, y el infierno de la conciencia diariamente atormentada por el misterio de la vida y el pavoroso secreto de la muerte...



CAPÍTULO VI

ALBORES HISTÓRICO LEGENDARIOS DE LAS GRANDES CULTURAS
Y CIVILIZACIONES DEL SUR.—COMUNIDAD DE ORIGEN ENTRE
ELLAS Y LAS DEL CENTRO.— SEMEJANZAS FUNDAMENTALES.
—SUBLIME ALCANCE DE SUS CONCEPCIONES ÉTICO RELIGIOSAS

SOBRE LA VASTA extensión del patrio territorio, encrespado de cordilleras y trémulo de ríos, y partiendo siempre de las dos grandes nevaduras raciales que, como si constituyesen la médula nerviosa de los dos enormes sistemas montañosos de la Sierra Madre Oriental y de la Sierra Madre Occidental, atraviesan toda la extensión del país, para atar sus potencias en una misma descarga creadora, que refluye poderosa y triunfante, hasta las altas mesetas del Centro, e irradia hasta las más remotas regiones del Sur y del extremo Oriente; tramando infinitos procesos; desarrollando fecundas evoluciones; dibujando progresivas y regresivas trayectorias; bordando coordinaciones admirables y esbozando, dibujando, o pintando delicados o vigorosos panoramas, cuya materia es la vida y cuyo accidente es el hombre, vienen, la Leyenda y la Historia ascendiendo paulatinamente, desde las más remotas profundidades del tiempo, hasta las más vertiginosas alturas del espíritu.

Naturalmente, como acaece siempre en los albores de los pueblos, Historia y Leyenda, marchan tan estrechamente unidas, que es imposible, no sólo separarlas, pero en muchas ocasiones (las más) ni siquiera saber dónde termina la una y dónde comienza la otra; pues, como sucede con los visos de la armadura y los orientes de la perla, los tornasoles legendarios parecen no ser otra cosa que los juegos de luz y de color con que se exterioriza la materia histórica: algo

así como la propia emanación de su substancia, de la que no puede arrancarse a menos que se acabe con la Historia misma, como acabaría con la piedra preciosa si se quisiera extraerle los húmedos arco iris, que parecen dormirse en las vitrinas líquidas de sus minúsculas albercas!...

Ambas, pues, caminan juntas, como la sombra y el cuerpo, como el cuerpo y su resplandor (¡Oh Platón! ¿La realidad es el cuerpo? ¿La realidad es la sombra?) y el proceso de sus éxitos, triunfos, desastres y vicisitudes, refléjase: primero, en los ríos infinitos y parlantes de la tradición que brotan de los más remotos veneros de los pueblos, serpentean por entre las más intrincadas anfractuosidades del pasado, y discurren, por fin, plácidamente, por los más amenos vergeles de la crónica; o corren, ya lentos y profundos, ya encabritados y veloces, por los más anchos y majestuosos paisajes de la Leyenda transformada en génesis y de la Historia convertida en *Ilíada*...

Después son los códices de papel maguey, o los lienzos de algodón policromado —tal el Lienzo de Xucutacato— los que duplican con los bellos símbolos pictóricos y maravillosas narraciones gráficas, su marcha evolutiva; y más tarde aún, los libros sagrados; las Biblias autóctonas como el Teoanoxtlí de los toltecas y los evangelios aborígenes, esotéricos y dionisiacos —¿teosofía y magia? ¿especulación metafísica y simbología de cábala?— como el Popol Vuh y el Chilám Balám de los mayas, los que codifican sus excelencias, narran sus desastres y no conformes con mostrarnos, como la suave arcilla, la huella de los pies en tránsito, muéstranos también, la dinámica astral del macrocosmos, pulverizada en el atómico temblor del microcosmos o escondida en el pulso esencial del cryptocosmos. Relicario que encierran un dejo de la sombra azul de Dios, desleída en los ojos abrumados de infinito y en el alma fatigada de cielo, como sucede, sobre todo, con esas obras maestras de la antigua sabiduría y de la eterna belleza y la sublime inquietud, “pintadas con los matices del faisán sobre la clara y tersa piel del venado”, ¡Oh el Libro de Chilám Balám de Chumayel! ¡Oh el Códice de los Tributos! ¡Oh el Libro de los Linajes!, cuyas voces anudadas

El Estado de México Desde la prehistoria...

en el mosaico de los símbolos, como el iris en las acuarelas de visos de las piedras preciosas, acaban de desatar las manos sabias y orfébricas de Médiz Bolio, para que los dorados oídos del silencio se esmalten con los colibríes musicales de las frases definitivas y las palabras maravillosas!...

Y, por fin, los grandes resucitadores, los supremos reivindicadores de la Historia y la Leyenda: los monumentos, tumbas, templos, palacios,... ¡verdaderas bibliotecas en las que cada piedra es un libro; magnas pinacotecas del pasado; enormes órganos pétreos en los que la sinfonía de las edades parece haberse quedado arrodillada!...

He aquí lo que nos dicen esos anchos y luengos clarines del pretérito, que parecen desenterrar del silencio el grito fosilizado de las viejas razas:

Bajo la tienda de oro del Oriente, por la senda de zafiros fundidos del Golfo y en la nave de vidrio del Pánuco, llega **Zamná** (Rocío del Cielo), sabio, taumaturgo, civilizador, legislador y sacerdote, inventor del idioma y de la escritura, que introduce el culto del falo y de los astros (los dos polos del hombre total y esencial: el egoísmo centrípeto de la continuidad específica y el anhelo centrífugo de la perennidad cósmica) y que, conjugando los pequeños destinos en el destino supremo, gobierna a su pueblo en nombre de los dioses.

Con él llega la primera inmigración maya de origen olmeca, que, hacia el siglo VII antes de J.C., aparece en las costas occidentales de Yucatán: Yu-Cal-Petén, “Perla de la Garganta de la Tierra”, y fundan el reino semifabuloso que tiene por capital Itzamal, de cuyas ruinas aún emergen las pirámides de Kabul, Kinich-Kakmó y Ppapp-Hol-Chac, que contienen, respectivamente, la mano derecha, la cabeza, y el corazón y las cenizas del portentoso **Itzamatul**.

Hacia la misma época, pero por el rumbo contrario, sobre los lomos múltiples del Pacífico y al frente de los “chanes” (culebras) llega otro personaje legendario, sabio también, sacerdote, civilizador, legislador y demiurgo: **Votán**

o **Teponahuaste** (Señor del palo hueco) que funda La Ciudad de las Culebras: Nachán, más tarde Palemke, la del tablero de la Cruz inmortal, y con el brazo líquido del Usumacinta, que va ensortijándose con el esplendor de las ciudades edificadas en sus márgenes, ata a sus pies las jaurías azules del Atlántico.

El es quien funda la religión, establece la teocracia, enseña a su pueblo la agricultura y divide y reparte las tierras entre las familias, anticipándose así, en miles de años, al agrarismo, y estableciendo, de tal modo, el derecho de propiedad individual, contrario al nahoa cuyo sistema de propiedad fue comunal. Esto último, sin embargo, no quiere decir que los “chanes” no hubiesen pertenecido a tal raza, sino que, cuando llegaron a la región quiché y al poderoso influjo de su fabuloso legislador, ya habían evolucionado considerablemente sus conceptos y sistemas, fuese por sí mismos, o ya como un resultado de las paulatinas pero innegables infiltraciones olmecas.

Muerto Votán, los perfiles del hombre fueron creciendo y tornándose imprecisos, como la silueta indefinida y luminosa de un dios; pero la civilización del Sur prosiguió su marcha hasta completar los cuatro siglos de su edad de oro (del II al VII de J.C.).

Por último, pues la inmigración de los caribes procedentes de las Antillas y casi carentes de toda cultura, no tiene importancia, como no la tiene tampoco, la postrera de los tutul-xiú de origen mexicano, preséntase la gran inmigración maya de origen tolteca o tolteca-nahoa (pero de ninguna manera, nahoa nada más, como quieren algunos historiadores) que sobreponiéndose a los Itzaes, fundan las ciudades de Uxmal y Mayapán y durante los dos áureos siglos del renacimiento de la gran cultura maya-quiché, reproducen en el Norte, superándolos a veces, los portentos artísticos, particularmente los arquitectónicos, del Sur, con más fortuna que Alejandría, ese trasunto adriático de Atenas, que no logra superar y en cierto modo ni prolongar siquiera, la gracia incomparable de la Ciudad de la Santa Armonía!...

El Estado De México Desde la prehistoria...

Esta inmigración es particularmente notable, no sólo por demostrar, dado su origen nahoa-tolteca, que se desprende del mismo tronco étnico del teotihuacano, quien por lo tanto, la antecede y condiciona, (ya que él se desarrolla en el mismo lugar donde se opera la síntesis racial que lo produce, en tanto que el maya tolteca, desarróllase posteriormente en una región muy lejana) sino porque, además de esta comunidad de origen y esta posterioridad en tiempo, con respecto a los grandes arquitectos que habitaron el territorio del Estado de México, ofrece el dato importantísimo, de haber sido guiada por otro personaje semifabuloso como **Votán y Zamná**; por un sabio sacerdote, legislador, civilizador, demiurgo y taumaturgo como ellos, pero indiscutiblemente más grande, más simbólico, más mítico o más divino que ellos: **Kukulkán**, en quien reencarna, se prolonga y peregrina, ese que es el vértice de las teogonías olmeca-toltecas, o sea el punto en que termina el mundo (espacio concreto) y comienza Dios; (infinito sin espacio ni tiempo) es decir: Quetzalcóatl; y con quien, por ende, penetra la médula cultural teotihuacana hasta lo más hondo del espíritu maya, tiñendo de un inconfundible matiz nahoa-tolteca y maya-tolteca, todas sus proyecciones filosóficas, artísticas y religiosas.

Es más, hasta los sacrificios humanos que se dice instituye el magno civilizador y cultor, gemelos de los que más tarde habían de instituirse en tan grande escala y con tanta pompa en honor de Huitzilopochtli, bien como la súbita expresión de una supervivencia ya casi desaparecida, o como la inevitable manifestación de una profunda potenciación psíquica. Hasta este martirologio cultural está indicándonos que la generatriz racial de estos pueblos es la misma, ya que aunque varían formalmente los procedimientos del sacrificio (aquí, como se sabe, las víctimas son por lo común, arrojadas a los cenotes o estanques subterráneos en tanto que en las grandes ciudades del centro, principalmente en Tenochtitlán, se las abre el pecho y arranca el corazón sobre una piedra) las ideas religiosas fundamentales a que obedecen, son incuestionablemente

las mismas y tienen, sin duda el mismo profundo valor, no sólo religioso, sino filosófico y moral. (1)

Porque sí, es preciso que tengamos de una vez por todas, la entereza de abandonar, un momento siquiera, los juicios de la moral “standard” y las fórmulas de circulación forzosa de una ética histórica, burguesa, timorata y superficial; es indispensable que nos desplacemos un poco, de este punto de observación exclusivamente nuestro, (ajeno, en absoluto a todo tiempo, lugar y espíritu que no sean los nuestros) desde el cual, soberbiamente, tratamos de examinarlo y condenarlo todo; es necesario que abandonemos, aunque sea efímeramente, nuestra actitud de centro de la vida social del globo o supremos árbitros de la historia de todos los pueblos, y juzgando a esas culturas, con el profundo sentido de las culturas, nunca con la aparatosa pero convencional, artificial y casi siempre teórica tabla de valores de las civilizaciones, tratemos de encontrar, no únicamente la razón, sino el imperativo psico-biológico fundamental, y la no por recóndita, informe o incomprendida, finalidad ético-filosófica, de esas “bárbaras hecatombes” que tanto horrorizan todavía a los hipercivilizados, vástagos occidentales de los mismos cobardes autores de las espantosas e injustificadas matanzas de Cholula y el Templo Mayor de México, en la primera de las cuales, según propia confesión de Cortés, y en sólo dos horas, fueron asesinados por sorpresa más de 3,000 naturales, entre los que se hallaba una inmensa mayoría de ancianos, mujeres y niños!...

(1).— Según se sabe, además del sacrificio ordinario, que consistía en poner a la víctima de espaldas sobre el “techcatl”, abrirle el pecho, extraerle el corazón que se ofrecía a los dioses y después de recoger y untar la sangre en los labios de los ídolos, arrojar por las gradas del templo el cadáver del sacrificado, los aztecas practicaban otros sacrificios: el gladiatorio, la decolación, el asateamiento y el del fuego, pero todos, invariablemente terminaban con la extracción del corazón de la víctima y su ofrendación a los dioses.

Los mayas también practicaban un sacrificio semejante al ordinario de los aztecas y otro igual al del asateamiento, pero ambos discrepaban en que, al final, se dividía en varios pedazos el cuerpo de la víctima y después de reservarse los sacerdotes ciertas partes que consideraban principales, repartíase el resto entre los concurrentes para que lo comiesen “como manjar bendito”.

En efecto, si el sacrificio es la ofrenda que se hace al dios, de lo que se cree que el dios más estima y de lo que nosotros más estimamos, Platón en el Diálogo de Eutifrón, citado por Seignobos en su *Historia de la civilización* dice: “La piedad que hace prosperar a los particulares y al Estado, consiste en saber decir y hacer cosas agradables a los dioses, sea en oraciones, sea en ofrendas. Lo contrario es impiedad que todo lo destruye”; si, en consecuencia, un sacrificio vale más cuanto más grato es al dios el objeto o el ser sacrificados y cuanto, por su significación material o afectiva, más cuesta a nuestra consideración y aprecio. Y sí, a mayor abundamiento, el ser sacrificado, aun cuando momentáneamente sufra con el sacrificio, para nuestra convicción y para la de él mismo, a través de ese breve tránsito doloroso (que por un fenómeno de catarsis, de pathos religioso o de demencia renunciativa, puede hasta no existir) alcanza un lugar privilegiado en la estimación divina. En síntesis, si el sufrimiento y la muerte causados a la víctima, no constituyen en sí **un fin** que entonces sí resultaría bárbaro e inexcusable, sino que son simplemente **un medio** y el más alto y significativo de propiciar al dios **para el beneficio de todos**, siendo el victimado, el primero en alcanzar el premio de su sacrificio, forzosamente tendremos que concluir, que, los pueblos que en aras de sus dioses sacrificaban a sus semejantes, no sólo no eran bárbaros ni crueles, ni atrasados, sino antes bien, los que más estimaban a los hombres, puesto que consideraban que ninguna criatura era más digna de las divinidades que ella; a ninguna los dioses apreciaban más para que en más tuviesen la tributación; y que, por lo tanto, ninguna ofrenda mejor, más significativa, más valiosa, y en resumen, de mayor poder propiciatorio podían ofrecerles que esa, que, precisamente por ser de su propia especie, por valer y significar más para ellos que los objetos o animales, ya inferiores a sus ojos de pueblos que han traspuesto las lindes del fetichismo y la zoolatría, era la única capaz de desarmar las iras o mover la compasión de los todopoderosos.

¿No tenemos razón? ¿No son estos el sentido y la significación del sacrificio, que aún en esta época de negaciones y escepticismos, de hiperestesia científica y

parálisis espiritual (de espiritualidad) muéstrasen con toda su fuerza simbólica, en el tradicional y un poco teatral heroísmo que trenza de laureles la cabellera de relámpagos de la tragedia Europea; y, más perfecta, más pura y bellamente aquí, en la sublime abnegación con que los parias del campo y del taller, adquieren para sus hijos con el precio de su propia vida el supremo derecho de ser hombres? ¿No es evidencia de ello la consciente temeridad (permítasenos forzar la pobre significación de los vocablos con esta expresiva paradoja) de nuestros máximos héroes cívicos de las últimas décadas: Madero, Aquiles Serdán, Belisario Domínguez y el mismo Emiliano Zapata, cuyas chusmas desarrapadas y crueles ¡es verdad, oh timoratos tránsfugos de otros regímenes y ruines ahuizotes de las nuevas ideas!, cuyas hordas semisalvajes y terribles, descendían a la Capital maldita, de la aspereza de sus montañas, como en el tiempo de los profetas hebreos y empujadas por el grito latigueante de sus largos clarines de hierro, descendía hasta la lujuria y la infamia de las urbes corrompidas, la santa cólera de Dios que se despeñaba, cual una catarata de fuego, desde la cumbre apocalíptica de Patmos?...

Cuando damos ¿damos acaso lo peor, lo que menos estimamos y lo que menos estiman aquellos a quienes hacemos gracia de nuestra ofrenda? Sócrates, que seguramente pudo haberse salvado, ya respondiendo de otro modo a sus jueces, o ya aceptando la huída, ¿no estima preferible sacrificarse él mismo a su doctrina, seguramente porque sabe que con ese sacrificio de sí propio, alcanza un valor eterno su doctrina? Y Cristo, el mismo Cristo, no hallando ofrenda más digna de su Padre, y considerándose la única víctima capaz de redimirnos, y a quien su padre estima como la sólo ofrenda digna de El; el propio Cristo, no viene a la tierra con el exclusivo fin de brindarse en holocausto a Dios, para salvarnos, sin que nadie haya incurrido en la imbecilidad de llamarlo suicida o de apellidarlo salvaje o loco por su autosacrificio; y, quién, por otra parte, quién habría cometido la blasfemia de considerar filicida a su divino Padre, por haberlo enviado a redimirnos con el precio de su dolor y de su vida y por haber aceptado ese holocausto, que obedeciendo a sus altos mandatos, le hacía de sí mismo su propio hijo?

Todavía más, si no aceptásemos éste nuestro criterio y aplicáramos estrictamente los juicios de la moral burguesa ¿Cómo sería conceptualizado el sublime Sacramento de la Eucaristía? ¿Acaso serían considerados como antropófagos del Hijo de Dios, cuantos comulgan con la sagrada Hostia, acudiendo a la divina invitación del Redentor: “Tomad y comed que éste es mi cuerpo; tomad y bebed que ésta es mi sangre”?

Por supuesto que ni siquiera tomamos en cuenta la manida y errada opinión, “muy occidental” y muy moderna, de que cuanto más avanzados son los pueblos son menos vehementes en sus artes, menos apasionados en sus creencias y más eclécticos en sus ideas y costumbres: es decir: que son más refinados y tolerantes. No, para nosotros, ese refinamiento y esa tolerancia tienen otros nombres más exactos: amaneramiento e indiferencia, que no son precisamente signo de superioridad, sino de cansancio, retorcimiento y decadencia; que son el resultado de un concepto acomodaticio, académico “confortable”, en resumen, superficial, actual y mezquino de la existencia, natural y venturosamente, todavía desconocido por aquellos pueblos, muy inferiores a nosotros en esa forma genial pero siempre mezquina, del egoísmo organizado y del egoísmo consciente, que pomposamente llamamos progreso económico, progreso mecánico y progreso científico; pero incuestionablemente, muy superiores a nosotros, en el verdadero **progreso específicamente humano**, que consiste en superar la vida, no en conservarla; en acumular poder como instrumentos divinos y para afirmar mejor en él, el poder de la divinidad; no como juguetes de nuestro propio orgullo y para la vil satisfacción nuestra; en realizar belleza, no a impulsos de la vanidad, sino inspirados por la fe, iluminados por la esperanza y movidos por la creencia; en subordinar nuestros caprichos a una voluntad superior; en colocar por encima de nuestras arbitrariedades una justicia inmanente; en suavizar nuestras asperezas con una celeste misericordia; en mitigar nuestras marguras con un infinita caridad; y en poner el pobre átomo miserable y transitorio,

¡Oh Khut Hamsun!, (1) no sobre las cuatro ruedas de un automóvil, ni en la Babilonia flotante de un transatlántico, ni siquiera en el vuelo mecánico de un aeroplano o un dirigible; sino en el mismo soplo de eternidad que empuja las alas de luz de las constelaciones y arroja hasta los cielos el polvo de soles de la Vía Láctea, que levantan en su tránsito cósmico, los pies luminosos de Dios...

Pues bien, a este último tipo corresponden esos pueblos y esas razas cuyo proceso histórico y legendario describimos en este capítulo. A esta elevada categoría humana y espiritual pertenecen esas dos poderosas culturas, desprendidas de las dos grandes ramas étnicas: la olmeca y la nahoa, o emigradas de los altiplanos centrales, de donde, como acaba de verse, proyectáronse hasta el Sur y el extremo Oriente de nuestro territorio, lo mismo las fuerzas materiales destructoras de la grandeza maya-quiché de sus primeros cuatro siglos de florecimiento, que las formidables potencias espirituales que, atadas en el nudo del puño omnipotente, llevaban las manos taumaturgas de **Quetzalcoatl!**...

(1).— “Todos van a tientas y ninguno posee la paz, Dios está olvidado y el dólar se manifiesta impotente para substituirlo, porque la mecánica no consuela ninguna angustia del alma. El camino está cerrado.

En presencia de este estado de cosas, América se contenta con acelerar el movimiento. América no quiere, de ningún modo, dejarse detener por los obstáculos, sino que quiere avanzar, abrirse vía. Que América vuelva sobre sus pasos? De ninguna manera, no hace sino centuplicar su velocidad; juega al huracán sobre la tierra y lleva la vida a la incandescencia. Tenemos en Europa la palabra “americanismo” como la antigüedad tenía “Festina Lente”.

No es un signo de fuerza el abusar de ella. En ciertos casos tampoco es un signo de fuerza usar de ella. La fuerza se gusta, llega un día en que se agota y entonces se queda uno reducido a devorar sus reservas. Pueblos antiguos como los asirios y los babilonios abusaron de su fuerza y perecieron.

¡El progreso!... ¿Qué es esto del Progreso? Que podamos rodar más rápidamente sobre las carreteras; ¡No! ¡No! —Si los hombres hacen su balance según este método de contabilidad, tendrán su déficit. El Progreso es el reposo necesario para el cuerpo y la tranquilidad indispensable para el alma. El Progreso es el bienestar del ser humano”. Knut Hamsun. (Americanismo y Progreso).

CAPÍTULO VII

LOS HUEHUITLAPANECAS. —EL TOLTECA: COORDINACIÓN ADMIRABLE
DEL NAHOA Y EL OLMECA, SOBRE UN FONDO ARCAICO PRIMITIVO.
—ENORME Y PROFUNDA SIGNIFICACIÓN DE ESTA GRAN CULTURA

DESGAJADOS seguramente de la segunda gran corriente inmigratoria venida del Norte, o sea la de los nahoas, hacía ya muchos años, acaso varios siglos, que los huehuitlapanecas edificadores de la muy grande, antigua y casi fabulosa Huehuetlapallan, vivían en medio de la mayor prosperidad, cuando la rebelión de los grandes señores Tlaczin y Tlacamichtzin, encendió la hoguera bermeja de la guerra civil.

Como consecuencia de ella, los fundadores de Chalchicatzincán se vieron obligados a emigrar, hecho que aconteció en el año Ce Tecpatl (544 de la era cristiana) y secundados por otros cinco señores Ehecatl, Colhuatzón, Mazacohuatl, Tlapalhuitz y Huitz, y seguidos por gran número de adeptos emprendieron la marcha, fundando, al poco tiempo (en 552) Tlapallanconco o Tlapallán la chica. Tres años después continuaron su peregrinación hacia el Sur, pero ya no sólo bajo la dirección de los siete caudillos, sino bajo el mando supremo y el consejo único de otro sabio, profeta, legislador y sacerdote como Zamná, Votán y Kukulkán: Hueman (el de las manos grandes: el fuerte, el poderoso) al imperio de cuya voz o al amparo de cuya inmensa sombra, habían de caminar por espacio de dos siglos, fundando ciudades donde se detenían brevemente: Xalisco (sobre el arenal) en 559; Chimalhuacán (lugar de los que usan rodela o escudos) en 567; Quiahuitlán Anáhuac (lugar donde llueve mucho, junto al agua); Zacatlán (tierra del zacate); Totzapán (sobre el tule);

Tepelta (lugar montañoso); Mazatepec (cerro del venado); Xilhuecoe (culebra azul); Iztachuexotla (lugar de los sauces blancos) en diversas fechas, hasta establecerse en Tollanzinco (detrás de Tollán) en 645; de donde todavía se trasladaron, ahora sí por última vez, a la antigua Man-he-hí, de los otomíes, a la que llegaron el año de 661 y en donde fundaron definitivamente la ciudad de Tollán (junto a los tules) hoy Tula, situada 50 kilómetros al Norte de México, y que hoy corresponde al Estado de Hidalgo, pero que, como toda esa entidad federativa, perteneció al de México, hasta el 16 de enero de 1869.

En este lugar, reposado en las márgenes del río Tula, que con el de Cuautitlán y otras muchas corrientes tributarias, constituye más tarde el río Pánuco, efectuóse, sin duda, la admirable síntesis racial del nahoa (huehuitlapaneca) con el olmeca, que había de llegar o que tal vez ya había llegado, (1) remontando el curso del Pánuco hasta sus orígenes. Esa síntesis étnica, fue precisamente la que produjo al tolteca: nombre que desde entonces llevaron los emigrantes de Huehuetlapallan y que sólo por una confusión o generalización históricas muy explicables, se les ha dado, desde antes que, al llegar al gran laboratorio racial de la Mesa Central, constituyesen, con la formidable tributación irradiada por la caudalosa corriente inmigratoria desprendida del Norte en dirección del litoral del Golfo, esa que fue una de las más grandes y originales culturas de la antigüedad.

Cuatro siglos y medio (449 años) según la opinión más generalizada, de 667 a 1116, dura aquella admirable monarquía que instituyera el tres veces centenario Hueman, cuya secular existencia, según Orozco y Berra, quien no acepta la tradicional longevidad del epónimo personaje, prolóngase ficticiamente en la casta sacerdotal que, una vez muerto el taumaturgo, designase con su nombre.

(1).— ¿No pertenecerían a ellos los nonoalcas, que, recientemente establecidos los huehuitlapanecos, los obligaron a celebrar con ellos una paz desventajosa, después de la cual mejoraron mucho la ciudad de Tollán? Nosotros no creemos osado afirmarlo así.

El Estado De México Desde la prehistoria...

Tan vasto reino que comprendía dentro de su territorio, todo el actual Valle de México y gran extensión de sus regiones circunvecinas y cuya población llegó a la entonces enorme cifra de cuatro millones de habitantes, alcanzó el más alto grado de esplendor, bajo el gobierno casi siempre próspero de sus nueve reyes: Chalchiutlanetzin (piedra preciosa que alumbra), Ixtlicuechahuac, en cuya época escribióse el Libro Divino; Huetzin, Totepeuh que se cree mandó construir en Teotihuacán los grandes templos del Sol y de la Luna (Tonatiuh Izahual y Meztli Izahual); Nacaxoc, Mitl, el monarca ejemplar, edificador y religioso; su viuda Xiuhtlalzin, Tecpancaltzin que rigió la monarquía en su máxima prosperidad y por fin Topiltzin o Meconetzin, en cuyo éxodo semifabuloso alarga sus prestigios la leyenda.

En efecto, aquellos artífices y cultores admirables, no nada más se conformaron con edificar ciudades de tanta importancia como Tollan, Cholollan, Cauhnahuac y Teotihuacán (en su gran mayoría y sobre todo las principales, situadas dentro del área del que más tarde había de ser Estado de México) en las que la arquitectura como realización de belleza, como expresión de fuerza y sugerencia de eternidad, alcanza formas insuperadas e insuperables; sino que acusan en el Teoamoxtli la enorme potencia de un profundo, certero y luminoso sentido histórico (exponente de las grandes culturas según Spengler) que no tuvieron ni los mismos griegos del ágora de Pericles, el Pórtico de Sócrates o la Academia de Platón, cuyas culturas antropomórficas fueron de espacio y no de tiempo, estáticas y ametafísicas, no dinámicas, inquietas ni atormentadas, cual las de estos pueblos toltecas. Además, después de haber evidenciado su capacidad de civilización, por medio de artes y artesanías que les permitían modificar el medio de acuerdo con sus necesidades y hasta embellecer y superar a la Naturaleza con los inagotables recursos de su imaginación, verdaderamente creadora como quiere Ribot; procuraron ahondar audazmente, en el misterio de sí mismos y de las cosas, y a través de una religión todavía no perfectamente comprendida por nosotros, viles vástagos de un siglo omnipotente pero irreligioso, por lo menos

en sus ideas e intuiciones esenciales, remontaron el débil curso de sus corrientes psico-vitales, hasta penetrar el arcano venero de Tloque Nahuaque: Creador y Padre de todo cuanto existe.

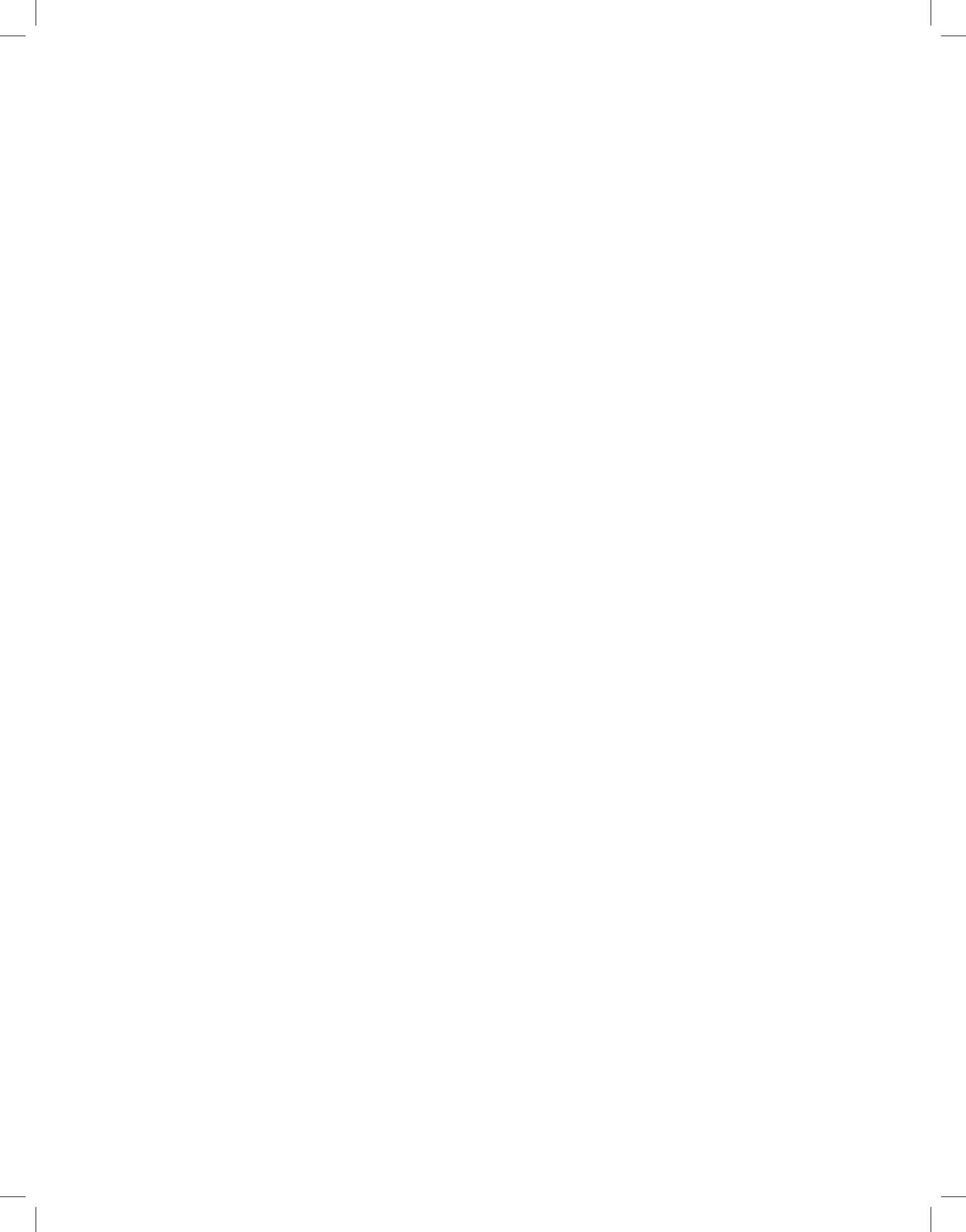
No negamos, es verdad, que como sucede hasta con los pueblos más avanzados de esta hora, que aun no han maquinizado del todo su espíritu, aquellos sinceros, pero a veces demasiado ingenuos devotos de las ultraterrenas potestades, fragmentaron y envilecieron, en varios casos, sus grandes creencias y elevadas concepciones, hasta caer en la adoración de los objetos en los que se atemizan los atributos de sus dioses máximos; pero, en cambio de tales explicables extravíos que por otra parte únicamente alcanzaban a la masa, y eso en ciertos momentos de inevitable decadencia, no puede negárseles una poderosa capacidad religiosa; una energética religiosa tan profunda y tan bella, tan universal, tan excelsa y específicamente humana (¡El hombre es un animal que cree, **es el único animal que cree!**) que supera los extravíos dionisiacos en los que Grecia (¡Oh helenistas!, sobre todo ¡Oh pedantes helenistas mexicanos!) quédase estacionada, gozosamente enamorada de ella misma, viendo cómo se trenzan las danzas báquicas en torno del dios caprípedo; y apenas si tienen digno parangón con aquella sublime y formidable, “enorme y delicada” como decía Verlaine, locura del medioevo, que plasma con dolor y con sangre, con entusiasmo y con fe, con espíritus y con sillares, esas que son las dos más grandes epopeyas de la conciencia occidental: ¡Las Catedrales y Las Cruzadas!...

Empero, no solamente superan este concepto helénico –ateniense, quizá dijéramos mejor– estatuario pero frío, armonioso pero concreto, indiscutiblemente bello pero irrefutablemente efímero y limitado de la vida y del espíritu, sino antes bien, lo ensanchan y reivindican con la doble simbología, elevadamente ética y profundamente filosófica, de su culto y su creencia: la ofrendación de las cinco doncellas ofrecidas cada año a Tláloc, en holocausto (heroicidad del sacrificio de la parte más bella de la humanidad: la mujer, a la más bella expresión del poder divino: la lluvia, la fecundación!); y esa que es, no vacilamos en considerarla

El Estado de México Desde la prehistoria...

de tal modo, la victoria suprema de la intuición humana o la alegoría más hermosa de la revelación divina: el Mito de Quetzalcóatl!... El ofidio de todas las sabidurías, anillado con la elipse de todos los misterios, escamado con el temblor de todas las inquietudes, empachado con el esplendor de todas las esperanzas, que, alargando desde el cielo hasta la tierra el fulgor de la estrella de la tarde, había de descender hasta los hombres, como si resbalara por los sacros muros, en las columnas de forma de culebra invertida del Quetzalli de Tula, y que, tras del transitorio holocausto de su humanización en que discurre por los cuatro departamentos de su templo (1): el de la salida del sol, chapado de oro —¡adoratorio de la conciencia del día!— el del Poniente, de mosaicos de piedras preciosas —¡capilla de las iridiscencias del crepúsculo!— el del Sur, nevado de plata y conchas —¡tabernáculo del alma desnuda de la estrella!— y el del Norte, tornasolado de jaspes y concha nácar —¡sagrario de palores de luna en plenilunios de madre perla!— había de quedarse definitivamente enraizado en el dolor humano, y eternamente asomado al portento divino, con las 366 patéticas cabezas de serpiente emplumada que contemplan todavía, desde los muros del más bello monumento teotihuacano, la realización de su propio sino, en la serpiente de soles del Zodíaco, que perennemente ensortija los dedos azules del Padre con los anillos luminosos de su tránsito!...

(1).— El templo de Quetzalcóatl, en Tula.



CAPÍTULO VIII

QUETZALCÓATL— EL PERSONAJE HISTÓRICO LEGENDARIO— EL MITO ASTRAL— EL SÍMBOLO ESTÉTICO TEOGÓNICO

*¡*QUETZALCÓATL! ¿Quién es? ¿De dónde viene? ¿Realmente existe? ¿Es sólo un símbolo? Las dos cosas: es un símbolo y es un ser; es la conjunción de un ideal humano y una semirealidad divina. Es un mito astral que desciende hasta la tierra para concretarse en un personaje de elección; es, pues, una humanización mítica o una realización terrena del sentido del cielo; y es también una divinización mítica del sentido de la tierra. Una realidad humana que trasciende más allá de la humanidad; un caudillo, un civilizador, un epónimo, un cultor, un taumaturgo como Zamná y Votán, pero más grande que ellos, cuyos perfiles, a través del tiempo y del espacio, en fuerza de crecer, van tornándose inaccesibles e inmateriales, como el infinito (todo el espacio) y la eternidad (todo el tiempo) de Dios.

Para nosotros es la síntesis de la concepción cosmogónica del nahoa y de la formidable y clarividente intuición ético filosófica del olmeca, que se expresa en la fórmula artística y religiosa, definitiva del tolteca: la serpiente emplumada de arco iris, cuyo largo cuerpo reptante, todavía luce las conchas del mar de donde procede (el Golfo, inmenso abuelo de la gran raza cultora) y cuya cabeza, poderosa, terrible, formidable, con los ojos enormes, llenos del sagrado pavor de la muerte, y el hocico amenazante, pleno de la insaciable avidez de la vida, emerge, como un alerta del destino, de los once pétalos dobles (¿la noche y el día?) de la corola geométrica de la rosa cósmica. (1)

(1).— Véase, en el Apéndice, la detallada descripción que del Templo de Quetzalcóatl hace el arquitecto Marquina en su obra ya varias veces citada, al referirse a la cultura teotihuacana, y corrobórense nuestras frases en las ilustraciones de esta obra.

¡Quetzalcóatl! ¿Estrella de la tarde; hijo del sol y de la tierra: de Tonacatecuhtli y Tonacacihuatl, y hermano y después rival de la luna: Tezcatlipoca, según reza la cosmogonía nahoa? ¡Sí! Pero también el viajero extraordinario, bello, blanco y barbado; el civilizador supremo; el profundo moralista; el gobernante por excelencia a quien se debe la áurea edad del imperio tolteca: cuando los palacios lucían paredes cubiertas de esmeraldas, chapadas de oro y plata, decoradas de conchas, y tapizados de mosaicos de ricas plumas de color; cuando hasta en las rocas se tallaban los templos (2); el campo hacía gala de una fecundidad sin límites y santificada por los labriegos pasos del teurgo y bendecida por sus lentas miradas caleidoscópicas, parecía más dulce y más bella y más pura la Naturaleza!...

Mas, ¿cómo podría explicarse esa viva y vívida coordinación del mito teogónico-astral y el ente histórico-legendario, en el maravilloso símbolo artístico-religioso de la culebra de plumas de quetzal, que tras de su fecunda metamorfosis humana, asciende todavía por la escala celeste de su definitiva transfiguración?

He aquí cómo, a la sombra azul de la tradición y bajo las acariciadoras miradas de la leyenda, tratamos de explicárnoslo:

Es en los orígenes del Pánuco, mejor aún, en el Tula, a la vera de la gran ciudad tolteca. El fabuloso personaje, perseguido por las intrigas de los nigrománticos Tescatlepec, Tliltlacahuan y Tlacahuepan, después de haber quemado sus casas, sepultado sus riquezas y dado libertad a las aves, y tras de haberse refugiado algunos años en Cholula, de donde también es expulsado, ha tiempo que partió por el mismo rumbo por donde había venido, tripulando una nave de culebras, que, como buen mago, le devuelve el mar cuando arroja sobre él, su capa taumaturga, y anunciando al zarpar que volvería en el año Ce Acatl, para

(2).— Mr. Desiré Chasnay, como resultado de sus exploraciones, nos habla, en primer término, del palacio de Tula, situado en una eminencia artificial o plataforma, y cuya superficie es de 2,500 metros cuadrados, así como del templo, de Tollanzinco, tallado en una roca.

asistir al triunfo de su doctrina. Profesía que se creyó cumplida con la llegada de los conquistadores.

Sin embargo, el tiempo transcurrido, no es tanto aun, para que se hubiese perdido su huella en las arenas movedizas del recuerdo; ni tan escaso, para que su figura humana, no comenzase a tener ya una perspectiva extraterrena.

Húmedo el pensamiento de nostalgia, envaguecida la memoria de leyenda, el corazón inmóvil de fervor místico y el espíritu tembloroso de misterio; oscilante de esperanza, inquieto de más allá, con todo el ser transfigurado en los ojos, ve un sacerdote, acaso un rapsoda, artista y sacerdote a la vez, cómo, reverberante de oros occíduos, la corriente elástica del río, parece reptar en el valle... ¿Parece reptar? ... ¡No! Repta, incuestionablemente, para aquel contemplativo cuya reflexión crítica, yace felizmente crucificada en el embeleso emocional.

Hacia allá, hacia el Oriente, las primeras sombras que suben de la tierra, contribuyen, en colaboración con la distancia, a afinar el cuerpo del ofidio, hasta parecer precisar el punto en que el extremo de la cola, simula apenas acabar de surgir del suelo. En cambio, hacia Occidente, poderosamente iluminada por el sol, la corriente finge ensancharse, hasta quedar articulada con la enorme testa de oro del astro en derrumbe, que de este modo, al rodar tras de la llanura infinita, parece la propia cabeza de fuego de la serpiente arrebolada de fulgores que, arando de luz la tierra, huye del mundo y acaba por perderse en el abismo, sin fondo, del misterio.

De pronto, sin embargo, sobre el catafalco inmenso de la noche, claro, límpido, rutilante, un astro se enciende, a manera de un alma desnuda y libertada: es la estrella de la tarde, ¡el Quetzalcóatl de la cosmogonía nahoa, que de tal suerte y ante la conciencia expectante del tolteca, en quien se funden las dos culturas, concatena su símbolo con el de la serpiente maravillosa de nombre nahoa pero de concepción olmeca; pues, no hay que olvidar que el nahoa impone su lengua, pero que las concepciones filosófico-religiosas del olmeca, se imponen por sí mismas, obedeciendo a la fuerza de su propia gravedad, aun cuando muchas

veces sean después tenidas por nahoas, debido precisamente, a que esta raza, posterior pero definitivamente las da una designación. (3)

Ante semejante espectáculo, el sacerdote veedor; el nostálgico vate místico, evoca el exilio del taumaturgo y lo asimila al éxodo de la serpiente –¡Quetzalcóatl: serpiente primorosa, lo mismo que el fabuloso civilizador!– y cuando a la mañana siguiente, atraído por la fuerza trasuntiva y sugerente del cuadro, vuelve al mismo lugar, contempla, no sin asombro, cómo allá, por el Oriente, por el mismo rumbo donde llegara antaño, y emergiendo seguramente del mismo mar lontano por donde se fue el profeta, aparece otra vez la cabeza fulgurante de la serpiente cósmica: el sol, que arrastra tras de sí, cual si fuese el cuerpo luminoso del ofidio, la curva azul y dorada del día!

De este modo, la concepción filosófico-religiosa del nuevo mito se completa, y mientras la estrella de la tarde, queda ardiendo pura y solitaria, en el centro de la equilátera trinidad cósmico-teogónica, como el punto o el momento neutral (no es la noche puesto que es la luz; no es el día, puesto que brilla en la noche) del que equidistan igualmente, la aurora y el crepúsculo: la muerte y la resurrección del sol; la serpiente sidérea sigue trazando el círculo inmortal de la destrucción y la renovación eternas; del holocausto y la transfiguración recíprocos; exacta y

(3).— Consecuentes con este criterio, más de una vez hemos llegado a pensar, si la misma admirable cosmogonía de los Cuatro Soles, en vez de ser efectiva, total y originariamente nahoa no es más que la forma ricamente evolucionada, de una concepción originalmente olmeca; pues, de tal modo ha cambiado el concepto que se tenía acerca de la capacidad de esta raza (sobre todo la capacidad cultural, en el profundo sentido que hoy se da a esta palabra –Goethe, Scheller, Spengler– según ya hemos dicho) que en la obra de arquitectura arqueológica comparada, que tan frecuentemente hemos citado, y al referirse a Teotihuacán, se afirma textualmente, tras de reconocer la enorme importancia de la cultura tolteca-olmeca, asentada en ese lugar, que: “La conquista de la comarca por las tribus nahoas venidas del Norte, no pudo dar lugar a una manifestación material de importancia, ya que estas tribus guerreras no tenían una civilización que imponer, habiéndose asimilado más bien la de los pueblos existentes. Sin embargo el hecho de haber dejado su idioma en el lugar con exclusión absoluta de cualquier otro, es una demostración de su influencia”. (Pág. 39_Obra citada).

El Estado De México Desde la prehistoria...

fundamentalmente lo mismo que pasa con la desintegración e integración de la materia, en el mundo inorgánico; con la asimilación y desasimilación vitales, en el mundo organizado y con esos que son los dos extremos de la pendulación del alma: la eternidad negativa del infierno y la positiva eternidad del cielo, en el mundo inmaterial, acaso nada más intuído, pero siempre infinitamente superior de la creencia!...



CAPÍTULO IX

LOS CHICHIMECA.—XÓLOTL, SUS ALIANZAS Y CONSOLIDACIÓN DE LA MONARQUÍA.—PRIMER FLORECIMIENTO DEL REINO CHICHIMECA

HACIA EL AÑO de 1115, arrojados seguramente por civiles disensiones o empujados por un incontenible deseo de mejoramiento y expansión, otro numeroso grupo de emigrantes: los chichimeca que la leyenda hace ascender a un millón, despréndese del Norte, en donde tuvieron una monarquía que, según sus crónicas, duró 2515 años, y cuya capital: Amaquemecan, se supone situada cerca de Huehuetlapallan, lo que nos hace pensar en un probable origen arcaico-nahoa de este pueblo (resultado de una mezcla de tribus procedentes de la primera y la segunda grandes inmigraciones) pues, aun cuando es casi unánime la opinión de que el chichimeca (chupadores de sangre) era rudo y semisalvaje, ello se debe a la confusión que existe entre el chichimeca nómada (resto tal vez, envilecido por el tiempo, el medio y el hambre, de las originarias tribus dispersas) que vegeta todavía en las anfractuosidades más oscuras de las serranías; y el verdadero chichimeca (águila), que habiendo alcanzado ya formas bastante avanzadas de civilización, como lo prueba la monarquía de donde procede fue después capaz de producir, al contacto de otros pueblos más adelantados y ya con otro nombre (acolhua) espléndidas realizaciones de cultura.

Un caudillo y sabio gobernante: Xólotl, dirige el éxodo que dura nada más dieciocho meses, y después de haber abandonado a Tollán que encuentra deshabitada, y tras de sucesivas exploraciones practicadas por Cempoallan, Oztoc y Teotihuacán, decide establecerse en Tenayucan o en Texcoco, según otros (a unos 25 kilómetros al Norte de México); pero pronto la población chichimeca

va extendiéndose, hasta abarcar todo el vasto territorio que designaron con el nombre de Chichimecatlalli. Debido a ésto, entraron en contacto con las familias toltecas que habían quedado en aquellos lugares, cuna y asiento de su viejo esplendor, y recibieron por tal medio, la valiosa contribución cultural que de modo tan eficaz había de transformarlos. También debido a esa penetración pacífica, pudo conservarse el señorío o reino de los colhuas, que desde Xiuhtémoc hasta Nauyotl II, contó diecisiete reyes.

Entretanto, y mientras comenzaba a efectuarse la consolidación de la monarquía chichimeca, a cuyo engrandecimiento tanto habían de contribuir, entre los años de 1120 y 1129, principiaron a llegar del Noreste, y procedentes, con toda seguridad, de la gran rama nahoa, varias tribus de diferente grado de cultura y civilización, de las que, en primer término, destacábanse seis de las siete familias nahuatlacas (gente que se explica o habla bien) a quienes, bajo ciertas condiciones, de tributación y suave vasallaje, el sabio y prudente Xólotl, fue cediendo diversos lugares de su vasto territorio.

A ello se debió que fueran estableciéndose de una manera pacífica: los Xochimilca (poseedores de la sementera de flores) en Xochimilco; los Chalca (poseedores de las bocas) en Chalco; los tecpaneca (gentes del puente de piedra) en Técpán y más tarde en Atzcapotzalco (lugar del hormiguero); los tlaxcaltecas (de la tierra del pan o del maíz) en Tlaxcala y primero en Poxhautlán; los tlahuica en Tlahuitlán o Cuahunahuac (lugar donde resuena la voz del águila) y los acolhua, en Colhuacán (monte encorvado) y después en la orilla oriental del lago de Texcoco (lugar de la yerba tecutli).

Naturalmente, con la fundación de todos esos señoríos tributarios de ella, la monarquía chichimeca, creció considerablemente, transformándose en una suerte de imperio que, no obstante las luchas intestinas que dieron por resultado el traslado de los tlaxcaltecas a Tlaxcallán (tierra del maíz) y el desarrollo de la monarquía tecpaneca, acrecentó más todavía la llegada de los colhua de Teotulhuacán en 1168. Estos venían conducidos por los caudillos Acolhuatzin,

Chiconcuahtli y Tzontecomatl, con quienes Xólotl estableció una alianza, sellada con el matrimonio de sus dos hijas: Cuetlaxochitl y Cuhuaxochitl, cuyo resultado fue el notable mejoramiento de la raza que desde entonces, haciendo honor a la superior influencia de los aliados con quienes pronto se mezclaron y confundieron, se llamó Acolhua.

En tales condiciones y a pesar de las pequeñas rebeliones que amargaron los últimos años de Xólotl, el longevo monarca que murió en 1232 a los 180 ó 200 años de edad, después de haber gobernado 112 años y no obstante las insurrecciones que logró sofocar Quinatzin, el príncipe civilizador que trasladó definitivamente la capital del reino a Texcoco, logró al fin alcanzar con el progresista Techotlalatzin (quien substituyó el idioma chichimeca por el nahoa, que era más culto, y bajo cuyo reinado dividióse la monarquía en 47 señoríos) un grado de esplendor y poderío que sólo más tarde y después del gobierno de los usurpadores Tezozómoc y Maxtla, había de superar la admirable administración, del más grande y sabio de los monarcas acolhua-chichimecas: Netzahualcóyotl.

Acerca de este príncipe deseamos referirnos especialmente, no sólo, por pertenecer, sin discusión ninguna, a la historia precortesiana del Estado de México, ya que Texcoco es todavía actualmente uno de sus distritos y por constituir la figura más preclara y luminosa de nuestros viejos anales, sino por haber encarnado el más alto exponente humano de la cultura americana, ¡de toda la cultura americana de aquella época, sin excluir a ninguno de los príncipes más avanzados de aztecas, incas, mayas, tarascos, etc., etc., y acaso con la única excepción de los personajes fabulosos y semilegendarios, deificados por los hombres que sólo alcanzaron a contemplar el fulgor de su estela y a recoger en sus oídos el eco vagoroso de sus pasos!

Sin embargo, antes de detenernos a hablar de éste príncipe, ya que con la aurora que se desprende de su espíritu, intentaremos coronar la evocación histórica de esta primera parte de nuestro trabajo, hagamos una rápida síntesis de la historia del pueblo azteca, cuya grandeza pondremos en

parangón con la del acolhua-chichimeca, para acabar de demostrar, cómo en el ancho territorio del antiguo Estado de México, floreció, simultáneamente, la cultura precortesiana, en el sentido de su máxima extensión, con el imperio de Moctecuhzoma II, y en el sentido de su máxima profundidad, con el reino del glorioso hijo de Ixtlilxóchitl.

CAPÍTULO X

LOS AZTECAS. -SU MAGNA PEREGRINACIÓN.-FUNDACIÓN DE LA
GRAN TENOCHTITLÁN.- LOS ONCE EMPERADORES MEXICANOS.
-LA ESTOICA Y HEROICA RELIGIOSIDAD DE MOCTECUTZOMA II

DE LA REMOTA AZTLÁN (tierra de las garzas) situada, posiblemente, en la Alta California, como quiere la mayoría de los historiadores, o enclavada en el escudo de turquesas del lago de Chapala, según afirma el erudito Orozco y Berra, para quien Aztlán fue la que es hoy isla de Mexcala, y casi al mismo tiempo en que salieron las otras seis, partió, rumbo al Sur, acatando la voluntad de su dios, y atenta siempre a la voz del oráculo, la última familia nahuatlaca que había de llegar al Valle de México, y la que, sobresaliendo después de entre todas, había de acabar por sojuzgarlas, creando el imperio antiguo más grande, rico y poderoso de América, sin exceptuar el que los incas incrustaron, cual una rosa de oro, en la sombra de hierro de los Andes!...

¡Qué éxodo más admirable! ¡Qué enorme epopeya de la voluntad iluminada por la fe y diariamente fortalecida por la esperanza! 165 años de fatigas, hambre, sed, zozobras, estrecheces, y penalidades sin cuento, dura esta magna peregrinación que parece hecha para forjar mejor el espíritu de esta raza incansable, tezonera y dominadora que sabe, primero, en sus épocas de adversidad, recogerse sobre sí misma, fingiendo sumisión a los fuertes; pero que, como un resorte de acero, larga y cruelmente oprimido, apenas encuentra ocasión, dispara la espiral de sus energéticas, multiplicadas por la contención y logra derribar cuantos obstáculos se oponen al triunfo, no siempre justo, ni siempre loable, por desgracia, de su poder avasallador.

¡Dijérase que este pueblo nació predestinado por los dioses para hacer ondear su orgullo, cual una bandera, sobre el mástil enhiesto de sus victorias efímeras, en medio de dos inmensos abismos de dolor y de muerte: el de su éxodo y el de su derrota. El de sus luchas contra la naturaleza y contra sus enemigos de aquí y el de sus guerras contra la inteligencia homicida y la ambición organizada y consciente de sus enemigos de allá, del otro lado del Golfo virgen y estupefacto, en cuyas inmensas valvas azules, era la América aborígen una perla morena de sedosos orientes tornasoles!...

...Hueyculhuacán, Chicomoxtoc (siete cuevas) donde se dividieron en varias tribus que salieron unas después de otras, habiendo sido la última en marchar, la de los Aztecas, Ameca, Cocula, Zayula y Zacatula, hasta llegar a Malinalco, por las montañas vecinas de Toluca, en cuyo valle y cerca de Lerma, se asegura estuvieron, atraídos seguramente por la muelle laguna, que prometía la realización del presagio divino. Por fin, en 1196, Tóllan, en donde se establecieron, después de haberse dividido nuevamente en otras dos facciones que acabaron por hostilizarse. Luego, en 1216, Tzonpanco; tras de siete años de permanencia en él, Tizayocan; más tarde Tolpetlac y Tepeyacac, y al cabo de veintidós años, Chapoltepec (cerro del chapulín) en 1245, y después aún, Acolco, donde viven miserablemente cincuenta y dos años, y de donde son llevados en calidad de esclavos, a Tizapán, por los colhuas. Y todavía Acatzitzintlán e Ixtacalco y Mixiuntlán; y por fin, Texcoco, en cuyo lago y de acuerdo con la opinión de Sigüenza, el 18 de julio correspondiente al año de 1325, según el Códice Mendocino, bajo el arco de oro del día y encarnando el remoto presagio, vieron los peregrinos estupefactos, el huracán del vuelo del águila que devoraba a la serpiente, clavado, con la obsidiana de las garras, en el riscoso plinto del nopal de las esmeraldas taumatúrgas!...

De este modo, sobre la trémula plataforma de lapizlázuli de los cinco lagos muertos, queda fundada la ciudad de Tenoch o Gran Tenochtitlán, como unos quieren; o lugar del tunal sobre la piedra, como otros afirman; o por fin, México, lugar de Mexitli o sea Huitzilopochtli, dios tutelar del magno imperio azteca,

cuya vida de dos siglos, muy corta en verdad para las grandezas que alcanzó, transcurre, desde su vasallaje a los señores y reyes de las comarcas circunvecinas, hasta su completo dominio de todos ellos, bajo el poder creciente de sus once, unas veces ilustres, otras fuertes, y otras crueles o pusilánimes, pero siempre racialmente representativos, soberanos.

Los tres primeros de estos monarcas, a quienes podríamos, con entera justicia, llamar fundadores, puesto que comienzan a convertir aquella región lacustre en un inmenso archipiélago de frutos y un flotante paraíso de flores, fueron Acamapichtli (el que empuña el cetro) Huitzilihuitl (pluma de colibrí) y Chimalpopoca (escudo humeante). También bajo el imperio de estos tres precursores de la grandeza azteca, la ciudad de los mil canales de plata, comienza lentamente a levantarse.

Sucédelos Itzcoatl (culebra de pedernal) quien, unido a Netzahualcóyotl (coyote hambriento) y con la poderosa colaboración del Primer Moctezuma, libra a su pueblo del yugo de Maxtla, y crea la triple alianza de Tlacopa, Texcoco y Tenochtitlán. A continuación, sube al trono Ilhuicamina (flechador del cielo) príncipe indomable y conquistador que promueve la guerra Sagrada o Florida, con el fin exclusivamente religioso de procurarse víctimas con que desagrar a los dioses (1) y poder librar de este modo a su imperio de las calamidades que lo azotan (nevadas, inundaciones, sequías, hambre, peste, etc). Este gran soberano extiende el poder de Anáhuac, hasta el mar, por el Oriente y hasta Oaxaca por el Sur; y su labor de expansión es gloriosamente continuada por sus sucesores Axayácatl (cara en el agua), Tizoc (pierna enferma) y Ahuizotl (monstruo en el agua) esos tres monarcas batalladores que tanto ensancharon el imperio mexicano, y bajo el reinado del último de los cuales, efectuóse la consagración del templo mayor, dedicado a Huitzilopochtli.

(1).— Recuérdese lo que acerca de la significación y valor de estos sacrificios decimos en el capítulo VI de este trabajo; y léanse, además, lo que a este mismo respecto argüimos más adelante.

Antes de desaparecer para siempre, tras del relámpago épico de Cuitláhuac y la enorme epopeya de Cuauhtémoc, el inmenso imperio azteca llega a su máximo esplendor con Moctezuma o Moctecuhzoma (Señor sañudo y venerable), Xocoyotzin (el joven) en quien, no obstante el superficial criterio ético histórico de cuantos lo juzgaban, y en el instante definitivo de la vida de su pueblo, realizase en toda su intensidad el profundo sino de su raza, que es un sino religioso ante todo y sobre todo.

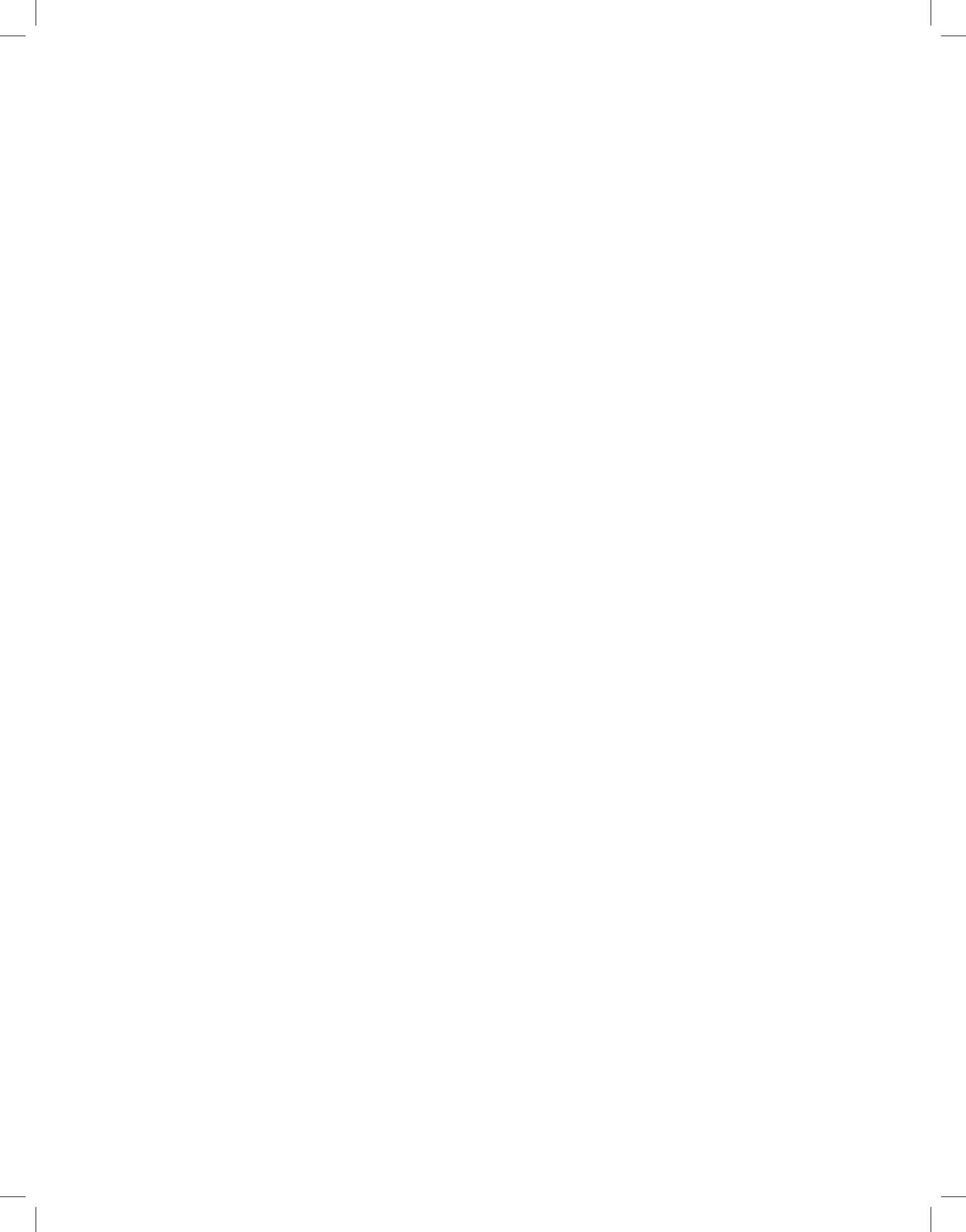
Efectivamente, los remotos peregrinos de Aztlán, que empujados por la voz del oráculo y obedeciendo el mandato de su dios, habían caminado 165 años para establecerse al fin en el lugar donde se hizo carne la sacra profesía; los batalladores aztecas que, no para honra ni provecho suyo, sino para honra y provecho de su terrible **Huitzilopochtli**, habían ensanchado sus dominios y acrecentando su poder, no podían tener en la tragedia de la Conquista un exponente racial mejor y más genuino, que ese calumniado emperador bélico y místico quien habiendo sido en su juventud guerrero tan osado que mereció el grado supremo de **tlacohtcalatl**, renunció a las épicas bizarrías para entregarse al sacerdocio; que habiendo sido exaltado al trono cuando era sumo pontífice, transformó por completo sus costumbres y tornóse nuevamente batallador y volvióse soberbio y cruel; y que, cuando el destino trazó ante sus ojos, presagios funestos, abandonando nuevamente, como en los días de su juventud, por inútil, por vana, hasta por contradictoria con su íntima religiosidad, toda belicosa actitud, todo superficial aparato de fuerza, recogiéndose otra vez dentro de sí mismo para mejor encontrar la dirección de su destino y del destino de su pueblo, renuncia a toda resistencia sacrílega, sométese valientemente (¡que hay más valor desde el punto de vista ético religioso, en someterse a la voluntad divina que en rebelarse contra ella!) a los designios supremos y curva la espalda, él, el primero, puesto que es la cabeza del imperio, puesto que es el emperador, para que sobre ella ¡Oh heroico incomprendido!, caiga, irresistible e implacable, el flagelo de los inmortales!...

¡Así también en la armoniosa mitología helena, por encima de la tropa de los héroes y del coro de los dioses, “Moirá” la fatalidad, el destino, fulmina sus aciagos **anankés**, ante los que se doblan por igual, los hombres, los héroes y los dioses! ¡Y así también, entre nosotros mismos, el símbolo sublime del Galileo, que acepta sin protesta el holocausto de su misión divina, prolonga hasta nuestras almas la sombra de la cruz donde debemos clavar nuestra soberbia, inmovilizar nuestros apetitos y crucificar nuestras inútiles, tercas, absurdas y egoístas rebeldías!...

Pues bien, precisamente el imperio mexicano de esta época o sea en el que reina Moctecuhzoma II, es el que deseamos parangonar con el de Netzahualcóyotl, para dejarnos después, uno junto al otro, ante el juicio de quienes no leyeren, como las dos expresiones, según ya hemos dicho, del sentido histórico de las grandes culturas que simultáneamente florecen en el territorio que fuera más tarde Estado de México: el sentido de la extensión (político-utilitario a pesar de su religiosidad que sólo en los instantes supremos de la iniciación y del fin deja también de ser utilitaria y política) que representa el mexicano; y el de profundidad (trascendente o ético-religioso) que encarna el acolhua o chichimeca.

Realmente, como veremos más tarde, pese a cuanto hemos dicho de Moctecuhzoma II, con el fin más que de justificarlo, de explicarlo, a la luz de un criterio menos patrioterico y más filosófico, si fue este monarca el genuino y mejor representativo de la más profunda médula racial de su pueblo (el nahoa, del nahuatlaca procedente de Aztlán y ciego instrumento de su dios) no lo fue del azteca de las postrimerías del imperio, cuyo exponente máximo es Cuauhtémoc: el bravo Prometeo autóctono que trata de quebrar a golpes de heroísmo, la propia voluntad de los dioses.

En cambio, según veremos también en seguida, para el acolhua-chichimeca, su gobernante máximo: Netzahualcóyotl, es al mismo tiempo su héroe máximo, porque el príncipe del poder, que es a la vez el señor de la belleza, y el sumo pontífice de la pura verdad, sí traduce, sí encarna, sí vive, la actual y al mismo tiempo remota, es decir lo medular, invariable y eterna religiosidad de su pueblo y de su raza.



CAPÍTULO XI

EL GRANDIOSO IMPERIO MEXICANO.—ANÁHUAC, SU SOBERBIA METRÓPOLI.—MOCTECUHZOMA EL MAGNÍFICO

COLINDANDO, al Norte, con la región de las tribus chichimecas nómadas, al Sur, con el Océano Pacífico, al Suroeste, con el Soconusco y Guatemala, al Oriente, con el Golfo de México y Coatzacoalcos, y al Occidente, con los jaliscas, el reino tarasco, (cuyo cacique principal Tzitzí Pandácuare, edificador de las murallas de Tzintzuntzan derrotó a Axayácatl) y otros varios cacicazgos de menor importancia, Anáhuac, o sea el vasto imperio mexicano, comprendía dentro de su enorme área, a los que más tarde habían de ser Estados de México, Puebla, Guerrero, Tlaxcala, Colima, y fracciones de los de Hidalgo, Querétaro, Tabasco, Chiapas y Veracruz. Además, en calidad de aliados o tributarios, tenía a los reinos de Acolhuacán y Tacuba o Tlacopa, a la llamada república de Tlaxcala, a Cholula, Huejotzincó, Meztallán, e incontables feudos y señoríos que contribuían eficazmente al acrecentamiento de su riqueza y su poder.

Con tan poderosa confluencia de energías materiales y espirituales, el imperio había alcanzado un vértice diamantino de esplendor y su capital, la Gran Tenochtitlán, levantábase sobre las espaldas de turquesa de su lago, como un enorme cofre cincelado que se vaciara en desgranados arco iris de pedrerías.

Según afirmación de los mismos conquistadores, tenía 300,000 habitantes; casas innumerables de paredes blancas y bruñidas que a los rayos del sol o de la luna, fingían, estar vaciadas en plata o esculpidas en alabastro. Los palacios de sus emperadores, eran increíblemente vastos y suntuosos (como no los había ni en España, según el propio decir de los españoles, a pesar de Yuste y El Escorial)

constaban de sistemas sabiamente coordinados de edificios de piedra (cantera) y tezontli, adornados con mármoles y tecallis y blasonados con el escudo real: el águila con el tigre entre las garras. En sus inmensos patios, cabía perfectamente un numeroso ejército y en sus espléndidas y múltiples salas, chapadas de oro y plata, tapizadas de ricas telas de algodón, policromadas y tramadas de argentería, y tornasoladas con los visos de inimaginables mozaicos de piedras preciosas y de finísimas plumas de guacamayos, garzas blancas, garzas morenas, garzas rosadas, oropéndolas, faisanes, quetzales, mariposas y colibríes, hallaban libre y fácil acomodo, cortes tan ricas y numerosas como la del soberbio Moctecuhzoma II, cuyo séquito se componía de más de setecientos príncipes, sacerdotes, poetas, quirománticos, adivinos, bufones, pajes, músicos, bailarines, heraldos, etc., sin contar, por supuesto, a los numerosos guerreros de su escolta ni a los grandes señores, consejeros y pontífices que tenían el sagrado privilegio de hacerle compañía. ¡Hasta en los pisos parecía haberse quedado de hinojos el espectro solar ante el monarca, en las tersadas pieles de colores y en los vistosos tejidos de las esteras de palma y de los **petatl** maravillosos!

Pero esto no era todo, además de tales palacios de fábula, exclusivamente destinados al emperador, en los que se ocupa una servidumbre de varios miles de personas y en cuyo sostenimiento tomaban parte no menos de treinta señoríos; todavía en Chapoltepec, había otros palacios de recreo, igualmente suntuosos, destinados a los reyes aliados y a los huéspedes de la más alta nobleza: príncipes en rehenes, embajadores, etc. Y destacándose de entre todas estas soberbias construcciones, por sus dimensiones, novedad y exótica belleza, alzabase la famosa casa de las fieras, verdadero museo zoológico de las más raras y ricas especies de la fauna del país, que consistía en un enorme edificio compuesto de cuatro departamentos: en el primero, albergábanse ejemplares de todos los cuadrúpedos feroces: tigres, pumas, jaguares, lobos, etc., alimentados con enormes provisiones de venados, liebres, conejos, techichis, etc.; en el segundo lado, aves de rapiña, a las que se arrojaban diariamente quinientos guajolotes; en el tercero,

las serpientes y demás reptiles, y en el cuarto y en estanques adecuados, todos los anfibios conocidos no sólo en Anáhuac, sino en los más apartados reinos, cacicazgos o señoríos tributarios.

Además, había un portentoso jardín de aclimatación donde se cultivaban las plantas más finas y raras: ¡inmensas alfombras bordadas por las sutiles agujas del agua y las áureas agujas del sol, y diariamente sacudidas y acariciadas por las largas y flébiles manos de los vientos! Y como si no fuese suficiente tanta hermosura y esplendor, y como si se tratase de completar con ella, el tres veces bello paisaje del país, que es fuerza, color y música, aún elévase la casa de las aves: ¡el palacio de las alas, el alcázar de los vuelos, la basílica de los cánticos envitralada con los jaspes vívidos de los plumajes inverosímiles; la mezquita autóctona y musical, donde diariamente se alzaban al azul, los innumerables, ágiles, vaporosos y casi etéreos minaretes de los trinos!

Más de quinientos sirvientes utilizábanse en la conservación de estos tres museos que enseñaban a los ojos y a los oídos, la más elocuente y admirable lección de la naturaleza, y todavía, como paradójico complemento de tanta magnificencia, existía la casa de los hombres deformes: enanos, corcovados, etc., cuya exhibición de fealdades y anomalías, servía de fondo grotesco al prodigio de fuerza, belleza y gracia de las otras tres edificaciones. Pero la visión de maravilla no termina aún: Allá está el mercado de Tlatelolco, al que asisten diariamente no menos de 30,000 personas y en donde se reúnen cada cinco días, a fin de semana, para celebrar el **tianquixtli** (mercado, feria) 50,000 y a veces más de 60,000. Ni los zocos árabes superan en color, vida, luz y movimiento a este cuadro, sencillamente insuperable, que no se desarrolla en los sucios laberintos de calles torcidas y pringosas, sino en una inmensa plaza, donde cada género de mercancía tiene su lugar de antemano señalado: En un lado están los que venden oro, plata, cobre, plomo, etc.; junto a ellos, los que comercian con piedras preciosas: la esmeralda (**quetzaliztli**) el rubí (**tlapalteoxihuitl**) el ópalo (**cuetzalizepiollotl**), la turquesa (**teoxihuitl**), el zafiro (Xihmatlalixtli), y las anguinarias (estetl), las piedras verdes

o esmeraldas claras (**chalchihuitl**) y el cristal de roca (**techuilotl**), así como el coral y las perlas o **epialloti**: a continuación de ellos, los expendedores de cuentas, espejos de obsidiana, etc. después los especialistas en plumas y penachos; luego, los vendedores de espadas y navajas de pedernal, seguidos de los traficantes en mantas, capas, túnicas y toda clase de tejidos de algodón, pita o pelo de conejo y de los que fabrican calzado o **cactli**. En una parte se halla el algodón, en la otra el maíz y demás cereales; en otra los conejos, liebres, ciervos, codornices, patos, etcétera; en otra, huevos, miel de abeja y de maguey, etc.; y en otras, por fin, verduras, hortalizas, frutas, flores, hierbas medicinales; y maderas de todas clases, cal, tezontli; todos los materiales de construcción en uso, y cuanto hubiese podido desearse. Hasta pescado extraído de los lagos circunvecinos: Xochimilco, Texcoco y posiblemente Lerma. La joyería estaba igualmente representada en todos sus primores, que tanto asombraron a Bernal Díaz del Castillo, para quien, nuestros orífices, esmaltadores y lapidarios, eran superiores a los más grandes cinceladores y joyelistas del Renacimiento, inclusive el admirable Benvenuto; pues, no sólo trabajaban de modo insuperable las piedras preciosas; no sólo conocían y explotaban con insospechadas delicadezas, el secreto de hacer temblar la luz y hacer latir el color en el pulso de cristal de las facetas, sino que sabían consumir verdaderos alardes de belleza: guacamayos, pavones, faisanes, quetzales y colibríes, en los que las piedras estaban engarzadas de tan sabia manera y coordinaban sus matices con tan portentoso verismo, acrecentado más aún por las perfectamente bien disimuladas y maravillosas articulaciones de alas, cuello, patas, cabeza, pico, etc., que únicamente eran inferiores a los verdaderos, en que les faltaba la vida; aunque, por otra parte los superasen, por el resplandor sedoso y tornasolado de las gemas, que hacían aparecer los plumajes brujos como iluminados por dentro, con el fulgor miliunanochesco de la lámpara de Aladino!...

¡Portentosa visión la de esa ciudad de las calles líquidas, los 100 palacios, los 140 santuarios, los 300 teocallis, el Coateocalli, destinado a todos los dioses de la tierra, y el inmenso templo Mayor, por la cual cruzaba, en los grandes días

rituales, en sus andas de oro y con su deslumbrante e innumerable cortejo, el soberbio emperador a quien nadie podía contemplar en su camino; el príncipe, a cuyo paso arrojaban los guerreros sus finísimas capas de algodón policromado y los grandes señores y los príncipes extendían sus mantos riquísimos de plumas de colibrí; y a quien, para que descendiese sobre el suelo, así magníficamente alfombrado y espolvoreado de oro y plata, ofrecían, los más grandes entre los grandes: los que habían vencido a veinte en singular combate; los que habían sojuzgado más de diez señoríos; los más eminentes en la fuerza, en la nobleza y en el valor, el fiel y firme apoyo de sus espaldas de bronce!

¡Urbe de maravilla por la que, animando un cuadro inconcebible, discurría, en muy contadas y solemnes ocasiones, el más fastuoso, sin duda, de cuantos monarcas han existido sobre tierra; acaso comparable únicamente con los increíbles Califas, más que de la historia, de la leyenda y de la fábula, que desde las páginas del libro más bello de los libros, se muestran a nuestros ojos asombrados, ya en las vastas salas de sus palacios vaciados en oro y esmaltados con arco iris de pedrerías fundidas, o ya reposados a la sombra perfumada de sus jardines orfébricos, de árboles de follajes de esmeraldas y frutos de lincornios, ópalos, crisopacios, berilos, rubíes, zafiros, topacios, aromatitas, carbunclos y calcedonias: pulposos de luz y almibarados de poesía!...

Porque sí; este monarca único, que de tal modo cual si cristalizase el más fabuloso de los sueños, atravesaba la joyante ciudad, precedido por sus heraldos y pendoneros y acompañado de estol tan espléndido y numeroso; este insólito soberano que habitaba tan soberbios palacios y que tenía postrado a sus plantas, como la mejor de las alcatifas, a uno de los imperios más ricos y más grandes del globo; no sólo en su vida pública hacía tan fantástico alarde de boato, sino que, hasta en los menores detalles de su vida privada, había llevado el lujo y la riqueza a un refinamiento inverosímil.

Efectivamente, este trasunto azteca de Harún al-Rashid, contaba, para su exclusivo placer, con un serrallo de tres mil mujeres; disponía de un correo

veloz, formado por un selecto grupo de corredores organizados según cierto sistema de relevos, tan rápido y eficaz que en un mismo día podían traerle el más exquisito pescado de Veracruz, distante 425 kilómetros de la capital; y como en la sagrada consumación de un rito, comía solo, recostado en una especie de almohadón de plumas, y asistido por el gran mayordomo, cuatro señores y cuatro hermosas doncellas que le iban mostrando hasta trescientos platillos de volatería, pescadería, legumbres, frutas, etc., elaborados de más de cuarenta modos diferentes, colocados en braserillos, para que no se enfriasen y de los cuales el monarca iba eligiendo los de su agrado con una cincelada varilla de oro. Entretanto, al frente de él, un grupo de bufones, juglares, músicos y bailarines, procuraba distraerlo; y cuando daba fin a su íntimo banquete, ofrecíanle unos finos canutos, primorosamente trabajados, pintados y dorados, en los que fumaba tabaco mezclado con liquidámbar.

La loza que usaba era del más rico barro de Cholula, laqueada en rojo y negro; las copas, vasos, vasijas, así como todo el servicio del **chocolatl** y el cacao, eran de oro macizo; y la loza y vasijas, etc., que se usaban una vez, se regalaban, lo mismo que las finísimas vestiduras del soberano que se cambiaba hasta cuatro veces al día, después de tomar otros tantos baños, en albercas de tecalis translúcidos, en los que parecía haberse licuado la luz en las elásticas y sedosas linfas perfumadas!...

CAPÍTULO XII

EL REINO ACOLHUA CHICHIMECA. —TEXCOCO: LA CIUDAD DE FÁBULA.
—NETZAHUALCÓYOTL, EL SALOMÓN ABORIGEN: ÍNDICE ESPIRITUAL
DE SU PUEBLO Y EXPONENTE DEFINITIVO DE SU RAZA

POR LA MISMA época, si no en idéntico vértice cronológico, sí sobre el mismo plano histórico, otro imperio alzaba el estupor del cielo de Anáhuac, el portento de sus maravillas: el ilustre Acolhuacán, cuya capital: Texcoco, grande, suntuosa y bella, acaso menos grande pero tal vez más bella que Tenochtitlán, tenía 30,000 casas y más de 200,000 habitantes, hallábase dividida en treinta cuarteles o barrios, correspondientes, cada uno, a una industria o arte exclusivamente; y había sido trazada con tan delicado sentido estético, y de tal modo encuadrada con el múltiple paisaje, que fingía querer estrecharla en un inmenso abrazo de colores y perfumes, que se hubiese dicho que por fin el paisaje, seducido y arrobado, en una sublime ofrenda, habíase volcado todo entero en la gran ciudad, escurriendo como un río de esmeraldas trémulas, por el cauce de las largas y rectas avenidas, hasta remanzarse en los lagos de follajes luminosos y cabrilleantes de los jardines!...

Además, bajo la sapientísima administración del príncipe poeta Netzahualcóyotl, que emprendió, al par, obras de tanta utilidad como los diques que representan las aguas del lago, los vastos sistemas de canales de irrigación, las largas carreteras que cruzaban el reino en todas direcciones, etc., construyéronse en la capital suntuosos templos, entre los que descollaba el que ordenó erigir al Dios desconocido y numerosos, extensos y ricos palacios para brindar alojamiento a los reyes y príncipes vecinos. Pero el que superaba a todos

en riqueza, dimensiones y hermosura, era el que servíale de albergue; medía 1,033 metros de Oriente a Poniente, por 818 metros de Norte a Sur; tenía dos enormes patios que se utilizaban como plazas; trescientas habitaciones de cincuenta varas en cuadro y salones todavía más grandes, materialmente enjorjados lo mismo que aquellas, de cambiantes de jaspes, visos de piedras preciosas, brillos de chapas de oro y plata y sedosos tornasoles de telas, pieles y plumas; y ostentaba, además, jardines de las más finas y variadas plantas; terrazas de exquisitas perspectivas y estanques hábilmente distribuidos, en cuyas tazas de mármoles diáfanos y tecalis translúcidos, hacía se pedazos el prisma del día en millares de peces de colores!...

200,000 operarios, auxiliados por innumerables artífices y dirigidos por sapientes arquitectos, apenas fueron suficientes, según la tradición, para construir tan portentosa fábrica, cuyas dimensiones sobrepasan con mucho a la de Versalles, ya que la epopeya de piedra del orgullo de los Luises, a pesar de estar considerada, lo mismo que el pétreo silogismo del Escorial (al que también sobrepasa el palacio descrito) como uno de los edificios reales más grandes del mundo, únicamente tiene 500 metros de frente; y si los jardines que trazó Lenotre, son una obra maestra en su género, no deben haberlo sido menos, sobre todo desde el punto de vista de la grandiosidad y exótica originalidad, esos semifabulosos jardines de Netzahualcóyotl, suavemente reclinados en las leves colinas de uno de los valles más bellos del planeta, con sus vegetaciones engarzadas en un engaste de horizontes de oro o de acero de montañas, y con el césped de terciopelo, y la atmósfera de gasa y la luz de ámbar, que se desenhebra en infinitos hilos sutiles, para mejor besar y acariciar y trenzar los azules y sedosos cabellos del lago. (1)

(1).— Según las crónicas, en los palacios de Netzahualcóyotl, se consumían cada año: 4 900,300 fanegas de Maíz; 2 744,000 de cacao; 3 200 de chile y jitomate; 1 300,000 panes de sal; 8 000 pavos o guajolotes y gran cantidad de frijol, legumbres, chí, huevos, pescados, venados, liebres, codornices, miel, etc.

El Estado de México Desde la prehistoria...

¡Y la residencia de recreo de Texcutzinco, uno de cuyos baños artísticamente vaciado en una alta roca, nos da idea todavía del soberano marco en que la sublime imaginación del rey vidente, supo invariablemente encerrar las portentosas creaciones de su riqueza y su poder, siempre embellecidas por una sensibilidad suprema; iluminadas siempre por un pensamiento superior!

Sin embargo, lo que en el real palacio, a cuyo sostenimiento estaban exclusivamente destinados veinticinco pueblos, y que era como la suma y síntesis de la grandeza y la belleza del imperio, esplendía más; lo que también aquí sobresalía más; lo que se destacaba en él, lo mismo que en la ciudad el templo a la divinidad desconocida, era la torre-adoratorio del monarca, erigida como una atalaya avisora del más allá, en la parte prominente del edificio. Era desde allí, desde donde humilde ya, desposeído de toda pompa inútil, con el alma doncella y el corazón desnudo como un niño o como un astro recién nacidos, trataba de penetrar con el pensamiento o de enraizar con la emoción, más certera, más luminosa todavía, en el misterio inefable del dios innostrado e innostrable, aquel admirable príncipe: vértice humano en quien se afinaba y reivindicaba el agoísmo de la especie; exponente, cifra y prez de la cultura de su pueblo, en el cual y a través del cual, ascendían, hasta la más elevada y pura de las concepciones, las no por ocultas y acaso inconfesadas, menos poderosas, ni menos grandes, ni menos bellas instituciones de su raza!...

Porque, realmente, Netzahualcóyotl, no es la excepción que afirma el estrecho sentido religioso del chichimeca; sino la expresión visible y enhiesta de ese sentido religioso, latente en el subsuelo de la conciencia colectiva. Así lo prueban el aprecio, la admiración, la casi adoración que siempre se le tuvo, no a pesar de sus ideas, sino precisamente a causa de ellas. Así lo prueba el templo erigido en plena capital del reino, y que no sólo proclama públicamente la fe del soberano, sino que evidencia la participación que la conciencia pública tenía ya en esa confesión. ¿Qué pueblo, por indiferente o tolerante que se le suponga, permite en esa época, que su rey lo afrente, erigiendo el templo mejor a un dios que no venera? Y pruébalo así, por

fin, el hecho, ya bastante elocuente y significativo por sí mismo, de que, además de Netzahualcóyotl la monarquía acolhua-chichimeca, haya tenido a otro soberano de parecidas prendas de talento semejante y de un idéntico sentido religioso: Netzahualpilli, hijo del primero, legislador como su padre (a Netzahualcóyotl se debe un código de ochenta leyes civiles y penales), lo mismo que él sabio y filósofo y que, aunque no poeta, fue además, metafísico y astrónomo.

Luego la excelsitud espiritual de estos príncipes, no es individual, sino específica; en ellos se manifiesta con un supremo vigor, pero no es de ellos exclusivamente, sino incidentalmente: es de su raza, luego estos dos admirables gobernantes, pero sobre todo el primero, no fueron otra cosa que la expresión, concreta, personal y consciente de una formidable intuición colectiva; o mejor aún, la material superficie humana en que se hace visible una remota proyección psíquica.

Y tan esto es verdad; tan es incuestionablemente cierto, que allí está para corroborarlo, aquél sublime gesto plasmado por el gran monarca ante su pueblo (¡ante su pueblo! ¿se entiende?) y con el incondicional apoyo y el público beneplácito de sus súbditos, precisamente el día en que se inauguraba el más suntuoso y extenso de sus palacios.

En efecto: En tan solemne ocasión, en tan pomposo acto, ¿qué hace el insigne soberano chichimeca? ¿Soberbio y altivo, como Moctecuhzoma II, permanece hieráticamente sentado en el **tzinpalpa**: el trono de respaldo de oro macizo incrustado de rutilante pedrería, bajo el rico dosel de plumas tan bellas que se hubiese dicho habían sido arrancadas a los faisanes de la aurora, la arrogante silueta, firmemente destacada sobre los paradisíacos tapices de finísimas pieles policromadas y la diestra imperativa que empuña el cetro, vigorosamente apoyada en la mesa, donde, de las otras insignias reales, sobresale el cráneo humano, tocado con la enorme esmeralda, de cuyas aguas límpidas brota el parvo y vaporoso surtidor del aéreo penacho de vistosas plumas? ¿Indiferente, duro, mayestático: así, cual un ídolo de bronce en un altar, cabe el derroche fantástico de un templo único, muéstrase en tan brillante ocasión el rey de Texcoco, mientras el cobarde servilismo de su pueblo, rueda dócilmente a sus pies como una alfombra?...

¡No! ¡Contemplémoslo! ¡Escuchémoslo! El poderoso monarca chichimeca; (¡Oh vosotros pensadores y filósofos mexicanos que afirmáis que cuando la Conquista nos trajo la más alta expresión de la cultura del mundo en aquella época, salvo excepciones de detalle, las grandes culturas mexicanas estaban poco menos que en embrión!) el Salomón nativo, poeta, filósofo, sacerdote, juez, legislador y civilizador como el otro y a quien para mejor parecerse al hijo de David, no le falta siquiera, ni el boato palaciego, ni la pasión de Belkís y de la sulamita, ¡esas dos egregias mujeres que simbolizan a todas las mujeres!; nuestro preclaro, nuestro admirable gran rey, espléndido y magnífico, pero sabio y medularmente humilde, lo mismo que su ilustre hermano de Israel, en vez de formular un elogio a la riqueza o de cantar un himno al poder, pone en las alas de las horas, el polvo de luz de estas palabras sibilinas, a través de las cuales, parece resonar el eco terrible del Vanitas Vanitatum del Eclesiastés: “Son las caducas pompas de este mundo como los verdes sauces, que por mucho que anhelan a la duración, al fin un inopinado fuego los consume, una cortante hacha los destroza, un cierzo los derriba o la avanzada edad y decrepitud los agobia y entristece; siguen las púrpuras, las propiedades de la rosa en el color y la suerte: dura la hermosura de éstas en tanto que sus castos botones, avaros recogen y conservan aquellas porciones que cuaja en ricas perlas la Aurora y económica deshace y derrite en líquidos rocíos; pero apenas el padre de los vivientes dirige sobre ellas el más ligero rayo de sus luces, las despoja de su belleza y lozanía, haciendo que pierdan, por marchitas, la encendida y purpúrea color con que agradablemente ufanas se vestían. En breves períodos cuentan las deleitosas repúblicas de las flores sus reinados, porque las que por la mañana ostentan, soberbiamente engreídas la vanidad y el poder, por la tarde lloran la triste decadencia de su trono y los repetidos parasismos (¿paroxismos habrá querido decir el traductor?) que las impelen al desmayo, la aridez, la muerte y el sepulcro”. “Todas las cosas de la tierra tienen término porque en la más festiva carrera de sus engreimientos y bizarrías, calman sus alientos, caen y

se despeñan para el abismo (1)”. “Toda la redondez de la tierra es un sepulcro; no hay cosa que con título de piedad no la esconda y la entierre”. “Corren los ríos, los arroyos, las fuentes y las aguas y ningunas retroceden para sus alegres nacimientos: acelerándose con ansia para los vastos dominios de Tláloc: y cuando más se arriman a sus dilatadas márgenes, tanto más van labrando las melancólicas urnas para sepultarse.”

“Lo que fue ayer, no es hoy, ni lo de hoy se afirma que será mañana”. “Llenas están las bóvedas de pestilentes polvos que antes eran huesos, cadáveres y cuerpos con alma, ocupando éstos los tronos, autorizando los doseles, presidiendo las asambleas, gobernando ejércitos, conquistando provincias, poseyendo tesoros, arrastrando cultos, lisonjeándose con el fausto, la majestad, la fortuna, el poder y la admiración”.

“Pasaron estas glorias, como el pavoroso humo que vomita y sale del infernal fuego del Popocatepetl, sin otros monumentos que recuerden sus existencias que las toscas pieles en que se escriben. ¡Ah! ¡Ah! ¿Y si yo os introdujera en los oscuros senos de esos panteones, y os preguntara, qué, cuáles eran los huesos del poderoso **Achalchiuhtlanetzin**, primer caudillo de los antiguos toltecas, de **Necaxecmitl**, reverente cultor de los dioses? ¿Si os preguntara, dónde está la incomparable belleza de la gloriosa emperatriz **Xiuhtzal**, y por el pacífico **Topiltzin**, último monarca del infeliz reino tolteca? ¿Si os preguntara, que cuáles eran las sagradas cenizas de nuestro primer padre **Xólotl**; las del munificentísimo **Nópatl**; las del generoso **Tloltzin**, y aún por las calientes de mi glorioso, inmortal, aunque infeliz y desventurado padre Ixtlixóchitl? Si así os fuera preguntado por todos nuestros augustos progenitores ¿Qué me responderíais? Lo mismo que yo respondiera: ¡**Indipohdi, indipohdi**: nada sé, nada sé! porque los primeros y últimos están confundidos en el barro”. “Lo que fue de ellos ha de ser de nosotros y de los que nos sucedieran”. “Anhelemos, invictísimos príncipes, capitanes esforzados, fieles amigos y leales vasallos; **Aspiremos al cielo que allí**

(1).— Hoyo, en el original.

todo es eterno y nada se corrompe, el horror del sepulcro es lisonjera cuna para el sol y las funestas sombras, brillantes lucen para los astros”.

“¡No hay quien tenga poder para inmutar esas celestes láminas, porque como inmediatamente sirven a la inmensa grandeza del autor, hacen que hoy vean nuestros ojos lo mismo que registró la preterición y registrará nuestra posteridad!”. (1)

La versión, en verso castellano, de tan sublime poema es la siguiente:

“Son las pompas caducas de este mundo
Como los verdes sauces de la fuente,
Que, en este suelo, sin igual fecundo,
Sombra y frescura dan, más de repente

El fuego los devora furibundo,
O de la hacha al poder doblan la frente,
O bien, cuando añosos languidecen,
Barridos por el cierzo desaparecen.

La púrpura del trono es cual la rosa,
Que luce su hermosura por un día,
Mientras guarda la savia substanciosa
El avaro botón; mas luego impía
De tonatiuh la llama rigorosa,
Agosta su belleza y lozanía
Y, cual llorosa virgen engañada,
Pierde el color, marchita y deshojada.

(1).— Esta es una de las dos únicas poesías del rey poeta que han podido llegar hasta nosotros; se halla traducida al otomí y se posee un fragmento en náhuatl que comienza: Xóchitl mamani in ahuehuetitlán... verso inicial con el que comúnmente se la designa.

Horacio Lúiziga Anaya. La luz del conocimiento

Es muy breve el reinado de las flores,
Como el reinado del humano mismo;
La que hoy al alba muestra sus primores,
Yace a la tarde en flébil parasismo.
Todo tiene su fin: gloria y honores
Ruedan con el mortal hasta el abismo;
Es un inmenso panteón la tierra,
Que cuanto alimentó, piadosa entierra.

Los ríos, los arroyos y las fuentes
Corriendo van, pero jamás alcanzan
Volver a do nacieron sus corrientes,
Y corren más y mientras más se avanzan
Más ahondan sus tumbas y dolientes,
Al mar se arrojan y por fin descansan:
¡Tal es el curso de la vida humana,
Ayer no es hoy ni hoy será mañana!

Llena la fosa está de tristes restos,
Que ayer de vida y de salud gozando,
Fueron guerreros, jóvenes apuestos,
Sabios y nobles con riqueza y mando;
Más poder y riqueza y altos puestos,
Al sople fiero y del camino infando
Pasaron como el humo pestilente
Que el Popocatépetl vomita ardiente.

Rasgad las sombras de la cripta hueca
Y registrad los senos del olvido...

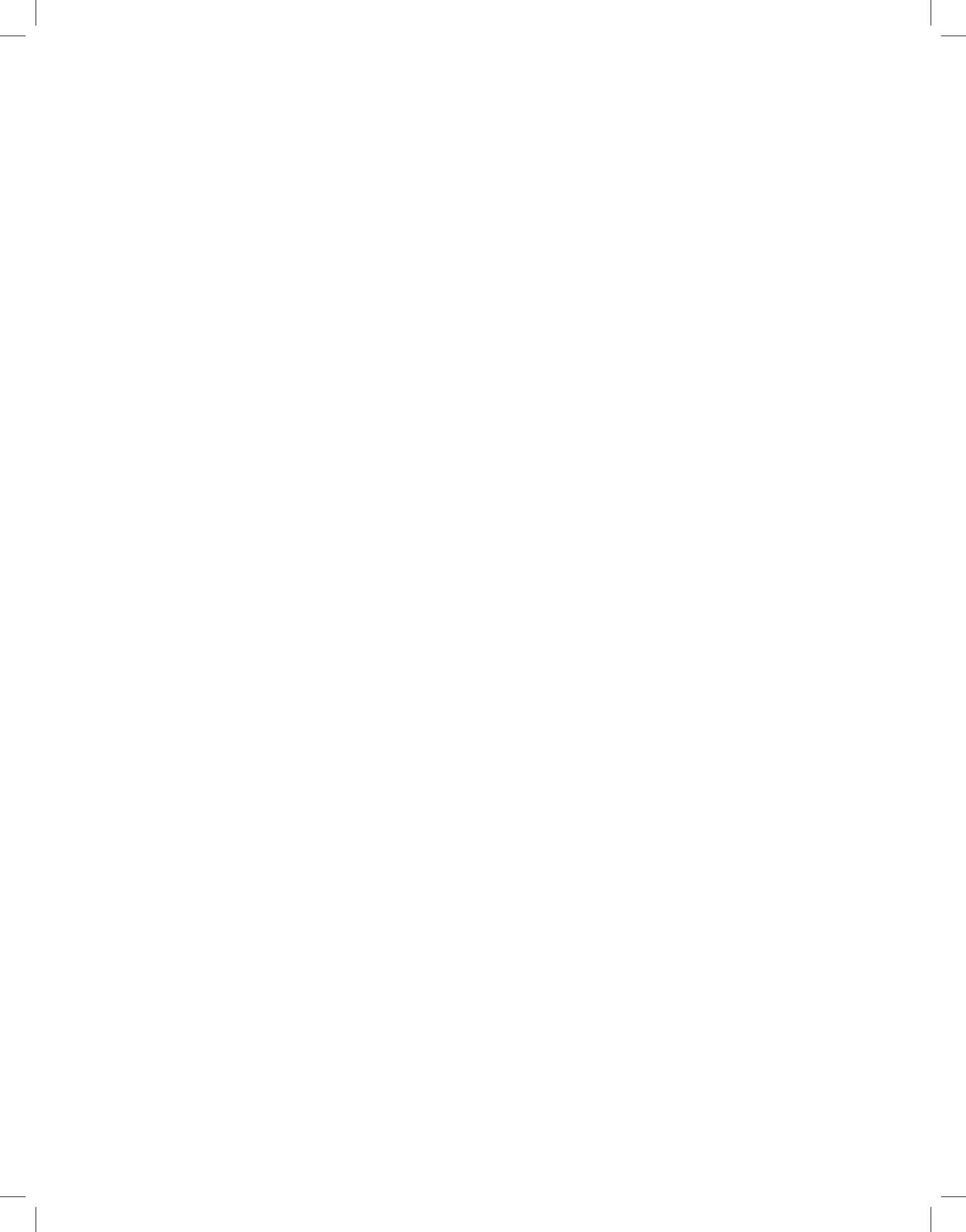
El Estado de México Desde la prehistoria...

¿Dó está Chalchiutlanet el chichimeca?
¿Mítl, el cultor de dioses, dó se ha ido?
¿De Topilzin el último tolteca
Y la hermosa Xiuhtlal, decid, ¿qué ha sido?
¿Dónde Xólotl está, rey fortunado?
¿Dó Ixtlilxóchitl mi padre desdichado?

¡Ah! Necio afán, inútil diligencia:
Quién más sabrá que El que lo sabe todo?
Del lodo los sacó la Omnipotencia,
Y yacen confundidos entre el lodo;
Tal suerte correrá nuestra existencia,
Y nuestros nietos, ¡ay! no de otro modo,
Después de haber rendido la jornada,
Serán también el polvo de la nada.

Aspiremos, oh nobles texcucanos,
A la vida inmortal del alto cielo:
La materia perece entre gusanos,
Pero el alma hacia Dios levanta el vuelo;
Del Eterno en los campos soberanos
Todo es gloria y amor, paz y consuelo,
Y esos astros que tanto nos deslumbran,
Lámparas son que su palacio alumbran. (2)

(2).— Naturalmente, como siempre que de poemas se trata, la traducción nos entrega estas suntuosas flores líricas despojadas de la gracia de su perfume musical; pero así y todo, no ha podido impedir que llegue hasta nosotros, esa íntima y profunda esencia de filosófica religiosidad, que palpita su divino evangelio en el corazón marchito de los cálices...



CAPÍTULO XIII

PARANGÓN ENTRE EL IMPERIO AZTECA Y EL REINO CHICHIMECA.
—OPOSICIÓN ENTRE EL SENTIDO POLÍTICO DEL MEXICANO Y EL
SENTIDO RELIGIOSO DEL CHICHIMECA.— CULTURA, EN EXTENSIÓN,
DEL PRIMERO Y CULTURA, EN PROFUNDIDAD, DEL SEGUNDO

¿ANTE TAL PERSONAJE, ante tal pueblo, ante tal raza, pueden levantarse con ventaja los emperadores aztecas y el imperio mexicano? ¡De ninguna manera! pero unos y otros, pueden colocarse perfectamente en el mismo plano crítico, ya que ambos, por tantos conceptos, se completan.

En efecto, para nosotros el chichimeca, en quien, a través del tolteca se afirma el olmeca, representa el grado supremo de la evolución psíquica de las razas precortesianas del país; pero, según ya lo hemos dicho, en un sentido de profundidad, de penetración arcana en las dos direcciones del cosmos y del ser; en la polaridad correlativa de los orígenes esenciales y de los fines trascendentes. En cambio, el mexicano, en quien posiblemente, también a través del tolteca se afirma el nahua, representa el máximo grado de la evolución psíquica, pero considerando al espíritu en función de voluntad, como voluntad si se quiere (según el concepto Shopenhaueriano); pero, sobre todo, de la voluntad de poder como decía Nietzsche: es decir, en un sentido de extensión actual, de expansión, de interés de aquí; de mera irradiación visible, humana, terrena, sensible y palpable de la personalidad perfectamente limitada; del ego que no quiere perderse más allá de sí mismo sino que, antes bien, desea concretarse y afirmarse mejor y más a sí mismo, por medio de la posesión periférica (no medular, no esencial, no en fin egocéntrica, como el “yo” subjetivo de Fichte) del medio material que lo rodea.

Pero, se nos objetará, el chichimeca también es conquistador o afirmativo de aquí, y el azteca también es religioso, profunda, hasta exaltada y bárbaramente religioso; y si Axayácatl, es el tipo clásico del conquistador, entre los mexicanos, Moctecuhzoma II es el ejemplo insuperado del fanático que sacrifica hasta el honor de su patria y la dignidad de su pueblo, en aras de los fatales y para él ineludibles e inviolables designios de los dioses.

Y es verdad, pero la actitud de Moctecuhzoma, según lo hemos apuntado en capítulo precedente, no es sancionada ni apoyada, antes bien, es en lo absoluto condenada por su pueblo, que reacciona, afirmativa, soberanamente, con las máximas figuras, no religiosas sino épicas, de Xicoténcatl, Cuitláhuac y Cuauhtémoc. Antitéticamente, como ya lo hemos demostrado, el pueblo chichimeca sí sancionó, apoyó y hasta aplaudió la actitud de Netzahualcóyotl, cuyo largo reinado de 41 años, puede afirmarse que se prolongó, durante los 44 años del gobierno de Netzahualpilli, en quien los chichimecas continuaron apoyando y aplaudiendo el genio político, pero sobre todo, la concepción estadística ético-religiosa de su ilustre padre.

También estamos de acuerdo en que la guerra **no es un fin** para el azteca, ni siquiera un fin secundario, como no lo es para el chichimeca; es más, sabemos que para ambos la guerra es únicamente la forma, o **el medio** de realizar la voluntad mediata o inmediata de sus dioses; de engrandecerse para mayor honra de ellos, a quienes en tal caso podían edificar teocalis más espléndidos y rendir cultos más suntuosos; o de destruir a los enemigos de sus deidades, para desagraviarlas, propiciárselas y lograr que reinasen de una manera absoluta sobre los hombres.

¡Sí! Todo esto lo sabemos, pero, precisamente por ello, en el parangón de esos dos sentidos religiosos, fundamos nuestro anterior aserto; toda vez que la religiosidad del azteca es de un marcado carácter político (política: forma práctica de la virtud –Aristóteles– organización social de interés –Maquiavelo– o realización cívica del Estado –Ihering–etc.); en tanto que la religiosidad

del acolhua-chichimeca, es de una tendencia inconfundiblemente filosófica, especulativa, casi cristianamente moral.

No negamos que el azteca haya traído en el fondo de sí mismo, las cenizas de los cuatro soles ya extintos de la cosmogonía nahoa; no negamos que haya rendido culto a **Cihuacoatl** o **Cuatlicué**, madre y señora de los dioses, a **Tezcatlipoca** (espejo reluciente) dios creador; a **Tláloc**: dios del agua; a **Tenatiuh**: el sol; a **Metztli**: la luna; al dios del aire: **Quetzalcoatl**; a **Xiuhtecutli**: divinidad de la hierba; y a **Centeotl**: diosa del maíz; **Mixcoatl**: de la caza; y hasta **Xipe**: dios de las minas: **Xicateuhctli**, del comercio, y **Mictlantecuhctli** y **Mitlancihuatl**, dioses del infierno: casi todos, resultado de un involucionismo, fragmentación o deformación de las grandes divinidades nahoas.

No negamos esto, pero recordamos, como la síntesis que mejor reduce el cuadro de estas divinidades y que expresa de una manera más clara y más de acuerdo con nuestro criterio el valor del pueblo azteca en función de su religión, el siguiente brillante párrafo de D. Alfredo Chavero, autoridad insospechable a este respecto, que reproducimos íntegramente de la monumental obra “México a Través de los Siglos”:

“Los mexicanos al levantar su ciudad, alzaron inmediatamente su teocalli, como se ve en el Códice de Mr. Aubín, la inauguraron con sacrificios, según las crónicas, y construyeron inmediatamente el **Tzempantl**, para las calaveras de los sacrificados, como se puede observar en el códice Mendocino. La ciudad y la raza, se destinaban al dios, el culto de sangre llegaba a su apogeo; el dios **Tezcatlipoca** era el dios supremo; se habían olvidado los orígenes astronómicos y **Quetzalcoatl** era un hombre que había de volver; pero el gran dios civil, digámoslo así, era Huitzilopochtli: el señor de la guerra, de la muerte y de la victoria”. “Por él alentaba aquel pueblo fanático; por él había de hacer prodigios de valor; por él había de llevar sus **pantli** triunfadores más allá de Cuauhtemalla y de uno al otro lado del océano. El problema de lo porvenir estaba ya planteado definitivamente: había una tregua entre Tezcatlipoca y Quetzalcoatl que debía

de decidirse, y para siempre, sobre el teocalli del dios **Huitzilopochtli**. Se había preparado ya la arena del último combate: la gran ciudad de México-Tenochtitlán, estaba fundada”. (1)

Por otra parte y a pesar de que en este pueblo no hizo más que definirse y expresarse mejor, una noción que originariamente nunca fue suya, ni siquiera de la gran rama nahoa de donde provino, sino del olmeca, con el que incuestionablemente hubo de mezclarse (2), muy lejos estamos de negar que el azteca haya poseído, una tan clara noción del tiempo, que fue capaz de crear un calendario más perfecto que el Juliano y el Gregoriano. Pero su noción del tiempo fue en función del espacio y no del tiempo; fue una noción del tiempo-espacio, no del tiempo-tiempo, o tiempo puro; fue cronológica, no histórica; utilitaria, no filosófica; actual, no trascendente.

Pues bien, exactamente en frente de ese sentido político del azteca; se levanta el sentido histórico del chichimeca; y sobre todo, frontera a aquella concepción religiosa del hombre como vehículo ciego de la voluntad de poder del dios, álzase, todavía, sorteando en las bajas capas populares, los mil obstáculos de las supervivencias religiosas de otras épocas; acaso apenas vagamente entrevista en el subconsciente de las conciencias inferiores, pero eso sí, indiscutiblemente intuída ya, con una fuerza formidable por todos los espíritus alerta; álzase ya, decimos, tímida aún, vacilante aún, pero ya límpida, pura y luminosa, en su amanecer de estrella y en su advenimiento de alborada, la sublime concepción religiosa del Dios Único, potente e invisible, como el acto puro del estagirita; intangible, invisible, incomprensible e inalcanzable aunque siempre justo, siempre bueno, siempre

(1).— México a Través de los Siglos. 1er. Tomo. Pág. 507.

(2).— “El elemento típico cultural que impuso en todas partes (el olmeca) fue su calendario, a tal grado que puede decirse que ninguna de las antiguas civilizaciones dejó de conocerlo; y cuando decimos calendario, decimos también los cultos que con él estaban relacionados. El radio de extensión de ese sistema cronológico, cuyos nombres correspondientes a meses, días, etc., se encuentran traducidos a todos los idiomas indígenas, marca el área de la dominación olmeca; del mismo modo que el del idioma, señala el de la conquista Nahoá”.

misericordioso, como el blondo y lontano Rabí de Galilea. Porque sí, todo induce a pensar en que acaso desde sus adivinaciones de poeta y puesto de pie en la torre sibilina de su palacio, columbró la visión del Nazareno, ese emperador romancesco: Netzahualcóyotl, hasta cuyo vértice espiritual subió un día, toda la inquietud y toda la fuerza psíquica de su raza, para afinar más aún el mito de **Quetzalcoatl** que ya era una aurora; para afinarlo más y más, hasta convertirlo en el punto de luz de la verdad suprema y el supremo poder y la suprema caridad, que es sólo un punto, sí, porque, como el centro de la esfera cósmica, es el punto en torno del cual giran todo el tiempo, todo el espacio y todos los seres y las cosas!...

Ahora bien, ¿que nosotros, en capítulos anteriores, hemos afirmado la superioridad del pueblo que sacrifica a sus semejantes en aras de sus dioses y que los aztecas en aras de sus dioses sacrificaron millares de víctimas humanas? ¡Es cierto! No negamos tal cosa ni rehuímos en este caso, la más estricta aplicación de nuestros razonamientos ¡Sí! Efectivamente, el azteca acusa una noción superior, temerariamente superior del valor ético-religioso del sacrificio; y tan es esto, que realiza sus hecatombes movido, no precisamente por la crueldad de matar, sino por la desesperación de su destino en eclipse o en derrota, que lo obliga, más que en ninguna desesperación de su destino en eclipse o en derrota, que lo obliga, más que en ninguna otra circunstancia, a obedecer a su dios. El es un simple ejecutor; un ciego ejecutor; un implacable pero irresponsable ejecutor que puede

“Estos dos hechos, dan una idea clara de la forma en que se hicieron sentir estas dos influencias, pues en tanto que la nahoa, fue una verdadera conquista, en la que se impuso el idioma, la olmeca fue siempre una imposición, por la fuerza misma de la superioridad cultural”.
-I. Marquina Obra citada (Págs. 9 y 10).

De lo anterior podríamos deducir todavía que, pasó con el nahoa, a quien se atribuyen las magnas concepciones del olmeca, lo que con la Francia del siglo XVII que no fue más que la elocuentísima divulgadora del pensamiento filosófico inglés y alemán de su tiempo; y que, por lo tanto, así como aquella, más que cerebro de Europa merece ser llamada, la lengua de Europa, así el nahoa debe ser considerado, no como el espíritu, sino como la voz de las grandes culturas mexicanas de la pre-conquista.-El autor.

volverse contra él mismo, si es necesario, sin lanzar un solo reproche, sin proferir una queja, mudo, humilde y obediente a los inescrutables designios superiores.

Todo esto es exacto, pero también esta noción concreta del sacrificio, acaba de completar, en favor del chichimeca, nuestro parangón entre ambas concepciones religiosas: En efecto, lo que en todo sacrificio trata de ofrendarse, dijimos, es lo mejor, para el hombre para el dios, y lo mejor para el hombre y para el dios (por lo menos para el dios antropomorfo de las más avanzadas religiones que ha creado al hombre a su imagen y semejanza) es el hombre. Pero ahora agregamos, lo mejor en el hombre, lo fundamental en él, es la vida, y la vida tiene dos expresiones: la concreta, el cuerpo, y la abstracta, el espíritu; el sacrificio, pues, consiste o debe consistir, en sacrificar no precisamente al hombre, sino a su vida, que es lo que el hombre más estima, que es aquello por lo cual el hombre es.

De modo que, en consecuencia, para los pueblos que tienen una concepción concreta del sacrificio y para sus dioses (que son sus proyecciones celestes, o de los que los hombres son proyecciones terrenas) lo que debe ofrendarse es el cuerpo en donde la vida se hace visible; es el hombre material. Pero para quienes poseen una noción más elevada del sacrificio, lo que debe ofrendarse es la vida en su expresión más pura, más noble y más alta; en su expresión infinita, inespacial e intemporal, en fuerza de ser ella misma todo el espacio y todo el tiempo: es decir, el alma; y como para ofrendar el alma no se ha menester sacrificar el cuerpo, de ahí que en las religiones superiores, el sacrificio sea espiritual y no corporal, tal acaece con Cristo, que en la sagrada hostia se ofrece en símbolo a los creyentes, y tal recíprocamente, sucede con las santas y las vírgenes profesas, que simbólicamente y espiritualmente con Él se desposan, lo mismo que se desposan con la Iglesia los sacerdotes.

Pues bien, en el primer caso, en el de la forma concreta del sacrificio, hállese el azteca, y en el segundo, en el sacrificio simbólico que acabamos de mencionar, encuéntrase el chichimeca. Por eso es que Ahuizotl, con el apoyo y aplauso de su pueblo, que de otro modo y con tal motivo lo habría derrocado, celebra la

El Estado De México Desde la prehistoria...

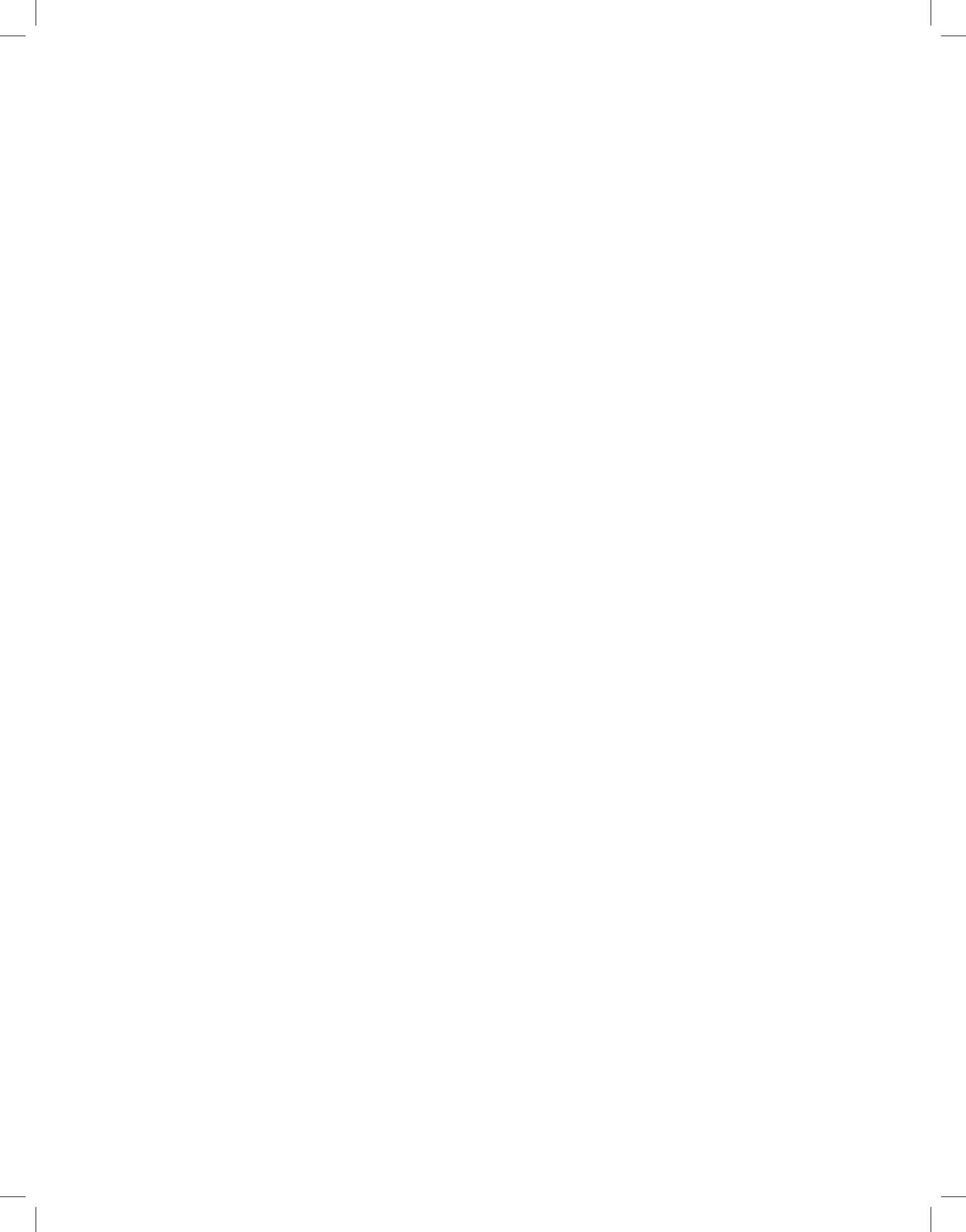
dedicación del Templo Mayor a Huitzilopochtli, con el holocausto de 4,000 a 20,000 víctimas (1). Netzahuacóyotl, en cambio también con el apoyo y beneplácito de su pueblo, que si no hubiese estado de acuerdo con él, igualmente lo habría derribado del trono, ordena la supresión de los sacrificios humanos; pues su dios, no es como la terrible deidad azteca, un dios que haya menester de sacrificios, limitados o restringidos a la efímera entidad material del cuerpo, sino que anhela la ofrenda de las almas, que como no acaban nunca, es una ofrenda perdurable, es un sublime holocausto de eternidad!...

¡Tales las dos grandes monarquías, los dos grandes pueblos y las dos grandes razas que de modo tan glorioso imperaron en la vasta extensión, que más tarde habría de ocupar la antigua Intendencia de México, y que, en forma tan diversa, pero con igual victorioso resultado, afirmaron la grandeza de Anáhuac, hasta que el pomo de acero de la espada del conquistador, ávido de riquezas y de aventuras, llamó en las puertas de oro del continente de la morena Schahrazada!...

¡Tales las dos supremas culturas del país, que con la maya quiché, comparten el más alto lugar de las culturas de la América de la preconquista y de las más avanzadas culturas del mundo antiguo, y cuyo florecimiento, tuvo como escenario, el privilegiado territorio del Estado de México, hasta cuyas cumbres excelsas (con el Citlaltépetl, las más altas de la República) había de ascender un día la Patria, trémula y estupefacta, para contemplar mejor cómo, detrás de la bárbara avidez de los gambusinos, en el alma de nardos de los misioneros, retornaba ya Quetzalcoatl transfigurado en Jesucristo!...

.....

(1).— Según los códices Telleriano y Vaticano, fueron 20.000 las víctimas. Pero la crítica histórica contemporánea (Verdía, Toro, etc.) fundados en una equivocación que en su concepto deben haber sufrido los copistas de los anteriores documentos al poner dos figuras de Xipili, que en el original parece que no existían, afirman que únicamente fueron 4,000. Por fin, otros autores como Chimalpain, aseguran, exageradamente, sin duda, que ascendieron a 80,600.



CAPÍTULO XIV

LOS MATLATZINCAS.—TOLLOCAN.—ÉTIMOLOGÍA DE ESTOS NOMBRES

QUANDO la cruenta fatiga de las primeras tribus nahuatlacas, hallábase próxima a reposarse en el muelle encanto del Valle de México y de las amenas regiones a él circunvecinas, procedente del Norte, apareció en el vasto imperio chichimeca, que a la sazón hallábase en los áureos dinteles de su prosperidad, una tribu de origen nahoa, que acogida benévolamente por **Xólotl**, el hábil y prudente soberano, fue a establecerse en el extenso y elevado altiplano, que desmadeja la seda fluida de sus ríos, destrenza las cabelleras líquidas de sus lagunas y desgrana las esmeraldas trémulas de sus vegetaciones, a la sombra de zafiros del **Xinantécatl** (1) en cuyas terrazas de alabastro se reposan las auroras, bajo la lenta caricia de los vientos azules.

(1).— Volcán o Nevado de Toluca, situado a los 19°11'33" latitud Norte y a 0°45'39" longitud oriental de México; cuya altura es de 4.628 metros sobre el nivel del mar y que ofrece la particularidad de tener dos lagunas de agua sulfurosa en el fondo de su cráter extinguido. Su nombre Xinantécatl, según el Sr. Olaguíbel, citado por el Lic. D. Cecilio A. Robelo, significa Señor Desnudo, de **xipotxtic**, cosa desnuda y de **técatl**, Señor. Y en la fe de erratas o correcciones de su obra, agrega: "puede venir de **xipotxtic**, cosa desnuda, como **Xipechtli**: desnudo". Sin embargo, el Lic. Robelo refuta esta opinión, fundado en que **Xipechtli** significa liso y no desnudo, y **técatl**, no quiere decir Señor, sino que es una simple desinencia de los nombres gentilicios o étnicos terminados en tla, tlan y sus variantes. En su concepto, la única palabra mexicana que encuentra parecida al nombre del Nevado de Toluca, es **Chinantécatl**, que, como significa "natural de Chinantla" resulta, completamente impropio de un volcán. Y concluye: **Xinantécatl** tal como está escrito, no se presta a ningún análisis etimológico" (Nombres Geográficos Indígenas del Estado de México. —Cecilio A. Robelo).

Este lugar llamóse **Tollocan**, **Tolo-can**, **Toloca** o **Tolucan**, que propiamente quiere decir, lugar de los Toluca, según Orozco y Berra, quien a continuación explica: “la palabra está formada por una cabeza inclinada, signo del verbo **toloa**, bajar o inclinar la cabeza resulta cuando **Tolo-can** (de sonido igual al apetecido) lugar de donde se inclina la cabeza. En cuanto al grupo inferior, compuesto de una red, **matlatl**, y del fonético **tzinca**, arroja naturalmente los sonidos **Matlatzinco**, nombre de la provincia en que Toluca estaba situada y también designa la tribu matlatzinca”.

“El jeroglífico que examinamos (prosigue diciendo el Diccionario de Nombres Geográficos de México.-págs. 218 y 219 de donde reproducimos estas líneas) se compone de una cabeza inclinada, sobre la terminación **tepec**: estos dos signos dicen solamente, lugar o asiento de la tribu toluca. La figura descrita por el Sr. Orozco y Berra entra en la categoría de los diptongos jeroglíficos; la manera con que están escritas las palabras, el signo de Toluca arriba y Matlatzinco abajo, dicen que el segundo lugar pertenece a la tribu o cabecera del primero”.

Por otra parte, y con menos autoridad seguramente, aunque, apoyado según piensa, en la forma figurativa de la escritura jeroglífica, D. Eufemio Mendoza traduce de **Tollocan**: “lugar de Reverencia”, opinión de la que participa el historiógrafo Olaguíbel.

Por fin, el Lic. D. Cecilio A. Robelo, en su obra “Nombres Geográficos Indígenas del Estado de México”, citada repetidas veces por el Sr. D. Gilberto Bernal, en su libro inédito, hidalgamente facilitado al que estas líneas escribe: “Datos para la Historia del Estado de México”, después de refutar a Peñafiel y a Olaguíbel, tras de sesudo y minucioso examen, y apoyado en las más sólidas y eruditas razones, que hábilmente corrobora con ciertas afirmaciones correlativas de Boturini y Sahagún, llega a la conclusión, para nosotros no sólo más aceptable, sino definitiva de que **Tollocan**, o más propiamente **Toloca**, quiere decir: “en (donde está) el dios **Tolo** o **Toloqui**” esto es “el inclinado de cabeza” o “el de la cabeza inclinada”. “En efecto, añade: en el cerro **Tolochi** (corrupción de **Tolotzin**)

que se halla al Norte de la ciudad, debe haber existido un templo tolteca de los que habla Boturini y en el que debe haberse tributado culto a un dios que tenía la cabeza inclinada; lo que se confirma con el jeroglífico que consiste en un cerro (**tepetl**) en cuya cima está una cabecita inclinada, y acaba de corroborarse con la significación del nombre mismo del cerro, que geográficamente, y con más propiedad, debe llamarse, mejor que **Tolotzin** (como se lee en los títulos de posesión de la ciudad y que indica doble reverencia por la raíz **Tolo** y por la partícula **Tzin**, del estilo reverencial) **Tolotzinco**, **Tolotepetl** o **Tolocan**, que quiere decir, respectivamente: “En donde está el dios Tolo” o “Cerro del dios Tolo” o “Lugar del dios Tolo”, o, por fin y después de substituir “Tolo”, por su equivalente “el inclinado de cabeza” o “el de la cabeza inclinada”, “Lugar del dios inclinado de cabeza” o “Lugar del dios que tiene la cabeza inclinada”.

Además, todavía explica, que “la variante Toluca, de Toloaca, procede de que los indios confunden la “O” con la “U”, sobre todo cuando está repetida en la palabra y añade, refiriéndose al estudio que acabamos de extractar: “Después de algún tiempo de haber escrito el artículo que procede, leímos un pasaje del Padre Sahagún, en que dice... los Matlatzincas cultivaban la tierra y adoraban al dios **Coltzin**, al cual sacrificaban víctimas humanas, retorciéndolas dentro de una red de pescar”.

“La lectura de este pasaje vino a afirmarnos en nuestras conjeturas, pues en él queda demostrada su exactitud de un modo indiscutible. En efecto, **Coltzin**, se compone de **cotlic**, torcido, derivado de **coloa**, torcer lo derecho, encorvar y de **tzin**, subfijo que expresa reverencia, cariño o disminución; y significa “El Dios Torcido”, “El Torcido”. Si se observa el jeroglífico, se verá que la inclinación de la cabeza que está en la cima, no es en sentido recto, sino hacia un lado, como la persona que sufre de tortícolis o torcedura del cuello. De todos modos, esta torcedura le hace inclinar al dios la cabeza, y por eso le han de haber llamado también Tolo o Tolotzin, “El Inclinado de Cabeza”, y de esta denominación que ha de haber sido más popular, puesto que le dio nombre al cerro donde

estaba el teocalli, **Tolotzin** o **Tolotepec**, provino la de Toluca o Toluca, dada al pueblo circunvecino”.

Todavía, a guisa de complemento, podríamos consignar la interpretación que de Toluca, nos da, en la primera parte (Historia Antigua) de su libro **La Ciudad de Toluca**, y precisamente en una nota de la primera página, el Sr. D. Isauro Manuel Garrido, quien, confundiendo **Tollocan** con **Tollan**, afirma de una manera rotunda que: “Toluca o **Tollocan**, en idioma mexicano, significa lugar de los tules, pues aún se hallan en algunos puntos cerca de la ciudad”.

Respecto al nombre de la tribu de origen nahoa, según ya dijimos, que habitó este lugar y que vino del Norte, casi por las mismas fechas en que llegaban al Valle de México las primeras tribus nahuatlacas, creemos también más conveniente, reproducir íntegro otro párrafo del Lic. Robelo, continuación del anterior, en el que se verá cuál es ese nombre y cuáles las razones que se tuvieron para adoptarlo. He aquí el párrafo en cuestión:

“Otra preciosa enseñanza encontramos en el pasaje de Sahagún. Dice el erudito fraile, que a **Coltzin** le sacrificaban víctimas humanas, retorciéndolas dentro de una red de pescar. La red, en el idioma náhuatl, se llama **matlatl**; pero como era objeto consagrado al culto, porque servía de instrumento de los sacrificios, su denominación debía ser reverencial, y de ahí es que se llamara **matlatzin**, redecilla o red sagrada. Este objeto sagrado, **Matlatzin**, sirvió después para denominar la comarca en que se hacía uso de tales sacrificios, y por eso se llamó Matlatzinco al Valle de Toluca y Matlatzinca a sus habitantes. Esta asociación de ideas que producen el nombre del dios **Coltzin** o **Tolotzin** y el nombre del instrumento de los sacrificios que le estaban consagrados, da origen al jeroglífico diptongo, como le llama el señor Peñafiel, del cerro con una cabecita inclinada en la cima, y de las redes en la parte inferior”.

“Los nombres del dios, el de la red, y los de las comarcas, deben haber sido puestos por los Toltecas que hablaban el idioma náhuatl y que fundaron el templo, según dice Boturini, pues los Matlatzincas hablan otro idioma, que

se conserva aún en algunos pueblos del Estado de México. Los Matlatzincas fueron sometidos a México por el Rey Axayácatl, quien tuvo un hijo al que le llamó **Matlatzincatzin**. Los mexicanos que recogieron las tradiciones toltecas, transmitieron después los nombres nahoas, pues los Matlatzincas, daban nombres muy distintos, en su idioma, al dios, al cerro, al pueblo y a la comarca”.(2)

Así pues, queda demostrado que **Matlatzinco** se llamó el Valle de Toluca, **Matlatzinca**, por asociación o asimilación, el señorío; **Matlatzincas** los habitantes; y Tollocan o mejor aún **Toloca** la Capital; y que el significado más correcto de estas palabras es el que, en vista de las pruebas citadas hemos aceptado. (3)

(2).— Conste que los toltecas, a pesar de lo que opina el arqueólogo Payón en su conferencia que reproducimos en el apéndice, sí estuvieron en Toluca y tuvieron relación con los Matlatzincas.

(3).— Matlatzinca en su propio idioma se dice: Nentámbati- “los de en medio” o “ los del centro-o” Nepintatúhi-“los de la tierra del maíz”.-Nicolás León-Historia de México.-2a. Edición.- Pág. 110.



CAPÍTULO XV

PRIMEROS POBLADORES DEL VALLE DE TOLUCA. – FUNDACIÓN Y UBICACIÓN DE LA CAPITAL DEL SEÑORÍO MATLATZINCA

POR AQUELLA misma época, según la unánime y estereotipada expresión de los historiadores que hemos consultado (expresión tan uniforme, que nos ha hecho pensar seguramente sin razón, en que antes de escribir y no obstante la diversidad de fechas en que lo hicieran, todos se pusieron de acuerdo hasta en el modo de emitir sus juicios, palabras, por palabra); “por aquella misma época, decíamos (más propiamente: dicen, los escritores de quienes nos ocupamos) y en distintas fechas, llegaron también procedentes del Norte otras tribus de **filiación nahoa: los olmeca, xicolanques, otomíes, tarascos, matzahuas**, y otras varias.”

Desde luego, nosotros no podemos aceptar semejante afirmación, pese a la cantidad y a la calidad de las valiosas firmas que la prolijan, en lo que respecta a los **olmecas** y **otomites**, porque los primeros (los **olmeca**) según cuanto llevamos expuesto en los capítulos iniciales de este trabajo, con apoyo en las razones, deducidas de hechos incuestionables de nuestros más avanzados y modernos arqueólogos y etnólogos, constituyeron una corriente inmigratoria casi tan antigua, o posiblemente tan antigua como la de los **nahoas**, pero **distinta de ella, absolutamente distinta de ella**, sea por su procedencia, por su trayectoria y hasta por sus caracteres físicos y psíquicos, ya perfecta y repetidamente diferenciados por los eminentes hombres de estudio que hemos citado hasta el cansancio.

En efecto, mientras el **nahoa**, lo repetiremos una vez más, que según todas las probabilidades, pertenece al tipo del indio dolicocefalo americano (primer

subtipo de la raza amarilla-morena) se desprende de ambas Californias y siguiendo el litoral del Pacífico, avanza por el eje de la Sierra Madre Occidental; el **olmeca**, que tal vez corresponde al tipo del indio braquicéfalo americano, procede de la cuenca del Mississippi y Estados orientales de los Estados Unidos del Norte, camina por el litoral del Golfo y sigue hasta las remotas regiones del Sur o traspone, en su parte media, el eje de la Sierra Madre Oriental. Casi simultáneamente, el **nahoa** atraviesa la Sierra Madre Occidental, y acaba por confundirse con el **olmeca**, más exactamente, por coordinarse con él, en los altiplanos del centro; pero sin que esto quiera decir que el **olmeca** dependa o se derive del **nahoa**; pues, antes bien, como igualmente hemos demostrado, si es muy grande la contribución que aporta el espíritu, más civilizado que culto, del **nahoa**, es más grande la que suministra el espíritu, más culto que civilizado, del **olmeca**.

En cuanto a los **Otomites** u **Otomíes**, conforme creemos haberlo demostrado también, son considerados, casi sin excepción de pareceres, como unos de los habitantes más antiguos (si no es que como los más antiguos) del territorio mexicano; como los autores inmediatos descendientes de los autores de la cultura arcaico-primitiva, y no es concebible que hubiesen llegado al Valle de Toluca hasta el año de 1120, cuando la cerámica arcaica y las ruinas arqueológicas de Tenango, Tecaxic, Huitzila, etc., pero sobre todo las de Calixtlahuaca, cuya riquísima zona se encuentra ya en plena exploración, nos hablan de la remota antigüedad del **Otomí** en la región susodicha. Por ejemplo, el Sr. D. José García Payón, Director de la Biblioteca y del Museo de la Capital del Estado de México y Jefe de las exploraciones emprendidas desde mediados del año de 1930 en Calixtlahuaca, en informe especial girado al autor de estas líneas, por orden expresa del C. Coronel Filiberto Gómez, Gobernador Constitucional del Estado, al referirse a los importantes trabajos emprendidos en aquella región, situada en la falda del cerro del Tenisco, o Tenismó y distante apenas unos ocho kilómetros de Toluca, dice textualmente: “Puedo decirle que la población de Calixtlahuaca, fue incluida en el libro de los **Tributos de Moctezuma**, y que por su construcción

arquitectónica y por el material arqueológico que se encuentra en toda la zona, Calixtlahuaca fue **poblada en el periodo pre-tolteca**, y su historia continúa hasta hoy”. “Los restos arqueológicos encontrados comprenden **algunas piezas arcaicas**, correspondientes a una cultura **pre-Teotihuacana**, que equivale a **pre-Tolteca; Teotihuacana**, y un reducido porcentaje de piezas aztecas. La pirámide que actualmente estamos descubriendo, tiene hasta este momento de una manera bastante clara, tres períodos históricos esto es: **pre-Teotihuacano; Teotihuacano y Azteca**”. (4)

Si recordamos, ahora que únicamente el período teotihuacano, según opinión del Dr. Gamio, expresada en su monumental obra. “Los Pobladores del Valle de Teotihuacán”, tiene una antigüedad que oscila entre dos mil quinientos y tres mil años; no podemos menos de concluir, que cuando se establecieron en el Valle de Toluca los Matlatzincas (en 1120) hacía muchos siglos que en el mismo lugar habían vivido otros pueblos; que entre ellos, indiscutiblemente, como los más antiguos, deben haberse encontrado los **Otomites**, puesto que la cerámica arcaica (de la que tantos ejemplares se han encontrado en esa región, y cuya existencia está ya plenamente comprobada, según consta de una manera clara y precisa en el fragmento de informe reproducido anteriormente) casi sin excepción de autores, se atribuye al **Otomí**, cuando se trata, sobre todo de la Mesa Central. Y que, además de los **Otomíes** y posteriores a ellos, pero siempre muy anteriores a los Matlatzincas, otros pueblos toltecas o de incuestionable filiación tolteca, habían alcanzado tan alto grado de progreso y habían vivido una cultura quizá tan grande, como esa que, a unos cuantos kilómetros de Toluca, fue capaz de repetir la fuerza hecha volumen, el símbolo hecho escultura y la gracia hecha

(4).— El propio Ingeniero Payón en posterior conferencia (junio 1932), contradice estas sus afirmaciones, pues declara rotundamente que en la zona arqueológica de Calixtlahuaca, no hay nada de tolteca ni teotihuacano, como no sean unas cuantas “cabecitas teotihuacanas” llevadas a esa región por el tráfico comercial. El autor no conforme con esto, refuta en su Nota Bene, semejantes apreciaciones.

relieve, de aquella ciudad, a la que no en vano pusieron por nombre: “habitación, casa de los dioses”, o “lugar donde hay muchos dioses y se les adora”.

Sin embargo, tal vez los escritores a quienes refutamos, hayan querido referirse, no a los **Otomíes**, en general, sino a aquellos que habiendo sido arrojados de sus zonas arcaicas, por pueblos más avanzados, retornaban después de un largo exilio, a los lugares que antes ocuparan, cuando de estos lugares, hubiesen desaparecido a su vez, los pueblos que los arrojaron. En este caso la afirmación debatida puede ser aceptada, aun cuando todavía haya de oponérsele la objeción de que, por lo general, y sin una sola excepción que nosotros conozcamos, el otomí, que una vez había sido vencido y expulsado a las regiones montañosas más ingratas o más apartadas del país, permanecía, como permanece aún en los oscuros rincones donde se ha refugiado, en estado casi vegetativo, indiferente casi a las más apremiantes urgencias de su propia vida; abúlico, misérrimo, poco menos que muerto; poco menos que sepultado en las cenizas de un pretérito varias veces milenario, e incapaz, por lo mismo, de poder almacenar una reserva de energías, tan grande y eficaz, como hubiese sido necesaria, no digamos para prolongar, pero ni siquiera para conservar la ilustre herencia de esa que fue nada menos que una de las más insignes, si no es que la más excelsa, de las culturas mexicanas de la preconquista: la tolteca o teotihuacana.

A menos que consideremos a este otomí de las postrimerías, como una suerte de hiena o chacal humano, que desciende de sus escondrijos para alimentarse con los despojos de los muertos. Pero esto, aparte de ser una injusticia para nuestros antaño esforzados y gloriosos abuelos, tampoco sería aceptable, dado que civilizaciones y culturas tan vigorosas y grandes como la acolhua-chichimeca, la azteca, y la misma matlatzinca, recogieron con devoción y lo devolvieron casi siempre acrecentando, si no en proporciones, sí en dimensiones, el bagaje material y espiritual que dejaron caer de sus hombros, ya vencidos por el tiempo, o fatigados por el infortunio, las ilustres razas progenitoras, longevamente ilustres y larga y fecundamente centenarias.

En estas condiciones y no sin reservar para los otomíes una mayor antigüedad, con respecto a la época en que se instalaron las otras tribus o familias, ya podemos afirmar que fueron tres los grupos que ocuparon casi toda la extensa superficie que hoy comprende la municipalidad de Toluca: Matlatzincas, mexicanos y otomites: Los primeros establecieron en Tollocan, Oztotitlán, Calixtlahuaca, Tlaxomulco, Miltepec y Ocotzacaticpan”, los segundos en Totoltepec, Tlapaltitlán, Capultitlán, Tlacotepec y Cacalomacán y los terceros en Huexoapan, Cuexcontitlán y Huichochitlán. Según nuestro criterio estos últimos ya se encontraban establecidos cuando llegaron los otros dos grupos.

Esto acontecía, conforme hemos dicho ya, en el reinado del monarca chichimeca Xólotl y en una fecha no muy posterior al año de 1120 de la E.C., misma en que fue edificada la ciudad de Toluca “en el Norte de la última colina, en el ramal oriental que se desprende del cerro grande **Macpatxochitl** (sic), en donde existe el árbol conocido hoy con el nombre de “las manitas”, como textualmente afirma D. Isauro Manuel Garrido, en la página 6 de su monografía “**La Ciudad de Toluca**”, publicada el año de 1883, en la que, invariablemente se han documentado, cuando autores han escrito sobre el particular; por cuya razón, indudablemente, y sin que hubiese mediado la menor crítica o interpretación, los geógrafos, historiadores y monografistas, posteriores al Sr. Garrido, nos han repetido exactamente lo mismo, letra por letra, acerca de la ubicación de la ciudad.

Ahora bien, como el Sr. Garrido incurre en el error que en seguida se verá, y como, por otra parte, la existencia hasta hace poco, por lo menos de dos ejemplares del árbol mencionado por él: uno en el lugar que, en nuestro concepto es el fijado por la tradición y otro en un lugar, que, según nuestra humilde opinión, no es el que indica la crónica hablada, hemos creído pertinente hacer las siguientes explicaciones:

Primera.—Según se desprende de la etimología de la palabra **Macpatxochitl** (“mano y flor”, “flor en forma de mano” o “el de la flor en forma de mano”) y de

la lista de las plantas mexicanas citadas por Pérez Verdía, en la página 59 de su Historia de México, entre las que figura el **Macpatxochitl**, como una de ellas; para no remontarnos hasta los indiscutibles testimonios del Barón de Humboldt y del Dr. Manuel Villada, **Macpatxochitl**, no es el nombre del cerro grande o Teresona, sino el nombre del árbol, lo cual, como se comprende es un poco diferente. (5)

Y segunda. – El árbol al que el autor se refiere y que según sus propias palabras, existe “en el Norte de la última **Colina** en el ramal oriental que se desprende del cerro grande”, no es el que se encuentra aún en el **Cerro** de Huitzila, pues tal lugar es **Cerro** y no **Colina**; y porque, aun cuando forma parte del ramal oriental citado, más bien arranca del **Tolochi** (corrupción de **Tolotzin**) que del cerro grande a que se hace mención anteriormente. Seguramente, el árbol en cuestión, debe haber sido el que hasta mediados de junio del año de 1930 se hallaba en el jardín del atrio del templo del Carmen de Toluca; pues, dicho templo encuéntrase construído en un lugar elevado, que denota a las claras, haber sido una de las colinas (la última y precisamente por ello la menos elevada, la que casi moría en el valle) que, como dice el relato, se desprende, exactamente de Oeste a Este, del Centro Grande y está situada al Norte de la población.

Es más, confirma nuestra hipótesis, la circunstancia nada casual por cierto, mucho menos en aquellos tiempos y en aquellos hombres impregnados, saturados dijéramos mejor, de religiosidad, de hallarse la suave colina a que hemos hecho referencia, situada al frente precisamente al Sur y como si dijéramos, en las plantas del **Tolochi**, **Tolotzin**, (más propiamente, según hemos dicho, **Tolotzinco**, **Tolotepec** o **Tolocan**) que debe haber sido el cerro sagrado de

(5).— Trece páginas más adelante de su misma obra, o sea en la número 19, el propio Sr. Garrido se contradice, al referirse a las antigüedades de Toluca, pues, entre ellas y como algo excepcional, cita en lugar primerísimo al **Macpatxochitl** “o árbol de las manitas” (textual) “cuyo origen se ignora”. Sin embargo, como su autoridad es la misma cuando afirma que el cerro es el que se llama **Macpatxochitl**, que cuando asevera que así se llama el árbol, no creemos que resulte ociosa nuestra explicación, que determina claramente, a qué cosa corresponde el nombre.

la tribu, puesto que en él, según lo hemos demostrado en páginas anteriores, apoyados en la opinión de Boturini y en las razones (reproducidas in extenso) del Lic. D. Cecilio A. Robelo, debe haberse hallado el templo en honor del dios **inclinado de cabeza** o **de la cabeza inclinada**, de cuyo nombre: **Tolo**, se derivó el del cerro: **Tolotzinco**, **Tolotepetl** o **Tolocan**, que como hemos indicado también, quiere decir, respectivamente: “En donde está el dios **Tolo**”; “Cerro del dios **Tolo**” o “Lugar del dios **Tolo**”.

Por lo menos, resulta más puesto en razón suponer esto, que pensar que los toluca o **toloca**, adoradores del dios **Tolo**, de quien por extensión recibieron su propio nombre, fundaran su ciudad (seguramente consagrada a tal divinidad) no en el lugar donde hemos dicho, colocado a la sombra tutelar del divino progenitor, sino en las faldas del cerro de Huitzila, situado, al otro extremo del Tolotzin, aunque en el mismo eje, y en un punto que por encontrarse ya donde terminan las pequeñas alturas que amurallan naturalmente la ciudad hacia el Norte, hubiese ofrecido poca comodidad y más poca seguridad aún, a aquel pueblo que, hasta por la más rudimentaria convivencia, debe también haber procurado edificar su ciudad, al amparo de las más fuertes moles. Exactamente esto sucede con Toluca, admirablemente situada dentro del ángulo que forman el Cerro Grande o Teresona, cuya extremidad Suroeste se prolonga hasta el pequeño cerro de Coatepec, y el ramal del Norte, que se desprende de la Teresona hacia el Oriente y que está formado por los cerros de San Miguel, Cóporo, el Toloche, Zopilocalco y Huitzila. (6)

A mayor abundamiento, el hecho, nada casual tampoco, de haber sido construido precisamente en ese lugar un templo católico, nos indica que allí debió haber habido una plaza, situada en una plataforma natural, y que tal lugar debe haberse reputado de alguna significación cívica o religiosa por los

(6).— Acabamos de indicar que por razones de ídolos religiosas, no de correcta urbanización los misioneros se empeñaban en edificar sus templos precisamente sobre los despojos de los templos consagrados a los dioses aborígenes.

matlatzincas. Conocida es a este respecto la tendencia, perfectamente explicable, de los alarifes españoles que casi siempre eran misioneros, de levantar sus fábricas sobre las ruinas de los teocallis, o en los sitios donde más hondamente había clavado sus raíces la tradición histórica y religiosa de los naturales; tal vez porque pensaban que, de ese modo, y bajo la fuerza o la gracia indiscutibles de las nuevas edificaciones, quedaba definitivamente sepultado el cadáver de las grandes culturas precortesianas, que siglos más tarde, sin embargo, fosilizado, es verdad, pero no destruido, la paciencia, la devoción y la sabiduría, habían de rescatar, para asombro de todas las edades, de las espesas y pesadas, de las casi granítacas e inhorrables tinieblas del olvido y de la muerte.

Y tan parece ser así, tan natural y preferible a cualquiera otra, resulta esta ubicación de la ciudad, no digamos desde el punto de vista religioso, ya extensamente tratado, sino desde el más modesto, pero no por ello menos importante, de las simples comodidades urbanas, según insinuamos ya, unas cuantas líneas antes, que, quienes forzando por no sabemos qué errónea interpretación, las tradiciones populares, afirman que Toluca se estableció primitivamente en el lugar donde se halla el **Macpatxochitl** de Huitzila, han tenido después de explicar, la actual situación topográfica de la ciudad, recurriendo a la intervención de los franciscanos, a cuyo deseo de abrigar mejor la ciudad de los vientos Norte y Suroeste, débese, según ellos, el que haya sido trasladada más al Poniente del sitio que en un principio ocupó. Hipótesis ésta, repetimos, innecesaria, pero que fortalece la nuestra, ya que de ella se deduce que el lugar más apropiado para la edificación de Toluca, no es el que ellos, primitivamente le asignan, sino el que ocupa actualmente y dentro de cuyo perímetro y en un punto que por su altura y colocación privilegiada, la domina, encontrábase el otro, frondoso y magnífico árbol **Macpatxochitl**, implacablemente talado en el mes de junio del año de 1930, por una acaso bien intencionada, pero de todos modos lamentable disposición.

Sin embargo, para muchos, Toluca estuvo ubicada en el antiquísimo pueblo de Tlacopa, (goteras de Huitzila) al Noreste de la actual ciudad, de la

que Huitzila es sólo un barrio. Por otra parte, los novísimos descubrimientos de Calixtlahuaca, han robustecido la opinión de que la antigua ciudad se extendía desde Tlacopa hasta Calixtlahuaca: o sea al lado opuesto de donde hoy se encuentra. El autor, lejos de participar de opinión semejante, insiste en afirmar que la ubicación de Toluca ha sido siempre la misma (naturalmente con las variantes congénitas a su urbanización y crecimiento) y que el hecho de encontrarse la vasta zona arqueológica de Calixtlahuaca del otro lado de la actual ciudad, se explica perfectamente, porque hacia ese rumbo, o sea al Norte, estaba situado el poderoso reino tarasco, de cuyas invasiones había que precaverse con un sistema de edificaciones al par militares que religiosas; carácter que precisamente tienen las explanadas ascendentes y las pirámides escalonadas de la zona susodicha, cuyo punto principal es el cerro de Tenismó o Tenisco, que ostenta en la cima una pirámide: el templo fortaleza principal, desde donde podía dominarse perfectamente, toda la enorme extensión del valle. ¿Qué de extraño tiene que aquellos pueblos, pusieran frente a sus naturales enemigos los templos de sus dioses, que en un caso dado podían transformarse en fortalezas? ¿No eran las divinidades sus más altos protectores? Así pues, para nosotros, más que una ciudad, Calixtlahuaca debe haber sido una verdadera ciudadela religiosa y militar, destinada a proteger Toluca, edificada del lado opuesto, y por ende, perfectamente a cubierto de las posibles invasiones de los tarascos, que antes de las campañas de Axayácatl, Tizoc y Moctecuhzoma I, constituían sus únicos lógicos (por razón de vecindad) y más fuertes enemigos. A este respecto, el ingeniero Payón, está absolutamente de acuerdo con nosotros, pues afirma él también que la zona arqueológica citada, ofrece un aspecto inconfundiblemente bélico.

Ahora bien, el hecho de haber incendiado y arrasado por completo, Sandoval, la parte principal de la ciudad, explica perfectamente la carencia, en Toluca, de reliquias arqueológicas de la importancia de las halladas en Calixtlahuaca o de las que aún deben encontrarse sepultadas en la región de Huitzila y Tlacopa. ¡Pero tampoco en la actual ciudad de México se han encontrado ruinas de la importancia

de Teotihuacán o Tenayuca, por ejemplo, y a nadie se le ha ocurrido negar que en ese lugar estuvo ubicada la Gran Tenochtitlán! ¡Y lo mismo podríamos decir de Texcoco, la espléndida metrópoli del reino acolhua-chichimeca!

Por otra parte, entendemos que quienes fijaban la ubicación de las ciudades principales (invariablemente reedificadas sobre los escombros de las destruidas) no eran los misioneros, sino los conquistadores, por más que aquellos, en el lugar precisamente fijado por éstos (que siempre era el mismo ocupado por las ciudades destruidas, salvo casos como el de Puebla y Guadalajara), edificaran después sus templos precisamente sobre las ruinas de los antiguos. Así lo corroboran las Cédulas Reales, Mercedes y Títulos de propiedad extendidos por los soberanos españoles en favor, sea de sus grandes capitanes como Cortés, a quien con el título de Marqués del Valle de Oaxaca, otorgó la posesión de innumerables señoríos, entre los cuales se encontraba “el lugar llamado **Matlatzinco**, con la Villa de Toluca”, el emperador Carlos V; o bien sea en beneficio de los caciques y naturales, como aconteció con los “caciques y principales de Toluca, de la Jurisdicción de Ixtlahuaca y Metepec D. Pedro Cortés, D. Pedro Hernández y Don Martín Rivero” a quienes, el mismo emperador Carlos V de Alemania y I de España, hizo merced de los títulos de propiedad de Toluca, el 9 de marzo de 1533 y otorgóles la posesión de la misma, por conducto de D. Juan Rodríguez de Armenta Corregidor de su Majestad en la provincia de Ixtlahuaca y Metepec y “ante el escribano Real y Público Manuel de Agnudis” en 1° de abril “del año del Señor de 1533”. (7)

Que las nuevas ciudades eran levantadas por los conquistadores, sobre las ruinas de las antiguas, pruébalo, de modo incontestable y en principalísimo lugar,

(7).— El Sr. Garrido en su obra *La Ciudad de Toluca*, de donde hemos tomado estos datos, extractándolos de los documentos auténticos reproducidos por él, deduciéndolo de un artículo de Orozco y Berra, relativo al Marqués del Valle, opina que D. Martín Cortés, heredero del conquistador únicamente disfrutó de la posesión de la Villa de Toluca 4 años; de 1563 a 1567, o sea desde su llegada a México hasta su destierro, acaecido el 22 de febrero de 1567.

la Ciudad de México, capital de la Nueva España, que, a pesar de la inconsistencia del subsuelo, fue edificada, nada menos que sobre los lagos y canales mal cegados de la antigua Tenochtitlán. Lugar, nada propio, para la erección de fábricas tan pesadas como las que edificaron religiosos y civiles, según nos lo corrobora el alarmante hundimiento de edificios de tanta importancia como el templo de Loreto, el templo de la Santísima (cuyo hundimiento es de más de 3 metros), etc., y el edificio de Las Viscaínas y el monumental palacio del antiguo Colegio de Minas, para no citar más que los principales.

Además, el natural desplazamiento de la actual ciudad de México hacia el Suroeste, está indicándonos, sin género de duda, que si los españoles, en vez de practicar su costumbre de edificar sus nuevas ciudades en el mismo lugar que ocupaban las que acababan de destruir, hubiesen procedido aquí, con el mismo criterio que se dice procedieron en Toluca, para edificar la ciudad en lugar más cómodo, lejos de levantar la Capital de Nueva España, en el inadecuado lugar en que lo hicieron, con toda seguridad la hubiesen edificado más al Suroeste: desde Chapultepec hasta San Angel, comprendiendo Tacubaya y Mixcoac; pues ellos no tenían, como los aztecas, razón alguna de índole tradicional o religiosa para erigir su metrópoli, precisamente en el corazón de aquella región lacustre.

Así es que queda demostrado, según creemos, que, la ciudad de Toluca siempre ocupó el lugar que hoy ocupa y que el árbol **Macpatxochitl**, que hasta el mes de junio del año de 1930, elevaba al azul absorto, la legendaria silueta de su símbolo, fue el mismo a cuya sombra largamente centenaria, se sentaron los primeros caciques matlatzincas a trazar los primeros planos de la ciudad, a discutir las primeras leyes de su pueblo y a proyectar el primer santuario de su Dios.

Pero si estuviésemos en un error, perfectamente explicable en esta clase de trabajos, tan arduos, tan difíciles y de tanta responsabilidad. Si en esto, como en otras partes de esta pequeña y humilde obra, nos hubiésemos equivocado, tienen la palabra para decir su verdad, cuantos hombres de buena voluntad dedicados a estos estudios, lo deseen.

Horacio Lúñiga Anaya. La luz del conocimiento

En todo caso, al autor, para justificarse, le bastará poder exclamar, como el preclaro Maestro Sierra, desde el propíleo de oro de la más admirable de sus obras: **“Puedo engañarme, pero no sé engañar”**.

CAPÍTULO XVI

IMPORTANTE DESARROLLO DEL SEÑORÍO O REINO MATLATZINCA Y RECELOS Y ENVIDIAS QUE DESPIERTA. —AXAYÁCATL LO SOJUZGA A INSTANCIAS DEL CACIQUE DE TENANCINGO

SIN QUE LLEGASE nunca, ni en el vértice más alto de su esplendor, ni en las horas diamantinas de sus éxitos, ni en las apoteosis fulgurantes de su poder, a estos planos, semi-legendarios, semi-fabulosos, por lo increíble de su magnificencia, desde los cuales muéstrasen aún la Gran Tenochtitlán, dormida, como una inmensa perla en el sueño de orientes del prodigioso imperio mexicano, y Texcoco, cual un pavo real de arco iris, posado en las terrazas de rosas del perfumado reino chichimeca. Sin que alcanzase a envitralar, con la pictórica proyección de sus grandezas, la basílica vaciada en un sólo y enorme zafiro, del azul; sin dimensiones tan vastas, pero con nobles proporciones; menos poderoso, menos fuerte, menos rico; pero no menos laborioso, ni menos tezonero, ni menos gallardo, ni, ¡eso sobre todo!, menos arrogante y altivo que aquellos otros dos pueblos, el Matlatzinca, cuyo sentido religioso y estético tanto habían de crecer y afinarse, con el contacto de toltecas y mexicanos, a fuerza de actividad, energía e inteligencia y mediante el transcurso de los años, fue ensanchando paulatinamente, pero de un modo gigantesco su poderío, hasta convertir el rudimentario cacicazgo primitivo, en un reino de tanta importancia que si, por una parte colgaba los paneles del día en los capiteles de ópalo de su montaña prócer, por otra, asomábase hasta el inmenso cofre de la tierra tarasca, en cuyo seno esplende la fabulosa turquesa líquida del lago de Pátzcuaro!

Efectivamente, además del vasto valle de Toluca, en cuya amena y dilatada superficie, multitud de risueños pueblecillos de matlatzincas y otomites habían encontrado muelle asiento y en donde hallábase la residencia del monarca y capital del reino, todavía se extendía éste, como por una alfombra de panoramas, por el espacio acuarelado de paisajes de la ubérrima región que se descubre hasta Taximaroa, entonces Tlaximaloyan, frontera al indomable reino tarasco, del que recibieron también los matlatzincas o pirindas (1) varias tierras de la zona de Charo, por haber ayudado, en diferentes campañas, a los aguerridos súbditos de Tzítzi Pandácuare; ¡el Cid aborigen de las gallardas gestas de Tzintzuntzan!...

Naturalmente, y una vez que hubo alcanzado tal importancia, pronto debió despertar el reino de los matlatzincas, tanto la envidia de los cacicazgos fronteros, como el recelo y la codicia del imperio mexicano, del cual era vecino. Así fue cómo, aprovechándose de las rencillas que dividían a los hijos del señor de los matlatzincas de Toluca y al cacique de Tenancingo; Tezozomocli, y accediendo a la solicitud de ayuda que le hiciera éste último, al sentirse amenazado por sus poderosos adversarios de la capital del reino, el Tecuhtli de México, Axayácatl, aprovechó la oportunidad que se le ofrecía de ensanchar más aún su imperio, al par que de hacerse de las víctimas que necesitaba para la solemne consagración de uno de los grandes teocallis, por él edificadas.

En efecto, no hay que olvidar que los mexicanos, movidos, no por un instinto de barbarie (precisamente para rectificar este otro injusto juicio, nos detendremos brevemente en este punto) sino seguramente inspirados, en la misma idea medioeval de “El Juicio de Dios”, o la Justicia Divina (de una apariencia inevitablemente bárbara, pero de un fondo indiscutiblemente ético-religioso), cuando habían menester víctimas que sacrificar a **Huitzilopochtli**, emprendían

(1).— Nombre que según algunos, dieron los tarascos a los **Matlatzincas**, y con el que indistintamente se les designa.

cruentas guerras con los reinos o señoríos independientes de su férula, y a veces, hasta entre ellos mismos, tales eran las Guerras Floridas o Sagradas, por medio de las cuales, el dios de la guerra podía escoger, él mismo, a las víctimas que le parecían más propicias; lo cual, por otra parte, robustece nuestro criterio anteriormente expresado, de que el mexicano no era otra cosa que un sumiso instrumento de su dios y que no atreviéndose a señalar por sí propio, quiénes de sus semejantes debían ser victimados prefería que su dios hiciese la elección y entregara a los vencedores el botín humano por él escogido. De este modo, también se explica que no fuesen precisamente los menos valerosos, débiles o dignos los sacrificados al Señor de la Guerra (lo que, sin embargo, desde el punto de vista del sacrificio en su forma negativa de castigo, exactamente por falta de esas virtudes gratas al dios bélico, también tendría su explicación) sino antes bien, aquellos que por más audaces, temerarios y fuertes, adelantándose hasta las filas contrarias y luchando entre el tumulto de sus enemigos, hubiesen ofrecido más facilidades para su captura.

Pero, sea por unas o por las otras razones, en nuestro concepto por ambas: por el recelo que despertaba su progresivo crecimiento y por el deseo de proporcionarse el mayor número de víctimas para ofrendarlas al dios insaciable, conforme ya apuntamos; el caso es que muy pronto el floreciente reino matlatzinca, vióse envuelto en una lucha implacable, que dejó ardiendo, sobre la comarca desolada, a manera de enormes blandones encendidos en torno de un ataúd inmenso, las formidables y patéticas teas de sus palacios y templos incendiados!...

Tzinacantepec, Tlacotepec, Tollocan, Calimayan, etc. y más tarde Ocuilan y Malinalco, fueron cayendo, una a una, ante el empuje irresistible de un invasor muy superior en número, organización y elementos de combate...Y, ¡hasta Tenantzingo, el propio cacicazgo que había desencadenado tal tormenta de horror sobre sus vecinos!, ¡hasta Tenantzingo, pagó con el yugo del conquistador insaciable, el precio de ese bárbaro despecho que acabó, espantosamente justiciero, por volverse rudo y fiero contra él.

Afortunadamente, en el hierro encendido de la magna epopeya, había quedado incrustada la diamantina fiereza de Tlilcuetzpalin; aquel intrépido cacique matlatzinca que dejó para siempre mutilado al soberbio emperador Axayácatl, quien, vengativo y despechado, llevólo consigo hasta la propia Tenochtitlán y como la más gloriosa ofrenda, lo sacrificó solemnemente, en aras de sus dioses. (2)

Siglos después todavía, otros enemigos más menguados y mezquinos, ¡como que traicionaban sus propios destinos y los destinos del continente!, los Otomites, habían de precipitar, nuevamente, sobre ellos, la ola llameante y bermeja de la guerra. Pero esta vez, por desgracia o por fortuna, ¡por fortuna quizá para pueblo tan altivo!, habría de ser la ruina definitiva de los matlatzincas, que heroicamente sepultados en los escombros de sus propias ciudades, no habían de ver ya, ¡felices ellos!, cómo la inmensa y trágica sombra de los aventureros bergantines, rodaba, cual el lúgubre sudario de una noche sin astros, sobre las carnes perfumadas del brujo sueño de América!...

(2).— Refiriéndose a esto D. Nicolás León, en su Historia de México (2ª. Edición, página 82) dice lo siguiente: “Continuó (Axayácatl) en guerra con sus vecinos y aun emprendió expediciones lejanas; en la efectuada con los Matlatzincas, de la que salió herido de una pierna que lo dejó cojo para siempre, aunque victorioso, estuvo a punto de caer prisionero en manos del guerrero Tlilcuetzpalin”.

“Con grandes demostraciones de júbilo y respeto fue recibido a su vuelta a México, y aunque le tenían preparadas suntuosas fiestas, no quiso se celebraran sino hasta después de restablecerse de su herida”.

“Al efectuare éstas y a la hora del gran festín, mandó sacar a los prisioneros, entre ellos Tlilcuetzpalin, y ordenó que en su presencia y la de los demás invitados lo matasen”.

Ahora bien, el ilustre arqueólogo e historiógrafo D. Canuto Flores, en cierta ocasión asegurónos verbalmente, que Tlilcuetzpalin, era cacique de Malinalco, aliado de los señores de Tllocan y que no sólo hirió al monarca mexicano, sino que estuvo a punto de matarlo en aquella memorable batalla librada en las faldas del cerro de Tlacotepec (unos 8 kilómetros al Suroeste de Toluca) pero que, por una artera maniobra de Axayácatl, éste, no únicamente consiguió salvarse, sino que logró vencer y hacer prisionero al esforzado caudillo.

CAPÍTULO XVII

LA CONQUISTA. – DESPUÉS DE AXAYÁCATL, GONZALO DE SANDOVAL
SOMETE A LOS MATLATZINCAS. – COMPLETA DESTRUCCIÓN DE LA
CIUDAD DE TOLUCA. – LOS MATLATZINCAS TRIBUTARIOS
DEL CONQUISTADOR. FUNDACIÓN OFICIAL DE TOLUCA

FRA EL AÑO de 1520. Allá, muy a lo lejos, por el mismo rumbo donde un día amaneciera para el alma arrodillada en los ojos, la aurora de Quetzalcóatl, la simbólica aunque falsa lumbrarada de las naves gambusinas, habíase quedado recortando sobre el horizonte borrascoso, las negras siluetas de los conquistadores, cuyas figuras de hierro, enormemente alargadas, ora derribadas sobre el suelo por la proyección, ora arrojadas hasta el azul por la perspectiva, parecían aplastar toda la tierra, – ¡geórgica de flores! – y ahogar todo el cielo – ¡himno de celajes! – del país del puma y el zenzontalli; del águila y el colibrí!...

Hendidas por el hacha del relámpago o sacudidas por las rudas manos del trueno, las trémulas esmeraldas de las frondas se fugaban en el éxodo tornasol de los quetzales; mientras, para no sucumbir bajo las plantas ferradas de los guerreros o los salvajes cascos de los corceles, las vegas, los huertos, los jardines, las praderas enteras, arrojábanse sobre las alas de espectros de las aves caleidoscópicas (verdines, azulejos, cardenales, guacamayos) para que, por la escala increíble de un vuelo de jaspes, visos y arreboles, se llevasen a esconder sus tesoros de color, perfume y brillos, en el arca de lapislázuli de la mañana o en los cofres de plata de los luceros.

Desgraciadamente, el torbellino bélico rodaba con demasiada rapidez por nuestros horizontes y el alud impetuoso, con demasiada y cruel eficacia, araba ya de espanto y muerte, las carnes convulsas del territorio estupefacto. Así fue cómo,

hasta el vuelo coruscante de los pájaros multicolores y el vuelo musical de los pájaros juglares, quedóse enredado, trémulo, inválido y agonizante, entre los largos dedos de las lanzas y las ferradas manos de los mercenarios, que se enjoraron de lumbres y se ensortijaron de pedrerías, como las sombras de la noche, en cuyas zarpas ávidas, deja la mariposa de la luz el polvo de oro de las constelaciones!

Y en tanto que, a lo lejos ardía y no dejaba de arder, a modo de un grito de exterminio que perforaba y llegaba a los inmensos oídos de la tiniebla muda, la llamarada maldita de las naves del símbolo, y en tanto que, desde la atalaya del Citlaltépetl, inútil y trágicamente, tronaba el huracán su formidable caracol guerrero, y los roncós atabales de la tormenta, incorporaban y ponían de pie a la nación entera, mientras los múrices de los últimos crepúsculos, empurpuraban con siniestros presagios, los sillares sagrados de los últimos Teocallis, acá, aquí, mejor dicho, en los mismos propíleos de las praderas de Anáhuac, el torrente de sangre de las bárbaras matanzas de Cholula, nutría ya de savias épicas, el reivindicador ahuehuete de la Noche Triste!...(1)

¡Era que los gerifaltes de lumbre de Carlos V, se habían posado al fin en el puño de plata de nuestros volcanes y el más trágico de los destinos pisaba ya los dinteles de la Gran Tenochtitlán!...

A continuación, por considerarlo lleno de interés, reproducimos íntegro, todo el relato de estos hechos, que publica D. Isauro Manuel Garrido, en su monografía de Toluca, ya mencionada:

“El año de 1464, siendo 8° rey de México, Axayácatl, varios reyes sometidos á su poder, hacían desesperados y heroicos esfuerzos para romper tan pesado vasayage”. (2)

(1).— Estamos eternamente de acuerdo con que, dada la rapidez de su huída, fue absolutamente imposible que Cortés se detuviese a llorar junto al ahuehuete milenario, pero aceptamos esta leyenda, lo mismo que la del incendio de las naves, por la fuerza simbólica que contiene.

(2).— Reproducimos este relato, tal como está en la obra susodicha, respetando fielmente, tanto su redacción como su ortografía.

“El rey de los Matlatzincas, valeroso y decidido guerrero, ofreció enviar sus ejércitos al monarca de Tlaltelolco, cuando éste se decidió á combatir con los mexicanos”.

“La Nación Matlatzinca, había llegado al apogeo de su grandeza. Sus habitantes eran fuertes, ágiles, valientes y decididos, cualidades todas que no se ocultaban al rey Axayácatl. Este, antes de emprender la guerra contra el monarca que generosa y espontáneamente se aliaba al de Tlaltelolco, envió, según costumbre en tales casos, tres embajadas sucesivamente; una al rey, otra á la nobleza, y la última al pueblo, exigiendo cabal satisfacción por la ofensa inferida”.

“La misión de las embajadas fue inútil; el Rey Matlatzinca, la nobleza y el pueblo se negaron a satisfacer al Monarca Mexicano”.

“Indignado Axayácatl, dispuso sus huestes, y aliado de los reyes de Acolhuacán y de Tacuba, salió con un poderoso ejército, para castigar la atrevida arrogancia de los Matlatzincas. El Monarca de éstos, se aprestó al combate con un ejército aguerrido; pero por mucho que fuera el valor y la decisión de los Matlatzincas, era imposible que pudieran resistir el terrible empuje de las numerosas tropas que conducían Axayácatl y sus leales reyes aliados. El ejército mexicano, venciendo cuanto se oponía á su paso, tomó en su marcha los pueblos de Atlapolco, Xalatlahco, y penetrando en el Valle de Toluca, conquistó á Tetenanco, Metepec, Zinacantepec, Calimayan y otros lugares de la parte meridional. Convencidos los Matlatzincas de que era del todo punto imposible resistir á sus contrarios, y temerosos de su completa ruina, tuvieron por fuerza que declararse vencidos, y admitir ser tributarios de la corona de México”.

“Después de tan funesto desastre para esa Nación digna y valiente, suceso que como hemos dicho, aconteció por el año de 1464, pasaron cincuenta y cinco más, es decir, era el año de 1519. Hernán Cortés llegó á Veracruz, y poco después empezaron las sangrientas escenas de tan desastroso drama”.

“Al año después, en 1520, cuando Cortés se prepara á tomar á México, para vengar la derrota sufrida el 1º de Julio del mismo año, y que se conoce en la

historia con el nombre de la Noche Triste, se le presentaron mensajeros enviados por los pueblos Otomites que habitaban el Valle de Tollocan, distante dieciséis leguas de la capital Azteca. Manifestaron los Otomites, que los Matlatzinca, nación belicosa, que habitaba el mismo Valle, les había incendiado varios lugares, hecho muchos prisioneros y arruinado sus siembras. Agregaron que se hallaban en combinación con los defensores de la Capital de México, para atacar, con numerosos escuadrones los campamentos españoles por la parte de tierra firme, al mismo tiempo que otros debían asaltarles en sus cuarteles”.

“No era la primera vez que Hernán Cortés oía pronunciar el nombre Matlatzinca. Los Mexicanos le habían amenazado con el poder de la guerrera nación Matlatzinca, y no dudó que se disponían a realizar la amenaza. Con efecto, los Matlatzincas, al ver las cabezas de los españoles sacrificados, enviadas por el Emperador Cuauhtemotzin, anunciando una victoria alcanzada, y la promesa del oráculo, empuñaron las armas para destruir á los Otomites que se habían aliado á los castellanos”.

“La situación de los españoles en aquellos momentos era aún más aflictiva que algunos días antes. Los esfuerzos que los mexicanos hacían para apoderarse de los campamentos, crecían á medida que se aproximaba el plazo señalado por los dioses. Para atender á la solicitud de los Otomites era preciso hacer un sacrificio. La posición no podía ser más crítica, ni el haber pedido auxilio en tiempo más borrascoso. Pero Hernán Cortés estaba resuelto a perecer antes que manifestar que era impotente para socorrer a los que acudían á pedirle amparo. Siendo difícil y de suma importancia la expedición, la confió al entendido y valiente capitán Gonzalo de Sandoval. (3) La fuerza que puso á sus órdenes se

(3).— Respecto a ésto, hay una importante discrepancia histórica, pues mientras el Ingeniero D. Ignacio Guzmán, en su Compendio de Geografía Física, Política y Estadística del Estado de México (pág. 8); D. Aurelio J. Venegas, en su Monografía del Estado de México (pág. 106); D. Gilberto Bernal en sus Datos para la Historia del Estado de México (hoja 4, reverso) y el C. Gobernador D. José Vicente Villada en la Memoria de la Administración Pública del Estado

componía de cien infantes de espada y rodela, excepto uno que era balletero, diez y ocho de caballería y los escuadrones Otomites que habían permanecido en el campamento”.

“Gonzalo de Sandoval obtuvo un brillante éxito en la expedición contra los Matlatzincas. Desde que se aproximó al Valle á que se dirigía, se unieron nuevos escuadrones Otomites á los que llevaba, aumentándose su ejército á medida que avanzaba”.

“Aldeas incendiadas y sementeras destruídas, indicaban el paso devastador de los Matlatzincas por los pueblos Otomites”.

“Los españoles, conjeturando, por las señales desoladoras que veían, que sus enemigos no debían hallarse á gran distancia, marchaban preparados para el combate. No se equivocaron; pronto descubrieron un respetable ejército contrario, cargado con los despojos de una población que acaban de entregar á las llamas. Al ver á los españoles dejaron el rico botín, á fin de estar libres para el combate, y se situaron en un punto ventajoso, á corta distancia de la margen de un río que atravesaba el Valle”.

de México, año 1893 (pág. 210) afirman, como el Sr. Garrido, que fue Gonzalo de Sandoval el capitán enviado por Cortés contra los Matlatzincas; en el folleto del Censo General de Habitantes del Departamento General de Estadística, correspondiente al Estado de México, (1921, Pág. 15) y en la Memoria del C. Gobernador D. Carlos Riva Palacio (cuatrienio de 1925 a 1929 –Sección Segunda Reseña Histórica– pág. 178) afirmase que Cristóbal de Olid fue el que realizó esa campaña, y que Gonzalo de Sandoval fue quien, más tarde “en el plan del cerro de San Juan” rectificó, por orden de Cortés la antigua capital de los Matlatzincas. Por fin, los eminentes intelectuales D. Alberto Leduc y D. Luis Lara Pardo, en su Diccionario de Geografía, Historia y Biografías Mexicanas incurren en la flagrante contradicción de afirmar en la pág. 601, al referirse a los Matlatzincas, que fue Gonzalo de Sandoval quien los sometió a Cortés, en tanto que venticuatro páginas más adelante, en la 625, al referirse a México (historia del Estado de) con toda claridad indican, que quien mandó la primera expedición que penetró al corazón del señorío Matlatzinca, fue nada menos que Cristóbal de Olid. Sin embargo, nosotros creemos, dado el valor y el número de las opiniones que así lo aseveran, que fue Gonzalo de Sandoval y no Cristóbal de Olid, el conquistador del reino Matlatzinca.

“Gonzalo de Sandoval lo pasó con su gente, se arrojó al frente de la caballería sobre sus contrarios, y después de un reñido combate, los Matlatzincas fueron completamente derrotados. Los españoles y Otomites, persiguieron tenazmente á los fugitivos, por espacio de tres leguas matándoles mil hombres, hasta obligarlos á encerrarse en su principal ciudad. Sandoval se dispuso á atacarlos, y los Matlatzincas abandonándola, se refugiaron á una fortaleza situada en la alta cima de un fragoso monte. El ejército vencedor entró victorioso en la ciudad enemiga, saqueándola y poniendo fuego á sus edificios. Al día siguiente marchó al asalto de la fortaleza, donde se esperaba que los contrarios opusieran una tenaz resistencia, pero los Matlatzincas no se atrevieron á esperar y la dejaron abandonada.”

“Terminada la campaña, Gonzalo de Sandoval dispuso su regreso á México, marchando por algunos pueblos que, creyendo en la promesa del oráculo, se habían declarado en favor de los Mexicanos; pero no tuvo la triste necesidad de apelar á las armas. Los caciques se presentaron al gefe español pidiéndole que los perdonase, y Sandoval los trató con la benignidad que le distinguía. Al verles satisfechos y agradecidos, les suplicó que indicasen á los gobernantes Matlatzincas, á que formaran alianza con los españoles, ponderándoles las ventajas que de ella les resultaría; ventajas que nunca alcanzarían de los Mexicanos”.

“Los Casiques prometieron obsequiar sus deseos, y Gonzalo de Sandoval, despidiéndose de ellos, continuó su marcha hacia México”.

“Hasta el año de 1520 pagaron tributos á la corona, los pueblos que subyugó Axayácatl, y que eran: Xalatlahco, Metepec, Tzinacantepec, Tenanco, Tlacotempan, Calimayan, Tlacotepec, Tuchpam, Tlaximoloyan, Ocuilan, Malacatepec, Xiquipilco y Tollocan. De estos pueblos y otros eran responsables al cumplimiento del pago, por lo que respecta a este Valle, Tollocan, Tuchpan, Ocuilan y Xiquipilco, segun se vé en las estampas que mandó Hernán Cortés a Carlos V y consta en sus cartas”.

“Los tributos que pagaba Toluca con sus pueblos, según la estampa correspondiente, consistían en tres medidas de maíz y adornos y vestidos

militares cada año y cada ochenta días cuatrocientas tilmas finas, cuatrocientas mantas y mil doscientas de palma.”

“Según las tradiciones populares y algunos apuntes históricos, la antigua ciudad de Toluca quedó completamente destruída al atacarla, como sabemos, las fuerzas de Sandoval y las de los Otomites: y por éste motivo, se cree, con razonada hipótesis, que la que hoy existe fue fundada á consecuencia de ese desastre; pudiendo, además, haber influido el benéfico empeño de los religiosos franciscanos; para edificarla, con mejores ventajas topográficas y ponerla al abrigo de los vientos Norte y Sur.” (4)

Como un complemento de lo anterior, reproducimos en seguida la Real Cédula de Carlos V, la Merced, la Posesión, el Auto y la Aprobación, que acreditan la fundación oficial (hace precisamente cuatro siglos el 1° de abril de este año de 1933) de la ciudad de Toluca. Oficial, decimos puesto que, para que la destruyese Sandoval, preciso es que ya existiera, como en efecto existía desde hacía siglos, según hemos apuntado; y porque, emprendióse su reconstrucción poco después de que fue incendiada. He aquí tan importantes documentos:

“DON CARLOS, por Divina clemencia, Emperador semper augustus, Rey de Alemania; Doña Juana, su madre; el mismo D. Cárlos, por la gracia de Dios, Rey de Castilla, de Leon, de Aragon, de las dos Sicilias, de Jerusalem, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mayorca, de Sevilla,

(4).— A este propósito, recuérdese cuanto decimos ya al fin del capítulo XV de este trabajo, al discutir la probable ubicación de la antigua capital de los matlatzincas. Sólo tendríamos que agregar, para definir mejor aún nuestra hipótesis y mejor refutar este último párrafo del Sr. Garrido, que precisamente ninguno más interesado en edificar la nueva ciudad sobre las ruinas de la antigua que los Franciscanos en cuestión; puesto que, según hemos dicho ya, la tendencia que tenían los religiosos de edificar sus templos en el mismo lugar donde se hallaban los teocallis, y aprovechando muchas veces sus mismas piedras, era como la primera prueba material que querían ofrecer a propios y extraños, del triunfo absoluto de su Dios, sobre todas las divinidades aborígenes. Además, creemos haber demostrado en el capítulo anterior, que quienes fijaban la ubicación de las ciudades, eran los conquistadores y que, en el lugar así fijado por ellos, los misioneros después, edificaban sus templos precisamente sobre las ruinas de los antiguos.

de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaen, de los Algarbes, de Algeciras, de Xibraltar, é de las Islas Canarias, de las Indias, islas y tierra firme del Mar Océano, conde de Flandes, de Tirolor, etc.”

“A vos, nuestra justicia mayor de la jurisdicción de Ixtlahuaca, ó vuestro lugar teniente, saber: como ante el Presidente é Oidores de mi Audiencia y Chancillería Real que reside en la Ciudad de Tenoxtitlán, México de la Nueva España, se presentó un escrito, que su tenor, con el de la Merced que en él se cita, é diligencias de posesión originales que en el oficio de cámara obran, a la letra son como siguen:

“Muy Poderoso Señor: Hernando de la Zerda, solicitador de Indios, del número de esta Real Audiencia, por D. Pedro Cortés, D. Pedro Hernández y D. Martín Rivero, Casiques y principales de Toluca, de la jurisdicción de Ixtlahuaca y Metepec, ante V.A. parezco y digo:”

“Que los más informan que cerca de su pueblo, el Justicia de Metepec, está haciendo diligencias y averiguaciones para que se haga merced de unas tierras á un español recientemente avecinado; que el dicho español, no contento con la merced que quiere se le haga cerca del pueblo de Toluca, con falsas promesas engaña á los maceguals á que le vendan sus posesiones y pedazos de tierra que son parte de los que ha pocos años, gobernando la Real Audiencia esta Nueva España, hizo merced a los dichos Casiques; que los tales fechos les ha causado grandísimos agravios, no tan solo en el seguimiento de los Santos Templos que han comenzado á fabricar bajo la dirección de los Ministros del Santo Evangelio, sino también en la tasación que se ha comenzado á hacer para los tributos de su Magestad; que han fecho sus quejas ante el Superior Gobierno, y que por ello está mandado que junto á los pueblos de los Valles de Toluca é Ixtlahuaca no se han de asentar estancias de ganados mayores ni menores, en daño de los Indios, y que no embargante, los engaños é consejas del dicho español, no cesan; para remedio de todo susodicho, en nombre de mis dichas partes pido, que en virtud de la anticitada posesión que tienen mis partes en sus tierras patrimoniales y de

los derechos habidos nuevamente por la Merced que ha pocos años merecieron, y del amparo que en su virtud aprendieron, la que se haya en el oficio de cámara, con ocasión de haberla traído misspartes con las demás diligencias de amparo para su confirmación, se quedaron en el dicho oficio, que se ha de servir la grandeza de V.A. mandar se libre despacho de Real Provisión, con inserción copiada á la letra de la susodicha Merced y diligencias de amparo y de todo lo demás de su confirmación, para que el Justicia del partido de Ixtlahuaca, bajo de graves penas que se impongan, los restituya y ampare en las tierras de que han sido despojados, manteniéndoles en su anticuada posesión y tierras mercedadas, y que el Justicia de Metepec, en puntual obediencia á lo mandado por el Superior Gobierno, no prosiga haciendo las diligencias, ni permita el de Ixtlahuaca, que se asienten estancias cerca de los pueblos de los Indios, notificando á los intrusos, no inquieten ni causen agravios á mis partes entregándoles las diligencias que se hicieren para su resguardo. Lo que á V.A. pido y suplico, así lo mande por ser de justicia, que juro en ánima de mis partes, ser cierto y no de malicia, etc.-“**Lic. López del Castillo.- Hernando de la Zerda.**”

MERCED

“Nos, el Presidente y Oidores de la Audiencia y cancillería Real que reside en esta ciudad de Tenochtitlán, México de la Nueva España. Por cuanto por parte de vos, las casiques y naturales de pueblo de Toluca, nos habéis fecho relación, diciendo que vuestros predecesores, Señores que fueron de Atzacotalco y Tlacopan, de esta dicha ciudad, desde tiempo inmemorial, hicieron é asentar en sus comarcas, gran número de estancias en sus propios términos y tierras que las poblaron con bastante número de macehuales, en las que vosotros estáis y moráis con vuestras familias é ganados vacunos é lanares, y donde hacéis vuestras sementeras é labranzas, é teneis muchos aprovechamientos, é granjerías; que

las estancias más principales que vuestros antecesores poblaron, son las de los parajes que en lengua de indio nombran Tepeitic, Tlatzalan, Tollocan y Tepepic, Comolco, Azcapotzaltonco, con los parajes é lugares que en el mismo idioma nombráis Calpultin é Tlaxilacaltin, é que ahora para las tener con más legítimo é seguro título, nos pedís é suplicáis que en el Real nombre de su Magestad, os hagamos merced de las dichas estancias, porque teméis que algunos españoles las quieran tomar con fuerza y contra derecho, y que la merced que nos pedís, sea conforme fuere vuestra voluntad”.

“Y por nos visto las provanzas y diligencias que ante nos, el Justicia de la Jurisdicción nos ha demostrado en virtud de lo que por nos se le mandó, tuvimoslas por bien é por ende en nombre de su Magestad y sin perjuicio de su Real haber ni de otro tercero alguno, á vos, los susodichos casiques, común é naturales del dicho pueblo de Tollocan, os hacemos merced de dos sitios de estancia de ganado menor y seis caballerías de tierra, una en la parte é lugar que en la dicha lengua indio, nombran Tepeitic, Tlatzalan, Tollocan, con los parajes que les corresponden, que son los que en dicho idioma llamais Huitzilán, Tepetenchi, Tlacotepec y Tesipac, y la otra que llamáis en el mismo idioma Tepepic, Comolco, Azcapotzaltonco, con los parajes é lugares que nombráis Memetitlan, Tlacopan, Tlapatitlan, y Tepeconco, y las seis caballerías son donde en vuestro idioma llamais Tlaxomulco y Tepenacasco, con todos los demás parajes y lugares que les pertenecen a las dichas estancias é caballerías de tierra.”

“Las dos dichas estancias, una en pos de otra, han de correr de Sur á Norte y de Poniente á Oriente, y esta merced sea y se extienda por señales de centro, los parajes mencionados de Tepeitic, Tlatzalan, y Tepepic Comolco, Azcapotzaltonco, una y otra para población y no para ganados mayores ni menores, y que todo lo susodicho lo hagáis é tengáis vos y los dichos casiques y masehuals, por de cosa vuestra propia, adquirida con justo derecho y título para vuestra comodidad, para siempre jamás, sin que por persona alguna os sean quitallas, con calidad e condición que ni agora ni en ningún tiempo las

habéis de poder vender, trincar ni enagenar á persona alguna, ni á Iglesia, ni á Monasterio, sin conocida y justificada utilidad y licencia del Superior Gobierno de su Magestad y demás solemnidades de la ley, pena de nulidad si lo contrario hiciéredes, y mando que de la posesión que tomáredes de los dichos sitios, de ella no sean despojados sin ser primeramente oídos, y por fuero é derecho vencidos.”

“Fecho en México, á 9 días del mes de Marzo de 1533 años. - Aquí cuatro rúbricas.-Por mandado de la Real Audiencia.-Juan Baeza de Herrera, Escribano del Rey nuestro Señor.-Asentado.- Su Alteza la Real Audiencia, hace merced á los casiques común y naturales del pueblo de Tollocan, de dos sitios de estancia de ganado menor y seis caballerías de tierra, en sus propios términos, en tierras patrimoniales.- Una rúbrica.”

POSESIÓN

“En el pueblo de Toluca, en primero día del mes de Abril del año del Señor, de 1533 años, estando en el dicho pueblo, el magnífico Sr. D. Juan Rodríguez de Armenta, Corregidor por su Magestad, en la provincia de Ixtlahuaca y Metepec, y de los testigos de identidad, Baltazar de Miranda y Tomás Melendez, y muchos indios é indias del dicho pueblo y de otros comarcanos sujetos, y por ante mí, Manuel de Agnudis, Escribano Real y Público.”

“Su Merced, el dicho Corregidor, vio y reconoció, anduvo por vista de ojos y paseó la estancia del Valle de Toluca, que es orillas de un arroyo que baja del Oeste al Este, que pasa por las haldas de unos cerros pequeños, frontero de un cerro grande, donde por mandato del dicho Corregidor, yo, el dicho Escribano, en altas voces hice saber á los circunstantes, lo contenido en la merced de su Alteza la Real Audiencia Gobernadora, que hizo á los casiques y masehuals del dicho pueblo de Toluca, de dos sitios de estancia de ganado menor y seis caballerías de tierra, y de todo lo demás que reza dicha merced, y notifiqué é hice entender á los

citados, que si de se dar la posesión, les venía algún daño y perjuicio, que lo digan y declaren, que se les oirá y hará justicia, y no se dará la posesión; y no habiendo quien diga contradicción y todos á una voz respondieron que esta estancia y la otra, y las seis caballerías de tierra, desde lo muy antiguo se han conocido siempre por los casiques y demás indios que en ellas están poblados, é así mesmo las demás estancias que están separadas de las dos, y tierras de la merced, y es tan cierto así, que no hay memoria de hombres para decir lo contrario; en esta virtud, y estando hecha por su Alteza la Real Audiencia, la dicha merced, mandó su Merced el dicho corregidor, á D. Pedro Cortés, á D. Pedro Hernandez y á D. Martin Rivero, asirse de las manos, y él tomó la de D. Pedro Cortés, y los llevó y paseó por los parajes de Tepeitic, Tlatzalan y Tolloacan, y les dijo: que en Real nombre de su Magestad les daba é dió posesión Real, corporal vel quasi, y ellos la tomaron y aprehendieron, diciendo que en el Real nombre de su Magestad, la tomaban y tomaron para sí é para sus masehuales, y en señal de posesión, se pasearon en las tierras del dicho sitio, arrancaron yerbas, tiraron piedras é hicieron otros actos de verdadera posesión, sin contradicción de los citados ni de los muchos que ocurrieron á la voz de trompeta, comprendiéndose en este amparo los parajes de Tepetenchi, Huitzilan, Coatepec, y los demás, sin contradicción de los que concurrieron á ver, y no firmaron porque dijeron no saber; hizolo de su nombre, el Sr. Corregidor, el intérprete y los testigos.-Doy fé.-**D. Juan Rodríguez de Armenta**, Corregidor por su Magestad.-**Baltazar de Miranda**, testigo.-**Tomás Meléndez**, testigo.-**Julián Bejarano**, intérprete nombrado.- Ante mí, **Manuel de Agnudis**, Escribano Real y Público.”

“Y luego incontinenti en el dicho día, mes y año dicho, se pasó á la otra estancia, que está á la otra banda del cerro que le nombran Tolochi, que los testigos de identidad señalaron una cañada é rinconada que hace la colina que los testigos dichos dijeron nombrarse Tepepic, Comolco y Azcapotzaltonco, que tiene

por lindes, la dicha colina que nombran Pепенisco, Tepequilantzin, Tolotzin, Tecama y Tenatzin, donde por mandado del Sr. Corregidor, yo, el Escribano, estando en una loza suave, notifiqué é hice saber en alta voz, la merced de su Alteza la Real Audiencia, de la misma manera que la anterior, y no habiendo quien dijese contradicción, su Merced, el Sr. Corregidor, tomó de la mano al dicho D. Pedro Cortés, y éste asió de la mano á D. Pedro Hernández, y éste asió de la mano á D. Martin Rivero, y les dijo: que en el Real nombre de su Magestad y sin perjuicio del Real fisco, ni de otro tercero de mejor derecho, les daba y dió posesión Real, corporal vel quasi, y ellos respondieron que la tomaban por ellos y por sus masehuals, y en señal de posesión, se soltaron las manos, anduvieron y arrancaron yerbas y tiraron piedras é hicieron otros actos de verdadera posesión como en la anterior, comprendiéndose en este segundo amparo, los parajes que los testigos de identidad dijeron nombrarse Metztitlan, Tlacopan, Atlapaltitlan y demás lugares que les corresponden; no firmaron por que dijeron no saber, hízolo de su nombre el Sr. Corregidor, los testigos y el intérprete.

“D. Juan Rodríguez de Armenta. -Corregidor por su Magestad. -**Baltazar de Miranda,** testigo.-**Tomás Meléndez,** testigo.- **Julian Bejarano,** interprete nombrado.-Ante mí, **Manuel de Agnudis,** Escribano Real y Público”.

“Y luego, incontinenti, se pasó á la otra banda de la colina que nombran Tepemacatzin; y estando en ella, los de identidad demostraron un paraje que dijeron nombrarse Tlaxomolco, donde son tres caballerías de tierra, y donde su Merced mandó que se leyera la merced de su Alteza la Real Audiencia, y habiéndose leído como en los actos anteriores, no hubo quien dijera contradigo; y su Merced, el Sr. Corregidor, mandó que los casiques se asieran de las manos, y él tomó la de D. Pedro Cortés, y los anduvo por las tierras del dicho paraje, y les dió la posesión como en las dos anteriores, y ellos la tomaron y respondieron lo mismo, é hicieron actos como en los anteriores; no firmaron por que dijeron

no saber; hicieronlo de su nombre el Sr. Corregidor, el intérprete y los testigos.- Doy fé.-**D. Juan Rodríguez de Armenta-Baltazar de Miranda**, testigo.-**Tomás Melendez**, testigo.-**Julian Bejarano**, intérprete - Ante mí, **Manuel de Agnudis**, Escribano Real y Público.”

“Y luego, incontinenti, pasamos al paraje que los testigos dijeron llamarse Tepenacasco, y estando en él los de identidad, señalaron tras de un cerro que está al Oeste del pueblo de Tollocan, donde su Merced, el Sr. Corregidor, mandó se leyese por último, la merced de su Alteza la Real Audiencia, y no habiendo quien diga contradigo, su Merced mandó que los casiques se asieran de las manos y él tomó la de D. Pedro Cortés, y los paseó en las tierras del paraje Tepanacasco, donde son las otras tres caballerías, y les dijo que les daba y dió posesión como en las tres anteriores, y ellos respondieron lo mismo, y se soltaron las manos y arrancaron yerbas y tiraron piedras como en las anteriores. No firmaron porque dijeron no saber, hicieronlo de su nombre, el Sr. Corregidor, el intérprete y los testigos. Doy fé. **D. Juan Rodríguez de Armenta. -Baltazar de Miranda**, testigo. -**Tomás Melendez**, testigo.-**Julian Bejarano**, intérprete.- Ante mí, **Manuel de Agnudis**, Escribano Real y Público”.

AUTO

“Estando su Merced, el Sr. Corregidor, D. Juan Rodríguez de Armenta, en la casa común del pueblo de Toluca, en el dicho día, mes y año ante mí, el escribano suscrito, dijo que para mejor validación y resguardo de los casiques, en la posesión que han tomado, mandaba, y su Merced mandó, que estas diligencias se entregaran juntamente con la merced, á los susodichos casiques, para que las lleven a su Alteza la Real Audiencia, para su aprobación y confirmación; así lo

mandó por auto y firmó.- **D. Juan Rodríguez de Armenta**, Corregidor por su Magestad.- Ante mí, **Manuel de Agnudis**, Escribano de su Magestad”.

APROBACIÓN

“Nos, el Presidente é Oidores de la Audiencia Real, que reside en esta ciudad de Tenochtitlán, México de la Nueva España.”

“Por cuanto por parte de los casiques, común é naturales de Tollocan, se ha fecho relación, diciendo, que en virtud de un mandamiento y merced nuestra, el Corregidor de la provincia de Ixtlahuaca, pasó á las estancias que se contienen en la susodicha merced que posee en sus términos, que hizo reconocimiento, los anduvo, paseó por vista de ojos, y que por no estar en perjuicio del Real haber ni de otro tercero, conforme a lo que se mandó en la dicha merced, les amparó posesión sin contradiccias de ninguna persona, y que atento á que no hay perjuicio en los derechos de su Magestad ni de ningun tercero, nos pedían é suplicaban que aprobásemos las diligencias de amparo y confirmásemos nuestra merced. Y por nos, vistas dichas diligencias de posesion dada en virtud de nuestro mandamiento y merced, debíamos de aprobar y aprobamos las diligencias de posesion, ejecutadas por la Justicia de Ixtlahuaca, y confirmamos nuestra merced y la posesion que han tomado los casiques, y en su virtud, mandamos no sean de ella desposeídos, sin ser primeramente oídos, y por fuero de derecho vencidos. “Fecho en México, a veintiocho de mayo de mil é quinientos treinta y tres años. -Aquí cuatro rúbricas.- Por mandado de la Real Audiencia. **Juan Baeza de Herrera**, Escribano de Cámara de su Magestad”. (1)

.....

(1).— Rigurosamente hemos respetado la ortografía y redacción del original.



CAPÍTULO XVIII

EL VALLE DE TOLUCA, SOLAR Y EMPORIO DE UNA DE LAS MÁS AVANZADAS CULTURAS ANTIGUAS DEL PAÍS. —CALIXTLAHUACA. —ENORME IMPORTANCIA DE ESTAS RUINAS. — CONSECUENCIAS QUE DE ELLAS SE DEDUCEN

HE AHÍ PUES, en el pintoresco y conmovedor (por lo ingenuo, por lo adorablemente sencillo y hondamente sincero), relato reproducido en la primera parte del capítulo anterior, concisamente perfilada, la brava silueta de ese pueblo, dos veces víctima de la envidia y el recelo de sus convecinos o de sus más allegados parientes de raza; pero que, en vez de aliarse vergonzosamente al invasor, como hicieron los tlaxcaltecas, para vengar la afrenta del yugo que les impusieron los mexicanos, por su fiereza y patriotismo, por su indomable rebeldía, por su orgullosa dignidad, hubieron de atraer sobre ellos todo el desesperado empuje de los ferrados guerreros abatidos por Cuitláhuac, logrando de ese modo, ¡Oh sublime y trágica fortuna!, preceder en la grandeza de la caída y en la apoteosis de la muerte, a la misma capital del imperio más vasto de América, cuyos templos todavía erguidos y cuyos palacios todavía en pie, coronó de laureles de lumbre, en póstumo homenaje, la formidable pira heroica del incendio de la metrópoli del reino Matlatzinca!...(1)

(1).— Además de la invasión dirigida por Axayácatl, poco después y tras de haber sacudido brevemente el yugo de los méxica, sufrieron otras dos invasiones de este pueblo capitaneadas por Tizoc y Moctezuma Xocoyotzin. Precisamente en la llamada piedra de Tizoc, entre los pueblos sojuzgados por este monarca, figura la representación geroglífica de los Matlatzincas y “más adelante la de los pueblos de Tozxiuhco, hoy desaparecido y nuestra zona arqueológica de Tecaxic”, según afirma el Ingeniero Payón en su conferencia que reproducimos en el apéndice. De las invasiones tarascas, carecemos de datos preciosos, aun cuando es inconcuso que deben haber sido tan terribles como las de los mexicanos, por más que terminasen cuando el peligro común hizo unirse a tarascos y pirindas, para rechazar a los aztecas.

Pero... ¿Esa fue sólo su importancia y ese fue sólo su papel en el largo proceso prehistórico e histórico precortesiano de las grandes culturas del centro del país y principalmente, de las que ocuparon las altas mesetas comprendidas dentro del área del antiguo territorio del Estado de México?

¿Sin luminosos antecedentes, sin una personalidad robusta y bien definida, como la de los chichimecas y los mexicanos, el reino Matlatzinca, junto a esos dos máximos exponentes de extensión política y profundidad religiosa; de vigor y sensibilidad, de voluntad de poder, y poder de intuición y desinterés estético, que fueron, respectivamente, el imperio de Moctecuhzoma II y el reino de Netzahualcóyotl, el relativamente humilde señorío Matlatzinca, únicamente fue: primero, y ante el empuje de Axayácatl y sus reyes aliados, un bizarro gesto de osadía; y después, bajo el bárbaro golpe del conquistador, una sublime actitud heroica?

¡De ninguna manera! Los antecedentes prehistóricos del Valle de Toluca son tan antiguos y de tal valor, que, precisamente en buena copia de los restos fósiles (humanos y de animales) hallados dentro de su perímetro (las faldas del cerro de Huitzila, lecho de la laguna de Lerma, regiones circunvecinas al Xinantécatl, Tenango, Calimaya, Tecaxic, Tlacopa, etc.) al par que en los encontrados en otros lugares del Valle de México, ya citados, se fundan nuestros más serios etnólogos, arqueólogos e historiadores, para afirmar que existió en el país una fauna terciaria y cuaternaria y que, si no existieron realmente **quinamis** o gigantes, como en un principio se creyó y como puede aún seguirse creyendo, ya que esta hipótesis no deja de tener ciertos visos de verosimilitud, según lo asentamos en uno de los primeros capítulos de este trabajo; sí hubo en México (Y ahora concretaremos: en los Valles de México y de Toluca, particularmente) hombres tan antiguos “que se puede asegurar que existieron en nuestro territorio, hace muchos millares de años, antes de las fechas más antiguas que señalan los anales históricos de todos los pueblos del Nuevo Mundo y cuando aún existían plantas y animales hoy quizá desaparecidos de la superficie del planeta”. (1)

(1).— Compendio de Historia de México-Historia Antigua-Alfonso Toro. -(Pág. 22).

Por lo que respecta a la cultura arcaica, aun cuando no conocemos todavía ningún estudio, suficientemente profundo y documentado, podemos afirmar, en vista de los ejemplares hallados en Tenango, Malinalco, Tlacopa, Tecaxic, etc., y últimamente en Calixtlahuaca (cerámica e idolillos) que existió en el Valle de Toluca, con idénticas características y por la misma época que en el Valle de México, y que corresponde también a los otomites o a un subtipo muy inmediato a ellos, pero eso sí, tan antiguo como los milenarios ancestros que fabricaron los objetos amortajados por la erupción del Xitle. (2)

Es más, quizá en las inmediaciones del Volcán de Toluca, como en las del Ajusco, y pesadamente sepultadas bajo una ancha lápida de lava, se hallen igualmente, algún día, reliquias tan preciosas, o más acaso, que las encontradas en la pétreo entraña de la cantera de Copilco, o Cupilco! (3)

Los hallazgos aislados, pero frecuentes, de fragmentos de cerámica arcaica (muchas veces de piezas completas o casi completas) idolillos, y utensilios diversos, así lo hacen presumir; y estamos absolutamente seguros de que, cuando puedan conocerse los pacientes y profundos estudios que a este respecto han emprendido, desde hace muchos años, arqueólogos, etnólogos e historiadores

(2).— “En las tobas volcánicas cuaternarias de los alrededores de Amanalco, más allá de las faldas del Nevado de Toluca, se encuentran estampadas las pisadas de hombres y niños en la superficie de las rocas que soportaban un grupo de sedimentos de más de 50 metros de potencia. En la región volcánica de Tlalmanalco, sobre la capa que contiene huesos fósiles de mamíferos, se descubren utensilios humanos”.

“Estos hechos prueban que el hombre vivió en nuestro suelo, en una época en que aún se desarrollaban con gran intensidad fenómenos volcánicos, cuya actividad ha disminuido con sensible rapidez en nuestros días.”—(Nicolás León. -Historia de México, 2ª edición, pág. 7).

¡Será preciso añadir que Tlalmanalco es una municipalidad del distrito de Chalco y que, por ende, pertenece al Estado de México!

(3).— “Corresponde a este enorme centro arqueológico (la zona de Calixtlahuaca) una gran antigüedad, según lo indican claramente los numerosos objetos de tipo arcaico que allí se encuentra y que son análogos a los que existen debajo del Pedregal de San Angel en Copilco, cuya antigüedad de millares de años es unánimemente aceptada.” (Los Teocallis de Calixtlahuaca, Estado de México, por M. Gamio. -“El Universal Ilustrado”, marzo, 19 de 1931, página 31).

del Estado de México, tan sabios y modestos como el actual cura párroco de Tlalnepantla, presbítero D. Canuto Flores, quien posee ejemplares valiosísimos de la cerámica arcaica, tolteca y pre-tolteca del Estado de México, quedará definitivamente demostrado nuestro aserto de que, la cultura arcaica del Valle de Toluca, es tan antigua, por lo menos, como la del Valle de México.

En cambio, podemos afirmar ya, desde ahora, con una seguridad completa, que el proceso de las culturas precortesianas, en el Valle de Toluca, siguió, exactamente, la misma progresión evolutiva de las del Valle de Teotihuacán, que es, indiscutiblemente la más importante zona arqueológica del Estado de México, en la actualidad; aun cuando tal vez no lo sea, el día en que queden completamente exploradas y reconstruidas las riquísimas zonas de Tenango y Calixtlahuaca, sobre todo esta última, que según todas las apariencias y las conjeturas que hacen los peritos, deben tener una importancia mayor todavía.

En efecto, según el breve, pero documentado y autorizado informe del Sr. D. José García Payón, Director de la Biblioteca y del Museo del Estado de México y de las exploraciones que se practican en Calixtlahuaca, informe rendido al C. Gobernador del Estado de México, a solicitud especial del autor y del que ya hemos hecho cumplida referencia y hasta extractado pequeños párrafos en el capítulo XV de este trabajo; según dicho informe que tenemos a la vista, y del cual por considerarlo necesario para mejor apoyar nuestras conclusiones, nos veremos obligados a repetir varias líneas, los restos arqueológicos encontrados en Calixtlahuaca, situada ocho kilómetros escasos al Noreste de Toluca y cuya fundación data del periodo pretolteca o arcaico, comprendían hasta el año de 1930, “algunas piezas arcaicas y un porcentaje menor de piezas aztecas; once montículos de los que se tiene la plena seguridad, sean importantes monumentos arquitectónicos y una pirámide que aún no se ha acabado de descubrir completamente, pero que acusa hasta este momento, de una manera bastante clara, tres periodos históricos, esto es, **pre-Teotihuacano; Teotihuacano y Azteca**”.

El Estado de México Desde la prehistoria...

Así es que, como se ve, está plenamente corroborado que, en esa nueva zona arqueológica del Estado de México, tan próxima a la capital del mismo, que abarca una extensión de dos kilómetros cuadrados, y se encuentra situada en la falda del cerro del Tenisco o Tenismó (1) y en una suerte de centro panorámico incomparable, efectuase la misma superposición y más tarde la misma admirable coordinación de razas y de culturas que conjugó tantas y tan portentosas excelencias en la vieja ciudad sagrada. Por lo tanto, en el actual centro geográfico y político del Estado de México; en las propias goteras de la metrópoli del reino Matlatzinca; en los linderos de la ancestral ciudad del dios Tolo, en fin, sobre un fondo arcaico también, el pre-teotihuacano (nahoa y olmeca) y el post-teotihuacano u azteca (nahoa-olmeca-nahuatlaca, o tolteca-nahuatlaca) se fue afinando y depurando el tipo de las grandes culturas precortesianas, las cuales según ya hemos dicho y corroborado con el juicio de eminentes arqueólogos, etnólogos, historiadores y arquitectos, después de haber alcanzado en los vastos altiplanos de la Mesa Central, una grandeza y perfección jamás superadas, fueron a irradiar en las ciudades mayas de la primera y de la segunda edad de oro, el ritmo de eterna belleza y profunda religiosidad, que temblaba y tiembla todavía en el corazón de las piedras sinfónicas de Xochicalco, Tenayucan, Santa Cecilia, Teopanzolco, Calixtlahuaca, Tepoztlán y Teotihuacán!...

(1).— Todas estas referencias proceden igualmente del informe del Sr. D. José García Payón, que reproducimos íntegro en el apéndice, por considerarlo de gran importancia, dados su actualidad y los sugerentes datos que contiene.



CAPÍTULO XIX

LA LEYENDA DE LAS RUINAS DE CALIXTLAHUACA.—OTRAS ZONAS Y RELIQUIAS ARQUEOLÓGICAS DEL VALLE DE TOLUCA Y REGIONES CIRCUNVECINAS.—EL TOLTECA Y SU ANTIGÜEDAD EN ESA REGIÓN

i **H**ALLAZGO fabuloso éste de la región arqueológica de Calixtlahuaca, que de manera tan decisiva viene en nuestro auxilio para comprobar plenamente la tesis que, acerca de la inmensa importancia del Estado de México, en el ciclo de la prehistoria e historia precortesianas, venimos sosteniendo desde los primeros capítulos de este trabajo!

¡Hallazgo magnífico, es verdad, pero cuyo descubrimiento no corresponde, precisamente a estos últimos lustros, sino que data ya desde hace no menos de cincuenta años; pues, el sabio presbítero Flores que, ya solo o ya con la ilustre compañía del historiógrafo del Estado de México, D. Gilberto Bernal, varias veces, desde hace mucho tiempo, ha recorrido en exploraciones de estudio aquellos lugares, cuenta, amena y deliciosamente, cómo allá, por la época del General Villada, inolvidable Gobernante que rigió los destinos del Estado, desde 1889 hasta el 6 de mayo de 1904 (1) perfumaba el silencio de la quieta población de Calixtlahuaca, la suave leyenda de una campana encantada que

(1).— Al ratificar estos datos en el valioso folleto “Índice Cronológico de los Gobernantes del Estado de México y de los Beneméritos y ciudadanos del mismo”, del distinguido monografista D. Aurelio J. Venegas, nos encontramos (pág. 77) con que el entonces Coronel Villada, había sido nombrado Gobernador Constitucional por decreto del 9 de marzo de 1899, para el periodo del 20 de ese propio mes y año al 19 de marzo de 1893; pero estamos seguros de que se trata de un error de imprenta, pues no es posible que termine un periodo (1893) seis años antes de que empiece (1899).

hallábase escondida dentro de aquellas ruinas venerables y que, aquel que empeñado en remover los sagrados escombros llegase a herir, hubiese oído sonar en la lengua de metal de aquella párvula esquila de oro, el presagio de su desgracia o el oráculo de su muerte!... ¡Suave leyenda, pero protectora y bendita también, pues evitó, según propio comentario del culto sacerdote, que los indios del lugar siguiesen desenterrando los sillares milenarios para aprovecharlos en sus edificaciones urbanas!...(2) ¡Suave y perfumada leyenda que salvó tamaño testimonio de religiosidad, de fuerza y de belleza, e hizo posible que llegase hasta nosotros el alma de un pasado sublime cuya inquietud todavía se estremece, cuya fe todavía palpita y cuya esperanza todavía canta, en el temblor eurítmico, en la melodía estética y en la voz hecha emoción y símbolo de esas piedras noblemente longevas y santamente milenarias!...

Mas con ser de tanto valor, sólo por encontrarse tan cerca de Toluca, sino por su extensión y por el número e importancia de los monumentos que encierra, no es la única esta zona arqueológica en el antiguo imperio Matlatzinca o en sus inmediaciones. Sobre todo, no es la única en las que las características peculiares al período tolteca están francamente acusadas. El Doctor J. M. de la Fuente, en la página 21 de su obra “Hidalgo Intimo” y en párrafo citado por D. Gilberto Bernal, en sus inéditos “Apuntes para la Historia del Estado de México”, dice: “las columnas y piedras labradas del pueblo de Ixtapan (Tenancingo) son de factura tolteca y ellas denuncian, a las claras, que también los Toltecas habitaron aquella región; ya sea que en la época del apogeo de su imperio se hayan extendido hasta aquellos lugares, o lo que es más probable, puesto que sólo en Ixtlahuaca encontramos sus huellas, que los toltecas que allí poblaron hayan sido de los que acompañaron a los fieles servidores de **Topiltzin**, que fueron a ocultar en los montes de **Tolocan** a los príncipes **Pochotl** y **Xilatzin**, hijos de

(2).— Desgraciadamente este despojo sistemático se detuvo cuando, dos de los tres montículos del cerro del Tenisco o Tenismó, habían sido destruidos para reconstruir, con su material, la Parroquia de Calixtlahuaca, durante los años de 1872 a 1882.

aquel desgraciado monarca, el año segundo de **tecpatl**, o sea el 1052 de la era Cristiana, el cual año fue la destrucción del imperio Tolteca...”.

Empero, no se reducen tampoco a estas piedras y columnas labradas de Ixtapan y a otras muchas reliquias de igual naturaleza e importancia, seguramente sepultadas aún, los tesoros arqueológicos de esta región, cuyas exploraciones, lo mismo que las de Tenango, intentaron emprenderse en toda forma desde el gobierno del General Villada, pero no pudieron llevarse a efecto, debido a que importaban alrededor de \$50,000. No; en el mismo distrito de Tenancingo, hállase el teocalli de Malinalco, acerca del cual, desgraciadamente, carecemos de noticias precisas y detalladas por el abandono en que han tenido que permanecer aquellos lugares, debido a las difíciles circunstancias económicas del Estado, sobre todo durante la Revolución.

Sin embargo, dado el carácter de las ruinas de Calixtlahuaca, no creemos aventurado inferir que la cultura teotihuacana o tolteca y hasta la preteotihuacana, florecieron también en estos lugares y que este florecimiento efectuóse antes del año de 1052 como cree el Dr. de la Fuente, para quien sólo en Ixtlahuaca encuéntanse huellas de la cultura tolteca, seguramente porque no tuvo noticia de las reliquias de Calixtlahuaca, Tenango, etc.

Por lo que toca al periodo post-teotihuacano, a continuación, reproducimos varios párrafos de la Monografía de Tenancingo, del señor D. Gilberto Bernal, en los que hace referencias a las “dos reliquias indígenas de insuperable belleza” que se encuentran en el cerro de Acatzingo: He aquí el delicioso relato:

“En los flancos meridionales de la eminencia, con vista a los cálidos terrenos de Tzompahuacán y el inmenso Valle por donde corren, al fondo de espantables precipicios, las corrientes que más tarde se sepultan en las cadenas de Cacahuamilpa, se admiran dos reliquias indígenas de insuperable belleza, no reseñadas hasta hoy por los investigadores arqueológicos, tal vez por no haberlas conocido y sólo, el orgullo del Estado, presbítero Canuto Flores, infatigable explorador arqueológico, ha hecho mención de ellas a quienes por tales grandezas se interesan”.

“Una es conocida con el nombre de “Cama de Moctezuma”, aun cuando no es tal cama y tal vez el Monarca nada tuvo que ver con ella. Es un enorme peñasco volado sobre el abismo del cerro a una inmensa altura. En el macizo de la roca, los indios tallaron con su perfección acostumbrada, una descomunal repisa a escuadra que vista descuidadamente, parece una cama de piedra; pero, en realidad, es un atrevido mirador, vaciado a aquella altura para admirar la inmensidad de la tierra caliente, fragoso plano que se aleja como rugosa sábana hasta los cerros guerrerenses de Taxco. Un atalaya colocado en aquel sitio estratégico por demás, no podía perder el más insignificante movimiento de las huestes guerreras de Tzompahuacán o de cualquier otro enemigo que pretendiera cruzar los enormes barrancos que dividen el suelo para dejar paso a los ríos de Malinaltenango y Tenancingo”.

“En la región hay la conseja de que Moctezuma fue a esos parajes siguiendo el amor de una beldad del pueblecillo de Acatzingo que se encuentra a la falda opuesta del cerro y se cuenta que, subiendo el peñasco donde mandó construir la cama, gozaba en la contemplación de las lejanías entre las que se adormece Tzompahuacán pueblo habitado por gente brava de la misma raza mexicana que jamás se humilló bajo el poder de la imperial metrópoli. Como supieran los Tzompahuacanos que el poderoso Monarca los acechaba, resolvieron entrar en tratos con él, conviniendo desde entonces en pagar un tributo a la corona, pero sin admitir vasallaje de otra índole”.

“Tal versión parece carecer de fundamento, siendo lo probable, que el mirador fuera sólo un punto de observación, acaso de los Matlatzincas para vigilar los movimientos de los fieros Tzompahuacanos, o bien de los mexicanos para atalayar toda la comarca cuando aquél rumbo quedó sujeto a Axayácatl”.

“La segunda reliquia está constituida por una representación de La Diosa del Agua”. Chalchiuhtlicue, gallardamente grabada sobre la roca de la pared del cerro, en el mismo lugar donde brota, en la peña, un cristalino hilillo de agua. También escogieron los indios para grabar esta figura, las laderas del cerro que miran a la enorme cuenca de Tzompahuacán. Es arrogante y grandiosa la

representación de tamaño doble del natural, lujoso penacho de plumas corona el tocado de la Diosa. Tiene en el cuello doble sartal de cuentas. Muestra en el pecho una oquedad que acaso recubría una lámina de oro, tiene las piernas entrecruzadas y las manos enlazadas sobre el vientre. A la izquierda aparece un jeroglífico: el signo **dos tochtli**, que tal vez señala el año en que se hizo la figura”.

La existencia de estas dos reliquias en esa región circunvecina del Valle de Toluca, sobre todo la última, que es la escultura de una divinidad inconfundiblemente azteca, la diosa Chalchiuhtlicue: la de la enagua de esmeraldas, que también, y en proporciones colosales (siete metros de alto, por cuatro de ancho) acaba de ser encontrada en Texcoco (Estado de México) entre Coatlinchán y Tecocac (3), demuéstranos, sin que haya lugar a duda, que la cultura post-tolteca o post-teotihuacana estuvo también dignamente representada en este otro lugar, situado en las inmediaciones del antiguo reino Matlatzinca y que, una vez más aquí, como en otros puntos del centro del Estado, se repite la superposición y seguramente también la coordinación de culturas, de que es arquetipo insuperable Teotihuacán; y que, en este otro sitio, como en la nueva ciudad sagrada encontrada ocho kilómetros al Noreste de Toluca, la sucesión de las edades ha quedado perfectamente bien marcada con los tres clásicos períodos: el pre-Tolteca, el Tolteca y el post-Tolteca, Azteca o post-Teotihuacano.

Mas si a pesar de todo, y procediendo con un criterio demasiado rígido o demasiado necio, se afirmara que todas las reliquias de la región mencionada, sin excepción ninguna, son de un mismo y único período: del post-tolteca o azteca; si por aztecas, lo mismo que la estatua de la diosa del agua y la Cama de Moctezuma, se reputasen el teocalli de Malinalco, las Murallas, esculturas, piedras labradas y con inscripciones de Tenango: riquísima zona arqueológica que con la de Tenancingo y Calixtlahuaca, han de asombrar tanto o más que la de Teotihuacán, cuando se las explore y reconstruya con toda la veneración y

(3).— Véase el apéndice.

eficacia que merecen; si por tales se tuviesen, por último, también las ruinas de Chimal en Ozumba, para no citar más que las reliquias del Estado situadas en el antiguo imperio Matlatzinca, y en sus límites, o las que hallándose un poco más alejadas, como las de Chimal, casi no son conocidas del público y sólo lo son superficialmente por los especialistas; si por aztecas y nada más por aztecas se tuviesen, lo repetimos, todas esas joyas del pretérito: es decir, si se tratase de limitar en importancia, en antigüedad y en belleza el mérito de los pétreos despojos hallados en el Valle de Toluca y en sus inmediaciones, nos bastaría, como nos basta, para dejar completamente evidencia la preeminencia arqueológica de tal región (hoy por hoy confluencia de las energías económicas, políticas y espirituales del Estado) recurrir una vez más a los testimonios fehacientes, precisos e irrefutables, que están arrojando y seguirán arrojando día tras día y con una fuerza y claridad progresivamente crecientes, las exploraciones de Calixtlahuaca, en cuyo emporio de riquezas pretéritas, en cuyo inmenso museo de tesoros sin nombre, si no se repite el milagro teotihuacano, si se prolonga el fulgor de las más grandes culturas aborígenes hasta las puertas mismas de la antigua **Tollocan** y en el territorio que ocupara el bélico y glorioso señorío sojuzgado, primero por Axayácatl y arrastrado después por el huracán de hierro de las huestes de Sandoval.

.....

CAPÍTULO XX

VISIÓN SINTÉTICA DE LA OBRA. —LAS ANTIGUAS CULTURAS DEL VALLE DE TOLUCA DIGNAS DE FIGURAR JUNTO A LAS MÁS AVANZADAS DEL VALLE DE MÉXICO. —TEOTIHUACÁN Y CALIXTLAHUACA, LOS DOS VÉRTICES SUPREMOS DE LA GRANDEZA ARQUEOLÓGICA DEL ESTADO DE MÉXICO

PRIMERO, en el centro de obsidiana de los instantes precursores, el fosilizado cementerio de Copilco, de cuyas sombras momificadas emerge, como la voz hecha piedra de una conciencia milenaria, la pirámide de Cuicuilco, soberana en su soledad, poderosa en su sencillez y rotunda y definitiva en su intenso, aunque inmóvil pathos religioso.

Después, mucho después, en el otro extremo: Xochicalco y Teotihuacán y Tenayucan (para no hablar más que de las realizaciones principales de aquellas próceras culturas) dentro de la sortija de diamantes de la circunferencia mágica, en cuyas brujas lindes, se recogen, perfilan y destellan las radiaciones del alma, como en las doradas arenas de los golfos se dibuja el latido de espumas del corazón azul del mar.

Y por fin: **Mitla, Palemke, Chichén Itzá, Labná y Zayí**, en la superfloración progresiva; en el punto fáustico del que se disparan las psíquicas energéticas, ya para disolverse en el inmenso reposo de los fines realizados; ya para disgregarse o expandirse en el total movimiento cósmico.

Todas las expresiones sumas del poder creador en las que se traduce el poder vital, empapado de conciencia e iluminado de sensibilidad; todas las materializaciones de la religiosidad hecha símbolo; de la imaginación hecha belleza; de la arcana necesidad y el implacable instinto reivindicados en el arte y transfigurados en la fe;

todas las gravedades más profundas del ser, todas las ansias más íntimas del espíritu, exteriorizados en una visible y perdurable realidad. Todo el mundo y sin embargo, elocuente universo de la piedra labrada, de la piedra esculpida, de la piedra sabia, religiosa, filosófica, procuramos mostrar e interpretar en precedentes capítulos de este trabajo, debidamente apoyados en la nutrida documentación técnica, cuya mayor parte figura en el Apéndice, para probar, hasta qué punto el territorio del Estado de México (con su extensión antigua y con su actual extensión) ha sido cuna, asiento o cruce de las más grandes culturas y civilizaciones antiguas, no sólo de México y América, sino de todo el orbe.

Luego, en otro orden de ideas: El bloque compacto, vetado de sensibilidad estética y luminosamente nervado de intuición religiosa, del otomí, descendiente de esa semi-animal y semi-humana condensación de sombras y energías que fue, o debe haber sido el **quinametzin**.

Muchos siglos, largos milenios más tarde, el nudo espiritual en que se atan la ruta exterior del nahua y el camino interior del olmeca: el Tolteca, es decir, el arquitecto, el artífice, el sabio, el religioso; el arquetipo de las máximas culturas; el autor supremo que está todo, esencial y total, en la insuperable síntesis de su símbolo: Quetzalcóatl –serpiente y pájaro de plumas primorosas– ¡Toda la sabiduría y la prudencia! ¡Toda la música y el ala! ¡El misterio y el infinito! ¡La belleza y la eternidad!

Y el que trae también, en los pretéritos de su conciencia de olmeca, o la recoge de las pupilas del tolteca, para llevársela hasta el Sur y reposarla en el Oriente, la sublime visión del taumaturgo Kukulcán, el maya-quiché de las márgenes del Usumacinta: ¡Región donde el agua es de zafiros! ¡Lugar donde tiemblan las esmeraldas! Y el maya del **Mayab** y de **Yu-Cal-Petén**: ¡El país del faisán y del venado! ¡La perla de la garganta de la Tierra!

Y en medio, en el sector zenital de la máxima grandeza histórica de aquellas épocas, bajo el arco de turquesas del cielo de Anáhuac, que se apoya, como en dos áureas columnas, en el vigor material del imperio mexicano y en el vigor

El Estado de México Desde la prehistoria...

espiritual del reino chichimeca, los tronos enormes y magníficos de las dos ciudades espléndidas, Tenochtitlán y Texcoco; y en ellos, de pie, soberbios y suntuosos uno en su riqueza y su poder y el otro en su sabiduría y su religiosidad, los dos supremos índices de la estirpe; los dos monarcas vértices; los dos soberanos cúspides de sus respectivos pueblos: Moctecuhzoma Ilhuicamina, ¡El arco de la raza tendido hacia el cielo! y Netzahualcóyotl, ¡La lira del espíritu dirigida hacia Dios!

Tal el ancho ciclorama dentro del cual encerramos todo el proceso étnico-cultural, de los pueblos que tuvieron como surco solariego del territorio del Estado de México, o que, efímera pero fecundamente pasaron por él, para ir a colocar en otros rumbos, los caudales de poder, belleza, religiosidad y sabiduría, que empezaron a nutrir en nuestros autóctonos veneros.

Faltaba, empero, completar ese extenso cuadro, con la silueta, siquiera fuese rudimentaria, pero precisa, firme y vigorosa, de las culturas hechas piedra (arquitectura) y de las civilizaciones y las culturas hechas vida (historia) de los pueblos que habitaron precisamente en el que hoy es centro político, geográfico y espiritual del Estado de México; en el lugar que ocupara antaño el antiguo reino Matlatzinca; en el Valle de Toluca; y por fin, de ser también posible, en la propia ciudad del dios de la cabeza inclinada: en **Tollocan**, uno de cuyos pueblecillos cincunvecinos: Calixtlahuaca, con el incalculable tesoro de sus ruinas, acaba de adquirir un lugar privilegiado en los fastos culturales de nuestras más grandes razas pretéritas, para la clara ciudad del volcán de plata, los cielos de seda, las noches de concha nácar y las mañanas de miel.

A eso tendieron los tres capítulos precedentes (xvii, xviii y xix); eso nos propusimos realizar en las páginas anteriores; hasta este punto supremo y para nosotros definitivo, quisimos y nos propusimos llegar desde que, llenos de entusiasmo y plenos de fe en la grandeza y nobleza de nuestro empeño, escribimos las primeras líneas de esta obra, en la que hemos postrado sumisa de fervor la vida y hemos arrodillado de gratitud el pensamiento, para hacerla digna del venerable solar donde hubimos el átomo de nuestra arcilla y el fugitivo

instante de nuestro ser; y para que, absuelta de sus lacras, en gracia a su pureza de intención, pudiese llegar hasta la dulce y santa provincia que nos mostró los paraísos del Señor en las estampas de colores de las miradas de nuestra Madre.

Realizado ese propósito, según creemos; reivindicado de tal modo, el alto prestigio histórico y cultural de la región del Estado de México hoy más importante, por estar ubicada en ella, la capital del mismo, ya podemos aseverar, en un supremo intento de síntesis: Que el reino matlatzinca, cuya antigüedad sólo se remonta hasta el año de 1120, en que se fundó, no es el tronco primordial de la genealogía prehistórica e histórica precortesiana del Estado, por más que de tal reino y de tal fecha arranquen sin excepción, todas las monografías, pequeñas historias, geografías, informes gubernativos, ensayos, artículos, estadísticas, etc., que de la antigua Provincia e Intendencia de México, conocemos; y no obstante que, sólo desde la época del señorío de los **Toloca**, y no antes, soplen la tradición, la leyenda o la crónica fragmentaria, sus seculares palabras en nuestros oídos.

Que, antes que los matlatzincas fundaran su reino y seguramente por la misma época en que llegaban al Valle de México y se instalaban en Teotihuacán, Xochicalco, etc., las avanzadas razas procedentes de las grandes ramas olmeca, nahoa y de sus posteriores derivaciones y coordinaciones: tolteca-teotihuacana, tlahuica o nahoa-olmeca-nahuatlaca, etc., otros pueblos de este mismo origen de afines capacidades e igual antigüedad, habían hecho florecer sus maravillosas culturas en lugares como Teotihuacán y Calixtlahuaca (para atenernos únicamente a la evidencia de los hechos comprobados) que escasamente dista ocho kilómetros de Toluca.

Y que, puesto que esta última zona arqueológica de Calixtlahuaca, al igual que la de Teotihuacán, acusa, además de los períodos tolteca y post-tolteca, un período pre-tolteca, perfectamente marcado, su antigüedad, y por ende la antigüedad de las grandes culturas en el Valle de Toluca, lo mismo que en el Valle de México, debe oscilar entre unos 2,500 a 3,000 años o más, pues ésta es precisamente la luenga edad que fija el eminente Dr. Gamio a las ruinas teotihuacanas que tantos

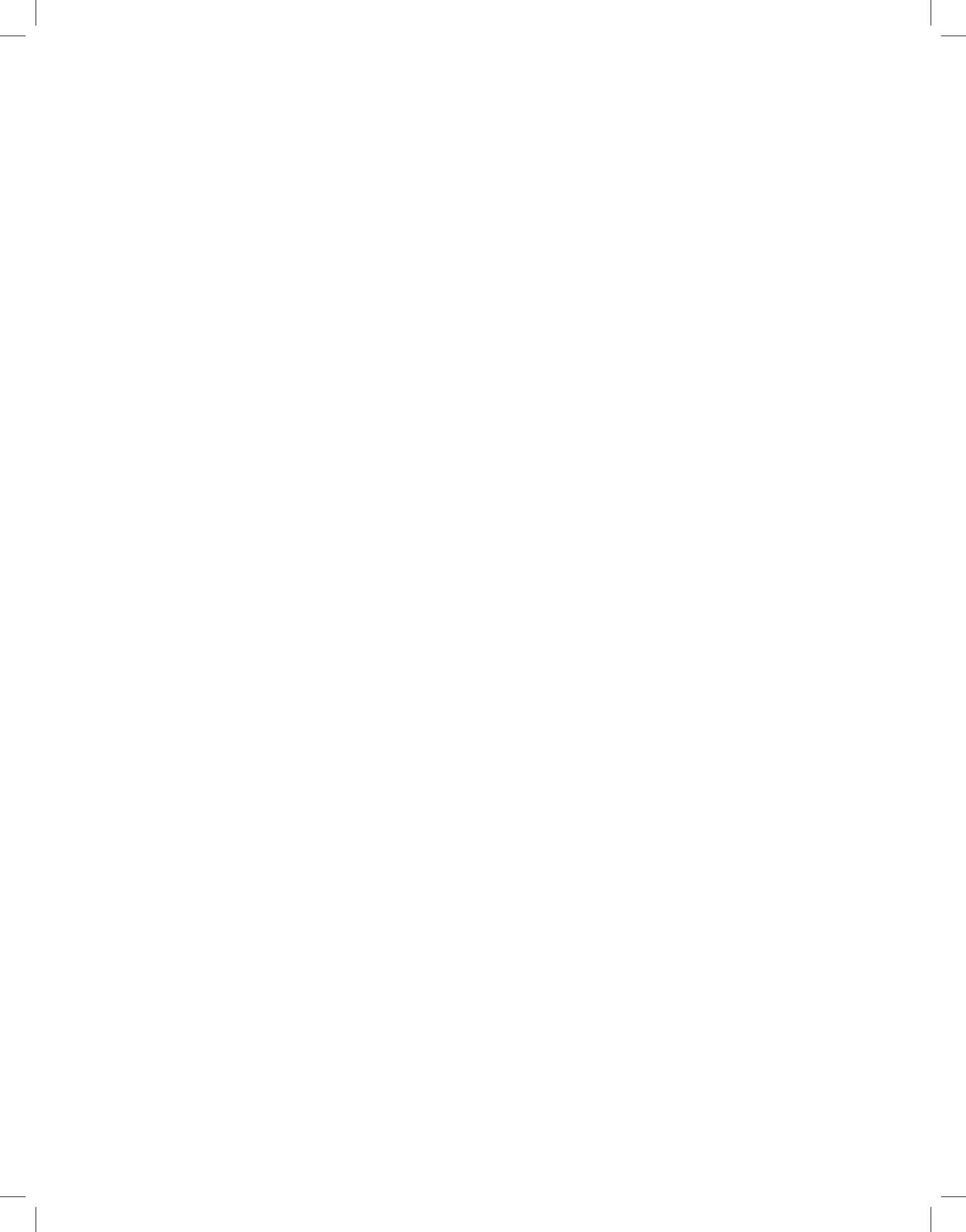
puntos de contacto, por lo menos respecto a sus orígenes, tienen con las ruinas de la región situada en la falda del cerro del Tenisco o Tenismó. (1)

Y que, por último, dada esa similitud de origen entre las reliquias de la ciudad sagrada de Teotihuacán y esta otra de Calixtlahuaca, y teniendo en consideración que fueron pueblos de la misma raza y de idéntica capacidad los que las construyeron, no resultaría osado afirmar, sobre todo si se tiene en cuenta la enorme extensión de esta nueva zona arqueológica de 32 kilómetros cuadrados, y el número de sus ruinas “veintitrés montículos o mogotes que tienen en su centro monumentos arquitectónicos” (2) que el Valle de Toluca, como el de México, sintió el sublime latido de uno de los instantes más bellos, más nobles y más altos de la antigüedad precortesiana: y que, con esos, sus dos insuperables y enormes relicarios de riquezas pretéritas: Teotihuacán y Calixtlahuaca, y con ese que es como el Tabor de las transfiguraciones del espíritu de nuestras viejas razas: Texcoco, el Estado de México (tal y como territorialmente se encuentra en nuestros días) fue, si no el único ni el primero, sí uno de los primeros e indiscutiblemente el más grande y puro crisol de las civilizaciones y culturas antiguas más avanzadas del país, y del mundo; ya que hasta la deslumbrante cultura maya y maya-quiché de los mejores siglos, no es más que un inmenso resplandor, embellecido por la distancia y magnificado por el tiempo, de esa amalgama étnica portentosa, en que se fundieron admirablemente, el bronce de las tribus primitivas con la plata del nahoa y el oro del olmeca, para integrar el metal taumaturgo, sabio, religioso, fuerte y musical, de los cinceles que esculpieron La Casa de las Flores, el Palacio de Zayí, y el templo de Quetzalcóatl, cuyas piedras armoniosas, no en vano enseñan, fortalecen, iluminan y cantan todavía!... (3)

(1).— El propio Dr. Gamio declara que esta antigüedad es mayor, mucho mayor.

(2).— Léase en el Apéndice la Conferencia del Ingeniero y Arqueólogo D. José García Payón.

(3).— Véase, después del último capítulo de esta obra, y precisamente antes del Apéndice, la Nota Bene con que nos permitimos refutar ciertas apreciaciones del Sr. Payón, quien, en su conferencia aludida, que casi es una refutación a su anterior informe, parece echar por tierra algunos de nuestros asertos.



CAPÍTULO XXI

EL ESTADO DE MÉXICO, CUNA, ASIENTO O CRISOL
DE LAS MÁS ALCANZADAS CULTURAS Y CIVILIZACIONES
ANTIGUAS DEL CONTINENTE Y MAGNO CRUCERO
ESPIRITUAL DE AMÉRICA Y ESPAÑA

AHORA SÍ, igual a ellos, qué decimos, superior a ellos por los prestigios del pasado, que bastan, por sí solos, para reivindicar con creces su involuntarias y transitorias deficiencias del presente, ya puede erguirse, mejor dicho, ya que puede tenderse, entre esas dos torres que son el imperio mexicano y el reino chichimeca, encarnados en Ilhuicamina y Netzahualcóyotl: ¡La torre que truena y la torre que canta! ¡La que es como la tea del dios implacable y la que es como la antorcha del dios misericordioso!, ya puede tenderse, decimos, a manera de un puente, el heroísmo del Señorío Matlatzinca, para que, salva y limpia del río de sangre y lágrimas, que corre debajo de él en la ahora aciaga de la Conquista, sobre él pase la Patria al porvenir: al cruento, al infinito dolor de mañana; a los largos tres siglos de vasallaje y de miseria y de vergüenza, durante los cuales, no obstante, –¡Oh sublime desquite del infortunio transfigurado! ¡Oh paraíso que florece en los infiernos de la desesperación!– en las alas de música de otra lengua, ha de volar el polvo de oro, de sombra o de luz, de nuestras palabras; en la espiral azul de otras oraciones, han de dispararse al cielo, los resortes luminosos del alma; otras ideas, otros sentimientos, otras emociones han de encender sus llamas efímeras o perdurables, en la lámpara de nuestro espíritu; y mientras la voz de los pueblos muertos queda sepultada con ellos en el silencio fosilizado de sus inmensos despojos, y la estrella de la tarde: símbolo el más bello, el más puro,

el más grande de sus cosmogonías, quédase aún cual una lágrima postrera de las viejas razas, temblando en las pestañas del misterio, en los ojos de arrebol del nuevo día, despunta el amanecer de Galilea, y el ingrávigo oído del viento se dora con el gorjeo de las bienaventuranzas!...

¡Sí!, al suave conjuro de los misioneros, más poderoso que el férreo tesón de los gambusinos, la divinidad innostrada e innostrable que vió caminar por los más recónditos senderos de sí mismo el monarca poeta y adivino de Texcoco, baja hasta el cementerio de las ruinas; desciende hasta el corazón de piedra de los teocallis, sobre los que hállanse asentados sus nuevos templos; desata las lenguas múltiples de los sacros sillares, para que puedan decir la inquietud y puedan proclamar el mensaje de las almas de ayer, que es esencialmente el mismo que el de las almas de hoy y de mañana y de siempre; y haciendo circular por las pétreas arterias que van desde los cimientos enclavados en la entraña pretérita, hasta los capiteles de las columnas, de donde todavía se precipitan hasta las linternillas de las cúpulas, la sangre de las viejas culturas, mezclada con la de las culturas nuevas, y llevando por los nervios recónditos de las piedras ágiles, el temblor de las intuiciones de los muertos, acordado con la vibración de las esperanzas o adivinaciones de los vivos, hace que al fin, en el tronco de la cruz que remata los santos edificios, queden definitivamente atadas las dos grandes ramazones étnicas, como dos inmensos brazos en cuyos extremos el pulso de las horas, se alarga en manos de siglos para palpar eternidades; y consigue al fin, que el rumor de las plegarias de mil tribus, y el balbuceo religioso de cien pueblos, y todos los cánticos y los himnos de las cosmogonías y las teogonías de las razas más avanzadas de la América de la preconquista, unidos ya al enorme clamor que viene de Galilea, definitivamente se conjuguen en ese grito, profundo como todo el tiempo y ancho como todo el espacio, que parece rodar de los labios del cosmos cual si fuese la bendición sublime de una aurora: **¡Gloria a Dios en las Alturas y Paz en la Tierra, a los Hombres de buena Voluntad!...**

FIN

NOTA BENE

L INGENIERO D. José García Payón, Director de las exploraciones efectuadas en la zona arqueológica de Calixtlahuaca, en trabajo posterior al informe que, por acuerdo expreso del C. Gobernador del Estado de México, facilitara al autor, dice, enfáticamente, contradiciendo de esta manera en 1932, lo que asentara en 1930 (léase su informe en el Apéndice) “Lo que podemos afirmar, y eso es de importancia para nosotros, es que la cerámica de procedencia tolteca o teotihuacana, no representa ni uno al millar y que las piezas toltecas más abundantes son las cabecitas teotihuacanas que fueron obtenidas por vías comerciales; lo que nos da la prueba científica de que los toltecas no llegaron a habitar el valle de Toluca”.

Tal conclusión no podemos aceptarla 1°-Porque la cerámica, por sí sola, no basta para fijar la cultura o la civilización de ningún pueblo. 2°-Porque el simple tráfico comercial, no es suficiente para explicar la presencia de ciertos ejemplares de cerámica de indiscutible sello tolteca o teotihuacano; y porque, sólo forzando mucho la imaginación, puede explicarse un intercambio de intereses entre lugares tan distantes como Calixtlahuaca y Teotihuacán, colocados fuera de toda lógica corriente comercial. 3°-Porque la cultura teotihuacana (y esto todo el mundo lo sabe) fue anterior a la azteca y por ende los matlatzincas que llegaron al valle de Toluca por el año 1120, y naturalmente, no pudo haber intercambio comercial entre un pueblo que existía y otro que estaba por existir. 4°-Porque el monumento circular que el mismo Ingeniero Payón ha bautizado con el nombre de Templo de Quetzalcóatl, ostenta una rudimentaria ornamentación, inconfundiblemente tolteca de cabezas de serpiente emplumada, es decir, porque el dato arquitectónico acusa la presencia del tolteca, ya que el mito de Quetzalcóatl

pertenece a esa cultura y su expresión pétreo, no puede tener como explicación la simple imitación de un motivo decorativo, como quiere el Ingeniero Payón; pues, en los pueblos primitivos, el arte es la exteriorización de un estado de conciencia o sea la proyección del espíritu en la materia, jamás un deseo pueril de embellecimiento. ¡Las grandes culturas, esculpen porque creen y esculpen lo que creen! ¡Su arte, es arte verdadero, no es simple artesanía! Y 5°-Porque para afirmar la presencia del tolteca en el Valle de Toluca, no necesitamos tener en cuenta lo anterior, ni invocar el poderoso apoyo del Dr. Gamio, por ejemplo, nos basta con citar las siguientes líneas del propio Ingeniero Payón, entresacadas del mismo trabajo en que afirma lo contrario: “Esta acomodación incompleta en el medio ambiente en que vivían, fue, en primer término, debido **al aislamiento en que se hallaban, con pocas relaciones comerciales** (y entonces, ¿no son estas relaciones las que invoca el Ingeniero Payón para explicar más delante la presencia de las cabecitas teotihuacanas?) etc., durante el cual, conservando la influencia que sobre ellos ejercieron **los Toltecas**, tuvo como resultado una burda imitación de sus monumentos”, Luego reconoce el Ingeniero Payón, que algo tuvieron que ver los toltecas con los matlatzincas, nada más que a este respecto nos permitimos hacer la siguiente aclaración: Los matlatzincas llegaron al valle de Toluca, según parecer unánime de cuantos historiadores hemos consultado, durante el reinado de Xólotl, monarca chichimeca. Ahora bien, si los chichimecas fueron posteriores a los toltecas y los matlatzincas llegaron al valle de Toluca en la época de los chichimecas, ¿cómo se explican sus relaciones con los toltecas, es decir, con un pueblo ya extinto? ¡No! El que esto escribe, cree más bien que, antes que los matlatzincas, habitaron en el valle de Toluca los toltecas; que a ellos se debió la primitiva edificación de monumentos como el templo de Quetzalcóatl, donde rudimentaria, pero vigorosamente esculpido, osténtase el símbolo de ese dios; que las posteriores invasiones de tarascos y aztecas, explican las deformaciones de estos monumentos primitivos; y que, a estas mismas invasiones se debe el que predominen las piezas de cerámica azteca

El Estado De México Desde la prehistoria...

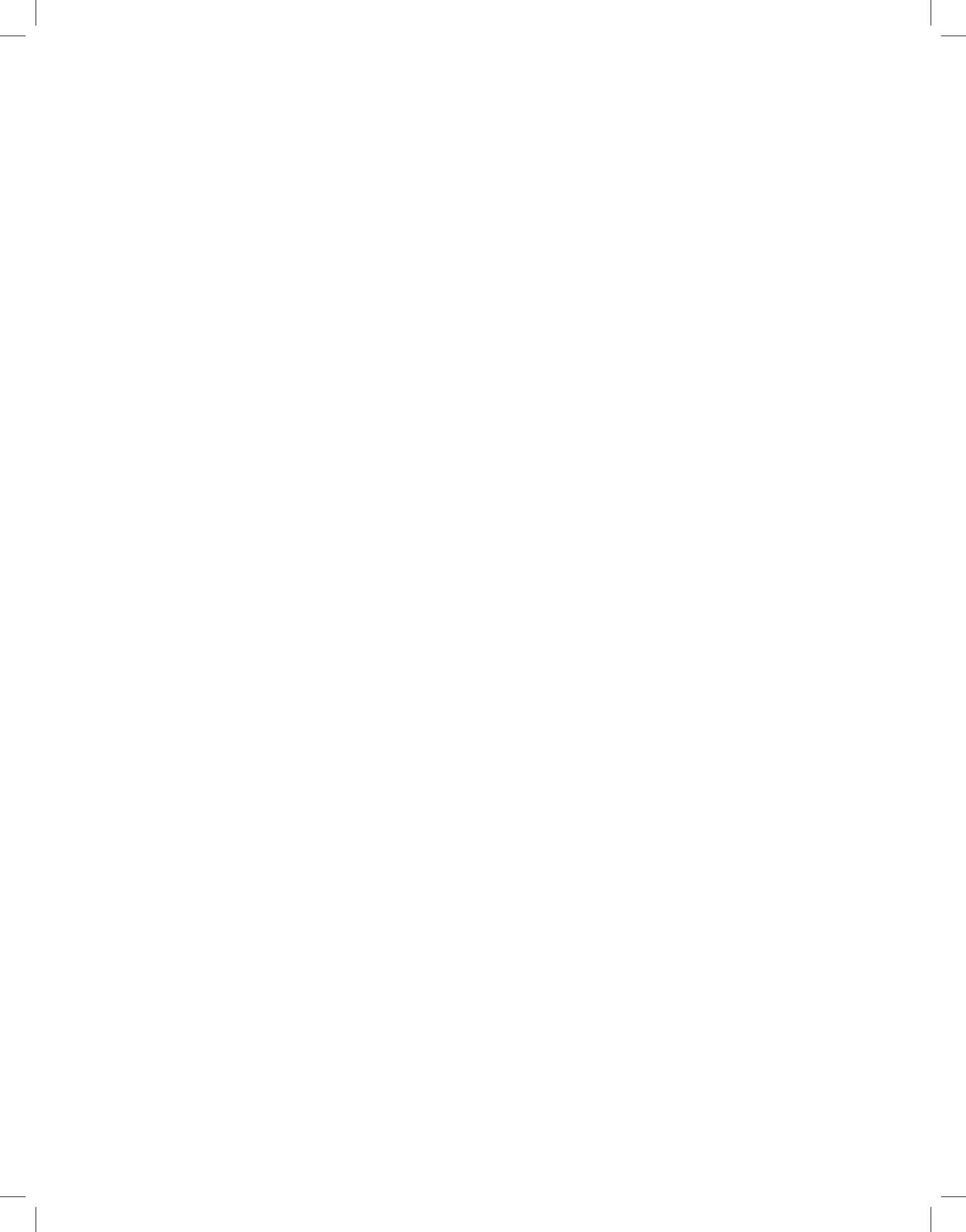
y tarasca en la vasta zona arqueológica de Caixtlahuaca. Lo de la burda imitación, no lo tomamos en cuenta, pues el arte de las primeras edades históricas, ya lo dijimos, no es ni puede ser imitación; es creación, es, mejor dicho, cristalización externa de profundas, de irreductibles, de soberanas fuerzas psíquicas colectivas. ¡Para la sociología, la estética y la filosofía de la Historia contemporánea, esto es casi un axioma!

Sin embargo, como descontando estos para nosotros pequeños errores, la conferencia del distinguido Ingeniero Payón, contiene datos interesantísimos acerca de la notable zona arqueológica citada, reproducimos íntegro tan importante trabajo, en el Apéndice de esta obra, aun cuando, posiblemente, otra conferencia posterior del eminente arqueólogo contradiga a la presente, tal como sucedió en ésta de 1932, que refuta los puntos capitales del informe del propio Ingeniero Payón, formulado en 1930.



APÉNDICE

En seguida, y según dejamos indicado desde el principio de este trabajo, con el objeto de completar, hasta donde sea posible, las descripciones y noticias que, acerca de las principales reliquias arqueológicas del Estado de México, hemos encontrado, publicamos íntegros tanto el informe del Director del Museo y de la Biblioteca de Toluca, y su importante conferencia respecto a la zona de Calixtlahuaca, como la descripción que hace el Prof. Rubén M. Campos, del ídolo más grande de América, hallado en Coatlinchán, perteneciente al Distrito de Texcoco, del Estado de México.



INFORME DEL ING. JOSÉ G. PAYÓN

*Al Sr. Horacio Zúñiga.
4ª de Agricultura, 95.
Tacubaya, D.F.*

POR ACUERDO del C. Gobernador del Estado y dando cumplimiento a la nota número 12018 de fecha 7 de los corrientes, en la que se me ordena remita a usted una descripción de las ruinas de Calixtlahuaca para que ésta sea incluida en sus conferencias sobre el Estado de México, me permito manifestarle lo siguiente:

En este momento, tanto por falta de tiempo, puesto que sólo tenemos un mes y medio de haber empezado los trabajos en la Zona Arqueológica, así como por falta de material, hasta que consiga el transporte de mi Biblioteca personal, no me encuentro en condiciones de dar a usted pormenores sobre la Historia de dicha población, por no tener las Crónicas ni los Códices a mi alcance hasta que tenga mis propios libros.

Puedo decirle que la población de Calixtlahuaca, fue incluida en el libro de **Tributos de Moctezuma** y que por su construcción Arquitectónica y por el material Arqueológico que se encuentra en toda la Zona, Calixtlahuaca fue poblada en el período Pre-Tolteca y su historia continúa hasta hoy. Los restos Arqueológicos encontrados comprenden algunas piezas Arcaicas. **Pre-Teotihuacana** que equivale a **Pre-Tolteca; Teotihuacana** y un porcentaje bastante reducido de piezas Aztecas. La pirámide que actualmente estamos descubriendo tiene hasta este momento, de una manera bastante clara, tres periodos históricos esto es **Pre-Teotihuacano, Teotihuacano y Azteca.**

Hasta este momento, hemos dedicado nuestros esfuerzos hacia el lado Norte de la Pirámide habiéndose encontrado dos terrazas: la primera, o sea la superior, tiene un piso de un metro veintiocho centímetros de ancho y el resto de una pared de piedra labrada que tiene ochenta y un centímetros, y pienso comprobar durante el tiempo que se lleve a cabo la investigación que dicha pared debía tener una altura de no menos cuatro metros en forma casi perpendicular y el todo recubierto de cemento con frescos; la segunda terraza tiene un piso de laja de un metro ochenta y nueve centímetros de ancho y una pared de piedra labrada de un metro treinta y cuatro centímetros de alto y una longitud hasta ahora de veintidós metros.

El piso inferior todavía no ha sido encontrado y la pared inclinada que sostiene el piso antes mencionado tiene hasta este momento de descubierto dos metros ochenta centímetros de alto y unos veintidós metros de largo, todo muy bien conservado.

Con fecha 6 de los corrientes inicié los trabajos en el lado Este para encontrar la escalera, lo cual arrojará muchísima luz sobre dicho monumento Arquitectónico. Hasta la fecha hemos encontrado dos de sus terrazas y espero durante el mes de agosto encontrar las escaleras antes mencionadas; así mismo le manifestaré que tampoco hemos podido encontrar una esquina lo cual espero suceda durante el tiempo que siga la investigación, pues tanto la escalera como sus esquinas son de mucha importancia para clasificar el monumento en cuestión.

La Zona Arqueológica de Calixtlahuaca se encuentra ubicada a unos ocho kilómetros de Toluca y puede llegarse a ella sea en automóvil por la carretera que va de Toluca a Almoloya de Juárez o por ferrocarril.

En la Zona que tendrá unos dos kilómetros cuadrados, se encuentran once montículos que tengo la plena seguridad tienen en su centro unos monumentos arquitectónicos. Esta Zona se encuentra en la falda Norte del Cerro del **Tenisco** en cuya cumbre se encuentran dos de los montículos en donde pueden verse también restos de paredes. Completamente en la falda de dicho cerro y colocados

El Estado de México Desde la prehistoria...

en el llano se encuentran dos montículos de los cuales uno de ellos tanto por su forma característica como por su ubicación, traen a la mente el Patio de la Pelota de los Aztecas, lo que estoy plenamente seguro que podré comprobar durante el curso de las excavaciones. Esta Zona se encuentra colocada en un delicioso panorama que con los tiempos llegará a ser una de las más hermosas Zonas Arqueológicas del Mundo, llevándose a cabo el proyecto del Gobernador del Estado de México, Coronel Filiberto Gómez, formando en esta Zona un parque arqueológico. Como supongo que continuará usted dando conferencias sobre el Estado de México, me permitiré cada vez que tenga algo importante comunicárselo.

Aprovecho esta oportunidad para reiterarle mi atenta y distinguida consideración.

SUFRAGIO EFECTIVO. NO REELECCIÓN.

Toluca, Méx., 8 de agosto de 1930

El Director del Museo,

José García Payón.

Firma y Rúbrica.

C.C. al C. Gobernador del Estado.



CALIXTLAHUACA MONUMENTAL

*Conferencia
sustentada por el señor
José García Payón,
ante el Seminario
Arqueológico que
presidido por el señor
Frank Blom visitó la
ciudad de Toluca.*

IMPRESIONADO por la vista de ustedes, estoy obligado a rendir un homenaje a las inteligencias que supieron preparar esta Séptima reunión del Comité de Relaciones Culturales con la América Latina, y en particular a este Seminario Arqueológico, que se lleva a cabo en nuestro México, esperando que año tras año, convencidos de su enorme importancia y utilidad, sin perder el ánimo por los obstáculos y sin desalentarse por las aparentes derrotas, podamos, anualmente reanudar estos estudios, aumentando el número a medida que se alistén nuevos interesados con la plena seguridad de que, en un país como el nuestro, y en medio de la enorme pública indiferencia que por años se ha manifestado en lo que toca a la Arqueología, este suceso, tarde o temprano, coronará los esfuerzos de los primeros organizadores y divulgadores de las ciencias protohistóricas de nuestro México.

El tema de mi conferencia será la zona arqueológica de Tecaxic, Calixtlahuaca y por lo mismo los pueblos Matlatzincas, cuya zona fue principalmente habitada por ellos.

SITUACIÓN

Entre el sinnúmero de datos importantísimos de las diferentes civilizaciones que el tiempo ha permitido lleguen hasta nuestros días aunque en despojos, pero, que vienen a dar más luz en las tinieblas que envuelven la protohistoria de nuestra patria, está sin duda la zona arqueológica de Tecaxic Calixtlahuaca, que se encuentra ubicada a unos 9 kilómetros al Norte de la ciudad de Toluca y en el valle del mismo nombre, en el vallecillo formado por el río Jalapa, pudiendo llegarse a ella tanto por la carretera de Toluca a Almoloya de Juárez como por el Ferrocarril de Morelia, Michoacán.

En esta conferencia, voy a hacer todo lo posible por restringir la información preliminar sobre dicha zona, en lo que se refiere teóricamente, a la arqueología propiamente dicha, o a lo que ustedes de habla inglesa, refieren como “Field-archeology”, dejando el trabajo de estudio, en el que nos será permitido seguir paso a paso la llegada de investigaciones y comparaciones histórico-arqueológicas, para un futuro, de los Matlatzincas al valle de Toluca, su forma de gobierno, la parte que ocupaban en el Imperio Otomí, las alianzas que tuvieron con varias tribus del valle de México y con los tarascos del Norte, y, finalmente, su conquista por los aztecas y desaparición de los pocos núcleos que existían de ellos durante las cinco primeras décadas del Gobierno Colonial.

Dicha zona tiene aproximadamente unos 32 kilómetros cuadrados, empezando del cerro del Toloche (lugar donde según la leyenda estaba erigido el templo de Coltzin, dios de los matlatzincas) ubicado, se puede decir en la ciudad de Toluca; de aquí al Oeste, el cerro de la Teresona y de éste en una línea recta al Noroeste, el cerro del Molcajete o Tecaxic, y al Este, el cerro de San Martín; al Suroeste el pueblo de San Mateo Oztacatipan; al Suroeste el barrio de Tlacopa y al Oeste el cerro del Toloche. Esta zona comprende los pueblos de Tecaxic, Calixtlahuaca, San Marcos, y algunos otros; el cerro de Tlacanaxco, la hacienda de los señores Uribe y otras pequeñas rancherías.

Toda esta zona, como puede verse, es enorme, y en ella se encuentran diseminados montículos o mogotes en número de veintitrés, los que tienen en su centro, monumentos arquitectónicos.

El centro principal de dicha zona se encuentra en la cima y falda Norte del cerro Tenismó, latitud Norte 19°04'04"; longitud W. Greenwich 98°23'26"; no existiendo descenso en las faldas Este y Sur y lo mismo al Oeste, en donde el cerro, prolongándose como en 300 metros acaba en un precipicio, lo que proveyó a los habitantes de dicho sitio, de un lugar ideal para construir sus habitaciones y templos y defenderlos de sus enemigos.

DESCRIPCIÓN DE LOS PRINCIPALES MONUMENTOS

Los trabajos de exploración que desde junio de 1930 por el Gobierno del Estado de México ha venido efectuando el que habla, con el permiso de la Dirección de Arqueología, de la Secretaría de Educación Pública, se han reducido a la exploración, estudio y conservación de nueve de los montículos existentes en la parte central de dicha zona, o sea la falda Norte y cima del cerro Tenismó. En esta pequeña ojeada, me permitiré pasar por alto el estudio referente a la parte fisiográfica, reservándola para un estudio más amplio en un futuro próximo.

En la cumbre de dicho cerro, existe un monumento que tiene aproximadamente ciento quince metros de largo por unos setenta de ancho, formando una gran plataforma cuyo lado Norte tiene veintidós metros de alto y su lado Sur, de menor altura, descansa en la orilla de un enorme precipicio, y en cuya plataforma se encuentran tres montículos, de los cuales dos han sido completamente destruidos por los habitantes del pueblo de Calixtlahuaca durante el período de 1872 a 1882, para reconstruir con el material que de aquí sacaron la actual parroquia del pueblo antes mencionado.

Refiriéndome a la plataforma, ésta fue construida en dos diferentes épocas; en la primera, empleándose la piedra bruta sin ningún ligamento, y en la segunda empleándose la laja con ligamento de lodo. Con respecto a la primera época, ésta tiene una gran semejanza a las yácatas de los pueblos tarascos, lo que nos indujo, al principio de los trabajos, a suponer que los tarascos en épocas pasadas, habitaron por algún tiempo dicha zona, hipótesis que hoy desechamos en vista de los escasos ejemplares de cerámica tarasca que se han encontrado en la región.

Desde la cima del Tenismó, los monumentos y terrazas con sus caminos de comunicación, se extienden como un abanico hasta el vallecillo por donde pasa el río Jajalpa, pues siendo el lado Norte el solo punto por el cual es posible ascender a la cima del cerro, sometieron los habitantes primitivos toda esta montaña a su voluntad, para fines humanos, fortificándola y formando un gran número de terrazas, de las cuales, muchas son coronadas por un templo.

El enorme número de cerámica que se encuentra en toda esa falda es tan grande, y algunas de sus terrazas tan anchas y largas, que nos hacen suponer que los habitantes de dicha zona, vivían en estas mismas terrazas alrededor de sus templos.

Las faldas del cerro, utilizadas desde hace muchos años para fines de agricultura, cultivo de maíz, maguey, etc., y las capas de suelo muy delgadas y muy pendientes, han sido por ello muy removidas y no reúnen las condiciones para el estudio de los restos superpuestos o estratigráficos.

Entre los monumentos más interesantes encontrados, es el número tres o el que hemos llamado el Templo de Quetzalcóatl, cuya forma fue en su primera época, cilíndrica; en su segunda, otra vez cilíndrica y en su tercera época de construcción, cónico-cilíndrica; en su segunda época, tuvo cuatro secciones horizontales o pisos, y en su tercera, solamente tres.

En vista de la irregularidad que existe en la forma y construcción de los monumentos, las medidas que voy a dar, sólo son de promedio: la segunda época del monumento número tres tiene un diámetro en su base, de veinte metros

sesenta centímetros y un superior de quince metros, y altura de siete metros sesenta y cinco centímetros. Este monumento, en su forma original se componía de cuatro cuerpos o pisos, teniendo cada uno de ellos una altura de dos metros veinticinco centímetros, lo que nos da un total de nueve metros o sea la altura original del mismo, sin contar el templo que se erigía sobre el cilindro. El diámetro superior del monumento, era entonces de quince metros, teniendo tres pasillos alrededor de setenta y cinco centímetros de ancho.

La tercera época de construcción, tiene un diámetro inferior de veinticinco metros ochenta y cinco centímetros y un superior de veintiún metros cincuenta centímetros. Tenía antes de su destrucción, cuatro cuerpos o pisos, cada uno de ellos dividido en dos partes, una primera cónica y otra cilíndrica y como cada uno de estos cuerpos tenía dos metros setenta y cinco centímetros de altura, esto nos demuestra que dicho monumento en su forma original tenía una altura de diez metros ochenta centímetros y un diámetro superior de diecinueve metros ochenta y cinco centímetros, teniendo dos pasillos alrededor del monumento de setenta y cinco centímetros de ancho.

El monumento número cuatro o Templo de Tláloc fue en su primera época una terraza, con dos mil setecientos metros cuadrados de superficie y con un frente de cuatro metros cuarenta centímetros de altura, construida de piedra bruta, sin ningún ligamento, y corresponde toda esta construcción a la primera época del monumento número tres. En el curso de las exploraciones habremos de cerciorarnos si en el interior de la pirámide que corona dicha terraza, se encuentra una primera época correspondiente a esta misma terraza.

Durante la segunda época se agregó sobre dicha terraza una pirámide con tres cuerpos que corresponden en su construcción, a la misma época del monumento número tres; teniendo el primer cuerpo un metro treinta y tres centímetros de altura, el segundo dos metros noventa y tres centímetros, y el tercero, cuatro metros ochenta centímetros, lo que nos da una altura total, incluyendo la terraza, de trece metros cuarenta y seis centímetros, y una superficie cuadrada, superior,

de trescientos veinticinco metros. El templo superior que coronaba dicha pirámide era redondo y pintado con frescos, de los cuales se encontraron restos en el curso de la exploración.

Con referencia a los pocos monumentos que hasta la fecha hemos explorado, aunque sea parcialmente, por medio de sus rasgos o caracteres primitivos, podemos clasificarlos por épocas. Estas son claras e inconfundibles: primera época, piedra bruta sin ninguna mezcla, según época, lajas adheridas con lodo, período de transición, piedra bruta y otras labradas adheridas con lodo, (llamamos así ese período, por llevar las características de la segunda y tercera épocas) y finalmente, piedras labradas adheridas con cal y lodo.

De la primera época de piedra bruta son los siguientes monumentos: Número doce, terraza Sur; número tres, las terrazas; número uno, las terrazas, y los monumentos números cuatro y diez.

De la segunda época, construcción de laja adherida con lodo, del número uno, la pirámide; del número doce, la terraza Norte, del número tres, el cilindro, y los números cinco, diez y dieciséis. Período de transición: los números dieciséis, lado Este, y diecisiete en el vallecillo. Tercera época: piedra labrada, el número tres, segunda y tercera época de construcción; el número cuatro; el número uno, en la segunda época del monumento y el número cinco de la segunda época del monumento.

Los monumentos explorados tienen sus escaleras divididas y orientadas de la siguiente manera:

Número 1: Al Oeste.

Número 3: Cónico-Cilíndrico, al Este. Sus terrazas hacia el Norte.

Número 4: Al Este.

Número 6: Al Sureste.

Todos estos monumentos solamente tienen una escalinata.

Número 17: Al Suroeste. Tiene cuatro escalinatas y cinco alfardas.

Como uno de los principales trabajos de la arqueología es el encontrar la fecha de dichas construcciones, esto es, el conocer y principiar con una cronología para tener unos principios básicos para clasificar los monumentos, durante el curso de la excavación del monumento número tres o sea el templo de Quetzalcóatl, hemos podido comprobar que el segundo período fue destruido por un terremoto, y esta prueba la obtuvimos por el estado de las cuarteaduras que hallamos durante el proceso de la excavación, y que todavía hoy puede verse en el mismo monumento al lado izquierdo de la escalera donde hemos dejado una parte del relleno artificial que separa la tercera época de construcción con la segunda, sobre el cual los matlatzincas edificaron lo que al principio consideramos como tercera época, pero que no es más que una continuación de la segunda, pues como se ve, no es más que una reconstrucción, refuerzo y ensanchamiento del monumento, dándole una forma cónico-cilíndrica.

El descubrimiento de que dicha segunda época haya sido destruida por un terremoto, nos proporciona ya un importantísimo dato para fijar fecha al ensanchamiento del monumento: la tercera época de construcción. Los anales aztecas nos mencionan varios de estos terremotos, así es que este dato, aunque de importancia, y esto con mayor razón en un país como el nuestro excesivamente sísmico, se necesitaba de otro dato tan importante y claro como este primero, para darnos la clave necesaria para fijar un principio de cronología a dicha tercera época de construcción.

Este otro dato, lo hallamos de la siguiente manera: Este monumento, como lo hemos manifestado antes, consta de tres épocas constructivas.

La primera se compone de una serie de terracería en número de tres; las dos primeras, cortadas en el centro por unas escalinatas, todas ellas de piedra bruta y lodo, la primera escalinata de la primera terraza, excesivamente angosta, de manera de no permitir el paso a más de cuatro o cinco personas a la vez, y construida de tal manera, que se podía rellenar dicho paso con piedras para prohibir el paso; la tercera, por una terracería en forma de media luna, siendo las puntas de ésta las

faldas del mismo cerro. En el centro de esta última terraza, levantaron un templo cilíndrico de laja con lodo; es esto lo que forma la primera época.

Durante la segunda época, utilizando la forma cilíndrica que corona la terracería revistieron ésta de piedra basáltica de color gris plomo, muy dura y compacta, labrándola y dividiendo el monumento en cuatro cuerpos, dejando intactas las terracerías antes mencionadas.

Habiendo sobrevenido el terremoto que acabó con dicha construcción, cuarteándola y destruyendo el templo superior, cayendo asimismo varios pedazos de los cuerpos en diferentes lugares del monumento, se principió la construcción del mismo, dándole la forma cónico-cilíndrica.

Habiendo conocido los habitantes de la región la utilidad del tezontle, piedra fácil de trabajar y que abunda en la región, conocimiento que con toda probabilidad adquirieron de los aztecas, utilizaron ésta para la construcción, lo que nos da entonces el siguiente resultado:

Que de la primera época es la terracería y probablemente el templo cilíndrico cuya construcción es de laja y lodo.

En la segunda época, se utiliza la terracería y recubre de piedra basáltica labrada, el templo cilíndrico, y la tercera época constructiva es tezontle.

Ahora vamos al dato que nos interesa y que nos dará la fecha más o menos exacta de la tercera época constructiva.

Destruído el templo superior y parte del monumento por el movimiento telúrico, los habitantes, en lugar de sacar el material fuera del perímetro del templo, con él taparon una terraza superior y alderredor del templo que reconstruían, trayendo el tezontle del cerro de San Martín, que está al frente; se pusieron a labrarlo en el mismo sitio, utilizando los desperdicios para nivelar la terraza que habían tapado con las ruinas.

Justamente, entre estos desperdicios del templo superior y los restos del tezontle, hallamos lo que podemos llamar un osario, en donde encontramos muchos esqueletos humanos mezclados y entre ellos varias piezas de loza rotas,

de la última época de los matlatzincas, y dos piezas completas de origen azteca, conocidas bajo el número cuatro.

Si a este dato agregamos el del terremoto que según el Códice de 1576 de la colección Aubin que perteneció a don Lorenzo Boturini y ratifica León y Gama en su descripción de la ciudad de México que sucedió en el año chicunahui acatl, cuyo Códice nos dice que “muchas montañas se asentaron y muchas veces las casas se derrumbaron”, no creo que estemos muy equivocados al fijar la fecha de la tercera época de construcción de nuestro monumento, en el año de 1475, o sea solamente unos cuantos años antes de la conquista de los pueblos matlatzincas efectuada por Atzayácatl.

También a este dato creo necesario agregar que si nos preguntamos cuáles fueron las razones que impulsaron a los matlatzincas cuando reconstruyeron dicho monumento a darle esta forma actual cónico-cilíndrica, creo que el mismo sentido común nos dará respuesta: habiendo resistido las pirámides en forma de talud el movimiento telúrico que acabó con el monumento cilíndrico, y viendo por este hecho la solidez de las primeras y la debilidad del segundo, concluyeron por dar la forma de talud a cada una de las divisiones, con lo que no se perdían el simbolismo del cilindro que tenía dicho monumento antes de su destrucción.

CULTURA

Es difícil tratar de probar que la cultura matlatzinca tuvo una independencia original, o un desarrollo paralelo con otras tribus, porque lo más que de ello tenemos es, en la mayoría de los casos, imitaciones, y en otros, parciales similitudes. Esta cultura no tiene una estructura bien formada, pues tiene manifestaciones incompletas, tales como su calendario, monumentos arquitectónicos, que están supeditados a otras culturas, y que por lo tanto sólo

pueden considerarse como unos simples reflejos de otra más vasta civilización. En una palabra, no fueron creadores, sino más bien imitadores, y la mejor prueba que podemos aducir para ello, es el hecho de que el monumento número cuatro o pirámide de Tláloc, solamente pudieron darle una forma romboidal, esto es, un cuadro disforme.

Esta acomodación incompleta en el medio ambiente en que vivían, fue, en primer término, debido al aislamiento en que se hallaban, con pocas relaciones comerciales, etc., durante el cual, conservando la influencia que sobre ellos ejercieron los toltecas, tuvo como resultado una burda imitación de sus monumentos.

Con el tiempo, habiendo sobrevenido los aztecas, y aumentando el poderío de éstos, a medida que crecía el de los tarascos, crecieron también las relaciones de los matlatzincas con ellos y asimilaban algo de sus culturas; y mientras aztecas y tarascos trataban de conquistarlos, empezaron los matlatzincas a abandonar en parte sus estilos decorativos, y por ello vemos aparecer en su cerámica, unos decorados con una inspiración tarasca primero, y azteca en segundo lugar, y algo tlahuica que les venía procedente de Malinalco y Tenancingo.

Posteriormente nos enfrentamos con una absorción que de un golpe acabó con su cultura e idioma, pues habiendo sido conquistados primero por Atzayácatl, trataron todavía de deshacerse del yugo azteca, pero inútilmente, pues fueron reconquistados por Tizoc y Moctezuma Xocoyotzin, quienes hollaron con sus pies sus territorios; muchos determinaron abandonar sus tierras, pueblos enteros como Zinacantepec, emigraron a otras regiones, hacia el Sur del Estado, en donde formaron los actuales centros arqueológicos de Alahuistlán, cerca de Sultepec; El Cristo, cerca de Temascaltepec, Amatepec, Tlatlaya, Coatepec Harinas, Ixtapan de la Sal, etc., y otros, siguiendo más adelante, se internaron hasta el actual Estado de Guerrero.

Refiriéndonos al Emperador Tizoc (1481-1486), creo conveniente agregar que en el Museo Nacional de México existe una piedra que lleva el nombre de dicho Emperador, y que es conocida generalmente como

“Piedra de los Sacrificios”, la que es un monumento conmemorativo de las victorias obtenidas por aquel, sobre los pueblos que figuran en jeroglíficos en la circunferencia de cilindro, entre los cuales figuran en primer término, los matlatzincas y más adelante los pueblos de Tozxiuhco, hoy desaparecido, y nuestra zona arqueológica de Tecaxic.

Ciertamente que no podía suceder otra cosa a una nación reducida tal vez a unos cien mil individuos, colocados entre dos poderosas naciones: los aztecas al Sur y los tarascos al Norte. Posiblemente conocedores ellos mismos de su propia situación geográfica, por eso se llamaban entre sí “Nemtanbati” o “Nentambati”, que quiere decir: “los de en medio” o “los del centro”, y cuando un grupo de ellos pasó a Michoacán, durante el reinado de Tzi Tzi Pandáquare, a mediados del siglo xv, ni siquiera perdieron este nombre, pues les dieron el de Pirinda que tiene el mismo significado; agregaré que tenían también el nombre de “Nepintatuhui” o sea “habitantes de la tierra del maíz”, pues siendo buenos agricultores y por lo tanto, poseedores de grandes cosechas de este cereal, fue ésta la razón principal que atrajo a los aztecas para conquistar este valle.

Así es que en esta cultura matlatzinca, de unos cuantos siglos de duración, vemos en ella el otomí, el matlatzinca (lingüísticamente también el otomí), y después la azteca. Inmediatamente después de haber conquistado los aztecas a los matlatzincas y ayudados por los que se quedaron, atacaron a los tarascos, y acababan de fortificar Tlaximaloyan, cuando se presentó Cortés a las puertas de Anáhuac.

Pero no toda esta cultura fue como lo dimos a entender, de asemejanza; encontramos en ella ciertos caracteres que tal vez le fueron propios, entre ellos mencionaremos sus terrazas o sistema de fortificaciones, que representa probablemente su mayor desarrollo cultural; juegos de terracerías superpuestas en que supieron utilizar admirablemente la topografía del terreno y lugares a propósito para dominar todo un valle.

Este sistema no puede menos que recordarnos los tiempos medioevales cuando los habitantes vivían alderredor del castillo feudal, que les abría sus

puertas y albergaba en momentos de peligro. Aquí, todos ellos vivían sobre sus fortificaciones alrededor de sus templos. Otro hermoso ejemplar de fortificaciones, pero diferente en carácter, por ser también diferente la formación geológica del sitio donde se establecieron, es la antigua Matalcingo, de los españoles, hoy Tenango del Valle, que se parece a las ciudades amuralladas de la Europa medioeval, pues dicha zona arqueológica, de enorme importancia, colocada en la cumbre de un cerro y rodeada de una gruesa muralla que descansaba en ciertos lugares al borde de precipicios, sólo tenía una sola entrada al pie de la cual, Gonzalo de Sandoval, Capitán de Hernán Cortés, tuvo que esperar otro día para tratar de tomarla de asalto.

Otra de las características culturales de este pueblo es la que podemos llamar una nueva técnica escultórica que no conocíamos, y que consiste en que por medio de líneas sacar en relieve la figura de un animal, ídolo, greca, etc., de los que tenemos varios ejemplares en el Museo del Estado y otros se encuentran empotrados en las paredes exteriores de la parroquia del pueblo de Calixtlahuaca. Esta técnica tiene una gran semejanza con las piedras de Coatlán, Morelos. Este último producto cultural fue muy pronto desechado por ellos, pues hemos encontrado varios ejemplares durante las excavaciones que demuestran que les sirvieron de cimiento cuando principiaron a usar la piedra labrada para la construcción de sus monumentos.

Otro de los productos culturales que se desarrolló, debido al ambiente geográfico en que vivían, fue un cántaro u olla con cuello alargado, con dos o tres asas, según el tamaño, y que les servía para el acarreo de agua del río a sus habitaciones, y también el sinnúmero de tanques labrados dentro del suelo tepetatoso e impermeable, que les servía para almacenar agua, tanques que con toda seguridad debían tener siempre llenos de agua, tanto para las necesidades de los templos, como para resistir los sitios.

Refiriéndonos a la cerámica que hemos encontrado en dicha zona, el número de los tepalcates ha sido enorme y muy variado; entre ellos mencionaré una pieza extraña a la región procedente de la huasteca, pero en lo general, las foráneas

son tarascas, y, en segundo lugar, aztecas, no alcanzando este segundo tipo ni el dos por ciento. Los matlatzincas, como ya lo manifesté antes, recibieron una influencia tarasca, cuyos ejemplos son los monumentos números uno y diez que ya mencioné; pero en donde se deja notar esta influencia con rasgos mucho más marcados, es en la cerámica e instrumentos y objetos de cobre y oro. Los objetos de cobre y oro bien pudieron ser obtenidos por medio el intercambio o son una copia exacta de los tarascos. Los cascabeles de oro son los más interesantes, pues están hechos de una sola pieza y se les enredaba alrededor un alambre que después se quitaba, con lo que les daba la apariencia de un caracol.

Tenemos un tipo bastante abundante de cerámica cuyo decorado está hecho por medio de pastillaje, al que clasificamos con el número uno y el cual fue encontrado anteriormente por los doctores Frank Boas y Manuel Gamio en el valle de México y más recientemente por el doctor George Vaillant en Ticomán, cuyo tipo probablemente tendremos que reconocer como otomí.

Para no describirles en detalles el sistema catalográfico de nuestra cerámica, que puede verse en el Museo del Estado, les mencionaré que hemos encontrado diez diferentes tipos de loza, de los cuales unos tienen influencia en el decorado de la cerámica de Chupícuaro, y otros tienen una influencia azteca y tlahuica. También hallamos varios tipos procedentes de Tzacapu, los cuales fueron obtenidos por vías comerciales.

Todos los tipos de molcajetes matlatzincas tienen en un principio, las patas largas y redondas y a medida que nos vamos acercando al período de preponderancia azteca, éstas se hacen puntiagudas y aparecen unos tipos con patas largas achatadas y otras torcidas hacia afuera, en el último período.

Lo que podemos afirmar y eso es de importancia para nosotros, que la cerámica de procedencia tolteca y teotihuacana, no representa ni el uno al millar, y que las piezas toltecas más abundantes, son las cabecitas teotihuacanas que fueron obtenidas por vías comerciales; lo que nos da la prueba científica de que los toltecas no llegaron a habitar el valle de Toluca.

En esta zona encontramos restos de lo que hemos llamado arcaico, tal como nuestra loza número uno que ya mencioné y que desde ahora deseo sostener la insinuación hecha por el señor George H. Vaillant, y propongo que estos restos de tal cultura, reciban el nombre de arcaico superior, porque teniendo que juzgar la cultura del Continente Americano en un conjunto, no reúne ésta las condiciones arcaicas, como los restos encontrados en el Estado de Coahuila y el Suroeste de los Estados Unidos. Siguiendo a este tipo arcaico superior lo que vemos en un tipo que llamamos matlatzinca puro, pues no le encontramos ninguna influencia extraña, pero de aquí en adelante, principiamos con la influencia tarasca y acabamos con la azteca, así es que lo que encontramos, es el factor de imitación y adaptación que es más operativo en lo que se refiere a cerámica.

Como los tipos aztecas que más abundan, son los números tres y cuatro, no cabe duda que la influencia que este pueblo ejerció en los matlatzincas, fue desde el período de Moctezuma Ilhuicamina, período en el cual se aproximaron las huestes aztecas a la frontera matlatzinca, lo que viene a sostener lo escrito por los cronistas y esto lo vemos ratificado por varios monolitos hallados en el valle de Toluca, a los que la opinión pública daba un origen tolteca, pues todos ellos son genuinamente aztecas; estos son los quauxicalli de Tecaxic-Calixtlahuaca, que tienen en relieve en la circunferencia del cilindro el chalchihuite; el monolito del eclipse de Tenango del Valle, descubierto por el ingeniero Ramón Tomás del Moral, a mediados del siglo XIX, y del que en próximo estudio daré la fecha del año en que acaeció; el monolito del cerro de San Joaquín y el de las Cuatro Edades o destrucciones de los Soles, que está en el Museo del Estado.

Uno de los trabajos que será necesario llevar a cabo, es el estudio estratigráfico de la provincia de Charo y Undameo en el Estado de Michoacán, que a mediados de siglo XV fue colonizado por matlatzincas, pues dicho estudio vendrá a echar mucha luz sobre el estado de la cultura y principalmente el tipo de cerámica que prevalecía entre ellos en el momento de separarse del resto de la tribu en el valle de Toluca; pues creo muy fácil que si bien este núcleo matlatzinca se adaptó a la

cultura tarasca, esta adopción no habrá sido de una manera drástica, lo que nos dará muchos datos para poder comparar con los tipos encontrados en Tecaxic-Calixtlahuaca, Toluca y otras regiones de este valle. Y ya que esto se trata, también tengo que agregar la necesidad de comparar los tipos que ya tenemos con los de los Mazahuas, que sólo distan unos cuantos kilómetros de nuestra zona, y los tipos otomí que también deben existir, y la de los ocuiltecos, pues todos estos pueblos deben haber influenciado a los matlatzincas o viceversa, y será entonces cuando conozcamos verdaderamente los tipos de cerámica de los pueblos antes mencionados y que podamos con toda seguridad, considerar algunos tipos que hallamos en nuestra zona arqueológica, como verdaderamente matlatzincas.

Quiero también dedicar unas cuantas líneas a unas piezas de cerámica encontradas en el pueblo de San Antonio la Isla, antiguamente Techialoyan, cuyos tipos pueden ser considerados como únicos; una de sus formas es netamente mixteca y sus decorados son zoomorfos y pitimorfos.

Antes de terminar, quiero decir que a medida que vayamos dilucidando la protohistoria de México, nos será posible seguir los diferentes movimientos migratorios de las tribus, a través de las capas estratigráficas de nuestro subsuelo, y a ello deberíamos desde hoy, antes de que sea demasiado tarde, hacer lo mismo con la lingüística (cosa que ya estamos haciendo en el Estado) pues la primera, que está en el subsuelo, puede esperar futuros estudios, pero la segunda, dentro de algunos años, con la apertura de nuevas carreteras, ni siquiera nos quedarán huellas.

Creo que podremos identificar el Tláloc de los aztecas con el Coltzin de los matlatzincas, por haberse encontrado durante el curso de la exploración del monumento número cuatro o Templo de Tláloc, una figura del Dios Coltzin con una máscara y parte de una mandíbula de Tláloc.

Hace todavía unas cuantas semanas lo que habíamos podido obtener en dicha zona era meramente una estratificación de período de construcción, más bien que una de tiempo, pero el hallazgo de que la destrucción del templo número tres

fue debida a un terremoto, y el otro hallazgo del tipo de cerámica azteca número cuatro, ha principiado a darnos un dato cronológico de enorme importancia, y ya que podamos ligar dichos datos con los anteriores, habremos dado un gran paso, sacando de las tinieblas de los tiempos, a una nación que trató de resistir el tremendo esfuerzo de los aztecas para uniformar el lenguaje e imponer su cultura, pues en el actual valle de Toluca iba a acabar con los matlatzincas y casi acabó con los ocuiltecas, de los cuales hoy no nos quedan restos, y si la conquista española se hubiese llevado a cabo dos generaciones más tarde, los matlatzincas hubiesen sido otro de los pueblos legendarios del Anáhuac.

Ya que vine a mencionar este esfuerzo de los aztecas será necesario que me extienda algo más sobre este motivo, en vista de la importancia que encierra para nosotros.

No nos cabe duda que los pueblos matlatzincas al igual que la mayoría de las naciones del antiguo México, tuvieron su historia, si no escrita como los aztecas, mayas, zapotecas, etc., por lo menos en leyendas que se transmitieron de generaciones en generaciones; pero sin embargo conocemos de una historia o códice de Toluca, (1) la primera y única que se haya oído mencionar de los matlatzincas y que no ha llegado hasta nosotros, pues no es explicable que centros culturales como lo fueron Tenango y Tecaxic, hubiesen sido ignorados por las historias o códices, y más tarde por los cronistas del período colonial.

Este esfuerzo de los aztecas no se reducía a imponer su idioma y costumbres y llevar el dios de los conquistadores con su cuerpo de sacerdotes a Tenochtitlán para rendirle culto y guardarlo prisionero, sino también a hacer aparecer a los diferentes pueblos de idioma y familia muy distintos, como originarios del mismo lugar, y por lo tanto, hermanos; y para alcanzar esto, destruían la historia de los conquistados al igual que destruyeron todos los nombres geográficos que los matlatzincas dieron a las regiones en donde vivieron, poniendo el nombre de origen azteca. Cosa igual sucedió en el Estado de Oaxaca con los zapotecas y mixtecas.

(1).— Anales de Cuautitlán. Pág. 77.

El Estado de México desde la prehistoria...

Acerca de estas destrucciones la historia nos ha conservado el recuerdo de la que acaeció durante el reinado de Ixcoatl (1412-1440), cuando “los señores acordaron mandar que se quemasen todas para que no viniesen a manos del vulgo”. (2) Otra de estas destrucciones fue hecha por orden de Moctezuma Ilhuicamina (1440-1448) y entre las leyes promulgadas por Netzahualcóyotl, había una que castigaba con la pena de muerte al escritor que alteraba la historia, esto es, que no la hiciese de conformidad con la orden superior, por eso antes de hacerse públicas todas las pinturas o códices, tenían que ser sometidas a una especie de consejo. Como una ley similar existía entre los aztecas de Tenochtitlán, ésta era muy útil para arreglar la historia del origen de los pueblos, según sus ideas y conveniencias del Estado. Por eso les fue necesario aumentar sus historias para hacer aparecer a los matlatzincas, los tarascos, etc., como tribus que se separaron de la familia azteca en una época cercana, cuando que estos primeros tienen un idioma muy distinto que los une a los otomí, así es que estoy persuadido de que estas leyendas del origen de los pueblos, con idioma distinto, fue arreglado a medida que se extendieron las conquistas aztecas, para de este modo, al borrar la historia de los conquistadores, les imponían sus idiomas y les daba el mismo origen que ellos, esto es, los reconocía como hermanos de sangre, que tenían que cooperar al engrandecimiento del imperio azteca.

No quiero terminar esta conferencia sin antes manifestar a usted que fue, gracias a la cultura y progresistas intenciones del actual Gobernador Constitucional del Estado de México, Coronel Filiberto Gómez, que se han podido llevar a cabo estos trabajos e investigaciones que acaban ustedes de conocer, pues debo decirles que el Estado de México es el único en la Unión Mexicana, que ha emprendido trabajos arqueológicos de esta índole.

Toluca, Méx., julio de 1932.

José García Payón

(2).— Sahagún. Libro X. Cap. XXIX.

Con objeto, según lo indicamos desde el PROEMIO de este libro, de que el lector, por sí mismo, pueda examinar, alguna parte siquiera, del valioso material técnico (la detallada Bibliografía publicada más adelante, puede completar esta labor) que, por lo que respecta a la arqueología, etnología y arquitectura arqueológica comparada, sirvieron de apoyo a nuestra tesis, reproducimos íntegros en este Apéndice, las descripciones y estudios descriptivos de varios de nuestros más eminentes especialistas.

Sin embargo, a efecto de que no asumiese este indispensable complemento de nuestra obra, proporciones excesivas, y por otra parte innecesarias, procuramos dar preferencia a los trabajos que se refieren a las zonas y reliquias arqueológicas más importantes del Estado de México, teniendo siempre en cuenta su antigua extensión territorial.

A ello se debe, el que no hayamos hecho especial hincapié, por ejemplo, en los montículos de Mixcoac y de Naucalpan, cuyas últimas excavaciones hicieron en 1923 la del primero y en 1922 la del último; y a ello débese también, el que omitamos los reportazgos que se han hecho recientemente, acerca del hallazgo de las efigies simbólicas y los atributos reales y religiosos de los emperadores aztecas, grabados en las peñas del cerro de Chapultepec, que sirve de plataforma natural al Castillo; pues aun cuando ello contribuiría a darnos una idea mejor de la grandeza del imperio mexicano, muy poco favorece las conclusiones esenciales de este libro.

CULTURA TEOTIHUACANA

Por el Arquitecto Ignacio Marquina

CULTURA TEOTIHUACANA.- Teotihuacán es, sin duda, desde el punto de vista de sus monumentos, por su importancia y por sus dimensiones, una de las ciudades arqueológicas más interesantes, y representa de tal modo a las ciudades toltecas, que de su estudio pueden deducirse las características de esta civilización, al grado que los términos tolteca y teotihuacano han llegado a tener el mismo significado.

Ya nos hemos referido a la forma en que nuestro concepto evolucionó esta civilización; la existencia de ejemplares arcaicos en las excavaciones sistemáticas hechas en la región por la Dirección de Antropología, demuestra claramente que esta cultura fue la base de las que después se sucedieron en el lugar; la forma misma de los monumentos, cuyo arquetipo ya hemos visto claramente representado en el monumento de Cuicuilco, nos lo acaba de demostrar de la manera más clara.

La conquista de la comarca por las tribus nahoas venidas del Norte no pudo dar lugar a una manifestación material de importancia, ya que estas tribus guerreras, no tenían una civilización que imponer, habiéndose asimilado más bien la de los pueblos existentes. Sin embargo, el simple hecho de haber dejado su idioma en el lugar, con exclusión absoluta de cualquier otro, es una demostración de su influencia. Sólo determinadas características de su ornamentación presentan influencias del Norte.

Por último, las tribus venidas del Golfo, que al reunirse con las existentes determinan la civilización llamada después tolteca, nos dejaron muchos de los elementos que acabamos de ver entre los totonacos, pero con una modalidad

especial. Otros elementos, en cambio, aunque también con un carácter propio, son semejantes a los que se encuentran entre los mayas.

Los monumentos principales de la ciudad, distribuidos, como ya dijimos en otro lugar, son, de Sur a Norte, los siguientes: el “Templo de Quetzalcóatl”; el conocido con el nombre de “Templo de Tláloc”, explorado en 1917; y frente a él de los edificios superpuestos, la Pirámide del Sol, incluyendo la plataforma y los edificios menores que la rodean; el sistema llamado “Plazuela de las Columnas”; los dos que limitan al Oriente y al Poniente la Avenida de los Muertos, entre la Pirámide del Sol y la Plaza que se extiende frente a la Pirámide de la Luna, uno de los cuales, el del Poniente, se conoce con el nombre de “Templo de la Agricultura”, debido a las pinturas que aparecieron en la pequeña parte explorada; la Pirámide de la Luna y los edificios anexos que limitan la Plaza; y, por último, los edificios menores que están sobre el eje transversal de esta última pirámide.

El Templo de Quetzalcóatl, es un cuadrado que tiene exteriormente cuatrocientos metros de lado y está limitado en sus cuatro lados por una ancha plataforma; en los lados Norte, Sur y Oriente, otra plataforma se levanta sobre la interior, en tanto que, por el Oeste, una amplia escalinata, situada al centro, da acceso al edificio.

En cada uno de los lados Oeste, Norte y Sur se distribuyen, sobre la plataforma, cuatro basamentos piramidales aislados, formados por cuerpos escalonados, en tanto que, en la parte posterior, es decir sobre la plataforma del lado Oriente, sólo se cuentan tres, uno de ellos en el eje.

Las pirámides pequeñas que forman el frente del edificio, colocadas sobre la primera plataforma, son de tres cuerpos, cada uno de ellos formado como todos los de los monumentos de Teotihuacán, por tableros sobre taludes; de estos tres cuerpos, el primero penetra en el tablero general de la plataforma, en tanto que los otros están sobre ella.

Entre los basamentos centrales, y, por consecuencia, en el eje principal del edificio, está la escalera que da acceso a la plataforma, y más adelante otra del

mismo ancho, que desciende al nivel del patio. Los montículos correspondientes a los lados Norte y Sur están sobre la segunda plataforma; son de dos cuerpos, y su frente está vuelto al interior. La escalera situada en el eje de cada uno de ellos salva la diferencia de niveles del patio, a la primera plataforma, de ésta a la segunda y después a la parte más alta del basamento. La forma de la parte posterior de esta plataforma no se conoce exactamente por no haberse terminado la exploración.

Este conjunto de basamentos limita el primer patio comprendido dentro del recinto general, que tiene en su centro una pirámide más pequeña con escaleras en sus cuatro lados.

La parte posterior de las plataformas que conserva su misma altura, está ocupada por los tres montículos que ofrecen la misma distribución de los anteriores. El patio principal está dividido del posterior, por una plataforma angosta, en cuyo centro se levanta el monumento más importante, a cuyos lados se distribuyen numerosas habitaciones que ocupan el patio posterior, y que se componen de cuartos agrupados alrededor de patios que, por tener vestíbulos sobre cada uno de sus lados, afectan la forma de una cruz.

El montículo central, que al efectuarse las excavaciones se encontró compuesto por dos estructuras superpuestas, ofrece en la interior todas las características de la época propiamente teotihuacana. Es un basamento piramidal de planta cuadrada de sesenta y cuatro metros de lado, compuesto de seis cuerpos cuyos tableros y taludes están decorados con serpientes emplumadas y representadas en el agua entre caracoles y conchas.

Actualmente se conservan sólo cuatro cuerpos incompletos; pero teniendo en cuenta la separación entre cada uno de los motivos decorativos de los tableros, así como el número de pisos que cabían entre el original en la parte baja y en la plataforma superior, nos fue posible determinar las dimensiones originales del monumento. Una vez supuestas estas dimensiones, hicimos excavaciones en los lugares que deberían ocupar las esquinas del basamento y encontramos la cimentación del edificio, y en cada ángulo un sepulcro

que contenía un esqueleto y collares de cuentas de hueso talladas en forma de dientes. El detalle de estas excavaciones puede verse en el informe del Ingeniero Pedro Dozal, quien las dirigió personalmente cuando estaba levantando el plano general.

Los tableros están decorados con serpientes, cuyas cabezas sobresalen bastante del paño general alternando con otros motivos cuya significación no ha sido explicada hasta ahora de un modo satisfactorio.

La decoración de los otros lados del monumento no se conserva, pues una pequeña parte de la piedra de que estaba hecha se encuentra al pie de la pirámide entre los escombros y la mayor parte fue empleada en la construcción de las iglesias y casas de los pueblos cercanos, sólo el frente pudo conservarse gracias a la estructura sobrepuesta que lo defendía.

El número de cabezas a cada lado de la escalera es de ocho en el primer cuerpo, siete en el segundo, seis en el tercero, cinco en el cuarto, cuatro en el quinto y tres en el sexto, haciendo así un total de sesenta y seis en el frente. Como sabemos la dimensión de los lados y la separación entre cada uno de los motivos decorativos, podemos decir que cada uno de los tres lados restantes tenía noventa y seis de ellos, así es que considerando las cuatro caras encontramos que había trescientos cincuenta y cuatro, además de las doce cabezas que ocupan las alfardas de la escalera, es decir que en total eran trescientas sesenta y seis.

La decoración está formada por el cuerpo de la serpiente, cubierta de plumas, y las cabezas salen de una especie de flor de once pétalos.

En la parte superior se encontraba una construcción, cuyas dimensiones aproximadas pueden conocerse por los apoyos construidos con lajas tepetatasas, y por los troncos de árbol que están entre ellos formando el núcleo del basamento con el objeto de transmitir el peso hasta el cimiento.

Esta construcción debe haber tenido dos crujías, la del frente abierta en forma de pórtico, como se advierte en otras construcciones de Teotihuacán. Bajo el piso del edificio encontramos varios sepulcros, cuyas principales peculiaridades

eran, la gran capa de conchas que los cubría, los objetos de jade y varias conchas conteniendo huesos de pájaro y tanto los huesos como los objetos de barro aparecieron rotos con fracturas anteriores, demostrando que el entierro se hizo tal vez trasladado los huesos de otra parte.

La estructura sobrepuesta en el frente de este monumento sólo le aventaja en el tamaño; los elementos decorativos en la forma general del basamento son los mismos; pero la ornamentación es muy inferior, ya que la gran cantidad de figuras esculpidas ha sido substituida por un aplanado pintado del que sólo se conservan pequeños fragmentos que no permiten reconocer los dibujos representados.

TEMPLO DE TLÁLOC.- Este edificio, situado como el que acabamos de describir, en el lado Oriente de la Calle de los Muertos, está construido sobre una plataforma rectangular, de trescientos metros por ciento veinticinco; cuatro montículos distribuidos en forma de cruz ocupan los lados menores, y otro el centro, hacia la parte posterior, con el fin de dejar entre ellos un espacio ocupado por tres construcciones. Cada uno de estos montículos cubre una estructura piramidal, y el frente de la plataforma presenta varias escalinatas y templos abiertos con frente a la calle y cuya disposición es muy semejante a la de los templos llamados: In Antis.

Entre las construcciones mayores se distinguen habitaciones agrupadas alrededor de patios cruciformes y rectangulares, de algunas de las cuales parten escaleras que dan acceso a la parte superior de las pirámides; las habitaciones están comunicadas entre sí por medio de pasillos.

El conjunto, visto desde la Calle de los Muertos, debe haber ofrecido un aspecto monumental, por la combinación de estructuras de diferentes alturas. Encontramos el empleo de los basamentos típicos y el de pilastras y pilares constituyendo pórticos; los techos deben de haber sido de madera, como lo demuestran los restos encontrados entre los escombros. La ornamentación era pintada; todavía se conservan en la parte inferior de los muros algunos motivos en rojo, en forma de volutas, que se repiten formando un friso.

EDIFICIOS SUPERPUESTOS.- Frente al edificio anterior se encuentra este otro cuya disposición de conjunto es semejante. También la plataforma en que se levanta está limitada por tableros y escalinatas hacia la Calle de los Muertos. Varias construcciones que forman salones y cuartos limitan una explanada, y la parte explorada hasta ahora permite ver la entrada en uno de los lados, formada por un ancho vestíbulo, cuyo techo debe haber estado sostenido por seis grandes pilares de planta cuadrada, de los que se conservan los basamentos en talud. Este edificio pudo verse, gracias a las exploraciones efectuadas, que está construido sobre otro de una época anterior, cuya distribución ofrece las mismas peculiaridades, siendo de notarse que el edificio anterior fue derribado hasta cierta altura y rellenados, los huecos, sirviendo sólo como una plataforma para el nuevo, y ahora presenta el aspecto de un subterráneo, debido a los techos modernos que sostienen los pisos del edificio superior.

Los motivos decorativos son, en los edificios, el tablero, el talud y las escalinatas limitadas por anchas alfardas; una de las escalinatas está dividida en tres partes y tiene pedestales que penetran los escalones superiores a los lados de las alfardas que forman la división central.

En el edificio interior, se conservan pinturas, probablemente contemporáneas de las esculturas del Templo de Quetzalcóatl, en que el motivo decorativo es la voluta entrelazada con otras en forma complicada muy semejante a las que ofrecen los yugos totonacas.

PIRÁMIDE DEL SOL.- Este enorme edificio, situado en el lado Oriente de la Calle de los Muertos, es, como ya lo dijimos, el mayor de los que se conservan, ya que la pirámide de Cholula está tan destruida que no podemos darnos cuenta de su forma primitiva.

En aquel edificio el basamento central, es decir, la pirámide, adquiere tal importancia, si se la compara con las dimensiones totales del conjunto, que es el motivo principal de la composición, en tanto que, en el Templo de Quetzalcóatl, aunque la distribución es semejante, predomina la masa de la plataforma sobre la pirámide.

La plataforma que rodea a la pirámide del Sol por tres de sus lados, deja libre el frente y limita en total una superficie casi cuadrada de trescientos cincuenta metros de lado; sobre ella se levantan al frente en una ampliación, construcciones formadas por pirámides pequeñas y cuartos, conocidas con el nombre de “Casa de los Sacerdotes”.

Entre la plataforma y pirámide, corre una calle como de veinticinco metros de ancho y que se prolonga al frente formando la explanada que limita la Calle de los Muertos.

En esta explanada se distribuyen simétricamente, con relación al eje de la pirámide y al de la calle, pequeñas pirámides agrupadas de tres en tres.

La pirámide ha sido tan modificada en su forma al hacerse las exploraciones, que las aristas se ven en forma muy irregular, ya que hay partes en que conservó la superficie original y otras en que la capa destruida llega a un espesor de seis a siete metros, dejando descubiertos los contrafuertes interiores; las exploraciones que actualmente se llevan a cabo en la Pirámide de la Luna, nos hacen suponer que las dos canales que aparecen a los lados del cuerpo adosado son las mismas que en la del Sol fueran tomadas por escaleras, construyéndoles posteriormente los escalones; también el quinto cuerpo de la pirámide que aparece formado por dos taludes de distinta inclinación, era seguramente del tipo general teotihuacano de tableros sobre talud, habiéndose derrumbado la parte superior del primero, como lo demuestran los fragmentos de lajas que los sostenían y que permanecen empotrados sobre el talud inferior.

Así es que del aspecto primitivo de aquella pirámide sólo queda la disposición general de los cuerpos y el aspecto monumental que produce la inmensa mole que la forma.

Diversas piedras que fueron extraídas de los escombros durante la exploración están en el Museo Local; entre ellas hay fragmentos del marco de los tableros decorados con círculos en relieve, como los que en otros muchos basamentos aparecen pintados; fragmentos de decoración que representan plumas y braceros, cabezas y garras de tigre.

La gran figura esculpida en piedra, de la parte superior, era de gran tamaño, según las descripciones y con una placa de metal en el pecho. Fue mandada destruir por Fr. Juan de Zumárraga, primer arzobispo de México.

Las caras de la pirámide estaban todas aplanadas, y, según se dice, decoradas con pinturas de brillantes colores.

PLAZUELA DE LAS COLUMNAS.- Siguiendo hacia el Norte y en el lado Poniente de la Calle de los Muertos, está este edificio, que es conocido en el lugar con aquel nombre debido a que de allí fueran sacadas varias columnas de piedra que se llevaron al cercano pueblo de Santa María, empleándolas en la construcción de un puente.

El edificio propiamente dicho, tiene un frente de ciento cincuenta metros y un fondo de setenta y cinco; pero se liga con otros montículos por el Norte, y con el llamado Templo de la Agricultura, por el Sur, y éste a su vez, forma parte de los edificios que limitan la plaza de la Pirámide de la Luna.

Se compone de una explanada rectangular, limitada por construcciones de poca altura en su frente, y en sus lados Norte y Sur; pero en cuya parte posterior se levantan tres grandes montículos que cubren construcciones piramidales. No sabemos más de estos edificios por falta de exploraciones.

Frente a ellos y en el espacio comprendido entre la Pirámide del Sol y la de la Luna limitan la Calle de los Muertos varias construcciones que también permanecen cubiertas por los escombros, formando montículos.

PIRÁMIDE Y PLAZA DE LA LUNA.- La Pirámide de la Luna es de planta rectangular y el cuerpo adosado en su frente adquiere más importancia que en la Pirámide del Sol; se compone de cinco cuerpos escalonados y en talud sobre cuyas caras se desarrollan escaleras de una sola rampa; estas escaleras se continúan sobre el cuerpo adosado que también se subdivide en cuatro partes formadas por taludes; a los lados de este cuerpo, en su penetración con la pirámide, se encuentran dos especies de anchas canales bien aplanadas y bruñidas a las que nos referimos tratando de la Pirámide del Sol.

Tampoco en esta pirámide conocemos su ornamentación, pues la exploración está todavía en el principio.

Frente a la pirámide se extiende una plaza cuadrada con un montículo central y limitado al Oriente y al Poniente por otros seis de gran tamaño, que no han sido explorados todavía.

Hacia el Sur, ligándose con uno de ellos, está el Templo de la Agricultura, que por el otro lado llega, como dijimos, hasta la Plazuela de las Columnas.

En este Templo, descubierto en parte, se encuentra una superposición de tres estructuras; la interior es una pirámide del tipo general de tableros y taludes; es de planta cuadrada y lleva en las partes en que pueden verse los tableros, pinturas de factura tosca que deben pertenecer a los principios de la época tolteca, pero en la cual ya se encuentra determinado el estilo propio arquitectónico. Sobre esta pirámide está colocada una especie de vestíbulo, cuyo muro de fondo está decorado con pinturas que seguramente estaban a cubierto, según lo demuestran los fragmentos de postes de madera que se encontraban en el lugar constituyendo el núcleo de los pilares; y frente a este vestíbulo se extiende una escalinata limitada por basamentos, cuyo tipo es, por lo que hasta ahora se conoce, único en Teotihuacán. Se compone de tres cuerpos de poca altura, formados de un talud, una faja angosta saliente y una parte plana vertical.

Todavía sobre éstos, se construyeron nuevas estructuras formadas por dos cuerpos escalonados con la disposición típica de tablero y talud.

En la parte posterior y en la lateral, existieron también pinturas contemporáneas de las que se conservan en el fondo del vestíbulo y que conocemos sólo por dibujos, pues desaparecieron desde hace mucho tiempo por falta de una protección adecuada. La estructura intermedia corresponde a la piedra ornamentada del templo de Quetzalcóatl, según lo demuestran las finuras del trabajo y los motivos empleados en la decoración, que son conchas y caracoles representados en el agua.

Además, en estas pinturas, que fueron también modificadas con otras hechas sobre ellas, se encuentran flores de muy hermosa estilización; entre las pinturas desaparecidas están la que representa un búho y la de las ofrendas en que diversas

figuras humanas, en variadas posturas ofrecen palomas y diversos presentes a la divinidad.

La distribución es esencialmente simétrica en el trazo de conjunto y en cada uno de los edificios; si comparamos el plano general de la pirámide o el del Templo de Quetzalcóatl, los grandes cuadrados limitados por plataformas nos recuerdan los recintos que hemos visto entre los constructores de Monds, por lo que tal vez sea en ellos en donde podamos encontrar el origen de estas formas que más tarde se especializaron.

El tipo general de distribución de cada edificio se caracteriza por el conjunto de construcciones agrupadas en una plataforma artificial arreglada a nivel.

Esta agrupación obedece a tipos distintos: unas veces, como en la Pirámide del Sol y el Templo de Quetzalcóatl, una amplia plataforma se eleva sobre la primera, limitando una especie de patio interior en el que se levanta el edificio principal; pero en tanto que la pirámide, ésta domina por sus dimensiones constituyendo el monumento principal, en el Templo de Quetzalcóatl las dimensiones de la pirámide son más pequeñas con relación a la gran extensión de la plataforma; otras veces el monumento se levanta aisladamente sobre la primera plataforma, sin tener otra que la rodee, como pasa en la Pirámide de la Luna, y por último, algunos edificios están formados por pirámides de menor altura, ligadas por crujías de habitaciones construidas sobre la plataforma y agrupadas en forma de triángulo o alineadas a los lados, a fin de dejar patios abiertos hacia el frente o limitadas en este lado por construcciones de poca altura.

Los grandes basamentos piramidales escalonados forman los edificios mayores en la ciudad y las habitaciones que los ligan ofrecen distribuciones muy importantes, siendo típico el patio cuadrado con un pequeño vestíbulo que ocupa cada uno de sus lados, de manera que en conjunto afectan la forma de una cruz, los grandes patios con escalinatas, los vestíbulos con pilares simétricamente distribuidos y los pasillos que facilitan la comunicación interior.

El sistema de construcción general en todos los monumentos consiste en un núcleo de piedra y lodo, o de adobe que en los grandes basamentos se reforzaba por medio de pilares de lajas aparejadas y pegadas con mortero, o con el mismo lodo y con grandes troncos de árbol en los espacios que quedaban entre ellos, para transmitir el peso de los edificios superiores a la cimentación que era de piedra. Sobre este núcleo, cuya forma se aproximaba a la definitiva del monumento, se arreglaban los taludes reforzados interiormente por medio de muros o contrafuertes inclinados, bien contruidos, cuyos espacios intermedios se llenaban con piedra y lodo. Por último, en estos taludes se empotraban las lajas que sostenían el tablero, acabando de precisarse la forma por medio de un aplanado muy resistente.

Este sistema de construcción explica la forma en que se han derrumbado las construcciones formando montículos, ya que todo el prisma que formaba el tablero pesaba sobre la laja que fácilmente se rompía. Cuando se empleaba la piedra en el revestimiento de los edificios, como en el Templo de Quetzalcóatl, los blocks de grandes dimensiones están hábilmente cortados y unidos por medio de cajas y espigas. En los muros el revestimiento es poco grueso y el aparejo no presenta hiladas horizontales ni se rompen las puntas de un modo sistemático; más bien se va arreglando de acuerdo con las distintas dimensiones de las piedras. Los pilares eran a veces de piedra y otras de barro con un núcleo de madera, en algunos casos en que las dimensiones eran grandes no se disponía de piedras de tamaño suficiente, el pilar con núcleo de madera y barro se revestía con placas de piedra labrada.

La decoración de los basamentos es, en general, de dos tipos: el talud sencillo que se empleaba en las grandes pirámides; como es natural por las dimensiones de cada cuerpo y excepcionalmente en las pequeñas, y el tipo general de tablero rectangular limitado por una faja ancha y plana en sus cuatro lados y sostenido por un talud menor que el tablero. Como caso único se puede considerar el talud coronado por una faja saliente y un prisma, que existe en el Templo de

la Agricultura y que tal vez se encuentre en algún otro de los lugares que no se hayan explorado.

Estos tableros sobre el talud son equivalentes a la faja decorada con nichos colocada sobre un talud que encontramos en Tajín y en Yohualichan y los veremos más tarde empleados, con diversas variantes, en Palenque, en Chichen Itzá y en otras ruinas mayas, así como en Xochicalco.

Los muros, por los restos de poca altura que se conservan, eran aplanados, tanto interior como exteriormente y estaban coronados por almenas de diferentes formas; los techos planos, las escalinatas que daban acceso a la parte superior de las pirámides y de las plataformas, casi siempre de fuerte pendiente y limitadas por anchos limones, a veces están en saliente, con relación a los tableros, en tanto que atrás los penetran; y en el caso en que las caras aparecen en talud están aplicadas sobre ellas o ligeramente separadas cerca de la base cuando es muy fuerte la pendiente. Se encuentran también limitadas por dos basamentos y divididas por limones intermedios empleándose pedestales empotrados en ellas que sostenían esculturas o braseros para aumentar su decoración.

Los pilares tenían bases en talud, eran decorados en sus cuatro caras y las columnas llevaban capitel. La ornamentación esculpida en piedra había llegado a un alto grado de perfección, lo mismo que la pintada y todos los ornatos ofrecen un carácter representativo y una gran estilización.

En la época más interesante, es decir, la propiamente Tolteca, a la que pertenece la pirámide decorada del Templo de Quetzalcóatl y las pinturas del de la Agricultura, encontramos, como motivos principales empleados con la mayor profusión, las conchas y los caracoles, ya sea con un aspecto real o en representaciones convencionales. El corte de caracol se encuentra en gran variedad de combinaciones y en forma de volutas, del mismo modo que entre los totonacos, en Xochimilco y en las diversas variantes de la civilización maya.

En las pinturas, la perspectiva está concebida, como en las pinturas mayas, por la representación de los diversos términos a distintas alturas, abatiendo las figuras sobre el plano del cuadro.

Encontramos en ellas representaciones de la vida real, con una gran sinceridad, los trajes son sencillos y las ofrendas se reducen a pájaros, alimentos, plumas, etc.; hay flores y caracoles representados entre fajas de agua, la figura de un búho estilizado que también encontramos en Palenque y distintas formas de volutas y entrelaces.

En las artes menores la cerámica es característica; los trastos son de dos clases principales, algunos de barro grueso y oscuro en los que a veces aparece la figura de Tláloc, y otros delgados de superficie fina y brillante, lisos y decorados con dibujos que representan conchas y rayos triangulares rodeados de penachos de plumas, caracoles, volutas, etc., los dibujos están muchas veces rayados en el barro en el que se ha redibujado la superficie comprendida entre algunas de las líneas que limitan el dibujo; otras veces están pintadas de brillantes colores sobre un aplanado blanco extendido finamente sobre el objeto.

Las formas usadas en general son jarros y ollas de fondo plano y boca ancha con asas de diferentes formas, cajetes también de fondo plano y en forma de plato, vasos cilíndricos con tres patas y tapadera, otros decorados con figuras estilizadas de animales, propios de la localidad, y por último, los de fondo cónico y los de cuello angosto, alargado y extendido en la parte superior.

En pocas partes se ha encontrado la cantidad de cabecitas y muñecos de barro que en Teotihuacán. Hay tres tipos bien marcados: las cabecitas arcaicas, que tienen los caracteres propios de esta clase de cerámica que ya hemos descrito antes con las peculiaridades propias del lugar; las de la época propiamente tolteca de florecimiento de Teotihuacán, en las que la escultura arcaica evolucionó al contacto de las nuevas costumbres establecidas por los nahoas y principalmente por la influencia olmeca. Las cabecitas pertenecientes a esta época se distinguen fácilmente por su tipo físico especial, por sus tocados de plumas y de animales, sus

Horacio Lúizaga Anaya. La luz del conocimiento

collares de cuentas y adornos que representan conchas y caracolas. Finalmente, la última época de Teotihuacán, en la que se deja sentir nuevamente la influencia nahoa, irradiada de los pueblos civilizados del Centro (época a la que pertenecen las pinturas que se encuentran en las ruinas llamadas “Casa Barrios”, en las que aún se conservan los motivos esenciales (Toltecas) ya se nota en los trajes y en la forma de representación. Las cabecitas de esta época ofrecen las características de la cerámica designada convencionalmente con el nombre de azteca en las clasificaciones; pero que realmente comprende no sólo la de los aztecas o mexicanos, sino la de numerosas tribus de la misma raza que ocupaban la parte central de la República.

Arq. Ignacio Marquina

(Estudio Arquitectónico Comparativo de
los Monumentos Arqueológicos de México.
Secretaría de Educación Pública. 1928)

Como un complemento del magistral estudio del arquitecto Marquina, reproducido anteriormente, transcribimos a continuación algunos párrafos que de la descripción de la ciudad de Teotihuacán y de las consideraciones preliminares que acerca de la arquitectura teotihuacana, hace el eminente arqueólogo doctor Gamio, pues, además de contener datos como las dimensiones probables de las pirámides, la situación de la urbe arcaica, la antigüedad de las ruinas, etc., expresa la para nosotros capital afirmación (puesto que corrobora nuestra tesis acerca de la antigüedad de la cultura teotihuacana) de que la arquitectura de Teotihuacán corresponde a épocas anteriores a la en que comenzó a desarrollarse la arquitectura maya.

Quizá aún hubiese sido necesario incluir los diversos datos que respecto de las dimensiones de las pirámides y sus orígenes arquitectónicos, dan algunos otros autores, historiadores principalmente, pero como hay en ellas tanta discrepancia y tan poco fundamento (unos afirman que son 66, otros, como del Toro, que son 76 metros, los que tiene de altura la Pirámide del Sol y 40 o 48 la de la Luna, o que fueron los Tlachichique, los que las edificaron), hemos creído más cuerdo atenernos a la indiscutible autoridad de estos dos especialistas: el arquitecto Marquina y el doctor Gamio, cuyas descripciones son el resultado de observaciones directas y cuyas consideraciones de orden etnográfico, arqueológico y arquitectónico, están basadas en la más sólida experiencia y la más seria cultura. He aquí la descripción del doctor Gamio:

“Aun cuando hemos incluido en el grupo de arquitecturas piramidales las correspondientes a los tipos maya y teotihuacano, y aceptamos que en grandes lineamientos presentan analogías que son explicables, dada la común procedencia de los aborígenes americanos, creemos que la arquitectura de Teotihuacán, corresponde a épocas anteriores a aquella en que comenzó a desarrollarse la arquitectura maya, y como la antigüedad de ésta, según cálculos cronológicos suficientemente satisfactorios, es de dos mil años, no es exagerado señalar a la arquitectura teotihuacana dos mil quinientos a tres mil años, dado el largo

proceso evolutivo que requiere la formación de esta arquitectura desde sus principios hasta el fin del segundo período o período de decadencia.”

.....

“Esta arcaica urbe fue construida en una planicie de suave declive, irrigada, en parte, por cristalinos manantiales y abrigada de las brisas heladas del Norte, por el extinto Volcán de Cerro Gordo, cuyas lavas fragmentadas o en forma de bombas volcánicas abundan en los alrededores haciendo posible la construcción de grandiosos edificios. El suelo, de tepetate compacto e impermeable, suprimió la cimentación de estructuras y su destrucción por la humedad. Otra causa que debe haber influido en la elección de ese lugar, consiste en los grandes yacimientos de obsidiana que existen hacia el Noreste del Valle, los cuales suministraban materia prima para fabricar flechas, cuchillos, navajas y otras armas, amén de joyas y otros objetos. En esos yacimientos hay una cantidad fabulosa de restos o desperdicios de la industria arqueológica de obsidiana.”

Hacia el Sur y Suroeste se extendían entonces los lagos de Texcoco, Xaltocan y Zumpango, cuyas aguas, además de regularizar las condiciones climatéricas, ofrecían aves, peces y otros alimentos, así como plantas de uso industrial, como el tule y el carrizo.

La extensión de la ciudad debe haber sido muy grande, pues se han descubierto vestigios de ella en un área que mide más de seis kilómetros de largo por tres de ancho. Una extensión de doscientas hectáreas, que comprende la parte principal de la ciudad y está limitada por una cerca de alambre, forma actualmente la denominada zona arqueológica.

La arquitectura teotihuacana se caracteriza desde luego por la distribución de los edificios, que no están regularmente dispuestos, como acontece con las ciudades modernas, sino que se agrupan en conjuntos o sistemas de unidad propia, estando estos sistemas, a su vez, agrupados de acuerdo con grandes ejes de simetría para constituir la ciudad.

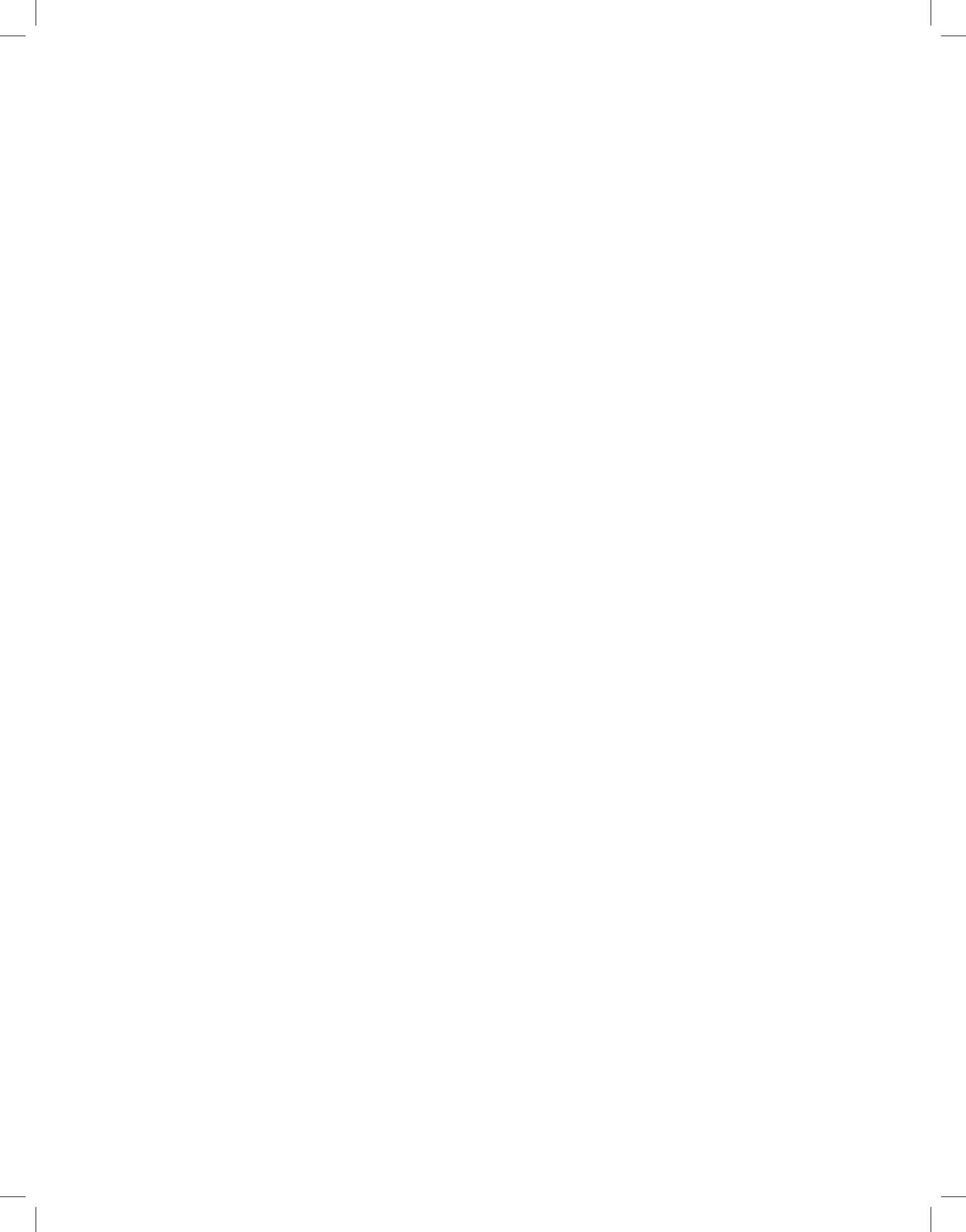
.....

PIRÁMIDE DEL SOL Y ANEXOS.- La pirámide tiene sesenta y cuatro metros de altura y doscientos quince por lado, aproximadamente, o sea una base de cuarenta y seis mil doscientos veinticinco metros cuadrados: sus dimensiones fueron mayores en otros tiempos, pero al descubrirla y reconstruir en 1905, fueron retiradas capas o cubiertas exteriores que medían algunos metros de espesor.

.....

PIRÁMIDE DE LA LUNA Y ANEXOS.- La pirámide mide cuarenta y dos metros de altura y diez y ocho mil metros cuadrados de base.....

Doctor Manuel Gamio



HUEXOTLA Y TEXCOTZINGO, XOCHICALCO, TENAYUCA Y SANTA CECILIA

HUEXOTLA Y TEXCOTZINGO.- Al Oriente del Distrito Federal, en la región de Texcoco, se conservan varios restos de antiguas construcciones, que forman parte de la zona arqueológica del Estado de México. Sus características presentan, en muchos aspectos, puntos de contacto con los restos arqueológicos aztecas de la ciudad de México, San Bartolo Tenayucan, Santa Cecilia y San Bartolo Naucalpan, así como con los de Teopanzolco, por cuanto que sus constructores fueron de la familia nahoa, conocidos en la historia con el nombre de acolhuas, de la rama etnográfica azteca.

A veinte minutos de camino, en automóvil, de la ciudad de Texcoco, están las ruinas de murallas de Huexotla, con tres cuerpos formando grandes almenas y que hacen pensar en obras de carácter militar adecuadas para ataque y defensa. Como en su parte posterior todavía se conservan porciones de masa salientes, mezcla de piedra y lodo, es posible que su espesor haya sido mayor que el que ahora presentan, o dichas salientes no fueran sino restos de construcciones anexas, que originariamente completaron la obra, a manera de cuerpos de ascenso.

A poca distancia de las murallas se encuentran ocho montículos, uno de los cuales, en parte reconstruido, presenta en su meseta un gran vaso cúbico ritual y restos de basamentos, correspondientes quizá a ocho capillas rectangulares, simétricamente distribuidas en series de cuatro, a cada lado. Otro de los montículos deja ver los primeros peldaños de su escalinata.

En varios parajes que rodean la ciudad de Texcoco, se encuentran otros restos arqueológicos, en forma de montículos, no explorados, y que se conocen en la región con el nombre de **Tlateles**.

A cuatro kilómetros al Oriente de Texcoco, sobre el cerro de Texcotzingo, están los jardines de este nombre, uno de los sitios de recreo preferidos del rey Netzahualcóyotl, en donde este monarca tenía sus célebres baños.

En las faldas de aquel cerro se ven todavía restos de calzadas, acueductos, depósitos circulares, cavados en la roca, escaleras, terrazas y demás vestigios que revelan tanto el poder de aquel soberano, como su privilegiada imaginación, al escoger lugar tan admirablemente situado para sus placeres.

El agua era traída, a través de largo acueducto, desde unos manantiales, pasando por las laderas de los cerros de Cuahucalli y Metecatl. Y desde éstas, al de Texcotzingo, sobre un collado construido exprofeso.

Los jardines que a ambos lados del collado y en las faldas del cerro de Texcotzingo extendían la policromía de sus colores, son hoy los ricos trigales de San Miguelito y los vergeles y huertas de San Nicolás Tlaminca. En este último lugar causa magnífica impresión al visitante que sube el cerro, ver una alegre escuela, en donde los pequeños descendientes de aquellos cultos acolhuas, súbditos de Netzahualcóyotl, inician su aprendizaje.

Roque J. Ceballos Novelo

XOCHICALCO.- Realmente es muy poco lo que podemos decir de esta gran ciudad, ya que sus monumentos permanecen todavía cubiertos por los escombros en forma de montículos.

La forma general de los edificios, hasta donde es posible conocerlos, por los ligeros trabajos de limpia, hechos necesariamente al levantar el plano, ya la hemos descrito al tratar del trazo de la ciudad.

El único monumento explorado, que es el que ocupa la parte central de la plaza en el grupo Norte, es una pirámide de dos cuerpos; el primero constituye el basamento, y el segundo es el edificio superior, aunque afecta exteriormente la forma de pirámide.

La base es cuadrada, aproximadamente de veintiún metros de lado; el primer cuerpo se compone de tres elementos; un talud de dos metros setenta y cinco centímetros de altura, una faja plana de un metro veinte centímetros, ligeramente saliente y una moldura plana inclinada hacia afuera de cuarenta y cinco centímetros de ancho, que forma la cornisa, de manera que el cuerpo tiene en total una altura de cuatro metros cuarenta centímetros. (Peñafiel. Los Monumentos del Arte Antiguo).

Sobre este fragmento se levanta el segundo cuerpo, muy semejante al que remata la pirámide de Tajín; tiene en su base catorce metros de largo y se compone solamente de un talud de dos metros veinte centímetros de altura, y una moldura saliente inclinada de cuarenta centímetros, lo que hace un total de dos metros sesenta centímetros; alrededor de este cuerpo se forma así un pasillo que es algo más ancho en el frente, pues el edificio está colocado un poco hacia atrás. El acceso al recinto interior se hace por dos puertas colocadas en la fachada principal, y frente de ellas está la escalera que sobresale tres metros veinte centímetros, con relación a la arista inferior del talud, subdividida en dos partes por un limón central más angosto que los que la limitan lateralmente. La construcción es de piedra y barro revestida con piedra labrada. La forma general de los cuerpos nos recuerda mucho la de las estructuras totonacas, así como la de los tableros sobre talud de Teotihuacán, aun cuando aquí el elemento predominante es el talud, a semejanza de lo que sucede en el Templo de los Guerreros de Chichén Itzá.

El talud está decorado con serpientes; en el frente hay una a cada lado de la escalera y en los otros lados, dos, separadas por un motivo central. La forma en que están representadas es muy semejante a la del Templo de Quetzalcóatl de Teotihuacán, aunque su forma de estilización se acerca mucho también a la que encontramos en Yucatán. El cuerpo está emplumado y decorado con caracoles; penachos de pluma salen de las fauces de las serpientes y rematan los cascabeles de la cola; en los espacios que se forman entre las ondulaciones del cuerpo están representadas pequeñas figuras sentadas, con grandes tocados formados por cabezas de serpientes y penachos de plumas y de cuyas bocas salen grandes volutas. El tablero angosto colocado sobre el talud está dividido por motivos verticales en rectángulos, decorados también con figuras sentadas más pequeñas que las anteriores y con signos jeroglíficos.

El talud del segundo cuerpo, que está muy destruido, lleva también decoraciones con motivos semejantes.

La cornisa inclinada de los dos cuerpos está decorada con volutas derivadas de motivos de caracoles, iguales a los que abundan tanto en la decoración de Teotihuacán.

Como ya hicimos notar antes, en conjunto de las figuras y la manera de representarlas se asemeja mucho a las que se encuentran en todas las ciudades de origen olmeca, tanto en las toltecas como en las mayas, mientras que los jeroglíficos parecen más bien pertenecer a la ideología nahoa.

Los limones de la escalera también están decorados con cuerpos de serpientes emplumadas, aun cuando no se encuentran cabezas. Hacemos notar, también, que abundan en Xochicalco las construcciones subterráneas, que son de largos pasillos, con diferentes formas, uno de los cuales es notable por terminar en un cuarto más amplio, cuyo techo tiene la forma de una cúpula; muchos de estos pasillos subterráneos están comunicados por el exterior por medio de respiraderos.

Realmente es muy poco lo descubierto hasta hoy en Xochicalco, para poder hacer afirmaciones y juicios exactos; pero los motivos representados en

el pequeño monumento que hemos descrito, así como su forma general nos hacen creer que es la representación más pura que existe en la región central de México, de la influencia de las tribus venidas del Golfo.

Arquitecto I. Marquina
(Obra citada)

TENAYUCA.-En las inmediaciones de Tlalnepantla, a catorce kilómetros al Noroeste de la ciudad de México, se encuentra la población de Tenayuca, de interés arqueológico e histórico.

En el centro se levantaba el montículo ahora explorado cuya excavación ha puesto a luz una pirámide de tipo azteca con superposición en el frente principal al lado Oeste, donde se encuentran las escaleras de ascenso. La escalera primitiva o sea la que fue descubierta posteriormente se encontró en perfecto estado de conservación y sus dimensiones son enormes (treinta y seis metros de ancho y diez y siete de altura) conservando en gran parte los aplanados primitivos. Por los lados Este y Sur, la excavación practicada desde 1925 hasta la fecha, puso a descubierto los taludes inferiores de los paramentos de la pirámide, formados con piedra tallada, y en la parte inferior de la estructura y en la longitud total de ambos lados, apareció un muro formado por serpientes, cuyas cabezas quedan hacia afuera y las colas hacia adentro del mencionado muro, que está formado por los cuerpos mismos de las serpientes, siendo las cabezas de distintos tamaños y formas.

La excavación está por terminarse en los cuatro frentes.....

.....

José Reygadas Vértiz

Horacio Lúñiga Anaya. La luz del conocimiento

SANTA CECILIA.- Al Noroeste de la Pirámide de Tenayuca, y a dos kilómetros de distancia, dentro del pueblo de este nombre, se encuentra la pirámide Santa Cecilia, excavada en los años de 1923 y 1924, de dimensiones menores y en mayor estado de destrucción, pues los lados Norte y Este están perdidos. Por el lado Oeste, está la escalera de ascenso donde se acusan también superposiciones.

.....

José Reygadas Vértiz

TEPOTZOTLÁN, TEOPANZOLCO Y XOCHICALCO

ESTOS MONUMENTOS, son los restos arqueológicos más importantes, que mejor se conservan de la antigua Tlalnahuac, o región que en época remota habitaron los Tlahuicas, una rama de la gran familia nahoa. Están situados al Norte, Noreste y Sur, respectivamente, de Cuernavaca, capital del actual Estado de Morelos.

La pirámide de “El Tepozteco” o “Casa del Tepozteco”, como también se le llama, se halla al Norte del pueblo de Tepoztlán cabecera de la Municipalidad de su nombre, a una hora de camino de la estación de “El Parque”, situada a 92 kilómetros de la Metrópoli sobre la vía del Ferrocarril Nacional, que se dirige a Balsas pasando por Cuernavaca. Está construida sobre uno de los crestos basálticos que se levantan encima de la serranía, desprendida de la falda meridional del sistema montañoso del Ajusco, y la meseta que le sirve de base, a la que se llega después de penoso ascenso, entre las quebradas de estrecho cañón cubierto de verdura, aparece formado propiamente, por las cimas oriental y occidental de dos riscos unidos por estrecha garganta. Sobre la cima oriental hay numerosos basamentos, restos acaso de habitaciones de sacerdotes, y un peñasco circundado de pinos, junto al que brota un manantial, y sobre la occidental, hacia su lado Este, se levanta el monumento de 20 metros de altura y a 2,100 metros sobre el nivel del mar, compuesto de tres cuerpos que son otros tantos troncos de pirámide superpuestos, coronados por una construcción que constituye el adoratorio dedicado a **Ometochtli** o Tepoztécatl.

Esta divinidad estaba consagrada por la mitología agrícola como dios del pulque, de las cosechas, de la fecundidad de la tierra en general, y sus numerosos

devotos, muchos de los cuales iban a adorarle, desde los lejanos reinos de Chiapas y Guatemala, le ofrendaban con papel o amate (1) copal, codornices, palomas silvestres, etc.

El primer cuerpo de la pirámide, de 9.50 metros, de altura, se apoya sobre un tosco basamento. Dos escaleras, una al Oriente y otra al Sur, conducen desde la base a la altura de este primer cuerpo, cuya explanada occidental, verdadero frontispicio del adoratorio situado sobre su parte superior, tiene en su centro una terraza de forma cuadrada, de esquinas dentadas, empleada quizás como altar para ofrendas, provista de una escalera en cada lado. Sobre la explanada una tercera escalera conduce a la cima del segundo cuerpo en donde se encuentra la entrada del adoratorio o el santo de los santos, que constituye el tercer cuerpo. Este está formado por muros de sillares de tezontle rojo y negro de 1.50 metros, de espesor, que se elevan a sólo 2.50 metros, de altura, por haberse desprendido el techo que sostenían. Frente a su pared occidental, hay dos muros salientes que forman una entrada central.

Todo el recinto formado por los muros está dividido por una pared de 0.90 metros, de espesor, con puerta Central cuya anchura es de 1.90 metros, franqueada por dos pilares estucados con decoración policroma en relieve, de estrías verticales, grecas e imágenes incompletas del sol.

Los recintos anterior y posterior, tienen de frente 3.75 metros y 5.20 metros, respectivamente, por 6 metros de ancho. En el anterior fue descubierta una oquedad con restos de copal y carbón, señales de antiguos ritos religiosos y en el posterior, en su pared del fondo, estaba la escultura de Tepoztécatl, la deidad del templo.

En la cara interior de los muros frontal, posterior y laterales, que constituyen el recinto, hay estructuras en forma de bancos revestidos de piedra, con relieves en cuyo borde superior y a manera de friso, algo saliente, se ven signos que

(1).— Nombre del idioma mexicano que se daba al papel por estar fabricado con la corteza de distintos árboles llamados Amate.

parecen representar los veinte días del año y en la parte inferior, talleres con símbolos que se juzga tienen probable relación con los cuatro puntos cardinales.

En los relieves, tanto del extremo septentrional del lado oriental, como del extremo meridional, están simbolizados el signo de la guerra o yaoyotl (representado por un escudo) la divisa de la divinidad de pulque u **Ometochtlahuiztli**; el signo del agua o de la sangre, etc.

Pero también hay otros jeroglíficos cuya interpretación no ha sido posible hacer, alguno de los cuales tiene cierta semejanza con los mayas.

En el muro meridional del segundo cuerpo de la pirámide, había dos tableros, que representan: uno, el jeroglífico de Ahuizotl, rey azteca, y el otro, una fecha, el 10 tochtli, o sea el año de 1502 de la Era Cristiana, figurado por un conejo y diez círculos, ignorándose a qué hecho histórico se refiera.

La escultura del dios Ometochtli, fue mandada destruir en la segunda mitad de siglo XVI, al iniciarse la evangelización de la comarca, por el celoso misionero dominicano P.F. Domingo de la Anunciación, con el fin de acabar con el culto idolátrico de la divinidad y de hacer posible la propagación de la doctrina cristiana.

Hay la traición de que pasados los años, los tepoztecos oían con pavor el lúgubre lamento de aquel dios destronado, y nadie osaba levantar la vista para ver su templo hasta que en 1895 cesó tal miedo supersticioso, al ser explorado el monumento.

A medio kilómetro al Noreste de la estación de ferrocarril de Cuernavaca y sobre una pequeña eminencia, se halla la pirámide de Teopanzolco, descubierta y explorada por la Dirección de Antropología, su estructura, semejante a otras de origen azteca, existentes en el Estado de México, en sus límites con el Distrito Federal, –San Bartolo Naucalpan, Santa Cecilia y San Bartolo Tenayucan– y exploradas también de cuatro a cinco años a la fecha hace considerarla, igualmente, de esa misma cultura.

Estos restos son de inestimable valor arqueológico, toda vez que sus características, especialmente en lo que respecta a los adoratorios de sus mesetas

superiores, vienen a precisar los conceptos, algo vagos, que se tenían de los templos piramidales aztecas, (2) ya que estos desaparecieron casi por completo al comenzar la dominación española, revelando al mismo tiempo, los distintos aspectos de los sistemas de construcción y fases de evolución arquitectónica observadas, aunque de modo incompleto, en los restos del antiguo Teocalli Mayor de México-Tenochtitlán descubierto desde 1914 a cien metros al Norte del Palacio Nacional.

El templo de Teopanzolco, está formado por dos estructuras piramidales adosadas. A la exterior de un solo cuerpo con doble escalinata al Poniente; la interior, separada actualmente de la primera y en virtud de los trabajos de exploración, por un foso, es más alta y más antigua que ésta, y parece constituida por cuerpo piramidal y adoratorio en la meseta superior, a donde conduce, en su parte occidental, doble escalinata con alfardas.

Sobre la meseta de la pirámide primitiva hay restos de muros de dos adoratorios cuadrangulares, con espacios de entrada frente al remate de la doble escalinata y con bancos en las paredes y del fondo. Uno de los adoratorios está provisto de muro interior de división, con amplia entrada y el otro, de bases de anchos pilares en sus cuatro ángulos exteriores, probables soportes de un techo.

Los muros tienen empotrados a distancias iguales y a la altura media de su cara exterior pequeñas cabezas de animales esculpidas de aspecto burdo y con restos de estuco.

Por el lado Norte de la estructura piramidal primitiva, o más alta, se notan tres superposiciones, en vez de dos, como aparecen en el resto de la doble construcción.

El material empleado en ésta es canto rodado, adherido con argamasa cubierta con cemento indígena, que todavía se conserva en grandes porciones.

(2).— Nótese que esta designación de “templos piramidales aztecas” hecha por un técnico, es exactamente igual a la usada por el autor al referirse a estos monumentos en el capítulo II de esta obra. Nota de Horacio Lúñiga.

El Estado de México Desde la prehistoria...

Al Oriente del monumento descrito, existen, además, restos de la base de otra pirámide menor, con huellas de escalones y alfardas que es posible haya tenido alguna relación con la pirámide principal, pero aún no se determina si fue o no contemporánea de alguna de las superposiciones de ésta.

R. J. Ceballos Novelo

Estado Actual de los Principales Edificios
Arqueológicos de México.- Dirección
de Arqueología! – Publicaciones de la Secretaría
de Educación.-1928.



LA PIRÁMIDE DE XOCHICALCO

*L*A PIRÁMIDE DE XOCHICALCO, que tal vez por la maravilla y la delicadeza de sus magníficos relieves, mereciera de los mexicanos ese nombre cuya traducción literal es “Casa de las Flores” o “En la Casa de las Flores”, está situada en la cima de un collado a 25 kilómetros al Sureste de Cuernavaca.

La eminencia, de base oval, con 3 kilómetros de circunferencia, se levanta a más de 130 metros sobre su base. La rodea un foso y cerca de ella hay otras elevaciones del terreno, de mayor o menor altura, que, como el cerro de Coatzin, revelan también la existencia de restos arqueológicos.

En su falda, dividida en cinco terraplenes, un camino de herradura construido sobre rampas sostenidas por cortinas con cierta inclinación al Noreste para facilitar la salida de las aguas pluviales, conduce a su cima.

Mas como en todo el ascenso aparecen en el borde de las rampas, espacios con restos de muros de defensa, se está de acuerdo en suponer que todo el collado y las demás alturas circunvecinas formaban un vasto sistema de fortificaciones, en las que la construcción principal era a la vez un gran templo.

En 1777 el sabio sacerdote mexicano D. José Antonio Alzate, hizo la primera exploración del templo de Xochicalco y de sus construcciones subterráneas. Desde entonces, otros autores lo visitaron y describieron únicamente, sin conocerlo (Humboldt, Dupaix, Orozco y Berra, Nevel, Brancroft, etc.), en 1887, reconocieron aquella pirámide el Dr. Antonio Peñafiel y el Sr. Eduardo Seler. Este reunió sus observaciones en un estudio que intercaló en su colección de “Disertaciones”, y el Dr. Peñafiel, que obtuvo una completa colección de fotografías, de relieves y demás detalles de la pirámide, y delineó planos,

cortes, y dibujos reconstructivos, conservándoles en no pocas ocasiones, los colores originales, hizo una descripción del edificio, incluyéndola en su obra “Monumentos del Arte Mexicano Antiguo.”

Sobre la meseta superior del collado que se eleva a más de 1,500 metros sobre el nivel del mar y que estaba circuida por un muro de 1.26 metros de alto por 0.86 metros de ancho, formado de piedras labradas, se alza el monumento compuesto de dos cuerpos provistos de escalinata al Poniente. Esta tenía una división central, y conserva alfardas laterales.

La orientación de la pirámide es de Norte a Sur. Su primer cuerpo, que se compone de base en talud, friso vertical, y cornisa saliente, tiene 4.37 metros de altura. Los lados Este y Oeste miden en la base 18.61 metros, los de Norte y Sur 21.35 metros; la altura de la base hasta tocar el friso 2.40 metros; la separación del talud de la vertical 0.35 metros; la línea inclinada del talud, 2.80 metros, la altura del friso 1.16 metros, y la de la cornisa 0.47 metros, el ancho de la cornisa, medida en su parte inclinada es de 0.45 metros.

La escalinata de escalones iguales, tiene 9.60 metros, de ancho y sobresale del muro 3.09 metros.

El segundo cuerpo, medido en su base rectangular, tiene 14.26 metros Este y Oeste, y 14.10 metros Norte y Sur. Está más a la orilla oriental de la base superior del primer cuerpo, que de la occidental en que desemboca la escalera. Su altura, inclusive su cornisa es de 2.57 metros. Un espacio de entrada de 10.86 metros tiene por puerta su lado occidental. (1)

La base del primer cuerpo presenta como características, grandes serpientes emplumadas, en relieve, con restos todavía de pintura roja, teniendo entre sus escamas, cortes de caracol. Son estas serpientes representaciones simbólicas de Quetzalcóatl, la serpiente mitológica marina, esto es el brillante reflejo de Venus

(1).— Las medidas anteriores las hizo tomar el Sr. Peñafiel, pero como ha sido reconstruido el monumento, hay actualmente algunas discrepancias en estas medidas.

sobre el mar, con el que fue identificado el gran sacerdote legendario al morir. Y aunque varios autores insisten en creer que dichas serpientes emplumadas representan al Cipactli fantástico de la cronología nahoa, examinadas con atención se llega a convertir que son, con ligeras variantes comparables con las que aparecen en el grandioso templo de Teotihuacán dedicado a Quetzalcóatl.

Las dos serpientes de los lados Oriente, Norte y Sur del primer cuerpo, tienen sus cabezas hacia los ángulos o esquinas correspondientes a cada lado, y las colas, en el centro, separadas por vistoso pedestal, teniendo entre sus ondulaciones figuras humanas sedentes, con rico tocado, o bien el signo del fuego, apoyado sobre un símbolo que parece representación del numeral cinco, en los sistemas zapoteca y maya.

Los signos del fuego, colocados sobre el numeral cinco, acompañados del numeral cuatro, han sido identificados, no así las figuras y valor del cuadro colocado encima de estos numerales, que parecen representar, como supone el Dr. Peñafiel “el ciclo o la edad descrita debajo de las llamas que figuran el fuego”. Seis son estas figuras o ciclos que aparecen en todo el monumento y su interpretación ha sido difícil por no encontrárseles en ningún manuscrito de origen indígena.

En la cara occidental y a cada lado de la escalinata, hay serpientes con una sola ondulación y la cabeza levantada hacia la esquina de la pirámide. Dentro de la curva que forma cada serpiente hay signos cronológicos: los del lado que corresponde a la porción Norte, costado occidental, son el signo calli, casa, sobre el símbolo del numeral cinco, y cinco círculos, pero, además hay una ingeniosa representación de la atadura de las dos fechas, que efectúa, con ambas manos, un personaje que parece colocado detrás del signo calli, y los signos del lado Sur de la escalera son de la misma naturaleza, aunque bastante destruidos, por desgracia, no habiéndose podido identificar satisfactoriamente los que se conservan.

En los relieves que existen en el costado Norte de la escalera, se observa la porción de una especie de estera y los dos pies de una ancha silla, a manera de

sofá. Las figuras completas aparecen en el lado opuesto. Allí se nota la silla sobre la que se ve la representación de un guerrero.

Una serie de figuras humanas, sentadas, decoran el friso, llevando en las manos signos no identificados. Tienen el signo de la palabra, y sus orejas parecen espinas penitenciales de reyes o sacerdotes.

Pocas de estas figuras humanas se conservan en algunos lados. Van acompañadas del signo del año, esto es de un círculo con una cruz, y otro cronográfico encima. Se cree que estas figuras humanas, alternadas con los signos de los años, indiquen algunas series de festividades o períodos religiosos.

La cornisa está formada por la repetición simétrica de cortes de caracol, semejantes a los que se encuentran entre las escamas de las serpientes del primer cuerpo, considerados como símbolos del mar.

El segundo cuerpo, que no es sino un recinto de cuatro muros, tiene forma piramidal, alejado más del extremo de la escalera, que del lado opuesto. Está bastante deteriorado, pero con los restos que se conservan de sus muros y sus figuras, se tiene una idea de la importancia arquitectónica y ornamental de esta parte del monumento.

En el piso del segundo cuerpo del templo de Xochicalco, se notan dos hundimientos que se supone tuvieron relación con los subterráneos, que fueron descubiertos en las laderas del collado, base del templo. El primero en explorarlos fue el padre Alzate, varios años después se tuvieron noticias de otras construcciones de este género. Hasta hoy son diez los conocidos (“El Cacique”, “El Sol”, “Los Jabalíes”, “Obregón y Martínez”, “Julio Peñafiel”, “Los Murciélagos”, “Antonio Peñafiel”, “José C. Segura”, “El Pozo”, y “Jesús Moreno Flores”) en algunos de los cuales se ven columnas, pisos y revestimientos. Sirvieron, según parece, para resguardo o depósitos de aquel templo-fortaleza, y sus nombres se debieron a ciertos incidentes acaecidos en ellos, como la conseja sobre la aparición de una fantasma de antiguo cacique, a los primeros exploradores del subterráneo, que lleva ese nombre, la inesperada salida de una manada de jabalíes, en el que con tal designación se conoce, etc.

Sobre la ladera Sureste de la montaña de Coatzin, fue hallada por el Sr. Seler, la piedra que lleva su nombre, con relieves cronológicos y simbólicos. Alrededor de la pirámide de Xochicalco hay numerosos fragmentos de piedras, con relieves o esculturas, pero los hallazgos más importantes fueron las grandes esculturas de las dos principales divinidades tlahuicas adoradas en el templo de Xochicalco, que primitivamente estuvieron sobre este monumento. Una de ellas fue llevada primero a la hacienda de Acatzingo, y después a la de Miacatlán, de donde fue llevada al Museo Nacional. Está en pie, tiene en las manos un platillo y por sus demás atributos se supone sea la representación de la diosa Chalchiutlicue, deidad de las aguas de la tierra, compañera de Tláloc. La segunda escultura fue trasladada, primero a Miacatlán; los moradores de Tetlama, pueblo circunvecino, disgustados por ello, la condujeron a la “Loma de la India”, nombre que desde entonces se dió a este cerro, por servir de plinto a la deidad. Durante la intervención francesa, algunos soldados, la derribaron del lugar, mutilándola, por lo que los vecinos de Tetlama, la llevaron al atrio de la iglesia de este pueblo, donde hoy se encuentra. Representa una mujer sentada, con bellos atributos de flores, frutos, danzantes y signos cronológicos; en sus varios detalles hay gran delicadeza y sentimiento artístico. Por sus atributos se le considera diosa del Maíz o Centeotl, pero a la vez, quizá deidad del baile, de las alegrías de la vida o Xochiquetzal, divinidad especialmente adorada por los tlahuicas.

Por las características estructurales de las pirámides de Tepoztlán y Xochicalco, no así las de Teopanzolco, que parecen más modernas, por sus marcadas formas aztecas, se llegó a ver en ellas cierta influencia maya, señalándose muy especialmente, para corroborar esta opinión, las frecuentes representaciones del numeral cinco, por medio de una barra horizontal, empleada en los sistemas zapoteca y maya, y la manera típica de estar sentadas las figuras humanas de taludes y frisos, semejantes a las actitudes palancanas.

Si bien esas semejanzas apuntadas no pueden negarse y tal vez pudieran señalarse algunas más y aun aludir a las famosas peregrinaciones antiguas, procedentes de ofrendas, de propiación a Tepoztlán, unas y otras razones no alcanzarían a explicar tales influencias.

En estos últimos años se ha llegado a pensar que las semejanzas de carácter técnico y de representación cronológica, entre tlahuicas y mayas, es concebible, si no por contacto directo entre ambas culturas, sí al menos, por intermedio de pueblos que, como el zapoteca y el mixteca sufrieron dicha influencia maya. Sin embargo parece más acertada la conclusión a que ha llegado la Dirección de Arqueología, por medio de unas cartas de inmigraciones originales indígenas (las cuales están incluidas entre los trabajos que envía esta oficina) (2) en las que, sirviéndose de una amplia documentación arqueológica, histórica, etnográfica, lingüística, etc., se representan gráficamente las corrientes inmigratorias, desde el Norte de la República, correspondientes tanto a las regiones de su extremo central, como de sus costas Este y Oeste. Las corrientes en dirección Sur, avanzan sin ponerse en contacto y, a medida que bajan, como se estrechan más las zonas que recorren, se entrecruzan, se entremezclan, formando agrupaciones que conservan sus primitivas características, o bien dan origen a nuevas corrientes que continúan con personalidad diversa, aunque hermanadas con sus grandes troncos.

De estas últimas es la rama que, al invadir la región meridional del centro del país, había alcanzado cierta genuina modalidad cultural, y más adelante, hecha típica e inconfundible, constituye la cultura maya. (3)

De ahí, por consiguiente, que pueda considerarse la cultura tlahuica, y por ende sus restos arqueológicos, como de una cultura de transición: nahoa-maya,

(2).— Precisamente, estas cartas que figuran en la obra del arquitecto Ignacio Marquina, citada varias veces en esta obra, y que fue publicada como una contribución de México en el XXIII Congreso de Americanistas, ayudan a fijar las ideas que el autor expresa en los primeros capítulos de esta obra. - Nota de Horacio Zúñiga.

(3).— Véase cómo estos conceptos apoyan los del autor (Primeros capítulos de esta obra, especialmente el VI y el VII). - Nota de Horacio Zúñiga.

El Estado de México Desde la prehistoria...

que, en su relativo aislamiento secular, adquirió al Sur y Sureste del país, su profunda y nueva personalidad.

México, D.F., 13 de abril de 1928.

Roque J. Ceballos Novelo.
Estado Actual de los Principales Edificios
Arqueológicos de México.-Dirección
de Arqueología.- Publicaciones de la
Secretaría de Educación Pública.- 1928.



TEMPLO MAYOR DE MÉXICO

EL TEMPLO MAYOR de México era un gran recinto rectangular ocupado por un gran número de construcciones, tanto religiosas como relacionadas con el culto, y que con los grandes palacios de los reyes Moctezuma y Axayácatl, debe haber formado un conjunto semejante a los que hemos venido considerando en las diversas ciudades arqueológicas.

Mucho se ha discutido y estudiado acerca del lugar comprendido por este recinto, así como a propósito de la ubicación de la pirámide principal. No podemos exponer todas las razones que se han aducido a este respecto, por estar fuera de la índole de este trabajo, pero sí señalaremos las características generales del templo para comprobar que es apropiada la clasificación de los monumentos que venimos tratando dentro del tipo azteca.

UBICACIÓN.- Se han hecho diversos estudios para determinar el sitio que ocupaba el Templo Mayor, entre ellas las disertaciones de don Lucas Alamán, y los trabajos del Sr. García Icazbalceta, recopilados por Maudslay, tienen como base principal el estudio de las Actas de Cabildo de la ciudad de México, en que se repartían los primeros solares a los conquistadores, a estos datos se agregan las numerosas referencias o descripciones que se encuentran en la Historia de la Conquista de Bernal Díaz del Castillo, en la historia de Sahagún y otros libros más modernos, pero de personas que tuvieron conexión con los primeros pobladores españoles de la ciudad. Por último, las excavaciones efectuadas desde 1900 hasta 1920, han venido a suministrar nuevos conocimientos.

Como es lógico suponer, el lugar del Templo Mayor estaba determinado por la intersección de las dos grandes calzadas que comunicaban con el exterior de

la ciudad; la de Ixtapalapa, que venía de Sur a Norte, y la de Tacuba de Poniente a Oriente. El recinto del Templo, según los datos referidos, llegaba por el Sur a la calle actual de la Moneda, que era uno de los canales que lo separaban del jardín de las fieras de Moctezuma en el lugar del Palacio Nacional, al Oriente, lo limitaba el Palacio de Axayácatl, que estaba en lo que es hoy calle del Indio Triste (calle del Carmen); por el Poniente, llegaba hasta la calle de Monte Piedad, cuya institución ocupa el lugar del Palacio de Moctezuma, y al Norte, no se tienen datos exactos, pero considerando que el eje de la calzada de Tacuba fuera el de simetría del Templo, cosa que es segura, pues en él se encontraba la Pirámide Principal; llegaría hasta lo que es ahora calle de Donceles, dando así un rectángulo de cuatrocientos metros de largo, por doscientos cincuenta metros de ancho aproximadamente.

Dentro de este recinto estaba comprendida la Gran Pirámide que, como puede apreciarse por una pequeña maqueta en piedra encontrada al hacerse unos trabajos en el Palacio Nacional, y por numerosos dibujos y descripciones que se conservan de los relatos de los conquistadores, era muy semejante a la de Tenayuca. Sus dimensiones eran aproximadamente de ciento diez metros de largo, por ciento diez de ancho en su base. Estaba rodeada por una muralla de serpientes y formada de cuerpos en talud; su escalera era doble y correspondía cada rampa a uno de los templos que ocupaban la parte superior, colocados en una plataforma de manera de dejar atrás un paso estrecho y al frente un espacio mayor. Estos templos estaban dedicados a Huitzilopochtli y a Mictlantecutli, o a Tláloc, según otros autores, llevando su decoración de acuerdo con los atributos de estos dioses; según Bernal Díaz, tenía alrededor de cien escalones. Los templos tenían un alto techo, descripción que coincide con los dibujos del Códice Matritense y las descripciones de Sahagún. Por dentro se veían sostenidos por una armazón de madera, los techos aparecen exteriormente en la forma de planos inclinados decorados con piedras redondas blancas sobre un fondo negro en uno de ellos, y en el otro, con fajas paralelas sobre fondo azul y coronados con

almenas en forma de caracol. El lugar exacto en que se encontraba la Pirámide, era en las actuales calles del Seminario y del Reloj (República Argentina) y frente a la de Tacuba, como se indica en las actas de terrenos cedidas a los hermanos Ávila, cuyas casas fueron después destruidas por haberse sublevado; en las del Seminario y Guatemala, frente al Templo y en terrenos del primer convento de San Francisco, así como su cercanía al Palacio de Axayácatl ya que desde los descansos de los cuerpos de la Pirámide, les arrojaban los mexicanos piedras y vigas a los españoles que lo ocupaban.

En las excavaciones hechas por la Dirección de Antropología, apareció una de las cabezas de serpiente, en el limón de la escalera que daba acceso a la plataforma en que se levantaba el primer cuerpo de la Pirámide y una serie de superposiciones de taludes, semejantes a los que se ven en Tenayuca y Santa Cecilia, correspondiendo a reconstrucciones del Templo en diferentes épocas; de algunas, de las cuales hay noticias históricas.

La otra pirámide destinada a Tezcatlipoca, se levanta hacia el Sur de la primera, en el lugar que ocupa el viejo Arzobispado, y en los diálogos de Cervantes y Salazar se refiere que la parte baja puede verse en la parte inferior del edificio.

Los otros edificios, que por las descripciones podemos tener una ligera idea, son el Templo de Quetzalcóatl, construcción redonda que se encontraba sobre el mismo eje de la pirámide y de la calzada de Tacuba, en la calle de las Escalerillas o Guatemala, estaba sobre una plataforma con escalinata y su puerta estaba decorada con una gran cabeza de serpiente que hizo que los conquistadores la describieran como boca del infierno.

En la misma dirección se encontraba el Tzompantli, en que sobre una plataforma se levantaba un armazón de madera con apoyos verticales que sostenían varillas de madera en los que se ensartaban calaveras.

Había también manantiales sagrados cerca del lugar en que estuvo el Mercado de las Flores, al Noroeste de la Catedral, y otros muchos edificios

como depósitos de armas, habitaciones de sacerdotes, etc., de los que no hay descripciones detalladas.

En diversas excavaciones hechas dentro de este recinto, han aparecido altares decorados con calaveras, escalinatas de piedra, braseros, y en gran abundancia esculturas, representando cabezas de serpientes emplumadas, tigres, figuras humanas y simbólicas.

Todas ellas ofrecen un trabajo admirablemente ejecutado y una estilización perfecta en la que se conservan los caracteres esenciales de los animales y objetos con gran fidelidad, consiguiendo al mismo tiempo un gran efecto decorativo, pero en todas ellas el carácter sanguinario y cruel del pueblo azteca se revela de un modo notorio. La idea de muerte domina en todas las representaciones, así como la complicación de un culto en que habían venido reuniéndose y elaborándose todas las prácticas religiosas y las supersticiones de los que le dieron origen. Comparadas estas esculturas con la de Teotihuacán, no ofrecen su misma sencillez de concepción y les falta también la finura y la elegancia de las representaciones mayas.

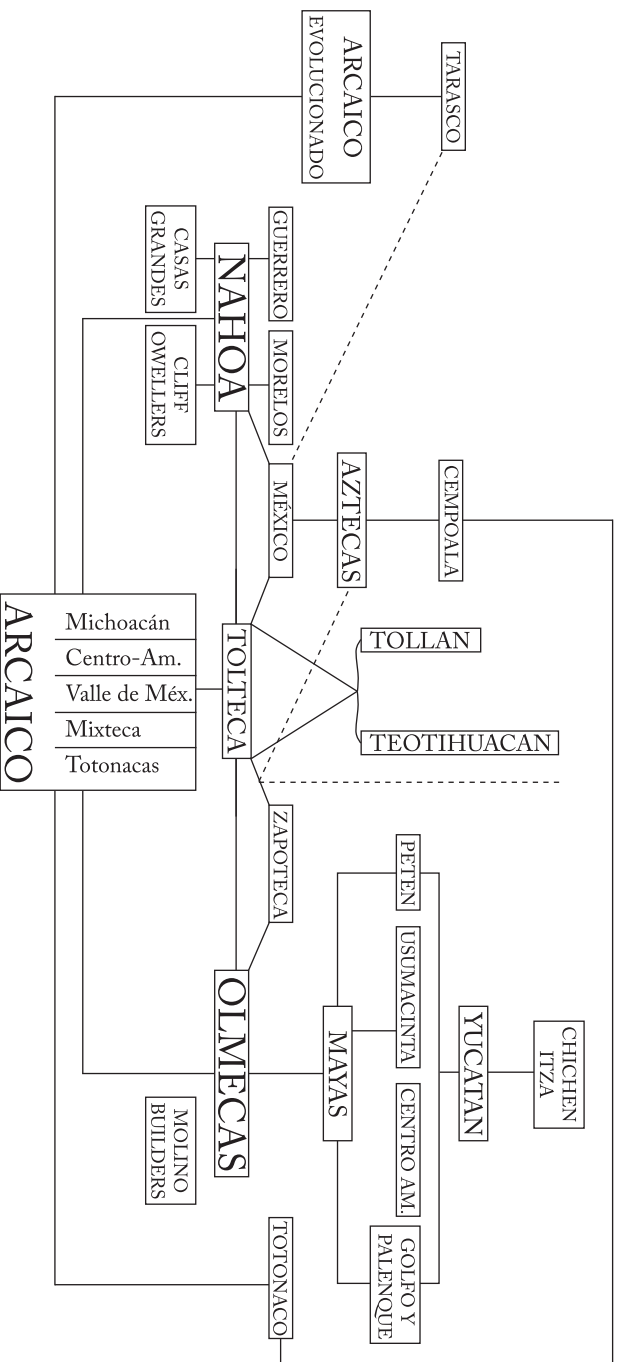
Presentamos algunos objetos de barro destinados al culto, tales como vasos e incensarios encontrados dentro del recinto del Templo Mayor, en las excavaciones que se efectuaron en la calle de las Escalerillas. Los dibujos geométricos y de figuras en brillantes colores, revelan la cantidad de influencias acumuladas en esta cultura, sólo comparables a las que hemos visto en Oaxaca.

CONCLUSIONES GENERALES

COMO UNA ÚLTIMA conclusión, recordando las características de los monumentos examinados, podemos decir que si en todos ellos hay un sello especial que los caracteriza y distingue permitiendo clasificarlos en diferentes grupos como lo hemos hecho, conservan la suficiente semejanza, tanto en el principio en que fueron concebidos, como en la forma en que están realizados, para considerar como un arte único el que se desarrolló en América antes de la llegada de los españoles.

El cuadro que figura en la página siguiente, es un resumen de la forma en que se combinaron las culturas, de acuerdo con lo que hemos venido exponiendo en el curso de este trabajo.

El Estado de México. Horacio Zúñiga.



Relación entre las principales culturas de México.
Argto. Ignacio Marquina.

EL MONOLITO MÁS GRANDE DE AMÉRICA

EL ÍDOLO DE PIEDRA MÁS GRANDE DE AMÉRICA.- En la primavera de 1904 fuí con el arqueólogo Leopoldo Batres a conocer el ídolo de piedra más grande de América: el Tláloc de Coatlinchán. El inspector de Arqueología exploraba el oriente el Valle de México y había sentado sus reales en Huexotla, donde hacía revestir una muralla precortesiana que se ve hoy reconstruida, con sus propias piedras labradas en forma de texolotes; y de allí nos dirigimos a caballo con su hijo Salvador Batres, al pueblo de Coatlinchán, en cuya jurisdicción se encuentra el monolito, y ascendimos los lomeríos que suben hasta el Sur hasta encontrar, después de dos horas de viaje y en terrenos de la hacienda de Tepetitlán, una estatua yacente que está tocada como las deidades aztecas, y en la parte inferior tiene un máxtlatl, por lo que se presume que sea el dios Tláloc.

La estatua yacente, que mide ocho metros de altura, es tan vasta de cara al cielo, que, otra vez que volví a admirarla en compañía del pintor Joaquín Clausell y del arqueólogo Ramón Mena, quince muchachas de Coatlinchán, celebraban una fiesta sobre ella, bajo el cuidado de una anciana, y todavía cupimos seis excursionistas sin molestar a las muchachas que celebraban su día de campo. Para subir a ella hay que escalarla, pues su espesor es de 3.92 y su anchura de 4.40 metros.

La tradición recogida por el padre Torquemada dice que el dios Tláloc se hallaba esculpido en una piedra ligera y blanca, parecida a la piedra pómez, en la cumbre de la montaña que lleva el nombre de Tláloc todavía hoy, y que era una estatua sedente sobre una losa, en cuya parte anterior había una oquedad labrada

en la misma losa; y en ella ponían los indios hule derretido, muy parecido a la brea, copal y cereales con los que se nutrían, maíz blanco, azul y rojo, y frijoles de varias clases.

Estas ofrendas eran renovadas cada año, y después de las cosechas, en agradecimiento a Tláloc, dios del agua, por haber enviado las lluvias para madurar sus sementeras. La deidad que se cree erigida por los toltecas, estaba de espalda a Texcoco y miraba al Occidente, hacia Huexotzingo y Cholula.

Muchos años más tarde, Netzahualpilli, rey de Texcoco, mandó esculpir otra deidad de mayor magnitud en una colosal piedra negra y resistente, para que durara siglos, e hizo quitar el Tláloc de piedra blanca, substituyéndolo con el otro. Pero apenas puesto el nuevo dios, un rayo lo derribó y los acolhuas, espantados, creyeron que el Tláloc de los toltecas se había indignado por la suplantación y repusieron en su lugar la deidad esculpida en piedra blanca.

Al quitar el Tláloc de piedra negra le rompieron un brazo y se lo soldaron con tres gruesos clavos de oro, que el Obispo Zumárraga le quitó al hacer desaparecer el rostro del ídolo en su presencia, como hizo quebrar la rana de piedra cuya mitad posterior está en el baño de las princesas, en el cerro de Texcutzingo, donde está el baño de Netzahualcóyotl, no lejos de Huexotla, en el Distrito de Texcoco. La rana, divinidad tolteca, era el símbolo de la vida que vuelve a renacer.

Hasta aquí la tradición. Pero hay que devastar pacientemente, como los indios que esculpieron el Tláloc monumental, los blocks de la leyenda, para meditar cómo, un monolito que pesa tantas toneladas, haya podido ser echado a rodar desde la cumbre de la montaña hasta la barranca donde se encuentra, junto al arroyo de Santa Clara, porque es un peñasco que tiene tosca forma cuadrangular con una larga espina dorsal, que más bien pudo haberlo sostenido empotrado en un acantilado de la montaña, donde pudo ser esculpido, pero que una vez desprendido le impedía rodar.

Una y otra cosa serían trabajos de cíclopes, como lo fue el trabajo ciclópeo de esculpir esa mole.

El Estado de México Desde la prehistoria...

El ídolo que se halla a 2,600 metros sobre el nivel del mar y 175 sobre el nivel de la ciudad de México, está rudamente esculpido; tiene mutilados el brazo y el pie izquierdos y el rostro completamente destruido. Sobre el tocado que cubre la cabeza hay una oquedad oval de 2.00 por 1.11 metros, esculpida para que bebieran agua las aves del cielo en la estación de las lluvias y en el pecho tiene dos hileras simétricas, cada una de seis perforaciones en forma esférica, por lo cual los indios le llaman “la piedra de los tecomates”.

El canto errático puesto en una barranca por la naturaleza o desprendido de un crestón de la montaña de Tláloc, está devastado por secciones rectangulares en los costados del monolito, que es de color gris, casi tan oscuro y compacto como el basalto. A pesar de ser el ídolo más grande de América no es bien conocido, no obstante que, yendo temprano de Chapingo, el explorador puede volver a Texcoco, la tierra de la barbacoa y el neutle dominical, a la hora de Xóchitl.

Sin embargo, al detenernos una vez en Coatlinchán para almorzar, nos dijeron que hacía pocos días había pasado por allí una numerosa excursión de turistas alemanes, cerca de un centenar, a caballo los niños y las señoras, y los señores a pie, que se dirigían a ver el Tláloc, en las alturas de Tepetitlán, donde pasaron el día para volver al caer la tarde y alcanzar en Chapingo el Ferrocarril Interoceánico, de regreso a México.

El turismo podía anotar esta excursión a un lugar precioso como es la barranca boscosa que se halla al pie de la montaña de Tláloc.

Rubén M. Campos

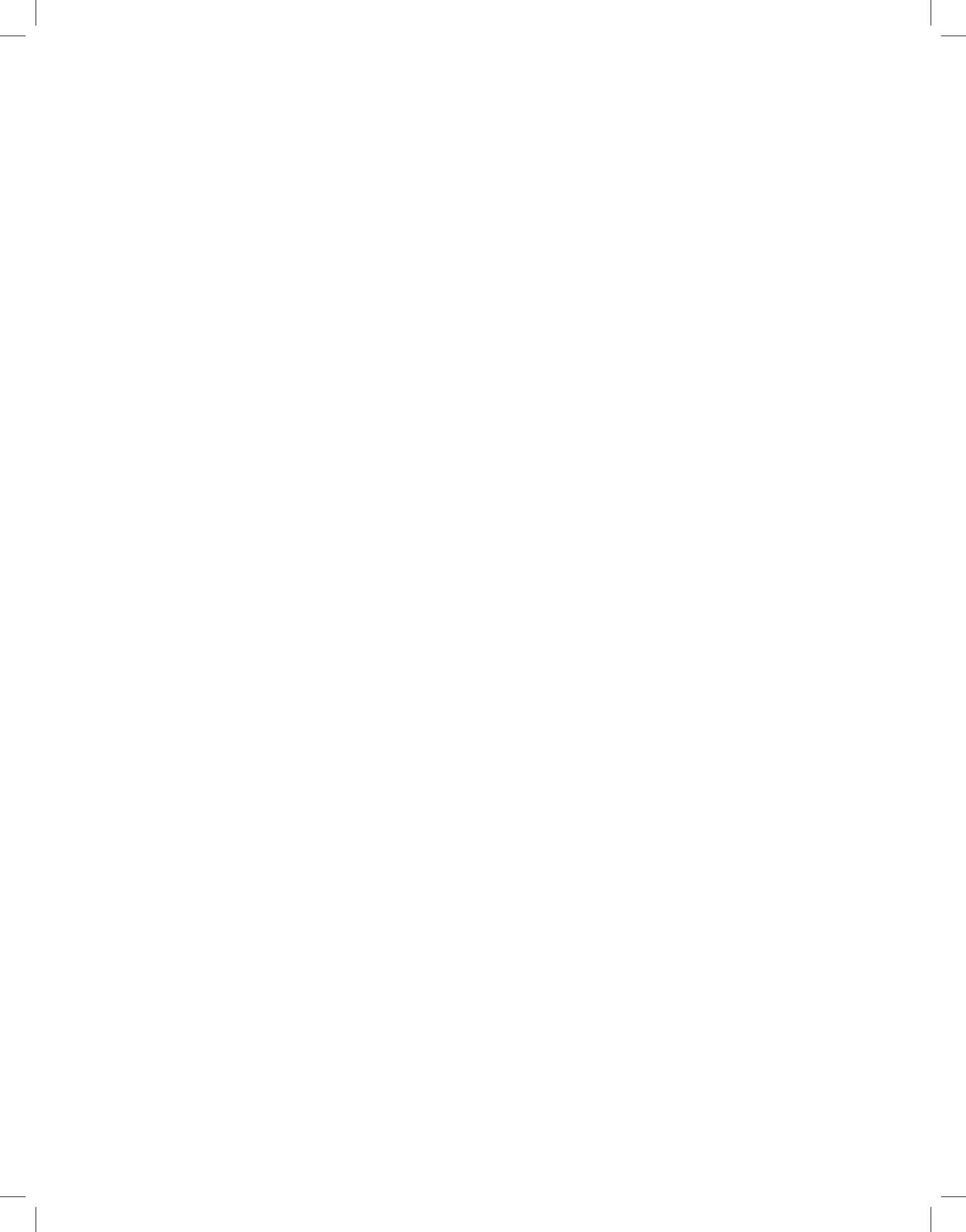
Prof. de Folklore en el Museo Nacional.
“Revista de Revistas”.- Dic. 12 de 1932

Nota del Autor.- Anteriormente a esta crónica, el año de 1930, un diario de México, publicó dos reportazgos acerca del hallazgo del “Idolo más grande de América”, en el “punto arqueológico de Coatlinchán”, Distrito de Texcoco y en el fondo de una barranca, cerca de un arroyo. Tal ídolo, cuyo descubrimiento se atribuía “al sabio hindú Pandurag Khankhojé”, en el primer reportazgo y al corresponsal del periódico, en el segundo, representa, según ellos, a la diosa del agua: “Chalchiuhtlique (debe ser “Chalchiuhtlicue”: la de la enagua de esmeraldas) y constituye un alto relieve “perfectamente labrado”. Ahora bien, como en la región citada, no existe otro monolito de las dimensiones e importancia que el citado por el Sr. Rubén M. Campos, Profesor del Museo Nacional, cuya autoridad, unida a la del Sr. Profesor Batres, da indiscutiblemente fuerza a su crónica, creemos que la diosa del agua descubierta en 1930 por el “sabio hindú Khankhojé”, no es otra cosa que el Tláloc descrito por el Profesor Campos. Robustece esta afirmación, el hecho de que, en tanto que la primera descripción del ídolo, publicada el 31 de agosto, afirma que mide “diez metros de altura por seis de grueso”, en la que aparece apenas ocho días después (el 8 de septiembre del mismo año) se dice que tiene quince metros de largo, por seis de ancho y cinco de altura (espesor debe ser, pues se encuentra yacente), lo que nos induce a creer que, en ambos casos, se trata de una exageración fácil de explicarse en estos casos y que, la confusión que existe en la clasificación del monolito y la discrepancia que hay en su descripción, obedece a las mismas razones de publicidad que, con una diferencia de unos cuantos días, aumentan por modo tan notable sus dimensiones. Por ello, lo repetimos, creemos que el hallazgo del sabio hindú, era algo perfectamente conocido por los muy humildes, pero muy competentes especialistas mexicanos, por lo menos desde principios del siglo, ya que el Profesor Rubén M. Campos se refiere a una excursión efectuada en 1904.

H. Z.

*La universidad,
la juventud, la revolución
(1934)*





PALABRAS DEL EDITOR

DADA A CONOCER ya, con todo éxito y en sus tres modalidades (lírica, épica y romántica), la notable obra poética de Horacio Zúñiga, ofrecemos hoy, con este libro, otro de los vigorosos aspectos de su recta personalidad intelectual: El del escritor combativo y apostólico: pensador de sólida cultura, poderosa ideología, generosa visión y rico estilo, a veces de una concisión matemática, en ocasiones de una galanura y brillantez oratorias; en no pocos casos, de una incisiva o delicada ironía, pero siempre dueño de un acerado poder dialéctico subordinado a las más nobles finalidades.

En efecto, si en sus otros libros editados por nosotros, *MIRRAS*, *EL MINUTO AZUL* y *LA SELVA SONORA*, está el poeta, el gran poeta absoluto: Horacio Zúñiga, y en su bellísima obra histórico-filosófica *EL ESTADO DE MÉXICO*, está el escritor didáctico, artista y erudito a la manera de Renán o nuestro Justo Sierra; en este libro “está precisamente el maestro, el maestro por antonomasia que pone toda su inteligencia y todo su corazón al servicio de la cultura de su patria, fijos siempre los ojos en la juventud (que tan gallardamente reivindica en una conferencia suya aquí publicada), y de la única que espera, lo mismo que Vasconcelos, igual que Mariátegui y Viamonte, sus excelsos hermanos en la fraternidad del mismo sublime evangelio la salvación de los destinos espirituales de América.

Ya el lector, personalmente, corroborará este aserto; por ello creemos innecesario hacer un análisis de este libro del maestro Zúñiga, y sobre todo, porque si la obra compleja y vasta del gran poeta, requiere, para su acuciosa estimación, el estudio detenido y detallado, en cambio, la obra del pensador, por su actualidad y fácil comprensión, no obstante, su profundidad y grande alcance, se impone

desde luego, con todo el vigor de sus nobles proporciones, a quien quiera que lea, no una serie, sino uno sólo de sus artículos.

Sin embargo, permítasenos hacer hincapié en los siguientes puntos capitales: 1° Es tan certera la visión del maestro, son tan fuertes sus razones, tan justo su criterio, tan lógicas sus consecuencias, que el propio periódico, que hace cerca de tres años lo refutara, después de haber publicado, hidalgamente, los artículos del maestro acerca de la Universidad, volviendo sobre sus propios pasos, casi casi contradiciéndose a sí mismo, tras de haber ido concediendo cuanto antes impugnaba, por fin ha llegado a la misma conclusión del maestro, pues, clara y terminantemente, afirma, en la parte final de su editorial: “El Fin de la Politiquería Universitaria” (El Universal, 30 de noviembre de 1933) que: PARA TRANSFORMAR A LA UNIVERSIDAD, HAY QUE REHACERLA DE PIES A CABEZA; CAMBIAR LA ESTRUCTURA, PERO, ASIMISMO, LOS MÉTODOS”. 2° Horacio Zúñiga, según se desprende de la lectura de esta obra, ha sido, es, uno de los pocos, casi el único y de los primeros escritores mexicanos que, sistemáticamente ha venido tratando el problema de la cultura nacional, como la más alta y decisiva realización revolucionaria, en función social y a través o por medio de la juventud, según su propia expresión. 3° El maestro Zúñiga, haciendo carne su propio evangelio, vive aislado, retraído, gallarda y altivamente solitario, víctima de la envidia y el celo de los unos, de la ingratitud de los otros, o de la incomprensión, antipatía o enemistad gratuita de los más; pero, a pesar de ello, lejos de refugiarse en un escepticismo amargo, o en una indiferencia estéril, con más asiduidad, con más tesón, entusiasmo e inteligencia que los mismos que gozan de los favores oficiales y del aplauso unánime de la juventud y las clases ilustradas, ha enfocado sus grandes dotes intelectuales en los puntos vitales del problema educativo y ha devuelto, por cada ingratitud de sus discípulos una suprema dádiva de su espíritu. 4° Colocado en una posición enteramente independiente, a salvo de la política, a salvo de la politiquería de campanario, a salvo, por fin, de prejuicios, compromisos, consignas, imposiciones o siquiera de

La universidad, la juventud, la revolución (1934)

todos esos minúsculos deberes que imponen nuestras innumerables sociedades de elogios mutuos, Horacio Zúñiga es, en estos momentos, uno de los más vigorosos y seguramente el más puro y noble de los orientadores de la juventud.

¡Justo era, pues, que cuantos conocen la potencia de su talento, la firmeza de su voluntad y la rectitud de su intención trataran, inútilmente, de sepultar en el silencio la voz de este educador máximo, que hoy entregamos al atento oído de las nuevas generaciones.

JUAN MANUEL CARRILLO B.

N. B. De acuerdo con la índole de esta obra, destinada a circular principalmente entre la población estudiantil de la República, resolvimos hacer una edición económica más a propósito también para esta clase de libros. En igual forma daremos a conocer, toda la prosa del Maestro y sólo cuando reanudemos la publicación de sus poemas, volveremos a optar por las ediciones de lujo, más en consonancia, con ese género de literatura.

EL EDITOR



PALABRAS DEL AUTOR

*L*A UNIVERSIDAD, la juventud, la revolución: tres tópicos tan íntimamente relacionados entre sí, que constituyen, en el sentir del autor, las tres fases distintas, o mejor aún, los tres distintos aspectos de un mismo problema, o sea la realización de la revolución, como cultura, en la conciencia colectiva, a través del más alto instituto intelectual del país y por medio del esfuerzo sabia y generosamente orientado de la juventud.

De ahí la razón de esta obra, que obedece, como se ve, a un plan ideológico cuidadosamente estudiado y está arquitecturada de acuerdo con un concepto básico que le da indiscutible unidad, ya que hasta los artículos sueltos de la segunda serie: “El Día del Estudiante”, “Mens Sana”, “Afirmación...”, etc., están concebidos con el mismo criterio de los de la primera y la última serie, y persiguen la misma común finalidad de precisar los derroteros que debe seguir el espíritu de la juventud. Por ejemplo: el artículo Cultura y Civilización, es el obligado remate ideológico-crítico de lo que debiera ser y no es, y lo que debería hacer y no hace, la actual Universidad. Por lo que a esto respecta, el problema de ese instituto, está estudiado en la primera serie de artículos del libro, publicada, en su casi totalidad, desde mediados de 1931; es decir, precisamente dos años antes de que nuestros más distinguidos intelectuales, y en primerísimo lugar, nuestros más altos funcionarios públicos, pensaran exactamente lo mismo y dijeran, exactamente también, cuanto nos atrevimos a decir en medio de la expectación y disgusto generales, al grado de haber alcanzado el honor de ser refutados en repetidas ocasiones por los más destacados redactores de uno de nuestros principales rotativos, que a últimas fechas nos ha concedido plenamente la razón. Empero, pese a los casi tres años transcurridos, el asunto no sólo no ha perdido

actualidad, sino que ahora es más actual que nunca, y cuanto dijimos entonces, resulta en este instante mucho más a propósito que ayer; pues si bien es cierto que la Universidad actual, bajo la rectoría financiera del talentoso abogado don Manuel Gómez Morín, desde el punto de vista ECONÓMICO, pronto estará maravillosamente reorganizada; en cambio, desde el punto de vista intelectual (que es lo que más debe importarle), se hallará peor que nunca; no sólo porque sigue careciendo de unidad ideológica, y de todo criterio filosófico-social que le sirva de medula, sino porque (y todo ello lo decimos más ampliamente, en el texto de esta obra) al solicitar el auxilio de la burguesía adinerada, tendrá forzosamente que servir o tolerar, directa o indirectamente, los intereses de las clases privilegiadas que la ayudan, y de este modo, nuestra flamante y AUTÓNOMA CASA DE ESTUDIOS, que no quiso hipotecar su criterio al de un Estado que lucha por la reivindicación espiritual y material de las masas, tendrá que subordinarse al capricho de la aristocracia del dinero, que es la peor y menos tolerable de las aristocracias. (1)

En tal concepto, escrito por un hombre cuya vida, en su mayor y mejor parte, ha sido devota y entusiastamente dedicada al magisterio, este libro debe ser considerado como una humildísima aportación a la resolución de varios de los problemas esenciales de la educación en México; principalmente de aquellos que atañen a los más altos planos de la cultura, en la hora actual, tanto por lo que respecta a la educación en sí, como a sus relaciones con el deber inaplazable que tenemos de hacer de la cultura, grande o pequeña, una fecunda y efectiva función colectiva.

Su objeto, pues, no puede ser más generoso; no persigue ningún fin personal; no trata de atacar a nadie en particular; si el autor, se ve precisado a ocuparse, en

(1) ¿La supresión de facultades, la fusión de escuelas, la reducción de sueldos el reajuste de empleados docentes y administrativos, en fin, toda esa labor externa podrá considerarse como la positiva REFORMA de una institución que sigue careciendo de organización filosófica; no tiene aún ningún plan de conjunto y se empeña en eludir todo concreto, todo elevado propósito social?

La universidad, la juventud, la revolución (1934)

concreto, de la Universidad Nacional Autónoma, no es en vista de las personas que dentro de ella viven, sino de la misión social, que, a nuestro juicio, debe desempeñar. Naturalmente, hay ocasiones en las que se tienen que identificar las instituciones con los individuos, sobre todo en aquellos casos en que las ideas y los ideales van desapareciendo en beneficio del crecimiento correlativo de los hombres que los desvirtúan o prostituyen. En tales circunstancias, la alusión o el ataque a éste, es inevitable; pero, aun en esos momentos, debe tenerse en cuenta que el escritor no desea herir precisamente al corruptor, sino de combatir la corrupción: no nos interesa el vicioso, lo que nos interesa es el vicio. Luchamos contra las anomalías, no contra los seres anómalos. No atacamos a los enfermos, deseamos sincera y enérgicamente, señalar el mal y hacerlo desaparecer.

Quienes den a este libro otra interpretación, serán injustos o malévolos, a menos, ¡por supuesto!, que se sientan aludidos.

Por otra parte, ocioso nos parece afirmar, ya que ello resulta casi axiomático, que la razón de este libro es precisamente nuestro amor a la juventud; pero a la juventud libre, ingenua, sana, a la juventud todavía noble, generosa, entusiasta y fuerte, o sea a la parte más reducida pero más noble de la juventud capitalina (entre la que contamos a varios de nuestros mejores discípulos) y a la mayoría de la juventud estudiosa de las provincias, de cuyo vigoroso conglomerado habrán de surgir los únicos hombres capaces de salvarnos de esta vorágine de apetitos y miserias incontentidos.

¡Sí! Ninguna esperanza más legítima: La provincia, con el sursum de Dolores Hidalgo, el pacto de Acatempan y el Congreso de Chilpancingo, nos dió la Independencia. La provincia, con Oaxaca, cuna de Juárez, y Querétaro, tumba de Maximiliano, hizo posible la Reforma. La provincia, con el Plan de San Luis, la epopeya de Puebla, y el triunfo de Ciudad Juárez, inició nuestra revolución máxima, en cuyos pendones justicieros, la provincia también, con la sangre reivindicadora de los paladines del Sur, había de escribir el evangelio de la tierra, el trabajo y la conciencia libres!...

Horacio Zúñiga Anaya. La luz Del conocimiento

¡Cómo, pues, no creer y afirmar, que, tarde o temprano, la provincia habrá de cristalizar el sublime ideal de la más alta, de la más recia, de la más honda y bella cultura, en beneficio del mayor número, como la suprema realización de la Patria; como la máxima comprensión de la humanidad!...

Las beneméritas universidades de Morelia, Nuevo León, Guadalajara, Mérida, etc., los insignes colegios de Puebla, Jalapa, Córdoba, Veracruz, Sinaloa, etc., los gloriosos institutos de Toluca, Puebla, Oaxaca, Saltillo, Guanajuato, Durango, San Luis, etc., tienen la palabra! (1)

HORACIO ZÚÑIGA

(1) Confirmando nuestras esperanzas, el C. Gobernador del Estado de Coahuila. Dr. don Jesús Valdés Sánchez, acaba de declarar, que los profesionistas pensionados, al terminar sus estudios tendrán obligación de prestar sus servicios en los lugares del Estado donde más se los necesite y en beneficio siempre del mayor número. También afirma que se hará una selección de los más aptos para resolver el problema de la concurrencia.

LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA

SIEMPRE HEMOS creído que cuando las cuestiones, de cualquier índole que sean, alcanzan su punto crítico, la única manera práctica de resolverlas es llegar, con todo valor, hasta su medula y señalar el mal, con toda decisión, para que los que puedan y deban, procuren inmediatamente remediarlo. Naturalmente, no se nos escapan los inconvenientes de tan radical procedimiento, que despierta, contra quienes se atreven a usarlo, toda clase de críticas y animadversiones, de parte de cuantos gustan del mar revuelto porque en sus aguas pescan mejor, pero tenemos entendido que el beneficio de los más, bien vale el disgusto de los menos y que, en todo caso, como decía Platón, para alentar a los abogados de las causas nobles “más vale sufrir una injusticia que cometerla”.

En tal concepto, no hemos vacilado ni un instante, en tratar con toda franqueza y resolución, uno de los puntos a debate más importantes en los últimos días; el de la Universidad y su existencia seriamente comprometida a causa de la escasez de sus recursos: escasez que no debe ser tanta, cuando, según las declaraciones del propio señor rector, publicadas en la prensa del día sábado 9 del corriente, (1) se ha podido pagar a los profesores honorarios que todavía el año pasado servían gratuitamente y se han podido elevar los sueldos del personal técnico del Instituto de Geología y del personal administrativo de la Secretaría y la Tesorería de la Universidad; amén de la costosa importación de varias figuras eminentes, que periódicamente vienen a darnos series de conferencias, muy sesudas e importantes, pero completamente desarticuladas entre sí, cuyos

(1) Junio de 1931.

beneficios no trascienden, que nosotros sepamos, más allá de ciertos círculos selectos, cuyos felices iniciados pueden, de tal modo, darse el aristocrático placer de disponer, de cuando en cuando, de catedráticos magníficos que satisfacen su elevada sed de perfección, con el dinero que proviene de un pueblo hasta cuyas clases trabajadores y desvalidas, no llega nunca ni un fulgor de las lumbreras tan dispendiosamente pagadas.

Pues bien, desde luego preguntémosnos: ¿Nuestra Universidad es realmente una universidad? Veámoslo: Si por universidad se entiende, la simple reunión de varias oficinas (correspondientes, cada una de ellas, a una Escuela) en un mismo edificio; una especie de suma o concentración de direcciones y secretarías parciales (Medicina, Ingenieros, etc.) que trabajan, mecánica, burocrática, en fin, oficinescamente, bajo el imperio, mandato, consejo o vigilancia de un alto mando común que se llama Rectoría; si a la simple colección de “facultades” reunidas bajo el mismo título pero desligadas de todo pensamiento, acción y finalidad debida y precisamente coordinados, es a lo que se llama Universidad en México, sin duda alguna, existe una Universidad y lo que es mejor aún, una UNIVERSIDAD AUTÓNOMA, que NADA MÁS DEPENDE ECONÓMICAMENTE DEL GOBIERNO, y NACIONAL, por añadidura, no obstante que por hallarse restringida a nuestra metrópoli, y ser, por ende, irremediable cosmopolita, nada tenga, ni nada pueda tener de nacional; ya que las ciencias son universales y universales sus fines, a menos que se tenga, y es precisamente lo que nuestra Universidad no tiene, una finalidad social típica, que aproveche en beneficio propio las enseñanzas generales; aplique al estudio y explotación de lo nuestro la técnica adquirida y devuelva al conglomerado, en servicios prácticos, no en hueras palabrerías ni en inútiles especulaciones, lo que el conglomerado le dió en positivos subsidios económicos.

Empero, si por Universidad entendemos, todo centro de cultura superior (conservaremos este término en su frecuente acepción universitaria), en el que, sabiamente organizados, se coordinan todos los conocimientos humanos,

La universidad, la juventud, la revolución (1934)

conforme a un plan determinado y en vista de un fin común (que no debe ser más que el fin del bienestar social), para hacerlos llegar, a través de las conciencias especializadas, hasta la conciencia colectiva; si la Universidad es el organismo que asimila la medula superior del mundo, para entregar el mundo como razón, como pensamiento y suprema sensibilidad y como utilidad mediata e inmediata al espíritu y a la carne del pueblo. Si esto se tiene por Universidad, de acuerdo con el contenido espiritual y con la realidad moral de estas instituciones “que siempre acogían a todos para que discutiesen de todo, y para que entre sí se enseñasen y sirviesen los unos a los otros” (Reclus, Lavisse, Taine, Oncken, Seignobos, etc., hasta Gasset y Viamonte). Si esto entendemos por universidad, honrada y resueltamente, habremos de concluir que todavía no tenemos universidad; lo cual, entre paréntesis, no debe preocuparnos mucho, puesto que, “la colección de facultades” que hoy existe con tal nombre, fue, con muy pequeñas diferencias, la misma colección de escuelas que funcionó durante muchos años hasta el de 1910 en que don Justo Sierra inauguró con un célebre discurso, la nueva flamante Universidad; colección de escuelas que, sin haberse llamado hasta ese día, de un modo tan pomposo, fue el fecundo solar de varios de los intelectos más fuertes, más brillantes y más puros del país.

Sin embargo, en vista de que hay muchas personas que toman en serio la existencia de la Universidad, ningún inconveniente tendremos en aceptar que existe, hecho lo cual, pasaremos a este otro punto: ¿La Universidad Nacional Autónoma, cumple con su misión, para merecer realmente el subsidio que se le ha asignado y para que deba aspirar todavía a un subsidio mayor? ¡Tampoco! En efecto. ¿Cuál es el beneficio que recibe la gran masa social, que, en su carácter de tributaria del Estado, la sostiene, de esa incansable fábrica de abogados, ingenieros, médicos, eruditos, sabios, filósofos, oradores, conferencistas, etc., etc., muchos de los cuales (la inmensa mayoría de mediocres y fracasados), acaban por crear un nuevo y angustioso problema, al engrosar, las ya apretadas falanges de presupuestívoros? ¿Los abogados recibidos en la capital, van después a devolver

el esfuerzo de los suyos, litigando en favor de los desheredados y defendiendo la causa de los humildes? ¡Imposible!, procuran siempre ser los patronos de los que más tienen, porque son los que mejor les pagan; y cuanto más valoren o sea cuanto mejor pueden hacerse pagar, con mayor razón se quedan en la metrópoli; marchándose a las provincias, únicamente los maletas, bien para sorprender a los tontos, o bien para roer cualquier modesto hueso burocrático. ¿Y los médicos? ¡Lo mismo! Frecuentemente la prensa lanza llamadas angustiosas, para que nuestros flamantes galenos se dignen plantar su tienda, en tantos lugares de la República, donde todavía se vive bajo la égida de la bruja y a merced del curandero. Nuestros médicos, también, sólo quieren vivir en la capital, y únicamente los que nada valen se arriesgan a correr la legua por las ciudades de menos importancia. Claro que esto no quiere decir, que en las provincias deje de haber, con no poca frecuencia profesionistas, tan buenos como en la metrópoli, pero, o bien constituyen prestigiosas excepciones, o bien se trata de personas que hicieron sus estudios en el propio lugar y que, por lo tanto, en él tienen arraigo, afecto y relaciones. Del ingeniero podría decirse algo semejante, puesto que su profesión depende del capital del constructor y éste, o bien es el ricachón de pueblo o más frecuentemente, es el nuevo rico de la capital, o por fin es la gran empresa (casi siempre extranjera), o el Estado, únicos capaces de emprender obras de importancia. Pero en todo caso, el ingeniero, lo mismo que el médico, igual que el abogado hechos en la Universidad Nacional Autónoma de la capital (del bachiller no nos ocupamos puesto que es un simple meritorio de profesionista y la antes gloriosa Escuela Preparatoria, es hoy por hoy una burguesa antesala de la profesional), no sirven nunca a la inmensa mayoría de los obreros del taller y del campo, que es la que paga, real y efectivamente, sus estudios, y es hasta la que nunca llegan los beneficios de esos estudiantes tan caramente pagados.

¿Esto es justo? ¿Esto es, no digamos honrado, pero siquiera humanitario? ¡De ninguna manera! Y si no, pensemos un momento en la enojosa desigualdad de condiciones en que viven la inmensa muchedumbre de trabajadores que

La universidad, la juventud, la revolución (1934)

hacen posible la existencia económica de la Universidad, y la gran mayoría de la bien comida, bien vestida y bien divertida población universitaria. ¡La cosa alcanza proporciones increíbles! ¡Cómo, cómo es posible que mientras hasta los mismos niños de los labriegos, hasta los pobres pastores y gañancillos, viven casi como perros, pero se ganan el diario sustento, trabajando brava y resignadamente de sol a sol, aquí en el corazón de la urbe, millares de muchachos de pelo rizado, manos manicuradas, cinturas de avispa, labios pintados y pestañas artificiales, llenan los salones de baile, los cines, los billares, los cabarets y entretienen sus ocios elegantes en los cafés, cuando no se deleitan alejandrínamente, escuchando las almibaradas o eruditas necedades de sus oradores-bailarinas, que discurren sutilmente acerca del indispensable Gracian o del no menos indispensable Ortega y Gasset!... No obstante, se nos dirá, la Universidad constituye la cúspide suprema de la cultura del país y aunque fuese una institución decorativa, es una institución indispensable, para el prestigio nacional. ¡Nada de eso! En primer lugar, más de censurable que de plausible tendría el hecho de que un país de industria, comercio y agricultura, en formación; es decir, que un país casi desnudo, sin casa y sin sustento (apenas de unos cuantos años data de reivindicación material y moral de nuestro pueblo), se diese el estúpido gusto de abrigarse las carnes flácidas, con una flamante pero ridícula levita académica. Y en segundo lugar, no creemos que pueda considerarse como la cúspide suprema de la cultura de un país una institución que carece de unidad funcional trascendente; que no tiene programa definido y EFECTIVO; que vive ayuna de organización no material, sino espiritual; que no ha sabido, o no ha querido, o no ha podido coordinar el funcionamiento y el objeto de sus diversas facultades; que tiene un criterio, positivista unas veces, otras espiritualista, otras racionalista crítico u integral, etc., que en ocasiones es utilitaria y en ocasiones nazarena; que un día es reaccionaria y otra jacobina; cuyos catedráticos, salvo muy dignas excepciones, son más profesores que maestros; más eruditos que cultos; más simuladores de sabiduría que sabios en realidad; más críticos que orientadores etc., (sobre todo

en la Preparatoria), y cuyos alumnos, son más pedantes, leguleyos, holgazanes, escépticos e indiferentes, que estudiantes noblemente intencionados, puros de conciencia, limpios de corazón y claros de espíritu. ¡La prueba más palpable y más reciente de la ineficacia de la Universidad como centro cultural, es que la misma juventud universitaria ha tenido que organizar una serie de conferencias, echando mano hasta de ex Ministros de rufianes y patronos de delincuentes, para pedir a gritos UNA ORIENTACIÓN; esa orientación, precisamente, que la flamante Universidad, pese a todos los sabios, filósofos y apóstoles con que cuenta, no ha podido darle! ¿Podrá ir a alguna parte una institución que no sabe ni ella misma a dónde va?

A mayor abundamiento, por ventura o por desventura, mejor dicho, el máximo exponente de la Universidad Autónoma, ¿no es un elocuente filósofo que públicamente se ha declarado ecléctico a la manera de Víctor Cousin, es decir: un espíritu en quien se cruzan todos los caminos pero que no tiene ninguno; y que tras de haber vapuleado lindamente a los normalistas y haber aceptado, poco después, honrar las nóminas de la Normal, con su firma, acaba de dar en estos días una prueba fehaciente de su cordura y humildad filosóficas, publicando un libro de versos, digno de esa otra universitaria cuestión del latín, vieja según el decir de Le Bon en más de 50 años y definitivamente agotada entre nosotros, desde el memorable día (13 de septiembre de 1902) en que uno de nuestros más grandes educadores, el glorioso Maestro Sierra, dijera en público las siguientes doctas palabras: "...La otra objeción se dirige a la supresión de la enseñanza de las lenguas muertas, es decir, del latín, porque ni el griego ni el sánscrito, lenguas fundamentales por excelencia, se han enseñado nunca. Si la objeción quiere decir que el latín es indispensable como preparación para alguna de las carreras profesionales, la de abogado, por ejemplo, esto no es cierto, y acaba de proclamarse así en Francia, en donde las dos preparaciones la clásica con latín y la moderna sin él, valen igualmente para seguir los estudios jurídicos. Precisamente ahora que se ha definido entre nosotros la carrera de abogado como utilitaria y no de alta

especulación científica, es cuando menos se necesita el latín. Y la verdad es que para el latín que sabemos, con muy honrosas excepciones, los viejos abogados y que consiste en unos cuantos apotegmas aprendidos de memoria, no vale la pena de quitar el tiempo a los muchachos, a quienes es ya difícil hacer aprender bien su idioma; sobre todo, no se hizo más que testificar un hecho consumado: EL LATÍN HABÍA MUERTO DE INANICIÓN ANTES DE MORIR EN LA LEY”.

Más, para que no se nos tache de parciales o apasionados, a continuación, y como fin de este artículo y corolario de cuanto hemos dicho, reproducimos varios de los párrafos más interesantes de la conferencia, que el eminente pensador Carlos Sánchez Viamonte, sustentara, nada menos que en la Universidad de Montevideo, con motivo del Congreso Bolivariano. Helos aquí:

“Sin renunciar del todo a la reforma de las universidades oficiales (1) inyectándoles, siempre que podamos la savia efervescente de la vida nueva, deberíamos crear la nueva universidad, o, mejor dicho, restaurar la más antigua universidad conocida, la universidad libre orientada y dirigida por verdaderos maestros, en la que vuelva a haber Maestros no profesores rentados —y en la que vuelva a haber Discípulos— no alumnos ansiosos de obtener un título profesional “Alguna vez he pensado que, si reapareciese en este siglo y entre nosotros un discípulo de Pitágoras o Platón, se quedaría sin comprender este nuevo empeño, de convertir las escuelas profesionales del Estado en emporios de cultura superior...” “Mi experiencia de alumno y de profesor me autoriza a declarar que el noventa por ciento de los estudiantes sólo se interesa por la obtención de un título profesional sin adquirir más que un simple barniz de cultura, indispensable para el mantenimiento del decoro universitario, como, así mismo, que el diez por ciento restante, se distingue y destaca luego, por lo ha estudiado y aprendido fuera de la universidad”.

(1). -Es verdad que podrá objetarse que nuestra Universidad no es oficial sino autónoma, pero nadie podrá negar, que merece, como ninguna, la formidable catilinaria de Sánchez Viamonte.

“Si la universidad oficial no es capaz de reformarse, dejémosle de una vez por todas, un papel de organismo burocrático expedidor de diplomas y su función de impartir el conocimiento técnico para ejercer profesiones u oficios. En lugar de perder nuestro tiempo reformándola. Creemos otro organismo espontáneo y desinteresado que nazca de nuestra iniciativa cordial; que reciba el calor de nuestra sangre joven; que lleve el sello de nuestra espiritualidad, y que ponga a prueba, en esta hora histórica, la verdadera eficacia de nuestro dinamismo renovador y constructivo”.

“Dejemos librada a las universidades oficiales, la tarea de formar ingenieros, médicos, abogados, etc., mas disputémosles de frente, la altísima misión de formar hombres, de formar grandes hombres. Dejemos a las universidades oficiales la tarea pedestre y exigua de enseñar la ley; mas disputémosles la misión de rectificarla en nombre de la justicia, sin contemplar los particulares intereses creados que traban el libre juego de la voluntad social. Dejemos a las universidades el triste privilegio de enseñar la ética en los libros; mas disputémosles la misión de enseñarla en la vida, en el amplio escenario de la vida. Dejémoslas impartir el saber dosificado y lastrado burguesamente; mas disputémosles la orientación de la cultura puesta al servicio de la sociedad y penetrado su íntimo sentido. Dejémosles la multitud anónima, dispuesta, de antemano, a marcar el paso, con la renuncia anticipada de su personalidad; mas disputémosles los altos espíritus y los grandes caracteres. Dejémosles la masa amorfa de los inscriptos por obligación y por interés; ¡mas disputémosles, ¡por último a todos los que busquen un ambiente homogéneo de labor cordial, de solidaridad activa y efectiva y de fecundo amor!”.

“Por ahora, enarbolemos el estandarte de la cultura frente a la universidad y contra la universidad, la dictadura y el imperialismo, huirán a nuestro paso como dos sombras!”.

LA UNIVERSIDAD FUTURA

SEÑALADOS ya en nuestro anterior artículo, publicado en este periódico los días 18 y 19 de junio, los defectos de organización y los vicios de funcionamiento de la oficialmente llamada Universidad Nacional Autónoma, así como las enormes deficiencias de los elementos que la constituyen, procuraremos abarcar ahora, en su esencia y conjunto, el problema vital de esa institución, para ver de ofrecer o de apuntar siquiera las soluciones a que haya de recurrirse, sea para definir de una vez por todas el papel decorativo y parasitario del pomposamente llamado centro de cultura máxima del país; o bien para sustraerlo del plano artificial en que se encuentra y colocarlo sobre el firme terreno de una realidad que debe condicionar inevitablemente la vida, razón y objeto de esa, hoy por hoy, arcaica, ostentosa y caduca colección de facultades.

Dicho problema es, en nuestro humilde concepto, de dos órdenes: De orden económico-social y de orden ético-filosófico. Es de orden económico-social porque nuestra flamante institución vive absurda y olímpicamente alejada de los problemas económico-sociales de nuestro medio y nuestro instante. Porque su naturaleza, casi puramente especulativa, nada tiene que ver con las urgencias inaplazables de un pueblo cuyas condiciones de vida son angustiosamente precarias. Porque fabrica eruditos en vez de técnicos: decidores en vez de hacedores; zánganos disimulados en lugar de hombres útiles; porque con el subsidio que recibe y que procede de una inmensa mayoría de casi analfabetos y poco menos que parias del surco y del taller, no forma voluntades, ni educa inteligencias capaces de servir efectivamente a la gran masa social, hasta la que no llegan más que los últimos despojos de una justicia desmedrada y las últimas migajas de una ciencia corrompida. Porque los dineros que despilfarra en prender a miles de parásitos superiores su etiqueta de abogado,

médico, etcétera, sólo sirven para poner a estos privilegiados en mejores condiciones de explotar a sus semejantes, en vez de prepararlos para servirlo (1). Porque, sin estudiar previamente las necesidades del medio (la demanda del mercado podríamos decir), produce, desatentadamente profesionistas y más profesionistas, hasta inundarnos con una mercancía, tan abundante que, no pudiendo encontrar salida por la vía recta y lógica, o sea por medio del noble ejercicio de la profesión, tiene que echar mano de recursos más o menos lícitos (la empleomanía, la charlatanería, la política, etc.) para poder encontrar aceptación en una plaza materialmente congestionada de “declassés”, holgazanes elegantes y “destripados” de todos tamaños y categorías. (A este propósito léase el vigoroso editorial de EL UNIVERSAL del 3 este mes, intitulado “Un Grave Problema Educativo”). En fin, porque contrariando el principio bio-fisiológico de que la necesidad suscita la función y ésta crea el órgano, nuestra Universidad crea primero el órgano (abogado, médico, etc.) para que después, éste, urgido por sus ambiciones, trate de crear artificialmente una necesidad social, que es, ¡naturalmente!, la que corresponde a la actividad de la profesión respectiva. Por esto, porque no pone un generoso concepto de sus responsabilidades económicas, en estos momentos en que nadie debe mantenerse ocioso; en que toda acción humana debe inspirarse en la utilidad del mayor número; porque carece de una finalidad social sistemática y sistematizada; porque se mantiene absolutamente ajena a todo servicio económico colectivo, y porque la alta ciencia que imparte jamás hace llegar sus beneficios hasta los que con su duro trabajo cotidiano son los que realmente pagan a su brillante pléyade de sabios importados y de conferencistas, doctores, maestros y guías de la juventud propios; por todo ello, el problema de la Universidad Autónoma es, primordialmente, de orden económico social.

(1) Según las públicas declaraciones del propio Rector, lo que importa al erario la educación de cada alumno de Veterinaria, Arquitectura, Educación Física, Ciencias Químicas y Odontología, es respectivamente, \$1,897, \$1,096 \$4,785, \$690 y \$499. ¡Y conste que estas carreras cuestan menos que las de médico y abogado.

La universidad, la juventud, la revolución (1934)

A este respecto, nada más preciso ni contundente que la siguiente síntesis, admirablemente aplicable al caso, debida a ese enorme pensador del Sur a quien las verdaderamente jóvenes generaciones de hoy han proclamado su maestro: nos referimos a José Carlos Mariátegui, cuyos valientes conceptos reproducimos a continuación:

“La definición del problema de la educación pública debe concretarse en los siguientes términos: 1.– El problema educacional no es sino una de las fases del problema social; por ello no puede ser solucionado aisladamente. 2.– La cultura de toda sociedad es la expresión ideológica de los intereses de las clases dominantes. La cultura de la sociedad actual es, por lo tanto, la expresión ideológica de los intereses de la clase capitalista. 3.– La última guerra imperialista –la guerra europea– rompiendo el equilibrio de la economía burguesa, ha puesto en crisis su cultura correlativa. 4.– Esta crisis sólo puede superarse con el advenimiento de una cultura socialista.

El problema de la enseñanza no puede ser bien comprendido en nuestro tiempo si no es considerado como un problema económico y como un problema social. El error de muchos reformadores ha estado en su método abstractamente idealista, en su doctrina exclusivamente pedagógica. Sus proyectos han ignorado el íntimo engranaje que hay entre la economía y la enseñanza y han pretendido modificar ésta sin conocer las leyes de aquélla. Por ende, no han acertado a reformar nada sino en la medida que las menospreciadas, o simplemente ignoradas leyes económico-sociales les han consentido. El debate entre CLÁSICOS Y MODERNOS en la enseñanza no ha estado menos regido por el ritmo del desarrollo capitalista, que el debate entre CONSERVADORES Y LIBERALES en la política. Los programas y los sistemas de educación pública en la edad que ahora declina han dependido de los intereses de la economía burguesa. La orientación realista o moderna ha sido impuesta, ante todo, por las necesidades del industrialismo. No en balde el industrialismo es el fenómeno peculiar y substantivo de esta civilización que, dominada por sus consecuencias,

reclama de la escuela más técnicos que ideólogos y más ingenieros que doctores en filosofía”.

“La orientación anticientífica y antieconómica, en el debate de la enseñanza, pretende representar un idealismo superior; pero se trata de una metafísica de reaccionarios, opuesta y extraña a la dirección de la historia y que, por consiguiente, carece de todo valor concreto como fuerza de renovación y elevación humanas, los abogados y literatos procedentes de las aulas de humanidades, preparados por una enseñanza retórica, pseudo-idealista, han sido siempre mucho más inmorales que los técnicos provenientes de las facultades e institutos de ciencias, y la actividad práctica y teórica o estética de estos últimos ha seguido el rumbo de la economía y de la civilización, mientras que la actividad práctica, teórica o estética de los primeros lo ha contrastado frecuentemente, al influjo de los más vulgares intereses o sentimientos conservadores. esto aparte de que el valor de la ciencia como estímulo de la especulación filosófica no puede ser desconocido ni subestimado. La atmósfera de ideas de esta civilización se debe a la ciencia mucho más seguramente que a las humanidades.

La solidaridad de la economía y la educación se revela concretamente en las ideas de los educadores que verdaderamente se han propuesto renovar la escuela. Pestalozzi, Froebel etc., que han trabajado realmente por una renovación, han tenido en cuenta que la sociedad moderna tiende a ser fundamentalmente una sociedad de productores. La escuela del trabajo representa un sentido nuevo de la enseñanza. un principio peculiar de una civilización de trabajadores. El Estado Capitalista se ha guardado de adoptarlo y actuarlo plenamente. Se ha limitado a incorporar en la enseñanza primaria (enseñanza de clase) el trabajo manual educativo.

Y la reforma más substancial ha brotado así en el campo de la enseñanza primaria, mientras que dominadas por el espíritu conservador de sus rectores, la enseñanza secundaria (2) y la universitaria constituyen aún un terreno poco

(2) Por fortuna la Escuela Secundaria que comenzó siendo entre nosotros una caricatura de la High School, es actualmente, por sus finalidades de vulgarización científica sin pretensiones de alta especulación, una institución eminentemente popular y democrática.

propicio a todo intento de renovación radical y poco sensible a la nueva realidad económica.

“Un concepto moderno de la escuela coloca en la misma categoría el trabajo manual y el trabajo intelectual. La vanidad de los rancios humanistas, alimentada de romanismo y aristocratismo, no puede avenirse con esta nivelación, en oposición a las ideas de los hombres de letras, la escuela del trabajo es un producto genuino, una concepción fundamental de una civilización creada por el trabajo y para el trabajo”.

Todo esto, en cuanto se refiere a la parte económico-social del problema universitario, que en lo que corresponde a la parte ético-filosófica del mismo, la evidencia es todavía mayor, porque las “doctrinas filosóficas”, porque “las filosofías” que enseñan sus profesores (casi siempre mecánicos aunque brillantes repetidores de ideas ajenas) únicamente sirven para fabricar petulantes, eruditos, fatuos, sofistas, discutidores, casuísticas, tautólogos, “poseurs”, etc., tan decorativos cuanto inútiles e insubstanciales) pero jamás para formar hombres que procedan filosóficamente; que no sepan mucha filosofía, ni muchas “filosofías,” sino que practiquen una sola, una siquiera: la de la bondad, por ejemplo, o la de la justicia, o la de la humildad, o la del desinterés. Es decir, porque sus recitadores y declamadores de bellas y profundas y abstrusas cosas, son incapaces de forjar espíritus que practiquen, que amen, que vivan una por lo menos, de tan altas fórmulas del vivir y del ser. Porque nuestra flamante universidad, por medio de sus altos institutos de supercultura, se limita a entregar, a cuantos forma, o deforma, mejor dicho, las mismas brillantes armas con que, en nombre de los ideales más levantados, de las teorías más sublimes y de los postulados más puros, han de abrirse paso, para alcanzar su exclusivo bienestar, a través de la inmensa muchedumbre de los pobres que los sostienen, de los bobos que los aplauden y de los mediocres, indiferentes o escépticos que los toleran. En fin, porque hasta el propio desfile retrospectivo de los grandes maestros de la conducta, de los esforzados paladines de la acción superior, filósofos de verdad,

verdaderos apóstoles, supremos profesores de energía, máximos mentores de la voluntad desnuda de ambición, de la inteligencia huérfana de mezquino interés, que son los únicos catedráticos, real y efectivamente humanos de la filosofía y la moral, no llega nunca más allá de las pupilas ávidas solamente de espejismos falaces y perspectivas engañosas.

Precisamente, aludiendo al mismo mal, hace seis años, escribíamos las siguientes palabras: “No son los libros, ni las escuelas, ni los gimnasios, los que faltan a esta juventud corrompida, irresoluta y abúlica, sino elevados conceptos de la vida, de la patria, y de ella misma, y sobre todo una clara conciencia de su ineludible responsabilidad moral”.

“Sin ésto, sin supremas finalidades, sin salvadoras ideas-fuerzas, proyecciones télicas, precisos derroteros y nobles y firmes voluntades; sin más altas concepciones individuales y colectivas; sin esperanzas redentoras, entusiasmos generosos y anhelos sublimes y sin un arcano sentido del bien y de la virtud, ¡oh Sócrates!, ¡oh Guyeau!, la juventud estudiosa no hará, no podrá hacer otra cosa que repetir lecciones cuyo rayo de luz jamás llegará hasta su corazón; cuya nobilísima miel hiblea no se filtrará nunca en esos divinos rincones del ser, donde duermen los gérmenes del heroísmo, del apostolado, de la misericordia y de la caridad. Los libros a secas, aun los más grandes, sin fervorosa preparación psíquica, sin nobles conciencias ingenuamente sedientas que los abreen; todas las bibliotecas del mundo, por sí solas, únicamente son capaces de hacer pedantes, eruditos atiborrados de citas e intoxicados de doctrinas; polillas académicas, momias científicas; profesionales ávidos, intrigantes o indiferentes parásitos acomodaticios, agitadores de plazuela, sabios de gabinete, artistas de salón, gobernantes de casualidad o de revuelta, burócratas serviles, funcionarios mediocres, diplomáticos de opereta y ciudadanos, simples ciudadanos que todo lo saben, todo lo pueden, en todo se meten y todo lo echan a perder”.

“¡No!, seamos sinceros: la instrucción, la educación, la cultura, no son fines, son simplemente medios para alcanzar el supremo fin de la vida que es vivir en

conciencia, en salud, en belleza, y, sobre todo, en amor: en amor a lo más bueno, a lo más justo, a lo más alto. Si no procuramos inculcar este elemental principio en la conciencia perturbada de las generaciones jóvenes, todo será en vano; todo, absolutamente todo se habrá perdido.”

“Fuertes, sanos, instruídos; cultos hasta el refinamiento, si no tienen un centro de gravedad moral que haga posible el equilibrio de las urgencias biológicas y los nobles desintereses, los estudiantes del porvenir, los estudiantes de mañana, peores que los estudiantes de ayer y de hoy, que todavía tenían y algunos de los cuales todavía tienen anhelos generosos y concepciones más altos de la vida, con la avidez de afirmarse desenvuelta al compás del crecimiento vital, seguirán arrasando a la Patria por todas las ignominias, entre puñetazos de pependencias, bailes clásicos, canciones mexicanas y brillantes citas de sabios, filósofos y pensadores”.


“¿Fortaleza física? ¡No!... ¿Fortaleza intelectual? ¡Tampoco!... ¿Fortaleza moral, fortaleza moral, es lo que nos falta! La eterna frase del maestro Sierra, se ha transformado; el pueblo ahora, resuelto al fin o empezado a resolverse el problema de su economía, ya no sólo tiene hambre y sed de justicia, ahora tiene hambre y sed de bondad!”.

Tales, en nuestro humilde concepto, los términos esenciales del formidable problema de la Universidad. ¿Qué debe hacer para resolverlo? Cualquiera de estas tres cosas: 1ª Solidarizarse abierta y definitivamente con el Gobierno que la sostiene y cuyo ideal revolucionario (económico, social y moral) tiene que ser el suyo, so pena de pretender vivir contra la misma entidad que la paga y de constituir el último y el más brillante y criminal reducto de un pasado ya definitivamente vencido. 2ª Declararse virilmente contra el Gobierno, renunciando al subsidio que le ha asignado y resolviéndose a vivir en una atmósfera metafísica, muy por encima de un medio político-económico-social, al que no ha querido, sabido o podido comprender, bajo el coro de unos cuantos bien aventurados humanistas y entre un perfume embriagador de recíprocas alabanzas. O, 3ª Buscar un término de transición, en el que, conservando cierta

independencia funcional, colabore con el Estado en sus altos propósitos reivindicadores y haga que las conquistas de la revolución económico-social, penetren hasta el parnaso de las más selectas escuelas y transforme radical y generosamente, la naturaleza y fines de la alta cultura, para que de esa suerte el pueblo reciba como belleza, sabiduría y bondad, lo que entregó como fruto de su trabajo cotidiano y de su diario sacrificio. ¡De este modo, el pueblo no sería ya un abismo de dolor abierto a los flancos de la montaña de luz de la Universidad de los elegidos; sino que se transformaría en la ancha y ubérrima llanura, a la que arrojaría sus auroras y en la que vertería sus aguas fecundantes, la noble eminencia de la Universidad futura, alerta, arriba, a todos los mensajes de los dioses, pero sensible, abajo, a todos los latidos de la tierra y a todas las necesidades y a todos los anhelos de los hombres!

¿Cuál de estas soluciones adoptará la juventud? A ella le toca responder, pero no con censuras hechas al amparo de las aulas, no con ruines y cobardes críticas comadreras, no, en fin, con la pasión que ciega, sino con la generosidad que comprende. —¡Comprender es perdonar, como decía Neuman!— A ella le toca responder más que con palabras con acciones e independientemente del juicio anquilosado de esos catedráticos que, con la misma desfachatez con que ostentaban ayer el bonete negro, ostentan hoy el gorro frigio. El ejemplo de las juventudes del Sur, que se han agrupado a la sombra de las banderas de Viamonte y Mariátegui, debe ser imitado por nuestras legiones juveniles. Y deben hacerlo cuanto antes, inmediatamente, ahora mismo, antes que las sorprenda el porvenir arrodilladas junto al pasado y escuchando alejandrínamente, series y más series de conferencias orientadoras, en la misma actitud decorativa, elegante y ridícula, de aquellos sutiles doctores bizantinos, que entretenían sus dilectos ocios, discutiendo el problema de la luz increada mientras Mahomet II golpeaba con el puño de hierro de su alfanje, las puertas de oro de Constantinopla!...

LA CRISIS ECONÓMICA DE LA UNIVERSIDAD

OR FIN, abandonando la casuística discusión del problema de la Universidad, que acaba de ser objeto del más profundo examen de sus más ilustres doctores en ciencias, letras y filosofía, quienes precisamente llegaron a las conclusiones del autor de estas líneas, expuestas con dos meses de anticipación en sus artículos: “La Universidad Nacional Autónoma” y “La Universidad Futura” (“El Universal,” ediciones del 18 y del 19 de junio y del 8 y el 9 de julio del presente año), (1) el culto y dinámico presidente de la Federación de Estudiantes, inspirado en el más noble de los propósitos y convencido seguramente de que con el procedimiento oratorio nada habría de conseguirse, como no fuese la satisfacción de unas cuantas vanidades o el surgimientos de otros cuantos valores didáctico-tribunicios, decidióse al cabo por HACER algo, y lo que es mejor aún, ALGO EFECTIVO, ALGO PRÁCTICO, que evidentemente es lo mejor, porque puede optarse, en esta obra bizantina en que la juventud, en fuerza de preguntar y preguntarse a sí misma adónde debe ir, va a acabar por no ir a ninguna parte, crucificando su fecunda inquietud en medio de una suerte de encrucijada de ideas, opciones y palabras.

En efecto, el distinguido estudiante a quien nos referimos o para ser más justos, la institución estudiantil que él tan dignamente dirige, reduciendo, de este modo, todo el complejo problema de la Universidad, a un escueto esquema económico, acaba de resolver se emprenda, desde luego, una enérgica campaña para que cuantos profesionistas hayan salido de las ilustres aulas

(1) 1931.

universitarias, contribuyan con una cuota (todavía no sabemos si obligatoria o voluntaria, fija o a elección del contribuyente), al sostenimiento de la institución que los puso en condiciones de vivir con más o menos cierta dignidad y desahogo.

Naturalmente, a primera vista, nada parece más justo ni más noble, puesto que, si la Universidad formó a nuestras innumerables legiones de médicos, ingenieros, abogados, etc., etc., y si a ella le costó la manufactura de tantos y tan útiles instrumentos de mejoramiento social, es de rudimentaria gratitud que se le paguen después a la Universidad sus valiosos servicios; del mismo modo que pagamos, con créditos, y todo, cualquier deuda a plazos, y de idéntica manera que, con el socorrido sistema de abonos fáciles, saldamos el importe, lo mismo de la radiola último modelo, que de la cursi y diminuta casita de moda.

Empero, tan generosa resolución del problema universitario, además de que, según ya indicamos, únicamente se refiere al punto de vista económico, vital, pero no único, de la misma, adolece de otros graves errores, acerca de los cuales, con la sinceridad de siempre, vamos a exponer lo siguiente:

1°.—No es verdad que sea la Universidad la que erogue los gastos que importa la formación de los profesionistas educados en sus aulas: esos gastos los eroga el Gobierno, que es el que, en una u otra forma, ha pagado siempre a la Universidad, y si se estima que el Gobierno a su vez, no es otra cosa que el organismo directriz del pueblo o el pueblo, desde su punto de vista político-jurídico; o la expresión política, político-económica, o político-social (Ihering, Jellineck, Duguit) del Estado, etc., etcétera, tendremos forzosamente que concluir, que no ha sido la Universidad, sino el pueblo, por medio del Gobierno, el que ha pagado a la Universidad, la educación de los profesionistas.

2°—Siendo la Universidad el instrumento educativo o cultural de que se vale el pueblo, para proporcionarse los elementos suficientemente preparados, que necesita para vivir una vida consciente superior y para realizar íntegramente su

La universidad, la juventud, la revolución (1934)

existencia, como cultura y como civilización, no es precisamente a la Universidad a la que debe pagarse un servicio del que sólo es mediadora, sino al pueblo, que es de donde toma el Gobierno los recursos que entrega a la Universidad, para que cubra, lo repetimos, el importe de la educación del profesionista.

3°—La única manera de que el universitario devuelva al pueblo el dinero con que el pueblo, a través de Universidad por él pagada, lo formó, es emprendiendo una eficaz y desinteresada labor de extensión educativa, y sobre todo, por medio de la socialización de las profesiones y de la prestación, si no gratuita (aunque así deba hacerse en los casos extremos) sí más moderna, más humana, dijéramos mejor, de los servicios profesionales; y no nada más a los ricos y a los acomodados, sino a todos cuantos hayan menester de la intervención del profesionista, así sea éste una verdadera celebridad.

Naturalmente que, para esto, sería preciso un desplazamiento, hacia todos los rumbos del país, de tantos y tantos médicos, abogados, etc., como viven materialmente amontonados en la Capital de la República y en las capitales de los Estados.

4°—El sistema preconizado por la Federación de Estudiantes, o sea el de que los universitarios se comprometan a pagar, a posteriori, su educación, no al pueblo, en sus servicios, sino a la Universidad, en dinero, transformaría a la Universidad, de una institución del pueblo, como lo es por la fuente económica de que se nutre, aunque no lo sea por sus finalidades ético-filosófico-intelectuales, en una institución de clase, o más propiamente, en una institución de secta: la de los profesionistas o universitarios, que tendrían entonces derecho a responder a cuantos les reclamasen por el abuso de su ejercicio profesional: ¿El pueblo, el bien social?— ; A mí qué me importa todo eso, quien me formó fue la Universidad y a ella le estoy pagando la instrucción que me dio por medio de mi cuota mensual correspondiente!...

En este caso y para que resultara completa la cosa, convendría que la Universidad se independizara en absoluto del Gobierno.... Así ya no podría exigírsele

ningún servicio social y, además, podría cobrar sus cuotas con mayor razón y eficacia (1).

Y 5°—Es absurdo y por otra parte inútil, inyectar vida artificial a una institución que agoniza, por la sencilla razón de que ella misma se está suicidando, al pretender vivir lejos de su tiempo y de su medio; al tratar, a toda costa, de producir más profesionistas de los que la sociedad necesita; al albergar a una tan numerosa cuanto innecesaria pléyade de sabios, mientras en las goteras mismas de la capital hay seres que todavía no saben leer y que casi no tienen donde vivir; al tratar de cerrar los ojos ante el pavoroso problema del instante que nos está gritando con la elocuencia avasalladora de los hechos, que hay que suprimir a los parásitos, sean y encuéntrense donde se encuentren; hay que simplificar la vida hasta donde sea posible, por supuesto sin degradarla; que hay que huir del esplendor de las retóricas para comprender mejor los problemas del alma; que hay que dejar los liceos y acudir a los campos; que hay que trabajar, sin avergonzarse de la índole de trabajo que sea; trabajar no únicamente en la que halague nuestra vanidad y llene nuestro bolsillo, sino en todo aquello que redunde al par en beneficio propio y en beneficio ajeno; y sobre todo, que hay que someterse, alegre, generosa y noblemente, a la tácita voluntad del pueblo que si creyese, que si intuyese, que si presintiese al menos que la Universidad era condición esencial, primordial de su vida, no habría vacilado un instante en prestarle todo su apoyo,

(1) Actualmente (año de 1933), el dinámico Rector Financiero de la Universidad, Lic. Gómez Morín, ha recurrido a otro procedimiento más eficaz para arbitrarse fondos, y es el de utilizar sus relaciones con la Banca y las altas empresas industriales y comerciales del país, para allegarse cuantiosos donativos. Esto resulta peor que la contribución fijada a los universitarios por los estudiantes; pues si en el primer caso, la Universidad resultaba una Institución de casta, pero de una casta al fin ilustrada y de cierta ética social, con el sistema del actual Rector, acabará por convertirse en una Institución esclava del rico o del burgués adinerado, al que por la más rudimentaria gratitud, y sobre todo por la lógica más elemental, tendrá forzosamente que defender, contra los intereses del pueblo, si es necesario, puesto que, defendiendo a los privilegiados de la fortuna, defiende ella misma una de sus más grandes fuentes de recursos.

H. Z.

con el Gobierno, sin el Gobierno y hasta contra el Gobierno; pero que, como todavía no se sabe siquiera que la Universidad existe, como no sea a través de la ambición de los profesionistas que lo explotan, o del desdén de los universitarios que no quieren servirlo, ha permanecido indiferente y ajeno por completo, a la muerte, por inanición, senectud y anquilosamiento, del exponente máximo de la cultura oficial de la República (1).

Así es, nobles y animosos, pero equivocados amigos nuestros que hay que rectificar el camino, pues por ahí se iría a la aristocratización de la Universidad o sea a su mayor alejamiento de la gran masa trabajadora y analfabeta del país. Lo que urge ahora, ya que la Universidad no afronta valientemente su problema, ni define sus posiciones, ni siquiera TRABAJA (como organismo total, se entiende, toda vez que dentro de ella hay escuelas tan beneméritas como las de Medicina e Ingenieros, pese a la crisis de sobreproducción de la primera y a la eficaz colaboración que presta a la burocracia la segunda) lo que urge, inteligentes y activos jóvenes, es someterse a los designios de una sociedad que si no hace nada por tener más profesionistas, es porque ya tiene bastantes y respetar, en principalísimo lugar, según ya dijimos, la voluntad del conglomerado, rectamente interpretada, por un Gobierno que si en vez de aumentar disminuye (pongamos por caso) el subsidio de la Universidad, es porque considera que, sobre todo en estos momentos de dura crisis económica, ya que la Universidad no ha querido o no


(1) No tomamos en cuenta el generoso y plausible esfuerzo de las agrupaciones estudiantiles prohijadas por la Universidad, que se dedican a impartir enseñanza gratuita a los obreros, tanto porque dicha enseñanza se limita a nociones científicas rudimentarias, que podría perfectamente impartir cualquier estudiante, aunque no fuese universitario (los estudiantes normalistas por ejemplo, los de las secundarias y hasta los de los años superiores de las primarias) y no constituye por ende una extensión del conocimiento universitario, sino del escolar primario; cuanto porque dicha labor, exclusivamente realizada por estudiantes, está muy lejos de equipararse al servicio social prestado por el profesionista con su carácter de tal, es decir, al servicio del médico como médico, del abogado como abogado, del ingeniero, como ingeniero, etc., y no del médico, del ingeniero, o del abogado en ciernes, que hidalgamente actúa de profesor de primeras letras.

Horacio Lúñiga Anaya. La luz del conocimiento

ha sabido practicar en el pueblo el sublime precepto de ENSEÑAR AL QUE NO SABE, él debe hacer acopio de cuantos elementos estén a su alcance, para poder acatar esos otros dos no menos sublimes y sí más vitales mandatos nazarenos: VESTIR AL DESNUDO Y DAR DE COMER AL HAMBRIENTO...

REFUTACIÓN

UN PROBLEMA ECONÓMICO

 DON HORACIO ZÚÑIGA se ofreció ayer bondadosamente a cooperar para la resolución de la crisis económica de la Universidad Nacional. He aquí la fórmula que propone, en un artículo publicado por este periódico: “Hay que someterse alegre, generosa y noblemente a la tácita voluntad del pueblo”, que ha resuelto, según sabe don Horacio, dejar que muera “por inanición, senectud y anquilosamiento, el exponente máximo de la cultura oficial de la República”.

Como se ve, no sólo en las notas preconstitucionales de policía y en los chistes, hay quien receta balazos en el cráneo para quitar el dolor de cabeza. ¿Por qué desea el señor Zúñiga aplicar este detonante género de aspirina como remedio contra los males de la Universidad, y a mayor abundamiento, con la aquiescencia, alegre, generosa y noble de la víctima? Porque en concepto de él, la institución no cumple con su deber.

En efecto: alberga una “tan numerosa cuanto innecesaria pléyade de sabios, mientras en las goteras mismas de la capital hay seres que no saben leer y que casi no tienen dónde vivir”, lo que podría traducirse al lenguaje popular en esta forma: o todos hijos o todos entenados. No abre con suficiente amplitud los ojos “ante el pavoroso problema del instante”, que es problema gritón, porque “nos grita con elocuencia avasalladora de los hechos que hay que suprimir a los parásitos”. No ha logrado “simplificar la vida hasta donde sea posible (el límite de la posibilidad queda por fijar) por supuesto sin degradarla”. No se entera todavía de que “hay que huir del esplendor de la retórica para comprender mejor los problemas del alma”, que, sin embargo, pueden tratarse retóricamente en los

periódicos. No sabe, cuando es público y notorio, “que hay que dejar los liceos y acudir a los campos”; que “trabajar sin avergonzarse de la índole de trabajo que sea” (aunque el derecho divida los trabajos en lícitos e ilícitos); que “trabajar no únicamente en lo que halague nuestra vanidad y llene nuestro bolsillo”; ni muchas otras curiosas y útiles que el señor Zúñiga le enseña en su artículo.

En justo castigo por todas estas culpas, don Horacio ha averiguado que “la voluntad del conglomerado rectamente interpretada” sería la de reducir el subsidio a la Universidad, para dedicar esos fondos vestir al desnudo y dar de comer al hambriento y hasta, según todas las probabilidades, también a dar de beber al sediento.

En consecuencia, los universitarios deben aceptar esta interpretación, sin poner en duda las dotes interpretativas del señor Zúñiga, traductor de la lengua secreta de los conglomerados, y abstenerse de todo esfuerzo por resolver el problema económico de la Universidad, aunque la Universidad desaparezca y con ello, dejen ellos a su vez de ser universitarios.

SIGUE EL PROBLEMA

Don Horacio en su artículo algunas afirmaciones que están pidiendo prueba, si han de tener algún valor, fuera del que les proporciona “el esplendor de la retórica.”

Primera: que el pueblo (término vago y desdibujado por el uso), que pagó “la educación de los profesionistas”, no quiere seguirla pagando porque ha descubierto que hay demasiados.

Segunda: que la Universidad no es actualmente una institución estatal o semiestatal de clase, como todas las demás, aunque “se nutra” económicamente del pueblo.

Tercera: que sólo adquiriría por completo tal carácter —acentuando, quién sabe cómo, la parte de él que ya tiene, aunque de índole ético-filosófico-intelectual, según don Horacio— si los profesionistas universitarios ayudasen, como es de su deber, a sostenerla.

La universidad, la juventud, la revolución (1934)

Cuarta: que es posible “socializar” las profesiones, siquiera en el sentido humanitarista que atribuye a la palabra el señor Zúñiga, mientras subsista el presente régimen social.

Quinta: que el único modo de hacer a la Universidad, si por mejoramiento se entiende todo eso que don Horacio expresa con lírica vaguedad, es matarla, o dejarla morir, para que los estudios adquieran cultura, no en los liceos, sino en el campo, inesperada resurrección dentro de la pedagogía del género pastoril.

Sexta: que puede exigirse a la Universidad, dentro de una organización social de tipo individualista como la nuestra, a base de propiedad privada y de derecho civil, otro servicio social que el de preparar intelectualmente, lo mejor que le sea posible, a los individuos que pasan por sus aulas, para que salidos de ellas, ocupen el lugar y desempeñen la función que dentro de la sociedad les toque, como resultado del juego de la concurrencia, más o menos viciada, en que se asienta todo el sistema.

Las críticas que, por su carácter “clasista” —como dicen por ahí—, merece la Universidad, pueden con la misma justicia aplicarse a todas las instituciones, de todas las sociedades divididas en clases. Y, sin embargo, ninguno de los que atacan a la Universidad se atreve a pedir la supresión de las demás instituciones.

¿O es que se cree que el tipo de nuestra organización social variaría, el socialismo sería un hecho, y las clases desaparecerían, con sólo que no hubiera sabios, sino infinidad de gentes que únicamente supieran medio leer y escribir?

Semejante manera de concebir el socialismo, lejos de ser socialista y revolucionaria es una traducción, a no importa qué lenguaje, de la caricatura de igualdad social que los enemigos del socialismo ponen a cuenta de éste. Pero no será desde luego la que resuelva la cuestión de las clases, aunque otras cosas supongan quienes piensan que el ideal revolucionario consiste en la universalización del deletreo y de los calzones blancos.

(POR EL OJO DE LA LLAVE. —“El Universal”, 1931.)



LOS PUNTOS SOBRE LAS ÍES

EL MIÉRCOLES 14 del mes en curso y dando una prueba más de su amplitud de criterio y de su noble espíritu de tolerancia, “El Universal”, cuya opinión al respecto es precisamente contraria a la nuestra, se sirvió brindar la hospitalidad de sus columnas, en esta misma sección, a un artículo del que escribe, intitulado “La Crisis Económica de la Universidad”, acerca del cual y haciendo gala de un ingenioso aunque naturalmente, no retórico desenfado, el distinguido escritor encargado de la sección POR EL OJO DE LA LLAVE, hace algunos sabrosos comentarios que, por entrañar una interpretación equivocada de nuestras afirmaciones, deseamos rectificar a continuación.

Para esto, pasaremos por alto, desde luego, la primera parte del comentario en cuestión, pues, a pesar de su título: “El Problema Económico”, se reduce a una finísima sátira, tan delicada, tan espiritual, tan graciosa, que sólo merece nuestra más cumplida gratitud. Empero, de una manera breve y precisa, procuramos en seguida ocuparnos de lo que el sutil escritor afirma en la segunda parte de su comentario y que, a pesar de titularse “Sigue el Problema”, es en nuestro muy humilde concepto, precisamente donde el problema empieza. He aquí nuestras rectificaciones:

PRIMERA.— Para darse cuenta de que existe una evidente superabundancia de profesionistas, no se necesita ser un arúspice ni cosa semejante, basta abrir los ojos a una realidad que nos ofrece todos los días, y sobre todo en la capital de la República, el ejemplo de cientos de profesionistas que no pudiendo vivir del ejercicio de su profesión, buscan acomodo en las múltiples dependencias del Gobierno, conformándose, en la casi unanimidad de los casos, con disfrutar los mismos sueldos mediocres de que disfrutaban muchos empleados que no necesitaron

una tan larga, laboriosa y costosa preparación, para ganar lo que resultaron ganando los innumerables profesionistas compañeros suyos de labores. Puede el escritor de quien nos ocupamos, visitar, por ejemplo, las oficinas de los ministerios de Comunicaciones, Industria, Relaciones, Educación, etc., y verá si es o no es verdad lo que decimos. Es más, como prueba concreta, podría quien esto lo escribe, proporcionar a quien lo desee, algunas cartas que obran en su poder, de abogados acabados de recibir, que solicitan su humilde influencia, para conseguir “una chambá” en alguna de las dependencias administrativas del Estado de México.

SEGUNDA.— El hecho de desear que se limite el número de profesionistas no quiere decir, ni con mucho, que se desee su desaparición, sino al contrario, que al par que se evite el envilecimiento profesional por causa de la concurrencia, se proporcione a la sociedad el beneficio de dotarla de un número menor, pero más selecto de profesionistas. Lo mismo podríamos decir acerca de la “alta cultura”: Nuestros propósitos no son que desaparezcan los faros que deben guiarnos, sino evitar que todos se crean con aptitudes de antorchas intelectuales y abandonen otro género de actividades en cuyo ejercicio alcanzarían seguramente más éxito para ellos y para los demás. ¡Líbrenos Dios de insinuar siquiera la desaparición de nuestros Sócrates, Agustines, Abelardos, etc., etc., pero líbrenos también de que hasta los gendarmes quisieran ser Ambrosios, Erasmos o Platones! Es decir, no combatimos el uso, sino el abuso de nuestras escuelas de alta cultura, y esto innumerables veces y con notable atingencia lo ha hecho el propio “Universal”.

TERCERA.—La socialización de las profesiones (dentro de nuestras posibilidades) es algo en que han pensado hasta los mismos señores consejeros universitarios, recuérdese, a este respecto cierto dictamen rendido hace cosa de un mes, por el señor licenciado Chico Goerne, en pleno consejo universitario, y recuérdense también los conceptos semejantes vertidos nada menos que por los licenciados Toledano, González, De Alba y Gómez Arias, algunos de los cuales llamó “burguesa” a la Universidad y todos los cuales reclamaron una reforma

urgente de la misma gloriosa institución (1). Por otra parte, con una poca de buena voluntad, no creemos que fuese imposible, si no socializar las profesiones, sí, por lo menos, humanizar su ejercicio; pues mientras haya “eminencias” que cobren \$30.00 por un análisis de la sangre, \$5.00 y \$10.00 por poner una inyección y de \$500.00 a \$5,000.00 por practicar una operación quirúrgica, no podrá negársenos que el privilegio, podríamos decir mejor, el lujo de ser curados por los más competentes, sólo se encuentra al alcance de los ricos; y como los contribuyentes, que son los que sostienen la Universidad, a través del Gobierno, no nada más son los ricos, resultaría como consecuencia, que habrían pagado inútilmente la educación de un profesionista de cuyos servicios no pueden valerse. ¿Sería imposible, por ejemplo, obligar a todos los profesionistas, a dedicar una hora diaria, a la atención gratuita de los menesterosos y a reducir sus cuotas, de acuerdo con las posibilidades del cliente? ¿Por ventura no han obrado así muchos de nuestros más célebres galenos?

CUARTA.— El proclamar la necesidad de que el ejercicio profesional se desplace, lo mismo que toda actividad intelectual, en general, hacia las provincias y de éstas a los campos, no implica la afirmación de que deba inaugurarse una era pastoril en la cultura nacional, sino un generoso propósito de que contribuyamos a mejorar en nivel intelectual de quienes, con su diario trabajo y cotidiano sacrificio, hacen posible nuestra vida social y hasta nuestra superior ilustración. Ya en artículos anteriores claramente definimos nuestra fórmula a este respecto y en los estatutos de la benemérita agrupación estudiantil, UNIÓN DE ESTUDIANTES PRO OBRERO Y CAMPESINO, figura en lugar preferente, ella es: NO DERRIBAR IDIOTAMENTE LO QUE SE ENCUENTRA ARRIBA, SINO LLEVAR HASTA NOSOTROS, POR MEDIO DE LA COMPRENSIÓN, EL AMOR Y LA CULTURA, LO QUE SE ENCUENTRA ABAJO. No defendemos la tesis de hacer de todo el país una república de

(1) Reportazgo intitulado EL PAPEL DE LA UNIVERSIDAD. “El Universal”. Edición del 3 de septiembre 1931.

mentalidades de escuela primaria y ciudadanos de calzón blanco; pero tampoco nos anima el selecto propósito de convertir a los indígenas de Tarandamacutirimícuaro en doctores en ciencias, filosofía y letras. La igualdad en la semi-ignorancia y en la miseria no nos seduce, ni jamás la hemos preconizado, pero menos, mucho menos nos agrada la enojosa desigualdad de unos cuantos sabihondos de gabinete, que conviven, sin hacer nada por remediar su situación, con una gran mayoría de analfabetas y desheredados (2).

Y QUINTA.— La afirmación de que lo mejor que puede hacer una institución como nuestra Universidad, desconectada casi por completo de su medio y de su tiempo, es desaparecer, no es nuestra, es de José Carlos Mariátegui, es de Sánchez Viamonte, es de los más altos pensadores, libres de la hora presente, como lo demostramos en nuestros artículos “La Universidad Nacional Autónoma” y “La Universidad Futura, y no obstante que en ellos transcribimos ya casi íntegras las opiniones de estos dos grandes maestros de la nueva juventud de América, vamos a concluir estos renglones con la reproducción de algunas de sus más importantes conclusiones, para que a ellos y no a nosotros quepa la satisfacción de merecer el ataque de nuestros censores: “Los abogados y literatos procedentes de las aulas de humanidades, preparados por una enseñanza retórica pseudo idealista, han sido siempre mucho más inmorales que los técnicos provenientes de las facultades e institutos de ciencias y la actividad práctica y teórica o estética de estos últimos ha seguido el rumbo de la economía y de la civilización. Mientras que la actividad práctica, teórica o estética de los primeros lo ha contrastado frecuentemente, al influjo de los más vulgares intereses o sentimientos conservadores.... La orientación anticientífica y antieconómica, en el debate de la enseñanza, pretende representar un idealismo superior, pero se trata de una metafísica de reaccionarios, extraña y opuesta a la dirección de la

(2) Creemos innecesario repetir que para nosotros, el deber de la Universidad no es sólo de carácter intelectual, sino moral, ya que su misión no es sólo instruir sino educar, contrariamente a lo que piensa nuestro impugnador.

La universidad, la juventud, la revolución (1934)


historia y que, por consiguiente, carece de todo valor concreto como fuerza de renovación y elevación humanas”. “La solidaridad de la economía y la educación se revela concretamente en las ideas de los educadores que verdaderamente se han propuesto renovar la escuela: Pestalozzi, Froebel, etc., que han trabajado realmente por una renovación, han tenido en cuenta que la sociedad moderna tiende a ser, fundamentalmente, una sociedad de productores. “la escuela del trabajo representa un sentido nuevo de la enseñanza, un principio peculiar de una civilización de trabajadores...” 1a—El problema educacional no es sino una de las fases del problema social. 2a—La cultura de toda sociedad es la expresión ideológica de los intereses de las clases dominantes. La cultura de la sociedad actual, es, por lo tanto, la expresión ideológica de los intereses de la clase capitalista. 3a— La última guerra imperialista, la guerra europea, rompiendo el equilibrio de la economía burguesa, ha puesto en crisis su cultura correlativa. 4a— Esta crisis sólo puede superarse con el advenimiento de una cultura socialista” (José Carlos Mariátegui). “Si la Universidad oficial no es capaz de reformarse, dejémosla, de una vez por todas, un papel de organismo burocrático expedidor de diplomas y su función de impartir el conocimiento técnico, para ejercer profesiones u oficios. En lugar de perder nuestro tiempo reformándola, creemos otro organismo espontáneo y desinteresado, que nazca de nuestra iniciativa cordial; que reciba el calor de nuestra sangre joven; que lleve el sello de nuestra espiritualidad y que ponga a prueba en esta hora histórica, la verdadera eficacia de nuestro dinamismo renovador y constructivo...”. “Por ahora, enarbolemos el estandarte de la cultura frente a la universidad y contra la universidad, la dictadura y el imperialismo huirán a nuestro paso como dos sombras”. (Carlos Sánchez Viamonte)

Conste, pues, que por lo menos, nuestros errores son los mismos de los más avanzados pensadores contemporáneos. Sin embargo, nuestra Universidad, que irremediamente “ya es una Universidad de clase”, puede seguir en su falsa posición en vez de procurar renovarse hasta constituir otra Universidad. El camino que ha escogido no puede ser mejor, pues de “universidad de clase” pronto

se convertirá en “universidad de casta”. Así parecen indicarlo ya los donativos en metálico que comienzan a enviársela. Pronto la burguesía adinerada del país podrá exclamar orgullosa “la Universidad, el centro más alto de la cultura del país, es nuestra” y nuestra máxima institución, de donde deben salir los futuros funcionarios públicos, los abogados del obrero, los defensores del agricultor, los organizadores de las grandes fuerzas colectivas, los legisladores del mañana, los primeros mandatarios de la República, podrá ya vivir holgada y hasta fastuosamente, al amparo de las clases privilegiadas, en fin, bajo la noble protección del capitalismo, que de ese modo, con sus cadenas de oro, sabrá atar el vuelo de las inteligencias libres y el ímpetu de las conciencias nobles y desinteresadas.

REFUTACIÓN

LAS ÍES DE LOS PUNTOS

ON HORACIO ZÚÑIGA ha tenido la amabilidad de contestar nuestro comentario sobre la cuestión universitaria, de una manera que figuraría con derechos propios en un tratado de buenas ídem. Lo agradecemos cumplidamente, y vamos a tomarnos la libertad de deslizar, por debajo de sus “puntos”, siquiera un par de “íes.”

No hay necesidad de una investigación científico-policíaca, con ayuda del profesor Martínez, para averiguar que existe sobra de profesionistas universitarios. Lo que nos pareció dudoso fué que el pueblo –como decía don Horacio–, llegado a esa convicción, incurriera en el error de suponer que hay superpoblación de intelectuales porque hay Universidad; y no porque la superpoblación de todo género de trabajadores es una consecuencia ineludible de nuestro presente régimen social-económico.

En estas equivocaciones se incurre siempre cuando se pierde de vista la fea pero sólida realidad de los hechos económicos, para “volplanear” por las irisadas nubes de las fantasías espiritualistas. Sólo en este último caso se puede tener la lírica esperanza de que los médicos, verbigracia, curen por amor a la caridad y por pseudo-socialismo evangélico, en un medio de libre concurrencia y de antagonismos de clases. Este socialismo típicamente pequeño burgués es –¡véase qué casualidad!– el que exhibieron los consejeros que deseaban “socializar” la Universidad.

Por olvidar estas cosas elementales, se cometen errores como el de suponer que, si los miembros de las clases burguesas contribuyen directamente con di-

Horacio Zúñiga Anaya. La luz del conocimiento


nero para la Universidad, ésta será más “clasista” de lo que es; será una terrible cosa: ¡será de casta! De una casta que se amplía hasta contener a ¡todas las clases burguesas!

Si examinamos, a la luz de las nociones rudimentarias a que hemos aludido antes, las transcripciones de los “más altos pensadores libres de la hora presente” que don Horacio se sirvió adjuntar a su contestación, como certificados de bien pensar, encontraremos que en ellas la crítica contra el régimen universitario no para allí, sino implica la de toda la organización social de que forma parte, y conforme a la cual se moldea éste.

Es lo único en que no ha pensado don Horacio: en que no puede tenerse Universidad “no clasista”, dentro de una sociedad dividida en clases. Y en que, si ello es así, como lo es, lo menos que puede desearse es que los beneficiarios directos de la enseñanza universitaria, los miembros de las clases que aprovechan la totalidad de los servicios de la Universidad, sean quienes la sostengan, ya que, aunque el contribuyente —como ahora dice el señor Zúñiga— la pague totalmente, no sacará la más pequeña ventaja de ella, como no pertenezca a un estrato social que le permita hacerlo,

(POR EL OJO DE LA LLAVE. —“El Universal”, 1931.)

PUNTO FINAL

ESDE LUEGO, permítasenos hacer un cumplido y público elogio de “El Universal”, pues jamás creímos que la amplitud de su criterio, así como la generosidad de su hidalguía, llegaran al grado de acoger, con tanta liberalidad, opiniones casi antitéticas a su propio pensamiento, demostrando, de tan bella cuanto evidente manera, que, como él mismo lo ha venido preconizando, LA PRENSA SE COMBATE CON LA PRENSA, y que un gran periódico, si aspira a merecer realmente tan honroso título, debe ser una positiva tribuna pública, desde la cual puedan decirse todas las verdades, o mejor dicho, todos los aspectos de lo que se tiene por verdad. En tal concepto, el intercambio de opiniones a que ha dado lugar la cuestión universitaria, tratada desde puntos tan diversos por “El Universal” y su servidor, no puede haber sido más fructuoso, pues, por lo menos, ha venido a demostrar que la prensa libre como órgano del pensamiento social y no individual, es venturosamente un hecho, pese a la organización clasista de nuestra sociedad, que en este sector de la actividad pública (uno de los más importantes sin discusión ninguna), ha evidenciado la posibilidad de superar el férreo egoísmo individualista, sin mengua de los menos y en beneficio de los más.

Naturalmente, no incurriremos en la descortesía de abusar de la noble hidalguía de este periódico. Así, pues, daremos por concluido nuestro intercambio de ideas, con el distinguido escritor encargado de la sección editorial. POR EL OJO DE LA LLAVE, con las siguientes reflexiones:

I.—La existencia “in abstracto” de una Universidad, no explica por sí misma, ¡ello es una gran verdad!, la superabundancia de intelectuales en un país cualquiera; pero la existencia de una Universidad como la nuestra, que produce

profesionistas con exceso y que en vez de resolver su problema económico, limitando la producción (conste que usamos un lenguaje que nada tiene que ver con lirismos espirituales ni cosa por el estilo) organiza campañas para allegarse recursos que le permitan continuar su misma vida desconectada de las necesidades de su tiempo y de su medio, la existencia de esta Universidad, decimos, sí explica y con sobrada elocuencia, la cantidad cada vez mayor de profesionistas sin trabajo –médicos sin enfermos, abogados sin litigios, etc., etc.– y de intelectuales sin ocupación, que no encontrando manera de vivir con el recto y lógico ejercicio de sus actividades, van a engrosar las filas de la empleomanía, de la política y del liderazgo (1).

II.– La inmensa población escolar de la Universidad, no se debe únicamente a razones económicas. Hay cientos y hasta miles de estudiantes, cuyas familias disfrutaban, en sus provincias, de un no despreciable patrimonio, resultado de sus nobles actividades agrícolas. Lo que sucede es que, como en repetidas ocasiones lo ha indicado el mismo “Universal”, todavía existe entre, nosotros el viejo prejuicio colonial y postcolonial, de que sólo el que tiene un título vale, y de que las grandes fortunas y las supremas consideraciones sólo se alcanzan con una levita académica o una toga universitaria. La célebre y fatal “capilaridad social”, tiene en todo esto más que ver que la urgencia económica.

Nosotros conocemos a más de un profesionista fracasado que pasea por las calles de la capital su dorada miseria, mientras su familia vive obscura, pero dichosamente, del producto de sus labores comerciales o campestres, en tal o cual apartado y delicioso rincón de la República.

Sin embargo, aun cuando aceptáramos que la superabundancia de intelectuales es “una consecuencia ineludible de nuestro presente régimen social-eco-

(1) La Dirección del Colegio Militar acaba de anunciar públicamente que no se permitirá el ingreso de un alumno más, pues es ya demasiado el número de oficiales en las filas del ejército. ¡Y esto no puede o no quiere hacerlo una institución civil que cuenta con menos elementos y debía conocer mejor los desastrosos efectos de la concurrencia profesional!

nómico” y que no hay superabundancia de intelectuales, porque, haya Universidad, aun aceptando esto, jamás creemos que ello autorizará a la Universidad para insistir en el mal en vez de remediarlo; y no nos explicamos por qué, en vez de reajustar su funcionamiento y limitar sus actividades, de acuerdo con las necesidades colectivas (¿también estarán desdibujados estos términos, como aquel vago, impreciso y casi metafísico de “pueblo”, en cuyo nombre, sin embargo, se han operado las más grandes y profundas transformaciones sociales?), trata de colocarse en condiciones de seguir produciendo en grande escala lo que la sociedad no puede consumir.

III.— Pese a nuestro lirismo, no nos pagamos tanto de las palabras, ni profesamos un tan fanático culto a los conceptos que no creamos que, a pesar de las tremendas expresiones “organización social de tipo individualista a base de propiedad privada y de derecho civil”, “organización clasista,” “sistema económico- social, contemporáneo”, etc., la realidad social no pueda irse modificando lentamente dentro o fuera del concepto jurídico, con o sin el gobierno, y que esta modificación no vaya siendo más generosa y más humana; pues, aun cuando vistas las cosas desde cierto plano (¿será esta la posición de Hobbes o de Locke?), la cooperación social parezca fantasía de poetas y soñadores, la creciente división del trabajo, con su consecuencia inevitable: la especialización y el cooperativismo obligatorio, hace indispensable un egoaltruista intercambio de servicios (intereses, pensamientos y voluntades, según la clásica expresión sociológico-jurídica) sin el cual la existencia de la sociedad sería imposible. Así es que, inspirados en este criterio de mutualidad y de obligada cooperación social, perfectamente podría la Universidad hacer menos dura la lucha económica a que da lugar la concurrencia profesionalista.

IV.— Es rigurosamente exacto que los pensadores citados por nosotros: Via-
monte y Mariátegui, al tratar la cuestión universitaria, no nada más critican el régimen universitario imperante, sino que, implícitamente, hacen una crítica de toda la organización social de que forma parte. Naturalmente, no podía menos

de ser así, toda vez que la Universidad no es, ni mucho menos, un organismo aislado dentro de la sociedad. (¡Precisamente por ello se la exigen responsabilidades sociales!) Empero, nadie puede negar que el punto capital para los pensadores mencionados es el universitario y que sus consideraciones, de carácter económico-social, son únicamente las premisas indispensables en que apoyan las conclusiones de que: O LA UNIVERSIDAD SE REFORMA HASTA SER OTRA DISTINTA, O LA UNIVERSIDAD DEBE DESAPARECER.

Y V.— Si con motivo de la actual campaña organizada en pro de la Universidad, hemos vuelto a ocuparnos del problema universitario, que comenzáramos a tratar en “El Universal”, desde el año de 1925, ello se debe, según creemos haberlo ya expresado, a que entendemos que la Universidad está obligada a demostrar que efectivamente sirve a la sociedad de quien solicita apoyo, pues, para nosotros, inundarla de profesionistas y abarrotarla de parásitos más o menos superiores, no es servirla; ya que, no obstante cuanto se diga en contrario, el problema de la Universidad no es única, ni esencialmente económico. A este respecto nada mejor que el siguiente párrafo intitulado “El Morbo Universitario” y publicado en la sección de AVISOS A TIEMPO del “Gráfico” de la mañana (27 de junio de 1931), editado por la misma empresa periodística que publica “El Universal,” y con cuya reproducción íntegra, damos por terminado este artículo, último, según esperamos, de nuestra controversia: “4.— La dolencia de nuestra universidad, más aún que en la pobreza, radica en algo que están sufriendo todas las universidades del mundo, aún las más ricas en dinero.—Y consiste en que la enseñanza, el arte y las costumbres, son elementos dispersos y que no se adaptan a las necesidades del pueblo (¿Aquí no estará desdibujado el término?) y de la época, y en que, por adherirse a las formas tradicionales, la cultura se convierte en juego de pedantes y vicio de intelectuales. —la revolución industrial y económica ha superado, con mucho, moral y materialmente, a las formas de la cultura gre-co-latina.—Y antes que nada hay que ver el problema para poder intentar su solución.

REFUTACIÓN

VARIOS PUNTOS

L SEÑOR DON HORACIO ZÚÑIGA, que ha disparado toda una aljaba de flechas de Apolo contra la Universidad Nacional, con el piadoso deseo de hacerla morir insolada, arrojó la última ayer –“Punto Final”– que todavía zumba sobre el blanco, rezongando su cólera lírica.

Pero como el “Punto Final” de don Horacio es un punto múltiple –casi son puntos suspensivos–, podemos todavía alinear por debajo una nueva sucesión de “íes,” que es lo que vamos a procurar hacer.

I.– Convendría que el señor Zúñiga se esforzara por “discriminar,” para cuando reemprenda su ofensiva contra la Universidad, estos tres asuntos:

a) Abundancia de profesionistas sin ocupación, u ocupados a salario, contingentes de lo que llaman los socialistas “el proletariado intelectual;”

b) Responsabilidad de la Universidad en esta sobreproducción;

c) Problema económico de la Universidad. Porque no es fácil entenderse, ni mucho menos hacerse entender, si se hace con todo ello un baturrillo.

II.– Cuando se está bien claro en estas pequeñas cuestiones, no da trabajo comprender que el “prejuicio colonial y postcolonial” de que vale sólo el que tiene un título y de que las fortunas y las consideraciones sociales se alcanzan “con una levita académica o una toga universitaria”, tiene raíces económicas. Y que el hecho de que caigan en el proletariado intelectual los miembros de las clases que se norman por ese prejuicio, no es sino un aspecto de un fenómeno también económico: la incesante proletarización de las clases medias en la sociedad capitalista. A la Universidad puede exigírsele todo, menos que derogue las leyes económicas.

Horacio Zúñiga Anaya. La luz del conocimiento

II.-Hay gentes que en poeta o en prosista piensan que la sociedad puede irse modificando lentamente, sin ninguna sacudida brusca; pero son pocos a la fecha los que creen a las Universidades autoras exclusivas, o siquiera principales, de esa transformación. Y menos todavía quienes les exigen que contribuyan a ella suicidándose. El socialismo revisionista, no ha llegado nunca a esta columbina ingenuidad,

IV.-Lo que digan Viamonte, Mariátegui o el autor de los “Avisos a Tiempo” sobre las Universidades, no prueba, por mucho que uno se retuerza sobre el trípode de Delfos, lo único que convendría al señor Zúñiga probar, si se empeña en sostener su primitiva tesis: que, para corregir los múltiples defectos de la Universidad Nacional de México, el remedio más eficaz es matarla.

(POR EL OJO DE LA LLAVE. -“El Universal”, 1931.)

ALGO MÁS SOBRE EL MISMO TEMA

EL MUY DISTINGUIDO escritor encargado de la sección POR EL OJO DE LA LLAVE, de “EL UNIVERSAL”, ha tenido nuevamente la gentileza de refutar nuestras afirmaciones, al referirse, con ese inconfundible estilo de Gerónimo Coignard (¡Indiscutiblemente se trata del muy culto y regocijado intelectual centroamericano Don Francisco Zamora! ¿No es verdad?) a nuestro artículo: PUNTO FINAL, con el que creímos y quisimos poner un ídem a nuestra amable controversia con periodista tan sutil.

Naturalmente, pese a nuestros propósitos, no podemos cometer la incorrección de dejar sin respuesta los inteligentes comentarios del señor Coignard, así es que, pedimos disculpa a “EL UNIVERSAL”, por esta nueva intromisión, y con toda la brevedad posible, vamos a responder en seguida a nuestro distinguido contradictor.

I. La abundancia de profesionistas no necesita demostración. Esto nos lo concedió ya nuestro impugnador en su comentario LAS ÍES DE LOS PUNTOS (Sección POR EL OJO DE LA LLAVE, “EL UNIVERSAL” del 20 de octubre del presente año-1931) cuando dice textualmente: “no hay necesidad de una investigación científico policiaca, con ayuda del profesor martínez, para averiguar que hay sobra de profesionistas universitarios”.

II. Según creemos haberlo demostrado, sí es responsable la Universidad de esta superabundancia, pues, aun cuando las razones que obliguen a unos u a otros, a llenar las aulas universitarias, sean o no de carácter puramente económico, la Universidad, en vez de implorar la caridad pública para ponerse en condiciones de seguir produciendo en grande escala, debía como procede cualquier agrupación de tipo comercial, en tales casos, limitar la producción de

acuerdo con las necesidades sociales, es decir, de acuerdo con las exigencias del consumo. ¿Que cómo puede hacer ésto? De los dos modos siguientes:

a) Restringiendo el número de inscripciones, por medio de una selección de los más aptos, cosa que ya pretende hacerse, con lo cual, la propia Universidad nos está concediendo una razón que nos niegan sus esforzados defensores, y

b) Exigiendo que los estudios se hagan con más efectividad, con más honradez. Procediendo de un modo más riguroso con los alumnos, en las cátedras, en los reconocimientos, en los exámenes, etc., a efecto de que, entre la inmensa población escolar universitaria, se vaya haciendo una constante selección que al par que reduzca mejor, en un ciento por ciento, el cada vez más creciente y cada vez menos auto porcentaje de profesionistas.

III. No estamos de acuerdo, según afirmamos ya, con que el crecimiento inmoderado de la población escolar universitaria se deba exclusivamente a razones económicas, ni con que el hecho de que caigan en el proletariado intelectual los miembros de las clases que se norman por el prejuicio de que nada más con la levita académica o la toga universitaria se alcanzan fortuna y consideraciones, constituya sólo un aspecto de un fenómeno también económico: la incesante proletarización de “las clases medias” (sic), en la sociedad capitalista. No estamos de acuerdo con ello, porque buena parte de los jóvenes que ingresan en la Universidad, proceden de familias que viven perfectamente de la agricultura, el pequeño comercio, o la pequeña industria; que emigran de sus provincias y una vez recibidos o “destripados” no tornan jamás a ellas, dejando abandonado el patrimonio paterno que pronto se extingue o que sigue prosperando en manos extrañas; porque otra buena copia de universitarios, hijos de profesionistas, trata a toda costa de continuar la dinastía del padre, quien por lo regular goza de una posición desahogada, pero en vez de dar a su hijo una educación adecuada a su capacidad y a la necesidad de la sociedad en que vive, se empeña, si es abogado, en que su vástago sea abogado, si es médico en que sea médico y así sucesivamente; porque precisamente “la proletarización de las clases medias” debía obligarnos a

buscar otros medios más eficaces para habernos la diaria subsistencia; porque la creciente urgencia económica debía aconsejarnos la explotación de otros terrenos casi vírgenes de la actividad humana, abandonados casi por completo, hoy por hoy a los extranjeros, los cuales, a fuerza de tesón y de trabajo, lo mismo en el grande que en el pequeño comercio, en la fábrica que en la tienda de abarrotes y hasta con el pesado fardo del mercader ambulante, llegan a amasar regulares fortunas, mientras nosotros, persistimos en el error de creer que sólo el profesionalista puede vivir holgadamente y que la única actividad decente y honorable es la del licenciado, el médico o el ingeniero. Convenimos en que la famosa “proletarización de las clases medias” impele a buscar el modo de ganarse la vida a multitud de jóvenes; pero no podemos aceptar, ni que esos jóvenes resuelvan su problema económico transformándose en universitarios y abandonando de este modo otras ocupaciones más fecundas para ellos y sus semejantes: ni que, por el hecho de que esta inmensa muchedumbre de equivocados o voraces se presente ante la Universidad, esta institución se apreste a abrirles sus puertas, haciéndose cómplice del error o la ambición de tantos médicos, abogados, ingenieros y doctores en filosofía, ciencias y letras, en perspectiva.

IV. Sabemos perfectamente que toda transformación social de importancia no se opera ni puede operarse pacíficamente. La “evolución espasmódica” de Standfus, Haifcrat y Hagassis y la “transformación violenta” de Gaultier y De Vries, hace ya mucho tiempo que desacreditaron la “evolución progresiva”, o “forma dinámica del orden” de Comte y las “armonías económicas” de Bastiat, que casi casi eran un trasunto económico-social de la armonía preestablecida de Leibnitz. Todo esto lo sabemos; pero sabemos también que la gran transformación social de que se muestra tan temeroso nuestro contradictor ya se operó, ya está terminando de operarse entre nosotros, en su etapa más dura y trascendente: nos referimos a nuestra magna revolución iniciada por un movimiento casi exclusivamente político hace 23 años y en vías de franca realización (por lo menos desde los puntos de vista político y social en nuestros días, lo que sucede

es que esa revolución que ha llegado hasta los campos; que ha libertado al obrero del taller y al esclavo del surco; que está repartiendo tierras, instrumentos de trabajo e instrucción elemental al indio etc., no ha podido llegar hasta nuestros más altos institutos de cultura, cuyos santos patriarcas, plácidamente abstraídos en el estudio de los más arduos problemas metafísicos, permanecen al margen de nuestra vida social y viven infinitamente lejos de la realidad: esta dura realidad económico-social de un país cuyas principales fuentes de riqueza (la industria, el comercio etc.,) se encuentran en poder de los extraños, porque para los mexicanos sólo hay una ocupación honrosa: la del profesionista; un título digno de respeto: el de universitario y una exclusiva institución prestigiosa: la muy ilustre, real y pontificia Universidad de México creada el 21 de septiembre de 1151 por real cédula de S. M. el emperador Carlos I de España V de Alemania, abierta el 21 de enero de 1553, reorganizada más tarde, después de no pocas vicisitudes, y vuelta a abrir por D. Justo Sierra el 22 de septiembre de 1910, y por fin reformada una vez más en el año de gracia de 1929, en que hizo su enésima aparición, con el muy flamante y pomposo rótulo, de UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA: tres palabras distintas (según ya lo demostramos en nuestro artículo llamado del mismo modo: LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA -“EL UNIVERSAL” 18 y 19 de junio del presente año, sin un contenido verdadero.

V.- Sí creemos y firmemente por cierto, aunque ello provoque una irónica sonrisa de desprecio, al muy sutil y escéptico señor Gerónimo Zamora o Francisco Goignard, sí creemos que a los más altos institutos de cultura corresponde la elevada misión de superar el momento que se vive; y sobre todo, sí profesamos la convicción de que, precisamente a las universidades que se hacen llamar o se llaman a sí mismas, suma y compendio de la cultura de un país, es a las que compete la sublime empresa de ir preparando la elaboración del futuro; de ir condicionando las próximas transformaciones; de iniciar en el pensamiento lo que habrá de traducirse en acción, para que, de ese modo hecha ya o comen-

zada a hacer la revolución desde arriba, según la consagrada expresión de Lord Chatham, ya no haya necesidad de esperar a que, devastadora y formidable, surja la revolución desde abajo. Y para no dar un carácter pedantesco a estas líneas trayendo a cuento los innumerables ejemplos históricos que nos vienen a la mente, bástenos invocar en nuestro favor el ejemplo actual, elocuentísimo, casi palpable de la España de nuestros días: Allí tiene nuestro elegante ironista don Gerónimo o don Francisco, a esa pléyade de universitarios españoles: Alcalá Zamora, De los Ríos, Domingo, Caballero, Del Vayo, Madariaga, etc., etc., hasta ese enorme viejo: el insigne Unamuno, para quien la Universidad, lo mismo que para sus ilustres colegas, no fue el proscenio de una torpe vanidad intelectual, sino la formidable tribuna social, desde cuya gloriosa altura descendieron el verbo libre y la verdad desnuda que arando surcos de luz en las conciencias jóvenes, hicieron posible el vigoroso advenimiento de la España nueva.

Y VI. Igualmente profesamos la convicción, muy personal tal vez, pero muy justa, de que, la única manera de corregir los múltiples defectos de nuestra anticuada Universidad, es acabar con ella y hacer otra distinta, de acuerdo con nuestras actuales necesidades y nuestras novísimas aspiraciones; pues, para nosotros, es preferible una institución nueva, a una institución mal parchada, y siempre nos han parecido mejores, infinitamente mejores, las medidas radicales que los simples paliativos, gratos a los timoratos de todos los tiempos y de todos los matices. A este respecto, creemos sinceramente que los grandes errores de nuestra historia, débense precisamente a la falta de decisión de algunos de nuestros más destacados hombres públicos: El golpe de estado de Comonfort y el fatal espíritu de conciliación y la exagerada bondad de Madero, por ejemplo.

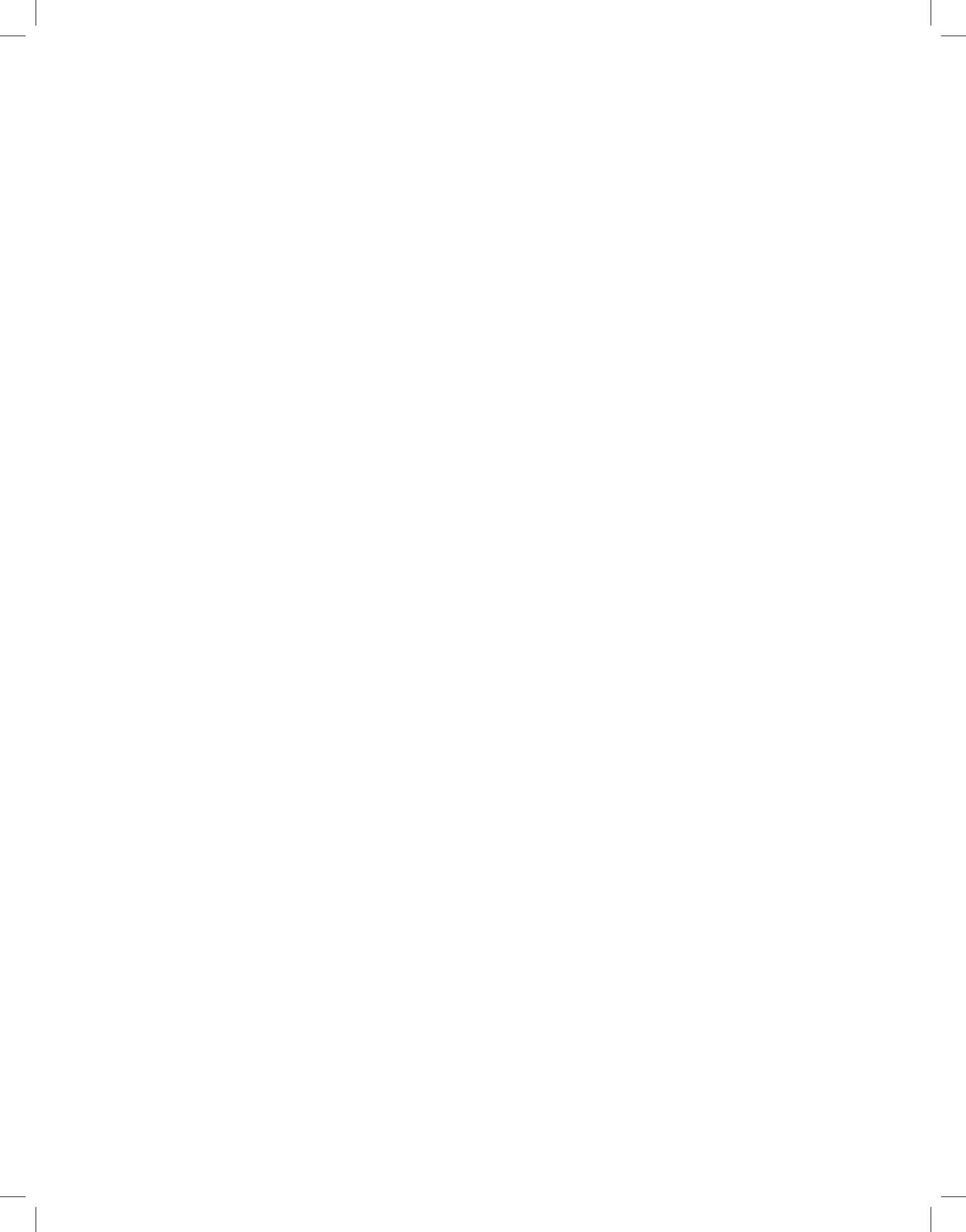
Por esa mal entendida tolerancia; por ese académico propósito, muy de gabinete, muy propio de esa clase de críticos que le enmiendan la plana a Bonaparte desde su escritorio, como acontecía con el irónico señor Thiers; por ese empeño de remendar lo viejo, en vez de derribarlo para edificar lo nuevo con más desahogo: por esas torpes transacciones, que en determinadas circunstancias no

serían aceptadas ni por el mismo que dijo que “gobernar es transar”; por todo ello en nuestra flamante Universidad hay tanto catedrático ignorante y rezagado que finge comulgar con lo más avanzadas ideas (nos referimos particularmente a los profesores de ciencias políticas y sociales; a los de ambas historias: General y Patria, Literaturas de México, Castellana y Universal y Filosofías) y que democráticamente se codean con espíritus progresistas y voluntades alerta. Por eso la cátedra de Historia General, por ejemplo, que ilustrara el verbo cálido y sabido de D. Justo Sierra, es ahora servida por un ex-alumno del Colegio Militar porfirista, por un venerable anciano, para quien la Historia sigue siendo una sucesión de batallas y los máximos héroes de la humanidad: Alejandro, Aníbal, César, Turana, Gustavo Adolfo, Federico II y Napoleón... Y por eso, en fin nuestra mendicante Institución que invocando filantrópicos sentimientos, solicita el auxilio de una sociedad a la que, por otra parte juzga utópico servir más noblemente por medio de la socialización o siquiera humanización de las profesiones (“cosa imposible dentro del actual régimen económico-social a base de la propiedad individual, derecho civil” etc.) (1) por todo ello “la Universidad REVOLUCIONARIA” (sic) o sea “el seno donde se albergan todas las generosas inquietudes del país”, ha quedado a la vera de nuestra existencia colectiva, encasillada en una posición absurda que habrá de facilitarle la simpatía y el apoyo económico de los ingenuos o los retardatarios, pero que no podrá menos de provocar la censura de quienes pensamos que, lo único y más decoroso que le queda por hacer a una

(1).— Los alumnos de la Escuela Médico Militar tienen obligación de prestar durante determinados años, sus servicios en el ejército, o sea de reintegrar en esfuerzo científico el apoyo económico de la institución que los formó... Y nosotros no sabemos que, para realizar tal cosa, los facultativos de la benemérita Escuela mencionada tengan que convertirse en émulos de San Francisco de Asís o de San Vicente de Paul. Pues bien, un servicio social semejante podría exigirse de los médicos, ingenieros, abogados, etc., de la Universidad Nacional, sin que esto quisiera decir que tratábamos de encontrar en ellos los mismos elevados sentimientos de filantropía, que invocaran de la sociedad para sostenerse.

La universidad, la juventud, la revolución (1934)

universidad retrógrada es morir gallardamente, antes que prolongar su agonía a costa de su dignidad.



CULTURA Y CIVILIZACIÓN

NADA MÁS IMPORTANTE en estos momentos en que se levanta, pidiendo orientaciones, la misma juventud, en quien creímos hallar implícita y latente la orientación de una intuición soberana que lleva en sí propia la dirección de sus fines y que, por constituir la expresión de un futuro inaplazable, no ha menester del consejo del presente ni mucho menos de las románticas reminiscencias del pasado. Nada más urgente en este instante, en que, equivocando la naturaleza de las cosas, se trata de construir la estructura económica de una institución que no existe, o que, por lo menos, con su actual estado no debería existir. Nada más imperativo, en esta fiebre de palabras y en este laberinto de ideas y en este hervor de inquietudes, que procurar definir, profundizar y explicar, de una vez por todas, estos dos conceptos: cultura y civilización, pues cualquiera actitud que trate de asumirse depende estrictamente de la interpretación que les demos, toda vez que los dos comprenden y abarcan en su totalidad al hombre: el uno, CIVILIZACIÓN, como egoísmo consciente (hambre consciente a través de la conciencia u organización científica del hambre, según quiere Salticow); y el otro, CULTURA, como conciencia trascendente, como espíritu profundo, universal y eterno.

En tales condiciones, permítasenos abordar con toda resolución, aunque seguramente con una gran deficiencia, tan importante tema:

Para nosotros, sintetizando y coordinando en lo posible, y siempre a través de nuestro propio criterio, los ya clásicos conceptos de Goethe, Spengler, Scheller, Keyserling, Landsberg etc., la cultura es el microcosmos, en el que total, universal y fundamental, se quintaesencia el macrocosmos; o mejor aún, el microcosmos, en el que, en potencia, el macrocosmos existe: Cultura es o significa,

naturaleza humana; es decir, naturaleza que sabe que es naturaleza; pero que, a pesar de que lo sabe, o precisamente por ello, es naturaleza ante todo: no expresión más o menos certera de ella, no aprehensión consciente del mundo, como la ciencia, sino hecho, acto, conducta y vida. Necesidad de ser de un modo determinado, aunque, eso sí, siempre entre los dos extremos de la polaridad cósmica: el instinto, que es origen, y el pensamiento, que es realización (fin consciente en el que de un modo efímero pero completo, realizase el hombre como razón). No categoría del saber ni del conocer; categoría del ser. Más que conocimiento puro, existencia pura, en la que el conocimiento es sólo una espléndida, pero no indispensable floración. Expresión, a veces la más bella, no siempre la más lógica (¿qué vale para el espíritu abstruso de esta formidable realidad, la lógica, esa precisamente por exacta, ficticia matemática del razonamiento?), pero incuestionablemente la más fuerte, la más vital del mundo como realidad inteligente, no intelectual, ni menos erudita, escolástica, académica, en fin, universitaria.

Encambio, civilización para nosotros quiere decir egoísmo creciente; adaptación actual a medios transitorios y tiempos efímeros; expresión evolucionada y superior del hambre de pervivir, de persistir; manifestación progresiva del continuismo vital; simple fenómeno repetitivo de conservación periférica, antropomórfica nunca definitiva y perdurable. Crecimiento en extensión, pero no en intensidad, de la criatura; simple amplificación y perfeccionamiento de todos los medios de que dispone el hombre para la aprehensión, posesión y asimilación material del mundo; reducción del tiempo y del espacio, pero no como espacio y tiempo, sino como distancia y duración. Afán de extender la capacidad de los sentidos, de modo que el mundo sea como nuestra propia correlación; más claramente aún: como nuestro complemento polifásico; como la revestidura total, pero siempre limitada, egoísta y ruin de nosotros mismos. Tener alas en los hombros, pero carecer de mensajes en los labios. Ir, corporalmente, materialmente, como Lindbergh, de uno a otro continente, a través de los mares, pero sin llevar en esa travesía otra cosa que una máquina consciente, que completa a otra máquina. ¡Precisamente al contrario

La universidad, la juventud, la revolución (1934)

de Cristo, que casi no se mueve de la Colina Galilea, pero que va, en la música de la parábola y en la irradiación del ejemplo, a todos los ámbitos del planeta, a todas las latitudes del alma y a todos los confines del tiempo! Y desplazamiento del móvil humano, pero sólo como interés, nunca como caridad; siempre como erudición, como sabiduría o sabihondez, nunca, ¡jamás!, como filosofía verdadera, como verdadera creencia, como ímpetu estético o pathos religioso.

En resumen, y ya en plena oposición de conceptos, para nosotros la cultura es el ser como conciencia, pero como conciencia profunda, esencial, universal y trascendente; civilización es el ser como conciencia, pero conciencia superficial, efímera y utilitaria. Cultura es creación; civilización es repetición; cultura es invención; civilización es reproducción, fabricación, estandarización. Cultura es creencia; es religión; es fe; es esperanza. Civilización es crítica religiosa; estudio de religiones comparadas: convencimiento de la utilidad de creer y de las ventajas de esperar. Cultura es amor; es misericordia; es caridad; civilización es cooperación, egoaltruísmo, moral práctica y beneficencia pública. Arte es la cultura, y arte en el que están ya, naturalmente implícitas las reglas, las causaciones y las finalidades; belleza auténtica y espontánea: casi cósmica por su hondura; casi divina por su alcance. Prebuscada y preconcebida artesanía o pseudo-arte, es la civilización; arte de postrimerías y de súper técnicas, en el que las reglas, el estudio de las causas y la valorización de los fines, lo son todo y el espíritu estético: el ímpetu creador, el “hélan”, la inspiración, no son nada; y belleza de multianálisis y poli síntesis belleza de crítica y de selección; de repetición y de coordinación de repeticiones imitativas. Belleza simulada, en fin, mecánica, “químicamente pura”: Belleza de laboratorio; de escenas de paisajes pintados, crepúsculos de luz eléctrica, peles de trapo y máscaras de cartón!...

Pasión, entusiasmo patético, delirio de altura, de edificios que empuja a los astros el alma y dispara al cielo el corazón, en la cultura; inmensas superposiciones de pequeños departamentos que producen una falsa apariencia de fáustica verticalidad, en la civilización. Catedrales fabricadas durante siglos, por generaciones

que no tendrán siquiera la satisfacción de verlas concluidas y destinadas, expresa y exclusivamente a una sola entidad: Dios; que constituyen, por ende, verdaderas epopeyas de sacrificio y positivas locuras de fervor; y en sus antípodas, rascacielos que, en unos cuantos años edifica el interés (cuando, el hombre sabe o cree saber que nada hay después de él, dáse prisa en construir, para disfrutar, por lo menos, del resultado inmediato de su esfuerzo); que paga el dinero del negociante, no la limosna del creyente, ni el tributo del vasallo (recuérdese a Vendel, Lehnert, Worringer y hasta Neurath y Sieveking) (1) que especialmente son hechos para albergar. ¡Oh, ruin atomización de la idea única y de la sublime Concepción divina!, a millares de criaturas efímeras y de existencias deleznable, y que son, por lo tanto y únicamente, inmensas hospederías, enormes hoteles de este pobre y triste “félah” de las hipercivilizaciones contemporáneas, condenado a errar por todo el planeta, como el Arshaverus maldito (antes se llamaba judío errante, hoy tiene un nombre aparatoso, “globe trotter”) sin otra patria que el balneario de moda, la exposición internacional o el cabaret cosmopolita; sin otra familia que sus aburridos compañeros de viaje; sin otro hogar que la cabina del aeroplano, el camarote del trasatlántico o el gabinete del pulman, y sin otra historia, ni otra leyenda, ni otra tradición que las noticias de las guías impresas, las ilustraciones de propaganda, los catálogos de los museos y las explicaciones de los “cicerones”.

Y, en fin, en las culturas: filosofía vivida; vida como filosofía; conducta filosófica hecha con sangre y alma; filosofía como existencia, no como sapiencia; filosofía que no necesita saber muchas cosas, sino sentir y practicar unas cuantas (2);

(1).—Vida de los Héroe: Ideales de la Edad Media, W. Vendel: La Esencia del Estado Gótico, Worringer; Historia de las Artes Industriales, Antigüedades y Edad Media, G. Lehnert; Historia de la Economía, Antigüedad y Edad Media, O. Nerath y H. Sieveking.

(2).— Toda la doctrina de Cristo QUE ÉL ENCARNARNA, puede perfectamente condensarse, en una palabra, EN UNA NADA MÁS: Amor; y esa sola palabra, ¡oh, eruditos intoxicados de citas y atiborrados de palabras!, basta para producir la más grande y generosa revolución del espíritu... ¡Pero es que tras de ese vocablo ÚNICO, no había libros innumerables, ni innumerables bibliotecas, sino una realidad divina y humana, ÚNICA TAMBIÉN: ¡el Rabí de los ojos de arrullo, las manos de seda y los labios de miel!...

que no ha menester conocer en todos sus matices y a través de infinitos autores los conceptos primordiales, sino que le basta con desentrañarlos por sí misma en las búsquedas del propio ser y con realizarlos en la cotidiana bio-psíquica y ética afirmación. Concretando todavía nuestro pensamiento: Más sinceridad, más realidad, más humanidad en la filosofía de las culturas, pródigas en filósofos y huérfanas, ¡venturosamente!, de profesores de filosofía.

En las civilizaciones, en cambio, ¡grotesco y miserable contraste! Lecciones filosóficas, conceptos filosóficos, doctrinas filosóficas, escuelas filosóficas; Historia de la Filosofía; Filosofías Compradas; Filosofías de la Educación, de la Historia, del Derecho, de las Costumbres; hasta de la Moda, del Dinero y de la Risa, (¿no es verdad, ¡oh!, Simmel, Bendixen, Eca de Queiroz y Bergson?) Ateneos para la enseñanza de la filosofía en todas sus categorías, formas y matices; escuelas de altos estudios, cátedras de Epistemología, cursos completos de Lógica, Psicología, Psicoanálisis, Ética, Estética, etc., etc., con su correspondiente legión de maestrillos y maestrotres; de eruditos de todas las tallas y sabios de todos los colores y pensadores de todos los estilos, y guidores, veedores y maestros de la juventud de todos los tamaños, filiaciones, modalidades, etc., pero, en síntesis, sin nada que sea, positivamente, filosofía real, humana filosofía; sin una sola ejemplificación vivida de lo dicho, sin una sola realización de lo predicado: sin una cristalización, en hecho, en conducta, en vida) en fin, de lo expuesto con tan inútil brillantez, con tan pomposa pedantería, con tan triste, grotesca y aparatosa autoridad!...

Algo tan trágico-cómicamente absurdo que, con razón, hacía exclamar al Conde Hermman de Keyserling: “Es que las filosofías sistemáticas suponen una especialización. introducen una problemática artificial y excluyen las vías centrales de la vida humana. Se les escapa así el sentido del hombre y de los pueblos. Prefiero la contemplación de un hecho humano a tres millones de teorías insuperables...”. “He aquí el error, las filosofías sistemáticas son fruto de la especialización, este es el motivo de que no sienta por ellas el menor interés, esos filósofos han cortado las amarras y dejan en la costa los problemas esenciales”.



EL DÍA DEL ESTUDIANTE

*¡Oh juventud! ¿No limitarás nunca
el regocijo a su justa medida?
2° Fausto GOETHE*

POR FIN LA INICIATIVA del estudiante Santiago X. Sierra, prohibida por la Sociedad de Alumnos de la Escuela Nacional Preparatoria y acogida, con singular entusiasmo, por la pléyade estudiantil, se cristaliza hoy en una realidad ruidosa y gallarda, que, como el milagro pétreo de las basílicas góticas ostenta, junto al horror demoníaco de las gárgolas, la gracia alada de las encajeras suntuosas, entre cuyos calados, casi inmateriales, la luz se pone a recitar los siete poemas del arco iris.

¡Cuasimodo y Esmeralda! La primavera de Boticelli y el Triboulet de Hugo! ¡La sonrisa de Helena y la carcajada de Rigoletto!... ¡Magnífico!, los estudiantes ya tienen su día perfectamente sintetizado en el regocijo grato a Rabelais y en la belleza eterna, que esplende por igual en el friso de las Panateneas que en los tableros del Palemke, y que canta, con idéntica armonía, en el Pórtico de la Gloria de Santiago de Compostela, en la cúpula de Santa María del Fiore y en el rosetón de vitrales de la Catedral de Reims.

¡El Día del Estudiante!... ¡Sí!, está muy bueno. ¡Bienvenido sea el Día del Estudiante!, pero... ¿se ha meditado suficientemente en lo que significa o en lo que debe significar semejante día? ¿El contenido de alegría y de belleza con que se ha llenado esta fecha novísima es el más noble y el más apropiado de los contenidos? ¿La egregia, la avasalladora actividad estudiantil, podrá estereotiparse totalmente en un trasunto de las “Kermess” de Rubens o en una reminiscencia

de las fantasías de Fragonard? ¿El cascabel de Aristófanes y el mirto de Venus serán los únicos símbolos dignos de exornar el escudo de la gente moza, que, entonces, parecería más dispuesta a escuchar al titiritero que a Zaratustra y a ceñirse los pámpanos de Anacreonte en vez de los laureles de Platón?

¡Imposible!; nosotros no podemos creer que los estudiantes mexicanos se desatiendan, ni un momento siquiera, de las excelsas y formidables responsabilidades que pesan sobre sus hombros y su conciencia. Ellos no pueden olvidar que nada es más efímero que la belleza humana, ni nada más transitorio que la humana alegría; y sobre todo, no pueden, no podrían por más que quisieran, acallar, con el estruendo de todas las fanfarrias, el inmenso grito que viene de abajo: de los miserables y sombríos subsuelos sociales; de las cloacas del pueblo; de los infiernos de la miseria y del dolor donde se funde el bronce de la raza en lágrimas de martirio y se retuerce la carne hambrienta en convulsiones de holocausto!

¡No!; la juventud no puede olvidar la tragedia de los desheredados que esperan de ella y sólo de ella, la redención de sus sufrimientos; la juventud no puede coronarse de auroras sin pensar en el barro de angustia que está besando sus plantas; no, no puede hacer esto la juventud; es demasiado generosa para cometer semejante infamia y es demasiado instruida para no recordar que Don Quijote no va a recostarse en el regazo de Aldonza Lorenzo, sin haberse lanzado previamente a vengar agravios y desfacer entuertos, y que, antes de ascender al paraíso, de Beatriz, Dante desciende al infierno, de la mano de Virgilio (es decir el Maestro), porque sólo debemos regocijarnos con la alegría de los bienaventurados cuando hayamos sido capaces de iluminar, con nuestra nobleza, el suplicio de los réprobos, máxime cuando éstos no se contorsionan en los trágicos pero necesarios laberintos del castigo, sino que se revuelcan en el infame estercolero de las injusticias sociales!

Nosotros bien sabemos que no es posible hacerlo todo de una vez y que todas las cosas en su principio adolecen de incontables e imprescindibles defectos; tampoco desconocemos la importancia que tiene el sano optimismo, en la exis-

La universidad, la juventud, la revolución (1934)

tencia, ni seríamos capaces de negar la enorme significación de los entusiasmos desbordados que proclaman el triunfo de la vida y el pleno y rotundo regocijo de vivir. No; nosotros no negamos a los jóvenes el sagrado, el santo derecho de reír y de gozar; no, lejos de nosotros semejante pretensión; lo que nosotros queremos únicamente, es encauzar, por derroteros más nobles, ese río jocundo que escapa de las almas y que, si hoy tan sólo fertiliza praderas de rosas, mañana, sabia y generosamente dirigido, bajará hasta las hondonadas sombrías y se dilatará por las llanuras galileas de cuyas entrañas misericordiosas arranca el pobre el pan de cada día.

En efecto: se imaginan los alegres muchachos que hoy ponen contra el viento de las horas el vigor de sus alas, lo que sería la Patria mañana, a la vuelta de unos diez o veinte años (¡los desheredados han esperado ya muchos siglos y todavía no se cansan de esperar!) si el esfuerzo de la juventud, sin distraerse completamente de sus demostraciones jubilosas, fuese destinando una parte de su noble energía al estudio y a la resolución, de los angustiosos problemas del pobre o siquiera a la resolución de sus propios problemas, para que creada, al fin, la conciencia de la clase estudiosa, y vigorosa y definitivamente organizado el gremio escolar pudiera ejercer, cerca de las esferas oficiales, una influencia efectiva en pro de los mismos estudiantes y en beneficio de todas las clases trabajadores del país?

¿Se ha pensado ya en todo lo que podría alcanzarse, si la pléyade juvenil, no conforme con fatigar el azul con el vuelo de sus himnos, el día de sus fastos, bajo la sonrisa perfumada de su reina y ante la abnegación simpática de su Rey de burlas, hace sentarse junto a ella la tristeza del paria y el desencanto del vencido, para demostrar al egoísmo burgués y al academismo aburguesado, que si la juventud es capaz de correr tras de la tropa de Dionysios también es capaz de marchar tras de la sombra de Espartaco?

¡La juventud hermanando en su santa alegría a los que sólo han sonreído con la imagen taumaturga de la leyenda de Juan Diego! ¡La juventud llamando

a su mesa a los que, para la infamia humana, valen menos que los perros de Baltazar! ¡La juventud arrancándose sus guirnaldas, para perfumar con sus rosas los tugurios hediondos o suavizar con los pétalos muelles los cuchitriles de los niños sin cuna!... ¡La juventud misericordiosa; la juventud consciente de sus deberes humanos; la juventud poniéndose al frente de toda una sociedad, de todo un pueblo, de todo un continente, de todo un mundo, de su especie toda, para demostrar a los incrédulos o a los pérfidos o a los acomodaticios, que nada es imposible cuando en las vetas del alma todavía queda un poco de oro de caridad, de nobleza y de misericordia!... ¡La juventud así de grande, así de fuerte, así de bella!... ¡Oh, cómo quisiéramos nosotros que así fuese esta entusiasta y generosa juventud de nuestro país; de ahí nuestro empeño por adentrarnos hasta lo más puro de su corazón, de ahí nuestra obsesión por señalarle las más anchas rutas, y de gritarle perpetuamente, incansablemente, aún a riesgo de sufrir sus desprecios injustificados: ¡Cuidado con los espejismos engañosos y con los mirajes embusteros; no hay que salir demasiado de nosotros mismos para mirar bien el mundo; el verdadero paisaje, ya lo dijo el filósofo, está en nuestra entraña: la medula de la montaña no está en la cúspide; es la raíz y no la fronda la madre del árbol; la alegría es flor no es savia humana; la carcajada viene de adentro, por eso hay algo que vale más que la carcajada; la risa es la aurora del alma, pero sin alma no habría esa aurora; la belleza de la carne se pudre con la carne, por eso hay que buscar más allá de la carne la belleza; el entusiasmo es un viento cargado de trinos y fatigado de fulgores: de ahí la necesidad de los fulgores y los trinos que embellecen el viento; el himno es sólo la voz de la Patria: si la Patria es pequeña de nada sirve el himno; el mérito no está en tremolar grandes pendones sino en honrarlos y merecerlos! ¿Habéis instituido el Día del estudiante? Pues bien; ahora, a llenarlo con toda la vastedad de vuestros ideales y a coronarlo con todas las auroras de vuestros empeños generosos; a demostrar que merecéis tener una fecha consagrada a vosotros, porque en ella os enaltecéis y enaltecéis a vuestros semejantes y porque, sobre el pináculo de esa hora de vuestro regocijo,

La universidad, la juventud, la revolución (1934)

sabéis hacer irradiar la mañana de los pobres, cuya luz florece en el oro del trigo y palpita en el airón de la panoja!

De otro modo, entusiastas huestes juveniles, vuestro día, a pesar de las campañas con que dobleguéis sus hombros y de las constelaciones con que fatiguéis su frente, será un día más en nuestro calendario de holganzas incurables, y, apagado el brillo de las bengalas y el estallido de los cohetes, no quedará de vuestro aniversario otra huella que la momia de un carnaval pudo haber sido la crisálida rútila de la más portentosa epifanía!...

Pero, no... ¡Esto no pasará con vosotros!, ¿verdad?; ¡una esperanza agorera lo sopla en nuestro oído, por eso nosotros también, sobre el capitel simbólico de vuestro día, inmovilizamos el vuelo todopoderoso de la Niké pagana!



MENS SANA

SI GABRIEL TARDE, el ilustre psico-sociólogo, hubiera tenido oportunidad de presenciar el escabroso proceso de nuestro desenvolvimiento colectivo, con cuántos y cuán variados testimonios habría enriquecido su célebre teoría de la imitación.

Técnica, ideología, costumbres, hábitos, hasta defectos (éstos en mayor cantidad que lo otro) todo lo importamos para convertirlo, quieras que no, en conciencia y vida, en existencia y acción, en pensamiento y sensibilidad; y mientras los ojos gambusinos del extranjero, quedáanse suspendidos de asombro ante las maravillas de nuestro pasado, los venturosamente incivilizados rincones típicos de nuestro presente, y los portentos inagotables de nuestro paisaje, nosotros con un entusiasmo digno de mejor suerte, rabiosamente nos entregamos a la edificante tarea de achatarnos, aplanarnos, pulirnos y abrillantarnos a la europea y a la sajona, sin imitar —¡aquí sí habría venido de perlas la imitación!— el plausible gesto del Japón, que conservando la médula asiática de su conciencia de grupo, es decir, sin dislocar el centro psíquico de su CULTURA, se asimiló el complicado mecanismo de la CIVILIZACIÓN de Europa, poniéndose de tal modo al compás de los tiempos, pero sin perder por un momento las prerrogativas de su idiosincrasia, que por ser étnica y psíquicamente características, están más allá de las exigencias accidentales del momento.

Un ejemplo, entre otros mil, de esa mexicanísima fiebre imitativa, constitúyelo el soberano, el espléndido, el magnífico, el desproporcionado e irracional, digámoslo de una vez, desarrollo que ha cobrado entre nosotros la tan traída y llevada Educación Física: redención, según se dice, nada menos que de la raza; faro y antorcha de las nuevas generaciones; promesa de una

patria más grande y fuerte, y garantía, la más alta y bella de un porvenir deslumbrador (?).

De ello, en parte, tiene la culpa, el nobilísimo esfuerzo de José Vasconcelos, pues bastó que tan ilustre pensador construyese el famoso Estadio, para que todo el mundo se pusiera a hablar sin ton ni son, del “cultivo del músculo”, la “creación de la fibra” etc., y lo que es peor todavía, del tan absurdamente comprendido “mens sana in corpore sano”, que, no obstante su procedencia visiblemente latina, se ha utilizado para recordar, dizque una modalidad helénica, como si no mediara entre Roma y Atenas una distancia tan grande como la que separa a un albañil de un arquitecto, o mejor aún, a un artista de un artesano. Mas precisamente en esta torpe invocación de un pasado pésimamente comprendido, se finca y escuda la imitación que nos ocupa.

En efecto, partiendo de la base ineludible de que todo lo que en Grecia se hizo fue excelente, y de que en Grecia la cultura física constituyó un culto nacional, no hay pseudo-educador, grande o pequeño, que no se considera con derecho a ponernos de hinojos ante la sublime obra de la cultura física con que se está amasando el triunfo definitivo de las actuales generaciones.

¡Lástima grande que hasta en la hermosa invocación pagana estemos equivocados, y que esta vez, nosotros, que por lo general somos tan duchos en la imitación, estemos imitando algo que no existió nunca para los griegos, ni en la modalidad ni con la significación con que para nosotros existe!

La educación física, no fue para Esparta (punto de Grecia donde más y mejor se desarrolló) sino, simple y sencillamente, una parte, o una forma de la educación militar; su razón de ser fue, esencialmente política, no higiénica, ni social, ni mucho menos moral o cultural. Sin la férrea educación física, hubiera sido imposible el ejército espartano, y sin éste, la odiosa oligarquía de Esparta no hubiera existido, toda vez que para que los 9,000 únicos individuos que se consideraban ciudadanos libres, hubieran podido sojuzgar y explotar a los otros 30,000 periecos (semi esclavos) y 200,000 ilotas (parias miserables) había menester de una formidable organización militar; que los

pusiera en condiciones de ahogar en sangre, cualquier movimiento emancipador. Es decir, la educación física en Esparta, no fue otra cosa que un procedimiento de opresión e injusticia, que hizo posible más tarde la bochornosa Guerra del Peloponeso, en cuyos abismos de furia y de dolor, se precipitó para siempre la grandes helénica; pues no hay que olvidar que mientras en las guerras de libertad de Grecia (Guerras Médicas) Esparta sólo supo morir en las Termópilas, y no tuvo otro triunfo que el de Pausanias (que comandaba un ejército de 120,000 helenos, no laconios) las victorias decisivas las ganó Atenas: desde Marathón y Salamina, hasta Micala.

¿Será pues el bochornoso ejemplo de Esparta el que deba invocarse para justificar la educación física de nuestra juventud libre, que vive en un Estado libre, donde el postulado de Cicerón “La fuerza es atributo de las bestias, sólo la razón y su ala: el verbo, son netamente atributos humanos”, valdrá siempre más o habrá de valer siempre más que “el derecho llega hasta donde llega tu poder” de Spinoza o el “Sólo Tú y tu propiedad” de Stirner?

¿Y Atenas?, se nos objetará. ¿Y las Olimpiadas? ¿La ciudad de Pericles, no profeso también el culto de la fuerza, de la belleza física, de los cuerpos desnudos que inspiraron a Lysipo, Scopas, Policleto y Mirón? ¿La hija de Palas Atenea, no fue una devota de las euritmias musculares? ¿La oda a Píndaro no saltó, como parábola de oro, sobre la rotunda parábola del discóbolo, y el mismo Sófocles, no trenzó la danza del triunfo al otro día de la Salamina?

¡Efectivamente! Nada más exacto; pero, a este respecto hay un enorme error de apreciación, que no por haberse convertido en un error clásico de Historia clásica (Cantú, Lavisse Mahaffi, Malet hasta los mismos Dury, Seignobos y Taine) debe seguirse profesando: hélo aquí a través de la genial rectificación de Spengler, ya insinuada por Oncken y Richet, y ratificada en estos últimos días por Holland Rose, Ernesto Barker, W. Flinders Petrie y Alfredo Zimmermann: Grecia profesa el culto de la belleza física (¡BELLEZA! ¿Se entiende?) pero no porque ésta sea buena o mala, sino porque Grecia solo concibe el “presente a metafísico y estático”, reducido e infranqueable, que se cristaliza en el hombre;

para Grecia no hay “sentido fáustico”, no hay devenir, no hay proceso dinámico o “producirse”, sólo hay “producto”; sólo existe una posición invariable, una magnitud definida, un esquema, un ciclo cerrado (hasta en Aristarco de Samos) una figura, en fin, cuya más viva expresión es la figura humana, en la que se cierran y de la que arrancan todas las curvas infinitas (antropomorfismo) y en la que se realizan y conjugan todas las cósmicas posibilidades. Por eso, para Splenquer, Platón, Archytas y Eudoxo son paralelos a Fidias y a Praxíteles, del mismo modo que, ya en pleno “mundo fáustico”, Gaus, Gauchy y Reimann son paralelos a Beethoven. Además, no es el cuerpo desnudo el que inspira la estatuaria helénica, es el sentido helénico de la estatuaria y la intuición estética, el “ananké” (¡Oh Boutroux!), el “Dharma” apolíneo, el que busca, el que produce el desnudo, para perpetuarlo en la estatua. El desnudo, pues, no es la causa que produce la escultura, sino el efecto o el resultado de una profunda y arcana tendencia innata (sino histórico) que, si un examen superficial de la Historia, sólo encuentra en el Estadio, una búsqueda más rigurosa halla también, y la halla mejor todavía, en el genio matemático de Euclides, Pitágoras y Apolonio.

Ahora bien, si Grecia amó y cultivó el espectáculo de la belleza física (¡BELLEZA, no hay que olvidarlo, BELLEZA SOBRE TODO!) porque especialísimas condiciones de su psicología, a ello la determinaron, ¿podrá aceptarse como una razón, el que nosotros, retrotrayendo nuestro imperativo histórico hasta un pasado que jamás podríamos vivir aunque quisiésemos, saltemos por encima del minuto fáustico que alcanzamos, para ponernos a caminar junto a los muertos; junto a los que fueron grandes precisamente porque se atuvieron a sus propias posibilidades, a sus urgencias irresistibles, a sus potencias innatas, sin que jamás se les hubiese ocurrido, por ejemplo, inspirarse en el pasado egipcio y derribar el Partenón para construir pirámides, o prescindir de sus olimpiadas para organizar cacerías como Sargón y Senakerib?

¡Claro que no pretendemos, que se prescinda completamente de la cultura física! ¡Imposible!, eso sería incurrir en otro absurdo; pero sí deseamos que

no se tergiversen las cosas y que no se siga incurriendo en las exageraciones a que hemos llegado: exageraciones de tal naturaleza, que no parece sino que los muchachos de hoy día, sólo asisten a las escuelas para hacer ejercicios físicos y estudian nada más el tiempo que les sobra, con lo cual, entre paréntesis, se sigue mutilando el ejemplo de Atenas, donde al par que el Gimnasio, existían también, la Academia, el Pórtico, el Ágora y el Anfiteatro.

De otro modo, la escuela se convertirá en una especie de circo o cosa por el estilo, de donde saldrán, no ciudadanos instruidos y justos, sino abofeteadores de oficio y maromeros de profesión, corredores de cartel, hércules de feria, etc., que darán un magnífico contingente de escándalo y pendencia a nuestros mitotes políticos, pese a sus helénicas pretensiones de héroes homéricos o esculturas olímpicas.

Y no se diga que así proceden los Estados Unidos y los más adelantados países del mundo, pues precisamente de esto se queja el más genial de los pensadores alemanes contemporáneos cuando dice, después de haber hecho, como Max Scheller y Stoddarda, la diferenciación entre CULTURA (supremo índice psíquico) y CIVILIZACIÓN (egoísmo, decadencia, aspecto póstumo y superficial de la cultura), “A la cultura corresponde la gimnasia, el torneo, el certamen agonal; a la civilización, el deporte. he aquí la diferencia entre la palestra griega y el circo romano” ...“La gimnasia alemana, desde 1913, y desde las formas provincianas que Jahan le diera, ha entrado en rápida evolución hacia el deporte. La diferencia entre una pista berlinesa de deporte de un día importante y el circo romano, era ya pequeñísima en 1924”. (1)

(1).— A mayor abundamiento podríamos las requisitorias que, contra el abuso de la Educación Física, lanzan los educadores NORTEAMERICANOS Babson y Douglas, el último de los cuales afirma (en célebre artículo publicado por la prensa de México en noviembre del año pasado), que la prueba más palpable del fracaso de la educación física en Estados Unidos es el hecho que, mientras en las últimas olimpiadas, la poderosa República del Norte se ha encontrado siempre en primer lugar, y en Colomes obtuvo 94 puntos contra 74 que sacó su más inmediato competidor, sólo UNO de los DIECISIETE elementos químicos (base del proceso industrial

Horacio Lúiziga Anaya. La luz del conocimiento

Además, por mucho que se quiera, no podría concebirse, por ejemplo, a Goethe, Cervantes, Dante y Shakespeare, disputándoles el triunfo a los tarahumaras en una carrera de cien kilómetros; ni podríase imaginar a Molière, Corneville, Voltaire y France, en una carrera de obstáculos; ni mucho menos habría quien pudiera figurarse a Tolstoy, Ibsen, Tagore, Darwin, Kant, etcétera, ensayando el salto del canguro en un concurso de natación, mientras Rolland y Ellen Kay, Papini y La Richilde, la Condesa de Noilles y Bernard Shaw, se ponían a animar un friso coreográfico, paganamente desnudos y coronados de violetas!

moderno), fue descubrimiento americano, y de los 76 premios Nobel, conferidos a eminencias intelectuales del mundo, ¡SÓLO CUATRO HAN CORRESPONDIDO A NORTEAMÉRICA! (Esta estadística comprende únicamente hasta el año de 1930).

AFIRMACIÓN, NEGACIÓN Y COORDINACIÓN

NADA MÁS CONSOLADOR, para quienes, desde hace varios años, venimos pugnando por la reivindicación espiritual de las presentes generaciones, que el magnífico espectáculo ofrecido por ese gallardo grupo de jóvenes intelectuales, que desde la tribuna pública (el libro, el periódico etc.) hace tremolar las inquietudes de su alma, puestos de pie sobre las cimas del verbo.

Para el que esto escribe, tan garrida prueba de potencialidad y de entusiasmo, constituye por sí sola, toda una reparación nacional y viene a ser el clímax redentor del extinto período trágico de la revolución.

Esto, por lo que toca a la enorme significación de tal acto de presencia de la Juventus; más, si enfriando un tanto nuestros optimismos, cometemos la ineludible irreverencia de someter a un ligero análisis la ideología de nuestro jóvenes intelectuales, dejando, dejando, desde luego, no sólo incólume de toda crítica sino erigido sobre el más alto pavés el símbolo de su gesto, no podremos menos de aceptar que, arrastrados por la fuerza de su propia generosidad o cegados por la excesiva luz de su santa locura, nuestros ilustres amigos incurren en errores e injusticias que, por el bien de ellos mismos, es indispensable señalar.

En efecto, esclavos, sin darse cuenta de las leyes que generosamente tratan de desorbitar en beneficio, preciso es reconocerlo, no de su provecho sino de la gran masa proletaria y analfabeta, actúan, más que como constructores, como demolidores y se colocan de este modo, y seguramente sin quererlo, en el segundo tiempo que fija Hegel para el proceso de la idea: en el momento de la NEGACIÓN, inmediato al de la AFIRMACIÓN pero todavía lejano del momento de la COORDINACIÓN: resultante de las solicitudes contrarias de

los otros dos, que es como el punto de equilibrio en el que se resuelve, definitivamente, el conflicto de las fuerzas antagónicas.

Naturalmente, la juventud está en su papel. Precisamente eso es lo que debe hacer: atacar con ímpetu; destruir con bravura; derribar sin miedo y arrojar la arenga de lumbre de su antorcha por encima de la tiniebla del pasado, gloriosamente esclarecida, no obstante, por los luminares de los espíritus excelsos, cuyos resplandores inextinguibles tampoco existen, a veces, para ciertos ojos impacientes que deslumbrados por las lujurias pirotécnicas de la llama vecina, no aciertan a vislumbrar la fría pero eterna palpitación de los Zodiacos.

La juventud, pues, hace perfectamente en reproducir (*toute proportion gardée*) el ademán de Amrú y erigir, sobre el cadáver de los viejos valores intelectuales, el triunfo de sus nuevos valores, no tan nuevos, desgraciadamente, ni tan buenos como ella piensa, ya que esta pobre especie humana, sierva irredenta de los más bajos imperativos, apenas si consigue otra cosa que destrozarse, repetirse o contradecirse, sin alcanzar siquiera a saber cuáles son sus destinos o sus orígenes inmediatos: Efectivamente, no hay que olvidar a este respecto que, mientras Wallace y Darwin afirman que el hombre procede del mono, actualmente Schoetensack, Ranke y Kalmman, demuestran que el mono desciende del hombre; y hasta hay sabios como Bolk, Peter, etc., que llegan a concluir que precisamente en razón directa de nuestra humanización está nuestra decadencia y que, cuanto más nos alejamos del mal llamado animal inferior (biológicamente por lo menos, más perfecto que nosotros) más nos acercamos al aniquilamiento; o lo que es lo mismo, que se es más absurdo vil y contradictorio, cuando en el ser humano hay menos cantidad de bruto.

Pero, en fin, lo repetimos una vez más, la juventud procede admirablemente al afirmar sus anhelos y sus ímpetus vitales incinerando momias, sepultando tantos cadáveres galvanizados como infestan sus aulas y transformando la inútil

La universidad, la juventud, la revolución (1934)

llanura de los cementerios intelectuales, en el paraíso de las novísimas ideologías; en el jardín de los asombros del pensamiento y la sensibilidad más avanzados, que ya no quieren cervantismos ni clasicismos, ni gongorismos, ni romanticismos, ni rubendarismos etc., sino proustismos , pirandellismos, dadaísmos, marinettismos, creacionismos, post expresionismos, etc., etc.

¡Magnífico! Inmejorable por lo que toca a la juventud; pero, como la juventud no va a ser juventud eternamente; como va a actuar en un mundo donde también hay hombres maduros y hasta no pocos ancianos; y como, sobre todo, se va a educar o se está educando, no para vivir en el minuto actual únicamente, sino para comprender todos los otros minutos, inclusive los pasados, ya que sin ellos no se podría integrar la conciencia colectiva, una de cuyas medulas es la tradición, y hasta habría que acabar con la más alta presa de la cultura “fáustica” que alcanzamos, cuyo dato principal es la historicidad: o sea nuestra capacidad de extendernos hacia el pasado y de animar el HECHO hasta convertirlo en ACTO, y de desplazar éste hasta transformarlo en ACCIÓN (Sentido arcano del hombre en el tiempo; concepto de las diversas posiciones del móvil en el espacio; ruptura de las fronteras del presente “ametafísico y ahistórico,” para podernos remontar hasta los orígenes, sin cuya dirección retrospectiva, no sólo toda Historia, sino toda Filosofía y toda Religión, serían imposibles). En fin, como la juventud, llenando lógica, bella y valientemente su misión, en este caso está colocada en el extremo de los negadores del filósofo alemán, preciso es que, sin abandonar sus barricadas, procure serenar un poco sus generosas pasiones, para que, junto a la gallardía de su grito, se escuche también la voz rotunda de los afirmadores, y pueda, como un resultado de ese duelo nobilísimo, surgir la armonía coordinadora –fin supremo de toda elevada educación– que será la que definitivamente cristalice el espíritu de la cultura contemporánea, indiscutiblemente apuntada hacia el más avanzado porvenir, pero enraizada, inevitablemente, en el más profundo y sabio de los pretéritos.

En efecto, el autor de estas líneas está perfectamente de acuerdo con la total selección y renovación del profesorado; con la implantación de planes y métodos modernos; con la supresión de enseñanzas inútiles y hasta con la urgentísima introducción de ideas ultraístas, que tanto en Historia y Literatura, como en Sociología, Derecho, Economía y si es posible en las Ciencias exactas y naturales, nos pongan al compás de los tiempos y nos den una conciencia más clara de la época en que vivimos. Es más, en diversas ocasiones y mucho antes de que nuestros ilustres y jóvenes amigos lo proclamaran, desde las columnas de la prensa lo proclamó el que escribe, en los artículos: La Escuela y la Revolución, El Triunfo de la Nueva Escuela, La Reorganización de la Preparatoria, El Doble Problema de la Preparatoria, El Problema de la Juventud, publicados en 1924, 1925 y 1926; pero, es indispensable convenir en que no sería justo, ni pedagógico, ni cultural, suprimir de una plumada todo el tesoro de las literaturas pretéritas; apartar de nuestros ojos, ya que no apagar, porque están tan altas, que seguirían brillando a pesar nuestro, las auroras eternas de los espíritus definitivos, que no tiene ni ayer, ni hoy, ni mañana, porque son de siempre; y arrancar de la Historia páginas ilustres que constituyen nuestros mejores antecedentes: que son huella o reflejo de la vida de quienes nos hicieron llegar hasta el lugar que ocupamos, y que, aparte de fortalecernos con su ejemplo y de coronarnos con el resplandor de sus acciones, facilitan un apoyo y brindan un plinto a nuestra personalidad deleznable, que, si no podría crecer sin el futuro, tampoco podría ser sin el pasado y tendría que rodar irremisiblemente, si tratara de prescindir del sustentáculo de sus orígenes, como la estatua de un orgullo diabólico que al par que fuese magnificando su talla, estúpida y tercamente, fuese minando su pedestal.

¡Sí!; Que se enseñe el estridentismo, el ultraísmo, el impresionismo, el simultaneísmo, etc. Que nuestros jóvenes eruditos nuestros “niños terribles,” partiendo de los ya clásicos Papini, Gide, Barbusse, Proust, Pirandello, Cocteau, Rolland, Valery, se sepan de memoria a Apollinaire, Huidobro, Joyce, Marinetti, Iwan Goll, Beaudin, Worohieck, Stephen George, Samiatin, Ivanow, Juarros,

La universidad, la juventud, la revolución (1934)

Dalmeida, Leonov, Jarnés, Tokutomi, Sldovow, Saornil, Setimelli, Hamsun, Gladkov, Pagnol, Ilenting, Zweig, Sutter, Lewis, Istrati, Beer, Edwards, Bello, Bartoloza etc. Que, en pintura y escultura, nuestros representantes Orozco, Rivera, Rozo, y Ruiz, capitaneen una formidable cruzada renovadora que acabe para siempre con las “academias”, pinturas y esculturas de salón y dé al traste con el arte de exposición y gabinete (¡Nada de Renoir, Monet, Sisley, Cezanne, Dunikowsky, Bourdelle, Rodin... Pero ni siquiera de Picasso y Julio Antonio!) ¡Extraeremos el arte de nuestro propio medio! Que, en música, los dinámicos Julián Carrillo, Revueltas, Chávez, nos hagan familiares a Turina, Maupau, Bartok, Stravinski, Ravel, Holst, Bridge, Respigi, Ireland, Goosens, Malipiero, Casella, Honegger, Ladmirault, Koechlin, Ducasse, Pizzeti, Maheeler, Bax y Shoemberg. Que, en arquitectura, y arrancando de Von Velde, Olbrich y Von Hoegen, nuestros jóvenes artistas se inspiren en las atrevidas concepciones de Glave, Laprade, Jaussely, Saupique, Olivier, Lambert, Moojen, Zweedyk, Strohmeier, Has Schierloch y Birkunholz. Y que, por el mismo tenor se proceda en todos los campos del conocimiento. En psicología, por ejemplo: Delmás, Boll, Freud, Croce, Dupré, Dumás, Janet, Young, Kostlyeff, Fleury, Kuliseiaf, Marañón, Hidiggns, Sully, Laugier, Politzer, Katz, Klemm, Sourbled, Spranger, Kierkenggaard, Mach, etc. En estética Hegen-Bernard, Dubufe, Volket, Neumann, Kendisky, Hildebrand, Wolfflin, Arnaiz, etc. En Matemáticas, Mecánica y Física: Gaus, Cauchy, Bonola, Einstein Born, Shlik, Guttman, Freundlich, Mundi, Eddigton, Poincaré, Riemann, Stallo, Tesla, Bolton, Zitloztky, Millikan, Vallarta, S. Prieto, V. Gama y J. Gomeztagle (estos tres últimos mexicanos). En Química (mineral, orgánica, mecánica, matemática y biológica) Fisiología, Fisiopsicología y Psicopatología: Kramers, Holst, Cabrera, Rinne, Reiche, Pechmann, Stock, Scklenk Heule, Plans, Rius, Luanco, Carracido, Weyl, Loewental, Loeb, Pfeffer, Vezwer, Kloastch, Starlling, Barnens, Brunet, Haeblerlin, Farges, Ferriere, Freud, Marañón, Kierkegaard, Spranger, Surbled, Voivenel, Vinchon. En Botánica, Historia Natural y Biología, siquiera Agassis, Gaultier, Sthandfuss, Jaga-

dis Bosse, Edward Step, Cabrera, Zuleta, Lemounier, De Buen Uëxhül, Gades, Driesch, Keibel, Mall, Devries, Bolk, Pfuhl. En Geografía y Antropogeografía, por lo menos Wegener, Ritter, Reclus, Ihering, Suecs, Haug, Dantin Cereceda, E. Granger. En *Ética y Pedagogía*: Brentano, Guyeau, Arreat, Le Bone, Driesch, Durpat Puron, Moore, Noguera, Herder, Olphe-Galliard, Rusell, Surbled Bois, Weininger, Sighele, Ellen Key, Holtzendorff, A. Kuliseiav, L. Blum, etc., En *Historia y Filosofía de la Historia*: Oncken, Xenopol, Rickert, Burdach, Besold, Barker, Hartmman, Spengler, Mundó, Worringer, Landsberg, K. Roth, Altamira, Arnold, Haberlandt, Vedel, Hoerness, Sternfeld, Rosse, S. Konow, Burckhart, Richet, Baechner, Karl Krauss, Syhel, Reinach, Pijoan, Ludwing, Lytton Strache, Gunther etc. Y en *Lógica, Filosofía, Sociología y Economía*, entre otros muchos: Pfander, Lapie, Mercier, Lipps, Grau, Husserl, Patrascoiu, Scheller, Keyserling, Messer, Busse, Cohn, Lamdsberg, Otto, Simmel, Burnouff, Bedixen, Heimsoeth, Pischel, Brand y Deutschbein, Bunge, Cresson, Vorlander, Wulf, Wundt, Wentscher, S. Blanes, Stoddardd, Schweglar, Vacherot, Vecchio, Van Der Borght, Ferri, Fuchs, Ihering, Engels, Marx, Trostky, Rerrara, Ferrero, George, Giddings, Gettell, Gorki, Gumplovicks, Heller, Hobhouse, Krelinger, Soto Hal, Sokoloff, Starke, Staudinger, Ward, Yugaff, Venturino, Tougan-Baranowski, Turmann, Stare Jordan, Sombar, Goldsmit, Kleinwachter, Lexis, Renault, Vocke, Vaccaro, Wigodzinski, Chapman etc., etc.

¡Si! En hora buena que se reanime a nuestras anémicas y contrahechas instituciones educativas con una poderosa inyección de ideologías y conocimientos novísimos; pero que no se eche en saco roto cuanto de bueno y grande se ha destacado en el campo del pensamiento y de la acción humanos, pues equivaldría a mutilarnos y a dejarnos en peores condiciones de las presentes.

Que se enseñe a los jóvenes de hoy a admirar lo óptimo donde quiera que se encuentre y sea cual sea la escuela a que pertenezca y el lugar y tiempo en que haya culminado. Si todo es condicionado y contingente; si no hay valores aislados de los imperativos espaciales, temporales, biológicos y psicológicos,

La universidad, la juventud, la revolución (1934)

proclamemos, no que nada más lo del día vale, sino que lo de ayer vale también, tanto por lo menos como lo de hoy, si en el fondo de ambos existe un punto común de excelstitud.

De este modo, no sólo estaremos más cerca de la realidad, sino de la justicia, ya que ninguna culpa tuvieron los grandes hacedores, pensadores, contemplativos y sensitivos de antaño, de no haber podido anticipar sus vidas para dejarnos completamente satisfechos; pues ellos en su época fueron tan modernos como todos esos generosos y talentosos muchachos que ahora creen animar las actitudes más avanzadas, pero que, víctimas inevitables de los cambios sociales y de las transformaciones cósmicas, también parecerán anticuados a quienes irremediabilmente habrán de llamarlos viejos, decadentes y reaccionarios, si no se aprestan a dejar a sus hijos, en vez de un saldo de odios infecundos, de juicios unilaterales y apreciaciones mezquinas, una herencia de amplia comprensión, de serena tolerancia, de generosa armonía; en fin, de coordinación integral, sin la cual el espíritu de la juventud actual no será ni podrá ser otra cosa que un campo más, de luchas estériles y pependencias intestinas.

¡La juventud, pues, hace bien en marchar, a paso de carga, al porvenir, pero no debe olvidar nunca que la enseña que la guía a la victoria es la misma que empuñaron sus mayores: los pobres muertos denostados u olvidados que hoy vigilan y bendicen sus pasos desde la tumba!

N. B.— Del movimiento reivindicador en pro de la masa proletaria y analfabeta así como del impulso decidido del arte vernáculo nada decimos, porque esa ha sido nuestra tesis desde hace seis años.



LA SOCIALIZACIÓN DEL ARTE

HACE ALGÚN TIEMPO (2 o 3 años) cierto grupo de escritores, pro-
hijado por la Dirección de Acción Cívica del Distrito Federal, abrió al público
una exposición de poemas inspirados en un NOVÍSIMO y flamante criterio
socialista, o mejor aún, según creemos entender, laborista, agrarista y proletario.

Semejante cosa nada tendría de extraño entre nosotros, sobre todo en este ins-
tante de reajuste de valores, evolución de modalidades, creación de escuelas, etc.,
etc., si no fuese por la reconocida competencia de los expositores (verdaderos tem-
peramentos artísticos, inteligencias claras y nobles) y, sobre todo, por el apoyo ofi-
cial de que disfrutaban, lo que nos obliga a pensar que, evidentemente, la Revolución
hecha Gobierno está de acuerdo con la ideología y finalidades del grupo citado. Y
como tales concepciones estéticas e ideas sociales, pueden muy bien dar lugar a una
mayor desorientación de la juventud intelectual del país, que se encuentra en víspe-
ras de cambiar El Quijote por cualquier “corrido” y de colocar “Las Mañanitas” por
encima de la “Novena Sinfonía,” el autor de estas líneas ha creído necesario refutar,
de una manera precisa, los puntos esenciales en que se apoya, la, no por equivocada,
menos noble labor de esta nueva falange innovadora.

1°.- Los paladines de la bella idea exigen que “la obra artística tenga un
contenido ideológico o espiritual (¿lo ideológico no es espiritual?) “de acuerdo
con la época de lucha económica en que vivimos” y que la realización estética se
anime en propósitos colectivistas al contrario del arte contemporáneo (reflejo
del capitalismo) individualista por su contenido, sus objetivos y sus temas”.

Pues bien, el generoso grupo de “obreros especializados en su arte” da, con su
primer postulado, un magnífico mandoble en el viento, por la sencilla razón de
que no hay arte (ni el más reaccionario de todos, y aun mucho antes que “el

antediluviano Hipólito Taine” lo proclamara) que pueda, aunque quiera, substraerse a las influencias de medio y tiempo que condicionan, o por lo menos, modifican, hasta las actividades artísticas de los genios más poderosos. Y como este criterio es ya tan viejo, resulta que los señores reformadores proclaman una gran verdad, que no es suya ni es de ahora, y tratan de substituir el gorro frigio de Tinville por el chambergo de raso del marqués de Breuzé. En efecto, cualquiera puede darse cuenta de las modificaciones que ha sufrido nuestra poesía al contacto de la época, no sólo en su temática, sino en la libertad de su forma: polisintetismo, versolibrismo, impresionismo metafórico, etc. Lo que pasa es, que, si no opta sistemáticamente por el liderismo poético, es porque una cosa es el arte y otra cosa la propaganda literaria de partido. Además, los paladines de la nueva cruzada parecen olvidar que todo acto de creación estética (desde Hegel hasta Volkelt, Kervinsky y Neumann) tiene que ser, forzosamente, un acto de afirmación individual (no se concibe que, para producir una obra artística, fuera de los casos excepcionales en que existe de por medio una perfecta correlación psíquica imaginativa, ideológica y técnica, se convocara a una asamblea de obreros y campesinos, a fin de que, entre todos, escribieran una obra, pintaran un cuadro o compusieran una sinfonía). Es más, cuanto más perfecto, cuanto más grande, cuanto más perdurable sea una obra de arte, tanto más tiene que ser producto de una actividad SINGULAR y EXTRAORDINARIA que, cuando alcanza las supremas alturas del genio, es casi ÚNICA; lo cual no quiere decir que sea, no digamos antitética, pero ni siquiera mínimamente ajena a las características de tiempo y lugar donde se desarrolla, pues, hoy ya todo el mundo sabe que si el genio es una fuerte y extraña individualidad, es una individualidad en la que se afirman, depuradas y magnificadas, las ansias y aspiraciones, las angustias y las esperanzas, no sólo del pueblo, de las mayorías proletarias y trabajadoras, sino del hombre específico, de la criatura humana, de la humanidad, en fin.

Así acaeció con la *Ilíada*, obra suprema del genio ateniense, que no es Homero, ni siquiera el producto exclusivo de unos cuantos rapsodas, sino GRECIA

La universidad, la juventud, la revolución (1934)

TODA a través de la lira; toda el alma helena que se fuga en el vuelo sonoro de las estrofas inmortales. Así sucedió con LA DIVINA COMEDIA, que no es DANTE, sino la Biblia de la Edad Media, o TODA LA EDAD MEDIA, cuyo espíritu sombrío y delicado, batallador y ferviente, parece llegar hasta nosotros en las magníficas resonancias de los tercetos de bronce, que ocultan en sus ritmos recónditos, el gorjeo de plata y oro de los madrigales de Beatriz. Y lo mismo pasa con Miguel Ángel (humanismo de la sensibilidad creadora, “pathos trágico” ¡Oh Spengler!, de una cultura que inútilmente trata de expresar su sino histórico con modalidades propias, pues el ímpetu de las nuevas alas, atado en los hombros de los viejos símbolos, sólo consigue levantar muchedumbres atormentadas o coléricas, como las que parecen hacer trepidar, con el huracán de sus ansias y de sus pasiones, los muros formidables de la Sixtina!) lo mismo pasa con Buonarrotti, que no es él, sino el clímax supremo del racionalismo estético, del mismo modo que Calvino y Lutero no son ellos, sino el instante definitivo del racionalismo religioso, y Mirabeau, Dantón, Robespierre, Marat, etc., no son ellos, sino los más potentes clarines de la Revolución Francesa que, a su vez, no es otra cosa que la suprema expresión del racionalismo político y social del siglo XVIII.

Conste, pues, que, no obstante sus características personales tan profundas, son precisamente los hombres superiores, los prohombres, los singulares o geniales, aristócratas de la sensibilidad, la imaginación, la cultura y la voluntad, quienes mejor traducen las ansias de las mayorías; quienes con más fidelidad y eficacia hacen surgir las recónditas inquietudes, las inconfesadas protestas, las mudas rebeldías o los informes anhelos de las masas, y quienes, como en vulgar, pero en gráfica imagen, decía Lord Macaulay, lo mismo que las testas de las montañas (ya que son verdaderas eminencias humanas sobre los valles de los pueblos) ven antes que nadie la luz de las nuevas auroras, y cuando los ojos de los de abajo ya no ven nada, todavía distinguen los últimos destellos de los soles agonizantes y atisban los primeros resplandores de las estrellas recién nacidas!

2°.— Los apóstoles de la nueva doctrina pretenden llegar al pueblo por el camino más corto y por ello, en vez del libro de lujo “propio de los especialistas”, prefieren la exhibición cartelaria de sus poemas en los lugares más frecuentados por el pueblo.

Semejante idea, cuya nobleza aplaudimos sin reservas, adolece, sin embargo, del siguiente error: Una cosa es el procedimiento estético y otra la forma de publicidad. Uno atañe a la ideología y técnica artísticas, el otro al sistema o a la técnica de la difusión material de los productos artísticos. Uno pertenece al arte, el otro a la imprenta, si quiere, a la rotulería, o mejor aún, a la propaganda cartelera, que es el sistema usado por los escritores en cuestión. Naturalmente, esto último, es decir, el procedimiento que se siga para hacer llegar las obras hasta el pueblo, nada tiene que ver con la índole (literaria no tipográfica) popular, de las mismas, pues aun cuando se exhibieran escritos en cartones y en plena barriada de Tepito, los más finos poemas de Darío, no por este sólo hecho se iban a transformar en “calambures”. Pero hay algo más grave aún, los expositores aseveran que el problema de la socialización del arte consiste en rebajar el arte hasta el nivel intelectual del pueblo, para que, el pueblo lo comprenda, y esto no puede ser, ni más absurdo para el arte ni más injusto para el pueblo, toda vez que —fruto, al fin y al cabo, de larga especialización; índice supremo del espíritu humano, en el que la especie se dignifica y torna perdurable; victoria alcanzada por las infinitas selecciones psíquicas, sobre la biología inferior que sólo quiere vivir, según la fórmula de Bernard, asimilando y desasimilando— el arte no puede ni debe rebajar nunca, sino antes bien, aumentar cada día sus excelencias y el artista no debe dejar de perfeccionar, ni un solo instante, su técnica y acrecer sus cualidades; del mismo modo que Cristo (el primer y más grande socialista, según Barbusse), no obstante haber nacido entre los pobres, lejos de revolcarse en las lujurias, odios y miserias de sus semejantes, para que lo comprendieran y amaran más, procura que asciendan hasta la aristocracia de su perfección moral los corrompidos; logra que lo sigan los peores en fuerza de convertirse y superarse y proclama, como un corolario del verdadero espíritu de su doctrina superior y con una precisión que no deja lugar a dudas: “muchos son

los llamados y pocos los escogidos”. Pero, además, hay en semejante afirmación, como ya lo decíamos, una grave ofensa al pueblo, pues da a entender que bajamos hasta él porque creemos que es imposible que él mismo, por su propio esfuerzo o por la educación que debemos darle, llegue hasta nosotros, a semejanza del pueblo alemán, que jamás ha pensado en convertir las obras maestras de Hendel, Bach Haydn, etc., en lecciones de música al alcance de todos; cuyos orfeones están acostumbrados a cantar las más sublimes producciones de sus genios, y que, en vez de vestir a Beethoven de overol, respetuosamente se descubre al penetrar en el templo sonoro del más grande de sus músicos.

No derribar idiotamente a los de arriba, para que todos nos hallemos abajo, sino cultivar, instruir, iluminar, en fin, elevar a los de abajo para que todos nos encontremos arriba, he ahí, en nuestro concepto, la verdadera fórmula de una bien entendida labor de socialización. La igualdad en lo mejor, no la igualdad en lo peor, debe ser nuestro grito, ya que no es justo, ni que disminuyamos lo que tanto y tantos siglos ha costado a la naturaleza y al espíritu, ni que neguemos a los humildes la lenta pero indispensable preparación, sin la cual jamás podrán comprender ni amar las obras máximas del genio, con las cuales la humanidad se redime de sus lacras y la bestia se reivindica de sus culpas.

Recordemos que hoy la democracia, ya no es el gobierno del pueblo, para el pueblo y POR EL PUEBLO, sino el gobierno del pueblo, para el pueblo, por LOS MEJORES DEL PUEBLO.


¿Acribillar los muros de las “logias” vaticanas; edificar con los sillares del Louvre chozas para los labriegos; envolver a los mendigos con los lienzos inmortales y calentar a los huérfanos desvalidos con una hoguera alimentada por las maderas insignes de las maravillosas sillerías coloniales?...;No, imposible; este no sería un gesto de piedad, sino de barbarie!...;Demos, mejor, un poco de nuestro pan al mendigo, dignifiquemos al paria, levantemos el nivel intelectual y moral del pueblo; después de haber resuelto su problema económico, y sin rebajar un ápice la grandeza de las obras eternas de la belleza y de la sabiduría,

procuremos llevar a todos nuestros semejantes, hasta esas regiones sublimes en que un minuto de contemplación y un instante de éxtasis, bastan para redimirnos de toda una existencia de maldad!...

A mayor abundamiento, no deben olvidar nuestros socializantes innovadores que, antes que ellos, ya habíamos tenido (entre otros varios como Galván, Inclán, Micrós, Facundo, etc.) escritores GENUINAMENTE POPULARES: el autor del Periquillo, Fernández de Lizardi, y Guillermo Prieto, el romancero de la chinaca, cuyos versos llegaron a lo más íntimo del corazón del pueblo. Esto sin contar a Venegas Arroyo, cuyos “corridos” no podrán ser superados por el mejor folklóreda contemporáneo. Y no hablemos de LOS DE ABAJO, del doctor Azuela, ni de la obra genial de Diego Rivera, porque ambos, por su talento superior, por su sólida cultura, por su perfección técnica (sobre todo el pintor) son dos artistas que ni pertenecen al pueblo ni han sido comprendidos por él. Su fama es obra de los espíritus superiores de nuestro tiempo; su prestigio es fruto de la más inteligente crítica de nuestros especializados y sus méritos, más que entre nosotros, y sobre todo, mejor aún que entre nosotros, han sido aquilatados por los extraños, que están muy lejos de pertenecer a nuestras masas campesinas, obreras y proletarias.

¡Sí, mejor hagamos obra de belleza sin arrepentirnos nunca de ello, y eduquemos, por otra parte, al pueblo, cada vez con más ahínco, cada vez con más amor, para que sea capaz de percibir las más elevadas manifestaciones estéticas: No le neguemos la perfección perceptiva y comprensiva que hoy es patrimonio de unos cuantos, y ya veremos cómo el pueblo, por sí mismo, va hasta los más altos, sube las más enhiestas cúspides, escala las supremas alturas del genio, y nos da mil veces las gracias, porque, en vez de haberle entregado excelsitudes convertidas en miserias y de haber apagado los luminaires de los espíritus superiores, para arrostrarlos en sus sombras, trocamos sus miserias en excelsitudes y convertimos sus sombras en alboradas de belleza de sabiduría y de bondad, para elevarlo de ese modo, desde el infierno de los explotados hasta el paraíso de los elegidos!

DISCIPLINA

OMETIMIENTO de lo inferior a lo superior; subordinación de lo orgánico a lo funcional; de lo fisiológico a lo psíquico, y de lo psíquico, en progresión creciente, a lo útil, a lo bello y a lo moral. Coordinación de lo diverso y heterogéneo, en la misma homogénea finalidad; encauzamiento de las actividades disímiles en el sentido de una dirección afín; sistematización de los instintivo de acuerdo con lo inteligente; de lo material con lo espiritual; de lo individual con lo colectivo; de lo parcial, efímero y actuar con lo total, eterno y trascendente (Filosofía); de lo real, biológico, fenomenal, morfológico, con lo psíquico simbólico, imaginativo y emotivo (Arte); de lo más puro de lo humano, con lo mejor de lo divino (Religión)...De todas estas maneras y otras más, puede expresarse lo que se entiende por disciplina; pero, a través de esa variedad de conceptos, se perfila perfectamente la idea de que la disciplina es el medio sin el cual, ningún fin individual o social puede alcanzarse, y que, en el fondo de toda actividad, hay siempre, resuelto o por resolverse, un ineludible, un inaplazable problema disciplinario.

Nada de extraño tiene pues, que, al tratarse de cuestiones educativas, lo primero que se imponga y trate de resolverse, sea el fundamental problema señalado; pero, como a este respecto, existen lamentables confusiones de interpretación y aplicación, a guisa de complemento de cuanto llevamos escrito acerca de esta materia, permítasenos, aventurar las siguientes opiniones:

En nuestro humilde concepto, hay, fundamentalmente, tres clases de disciplinas: En primer lugar, la del terror, basada en la fuerza y el misterio: poder de los jefes omnímodos; furia de los elementos; acometividad de las fieras; en fin, lucha del medio implacable contra los primeros hombres, inermes y semi-

salvajes. Y vacío de lo inexplicable; tiniebla de las inteligencias embrionarias, incapaces de explicarse los fenómenos naturales; abismo sin fondo de la criatura casi animal que se encuentra, rodeada por todas partes, de poderes invisibles; de voluntades tiránicas; de caprichos despóticos, ante los cuales no cabe otra cosa que el incondicional y sistemático sometimiento. En segundo lugar, la disciplina consciente, o sea la disciplina de la convicción, patrimonio del hombre racional, inteligente y culto. Esta que es la disciplina de los hombres y de los pueblos civilizados, constituye, para muchos, la verdadera, la única disciplina; la disciplina por antonomasia. Y, por fin, en tercer lugar, la disciplina más bella y más alta; la más fecunda y más noble: la disciplina del amor, que nace de la simpatía; que tiene el entusiasmo como medio y el sacrificio como fin, y que, por trasponer los límites de lo utilitario, y en no pocas veces de lo humano específico, más que como una realidad, tiénesela como un ideal muy raras veces alcanzado por unos cuantos privilegiados, en ciertos momentos de la más pura espiritualidad.

Estos tres tipos de disciplina, en sus formas evolucionadas, han dado lugar a las hoy conocidas por disciplina del rey; disciplina del sabio y disciplina de Dios: o expresado de otra manera: disciplina militar; disciplina científica y disciplina religiosa: la de los súbditos y soldados; la de los hombres cultos y ciudadanos libres; y la de los místicos, devotos o creyentes.

Ahora bien. ¿Cuál de estas clases de disciplina será la que debemos aplicar en materia educativa? ¿La rígida, la implacable, la férrea del militar, en la que, por absurda y cruel que sea una orden “primero se la respeta y luego se la discute”? ¿De ningún modo!... ¿Será la religiosa, la mística, la que entrega, total e incondicionalmente, la criatura a su creador; la que se traduce en alegre conformidad y es todo un acto perenne de obediencia, de mansedumbre sublime, cristalizada en la seráfica expresión “Fiat Voluntas Tua”: “¡hágase, Señor, tu voluntad!”?... ¿Imposible!... ¿Será, por fin, la disciplina científica perfecta pero fría; justa pero rígida; inteligente, consciente, culta; precisa pero indiscutible como axioma; exacta, impecable, pero insensible como un silogismo? ¿Tampoco!

¡Tampoco esta disciplina es la que debe preferirse en materia educativa a pesar de lo que piensen en contra cuantos creen que el rigor inteligente y la obediencia sistemática, basada en la razón, pero ayuna de toda simpatía y privada de toda sensibilidad afectuosa, deben ser la base de las actividades de la escuela.

En efecto, si la misión de la escuela no es sólo INSTRUIR sino EDUCAR, y si la educación implica la más elevada y pura forma del amor —¿No ha dicho el filósofo que enseñar con amor, es enseñar dos veces, y no reza el precepto: “Enseñar al que no sabe”?— la disciplina que debemos implantar en los centros educativos, ineludiblemente tendrá que ser una disciplina basada en la simpatía humana; en la afectuosa comprensión de discípulo y maestro; en la convicción, no nada más científica, sino moral, de que debemos proceder conforme a determinados medios, plenos, ellos mismos, de generosidad, para poder alcanzar determinados fines en los que el interés de cada uno, no debe redundar nunca en perjuicio del interés de los demás. Mejor dicho, la disciplina escolar sobre todo la disciplina de los altos institutos de cultura, y en general, la disciplina aplicada a todo grupo estudiantil, y a cualquier centro intelectual, pero principalmente a aquellos que tienen una función directriz en el conglomerado, debe ser una especie de síntesis, de la disciplina científica sensibilizada, mejor aún, humanizada, y de la disciplina religiosa, adaptada a nuestras condiciones de vida y de conciencia; más tolerante, más cordial. Una disciplina sólida, luminosa, inteligente, racional, como la del sabio, pero al mismo tiempo, plena de irradiación simpática: suavizada por el más indulgente afecto; estremecida por el más alto entusiasmo; ennoblecida por el más generoso amor.

De otro modo, si tratamos de conducir a la juventud con la disciplina del garrote (¡En el héroe se llama espada y cetro en el rey!), o siquiera con la inflexible y fría, aunque iluminada de razón, disciplina científica, fracasaremos rotundamente, y aun cuando, por de pronto nos regocijara el espectáculo de la multitud estudiantil perfectamente sumisa y marchando a paso de ganso, a

donde nos viniese en gana conducirla, posteriormente tendríamos que darnos cuenta de que los resultados eran sólo formales; de que habíamos disciplinado cuerpos, pero no espíritus; de que habíamos organizado un maravilloso ejército de monigotes; cuando no nos convenciéramos, ¡y esto sería lo peor!, de que, concluida la opresión material y fuera ya los educandos de nuestra férula, los tímidos se volvían rebeldes; los sumisos se convertían en agitadores; los prudentes en osados, los resignados en inconformes; los mansos, metódicos y cordiales, en destructores sistemáticos y enemigos de todo orden y toda razón, porque jamás nuestra absurda disciplina de sargentos con toga y capataces de birrete, había logrado convertirse en carne y espíritu; en vida y conducta; en acto, pensamiento y sensibilidad.

Realmente, indiscutiblemente, estos son los dos únicos y desastrosos resultados que puede producir la disciplina de la convicción inflexible, aunque esté basada en la inteligencia, si no está saturada de simpatía, si no se encuentra embalsamada de amor: Primero, acabar para siempre con la iniciativa de cada quien; aplastar en sus orígenes, la capacidad de acción, la libre voluntad y el criterio individual de los jóvenes, que es precisamente lo que debe crear y desarrollar, en la juventud, la escuela moderna, si aspira a llenar su verdadero cometido, sobre todo en esta época de lucha sin cuartel en la que solo triunfan los caracteres dinámicos y vigorosamente definidos. Y, segundo: tornar hipócritas a cuantos, sometiéndose por necesidad, a los imperativos de la fuerza sistemática y sistematizada, van creando, dentro de ellos mismos, disimulados sentimientos de rebeldía, movimientos de protesta, fuerzas reactivas, en fin, que al cesar el imperio ejercido materialmente sobre los espíritus adolescentes, se desfogan y estallan en formas extremas, traspasando los límites de lo previsible, hasta dejar absortos a los propios pedagogos rigoristas que no pudieron prever que dentro del cuerpo del recluta alentaba ya el alma del rebelde!

¡Eunucos sin voluntad, sin personalidad y sin criterio o nihilistas, avorazados e implacables, sin escrúpulos, sin pudor, sin misericordia, he aquí lo único que

La universidad, la juventud, la revolución (1934)

puede producir el sistema disciplinario de los que olvidan que si Sócrates es la sabiduría, Platón es la sabiduría y la belleza y Jesús, que es el verdadero maestro, el único Maestro, el maestro divino, es la sabiduría y la belleza, pero sobre todo el amor!...



EL PROBLEMA DE LA JUVENTUD⁽¹⁾

*El mejor regalo que el cielo hace
a los hombres es el de ponerlos en
el caso de ser útiles a sus semejantes
y enseñarles la virtud.*

Pitágoras

*Hagamos lo posible por llevar lo
que hay en nosotros de divino a
lo que hay de divino en el
Universo.*

Zenón el estoico

POCAS VECES, como ahora, la desorientación de la humanidad había sido más grande y el caos de los conflictos sociales más intenso. Se dijera que el espíritu naufraga irremediable e indefinidamente, o que se precipita en la entraña espantosa de los laberintos de Alighieri.

Sobre las cúspides de los grandes ideales no se abre ya la rosa de la aurora ni se deflagra el corazón de la estrella. Los ejércitos no tienen banderas; las colectividades han perdido sus apóstoles, sus caudillos, sus antorchas vivas, abnegadas y vigilantes; no hay clarines, ni guiones, ni estandartes; en fin, no sabemos por dónde, ni cómo, ni a dónde vamos. En el desenfreno incontenido de nuestras pasiones hemos pisoteado

(1) Las siguientes líneas constituyen la reconstrucción (basada en una versión taquigráfica) de una conferencia sustentada por el autor. De ahí su tono y carácter inconfundiblemente oratorios. En igual caso se encuentran otros artículos de este libro: “El Día del Estudiante”, por ejemplo.

todos los símbolos y deshonrado todas las divisas. ¡Ya no soñamos, ya no esperamos, ya no creemos! Después de haber crucificado al Galileo, hemos seguido crucificando, día a día, y una a una, todas las virtudes, las bondades, las grandezas y las misericordias. A los paraísos que ensanchaban nuestra vida en el más allá, hemos sobrepuesto el goce instantáneo e inmediato que sacia las hambres actuales. Próximos a ascender los últimos peldaños de la escala aristotélica, hemos retrotraído nuestra acción hasta las primeras formas evolutivas de la especie, y cuando, al conjuro de los santos, de los héroes y de los filósofos, comenzábamos a sentir que nos nacían alas; al influjo brutal de las urgencias económicas del “*homini lupus*” de Hobbes, hemos descendido hasta la bestia, y de la bestia, más atrás aún que de la planta, vamos descendiendo ya hasta la cosa, hasta la materia sorda, inerte y fría, que sólo se mueve con los resortes de las dinámicas irresponsables y que, sin saberlo, se precipita a donde la arrastran las solicitudes arcanas de las gravedades ineludibles.

¿Por qué? ¿A qué se debe esta cerrazón que ahoga nuestros horizontes; esta miseria que corrompe nuestros espíritus; esta degeneración que aplasta nuestras excelsitudes?

Evidentemente que ninguno sería capaz de fijar, de una manera precisa, las causas téticas y trascendentales que han originado los desastrosos efectos que alcanzamos; pero sí, desatendiéndonos de los móviles ignotos, de los conflictos invisibles e inescrutables, que, desde el pasado y a través del cosmos geológico y biológico, vienen produciendo y preparando el actual estado de cosas; si, menos sibilinos, nos conformamos con ser más exactos, sin dejar por esto de ser profundos; si nos ponemos en contacto con nosotros mismos y nos resignamos a hacer nuestra propia vivisección, no podemos menos de concluir que, la causa esencial, próxima y fatal de la miseria en que nos debatimos es, sobre todo y ante todo, la pérdida de la responsabilidad moral de los individuos y de los pueblos; la carencia casi absoluta o absoluta completamente de los impulsos generosos; la desaparición de los fecundos ideales; el afán estúpido de realizar, a costa de los intereses nobles, los mezquinos intereses; el delirio, la locura de exprimir, hasta

dejarlas exhaustas, las ubres del instante que abarcamos, sin importarnos para nada las reservas vitales que hemos de dejar a los que vienen detrás de nosotros, reclamando su lugar en la sucesión de las edades y en la realización del Universo.

¡Hambre!... ¡Hambre de tenerlo todo, de consumirlo todo, de absorberlo todo! ¡Hambre de riqueza; hambre de poder; hambre de prestigio; hasta hambre de fama, de gloria y de idolatría! ¡Hambre que no se sacia con nada! ¡Hambre que comienza a despertar bajo la protección de las complacencias y complicidades, de nuestros allegados (padres, hermanos y amigos) y que, ya despierta completamente, se afirma y triunfa contra nuestros mismos padres, hermanos y amigos, armando el puño de Tarquino y haciendo pasar la bárbara carroza sobre el cadáver de Servio Tulio!...

He aquí la causa de nuestro desastre: mas, ¿cuál es, pudiera decirse, la razón de esa causa? ¿A que a quién o a quiénes se deben semejantes monstruosidades? ¿Por ventura un avatar ciego ha sido el que, en pleno triunfo de la civilización, nos hace ofrecer el espectáculo de la más completa depravación individual y específica?

¡No! La naturaleza puede ser impasible, agresiva, torpe, criminal, cuando se encrespa en el mar, se incendia en el relámpago o se agita en el torbellino, pero, cuando la naturaleza ha llegado hasta el hombre (¡Oh Darwin, Hegel, Spencer, Eliseo Reclus!), o, si queréis, cuando el hombre ha aparecido coronando a la naturaleza (¡Oh Janet, Balmes y Mercier!) no podemos aceptar, ni la irresponsabilidad de las acciones, ni la fatalidad de la conducta, ni el determinismo de la pasión, de la miseria y del crimen.

Fuerza es, pues, que se halle, en el fondo de todo este desquiciamiento algo de voluntario y de consciente que nos haya empujado hasta esta catástrofe, de la cual, en parte, tenemos la culpa por nuestra cobarde pasividad, pero de la que, en una gran proporción, resultamos inocentes.

Si aceptamos, de acuerdo por igual, con sociólogos, psicólogos y filósofos, que, como lo corrobora la experiencia, el acto es siempre posterior a la necesidad consciente en el hombre (cuando de actos racionales se trata); si estamos

contestes en que no hay individuo ni sociedad (civilizados) que actúen sin saber por qué y sin haber medido, aunque sea en forma somera, las consecuencias de su actuación, o por lo menos, sin que esa actuación pueda valorizarse en un instante dado para ratificarla o rectificarla; si, en fin, concediéndole a la masa, la capacidad dinámico-potencial que, indiscutiblemente posee, aceptamos con Le Bon, Michelet, Carlyle, Emmerson, Ingenieros, etc., que la masa, por sí misma, es incapaz de ir definitivamente a ninguna parte, si no es a impulsos de los grandes videntes; iluminada por las antorchas de las grandes ideas y sacudida con la descarga eléctrica de los héroes, apóstoles y paladines. Si creemos, si estamos seguros de todo esto, no podemos menos de concluir que, la desorbitación en medio y a consecuencia de la cual sucumbimos, débese principalmente, como ya lo habíamos apuntado, a que la humanidad ha perdido su fe; pero como la fe necesita, para arder, la chispa de los apostolados y los heroísmos y como, sin el ejemplo de las existencias sublimes desfallecen hasta los impulsos de las existencias generosas, en conclusión definitiva llegamos a que, los principales responsables de todo esto, han sido y son, los educadores y las juventudes, educadoras a su vez, tarde o temprano, de las otras clases sociales.

¡Imposible que los caudillejos sean capaces de constituirse en hogueras socráticas!; ¡imposible que los politicastros nos enciendan los luminares platónicos!; ¡imposible que la voz de Isaías se prolongue en los gritos destemplados de nuestros traficantes leguleyos!; ¡imposible que hallemos al Rabí en el templo invadido por los mercaderes!; ¡imposible que las senectudes anquilosadas en un pasado que hiede, puedan abrir las rutas del porvenir escondido!; ¡imposible que Atila nos enseñe a dignificar a Roma; Jerjes nos diga cómo debemos admirar a Greña, ni Amrú nos ponga de hinojos ante la biblioteca de Alejandría!...

Imposible también que nuestras democracias latinoamericanas que carecen, salvo honrosas excepciones, del principio de la virtud que les asignaba Montesquieu, sean capaces de afrontar y resolver su problema, que depende, más que de la organización ético-política del Estado, de la estructura moral del individuo.

La universidad, la juventud, la revolución (1934)

¡No! ¡No es de ahí de donde hay que esperar que surja la vida, la verdadera vida de los hombres y de los pueblos; pues aun los gobiernos mejores, son sacudidos por fuerzas ciegas y ancestrales (taras étnicas, complejos de inferioridad) que les impiden todavía, influir, definitivamente en la superior canalización de las más nobles corrientes espirituales... Los maestros, las juventudes, esos si guardan las grandes reservas vitales y psíquicas capaces, si se echan a perder, de echarlo a perder todo, para siempre; pero capaces también, si han encontrado los anchos caminos del porvenir, de ir empujando, de ir elevando, de ir glorificando a su propia especie, hasta acercarla a las cumbres excelsas, desde las cuales desciende sobre la humanidad, la luz de las divinas verdades y la fulguración de las vidas eternas!...

De ahí que nosotros, que consagramos nuestras mejores horas a la educación de la juventud, hayamos querido dictar estas líneas, que fijando las responsabilidades de la clase estudiantil y las de sus mentores, al mismo tiempo que constituyen una rectificación de los juicios que se han formulado acerca de las generaciones nuevas, y una protesta por los torcidos moldes en los que se las ha deformado, constituye un grito de alerta, que espera y anhela sacudir las indiferencias suicidas, para ver de conseguir la resurrección de las grandezas espirituales que ya sucumbieron y el desdoblamiento o la gestación de las, grandezas espirituales que se están elaborando, o que ya apuntan en los próximos horizontes.

¡Las juventudes!... ¡Sí!, ellas, ¿quién no lo sabe? (¡Perdón por esta pleonástica y vulgar, pero necesaria afirmación!) han sido las que han almacenado las energías vitales de los pueblos, para librarlos de los despotismos y acercarlos a las libertades; jóvenes (la juventud para nosotros está en la honradez, valentía y frescura del espíritu) han sido los primeros que han visto la palpitación de las estrellas matutinas —¡Oh abuelo Hugo, tú llamaste a Voltaire estrella de la mañana!— los que han columbrado las emancipaciones, con los ojos cerrados, cuando Sancho aún no puede distinguirlas ni con los ojos abiertos; y los que han sentido las ansias renovadoras cuando todavía ni las víctimas de las opresiones las presienten!... En la juventud está la parte mejor de la humanidad, porque los jóvenes, conservando

aún el privilegio de soñar, se encuentran ya en contacto con la realidad imperiosa, a la que, lejos de subordinarse, modifican y transforman, de acuerdo con los imposibles de sus ficciones, que, a las veces, resultan más hacederos que las conclusiones comprobadas de las lógicas impecables... La juventud es la única capaz de cristalizar las ideas-fuerzas de Fouillé, y de confirmar las proyecciones télicas de Lester Ward; pero... la juventud por sí misma, no puede ir a ninguna parte. Es una fuerza y las fuerzas se dirigen; es un impulso y los impulsos se disparan; es una formidable energía, y las energías han menester de cauces y objetivos si no se quiere que, fuerza, impulso y energía, sin derroteros y finalidades fijos, se aniquilen en un conflicto de móviles encontrados o desaparezcan en una desorganización caótica.

De ahí la necesidad directriz de los maestros. Si ellos no tienen capacidad mental y moral para dirigir; si no poseen santas sabidurías para plasmar; si, por sus escasos merecimientos no son capaces de constituirse en lecciones vivas de sapiencia, y sobre todo, de honradez, de nada sirve que las generaciones nuevas rebocen generosidad; las intenciones más sanas se corromperán en las ciénagas de los magisterios corrompidos; las corrientes más puras se estancarán en los pantanos de las doctrinas inmóviles y de los métodos caducos; y las esperanzas más nobles se prostituirán en los lupanares de las aulas deshonoradas, bajo cuyos techos desfilan las momias académicas, las ancianidades apolilladas, los cadáveres descompuestos de los regímenes pasados, que, apestando al hedor de las tiranías a quienes sirvieron, pretenden sujetar el vuelo impaciente de los pegasos jóvenes, con las bridas implacables de los sistemas decadentes, y ahogan en su cuna, a las más altas capacidades, con las manos encanijadas y sarmentosas de las viejas premisas; de las claudicantes conclusiones; de las lecciones que han repetido durante 50 años y que seguirán repitiendo hasta el borde de la tumba, ajenos por completo a las urgencias de un porvenir que maldicen sin conocer; lejos, real y dolorosamente lejos de una juventud de la que no distinguen otra cosa que las espaldas inclinadas, sobre las cuales descargan el látigo zahiriente de sus brutales y estultas disciplinas.

La universidad, la juventud, la revolución (1934)

¿Cómo es posible que la juventud sea honrada; cómo es posible que espere y obre con fe absoluta si ve que, ahora, desde la altura de la cátedra, un maestro predica, de acuerdo con el estagirita, que la Política es la forma práctica de la virtud, que político es sinónimo de hombre justo; y, mañana contempla a ese mismo mentor inmaculado, haciendo, con un Maquiavelo de caricatura, de la Política la forma práctica del interés y del político la cristalización más descarada del egoísmo?

¿Cómo queremos que el criterio juvenil se defina y robustezca hasta constituir un sólido núcleo psíquico-ético-vital, si los maestros, ayunos de la visión sintética pero total del mundo físico y el mundo científico (visión que sólo puede florecer en los intelectos fuertes y ampliamente nutridos) lejos de concatenar conocimientos, sólo se limitan a superponerlos como quien distribuye libros en los anaqueles de una biblioteca sin alma, sin vida y sin responsabilidad? ¿Cómo es posible que la juventud actual sea otra cosa distinta de lo que es, si ha sido testigo de que varios de nuestros más grandes oradores, han humillado la excel-situd de la palabra hasta arrastrar su cauda luminosa por los pantanos de las más abominables tiranías y han puesto al servicio de las causas más sucias el poder sagrado del verbo, que en los labios de Demóstenes es una bendición, porque es la voz de la Patria, pero que, en los labios de Esquines es una vergüenza, porque es el signo bochornoso de la Patria vencida y traicionada? ¿Cómo, cómo pedir que obren noblemente; cómo esperar otro gesto de su espíritu contrahecho por una educación deficiente o equivocada; cómo exigírsele abnegaciones, desintereses y santidades cuando hasta los filósofos, considerados pomposamente como los Maestros de la Juventud de México, pretenden justificar a los victimarios de los pueblos hermanos, guardándoles cumplidas consideraciones, so pretexto de que son los representantes de las nacionalidades que infaman, cuando jamás un tirano representa a un pueblo, ni puede ser un verdugo el abogado de su víctima? (1).

(1) ¿Recuerdan ustedes a nuestro embajador intelectual ante el tiránico gobierno de Leguía?

¿Exigir responsabilidades? ¿Llamar a cuentas a esta juventud? ¿Pedir de ella algo más que su dolorosa y espantosa contrahechez?... ¿Cómo?... ¿Con qué rudimentaria sombra de justicia?... ¿Se olvida, acaso, cuál ha sido el proceso de su formación, o mejor aún, de su deformación tal vez irremediable?

Iniciada en el estudio, cuando el más terrible y urgente de los cismas sociales estremecía aún el suelo de la Patria y el más espantoso de los conflictos despedazaba las entrañas del territorio europeo. Testigo presencial de una de nuestras más grandes revoluciones, precedida, acompañada y seguida, inevitablemente, por el cortejo trágico de los latrocinios, bandidajes, abusos de todas clases y crímenes de todos géneros; y espectadores, lejanos pero atentos, de la dantesca carnicería de allende el océano, cuyos grandes resultados fueron: el derrumbamiento de las dinastías de los Romanoff, los Habsburgo y los Hohenzollern; la opción de las más avanzadas formas de gobierno por parte de 3 o 4 robustas nacionalidades del viejo mundo y sobre todo, el advenimiento del régimen socialista, que, a pesar de cuantos defectos puedan encontrársele y añadirsele, encarna la emancipación económica del proletariado, que, por ser la clase más numerosa, útil y escarnecida es la que ha menester una vindicación urgente y una justa y definitiva reparación.

Iniciada, así, decíamos, ante semejantes lecciones escritas con sangre y amasadas con carne humana; viendo caer junto a nosotros las tiranías, y alzarse lejos de nosotros, desde la República Alemana y la República China hasta la flamante República Española, y sobre ellas, la generosa alborada del Socialismo Ruso. Asistiendo, ante estas pasmosas realizaciones, a la bancarrota de los viejos sistemas y de las viejas doctrinas, que no pudieron o no quisieron, o tuvieron miedo de anticiparse a la realidad, preparando a las generaciones nuevas, nutriéndolas de savias vigorosas y empujándolas de una vez, por los novísimos planos de las serenas y necesarias evoluciones, a efecto de que, hecha así, o comenzada a hacer así la Revolución, desde arriba (según el concepto de Lord

Chatham, Macauley y Turgot) no hubiese habido necesidad de esperar a que viniese la revolución de abajo, de los suburbios, de los abismos del pueblo que, desgraciadamente, no puede llegar a las sublimidades del cielo sin haber antes pasado por los horrores del infierno!

Desilusionada aquí del positivismo, que huérfano de sus más grandes hierofantes: Barreda, Parra, Flores, etc., después de habernos quitado la esperanza, al desmenuzarnos en minuciosos análisis la Religión, no había sido capaz de inyectarnos la virtud laica de Littré, Berthelot y Ernesto Renán. Decepcionada allá, de la super cultura, impotente para contener los apetitos cada vez más vergonzosos de la bestia; horrorizada del superhombre Nietszcheano que mal comprendido y peor interpretado, nos gritaba todos los días con las gargantas de los cañones de uno y otro frente: “¡No contentamiento sino más poder... No contentamiento sino más poder!”

Espectadora o comparsa de tan hondas tragedias y tan siniestros desastres; agitándose entre el oleaje de las más incoherentes y salvajes pasiones; víctima irresponsable de la desorientación general; sin una educación definida que formara su criterio, iluminase su espíritu y fortaleciera su corazón. Sin hogares capaces de iniciarla, certera y noblemente, en la vida social; sin escuelas idóneas para desenvolver y mejorar sus aptitudes; sin educadores (nunca lo repetiremos bastante) conscientes de nuestros destinos y los destinos de la Patria; sin espíritus radiantes y generosos que, continuando humildemente la eterna cátedra de Cristo, plenos de confianza en sí mismos y en su especie, e invulnerables a los golpes de los poderosos, fuesen capaces de fundar el reino de la virtud con la cooperación de los desheredados, iniciando, de esta manera, uno de esos arrebatos colectivos que gestan las auroras de los pueblos desde la noche de las catacumbas!...

Sola o casi sola, abandonada a sus propias fuerzas o puesta en manos de individuos poco preparados o sin escrúpulos; fácil presa de las ambiciones o

de los apetitos inmoderados. Rebelde, impaciente, anárquica de voluntad; demagoga de conciencia; desesperadamente escéptica o indiferente de corazón; sin que la reacción espiritualista favorecida por Otswald, Mach, Einstein y Poincaré y afirmada por Eucken, Bergson, Boutroux, Landsberg, Keyserling y Seheler, lograra otra cosa que tornarla pedante, hacerla hipócrita o convertirla en mística de conveniencia, porque ávida de poseer, está más cerca del materialismo histórico de Marx y Engels, que del evolucionismo metafísico de Hegel o de la metafísica moral de Fichte. Deformada irremediamente; corrompida, echada a perder; apagando hasta las más escondidas fulguraciones de honradez y de bondad, con las diarias evidencias de tantas pequeñas y grandes injusticias: las insignificancias elevadas hasta las cúspides y las grandezas auténticas rebajadas hasta las cloacas; las leyes escarnecidas, las instituciones befadas y hasta la misma Patria convertida en meretriz por aquel soldado sin pudor y sin conciencia: Victoriano Huerta, que tuvo a su servicio, entre otros muchos ilustres ciudadanos, a cuatro de nuestros más excelsos oradores. En estas condiciones, en medio de tal desencadenamiento de miseria, cómo era posible que la juventud actual, tuviese la talla y alcanzase los perfiles de aquellas generaciones que leyeron la bondad, conocieron la honradez y aprendieron la virtud, en los libros humanos de Arístides y Cimón, Catón, Fabricio y Cincinato... o en nuestros gloriosos e inmaculados Ocampo, Lerdo, Prieto, Juárez, Ramírez y Altamirano?

¡No! ¡No!, convenzámonos de una vez para siempre, sin juventud sana, valiente y culta no hay regeneración posible; pero sin mentores, sin maestros (y maestros no sólo son los que ofician cátedra, sino los que actúan en los más visibles y generosos planos de la vida), sin guías sanos, cultos y honrados, no habrá jamás juventudes capaces de borrar la mancha más leve, ni de elevar, un poco siquiera, el nivel de la especie que sucumbe a los golpes del más burdo materialismo, bajo la advocación de la más bárbara de las civilizaciones contemporáneas: la civilización sajona, atenta sólo al progreso económico, con el que cree poder

realizar la felicidad humana a base de máquinas productoras de satisfactores y de riquezas, soñando acaso con que, algún día, podrá dosificar y materializar hasta la inteligencia y la virtud, las que podrán expendirse en forma de pastillas comprimidas y gránulos homeopáticos.

¿Qué bastante se ha hecho y se está haciendo en beneficio de la juventud?... ¡Es verdad!, ¡Sí!... Ya tenemos muchas bibliotecas; ya poseemos amplios estadios; hasta las mujeres se dedican a los deportes. Las juventudes van haciéndose más fuertes, más armoniosas, más sanas, más bellas. Al son de instrumentos más o menos adecuados, se ejecutan los ejercicios musicales de la gimnasia rítmica. Todos los juegos de la Hélade, Yankilandia y Vasconia se practican admirablemente. Por otro lado, las ediciones baratas de los clásicos exornan hasta los más humildes anaqueles y llenan de nombres raros y sonoros hasta los cerebros más obtusos ¡Ya somos fuertes!, ¡ya casi somos cultos!, pero... ¡seguimos siendo ruines, miserables, interesados, egoístas, canallas, prevaricadores!...

¿Por qué? ¡Porque no es la cultura física ni la cultura intelectual lo que nos falta, sino la cultura moral, la conciencia moral, el espíritu de justicia! Sabios hasta el asombro, fuertes hasta el prodigio. ¡Heracles y heráclidas; Platones y platónidas, ¡sí!... pero sin virtud; sin un lampo divino; sin el instinto, siquiera, del bien. Genios capaces de emplear la omnisciencia en destruir a los que nos estorben y en escalar los más altos puestos públicos, trepando por encima de nuestros mismos padres; fuertes, ciclópeos, capaces, de “combatir a montañosos”, pero, huérfanos, desoladora e irremediamente huérfanos de la divina mansedumbre del hermano de Asís, que en plenitudes de ofrendamiento ensanchaba las mezquindades del egoísmo específico.

Es decir, a pesar de cuanto se ha hecho en pro de la juventud, ella sigue y seguirá siendo la misma; es más, la juventud irá siendo cada vez peor, porque cuando sea más sabia tendrá más capacidad para la intriga, y cuando se sienta más fuerte, tendrá más facilidad para imponer el derecho del puño por encima de la pureza del Derecho.

Convengamos, pues, en que, no obstante los nobilísimos esfuerzos realizados, así no se regenera a la Patria, antes bien, así ¡más rápidamente se la conduce a la ruina!

¡Maestros, educadores de las fuertes y numerosas huestes juveniles, alerta!, sacudid vuestro marasmo, regeneraos, eliminaos o surgid valientemente, si es que os halláis postergados; lo que se necesitan son ideales; lo que piden las generaciones nuevas es un núcleo de principios morales; habemos menester de ejemplos de virtud; es preciso que el fulgor del más allá ilumine nuestros pasos; es indispensable que las esperanzas acaricien nuestra frente!...

¡Fe!... ¡Fe en los demás y en nosotros mismos! ¡Fe en los destinos de los hombres y en los destinos de los pueblos! ¡Fe en el presente; fe en el provenir! ¡Fe en las cosas pequeñas y en las cosas grandes! ¡Fe en el hogar, fe en la Patria, fe en el continente; fe en la acción, fe en la idea, fe en la vida; fe en el cosmos, fe en el Universo!... ¡Fe, siempre fe que no se canse de creer y que no se fatigue de esperar! ¡Fe que nos abra los ojos en la cuna y que nos desate las alas en el sepulcro! ¡Fe robusta, potente, invencible, todopoderosa, como a la fe evangélica que cambia el curso de los ríos y mueve las montañas, he ahí lo que debéis entregar, día a día, a la juventud, impaciente que hoy se conforma con señalarnos nuestro deber, pero que, mañana, si no somos capaces ni tenemos valor para cumplir con nuestro cometido, desde el fondo de su desesperación sin remedio nos azotará el rostro con el espectáculo de su depravación sin límites!...

¡Jóvenes mexicanos, juventudes de América, alerta!, huíd de las cloacas en que se incuban las ambiciones y se asfixian las generosidades; despreciad a los embaucadores, que nunca serán capaces de redimiros; luchad por la regeneración de las aulas y la reorganización de la escuela; buscad en la sabiduría y en la bondad redivivas la solución de vuestros problemas y de los problemas de la especie; estudiad, obrad, pensad, con entusiasmo, con devoción, con fe; y, fuertes con vuestras convicciones, radiosos con vuestras esperanzas, magníficos con vuestros anhelos, id después por los anchos valles y las altas montañas pre-

La universidad, la juventud, la revolución (1934)

dicando la buena nueva de la moral reivindicada y los ideales rescatados, que son las únicas cosas capaces de hacer esplender, por encima del cementerio de las tiranías y de las demagogias latinoamericanas, la aurora perdurable y eterna del bien, la justicia y la virtud, en cuyos lampos se arropan todos los Cristos, en cuyos fulgores se envuelven todos los apóstoles, todos los santos y los héroes, y en cuyos destellos sublimes están irradiando las excelsitudes de los dioses!...

N. B. – El Lic. Vasconcelos en su artículo “Tirad la Coyunda” sostiene la tesis, de que el problema de la falta de maestros está solucionado ya con la edición que él hizo, de los clásicos, y que, basta la lectura de estos libros para que la juventud forme su criterio y encuentre su camino. Aun cuando acerca de esto podría escribirse mucho, únicamente queremos hacer notar, que, si es difícil encontrar buenos mentores, es más difícil encontrar buenos autodidactas; que, los libros por sí solos, por excelsos que se les considere, no son capaces de formar a nadie, a menos que sea un espíritu excepcional, y que, sin el comentario que hace resaltar la bondad o la belleza, y sin la disciplina mental que torna fecundo el aprendizaje, muy pocos son los resultados que alcanzan. Además, si el estudiante encuentra en la realidad de su mundo una contradicción constante de lo que ha leído ¿por sí solo sería capaz de dilucidar este nuevo problema producido por la nobleza del libro en completa discordancia con la miseria del medio? ¿No cree el Lic. Vasconcelos que aquí es precisamente donde debe estar el maestro que coordine lo contradictorio y haga el orden en el caos?

A mayor abundamiento, si los libros por sí solos bastan para iluminar los espíritus y las existencias, ¿cómo se explica el Lic. Vasconcelos la contrahechez de tanto pedante erudito que, sabiéndose de corrido todos los clásicos, lejos de dignificar su vida, tan sólo se ha contentado con dorarla de vanidad y vestirla de suficiencia?



LA REVOLUCIÓN

POLÍTICOS Y FILÓSOFOS

FILOSOFAR es buscar la razón suprema de las cosas: DE TODAS LAS COSAS. Hacer política es intentar la realización externa y dinámica DE UNA SOLA COSA: el Estado, que, según eminentes tratadistas contemporáneos, es la expresión jurídico social del pueblo, o el pueblo desde el punto de vista político jurídico. El político es esencialmente práctico (¿No afirma Aristóteles que la política es la forma práctica de la virtud?). El filósofo es esencialmente especulativo y cuando es práctico, lo es a manera de Tolstoy, que cristaliza conceptos de moral colectiva, no postulados de interés individual. El político tiene fatalmente que moverse dentro de las limitaciones geográficas, étnicas, históricas, etc., de SU PAÍS. Para el filósofo no hay países, ni territorios, ni razas, ni vencidos ni vencedores, ni héroes como no sean los que triunfan de sí propios. El político debe perseguir, sobre todo y primerísimamente, el bienestar de sus conterráneos, de sus conciudadanos, por quienes ocupa su alto o humilde puesto y de quienes depende el valor social que alcanza. El filósofo se debe a todas las conciencias; es conciudadano de todos los espíritus; “ciudadano del mundo,” según la vieja expresión de los enciclopedistas. El político es de México, de España, de Francia, etc. El filósofo es de todas las naciones, de todos los pueblos, de la totalidad del orbe. Al político le preocupa casi exclusivamente, la resolución de los problemas actuales e inmediatos de LOS SUYOS; en fin, los problemas de AHORA y de AQUÍ, de ESTE y de AQUEL. El filósofo vive atormentado por la resolución de los problemas de TODOS y DE TODAS PARTES; de aquí y de allá; de hoy y de siempre; de los problemas universales, trascendentales, eternos. Para el polí-

tico, forzosamente, tiene que haber partidos: ya los combata o los concilie, según que sea radical o moderado, exaltado o prudente. Para el filósofo los partidos, como toda diferencia fundamental, no existen ni pueden existir, desde el momento que busca y trata de hallar el punto común de todos los hombres, la zona idéntica, el plano universal de todas las almas. El político no puede prescindir de la pasión (así la disimule hasta el refinamiento maquiavélico o la mansedumbre jesuítica), que si es fecunda muchas veces, también muchas veces es injusta. El filósofo, al contrario, es la serenidad en que las pasiones se aquietan; la ecuanimidad en que los odios se apagan; la tolerancia, suave, y misericordiosa, en que disyuntivas, diferencias y rivalidades encuentran un centro afín de concordancias armónicas. El político, en consecuencia, puede hacer felices transitoriamente, a determinados hombres; llegará a ser, si se quiere, la delicia de un pueblo, el timbre de gloria y orgullo de un país; la salvación de un conglomerado. Pero el filósofo, es más, mucho más que eso, por que aspira a realizar la felicidad eterna, la elevada y perene felicidad de su especie, en la que cree ver un momento de la vida, una forma de naturaleza o un producto o una sombra de Dios.

Sintetizando: el político es para la Patria; el filósofo para la humanidad, y si el último de los filósofos puede ser el primero de los políticos, el mejor de los políticos no será nunca ni el último de los filósofos; pues uno es de abajo, el otro de arriba; uno surge de la muchedumbre, cuando más, como un vengador o un justiciero; el otro descende hasta la muchedumbre como un profeta, un apóstol o un iluminado. Uno es, como quería Nietzsche, “el sentido de la tierra”, y lo más que puede alcanzar es la plena realización en ese sentido: Su encarnación máxima es el superhombre que “no quiere contentamiento, sino más poder”. El otro es el sentido del cosmos y anhela sintetizar e macrocosmos en el microcosmos de Goethe: Su símbolo más perfecto es el Cristo, que proclama constantemente “Quien quiera seguirme que lo deje todo: riquezas, patria y hogar, porque todo es inútil y transitorio;” que desdeña el reino que le ofrece el demonio, porque sabe que el poder y el bienestar terrenos, nada tienen que ver con la salud del

alma y con la beatitud de la vida espiritual, y que admirablemente responde a los impacientes que demandan la satisfacción inmediata de sus anhelos y a los escépticos que creen poder desbaratar la afirmación de una existencia con una contradicción verbal: “Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios”, porque sabe que bien pueden reinar los cesares sobre los cuerpos, si ya están definitivamente emancipados los espíritus.

Y si se quiere ejemplos más de acuerdo con nuestras terrenas posibilidades, ahí está Diógenes, el paupérrimo, que responde a las ofertas de Alejandro, conquistador y todopoderoso: “lo único que deseo es que no me ocultes el sol”. Evoquemos a Sócrates que no quiere tomarse el trabajo de eludir las leyes que lo condenan y apura, sonriendo, la cicuta; pues está plenamente convencido de que sobre los designios de las leyes, efímeras e imperfectas como sus creadores, sólo hay una eternidad: la de las almas injustas. Recordemos al Buda, lejos de su esposa, de su familia, de su hogar, de sus riquezas, de los placeres deleznable: indiferente a las bajas solicitudes del mundo, pero cada vez más cerca de la perfección. Hagamos memoria de Aristóteles, Pitágoras, Anaxágoras, Séneca, Galileo, Descartes, Espinosa, todos ellos víctimas, no esclavos, ni siervos, ni hierofantes de la política. Y más acá, aún, pensemos en Leibnitz, Newton, Kant, Schopenhauer, Hegel, Spencer, Keyserling, Einstein, Bergson, Boutroux, Wundt, Scheller, Spengler, Rickert, Spranger, Tagore, Krishna Murti, etc., etc., y veremos cómo todos ellos se perfilan ante nosotros, con la actitud solemne y austera del filósofo, ninguno con el gesto declamatorio del político.

Y no objetéis citando a Marco Aurelio y a Salomón, pues el primero, más que filósofo, fué un moralista teórico y a las veces práctico; y el otro, sabio más que filósofo, reina y goza únicamente para sintetizar las delicias del poder y las excelencias del intelecto, en esa frase suya que precisamente constituye la más rotunda condenación de la vacuidad política y la más perfecta consagración de la conformidad filosófica: “VANIDAD DE VANIDADES Y TODO VANIDAD”.

Tampoco habléis de Platón, el autor de La República. ¡No! ¡Imposible! Platón no es político sino filósofo, pues señala las cualidades ESPECÍFICAS del

funcionario, no las GENÉRICAS del ateniense. De ahí que su obra no sea un catecismo de política griega, sino un sublime esbozo de política universal, o mejor aún, una suerte de ensayo de filosofía política; política, es verdad, pero filosofía ante todo y sobre todo.

Por lo que respecta a Sarmiento a quien se debe en gran parte el progreso, a costa de la extranjerización de Argentina, y a Barbusse, el líder máximo (que no filósofo) nos basta con oponerles dos valores auténticos de éste y del otro continente: Montalvo el arrebatado, que muere en el destierro y a pesar de abordar casi siempre cuestiones concretas es un formidable generalizador, y Rolland, el enorme pensador francés, cuyos héroes definitivos son aquellos que en fuerza de ser grandes no tienen patria: Miguel Ángel, Tolstoy, Beethoven...

¿Entonces, se impugnará, quiere decir esto que estamos condenados a sufrir el demonio de los ineptos, de los voraces, de los osados? ¿Mientras sufren vejaciones e infamias sus semejantes, deben los pensadores y los filósofos, permanecer egoísta, escéptica o criminalmente encerrados en sus torres de perfección; clavados en la cruz de martirio, o reposados aisladamente a la sombra de su higuera sagrada? ¡De ninguna manera! Esto quiere decir, simplemente, que mientras el político debe realizar el bien terreno y actual de sus semejantes, el filósofo (el filósofo puro, que es para nosotros el verdadero filósofo) debe perseguir el bien trascendente, la felicidad eterna de la humanidad. A este respecto, nada más claro y bello que el siguiente diálogo de Eca de Queiroz entresacado de su inconcuída “Muerte de Jesús” y con cuya integra reproducción, deseamos reivindicar la pobreza de este artículo:

“— ¿Y tú quién dices que soy?

— Yo digo que eres un hombre justo y con una elevada conciencia de las cosas divinas. Digo que eres un hombre mandado providencialmente, en un tiempo humillado y vil, para exaltar las almas, desenmascarar las hipocresías, vengar la patria... Pienso que si has de ejercer una acción en el mundo debes in-

surreccionarte contra la aristocracia del Templo, contra este estrecho espíritu de Jerusalén, contra este culto pagano de las tradiciones, contra el fariseo y contra el romano; ser el consolador y ser el vengador!”

—Hombre, ¿en qué espíritu estás? Yo vine a salvar las almas y no a perderlas.

—¿Y es perderlas hacerlas justas? ¿Y es perderlas combatir este sacerdocio rico e indiferente y a este culto ensangrentado e hipócrita? ¿Y es perderlas quebrantarles este destino que las hace esclavas, siempre lloradas y siempre perdidas, y ahora bajo el arbitrio de los favoritos imbéciles de Tiberio?

—Esas cosas pequeñas no me pertenecen: son del mundo.

—Perdona, Rabbí; pero ¿a qué has venido entonces? ¿Y tú, quién dices que eres? Te pregunto yo ahora. ¿Quieres eternamente predicando y contemplando el lago de Tiberiades y andar errante por los caseríos? ¿Y piensas que eso influirá sobre los hombres tanto siquiera como una hoja seca? ¿Piensas hacer una revolución en Judea, acariciando las cabezas rubias de las criaturas de Chozarín y contando parábolas entre los campos, a los humildes y a las mujeres? Comprendo que tu ambición no sea mayor y que te baste la felicidad de un sueño en la fraternidad de los humildes. Pero entonces, ¿para qué viniste a Jerusalem? ¿Para qué predicas en el Templo? Si tú no eres una iniciativa revolucionaria, ¿qué eres entonces? ¿Qué eres tú si no eres una fuerte intensidad de voluntad? Las máximas que tú predicas son de Hillel, son de Gamaliel, son de Jesús de Sirach?; sé que hay cosas nuevas en tu enseñanza; pero lo que en ellas hay de grande es tu fuerza de convicción y tu fe, y tu profunda virtud, y tu amor al sacrificio y tu infinita voluntad. ¿De qué te sirven entonces estas cualidades? ¿Para qué las guardas? ¿No eres tú judío? ¿No es tu madre de Caná? ¿No podría tu padre ser llevado de legionario a Roma? ¿De qué nos sirven esas parábolas, esas ironías,

esas respuestas excelentes, si ellas no van a herir la riqueza del saduceo, la hipocresía del escriba, la vejación del romano? ¿Quieres abstenerte de la acción? ¿Imaginas que las predicciones del Templo y la enseñanza sobre las montañas, sólo por su verdad abstracta pueden combatir y vencer a un mundo completo, civil, organizado, rico, amado? ¿Imaginas que se puede repetir el milagro de las trompetas de Jericó? ¿Crees tú que un mundo entero, tribunales, templo, oficios, mercados, sacerdocios, escuelas, todo fuertemente ligado, se disipa como una visión, porque un hombre simpático se levante en el camino y diga: —Amaos los unos a los otros y seréis amados de vuestro padre celestial? No será tal, Rabbí.

—¡Por vuestra incredulidad!... que si tuviéseris fe, tanta... ¿qué sé yo?... como un grano de mostaza y dijéseris a ese monte: ¡Trasládate de ahí!... ¡el monte se trasladaría! ¡Oh generación incrédula, generación incrédula, ¿hasta cuándo estaré yo entre ti?”

El Rabbí daba largos pasos, atormentado y doloroso.

—Rabbí, Rabbí, escúchame. Yo tengo tu fe, amo tu reino de Dios; pero tu Dios consuela mucho arriba y nosotros sufrimos y lloramos mucho, abajo en la tierra.

Jesús estaba atacado de incertidumbre, de amargura. Yo, decía:

—Escucha, Rabbí; convengo en que sólo por tu palabra puedes realizar tu reino de Dios; pero entonces deja a esos galileos sencillos, únete a los hombres que tienen ciencia, la fuerza y el secreto de las cosas humanas; nosotros seremos la acción; ¡sé tú nuestro Mesías! En la Judea nada se hace sin un profeta... ¿Cómo has pensado realizar tu reino de Dios? ¿Por dulzura y por la paciencia; o por la fuerza y por la rebeldía? No puedes vacilar si lo meditas. ¿Quieres hacer un renacimiento con los galileos que te rodean, con los publicanos infelices, con

La universidad, la juventud, la revolución (1934)

los enfermos que curas, con los miserables que consuelas, con las mujeres que te aman, con las criaturas que te sonríen?

—Dios esconde muchas cosas a los sabios que revela a las criaturas.

—¿Para qué predicas entonces en el Templo contra los fariseos y los príncipes?...

—Deja, por el espíritu de los humildes y de las criaturas, operarse la regeneración!...

—En verdad, Rabí, dime: ¿entiendes tú que nada vale en el mundo y que sólo tu ideal puede dar felicidad y sosiego: ¿Profesas tú el desdén?...

—Sólo el desdén de la paz.

—De la inercia, el sacrificio y las virtudes pasivas. ¿Y si mañana pudieses comenzar a ver realizado en este mundo ese reino de los pobres, de los humildes y de los pequeños?... ¿Si por lo menos vieses una tierra bien preparada para tu palabra?... ¿Si vieses todo transformado por una acción enérgica, revolucionaria, por nuestra acción?

Jesús caminaba inquieto; su mirada vibraba. Mis palabras le producían inesperadas perturbaciones. Veíamos el Templo brillar en la blanca palidez de la piedra bajo la luna; yo le decía profundamente:

—Mira el Templo; hoy allí todo es intriga, artificio, aparato, riqueza, sangre, hipocresía, vanidad; mañana será el lugar más santo de la tierra.

Jesús recorría el Templo con una vasta mirada, llena de la fulguración de su deseo. Yo le decía, cogiéndole las manos, en voz baja, junto al rostro:

—Oye, en Jerusalem hay descontentos; algunos miembros del Sanhedrín están irritados con la familia de Elanam, con Beothos; Gamaliel no ama el Templo; el pueblo bajo del mercado detesta a fariseos y a escribas; es nuestro... La Galilea es nuestra; la Perea es nuestra; se han de enviar emisarios a Joppé; toda la Judea se levantará, ¿quieres? Tu sueño del lago de Tiberiades será entonces vivo, real, palpable, existente bajo las nubes, ¿quieres?

La noche era inmortalmente bella; había gran bondad en el aire; el mundo parecíame poseído de un elemento extraño.

Yo hablaba confusamente, ora contra los fariseos, ora contra los romanos, y no conocía ni la fuerza de Roma, ni el poder sacerdotal, ni la inercia de un pueblo egoísta. Una gran tentación cautivó el espíritu del Maestro. Yo decía, cogiéndole las manos:

—Rabbí, Rabbí, después el fariseo le tocará el turno al romano. Tú serás el mayor de Judea; habrás glorificado al pobre, habrás humillado al rico, habrás aniquilado al hipócrita, habrás expulsado al romano; serás por justicia igual a Ezequiel; por la fuerza, igual a los Macabeos; serás como David, tendrás la Palestina desde el Jordán hasta el mar... ¡y serás el rey de Israel!...

Yo hablaba exaltado; mostrábale Jerusalén y decíale:

—¡Tendrás la Palestina, desde el Jordán hasta el mar! ¡Serás el rey de Israel!

Pero Jesús, levantando la mano, mostrándome con un gesto elevado y trascendente, el cielo iluminado por la luna serena, el inefable silencio, la pura belleza del infinito, el profundo misterio donde Dios habita, me dijo:

—Vete; ¡mi reino no es de este mundo!".

LA ESCUELA Y LA REVOLUCIÓN

TODO EL MUNDO sabe ya que cualquiera innovación, que cualquiera reforma, por importante y trascendental que se la considere, si no ha llegado hasta la conciencia pública, si no se ha adueñado, plenamente, del espíritu del conglomerado, en fin, si no se ha cristalizado en medula social, no pasa de ser una mera transformación superficial de métodos y procedimientos, dentro de los cuales siguen agitándose los viejos problemas; pese a la sangre derramada y a los cruentos sacrificios impuestos a quienes han sido siempre carne de cañón y parecen destinados a seguir siendo carne de miseria, de dolor e ignorancia.

Claramente lo han comprendido así casi todos los paladines de las libertades públicas, Héroe, apóstoles y profetas han estado de acuerdo en que sin las convicciones que afirma y las rutas que alumbró el Sermón de la Montaña, es posible llegar hasta el Calvario que prelude las trasfiguraciones del Tabor. Así es como el relámpago de Voltaire y el trueno de Mirabeau preceden a la tormenta de la revolución que se desencadena, no precisamente cuando las turbas invaden la Bastilla, sino cuando el juramento del Juego de Pelota, la era de las grandes asambleas, del seno de una de las cuales había de alzarse sobre el mundo, la aurora justiciera de los Derechos del Hombre.

Así es también como nuestro insigne Morelos pone las bridas de su cuadriga victoriosa en las manos de los congresistas de Chilpancingo (desgraciadamente incapaces de dirigir con fortuna los corceles del soldado) y así es como, hasta el mismo Napoleón, todavía con polvo del combate en la capa de Austerlitz, inicia la formación del famoso Código, que, menos deleznable que los resplandores homéricos de Wagram y Arcole, había de prolongar hasta nosotros la sombra esquiliana del Prometeo de Santa Elena! ¡Y, así, por fin, la Reforma en las leyes

del 59, y la revolución iniciada por Madero, en el constituyente de Querétaro, dan forma a sus ansias renovadoras y cristalizan definitivamente las inquietudes cívicas, pugnando por transformar en conciencia revolucionaria, el instinto desencadenado e irremediabilmente cruel de las revoluciones!

Pero aún llegando hasta allí, el movimiento innovador no ha terminado. Es mucho, es mucho más todavía lo que tiene que hacerse para lograr infiltrar en el subsuelo del conglomerado, en las fibras íntimas del organismo colectivo, los nuevos jugos y las savias nuevas, sin los cuales las conquistas obtenidas no serán otra cosa que una floración de trapo, atada a un tronco milenariamente secular. ¿Legislar? ¿Cristalizar la necesidad o la aspiración en ley? ¿Levantar el armazón de las arquitecturas sociales? ¿Trazar el plano de la ciudad futura?... ¡Sí, magnífico, inmejorable!, pero, ¿si al cambio de sistemas y de procedimientos no corresponde un cambio paralelo y simultáneo de conceptos e ideologías, puede asegurarse, en buena lógica, que la renovación se ha obtenido REALMENTE? ¿Si a la opinión que pudiéramos llamar oficial, si al pensamiento oficial, mejor dicho, no se aúna un idéntico o semejante pensamiento colectivo e individual; si el gobierno no está EFECTIVAMENTE asentado en el cimiento de concepciones y convicciones afines; si, para expresarlo en una metáfora gráficamente elocuente, el árbol de las instituciones nacionales no enraíza en la hondura del alma colectiva, puede afirmarse que la revolución es un HECHO CONSUMADO, y que, después de atravesar el Mar Rojo de las más sangrientas convulsiones, el pueblo se acerca al fin a la tierra prometida?

¡Evidentemente que no! Si la revolución no ha logrado llegar hasta el espíritu de la sociedad, ni palpita en el corazón del pueblo, la revolución estará aún por consumarse y todos los sacrificios habrán resultado infructuosos, dolorosa e irremediabilmente inútiles!... Pues bien, esto es precisamente lo que corremos el riesgo de que suceda entre nosotros por haber descuidado el punto de vista que más debía habernos preocupado: el punto de vista de la Instrucción Pública: el problema de la Educación; la escuela que, puesta o abandonada en manos de quienes se formaron

y medraron a la sombra de la tiranía, bien puede sorda, hábil y sutilmente, incubar a los mismos cuervos que nos sacarán los ojos: a los reptiles que babearán nuestras leyes; a los topos que minarán cachazudamente, nuestras instituciones.

Y no se vaya a argüir que esta afirmación es exagerada. No. Ahí están para robustecerla los espectros de los discípulos de Loyola; ahí están los jesuitas co-royendo con sus escuelas el corazón de Francia, de España, de México... ¡Ahí están los decretos de los reyes y de los presidentes expulsando a la compañía nefasta (Carlos III igual que el indio de Guelatao)! ¡Ahí están Mirabeau y el Conde de Fabraquer, Gourmont y Michelet, gritándonos el peligro de la educación que, aparentando obediencia servil, mina el estado y la Sociedad, prostituyendo, corrompiendo o desviando los destinos de la juventud! ¡Y, ahí están, aquí están, mejor dicho, los legisladores de los dos constituyentes, clamando por la instrucción laica que, según su concepto (un tanto errado por lo unilateral y apasionado, pero que pone de relieve la enorme importancia que tan ilustres varones reconocen a la escuela) sería la única capaz de nutrir espíritus sanos y corazones generosos!...

Desgraciadamente la escuela laica no basta para crear la conciencia libre, serena y honrada de las generaciones; no, no basta. Por laica que sea una escuela, si los encargados de impartir la cultura, substituyen en el obscurantismo religioso (el obscurantismo, no el luminoso ímpetu trascendente de toda pura religión) por otros obscurantismos políticos y sociales, tan peligrosos como el primero, las juventudes se envenenarán irremediamente, se perderán, corromperánse, tanto más pronto cuanto más talento y capacidades posean los encargados de instruirlos; y de esta manera, la revolución acabará sosteniendo con sus propios recursos, o con los recursos del pueblo a los mismos que, solapadamente y al amparo de las aulas, están haciendo la contrarrevolución.

¿El gobierno ha pensado detenidamente en esto? ¿Han reflexionado los verdaderos revolucionarios en el peligro gravísimo en que se encuentran las ideologías que produjeron el actual estado de cosas, si se dejan los destinos de la

juventud en poder de quienes, hasta por razón de edad, no pueden estar de acuerdo con aspiraciones que no alientan, con ideales que no comprenden, con esperanzas que no los iluminan?... ¡Claro!, aparentemente y por una razón biológica: el mimetismo, no es remoto que quienes ayer ensalzaban al tirano en cuyas escuelas servían, hoy inciensen a la Revolución de cuyo gobierno viven; pero esta insinceridad, ¿no constituye también un pésimo ejemplo? Por otra parte, es posible que esos señores sean capaces de afirmar en sus alumnos una convicción que ellos mismos no sienten? ¿No sería más lógico creer que en vez de ser los heraldos del porvenir, todos los fosilizados mentores de la tiranía, cada vez que los errores del gobierno les faciliten una oportunidad, se convertirán en los panegiristas del pasado y en los más eficaces detractores del presente? ¿No? Si no fuese porque no queremos ser demasiado precisos podríamos hasta citar el ejemplo de un profesor de la Preparatoria que al comentar, con un grupo de estudiantes, cierto telegrama del Diputado Lorandi dirigido al señor Presidente de la República, en demanda de una reorganización escolar, decía: “¡Eso es, lo que quieren es que vengan aquí profesores con canana, pistola y sombrero ancho!” ... ¡Lo que demuestra de qué manera comprenden a la revolución y a sus hombres los mismos encargados de formar a la juventud!...

Ahora bien, ¿que las ciencias exactas y las naturales están completa o casi completamente desligadas de toda influencia ejercida por el maestro sobre la orientación psicosocial de los alumnos! Conformes, pero, no hay que olvidar que existen materias como las Historias, las Filosofías y las Literaturas, donde la influencia espiritual del maestro es decisiva, tan decisiva como en la Economía Política, Civismo y en la Geografía Humana o mejor aún Geografía Social. ¿No sería conveniente seleccionar con todo rigor a los profesores de estas disciplinas? ¿Los verdaderos revolucionarios, repetimos, no están de acuerdo, en que mientras las aulas no comiencen a hacer una conciencia revolucionaria jamás podremos decir, de una manera categórica, que ha triunfado la Revolución.

EL ARTE Y LA REVOLUCIÓN

ESTOS INSPIRADOS en los ideales más nobles; aquellos movidos por los más viles intereses; los demás, por fin, víctimas de su bendita ingenuidad y de su beata ignorancia, el caso es que la inmensa mayoría de los artistas mexicanos, grandes o pequeños, de éste o del otro color, tratan a todo trance de convertirse en “los músicos de la Revolución”, “los pintores de la Revolución”, “los literatos de la Revolución”, etc., como si las revoluciones, pese a todas las ansias de justicia que las producen y a todas las reivindicaciones y transfiguraciones que las suceden, no fuesen en sí otra cosa que el choque brutal de múltiples fuerzas antagónicas; el reajuste violento de intereses sociales encontrados y el momento álgido, inevitable pero terrible; salvador a la postre pero sangriento en su proceso precursor de nuevos amaneceres, pero sombrío y espantoso en sí mismo, de cuya entraña siniestra surgen las máximas conquistas y las supremas liberaciones de los pueblos en gestación, que no por ungirse los oídos con el perfume nazareno de las más dulces bienaventuranzas, dejan de caminar sobre el fango de sus propias miserias en estos tremendos Apocalipsis de sus renovaciones.

En efecto, que las ideas precursoras, los afanes primordiales y los sagrados anhelos que las animan y condicionan, sean eternizados en la belleza, ¡Perfectamente! Pero que, desatendiéndonos de estas cosas (acaso por más difíciles de comprenderse o de interpretarse) se calumnie a la Revolución, en fuerza de querer exaltarla y lejos de buscarla en las sublimes ansias de perfeccionamiento y de justicia que la dan origen, o en las lentas pero fecundas realizaciones, que, una vez traspuesto el clímax trágico, van fincando y desenvolviendo, se la sorprenda con las mismas “Kodaks” infamantes con que aprehenden nuestras miserias los extranjeros, en pleno infierno de odios fraticidas, y se la describa o se la cante,

como sobre los muros de los palacios asirios se eternizaban las carnicerías de los reyes cazadores de hombres. ¡Imposible! Tamaño desacato: exaltación tal de la crueldad no puede ser más absurda, ni más innoble.

Pintar esas escenas; reproducir y hasta multiplicar, recargados de sombras, esos cuadros, con cuyo salvajismo, traducido a todos los idiomas y lanzado a todos los ámbitos del planeta, hallarán “epatante” distracción los espíritus superrefinados de las civilizaciones decadentes de Huysmans, Joyce, Lorraine y Lombard. Hacer trascender a todos los ámbitos del mundo, en vez de la Revolución Mexicana, total y profunda, la hora de la venganza de la Revolución, que también tiene su hora de la injusticia, y que, pese a los escépticos, algún día habrá de realizar, por medio de la paz, la cultura y la tolerancia, la hora de la fraternidad y del amor. Obrar de modo semejante, no es ser revolucionario, sino hacer labor en contra de la Revolución.

¡Sí!; arriscarse el sombrero ancho, calzarse recias botas, sacarse, insolentemente la camisa, cruzarse el pecho de cananas, empuñar el “mausser” o el “30-30”, cuando no el tajante machete suriano y ponerse a entonar con voz aguardentosa “La Cucaracha” “La Adelita” y “La Valentina” en poemas —¡No puede ser ni más flagrante ni más risible la contradicción!— ultramodernistas, de corte ostensiblemente europeo (Apollinaire, Gleizes, Ozenfant, Iwan Goll, etc.,) salpicados de términos y expresiones tan revolucionarios como “mi general Villa”, “don Genovevo”, “don Emiliano”, o mejor aún “don Miliano Zapata” y “la vieja”, “el juan”, “los cocolazos”, etc., etc.; convertirse en fin, en el panegirista de una tragedia, que, por fecunda que haya sido no ha dejado de ser tragedia; y sobre todo, constituirse en el vocero, no de la Revolución, sino, única y exclusivamente, de la crisis brutal de la Revolución, resulta tan absurdo y necio como olvidar al hijo y a la madre para ponerse a elogiar los dolores del parto; o tan torpe y antihistórico (en el profundo, en el generoso sentido de la Historia —Hegel, Xenopol, Rickert, Spengler—) como hacer de la Historia una vil y espeluznante colección de matanzas colectivas!

La universidad, la juventud, la revolución (1934)

Por otra parte, el verdadero artista de la Revolución (no su turiferario ni mucho menos su panegirista a sueldo) será, no aquel que mejor la cante, sino quien, con su talento superior, mejor la justifique, demostrando, con la excelencia de sus obras, la excelencia del nuevo estado de cosas que ha facilitado o condicionado el brillante desarrollo de los productos de su ingenio.

Exactamente así ha acaecido con todas las grandes crisis de la humanidad de cuyo caos de desesperaciones y de angustias, se han levantado siempre los artistas índices, no para formular el elogio de la CRISIS, justiciera pero cruel y venturosamente transitoria, sino para proclamar el mensaje universal, de la belleza universal y eterna que irradia, a modo de una absolución de músicas y de luz, por encima de las luchas y de los odios que dividen a los hombres.

Por esta razón, no obstante que se empeña en pintar pastoras, Wateaux, hallase tan lejos de la Arcadia Feliz, y las marquesas de Versailles, siguen siendo marquesas, a pesar de sus trajes linda y caricaturescamente campesinos. (Cosa que aquí, entre paréntesis, lo mismo les pasa a nuestras “chinas” y “charros” de utilería, y hasta a nuestros cancioneros y compositores de disco, radiola y revista, que con tan plausible asiduidad nos obsequian sus músicas vernáculas, generosamente incorporadas a la civilización). Y por esta misma razón, resultan a la postre, tan poco revolucionarios y originales, todos esos poetas modernistas y ultra-refinados, que, nunca lo repetiremos bastante, en poemas novísimos, cuajados en moldes “dernier cri” importados del viejo mundo (Post-expresionismo, Imaginismo... ¿Os imagináis lo revolucionario y nacionalista que resultaría un indígena de Xochimilco vestido de frac y declamando, en la más mexicana de las chinampas, la “Chacha Micaela” traducida al francés...?) se ponen a caricaturizar en cuadros de vivac y en cartones de trinchera, a una revolución que, precisamente es grande por arrancar de necesidades “específicas”, no “genéricas”, ni mucho menos “típicas”, o “folklóricas”, y por alentar ideales tan humanos, tan profunda, extensa y generosamente humanos, que rechazan todo límite y toda barricada; que se dilatan ancha y luminosamente más allá de todo perímetro

político y geográfico, y que dejan, para que con ellos vistan los tontos a sus papeles sin alma y sin vida, los uniformes quemados con pólvora fratricida, manchados con generosa sangre de hermanos, y ennegrecidos con el polvo húmedo de lágrimas de los angustiosos y fatales calvarios de la Patria.

Por eso también, de esta fobia de nacionalismo y de revolucionarismo, sólo habrán de pasar sanos y salvos a la inmortalidad, aquellos en cuyas obras flote un resplandor eterno, como en los frescos de José Clemente Orozco y Diego Rivera y en algunos pasajes de cierto librito terrorífico —acaso demasiado cruel, por estar plasmado conforme a la tan discutida definición: “El Arte es una finalidad sin fin”— sobre cuyos protagonistas de aquí y de este instante, dotados de indumentarias que no son sino groseras envolturas de almas, fuerzas y pasiones, cruza la racha luminosa del genio que es de todos los tiempos y pertenece a todos los países.

Y es que la Revolución no está en el asunto; el asunto no basta para determinar nunca el carácter de las obras: recordad, por ejemplo, al autor de Atzimba que, con un asunto tarasco escribe una ópera inconfundiblemente europea. Tampoco está en el estilo, pues “si el estilo es el hombre”, el hombre no es el pueblo, ni mucho menos la revolución: esto apenas si acontece con los máximos representativos de la especie que en ciertos instantes, ellos solos son muchedumbre y universo. No, la revolución (producto de un imperativo económico y objeto de una finalidad ética) hallase principal y esencialmente, en la nueva, generosa e ilimitada visión con que se abarca totalmente el vasto panorama humano, afirmando en la efímera criatura, sin otro interés que el del bien común, ni otra esperanza que la de la suprema perfección, ésas que son las más sublimes preesas del espíritu: ¡la justicia, la belleza y la bondad!

EL PLAN DE SAN LUIS Y LA REVOLUCIÓN

INTRODUCCIÓN

SI PARA FIJAR el origen de un hecho cualquiera, pero sobre todo de un hecho tan complejo como lo son todos los de carácter histórico-político-social, débense tener en cuenta, no precisamente las circunstancias inmediatas, pero casi siempre incidentales y fortuitas que lo determinan, sino los vitales aunque lejanos y ocultos antecedentes que lo condicionan; los conflictos de fuerzas y resistencias que lo producen; las profundas necesidades que lo aceleran, y las altas razones que lo iluminan; y si para poder apreciar la trascendencia de estos hechos, hay que remover las sombras del pasado y hendir la entrada histórica, a fin de penetrar hasta los recónditos subsuelos de la vida social, donde hinca sus raíces todo proceso colectivo; en fin, si para explicar el presente, preciso es, recoger con un oído, las resonancias del pretérito, aunque sin apartar el otro, del rumbo por donde llegan los evangelios del porvenir, entonces, permítasenos iniciar este humilde estudio, con una visión analítico-retrospectiva de nuestro país, que al par de facilitarnos la valorización de un fenómeno social en sí, o sea desde un punto de vista estático, nos ponga en condiciones de fijar su importancia en relación con otros fenómenos análogos, acaecidos en el mismo lugar pero en épocas distintas, o sea, desde un punto de vista dinámico-histórico-sociológico.

TESIS

Definitivamente amalgamados en el mismo crisol heroico el hierro de Cortés y el bronce de Cuauhtémoc, de igual modo que el arrojo de Héctor y el ímpetu

de Aquiles, acordan la vibración de sus épicos metales en el hexámetro rotundo de la misma epopeya; tres son las figuras índices, en que clásicamente se han estereotipado los que hasta ahora han sido tenidos por los tres principales momentos de nuestra evolución: Hidalgo, caudillo de la Independencia, héroe máximo de la libertad, Padre de la Patria, en fin; Juárez, paladín de la Reforma, emancipador de las conciencias, héroe epónimo de nuestra gran gesta social, y Porfirio Díaz, unánimemente aclamado por sus corifeos, como el arquitecto de la grandeza patria, como el iniciador y realizador del progreso material del país, y como el símbolo del trabajo, el arquetipo de la riqueza pública y el indiscutible e indiscutido arcángel de la paz. Es decir que la Independencia, la Reforma y la que sintéticamente podríamos llamar paz, riqueza y grandeza porfirianas, constituyen los tres vértices del triángulo equilátero que cierra el ancho espacio del primer siglo de nuestra vida independiente.

Pues bien, falsa es, en nuestro concepto, esta manera de fijar los tres tiempos vitales de nuestra evolución; porque si es cierto que la Independencia, con sus inconfundibles modalidades y su enorme importancia, caracteriza perfectamente el proceso mediante el cual nos hacemos dueños de nuestros propios destinos; entramos en plena posesión de nuestra soberanía y nos mostramos ante el concierto de las naciones, con una existencia propia y un organismo total, perfectamente diferenciado. Si es verdad que la reforma, constituye el complemento de nuestra emancipación política y es, en sí misma, la que determina nuestra emancipación social; si, dentro de nuestro propio ser colectivo, opera un fenómeno liberatriz, semejante al que en la parte externa del mismo, opera la Independencia. Si destruye la esclavitud del espíritu social igual que aquella la esclavitud del cuerpo o del organismo del país, considerado como entidad material concreta. Si nos hace independientes, dentro de nosotros mismos, en ese que podríamos gráficamente llamar, territorio psicológico, o sea ciudadanos en función nacional o constitucional, de igual modo que el movimiento de 1810 nos hace libres como país, o sea en función internacional. Si, en fin, la Reforma determina en

la conciencia nacional un cambio tan importante como el que determina en la política el de la Independencia, y si así examinadas las cosas tenemos que aceptar que la Independencia y la Reforma representan dos fases decisivas de nuestro desenvolvimiento, dos fenómenos primordiales, externo el uno e interno el otro, de nuestra sociología; dos períodos trascendentales de nuestra evolución; en cambio, el famoso período de la grandeza y paz porfirianas, no puede, ni con mucho, equipararse a estos dos fenómenos.

En efecto: Tan fecundo como se quiera, tan benéfico para el país cuanto se desee, tan digno de honra y aplauso cuanto se piense, esta etapa de la vida nacional no representa ningún avance, desde el punto de vista político, económico, social, decisivo para la vida del país. Es un simple fenómeno morfológico, que se limita a concretar o cristalizar, no pocas veces deformándolo y envileciéndolo, todo lo que ya estaba iniciando; todo lo que ya había sido concebido; todo lo que figuraba ya en la ley y en no pocas ocasiones en la obra; todo lo que había comenzado a adquirir el pueblo con el precio de su sangre, de su dolor y de su trabajo. Realmente ¿Qué nueva modalidad política, económica o social, trae consigo el régimen porfiriano? La emancipación del país, lograda por la Independencia, era ya un hecho desde hacía muchos años y no quedaba, por otra parte, ninguna otra emancipación que hacer: La nación mexicana había quedado perfectamente constituida desde 1821 (jurídicamente desde el 6 de noviembre de 1813, en que se promulgó por el Congreso de Chilpancingo, el Acta de Independencia y posteriormente por la Constitución del 22 de octubre de 1814 y la admirable Constitución Federalista del 4 de octubre de 1824), y en su realidad político-jurídica, aunque desgraciadamente no en su expresión o función territorial, no pudieron menoscabarla, ni los desastres del 47, ni la judaica ignominia del 53 (venta de la Mesilla) ni los descalabros del 59 al 60 y del 62 al 65, ni mucho menos, la trágica mascarada que animó el noble y grotesco Habsburgo de la barba florida.

Por lo que respecta a la parte social, o sea, a la manumisión espiritual del país, comenzada a operar desde los años de 33 y el 47 (con la instrucción laica y

la ley de nacionalización de parte de los bienes del clero, decretadas por Gómez Farías), y definitivamente concluida, desde las leyes Lerdo (del 5 y 25 de junio de 1856, pasando por el estatuto constitucional del 57) hasta las leyes Juárez, del 25 de julio de 1859, o sean las leyes de Reforma, nada había que añadir; nada podía añadirse en ese capítulo, y sí mucho que adulterarse, como acaeció precisamente durante el régimen porfiriano, que desvirtuó, en muchos puntos, el verdadero sentido de tan avanzada legislación; que abusó demasiado de la tolerancia, en beneficio del alto clero y en perjuicio de la Patria, muy especialmente de las clases humildes, ignorantes y menesterosas; y que, casi casi, echó por tierra toda la obra de aquellos sublimes paladines cívicos: los Ocampo, los Ramírez, los Prieto, los Iglesias, los Lerdo, los Degollado, etc.

¡Sí!, nada absolutamente añadió, sino antes bien, quitó a las conquistas logradas por la Reforma, el régimen dictatorial del General Díaz: ni nos hizo más independientes de lo que nos había hecho la Independencia, ni nos hizo más libres, más ciudadanos, más dueños de nosotros mismos, más hombres en fin (en todo el elevado sentido de la palabra), de lo que nos había hecho la Reforma.

Se limitó a querer hacernos (porque no nos hizo a todos sino a unos cuantos) más fuertes y más ricos. Su labor, pues, fue eminentemente de organización, mejor dicho, de reorganización, toda vez que Juárez ya había comenzado a organizar el país, e igual cosa continuó haciendo Lerdo, no obstante las sublevaciones de estilo, encabezadas por el propio Héroe de la Paz, contra el primero, el 28 de noviembre de 1872 (Plan de la Noria), y contra el segundo, el 21 de marzo de 1876 (Plan de Tuxtepec, reformado en Palo Blanco). En efecto, Juárez fue quien, tras de haber defendido la integridad nacional, hecho posible una legislación que fuera garantía de nuestras libertades ciudadanas y que, según el clásico decir, emancipó nuestras conciencias, dominando con mano segura la anarquía en que quedara el país al otro día de nuestras grandes luchas intestinas, inició una verdadera era de tranquilidad y progreso que precisamente hubo de perturbar, en provecho suyo, el futuro “arcángel de la paz”. Con él, es decir

con Juárez, el país comienza a reorganizarse económicamente y a entrar con paso firme en el sendero del progreso; en esta época se inicia la construcción de nuestras grandes vías de comunicación (inauguración del ferrocarril de México a Puebla, el 16 de septiembre de 1869) y se emprende la reorganización de la Hacienda pública, etc. También es entonces cuando queda definitivamente establecida la instrucción superior y la profesional.

Muerto Juárez, su ilustre sucesor don Sebastián Lerdo de Tejada prosigue con éxito tan fecunda labor: durante los únicos 4 años que permanece en el poder (del 72 al 76) se inaugura el ferrocarril de México a Veracruz (1° de enero de 1873); se afirma la seguridad pública con el exterminio del bandido Lozada; institúyese la Cámara de Senadores; se emprende la reglamentación de las Leyes de Reforma, se vigoriza nuestra naciente marina nacional con la adquisición de los barcos: Independencia, Libertad, México y Democracia, y es enviada una comisión científica al Japón para observar el paso de Venus por el disco del sol (1874) y toma brillante participación el país en la exposición de Filadelfia en 1876, etc. Y toda esta obra es, de pronto, interrumpida por el mismo a quien después había de atribuirse la paz y la reconstrucción del país.

Toda la administración porfiriana está fundada en un criterio groseramente material, mercantil, pudiéramos decir; financiero, no económico. Busca el progreso de la nación, pero como entidad netamente productora; acrecienta la capacidad de trabajo y da seguridades a éste, al comercio, a la industria, etc., como fuentes de riqueza; instituye la paz al amparo de la fuerza, porque sin la paz, la riqueza y el progreso material, son imposibles; cuida el desarrollo de los medios de comunicación, naturalmente, porque sin ellos el comercio no es factible y la industria, y en general la producción no podrían existir. Se estimula la inversión de grandes capitales, sin importar de dónde vengan y sin fijarse si detrás de éstos se yergue o no una amenaza para la soberanía nacional o se oculta la explotación sistemática del trabajador.

En fin, se hace MUCHA ADMINISTRACIÓN Y POCA POLÍTICA, en el peor sentido de este apotegma, rudamente fenicio.

Se procura organizar mecánicamente el país, hasta transformarlo en una verdadera máquina productora de riquezas que van a parar en manos de un selecto y reducido grupo de privilegiados y, como corolario de todo ello, la Capital enjójase de palacios y palacetes, para que puedan albergarse en ellos, los ocios de los ricos.

En cada provincia, el fenómeno se repite para regocijo y solaz de los ricos lugareños. La cultura, mejor dicho, la instrucción o ilustración, se impulsan, pero no obedeciendo a un anhelo generoso, sino por la misma razón que el más grande de los Luises, se complacía en rodearse —Rey Sol al fin— de una constelación de brillantes y costosos turiferarios. Pero jamás este régimen tuvo una idea, o al menos, jamás demostró tenerla, de su obligación de servir al pueblo; jamás hizo llegar hasta él los beneficios de las aristocracias del poder, del saber y del dinero, que con tanto ahínco fomentaba y de los que hacía partícipes a los mismos extranjeros, fuesen o no amigos sinceros del país; jamás dejó caer, ni siquiera una migaja de luz, de la luz que inundaba sus palacios, sus altos institutos y sus academias europeizadas, en el alma de la inmensa mayoría de los mexicanos (porque mexicanos son también los ocho millones de indios que permanecían entonces tan inmensamente alejados de nuestra civilización) que vivían sumergidos en la inmensa noche de una pobreza, una angustia y una ignorancia irremediables, sin otro consuelo que el de la borrachera todos los días y el de la fe misericordiosa que hacía florecer las rosas del milagro en el divino ayate de Juan Diego!...

Empero, contrastando abiertamente con este régimen dictatorial que derribaba, la gran revolución mexicana iniciada en 1910, sí ofrece una modalidad inconfundible, sí cobra recios perfiles propios y constituye la tercera fase de nuestra evolución: la fase económica; porque si bien es cierto que este movimiento, al igual que los otros y que todos sus similares, en la etapa de su iniciación, principia por ofrecer características puramente políticas y parece obedecer razones o imperativos exclusivo de este orden, pronto, sobre todo cuando se efectúa la

La universidad, la juventud, la revolución (1934)

confluencia de la corriente libertaria del Norte, con el ímpetu rebelde del Sur, muy pronto, decimos, comienza a perfilar síntomas de índole netamente económica, hasta acabar por transformar lo que se creyera simple substitución de personas y que, concediéndole un poco más, se tomara después por un cambio de sistemas, en una decisiva reforma institucional; mejor aún, en una radical transformación social, que había de remover los viejos conceptos que servían de base a la clásica concepción del Estado capitalista, y burgués; y en tanto que, por una parte, reivindicaba los derechos del trabajo, limitado o destruyendo los abusos del capital; por otra, desplazaba de los grandes centros de población (hasta entonces considerados como los únicos capaces de constituir el solar de la Patria) y hacía descender hasta los campos las prerrogativas ciudadanas, logrando que arrancara de la tierra del principio básico de la vida colectiva y la suprema razón de la existencia del país.

¡Sí; nuestro último sacudimiento colectivo, logró al fin que volviésemos nuestros ojos de decadentes europeizados, a nuestro más apremiante deber: la tierra; la santa y bendita tierra que durante los dorados días palaciegos del régimen porfiriano, había quedado reducida a la categoría de una palabra hueca, destinada a brillar en el mullido silencio de las academias oficiales, como diamante ocioso en el engarce de oro de una geórgica, y que a la postre, había vuelto a convertirse en esa realidad tangible, vigorosa y maciza, reciamente arraigada en el corazón del pobre; la tierra, esa tierra que es y ha sido siempre, desde que la humanidad existe, la gran madre creadora, sustentadora y acogedora de esta pobre criatura deleznable y efímera, cuyos vuelos victoriosos se levantan todos los días de la tierra como las auroras, y vuelven a la tierra, fatalmente, como los crepúsculos!...

Precisamente la importancia que no tuvo y que se atribuye al régimen dictatorial de “el caudillo,” es la que debiera concederse a la sublime conmoción social que lo derribó, y que, dando al traste con la mojiganga de un progreso benéfico sólo a unos cuantos próceres de aquí y de fuera de aquí, y al derribar la muralla

china de tantos prejuicios, privilegios, infamias e injusticias como separaban a la burguesía adinerada y pseudo intelectual, de la inmensa mayoría de miserables y analfabetos, logró que llegara o que comenzara a llegar, hasta los más apartados rincones del país, convertidas ya en cultura y civilización, en justicia, ciencia, amor y belleza, las mismas energías que antaño absorbieran sistemáticamente las capitales de provincia y principalmente de la Capital de la República, donde la miseria, el dolor y la ignorancia del pobre se transmutaban en el ocio del rico, la felicidad del burgués y la pomposa ilustración de los decorativos sabios oficiales.

He aquí, pues, deducida de los antecedentes amputados y del breve análisis crítico hecho, la inmensa importancia y la significación indiscutible e inconfundible, de nuestro último movimiento libertario.

Mas, ¿cómo se engendra esta magna sacudida; cuál es o cuáles son sus caudillos y, sobre todo, cuál es su bandera?

¿Cómo se engendra? Ya se sabe. La opresión sistemática y sistematizada; la farsa de una justicia al servicio de los poderosos; la mascarada de un gobierno de camarilla; la multiplicación de los cacicazgos que devoran la República, repartida como un botín a los compadres a quienes se teme o a los cómplices en cuya fidelidad perfectamente pagada, se apoya el hombre indispensable, el insustituible, el único. La enojosa repartición de la riqueza; la inmoderada protección al capital extranjero; la política de puerta cerrada; la metódica, la ya casi orgánica y descarada violación del voto público y su consecuencia: la imposición; en fin, el continuismo como sistema, el fraude como medio y la explotación como fin, he ahí los elementos que se encargan, al oprimir cada vez más la conciencia pública, de hacer posible la formidable expansión de las iras santas durante tan largo tiempo almacenadas.

De los caudillos ¿A qué hablar? ¿Quién no recuerda esos dos nombres definitivos en los cuales la Revolución se concreta: Madero el iluminado y Zapata el convencido. El apóstol de la justicia y el caudillo de la tierra. El paladín de los ciudadanos que reclama sus derechos y el héroe de los desesperados que exigen

de sus semejantes el pedazo de pan, el mendrugo de amor y la migaja de luz que les corresponde?

¿La Bandera? He ahí la razón primordial de este estudio y a la cual sirven de antecedentes explicativos, indispensables, según hemos indicado ya, cuanto hemos dicho: EL PLAN DE SAN LUIS, elaborado en la prócer ciudad de su nombre, por el propio Madero, el Lic. Roque Estrada y el Dr. D. Rafael Cepeda, firmando el 5 de octubre de 1910, puesto en circulación privada hasta el 15 de noviembre, divulgado desde entonces “prudentemente” (según la propia expresión del caudillo) entre los correligionarios y profusamente arrojado a todos los rumbos de la Patria desde el 20 del mismo mes y año.

De carácter casi exclusivamente político, conforme hemos indicado ya, hasta el punto de parecer casi una réplica del Plan de Tuxtepec, con su aditamento de las reformas de Palo Blanco, el Plan de San Luis, es y sigue siendo, para muchos, la protesta contra el continuismo de los gobernantes y la admonición contra los sistemáticos violadores del voto público, definitivamente condensadas en la divisa: SUFRAGIO EFECTIVO. NO REELECCIÓN, que sirviera al propio soldado de Miahuatlán y la Carbonera para protestar, primero contra la reelección de Juárez y más tarde contra la reelección de Lerdo: aquel célebre estadista que constituyó el último e ilustre obstáculo conque tropezara el entonces trastornador del orden público, digno discípulo de Santa Anna, Valencia y Paredes de Arrillaga, y que al otro día del desastre de Tecoac (16 de noviembre de 1876) había de convertirse en el flamante Arcángel de la Paz.

Sin embargo, si se ahonda un poco más y sobre todo, si se tienen cuenta las especiales condiciones en que hubo de manifestarse el movimiento emancipador al que el Plan de San Luis sirvió de estandarte, se verá, cómo, pese a su apariencia exclusiva o casi exclusivamente política señalada, el Plan de San Luis representa el primer el primer tiempo de esa que es la más gran de nuestras revoluciones; no el decisivo, pero si el inicial; no el que completa, ni con mucho, las aspiraciones populares; ni el que toca la medula de nuestros grandes problemas

económicos; pero sí el que, sacudiendo a la Nación, sacándola de su marasmo, poniendo la República en pie, dando a la inmensa masa, amorfa, sistemáticamente esclavizada, una clara y vigorosa conciencia de sí misma, hizo posible el que, tras de arrojar de sus sitios inaccesibles a los hombres que por mucho tiempo se habían creído indispensables; que tras de rechazar valientemente, los paradójicos beneficios de un progreso material que pesaba como una lápida de oro sobre la tumba de una libertad putrefacta y de una justicia en descomposición, la santa y apocalíptica ira del pueblo, a fuerza de destruir y de cavar, fuese poco a poco encontrando, iluminada por el resplandor de las ciudades incendiadas, la verdadera razón de su problema: la tierra de que ya hemos hablado, el suelo sagrado y fecundo sobre el que durante tanto tiempo había visto levantarse los palacios de sus propios explotadores y que, no obstante haberlo surcado tantas veces con la fatiga de sus tránsitos y a pesar de haberlo fecundado tantas otras, con el diario tributo de su sacrificio, sólo le abría su seno para recibir la carne ya inmóvil, fría ya, sin luz y sin palabras de sus muertos!...

Porque sí, reflexionemos desapasionadamente, ¿habría sido posible la revolución agraria de que es héroe epónimo Zapata, sin la revolución política de que es caudillo, apóstol y mártir Madero? Habría llegado con la misma facilidad, con la misma fuerza, con idéntica eficacia que el Plan de San Luis, el programa del movimiento del Sur, hasta el corazón del pueblo, sin excluir de él ni siquiera a los mismos campesinos, que ignorantes de sus propios derechos habían vivido siempre con la axiomática certeza de que la tierra, lo mismo que ellos, eran del patrón? ¿Sobre todo, habrían penetrado en la conciencia de la clase media, que fue la que hizo despertar, reaccionar y vencer a la gran masa popular, los radicales, pero por ello mismo menos admisibles postulados del Plan de Ayala, que los no tan profundos, avanzados y generosos, pero sí más accesibles y más en contacto con las urgencias del instante, postulados del Plan de San Luis, cuya realización se imponía desde luego, como la condición “sine qua non” de la que dependían cualesquiera otras reformas y cuyo éxito importaba por igual, no a unos (los

campesinos, por ejemplo y los obreros) ni a otros (la clase media, verbi gracia), sino a todos: a cuantos directa o indirectamente, de una manera o de otra, sufrían las consecuencias del ya insoportable régimen dictatorial?

¡Indiscutiblemente que no! Las revoluciones, al iniciarse, necesitan para alcanzar el triunfo, atacar, no lo más profundo, ni mucho menos lo más complejo, sino lo más sencillo e inmediato; no lo más trascendental, si no lo más visible; lo que en fuerza de palpase y de sufrirse no se puede negar ni soportar. Por eso, llegan hasta la salvaje materialidad de identificar los sistemas con las personas, a las instituciones con los individuos que las adulteran y las prostituyen, y caen en el extremo, acaso inevitable, de odiar y exterminar, no sólo a los déspotas y a sus turiferarios y secuaces, sino a sus símbolos: hasta las cosas mismas que con ello han tenido contacto o relación. Así es cómo, en la más clásica de las Revoluciones, el pueblo convertido en populacho y la multitud trocada en muchedumbre, antes de ver rodar en la cesta de la guillotina la cabeza de María Antonieta, la casquivana y la de Luis XVI el irresponsable (símbolos ellos mismos de un régimen despótico semi feudal) esgrimen su odio como un ariete, sobre los trágicos sillares de la Bastilla y clavan en las almenas de sus ocho torres las crines bermejas del incendio; porque para aquellos enloquecidos vengadores de la justicia violada y el derecho encarnecido, la siniestra fortaleza, no es una simple fábrica arquitectónica, sino la tumba de la conciencia libre, colocada sobre el corazón geográfico y político de Francia, por el puño de hierro del absolutismo!...

Y, no sería factible que sucediera de otro modo. El pueblo no puede hacer análisis. No puede disolver en juicios casuísticos su protesta; no puede reducir a silogismos en bárbara sus urgencias; ni someter a las reacciones de un tubo de ensaye su indignación. Cuando se siente herido, arranca el fuste de la mano que azota, lo arroja lejos de sí y siega la vida de quien lo esgrime, sin importarle si detrás de él, hay una voluntad consciente o un capricho baladí.

El pueblo necesita ver concretadas, en entidades vivientes, en seres como él, las ambiciones que lo explotan y las insaciables avidedeces que lo aniquilan. De allí

que las mejores banderas de las revoluciones sean las que se ven mejor y desde más lejos. De allí que los planes revolucionarios más eficaces (aunque no los más justos, ni más completos) sean aquellos que se refieren a los males más evidentes; aquellos que particularizan más que personalizan mejor aún; eso que no sólo señalan, de una manera precisa, los errores e injusticias que hay que combatir, sino que, casi casi, nos dicen los nombres de los personajes que hay que derribar. Y precisamente el Plan de San Luis tenía estas cualidades, y la sintética divisa en que se resumía, no podía ser, más clara, ni más precisa, ni más contundente: **SUFRAGIO EFECTIVO. NO REELECCIÓN.**

Efectivamente, nada más eficaz para sacudir el pueblo, que esta frase, pues, la imposición sistemática y descarada de todas, absolutamente de todas las autoridades del país, era un hecho axiomático, evidente, palpable, hasta la saciedad, como lo era la reelección de los caciques, de los pequeños y grandes sátrapas, encabezada por la del primer mandatario de la Nación: como, por fin, éralo igualmente, la imposibilidad completa en que hallábase el pueblo para reaccionar democrática y legalmente, contra tantos atropellos. ¿No lo habían demostrado así, con elocuencia harto dolorosa, los trágicos acontecimientos, desarrollados en Monterrey la mañana del 2 de abril de 1903, cuando fue bárbaramente disuelta la numerosa manifestación de los partidarios del Lic. D. Francisco A. Reyes cuya candidatura, surgida en el seno de la “Gran Convención Electoral Neolonense,” habían tenido la irrespetuosa osadía de enfrentar, a la candidatura oficial del General D. Bernardo Reyes, a la sazón gobernador de aquel Estado, y encargado por ende, ¡oh ironía! de velar por el libre ejercicio del sufragio?

Irrefutable como una evidencia; claro como el axioma que no necesita demostración y visible y palpable como una realidad que forma ya parte de nuestra vida social, era pues, el contenido especial del Plan de San Luis. ¿Se necesitaba más para que la Nación entera, cansada ya de tan sangrienta burla y cruelmente escarmentada con el lúgubre saldo de sus fallidos intentos democráticos, se pusiera en pie? ¡Indiscutiblemente que no! Pero, no es únicamente importante

el Plan de San Luis, desde este punto de vista. No hay nada más por su accesibilidad y por la cantidad de realidad de su contenido; sobre todo, no sólo por su carácter urgente, es decir por su relación inmediata con el pueblo y sus necesidades, es de un valor incuestionable, no; lo es también por el enorme alcance que entrañaban sus postulados y por la inmensa trascendencia que habría de tener su aplicación; ya que detrás de las reformas políticas porque propugnaba y que eran a modo de la cúspide bañada en la luz de una montaña cuya base estaba sumergida en las tinieblas, otros problemas, acaso más profundos, pero en el momento de la iniciación revolucionaria, menos urgentes, habían de ir abriéndose paso, poco a poco y cada vez con mayor fuerza, hasta acabar por constituir, realizadas ya las conquistas políticas primordiales, la suprema razón de un movimiento económico por excelencia.

En efecto, es verdad que el Plan de San Luis, según lo afirmamos antes, no tocó directamente el problema de la tierra, sin que por ello se pueda ni se deba afirmar que lo desconoció, ya que la parte final de su artículo 3° nos muestra hasta qué punto y con cuánta justicia y claridad había comprendido ya la importancia de la cuestión agraria. (1) Sin embargo, aun limitándonos a su peculiar característica política, ante la evidencia de los hechos desarrollados con posterioridad, tendremos forzosamente que concluir que, los grandes males por él señalados: burla del sufragio e imposición y reelección sistemáticas, causas eran también y

(1) “Abusando de la ley de terrenos baldíos, numerosos pequeños propietarios, en su mayoría indígenas, han sido despojados de sus terrenos, ya por acuerdo de la Secretaría de Fomento, o por fallos de los tribunales de la República. Siendo de toda justicia restituir a sus antiguos poseedores los terrenos de que se los despojó de un modo tan arbitrario, se declaran sujetas a revisión tales disposiciones y fallos y se exigirá a los que los adquirieron de un modo tan inmoral, o a sus herederos, que los restituyan a sus primitivos propietarios, a quienes pagarán también indemnización por los perjuicios sufridos.

Sólo en el caso de que esos terrenos hayan pasado a tercera persona antes de la promulgación de este plan, los antiguos propietarios recibirán indemnización de aquellos en cuyo beneficio se verificó el despojo”.

no precisamente secundarias, sino antes bien decisivas, de la sistemática opresión del obrero del surco y del taller, pues si éstos hubieran podido ejercer libremente sus derechos ciudadanos, a través de la ley, con el uso simple y normal de sus prerrogativas, habrían podido no sólo substituir y castigar a quienes los explotaban, sino modificar las leyes en su beneficio o crear la nueva legislación que los protegiese: reformar, en fin, hasta ponerlo de acuerdo con sus necesidades y aspiraciones, todo el sistema político-jurídico del país, para conseguir de este modo, por medio de la serena victoria lograda en los comicios y tras de esa batalla tan gallardamente ganada en el Ágora o el Pnix (procedimiento grato a los teorizantes de los cambios pacíficos y las evoluciones sistemáticas al modo de Compté y Bastiat, tan inmensamente alejadas de la realidad) el triunfo de su causa no alcanzando desgraciadamente, sino después de atravesar la inmensa hoguera de la lucha fratricida, que había de abrir a su paso en dos murallas bermejas, como se abrió, en dos barreras líquidas, el mar de los milagros para dejar pasar al pueblo de Moisés!...

Sobre todo, no creemos ocioso repetirlo una vez más, mientras que los problemas políticos que tocaba el Plan de San Luis eran evidentes para TODOS: Lo mismo para los sojuzgados de abajo que para la unanimidad de la clase media que los despertó y empujó a la lucha: en cambio, las grandes injusticias contra las cuales constituyera una viril protesta el Plan de Ayala, eran sufridas, íntima y casi exclusivamente, por los esclavos del campo, pero no eran comprendidas aún, en todo su alcance, en toda su hondura y en toda su formidable y terrible trascendencia, ni siquiera por sus más inmediatos: los parias del taller, y mucho menos por los pequeños propietarios, los burócratas, empleados, profesionistas, etc., etc., de cuya gran masa aparentemente heterogénea pero unificada por el vínculo de sus recíprocas relaciones (intercambio de intereses, ideas y voluntades correlativos) surgieron precisamente los que comenzaron a concretar y a dar forma a las aspiraciones populares; los que principiaron a sumar las energías afines pero dispersas, para arrojarlas después contra el déspota; los mismos que, de las

aisladas pero gallardas tentativas fallidas (labor de la “Gran Convención Electoral Neoleonense”) etc., alentados con las declaraciones hechas al periodista norteamericano Creelman, por el anciano dictador, habían tratado de organizarse en partidos políticos (centros políticos, dijéramos mejor) más de crítica teórica que de oposición efectiva y convencidos al fin de que cualquier ataque directo enderezado contra “el caudillo” resultaba entonces y cuando menos en el terreno democrático, no sólo imposible sino temerario, optaron, a la postre, por desarrollar un plan de transición, o sea por conformarse con lograr que la vicepresidencia quedara en sus manos, para que cuando el ya caduco dictador sucumbiera al embate irresistible de la muerte, automáticamente pasara el gobierno de la República, del puño férreo del autócrata al mandatario libremente elegido por el pueblo, esto es, al vicepresidente cuya candidatura había sido sostenida por la voluntad nacional.

Tal sucedió precisamente, en un principio, con el Partido Democrático y después con el Partido Reyista, que trataron de enfrentar la candidatura independiente del General D. Bernardo Reyes a la oficial e impopular de D. Ramón Corral y que desvinculadas, al poco tiempo del candidato irresoluto y pusilánime tuvieron que desaparecer prácticamente de la liza para dejar su lugar al Partido Antirreeleccionista, el cual meses después, había de vivir uno de los más gallardos gestos de nuestra Historia, disputando con osadía temeraria el triunfo al presidente cesáreo en la palestra democrática y gestando por fin el magno movimiento libertario que cruzó las espaldas del silencio de los viles, con el látigo rotundo de aquella admonición definitiva, con que señaló el rostro del absolutismo francés uno de los más grandes tribunos de la Revolución: “¡Ciudadanos, estamos acostumbrados a ver grandes a los reyes porque los vemos de rodillas, levantémonos y veremos que son nuestros iguales!”.

Por lo que respecta al obrerismo, con todos sus corolarios; sindicalismo, conquistas societarias, etc. también puede decirse, sin incurrir en exageración ninguna, que estaba implícito en el Plan de San Luis o, por lo menos, que fue condicionado por él: pues no debe olvidarse que el problema obrero se había

presentado ya en ocasión de la huelga de los obreros de Río Blanco y que este problema hallábase íntimamente relacionado con la cuestión política; la salvaje opresión oficial que favoreciendo descaradamente los intereses del capital y atropellando hasta las más rudimentarias prerrogativas humanas, ya no digamos ciudadanas, encontró, como única solución al conflicto, el bárbaro abuso de la fuerza pública esgrimida, con lujo de crueldad contra la gran masa inerme cuya sangre inocente rubricó los trágicos acontecimientos desarrollados los días 7 y 8 de enero de 1907, y de los cuales fueron siniestros caudillos, el extranjero propietario de la tienda de raya, Víctor García y el sanguinario y cobarde Subsecretario de Guerra; el General Rosalino Martínez “que organizó una cruel y sanguinaria batida contra los infelices obreros, sin cuidarse si eran o no de los amotinados y sin respetar ni a los ancianos ni a las mujeres, ni a los niños, persiguiéndolos hasta las sierras inmediatas, adonde habían huido en busca de refugio”.

Es decir, que también este problema, no encontrando para su solución el camino de la necesidad hecha justicia y del derecho sistematizado en ley, porque los encargados de administrar la una y de elaborar la otra eran juguetes del tirano o esclavos de las avideces de ellos mismos, tuvo que apelar a las vías de hecho y buscar el derrocamiento de un régimen que hacía imposible la existencia del obrero libre; que traficaba judaicamente con su salud y su trabajo; que ahogaba en su sangre sus más sagradas protestas y convertía en harapos de tiniebla las auroras nazarenas de sus más legítimas aspiraciones.

Derribar, destruir cuanto antes tan enojoso régimen, he ahí lo que primordialmente y urgentemente se imponía; la ley se cristalizaría después; la elaboración jurídica completaría la obra revolucionaria; las grandes asambleas constituyentes vendrían a continuación, tendrían que venir inevitablemente; pero las deliberaciones habrían de hacerse al resplandor de los incendios, sobre la tierra todavía trepidante por la sacudida de la enorme convulsión bajo la racha trágica de un viento cargado de sollozos; así, en un ambiente de sublime terror y de angustia soberana deberían emprenderse las discusiones para que la justicia no tuviese

titubeos en castigar a los provocadores del conflicto y la ley no tuviese vacilaciones al reivindicar los derechos del caído: la eterna carne de cañón, de dolor y de miseria. ¡Sí, el Foro tenía que surgir como la afirmación más bella del nuevo estado de cosas, pero por lo pronto, había que arrastrar las fábricas de la tiranía para construir la explanada sobre la que habría de levantarse el nuevo templo.

La revolución, entre tanto, no podía ni debía ser otra cosa que una obra de demolición, de limpia total, de saneamiento, aunque para purificar tanta carroña hubiese de recurrirse a las medidas extremas del fuego, la matanza y el exterminio.

Arrojar al déspota del poder y barrer con sus secuaces. Acabar con un régimen de imposición y continuismo; poner coto al escarnio de la voluntad popular que hacía imposible toda reivindicación del de abajo, fuese obrero de los surcos u obrero del taller; fuese paria del campo o esclavo vil, casi un mero aditamento humano de la máquina. Esto, esto era lo que urgía realizar cuanto antes como condición de otras mejoras posteriores. De allí que también, a este respecto, no pueda explicarse la legislación obrera posterior al Plan de San Luis, sin la existencia y consecuencias de éste que determina el movimiento inicial de la destrucción del viejo régimen; que abre nuevas perspectivas a las masas y que provoca, directa o indirectamente, las sacudidas subsecuentes, a través de las cuales el pueblo había de encontrarse a si mismo y según hemos dicho, habrían de ir ahondando poco a poco si problema hasta llegar a la misma entraña económica en la que estaban enraizadas las dos supremas finalidades de la magna revolución iniciada en 1910 por Madero, proseguida por Zapata y consumada por Carranza, Obregón y Calles en nuestros días, es decir, la liberación de la tierra o sea la reivindicación del indio y la manumisión del obrero o sea la humanización del trabajo.

Véase, pues, de qué modo, el Plan de San Luis que ha sido considerado desde hace mucho tiempo y casi unánimemente, como de una importancia secundaria; más bien incidental que esencial, pese a su carácter marcadamente político, constituye, en el fondo, por las condiciones de accesibilidad y oportunidad que

reúne; por la realidad de su contenido y por la fuerza de atracción o sea el inmerso fluido simpático que se desprende de sus cláusulas, el elemento primordial o mejor aún, el punto de arranque de todo formidable ciclo revolucionario de naturaleza netamente económica, y que abarca ya 23 años de nuestra vida social, encerrando dentro de la sinuosa línea de sus convulsiones, todo el ímpetu dinámico, toda el ansia renovadora y creadora, todo el ideal de mejoramiento superior de un pueblo en marcha, que va hacia el futuro, sin rencores y sin titubeos; fuerte con la fe que lo anima, seguro con la esperanza que lo alumbra y optimista, entusiasta y grande con la justicia que le asiste, el empeño que lo alienta, y el amor, el humano y divino amor que lo consuela, reivindica y transfigura.

¡Sí! ahora que comenzamos ya a vislumbrar los frutos de este decisivo y sublime, aunque inmensamente doloroso proceso social, y que, fecundada con nuestras lágrimas, nuestro sudor y nuestra sangre, la entraña de la Patria, comenzamos a darnos cuenta de que, en un futuro acaso no lejano “La cosecha será tan grande que no podremos ver el cielo”. Ahora que empezamos a organizar nuestra industria, a sistematizar e intensificar nuestra agricultura, y a nacionalizar un comercio que antes estaba casi exclusivamente en manos de los extranjeros; ahora que, en el plano superior de la conciencia iluminada y la sensibilidad selecta, tratamos de llevar hasta el campo una centella de la claridad que antes almacenaban exclusivamente las academias, los liceos y los altos institutos, mientras que por otra parte, pugnamos por transformar nuestros anquilosados y parasitarios centros de cultura, para que en vez de proscenios de inútil y vacua pedantería, sean tribunas abiertas a la necesidad y a la curiosidad superiores de un pueblo que tiene el derecho de exigir de los privilegiados de la inteligencia y el saber, los beneficios de una educación que él paga y de una cultura (instrucción, dijéramos mejor) que su esfuerzo y diario sacrificio hacen posible. Ahora que venturosamente alentados por el ejemplo de nuestros humildes folkloredas: (los maravillosos ceramistas de Tlaquepaque, Metepec y Texcoco; los tejedores del Saltillo y Oaxaca; los laquistas de Uruapan y Olinalá y los cancioneros del

La universidad, la juventud, la revolución (1934)

Bajío, el Istmo y en fin del Norte, el Sur y del Centro del país) comenzamos a ennoblecer y utilizar los innumerables motivos de un arte propio y a producir artistas mexicanos, poetas, pintores y músicos cuya técnica, poseedora de los más sutiles refinamientos occidentales, trata de ponerse al servicio de los tópicos de aquí; de nuestros asuntos más típicos en los que ya se abre la rosa de una leyenda, ya se enciende el astro de una apoteosis, o ya canta, en la espesura del recuerdo, el pájaro romancero de la tradición: Ahora, en fin, que la revolución, casi realizada, nos está dando posesión de nuestro propio país. En estos momentos decisivos de coordinación social, en que abarcamos, ya completo, el vasto panorama de nuestra patética y fecunda lucha libertaria, no debemos olvidar que, conforme creemos haberlo demostrado desde el principio de este estudio, las tres fases decisivas porque atraviesa el magno proceso de nuestra evolución, comprendido desde 1810 hasta los años que alcanzamos, son: La Independencia (movimiento de índole externa), que nos da vida como nación, haciéndonos libres dentro del concierto de las demás naciones, o sea en función internacional; la Reforma (movimiento de carácter interno) que nos hace libres dentro de nuestro propio territorio y dentro de nosotros mismos, o sea en función político-social; y la Revolución de nuestros días (medularmente económica pero de naturaleza integral) que nos realiza como ciudadanos y como hombres: como seres totales (bestia y arcángel que dijera el iluminado, alas y plomo que dijera Lord Bacon) síntesis de urgencias arcanas y necesidades trascendentes.

Pero sobre todo, no debemos olvidar que esta revolución, con la inmensa labor desarrollada en los últimos 23 años de nuestra existencia colectiva y con sus grandes conquistas alcanzadas: lo mismo el mejoramiento y dignificación del obrero, que la humanización y reivindicación del indio, y la socialización del trabajo, al igual que la liberación de la tierra y la extensión de la tierra y la extensión de la cultura, no habrían podido realizarse, si el 20 de noviembre de 1910, el trágico silencio de todo un pueblo, mudo de angustia y de terror, no hubiese sido dispersado por el inmenso trueno conque las cláusulas justicieras del Plan de

Horacio Lúñiga Anaya. La luz del conocimiento

San Luis, hicieron conmovirse hasta el mismo corazón de nuestras montañas, acostumbradas —montañas de América al fin— a disparar el vuelo de bronce de las águilas libres y a lanzar el disco de lumbre de nuestros soles victoriosos!...

NOTA BENE

*G*A CASI TERMINADO este libro, los grandes rotativos de la Capital, publicaron, en lugar preferente, los principales puntos que comprenderá la reglamentación del artículo 4° constitucional, referente al ejercicio de las profesiones, así como las ideas fundamentales del Estatuto Orgánico de la Universidad Nacional Autónoma. Ahora bien, para que se vea hasta qué punto asiste la razón al autor, y para que nadie pueda pensar ya, que su actitud crítica es sólo negativa y está inspirada en innobles motivos, reproducirnos, a continuación, la primera parte de los incisos 3 y 4 del proyecto de Ley respectivo, formulado por la comisión especial designada por el Bloque Nacional Revolucionario de la Cámara Federal, y el capítulo de exposición de motivos del Estatuto Orgánico de la Universidad, elaborado y firmado por el propio Rector. Este funcionario como se verá, concede, casi punto por punto, cuanto el autor de esta pequeña obra dijo desde hace cerca de tres años, acerca de una institución, que pese a la nobilísima labor de reconstrucción emprendida, está en peligro inminente de quedar a la zaga de nuestra vida social, si en vez de atender únicamente a la modificación económica y formal de su estructura, no define valiente y honradamente su posición dentro del Estado, contra el Estado o independiente, pero paralelamente al Estado, por lo menos en las supremas finalidades de su acción.

¡O esperará a que el Estado funde una Universidad avanzada frente a la universidad burguesa y retardataria; mejor, una Universidad que sea el coronamiento de la actividad reconstructiva de la Revolución, que necesita también contar con altos institutos de cultura, para hacer irradiar sus beneficios hasta los más remotos y humildes rincones de la Patria y hasta los más bajos y escondidos sectores sociales! Es decir: ¿esperará nuestra flamante Institución, que acaezca

con ella, lo que sucedió con su antecesora, la real y pontificia Universidad de la Nueva España, que fue quedando a la vera de nuestra vida pública y acabó por convertirse en una universidad sectaria, a medida que la conciencia se emancipaba de la tutela religiosa y el triunfo de las nuevas ideas se cristalizaba en la Escuela Laica, que fue, en cierto modo y sobre todo en la Preparatoria de Barreda, la realización de la Reforma en el plano de la inteligencia.

No ha de transcurrir mucho tiempo, sin que sepamos cuál ha sido, a este respecto, la decisión de la Universidad. Entre tanto, sea el lector quien deduzca de la lectura de las consideraciones del propio Rector y del proyecto de Ley de los señores diputados, si es o no verdad que la razón y la justicia han apoyado siempre las conclusiones de esta obra.

He aquí las pruebas:

PROYECTO DE REGLAMENTACIÓN DEL ARTÍCULO 4°.

3.-La misión del profesionista debe traducirse, esencialmente, en un beneficio para la colectividad, alejándose del egoísmo individual en que hoy está concentrada.

.....
4.-El exceso de profesionistas, en determinados lugares, crea el proletariado profesional, dejando muchos centros de población carentes en absoluto de los servicios profesionales.

.....
(Reglamentación del Artículo 4° Constitucional. Proyecto de Ley.

Puntos principales, publicados en “EL UNIVERSAL”, “EL NACIONAL”, “EXCELSIOR” y “LA PRENSA” el 21 de enero de 1934).

DECLARACIONES DEL RECTOR:

FRACASO DE LA UNIVERSIDAD (1)

Otro de los capítulos de la exposición de motivos del Estatuto y que por su singular importancia, no podemos omitir, es el que se refiere a la crisis actual universitaria y a sus profundos orígenes.

Textualmente el Rector dice:

“La Universidad atraviesa por una crisis, no sólo porque haya dependido o no del Estado, sino porque no ha tenido todos los profesores que necesita, teniendo en número más de los necesarios; porque no ha sabido mantener en los alumnos esa disciplina nacida de la convicción que es indispensable para el aprendizaje con fruto; porque se ha limitado casi exclusivamente a la preparación de unas cuantas actividades profesionales, descuidando o no pudiendo atender las puramente culturales, científicas y de investigación, y no reparando siquiera que aun en materia de preparación profesional la comunidad está exigiendo desde hace tiempo otras muchas cosas más y mejores que las que la Universidad ha hecho; porque los planes de estudio son deficientes o excesivos; porque los programas de las cátedras son incompletos o desorientados; pero, sobre todo no se cumplen porque falta método: porque no hay la coordinación debida entre los diversos grados de la enseñanza; porque se necesitan más laboratorios y mejores, y bibliotecas más vivas; porque se trabaja poco; porque más que desorientación ha habido desorden de ideas y de conducta, falta de seriedad, de autoridad, de sentido de responsabilidad y de proporción en el cuerpo universitario; porque la Universidad no tiene la posición que le corresponde en la comunidad, ni se ha ganado su confianza y su respeto, y los universitarios que salen a la vida, en su mayoría impreparados para su oficio, laxos en su disciplina, y los pocos que

(1) Textual.

Horacio Lúiziga Anaya. La luz del conocimiento

siguen la esforzada labor de investigación o de docencia, no encuentran en la comunidad ni en la Universidad siquiera, sino escepticismo, cuando no hay hostilidad abierta, ni hallan los estímulos de acogida, de aprecio y respeto, que los harían esforzarse por ahondar su trabajo o por ennoblecer su práctica.

Ya sin los problemas externos derivados de una liga con autoridades extrañas a la Universidad misma, con una estructura de gobierno que permita en todo momento la manifestación eficaz de iniciativas, críticas o censuras, el camino de la reforma está abierto para la Universidad y con él la posibilidad de que esta Institución deje de ser reflejo empequeñecido de las vicisitudes de afuera y vuelva a ser, siquiera débilmente, un valor que concurra a la mejor ordenación y a la más clara y noble inteligencia de los problemas de la República”.

(“EL UNIVERSAL”. -21 de enero de 1934.-1ª Sección, pág. 4)

CONTENIDO

OBRA COMPLETA

POESÍA

Tomo I	Ánfora (1920) Mirras: poemas orfébricos (1932)
Tomo II	El minuto azul (1932) La selva sonora (1933) 3 poemas a la madre (1936)
Tomo III	Sinfonías (1937) Torre negra (1938) Elogio de la madre (1939) Aguiluchos (1940) ¡Presente! (poemas) (1951) Letras marianas (1953) Laude a Atlacomulco (1956)
Tomo IV	Zarpa de luz (1974) Espumas y oleajes (1977)

ENSAYO

- Tomo V El Estado de México desde la prehistoria hasta la conquista (ensayo de filosofía histórica) (1933)
La universidad, la juventud, la revolución (1934)
- Tomo VI Verbo peregrinante (1939)
Homenaje a la bandera (1940)
- Tomo VII Ideas, imágenes, palabras.
“El libro de los oradores” (1956)

NOVELA

- Tomo VIII El hombre absurdo (1935)
- Tomo IX Realidad (1936)
¡Miseria! (1981)





Honorable Julián Aguayo. La luz del conocimiento

Tomo V Ensayo: *El Estado de México desde la prehistoria hasta la conquista (ensayo de filosofía histórica)* (1933) | *La universidad, la juventud, la revolución* (1934), Jorge Olvera García (coordinador), se terminó de imprimir en octubre de 2016. El tiraje consta de 200 ejemplares. El cuidado de la edición estuvo a cargo de la Dirección del Programa Editorial de la UAEM.

Editora responsable:

GABRIELA LARA

